

El problema filosófico del mal

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (*Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935*) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada y ha sido profesor en la Universidad Central de Barcelona. Es académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entre otros libros ha escrito *Palabra en el tiempo* (Poesía y Filosofía en Antonio Machado), *La voluntad de aventura: aproximaciones críticas al pensamiento de Ortega y Gasset*, *Reivindicación del diálogo* y *Las máscaras de lo trágico* (Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno).

Nunca ha sido el mal un tema cómodo para la filosofía, pese a ser objeto de su interés radical, pues si filosofamos es para saber qué males queremos conjurar con nuestra meditación. Como señala Safranski, «desde sus comienzos la filosofía estuvo impulsada por esta aspiración al sentido. Y, desde entonces, el mal se tiene también por lo que rechaza el sentido, por lo que carece de él. Nos escandalizamos ante este escenario de lo carente de significación, de la contingencia» (pág. 274). Pero quizá por lo mismo, porque su cometido era una justificación racional de la vida frente al desafío del mal, ha tendido la filosofía a debilitar o elidir a su antagonista, o a domesticarlo dentro de formas apaciguadoras, como privación o limitación, o a reducirlo a proporciones soportables, para hacer prevalecer mejor los derechos soberanos del bien. Muy raras veces la filosofía ha sido trágica, pues, por regla general, su proclividad al idealismo la ha llevado a ensayar todo tipo de teodiceas y antropodiceas, tratando de probar la racionalidad, que gobierna el mundo. Pero al esca-motear, de modo piadoso y edificante casi siempre, el problema del mal era la misma experiencia de la libertad la que quedaba mermada o falsificada. La prueba está en que todo intento de explicación naturalista de los males que sufrimos, como debidos a disfuncionalidades de sistemas operatorios, que la razón, incluso la científico-técnica, puede reequilibrar con una adecuada comprensión de sus causas, conduce siempre, a la corta o a la larga, a una volatilización de la libertad.

Viene todo esto a propósito del libro que ha dedicado Rüdiger Safranski al problema del mal, *El mal o el drama de la libertad*, donde expone el impresionante friso de la reflexión sobre el mal a lo largo de la historia. Se trata de



FRANCISCO SOLÉ

un ensayo brillante, con el poder de persuasión y sugestión que caracteriza a Safranski (a quien ya conocíamos como un excelente reconstructor de ambientes histórico-intelectuales en sus biografías de Hoffmann, Schopenhauer y Heidegger y más recientemente en la de Nietzsche), pero tocado, a la vez, de una tersura y diafanidad, que hace atrayente y a veces hasta apasionante su lectura, como en los capítulos que dedica a Agustín de Hipona, a Schelling, a Sade o a Hitler. No se trata, sin embargo, de un mero ensayo histórico filosófico. Aunque la línea expositiva suele ser histórica, Safranski sabe trenzar hábilmente las cuestiones, urdir la intriga, armar el hilo argumental y esconder con astucia artística la resolución del conflicto hasta el último momento, dejando siempre, incluso en la recta final, muchos puntos suspensivos. Casi ensayo novelado me atrevería a llamar a esta obra, pero sin merma de la objetividad de los temas, aunque en algunos casos —preciso es reconocerlo— la propuesta sintética se ahorra por el pormenor del análisis. Ensayo filosófico bien armado, pues no deja fuera ningún autor relevante, pese a echarse de menos un tratamiento de textos decisivos de la tragedia griega, y en actitud hermenéutica, quiero decir, desde la conciencia crítica del nihilismo moderno consumado para asumir reflexivamente, a través del rodeo de la conciencia histórica, una resuelta posición. En este sentido, el libro de Safranski, si no tonificante, resulta al menos incitativo y sugestivo. No re-

suelve filosóficamente ni lo pretende —lo que sería una pretensión tan vana como ridícula—, el problema filosófico del mal, pero nos resuelve a afrontarlo sin declinar en nuestra responsabilidad de seres libres.

1.-El mal y la libertad

Como indica ya el título, Safranski muestra «el mal» intrínsecamente ligado con la experiencia de la libertad humana. ¿Por qué «el mal» en singular? Decía Nietzsche, extremando como siempre el sentido de la sospecha, que la personificación del mal servía al propósito de controlarlo. Aquí, sin embargo, el mal no se personifica, aunque en algún momento se alude a la experiencia de lo «demoníaco», ni se singulariza, pues Safranski sabe bien los males concretos que nos amenazan —la confrontación armada y el hambre, el desprecio al extraño, la violencia de los nuevos dioses o demonios nacionalistas, la biopolítica de la administración completa, etc.—. El «mal», en singular, permite, sin embargo, reconocerlo como vinculado al destino de la libertad, a algo que acontece, cualesquiera que sean sus múltiples formas, cuando la libertad entra en juego. El singular no apunta a un concepto o una esencia unívoca del mal sino a una experiencia. «El mal no es ningún concepto; es más bien un nombre para lo amenazador, algo que sale al paso de la conciencia libre y que ella puede realizar» (pág. 14). Hay mal como hay libertad, y cada uno es, por así decirlo, la prenda del otro, de modo que sólo es posible negar a los dos juntos. «El mal pertenece al drama de la libertad humana. Es el precio de la libertad. El hombre no se reduce al nivel de la naturaleza, es el animal no fijado, usando una expresión de Nietzsche» (pág. 13). Lo cual no significa tan sólo que el mal entre en el mundo por la libertad, como sostiene el idealismo ético kantiano, sino que la libertad misma está trabada por el mal, expuesta al mal, en cuanto abierta sobre un abismo. ¿Cómo podría la libertad producir el mal, si ella misma no estuviera ya, en cuanto libertad, sustentada en un (des)-quicio, en una situación

abisal, que la expone a su despeñadero? En cierto modo, Safranski retoma la tesis clásica de que el mal se debe a «falta de ser», pero entiendo esta falta no como el mero déficit ontológico, propio de la finitud, sino en cuanto entraña una pretensión de ser, de hacerse y constituirse de modo originario, en que está abierta la posibilidad misma de la aniquilación. «La conciencia puede trascender la realidad actual y descubrir una nada vertiginosa, o bien un Dios en el que todo alcanza su quietud. Y en todo ello no logra deshacerse de la sospecha de que posiblemente esta nada y Dios sean la misma cosa» (pág. 13).

Ahora bien, si el mal no es un concepto sino una experiencia radical, hay que buscar su primera conciencia, más allá de la filosofía, en los confines mismos de la religión. Se trata, pues, de un tema fronterizo entre el mito y la reflexión filosófica. «El poder de la vida empuja al hombre a situarse ante sí mismo —dice Safranski—... Es sabido que la filosofía quiere inducir a la vida a darse la vuelta, a fin de que se percate de su fundamento, también y precisamente cuando huye de sus abismos» (pág. 101). La filosofía tiene pues que «mirar al abismo», tal como éste se recoge en el mito, en este caso, en los mitos fundacionales de Occidente, el griego del surgimiento del mundo desde el caos, o el bíblico de la expulsión del paraíso. Se trata de dos experiencias de la libertad muy distintas: trágica la griega, con el conflicto entre el caos y el cosmos, y ética fundamentalmente la bíblica. Es lástima que Safranski no se adentre en el análisis de la tragedia griega, donde hubiera encontrado un mal radical, un fondo malo y ciego, que como una placenta de sombra envuelve y confunde a la libertad humana. En los trágicos y, claro está, en la lectura nietzscheana de la tragedia. En buena parte Nietzsche, sólo parcialmente considerado, y en gran medida Hegel son las dos grandes lagunas de esta obra. Precisamente los dos autores que, desde distintas premisas, habían sostenido un pantragicismo, al que ofrecen respuestas radicalmente opuestas e incompatibles. La ausencia del hilo argumental trágico griego deja al margen, ya desde el comienzo, la admisión radical del sin-sentido. Es cierto que Safranski alude al nihilismo, vía Nietzsche, y lo analiza en la forma consecuente que adopta en el pensamiento y la práctica política del fascismo, pero la salida propugnada por Nietzsche en la voluntad del artista no está considerada con la atención que requiere. Safranski inscribe su reflexión sobre el mal básicamente en la línea de lo trágico judeo/cristiano, esto es, del conflicto entre el absoluto y la nada. No en vano será Kant el que le suministre un cabo de orientación. No pretendo sugerir con ello que Safranski se mueva aquí en los límites de una visión moral del mundo, al modo de Kant, pero acaba abriéndose a una actitud afín con la posición kantiana. No es la salida trágica de que el caos estalle finalmente sobre el cosmos, anegándolo en el sin-sentido, sino la otra salida, un tanto esperanzada o confiada, de que el hombre se oriente, en su acción



En este número

Artículos de

Pedro Cerezo Galán	1-2-3	Antonio Domínguez Ortiz	8-9
Darío Villanueva	4-5	José A. Campos-Ortega	10-11
Gabriel Tortella	6-7	Miquel Siguan	12

SUMARIO en página 2



El problema filosófico del mal

en el mundo, en la nostalgia del paraíso. De modo velado y sutil, es el gnosticismo el secreto último de la posición de Safranski.

2.-En el corazón del laberinto

La compleja lectura del problema del mal, que lleva a cabo Safranski, se puede articular en tres centros, que le sirven como hilos de orientación en el laberinto. El primer centro o núcleo, el propiamente metafísico, parte de la experiencia del mal en Agustín, y se proyecta hacia Schelling y Schopenhauer. El segundo centro, de índole fundamentalmente moral, se sitúa en Kant-Rousseau con un doble contrapunto en Schmitt y Sade. El tercer centro, el más radical y al que me atrevería a llamar religioso, se dirime entre el nihilismo consumado y la actitud de Job. No es posible referirse a todos los motivos que se entretajan en este triple centro, y me limitaré por tanto a señalar esquemáticamente la línea en que progresa la reflexión de Safranski.

Su punto de arranque está en Agustín, y no en Sócrates, porque éste tiene una experiencia demasiado intelectualista del mal, al vincularla con la falta de conocimiento para el gobierno de sí mismo. Sócrates se propone, anticipando la Ilustración, la salvación del mal por el conocimiento. Es a lo que llama Safranski los dos sueños reductores de la reflexión platónico-socrática, el de la vida contemplativa y el de soberanía libre del cuerpo (págs. 38-9). Pero el problema del mal tiene raíces más hondas, como ya mostró Nietzsche en su crítica al socratismo. Para Safranski, Agustín de Hipona ha planteado el drama de la libertad en términos radicales: Se atrevió a «sumergirse en el misterio de la libertad», una vez superado el maniqueísmo, a «mirar a su abismo», y allí descubrió la raíz de la posibilidad del mal. Para él, la libertad estaba ligada a la trascendencia, esto es, a la experiencia de un excedente de sentido y de plenitud, de algo que rebasa el mundo y al propio yo, y hace que éste se trascienda a sí mismo. La libertad se juega en el quicio de la tensión electiva entre esa trascendencia y la nada. «Desde aquel instante cenital del encuentro con Dios, descubre una dimensión del mal, que primariamente nada tiene que ver con la moral. El hombre que no está abierto a Dios menoscaba dramáticamente su propio ser. Comete un acto de traición a la trascendencia» (pág. 50). Esta radicalidad

del planteamiento de la libertad como apertura y trascendencia con respecto al mundo es el lado positivo agustiniano que retiene Safranski. El negativo, en cambio, la conclusión agustiniana de que el hombre no puede regirse a sí mismo, por el desbordamiento infinito de su aspiración, y necesita, por tanto, de la guía y tutela de la Iglesia. El itinerario de Agustín va así desde el éxtasis del «irrequietum cor» a la institución eclesial. «Extra Ecclesiam nulla salus». En este recurso a la institución como contrapunto a la angustia de la tensión electiva encuentra Safranski, en brillante comparación, una analogía con la teoría de Gehlen acerca de las instituciones como descarga y canalización de una libertad no fijada. «El centro inquieto es la grieta (el hiato)...» La secularización de la ciudad de Dios en el mundo moderno lleva a fortificar el reducto protector de la ciudad civil, el Estado. «Las instituciones de Gehlen protegen frente a la inquietud devoradora del exceso de fuerzas pulsionales» (pág. 95), pero se cobran un alto precio por esta protección, que acaba a la postre asfixiando a la libertad. Se trata de la tesis hobbesiana de protegerse en el Estado, el dios mortal. La alternativa de Gehlen a esta antinomia es que el hombre conquiste una «soberanía ascética» sobre sí mismo, que alcance una autonomía autorreglada, o que se convierta en «una institución en primera persona» (pág. 99).

La proyección histórica del conflicto la persigue Safranski en la obra de Schelling y Schopenhauer. Al primero dedica un bello capítulo, comentando su genial obra tardía sobre *La esencia de la libertad humana*. Schelling lleva a cabo otra experiencia abisal de la libertad a la contra del materialismo de Spinoza. Reconoce la poderosidad del mal, como una fuerza actuante, que desencadena el hombre, pero cuya raíz se hunde ontológicamente en el seno de la realidad. El mal no puede confundirse con la mera privación, como era habitual pensar en filosofía, sino que es algo positivo, presente y determinante en el devenir de la realidad. La positividad del mal le lleva a Schelling a buscar su raíz posibilitante en un fundamento abisal en Dios y de Dios mismo. «El abismo en Dios es la potencia. La potencia es lo posibilitante, pero ésta se mantiene a la vez como una amenaza» (pág. 56). En Dios, no obstante, el fundamento o potencia está en unidad simple e indisoluble con el principio de la forma o de la luz. El hombre, que participa de ambos principios, tanto de la potencia tenebrosa

como de la luz expansiva, se encuentra en una unidad precaria, en tensión permanente, expuesta a su dislocación. El conflicto entre la voluntad contractiva de identidad y la voluntad expansiva o universal, que constituye el drama de la libertad humana, atraviesa el corazón de la realidad, el devenir mismo de Dios en su autorrevelación en el mundo. De ahí la importancia decisiva de este drama para la suerte del todo. Si el hombre no armoniza estos principios, porque se aparta del centro unificador, resulta un «Dios invertido», haciendo que el egoísmo, la voluntad contractiva de la potencia ciega se imponga a la fuerza universalizadora del amor. Es la segunda traición a la trascendencia. Y de nuevo el Schelling tardío, al modo de Agustín, para salvar al hombre de la caída en su cosificación, exige una nueva revelación. «Con su filosofía de la revelación Schelling vuelve a situarse en el suelo de Agustín» (pág. 68). Schopenhauer, por su parte, da un paso más, al invertir el signo del planteamiento de Schelling. Sostiene que el fundamento o el abismo es en sí mismo malo, una Voluntad ciega, terrible e injustificable, que hace de los individuos instrumentos de su autoafirmación. Es «como un agujero negro —dice gráficamente Safranski— que retiene toda luz. La oscuridad es absoluta y originaria». El mal se identifica ahora en el egoísmo, en la voluntad exclusiva y excluyente que se impone a costa de todo lo demás. La única salida posible sólo puede venir de una negación de la voluntad en una dirección afín con el budismo. «En la compasión experimentamos el dolor y la culpa de la individuación, la culpa de ser el que uno es y la de que, por el mero hecho de existir, actuamos como un agente en el mundo de la voluntad desgarrado por la lucha» (pág. 80). La única liberación está, pues, en la renuncia, y en la nueva actitud distanciadora del pensamiento, que, en vez de actuar, se retrae y contrae en «el ojo del mundo». «Este distanciamiento estético abre un lugar de trascendencia, que forzosamente ha de quedar vacío» (pág. 84).

3.- La impugnación del optimismo

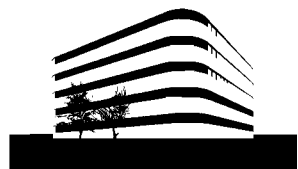
En torno al segundo centro despliega Safranski una reflexión de índole fundamentalmente moral y política. Se comprende que sea ahora Kant el obligado punto de partida,

a cuya exposición dedica, sin embargo, uno de los capítulos más flojos y entecos del libro. Falta una introducción adecuada acerca del idealismo ético kantiano —la visión moral del mundo— con el tema del mal radical, donde encontrará Schopenhauer una de las claves de su pesimismo. Falta igualmente una consideración de las antinomias prácticas, y la posible versión del tema de la oposición real o de la teoría kantiana de las magnitudes negativas a la esfera moral, lo que hubiera ofrecido un rostro más agónico del pensamiento kantiano. No obstante, Safranski elige un tema relevante, el opúsculo kantiano de 1795 sobre *La paz perpetua*, lo que permite darle una inflexión decisiva al tema del mal con la consideración del estado de guerra permanente. Para afrontar este pavoroso problema, la fe moral kantiana no disponía de otras armas que su idea de humanidad o de sociedad cosmopolita, como un ideal de razón, y el esbozo de una filosofía conjuntural de la historia, de inspiración fundamentalmente moral, pero en la confianza de que el antagonismo natural acabaría sirviendo a los designios de la razón, sacando así el mejor partido de la «insociable sociabilidad» del hombre. La paz perpetua no fue, sin embargo —puntualiza Safranski—, un sueño visionario de la razón práctica kantiana, sino un proyecto de racionalización progresiva de la vida internacional de los estados, avalado por la fuerza educadora de los ideales de la Ilustración y los nuevos progresos en la conciencia moral y jurídica de los pueblos. Kant no se hacía ilusiones acerca de un Estado mundial universal y tan sólo se atrevió a proponer, como inscrita en la lógica y la dinámica de una historia de ilustración, una federación universal de Estados, entendida como una permanente alianza para la paz. «La paz es solamente —comenta Safranski— una idea regulativa. Nos acercamos a la paz cuando actuamos como si ésta fuera posible. La confianza (unida a una prudencia con tacto para lo real) es un presupuesto para el éxito por lo menos transitorio de dicha idea. Por tanto «la humanidad» se da en la forma del «como si» (pág. 123). Querer darle otra forma, aparte de tarea imposible por desconocer el astillamiento de lo universal en la multiplicidad empírica de pueblos y culturas, se expone a los excesos y violencias de un Estado ético. Fue éste el caso de Rousseau. Más fuer-



SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«El problema filosófico del mal», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>El mal o el drama de la libertad</i> , de Rüdiger Safranski	1-2-3
«La muerte de las letras», por Darío Villanueva, sobre <i>Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio</i> , de James O'Donnell	4-5
«La economía del último milenio», por Gabriel Tortella, sobre <i>The World Economy: A Millennial Perspective</i> , de Angus Maddison	6-7
«La expulsión de los judíos de España», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España</i> , de Joseph Pérez	8-9
«El siglo del gen», por José Antonio Campos-Ortega, sobre <i>The century of the gene</i> , de Evelyn Fox Keller	10-11
«Los orígenes del lenguaje», por Miquel Siguan, sobre <i>La adquisición del lenguaje</i> , de Miquel Serra (coord.)	12

Viene de la página anterior



te que la paz perpetua fue el sueño roussonian de una comunión sustancial de los espíritus mediante el contrato social. «Pues para el hombre no queda abierta ninguna otra carrera que la que le conduce del animal degenerado al regenerado animal social. Puesto que el hombre ha perdido irrevocablemente su naturaleza originaria, tiene que ser socializado con toda su existencia espiritual» (págs. 146-7). De ahí su propuesta de una nueva religión civil, a modo de profesión laica en un orden sustancial de creencias, que inspire el amor a los deberes sociales y políticos. Con razón ve Safranski aquí el exceso de cualquier totalitarismo con su consecuente disolución de la libertad en lo social. Y es que Rousseau, por haber condenado en bloque a la sociedad burguesa, no conocía más figuras de existencia que el solitario ensimismado o el solidario enajenado, desconociendo el juego de la real intersubjetividad de la sociedad civil.

Metodológicamente enfrenta Safranski la idea kantiana de humanidad a dos grandes desafíos teóricos, a dos grandes impugnaciones, la teología política de C. Schmitt y la posición immoralista de Sade. En Schmitt «versus» Kant se presenta el genio de la guerra como el gran agente de desarrollo y de cultura. Schmitt supone la quiebra de todo trascendentalismo de lo universal en el crudo reconocimiento de la polaridad básica amigo/enemigo, que atraviesa toda la vida social. Safranski tiene buen cuidado, no obstante, en poner de relieve los supuestos integristas y pesimistas de la posición de Schmitt. Más grave es si cabe la impugnación a la visión moral del mundo desde el immoralismo del Marqués de Sade, «el doble sombrío de Kant», como lo llama Safranski. El tema del mal radical se abisma en la reflexión y la práctica de Sade, hasta rayar en lo demoníaco. Ya no consiste, al modo kantiano, en una «inclinación al mal», que posibilita la insubordinación de la sensibilidad frente a los dictados de la razón, sino en una voluntad de mal, algo así como un mal trascendental, que se quiere, no por motivos empíricos como el interés, sino en cuanto expresión del poder soberano de la libertad de conculcar cualquier mandato. «Pero Kant retrocedió con espanto —escribe Safranski— ante el pensamiento de que el mal mantiene un vínculo secreto con la trascendencia del bien y puede triunfar asimismo sobre los intereses empíricos (de la propia conservación), por más que ese pensamiento pertenezca al misterio de la libertad» (pág. 169). La podrosidad del mal y la voluntad demoníaca de «revocar la creación entera» se convierten ahora en un argumento decisivo contra la Ilustración y su optimismo. La razón puede prostituirse al servicio de cualquier causa, y éstas no necesitan de justificación alguna, sino del poder soberano que las dicta. En el misterio de la libertad se encierra también, como su cara sombría, su furia destructiva.

La conclusión que se impone, en este segundo círculo, es la quiebra del optimismo ilustrado acerca de los poderes racionales para combatir el mal mediante la educación y el conocimiento. Por decirlo en los términos más crudos, el mal no es en el hombre una enfermedad sino una tentación demoníaca, una posibilidad inherente al propio poder de su libertad soberana. El hombre puede querer el mal por el mal mismo. El reconocimiento de la poderosidad del mal echa por tierra toda teodicea o antropodicea, sin tener que refutarlas. Todavía Voltaire tenía que argumentar contra el optimismo leibniziano del mejor de los mundos, apelando a las catástrofes naturales, para concluir así en un ateísmo ético, una especie de teodicea invertida, que negaba a Dios para no hacerlo responsable de los males del mundo. Schopenhauer combate la nueva teodicea especulativa hegeliana haciendo ver lo inane de la fábula del espíritu frente al poderío de muerte, que entraña la voluntad cie-

ga. La misma suerte que a la teodicea le ha cabido a la antropodicea, esto es, a todos los intentos ilustrados de justificar el nuevo «regnum hominis» y su administración universal y providencial de la tierra. La obra de Nietzsche y Freud, como es bien sabido, se ha centrado en la denuncia de las ilusiones del humanismo y en el carácter ilusorio de toda ideología. La salvación mediante el conocimiento —el gran lema de la Ilustración— ha quedado reducido en la historia a las dimensiones de un mito de guardarrope. El conocimiento puede agravar nuestros males y en todo caso aumenta la conciencia de nuestra infelicidad ante una naturaleza indiferente o bien hostil a nuestros planes, un hombre adverso, y el misterio de un Dios ausente o de un Dios que calla. La modernidad, en la bancarrota de sus ilusiones, acaba enfrentándose al sin-sentido, a la «nada de significación», que habita el mundo.

4.- Del nihilismo de Hitler a la confianza de Job

El último centro de análisis del problema lo estructura Safranski en torno al nihilismo. Las indicaciones a Nietzsche son, en general, escasas e insuficientes para hacerse cargo de su visión trágica del mundo que, como dije, está orillada por marginar la tragedia griega. Lo que importa a Safranski en toda esta historia es mostrar la consumación consecuente del nihilismo en el pensamiento y en la práctica política de Hitler, en quien aparece «el poder de lo demoníaco» con su furia destructiva. «Hitler —dice— es la última desinhibición de la modernidad. Sabemos desde entonces en qué medida la realidad humana carece de suelo firme... Y desde entonces se puede barruntar qué significa propiamente la muerte de Dios» (pág. 246). No se trata, pues, de una lectura psicológica ni sociológica de Hitler, sino histórico/metafísica, si se quiere, como el acontecimiento decisivo en la poderosidad del mal en la historia moderna. Ni siquiera es una reencarnación de la figura del Gran Inquisidor. «A diferencia del Gran Inquisidor, en Hitler nada queda del moralismo de los fines. Quiere aniquilar todo el mundo moral; el fin supremo es el poder y la fuerza, nada más» (pág. 249). Hitler supone para Safranski la consumación del nihilismo, cuando el naturalismo biológico darwinista y la racionalidad instrumental están en su apogeo y pueden ser puestos al servicio de una voluntad de poder, en una época de la completa ausencia de sentido, donde sólo queda, como dijera Weber, la lucha entre los demonios domésticos.

«Pero ¿qué giro tomará la historia si el espacio sombrío allá arriba no está vacío, o si por lo menos una fe se resiste a este horror del vacío, una fe que es suficientemente fuerte para dejarse conducir al absurdo?» (pág. 249). Con esta pregunta se produce el giro de Safranski hacia la salida del laberinto. La experiencia histórica del «poder demoníaco» le lleva a enfrentarse, en el último capítulo de su obra, con el libro más profundo y enigmático de la tradición judía sobre el mal, *El libro de Job*. En este texto se refuta toda posible teodicea o antropodicea, todo intento de buscar una justificación racional al problema del mal en un orden providencial o justiciero del mundo. Pero pese al sin-sentido del mal, que sufre Job, éste no desespera de su Dios. ¿A qué Dios se confía Job en su extremo infortunio? Safranski ensaya una interpretación muy sugestiva. No es el Dios liberador, como sostuvo Bloch, que pudiera redimirlo del otro Dios voluntarista y arbitrario, que había tolerado su desdicha. Tampoco es un Dios moral, como creía Kant, o el Dios vinculado a la experiencia de la fidelidad de Job consigo mismo. No hay, pues, en Job ni el discurso del ateísmo ético, como cree Bloch, ni el discurso de la fe moral

kantiana. «Lo único que podemos decir —concluye Safranski— es que Job se aferra a Dios porque no quiere renunciar a sí mismo, a su pasión por Dios. La imagen de un mundo justo ya está destruida. Pero si Job se apartara de Dios, también se destruiría a sí mismo. Destruiría aquel «sí mismo» en el que va implícito el no pertenecerse a sí mismo... Job se niega a cometer una traición a la trascendencia» (pág. 266). El hombre destruye su libertad si elimina la posibilidad de trascenderse, de autosuperarse, en un más allá de sí mismo. «Es esta libertad la que permite al hombre mantener la fidelidad a su esencia espaciosa y trascendente» (pág. 277). Si se niega esta pasión de Dios se aniquila la naturaleza creadora del hombre. Pero este Dios sigue siendo un abismo, que no aporta ningún fundamento, ninguna justificación, ninguna garantía concluyente de sentido. Eso es todo. La referencia a la fe de Job, a punto de cerrar el libro, indica, sin duda, un hilo de resolución. Más que de una hermenéutica de Job se trata de una confesión del propio Safranski. La lección de Job se reduce a términos muy simples. «La imagen del mal inexplicable y del Dios insondable se confunden entre sí. Dios deja de ser un fundamento y se ha convertido en un abismo» (pág. 252), pero éste no es más que el propio abismo de la libertad humana. Safranski se sitúa con ello más allá del humanismo de la modernidad con su secuela de teodicea y antropodicea; más allá, en una palabra, de lo que llama la ideología, la mera creencia en una justificación racional del mal, a la que contraponen el atrevimiento de toda religión genuina. «La religión —dice— lleva al hombre al reconocimiento de la impotencia, finitud, falibilidad y culpabilidad. Y además consigue que todos estos rasgos sean soportables. Las ideologías, en cambio, se apoyan en la idea del poder propio del hombre» (pág. 276). En esta posición se anudan los cabos sueltos que le han ido facilitando la salida del laberinto. Del primer círculo temático retiene Safranski, a mi parecer, la dimensión de trascendencia, como inherente a la libertad humana, para salvarla de su reducción mundanizadora. El mal es, en este sentido, la traición a la trascendencia, ya se entienda ésta en términos de verticalidad u horizontalidad. De este primer círculo retiene también que se trata de un conflicto, que se dirime, como pensaba Schelling, en el seno de la libertad, pero que concierne a la suerte del todo.

A partir del segundo círculo de reflexión, recusa Safranski toda explicación o justificación racional del mal, todo intento de teodicea o antropodicea, y hace suya, según creo, la crítica kantiana a la teodicea leibniziana que le dio a ésta el golpe de gracia. «Denigra a los dos, a Dios y al hombre, a Dios por cuanto limita su poder, y al hombre porque aniquila su libertad» (pág. 264). No creo, sin embargo, que Safranski pueda aceptar desde sus supuestos la visión moral del mundo de Kant. La fe racional o moral se ve expuesta a mixtificaciones ideológicas, y en todo caso, piensa Safranski, no es la fe religiosa la que se funda en la moralidad y queda, a la postre, reducida a

ella, sino que la religión otorga un plus —el de la confianza y la trascendencia— a la propia fe moral, para evitar que ésta degeneren en tragicismo o en estoicismo. Safranski desliza la sospecha de que ciertas creencias morales como la fe en la dignidad del hombre, si no se pretende reducirla a un tabú o a un asunto de validez por acuerdo, está mejor garantizada por la fe religiosa. «Cuando se deja de creer en Dios, no queda más remedio que creer en los hombres. Y entonces quizá se haga el sorprendente descubrimiento de que era más fácil creer en el hombre cuando se hacía el rodeo a través de Dios» (pág. 246). Pero, ¿cómo se garantiza a su vez que la fe religiosa no sea más que un salto mortal sobre el abismo, que entrañe una apuesta abiertamente irracional? A esta pregunta no responde Safranski, y en cierto modo su silencio muestra una grave debilidad de su planteamiento, la falta de una mediación con el orden moral. El fondo abisal de la libertad es la imaginación creadora del hombre, es preciso contar con algún autorreglaje racional (o moral) de la potencia imaginativa para que ésta no se vuelva loca.

Del tercer círculo, entre el nihilismo y la fe en un Dios insondable, se queda Safranski, como ya se ha indicado, en la necesidad de mantener, siquiera sea tentativamente, la confianza en un orden del mundo. Se rescata así la mejor intención kantiana del «como si». «Está en nuestras manos actuar como si un Dios o nuestra propia naturaleza tuviera buenas intenciones para con nosotros» (pág. 279). La posición de Safranski se deja reducir así a un extraño híbrido con tres mimbres, Heidegger, Nietzsche y Kant. Es fácil advinar a Heidegger, el gran silenciado en esta obra, pero presente en su trasfondo, en el gesto de la recusación del humanismo como no más que ideología. De Heidegger y Nietzsche procede, a mi juicio, la idea de la trascendencia en el movimiento de la libertad, así como el poner en la imaginación la instancia de creatividad humana. De Kant, finalmente, la necesidad de la confianza, de actuar «como si» el mundo tuviera un sentido. «En situaciones precarias, señaló Kant en una ocasión, hay una especie de deber de confiar. Este deber es la pequeña esfera de luz en medio de las tinieblas» (pág. 279). Es lástima que Safranski no haya escrito un epílogo a su obra para anudar más firmemente todos estos cabos. En algún sentido, da la sensación de una sinfonía incompleta. Su conclusión parece encerrarse en un dilema: o tragicismo o apuesta por una fe religiosa, al modo del «como si» kantiano. Pero esto ha debido obligarle a una discusión más profunda con el tragicismo, así como a reflexionar sobre el enlace de esta apuesta con el orden moral. Dejar la obra abierta podrá servir, al menos, de estímulo a proseguir la reflexión, que sin duda necesita esta obra. No se le puede negar, con todo, a Safranski el coraje de haber abordado un problema candente, tan esencial a la filosofía. Haberlo hecho con un gesto exotérico, mundano, buscando estimular e interesar, es uno de sus grandes valores. Esto y el haberlo logrado sin renunciar a la dignidad propia del discurso filosófico. □

RESUMEN

Al comentar Pedro Cerezo Galán el ensayo de Rüdiger Safranski (que es, en su opinión, un impresionante friso del mal a lo largo de la historia del pensamiento) señala que nunca el mal ha sido un tema cómodo para la filosofía. Safranski ha escrito casi un ensayo novelado pero sin que se merme la objetividad de los temas, un ensayo filosófico bien

armado que no deja fuera ningún autor relevante, aunque haya algunas ausencias que el comentarista echa en falta. La compleja lectura del mal que hace el autor se puede articular en tres centros que le sirven de hilo de orientación: el propiamente metafísico, el de índole moral y política y el que se estructura en torno al nihilismo.

Rüdiger Safranski

El mal o el drama de la libertad

Tusquets, Barcelona, 2000. 286 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-8310-668-X

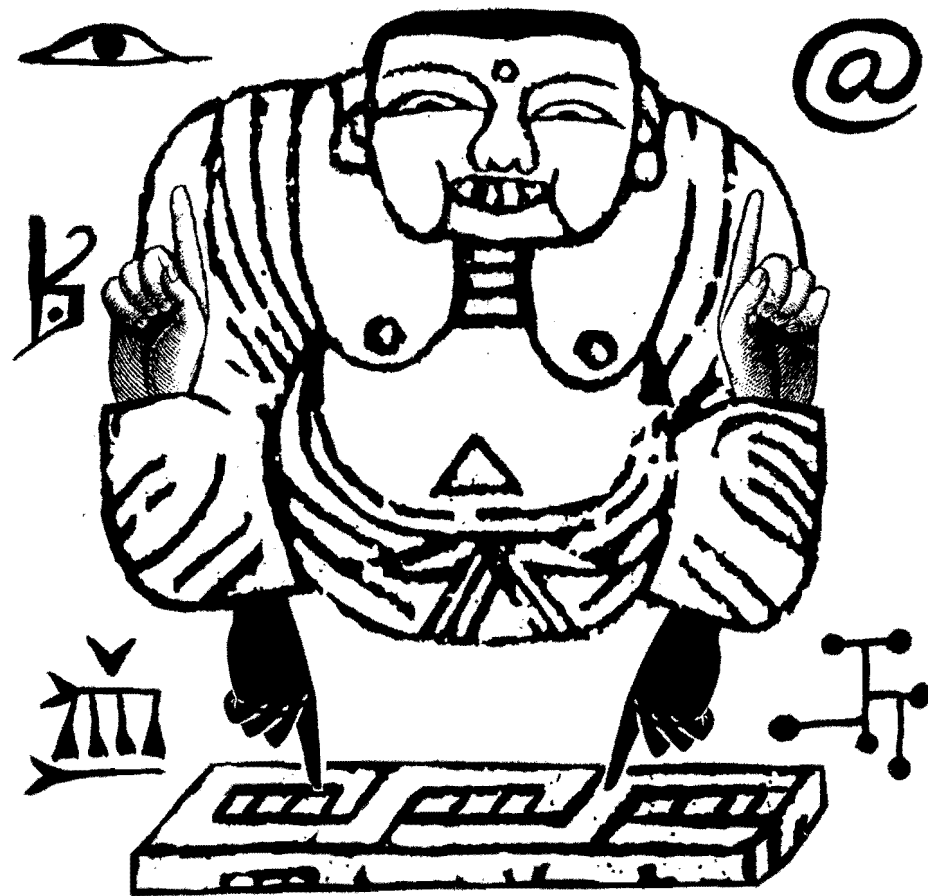
La muerte de las letras

Por Darío Villanueva

Darío Villanueva (Vilalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Santiago de Compostela, de la que es rector. Ha recibido el doctorado honoris causa en universidades de Gran Bretaña, Estados Unidos, Argentina y Perú. Entre sus últimos libros se cuentan *La poética de la lectura en Quevedo* y *Theories of Literary Realism*.

Desde el 11 de septiembre de 2001 no se puede decir que el destino de la Humanidad haya cambiado sustancialmente al respecto, pero sigue siendo no menos cierto que el siglo XX, mortal como todos y ya periclitado, fue cruelmente mortífero, desde las dos guerras mundiales, con el Holocausto, Hiroshima y Nagasaki, hasta el terrorismo o la limpieza étnica, y también un tanto mortuorio en el plano filosófico o conceptual. Nietzsche proclamó la muerte de Dios en 1883 para que la centuria siguiente se hiciese eco ampliamente de su dicitario, incluso mediante la «teología sin Dios» o «teología radical». Por su parte, Francis Fukuyama inauguró hace ya más de dos lustros el final de la Historia, que llegaría a su culminación gracias a un «statu quo» supuestamente definitivo, basado en la democracia liberal y la economía del mercado, si bien acaba de matizar sus tesis iniciales admitiendo ahora que la Historia no morirá del todo hasta que los avances de la biotecnología no consigan abolir los seres humanos como tales, para que comience una nueva era posthumana. Damian Thompson abordó también «el fin del tiempo» al estudiar el milenarismo contemporáneo, del mismo modo que J. H. Plum analizara ya «la muerte del pasado». Frente a semejantes magnitudes mortales parece una bagatela la muerte de la novela, que se viene anunciando desde el anterior final de siglo; la muerte de la tragedia, que dio título a uno de los libros de George Steiner; o la muerte del autor, sentenciada en 1968 por Roland Barthes. Como corolario de tantos decesos y extinciones, el profesor de Princeton Alvin Kernan publicaba en 1990 un libro ampliamente comentado: *The Death of Literature*.

Kernan justifica cumplidamente cómo y por qué lo que desde el Romanticismo se venía conociendo como literatura está perdiendo sentido y desapareciendo tanto del mundo social como de las conciencias individuales. En ello han colaborado tanto elementos endógenos como exógenos, pues Kernan, a estos efectos, considera tan deletéreas para la continuidad de la literatura la televisión como la deconstrucción de Derrida y sus seguidores. La primera lo es como emblema de una revolución tecnológica con la que Marshall McLuhan vaticinó el final de la galaxia Gutenberg, sin que el intelectual canadiense llegase a conocer en su plenitud todas las potencialidades de la era digital. Y la deconstrucción, que ha contaminado espectacularmente el pensamiento literario en las universidades anglosajonas, con su insistencia en postular la vacuidad significativa del lenguaje y los textos, ha dejado franco el camino al relativismo literario más radical, a la liquidación del canon y, en definitiva, al descrédito de la literatura que tradicionalmente se había estudiado como una fuente privilegiada de conocimiento enciclopédico y educación estética. Así, por caso, en 1988, la Universidad de Stanford decidía arrinconar, por su tufillo elitista, eurocéntrico e imperialista, viejos programas basados en los escritos de los «dead white males», que habían sido hasta entonces el fundamento de la educación liberal norteamericana. Dos «scholars» de la vieja guardia ambos apellidados Bloom, Allan y Harold, destacan en la denuncia de este Apocalipsis humanístico, con obras tan significativas como *The Closing of the American Mind* y *The Western Canon*, respectivamente.



VICTORIA MARTOS

Alvin Kernan entiende la literatura en un sentido amplio, fácilmente justificable desde la Historia de nuestra cultura y muy oportuno para mis propios planteamientos en este comentario del libro de James O'Donnell, *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*. Para Kernan, los grandes libros constituyen el sistema literario de la cultura impresa, y en gran medida su poder institucional ha descansado en la fuerza del soporte mecánico que Gutenberg puso al servicio de otra revolución igualmente tecnológica y no menos importante, la de la escritura alfabética descubierta por los sumerios tres o cuatro milenios antes de Cristo. Un discípulo de McLuhan, Walter Ong, destacó oportunamente cómo la segunda revolución potenció extraordinariamente la primera, pues la impresión y no la escritura ha sido la que ha reificado la palabra, y con ella la comunicación y la actividad intelectual.

Parece lógico que de un tiempo a esta parte se haya convertido en una preocupación para intelectuales, humanistas, estudiosos y creadores el futuro de la literatura, entendida tanto en su acepción más general —el conjunto de los saberes transmitidos a través de la letra impresa— como en la variante relativamente reciente que la identifica con los textos de concepción y funcionalidad estética, planteamiento que Florence Dupont ha puesto en muy oportuna conexión con la oralidad y la escritura en otro libro, *L'invention de la littérature* (traducción española en Debate, Madrid, 2001), de indudable interés para el asunto que nos ocupa. Esta autora, al recordar el fundamento estrictamente oral de las grandes aportaciones filosóficas y estéticas de la cultura greco-romana, postula el reconocimiento de una «alteridad fundadora», muy adecuada y conveniente para proyectarnos hacia un porvenir de reinventada oralidad sin romper con nuestro pasado. Para Florence Dupont, el futuro está en el reciclaje de lo escrito, en su transformación en energía viva, recuperando el sentido de la «literatura» griega «avant la lettre», que no era otra cosa que un enunciado en busca de una enunciación.

Se me figura que la obra de O'Donnell, *Avatars of the Word*, que comentamos, publicada inicialmente en Harvard en 1998, encuentra su mejor complemento en otra traducida al castellano en la misma colección. Me

refiero a *Hamlet en la holocubierto. El futuro de la narrativa en el ciberespacio* (Paidós, Barcelona, 1999). Este libro surge de la experiencia de Janet Murray, que entró a trabajar como programadora de sistemas en IBM, allá por los años sesenta del pasado siglo, en tanto no conseguía una beca para doctorarse en literatura inglesa. Alcanzado este objetivo académico, se incorporó finalmente al «Laboratorio para la tecnología avanzada en Humanidades» del MIT donde ya profesaba Nicholas Negroponte.

La «holocubierto» a la que se refiere el título procede de la serie televisiva *Star Trek*, en cuyas estaciones espaciales existe una máquina de fantasía universal abierta a una programación personalizada para entretenimiento de los ciudadanos de la Federación de Planetas Unidos. Algo muy semejante a lo que habían descrito ya, como aparatos abiertamente alienadores, dos de los Julios Verne del nuevo milenio, Aldous Huxley (recuérdese el «sensorama» de *Brave New World*, 1932) y Ray Bradbury, quien en *Fahrenheit 451* (1953) introduce lo que a Janet Murray le parecen unas «holocubierto primitivas». En ambos casos, la sociedad de referencia se caracteriza por la prohibición de los libros, y quizás por ello la autora de este ensayo se cura en salud, alineándose en el grupo de los bibliófilos. No oculta, con todo, su decepción con la literatura posmoderna, escrita a modo de palimpsesto, y su rechazo hacia los teóricos académicos que la reducen a un sistema de símbolos arbitrarios que no apuntan hacia ninguna parte que no sean otros textos. Nos recuerda también, en una línea argumentativa que sería del agrado de Florence Dupont, que Shakespeare no escribió ningún libro, sino que fue autor en un medio «colaborativo» como el teatro, dando vida a sus personajes de acuerdo con las posibilidades de su grupo de actores para los que era modelo inmediato la «commedia dell'arte» italiana, en la que no había texto fijado previamente, ni por lo tanto autoría definida. Lo mismo que en la literatura homérica, resultante de un proceso colectivo propio de una cultura oral, que utilizaba un sistema de narrar en gran parte formulario, esquemático y recurrente.

Además, la brillante joven filóloga por Harvard que era Janet Murray no sólo se encontró en el MIT con la vanguardia ciberné-

tica, sino con competentísimos «hackers», auténticos magos del ordenador, que entretenían sus ocios con videojuegos o con juegos de rol que, a través de los entornos informáticos MUDs («Multi-User-Domain»), permitían a participantes alejados físicamente compartir un espacio virtual en Internet sobre el cual trazar historias en la que todos participaban. Para Janet Murray la forma más habitual de juego es el «agón», o enfrentamiento entre oponentes, y también es la forma narrativa más temprana. El fundamento lúdico del arte, de la literatura, de la ficción y la «voluntaria suspensión del descreimiento», explícito tanto en Schiller como en Coleridge y atribuido a la condición humana más genuina por Huizinga, avalla la apasionada afirmación de que estamos asistiendo a la «época incunable de la narrativa digital», cuya estética se fundamenta en los placeres proporcionados por «historias participativas que ofrezcan una inmersión más completa, actuación satisfactoria y una participación más sostenida en un mundo caleidoscópico» (página 261). Con ello se consolidará un nuevo género, el «ciberdrama», que no será la transformación de algo ya existente sino una reinención del propio arte narrativo para el nuevo medio digital.

La pregunta clave es si será posible un ciberdrama que evolucione desde la mera órbita del entretenimiento placentero hasta el universo eminente del arte. Para Murray, sólo será cuestión de tiempo. Analiza también el papel del «ciberautor» o «ciberbarbo», que no será ya el emisor de un «cibertexto» lineal, susceptible de variaciones hermenéuticas por parte de sus lectores, sino poco más que el creador de unos fundamentos esquemáticos y unas reglas para que, sobre ellas, los usuarios elaboren sus propios desarrollos. La «actuación» primará, pues, sobre la «autoría», y estas nuevas manifestaciones carecerán de la fijación, estabilidad, perpetuación en el tiempo e intersubjetividad que hoy caracterizan a la literatura propiamente dicha.

Es evidente, en consecuencia, que estamos viviendo una transición histórica tanto para las tecnologías de la información como para la literatura y el arte. Así lo piensa Janet Murray como también, entre nosotros, Luis Goytisolo, por poner un ejemplo bien representativo. Su novela *Muzungo* se presentó en 1996 como un texto narrativo tradicional que, sin solución de continuidad, acababa introduciendo a sus lectores en el mundo del video interactivo, pues en el disco CD-Rom adjunto al libro, los personajes, su espacio, el paisaje y el mundo de su aventura se transforman en imagen, sonido y color. Luis Goytisolo, que confesó haberse sentido, al acabar la serie *Antagonía*, un novelista cabal, desde los años ochenta considera seriamente la posibilidad de ser «un dinosaurio en vías de extinción».

Esa misma actitud de perplejidad expectante ante lo que pueda ser el futuro de su actividad y vocación la encontramos en James O'Donnell, que en cierto modo hace de su libro una especie de autobiografía intelectual escrita en un momento de crisis generalizada. Menudean, así, sus confidencias vitales: O'Donnell es un cincuentón norteamericano de origen irlandés, profesor de estudios clásicos y especialista en Agustín de Hipona, que en la actualidad desempeña las funciones de vicerrector de sistemas de información e informática en la Universidad de Pennsylvania. En este sentido, responde al mismo perfil que Janet Murray, o que Richard Lanham, una autoridad en literatura del Renacimiento convertido en reconocido ciber teórico desde la publicación en 1993 de su libro *The Electronic Word*. De todos ellos podríamos decir que están ya integrados en la nueva cultura, como el propio O'Donnell demuestra vinculando su libro a una



Viene de la página anterior



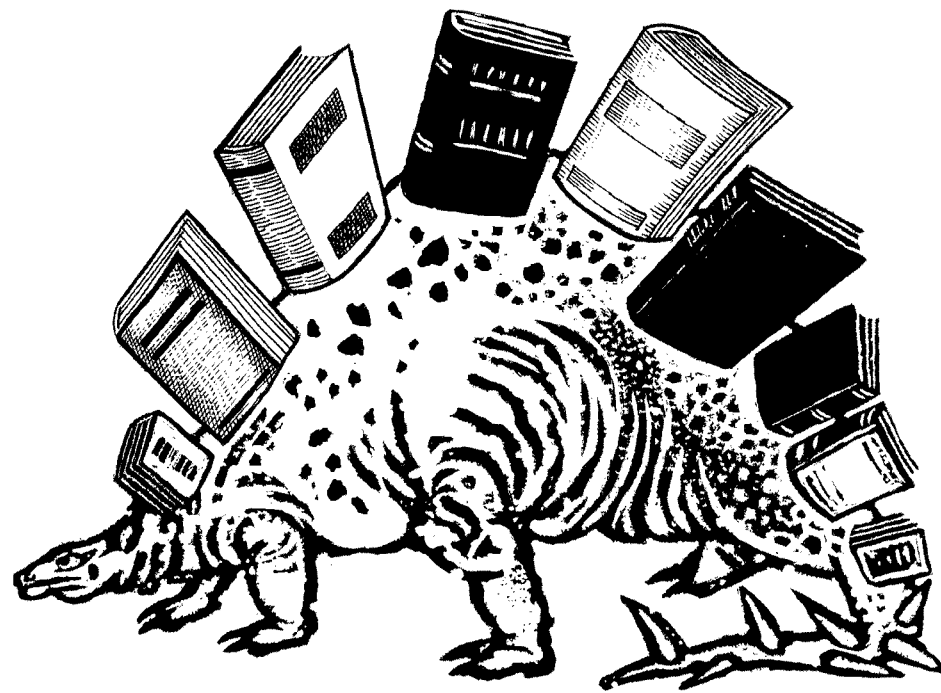
página web cuya dirección nos ofrece, donde podemos encontrar, convenientemente organizados, todos los materiales reunidos por el autor para la elaboración de su obra, incluidas numerosas ilustraciones que el volumen impreso no podría haber incorporado con exhaustividad. Si lo hace excepcionalmente, y a modo de lema visual preliminar, con un cuadro del Siglo XV, debido a Antonello da Messina, que representa a San Jerónimo inmerso en la lectura de los libros en su estudio, acompañado de un león.

Precisamente el significado que O'Donnell le da a la palabra «avatar» en el propio título del libro tiene mucho que ver con aquel reencuentro de enunciado con enunciación que Florence Dupont rescataba de los momentos aurales en que se inventó la literatura. Lo mismo que persigue Luis Goytsiolo con el CD-Rom de *Muzungo*, o los ciberautores de Janet Murray con sus creaciones a través de los MUDs, es lo que la página Web de *Avatars of the Word* posibilitará en convivencia con sus lectores más cooperativos: una auténtica «reencarnación» interactiva de las ideas desarrolladas por el texto inicial en la conciencia de sus usuarios potenciales.

De todo lo dicho se deducirá que James O'Donnell es un integrado... que escribe, no obstante, desde una pugnaz conciencia apocalíptica. *Avatares de la palabra* es un libro lleno de preguntas, de perplejidades y, en cierto modo también, de recelos. O'Donnell duda sobre el futuro del libro, de los autores, de la lectura, de las bibliotecas, de las humanidades académicas y de las propias universidades. Teme también que los nuevos tiempos acaben marginando a librerías, escritores, lectores, bibliófilos, humanistas y académicos. Espada de Damocles a la que intenta responder con un talante gallardo y positivo, no exento de voluntarismo: «Mi propia elección, no sin dificultades, es resistir la tentación del estudio silencioso del clásico e intentar comprender las líneas que llevan desde la Antigüedad que conozco profesionalmente hasta mi propio tiempo, y así poder establecer adónde nos llevan esas líneas en el futuro. Estudio el pasado, pero proyecto vivir en el futuro» (página 23).

A este respecto, además de la ilustración inicial que reproduce el cuadro sobre San Jerónimo en su estudio para sugerir el contexto de la cultura libresca, ahora en capilla, O'Donnell toma a Casiodoro, autor sobre el que versó su tesis doctoral, como símbolo de lo que deberá ser la actitud más conveniente de los hombres de letras en el nuevo teatro universal del ciberespacio. Así como el autor de las *Instituciones*, desde su retiro monástico de la costa italiana meridional, dedicó todas sus energías a preservar de los bárbaros la civilización clásica decadente, habilitando a los monjes como copistas eficaces de su literatura —es decir, de todo su legado erudito—, O'Donnell entiende que no muy diferente resulta su trayectoria personal de filólogo medio yanqui, medio irlandés «in partibus infidelium», que dio el salto, sin grandes aspavientos, desde sus habilidades mecanográficas juveniles al manejo de procesadores de textos rudimentarios como el Kaypro II, a la visita asidua, via módem, de bases de datos en línea, o a la edición de una revista electrónica de estudios clásicos. Y añade de la siguiente confidencia: «en algún momento del proceso comencé a darme cuenta de una ironía. Yo había llegado a ser como Casiodoro. No porque fuese cristiano o erudito, sino porque, más o menos conscientemente, ayudaba en la tarea de crear, para la gente y las ideas que yo valoraba, un espacio útil en el nuevo ambiente tecnológico donde podríamos hacer por nosotros mismos una comunidad que funcionara» (página 185).

En definitiva, estamos asistiendo a un nuevo cambio sustantivo en lo que se refiere a las relaciones entre la condición humana, la cultura letrada y las circunstancias materiales y



VICTORIA MARTOS

tecnológicas de su producción y difusión. Se trata de la tercera o cuarta de esas revoluciones que han ido jalonando la historia de la humanidad. La primera correspondió al momento en que la invención de la escritura alfabética ofreció una alternativa a la oralidad como fundamento exclusivo para la comunicación del conocimiento. Cincuenta siglos después, aproximadamente, sobreviene la segunda, que dio paso a la galaxia Gutenberg: la imprenta consolidó la escritura de manera impensable hasta entonces, potenciando extraordinariamente su capacidad de difusión y de autoridad constitutiva de la realidad, fenómeno éste último que la prensa escrita generalizó, como refleja aquella conocida afirmación de Bertrand Russell, para quien uno de los problemas con los periódicos es que sus lectores identifican la verdad con el tipo de letra 12.

Una nueva revolución

La cultura del manuscrito continuaba siendo fundamentalmente oral. Lo auditivo siguió, no obstante, dominando por algún tiempo después de Gutenberg. Pero hay un momento en que la impresión contribuyó a sustituir la pervivencia del oído por el predominio de la vista, proceso que tuvo sus inicios, efectivamente, con la escritura, pero que sólo prosperó con la ayuda de la imprenta propiamente dicha. Esta máquina sitúa las palabras en el espacio de un modo más inexorable de lo que nunca antes había hecho el alfabeto, y esto determinó una verdadera transformación de la conciencia humana, y el tránsito desde un entorno puramente tribal a otro más civilizado.

La galaxia Gutenberg, conforme a la profecía falaz de Marshall McLuhan, comienza a perder su predominio con la comunicación eléctrica, como él la denominaba. El telégrafo fue un avance puramente instrumental y comunicativo. El paso más destacado a este respecto fue la radio, que después de los experimentos de Marconi alcanzó con De Forest su formulación definitiva a principios del siglo XX. La televisión, por su parte, es un hallazgo de los años treinta, cuando el cine se hace también sonoro. Según McLuhan, esta nueva era de la comunicación representaba un regreso a las formas predominantes de la comunicación oral, formas, por lo tanto, contradictoriamente arcaicas. Las grandes urbes y el universo entero pasaban así a ser aldeas globales y, antes o después, la palabra impresa desaparecería, aprensión semejante a la que Casiodoro podría haber experimentado en el siglo V en relación a la sabiduría de los clásicos fiada ya, más

que a la memoria, al soporte efímero de la escritura, que sobre el pergamino podría resistir mejor las injurias de los años.

Oralidad, escritura, imprenta. Estamos inmersos ahora en una nueva revolución, la electrónica y telemática de las autopistas de la información y las plataformas digitales, que el autor de *La galaxia Gutenberg* no pudo vislumbrar, ni alcanzó a vivir, pues se ha desatado a un ritmo frenético precisamente en los dos decenios largos que siguieron a su muerte, sobrevenida el mismo año en que comenzaba la historia de los ordenadores personales. Paradójicamente, todo ello ha representado una recuperación de la escritura y de su demanda de visualidad, que eran las grandes sacrificadas en el retorno eléctrico ante la oralidad tribal jaleada por McLuhan. Umberto Eco, también con ironía, gusta de mencionar, así, que el ordenador viene a representar el monumento a un nuevo sincretismo, pues su aspecto es el del gran enemigo de la cultura escrita, el televisor, pero en su pantalla lo que cada vez se confirma más y más es la presencia de las letras y los números.

Cabe pensar, por lo tanto, que si a lo largo de todo este recorrido milenario se han consagrado compatibilidades antes que exclusiones, que si la escritura no arrumbó con la oralidad, ni la imprenta con el manuscrito, el ciberespacio será capaz de integrar todos los procedimientos y recursos que los seres humanos han ido desarrollando a lo largo del tiempo para comunicarse intersubjetivamente, y para transmitir, en condiciones de fiabilidad y operatividad, el acervo de su conocimiento y de su cultura. James O'Donnell bien lo puntualiza al afirmar que «la gran equivocación está en imaginar una ruptura brusca creada por un desarrollo único de la sociedad que separa el antes y el después» (página 37).

Porque no faltan precedentes de cómo las

posiciones apocalípticas ante alguna de las revoluciones mencionadas acabaron siendo desautorizadas por la fuerza de los hechos, y por la capacidad asimiladora de la Humanidad en todo lo referente a los nuevos hallazgos, incluidos los que Walter J. Ong atinó a denominar «tecnologías de la palabra». Recordemos, a este respecto, la enemiga de la Academia griega contra lo pernicioso de la escritura. Platón pone en boca de Sócrates, en el diálogo *Fedro*, o *del amor*, el relato de su invención por parte del dios Teuth. Cuando expuso su descubrimiento al rey Thamus, ponderando sus beneficios, éste se mostró por completo contrario a la innovación, por considerarla sumamente perjudicial para la memoria y, sobre todo, para la verdadera sabiduría, que sólo debería aprenderse de boca de los maestros. De la misma opinión era el propio Sócrates, el filósofo ágrafo que creó la mayéutica. El discurso escrito le semejaba a algo muerto, no más que un vano simulacro del discurso vivo, el auténtico, «escrito en los caracteres de la ciencia en el alma del que estudia», que podía por ello «defenderse por sí mismo», «hablar y callar a tiempo».

Con todo, James O'Donnell no puede ni quiere ocultar cuáles son sus raíces, y dedica atención especial en su libro a dos instituciones fundamentales en su biografía, la Universidad y la Biblioteca, cuyas relaciones no siempre fueron tan armónicas como se podría pensar. La Universidad, nacida con el segundo milenio de nuestra era, participaba al cien por cien de la cultura tribal y socrática de la oralidad, contaba en un principio muy poco con los libros manuscritos, cuyo coste resultaba en muchos casos prohibitivo, y tampoco tuvo un protagonismo acusado cuando la segunda revolución, la de Gutenberg: mientras, por caso, el catedrático de Medicina salmantino Cosme de Medina tenía en la segunda mitad del XVI cerca de medio centenar de obras de su especialidad, la librería de la Universidad guardaba tan solo catorce títulos referidos a la ciencia de Galeno. En consecuencia, el autor de *Avatares de la palabra*, que sigue considerando a la biblioteca «el paradigma más potente para la organización y la gestión de conocimiento que nunca se haya inventado» (página 76), considera que hoy mismo el concepto de biblioteca virtual puede estar ya superado por los acontecimientos, y que en un soplo la función primordial de los bibliotecarios será «filtrar el infocaos». De igual modo que, por lo que se refiere a la Universidad, el profesor podría acabar en convertirse «en una suerte de icono de "software": pulse en el profesor y déjese llevar por el mundo que él conoce» (página 152). Lo desenfadado del símil no debe distraernos de la realidad así denunciada y profetizada a la vez. Porque a casi mil años de su aparición en Bolonia, ya en plena cultura digital y telemática, no resulta descabellado proponer la urgencia de una profunda renovación pedagógica para integrar definitivamente las nuevas tecnologías en procesos formativos que mantienen, todavía, el atavismo socrático con la a veces muy hiperbólicamente denominada «lección magistral». □

RESUMEN

Como reconoce Darío Villanueva, tras la muerte de Dios, proclamada por Nietzsche, o el fin de la Historia, augurado por Fukuyama, o el fin del tiempo o la muerte del pasado, la muerte de la literatura no deja de ser una bagatela. La literatura entendida, al menos, como hasta ahora, pues el viaje colectivo por la red, que se está viviendo con la revolución elec-

trónica y telemática, con las autopistas de la información y las plataformas digitales, nos lleva a la «época incunable de la narrativa digital», con la aparición del «ciberdrama», del «ciberautor» o «ciberbarbudo». De estas cuestiones trata el ensayo de James O'Donnell que es un libro lleno de preguntas, perplejidades y recelos.

James O'Donnell

Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio

Paidós, Barcelona, 2000. 199 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-493-0946-8

La economía del último milenio

Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936), catedrático de la Universidad de Alcalá, es Premio Rey Juan Carlos de Economía 1994, presidente de la Asociación de Historia Económica y del Consejo Académico de la Asociación Europea de Historia Bancaria y miembro de la Academia Europæa. Fue también presidente de la Asociación Internacional de Historia Económica. Su último libro es *La revolución del siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia*.

El milenio que terminó en el año 2000 será recordado en la historia de la humanidad como el del crecimiento: crecimiento demográfico (nunca había habido tantos seres humanos sobre la Tierra) y económico (nunca habían sido esos seres tan ricos). No sólo somos muchos más, sino que vivimos mucho más tiempo, lo cual es posiblemente el más claro signo imaginable de riqueza, aunque existen muchos otros. Hay menos hambre (pese a las noticias alarmistas), las viviendas son mejores, y las necesidades básicas de un número cada vez mayor de seres humanos están cada vez mejor cubiertas. Todo esto se logra además trabajando cada vez menos: el ocio es otro importante indicador de bienestar, y también éste ha crecido espectacularmente. Ello significa que la productividad o, para ser más precisos, el rendimiento factorial total, ha aumentado astronómicamente. Esto es consecuencia de la revolución científica y técnica del siglo veinte, que a su vez es continuación de la Revolución Industrial que se inició en Inglaterra en el siglo XVIII, pero que tiene sus orígenes en la Edad Media, es decir, en los comienzos del milenio. El mayor auge económico de la historia comenzó de manera casi imperceptible hace exactamente mil años.

No se trata sin embargo de pintar un cuadro panglosiano, ya que no sólo subsisten graves problemas, sino que han aparecido otros nuevos, quizá aún más graves: el crecimiento ha sido muy desigual, y ello ha provocado un aumento en las asimetrías económicas; además, ese crecimiento, tan deseado, puede poner en peligro sus mismos logros, porque la superpoblación y la presión excesiva sobre los

recursos del planeta pueden destruir o afectar gravemente a la propia base física que sustenta a la Humanidad. La agresión al medio ambiente y la persistencia de la pobreza en amplias zonas del globo son indicios alarmantes de estos peligros. También lo son el hecho de que, en el pasado, se hayan dado casos en que la superpoblación diezmará o destruyera poblaciones o civilizaciones, como ocurrió en la Europa del siglo XIV o en la cultura maya de Centroamérica unos siglos antes. Aunque la capacidad técnica de hoy sea mucho mayor que la de entonces, también lo es el poder destructivo de las sociedades actuales. Por eso se levantan cada vez más voces que quieren poner límites a un crecimiento que puede llegar a convertirse en una amenaza.

Las causas del crecimiento

Pero para conjeturar sobre el futuro debemos conocer bien el pasado, y por esto una serie de libros y publicaciones han tratado de explicar, con motivo del fin (por arbitrario que sea) del milenio, por qué y cómo ha tenido lugar este triunfo económico extraordinario. Hace pocos años apareció el libro de David Landes sobre *La riqueza y la pobreza de las naciones* (Crítica, Barcelona, 1999; la edición original norteamericana es de 1998), que tuvo un éxito notable. Ahora aparece el de otro renombrado historiador económico, Angus Maddison, sobre la economía mundial durante este milenio. Se trata de libros muy dispares: sin asustarse de las cifras ni del análisis económico, Landes es un maestro de la historia narrativa; Maddison, en cambio, es el gran «majador de cifras» («number cruncher» en inglés) de la historia económica. Tras trabajar muchos años en la oficina estadística de la OCDE, Maddison aplicó sus técnicas y bancos de datos a períodos más largos, convirtiéndose así en historiador económico. Su antecesor más insigne es Simon Kuznets, que recibió el premio Nobel por sus estudios macroeconómicos globales.

Es ilustrativo contrastar los libros de Maddison y Landes porque, centrados en los mismos temas, los logros económicos del milenio,

los abordan de modos totalmente dispares. Y pese a los considerables méritos de cada uno de ellos, en la opinión de este humilde comentarista ninguno resulta totalmente satisfactorio al tratar de responder a la gran pregunta, la de cuál sea la explicación de este triunfo y por qué tuvo lugar cuando y donde se produjo. La pregunta es muy difícil, desde luego; es la cuestión que ocupa a economistas e historiadores económicos desde Adam Smith hasta hoy, y es de prever que siga ocupándoles en el futuro.

En realidad, el libro de Landes se enfrenta explícitamente con la cuestión. Su título lo indica de modo claro, y sobre todo su subtítulo: «Por qué algunas [naciones] son tan ricas y otras tan pobres» (traduzco del original inglés). Y su respuesta también parece inequívoca: «es la cultura lo que marca la diferencia». Aparentemente, todo está claro. Ahora bien, él mismo reconoce que este concepto de cultura es difícil de aprehender y repetidamente lamenta que hoy pueda parecer «políticamente incorrecto». Además, se presta mal a la cuantificación y, por tanto, a la verificación empírica. Por último, «si la cultura tiene tanta fuerza, ¿por qué no funciona de manera consistente?». ¿Por qué los chinos prosperan en el extranjero y China se ha atrasado económicamente (aunque ahora parece que cambia)? Algo parecido podría decirse de la India. Y ¿qué variación cultural explica que la Italia medieval fuera mucho más rica que Inglaterra, que del siglo XVII al XX fuera mucho más pobre, y que en el XX la igualara de nuevo en riqueza, e incluso, en algunos años finales del milenio, la sobrepasara? ¿Y por qué la católica Bélgica, atrasada con respecto a Holanda en la Edad Moderna, se industrializó mucho más rápida y radicalmente en el siglo XIX? Landes tiene que admitir que la cultura no lo explica todo: «las explicaciones monocausales no funcionan». Con lo cual las cosas están mucho menos claras de lo que parecía al principio. En realidad, la aplastante erudición de Landes le impide simplificar y teorizar. Las palabras finales del libro de Landes, su última conclusión, recomiendan «cultivar una fe escéptica [y] evitar el dogma».

Pese a sus grandes diferencias, Maddison

y Landes coinciden en algunas cosas, entre otras en la importancia de la «cultura». En diversas ocasiones señala Maddison la ventaja de los países con altos niveles educativos y coincide totalmente con Landes en que aquí estuvo el talón de Aquiles de los países católicos, y en particular de España, donde «el fanatismo religioso y la Inquisición inhibieron la curiosidad intelectual» (pág. 92). Esto explicaría el atraso de los países católicos en la Edad Moderna, pero no su recuperación en el siglo XX.

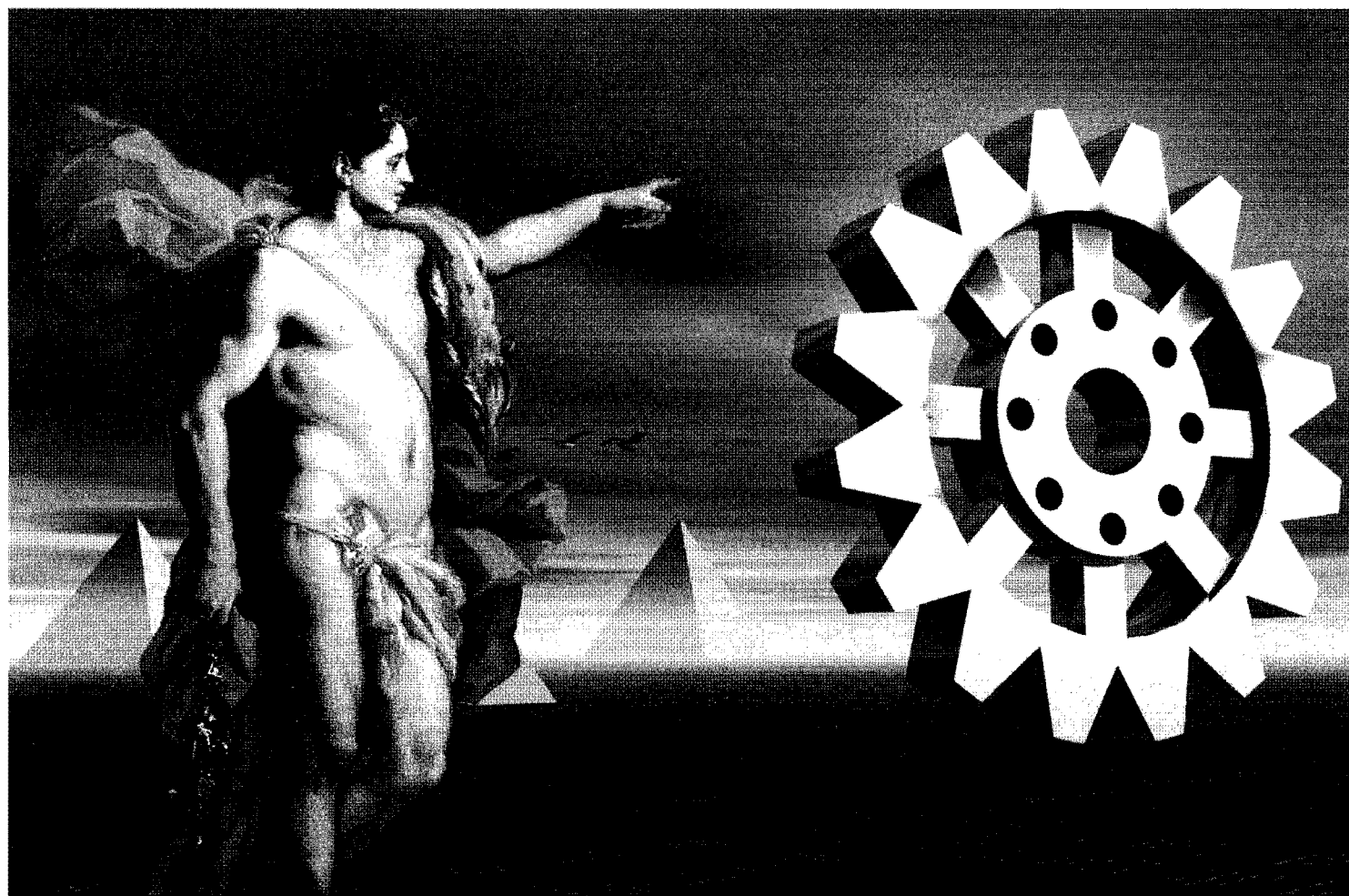
El capital humano

Permítaseme hacer aquí algunas observaciones de mi cosecha. Coincido en gran medida con ambos autores en la importancia del factor humano para el desarrollo económico, llámesele cultura, llámesele educación, o llámesele, con una expresión ya consagrada entre los economistas, e incluso en círculos más amplios, capital humano. Yo prefiero esta última expresión, porque subraya que esta acumulación de saberes, destrezas, organizaciones, y estructuras englobadas en el concepto de capital humano, constituyen un factor de producción tan importante o más que el capital físico. Además, por lo mismo que es producto de una acumulación de aprendizajes adquiridos, el capital humano puede ser objeto de medición, algo a lo que la cultura es mucho más reacia. Podemos medir el dinero invertido en educación, en investigación, en desarrollo, en organización; podemos también medir tasas de alfabetización, de escolarización, años de estudios, etc. No podemos hacer lo mismo con la cultura, por cuanto ésta es, por definición, un cajón de sastre demasiado heterogéneo, del que la educación forma parte como causa y como consecuencia a la vez, pero donde hallamos también a la religión, la costumbre, la legislación, la estructura familiar, y tantas otras cosas. Si concentráramos nuestra atención en el capital humano muchos de los problemas conceptuales que entraña la cultura como variable explicativa desaparecerían, y sería más fácil sustituir la fe escéptica por la evidencia empírica. Y esta evidencia, como muestran los estudios acumulados en los últimos veinte años, es bastante sólida en favor del capital humano como robusta variable explicativa del desarrollo económico.

Un momento de reflexión nos muestra que esto no tiene nada de extraño. Como dije al principio, el crecimiento económico es consecuencia en gran parte del progreso técnico, es decir, de las invenciones y su aplicación práctica; es natural que las poblaciones cultas y laboriosas produzcan y apliquen estas innovaciones con mucho mayor eficacia que las incultas y anómicas. Igualmente, pueden existir grupos y culturas dentro de un Estado que atesoren mayores cantidades de capital humano que la mayoría, y que se sientan oprimidos por la legislación y la cultura ambiente; nada tendrá de raro que esas minorías prosperen rápidamente al emigrar a sociedades más abiertas y propicias al desarrollo económico. Esto explicaría tanto el éxito de los inmigrantes chinos e indios en otras culturas, como el de tantas minorías europeas (hugonotes, judíos, puritanos) que emigraron a tierras extrañas.

El gran despegue

En cuanto a los inicios del crecimiento milenar, éstos se dieron en Europa durante la Edad Media: sus orígenes fueron mejoras técnicas humildes y anónimas, como ciertos cambios en el diseño del arado, la introducción del caballo en las faenas agrícolas, algunas modificaciones en la organización de los cultivos;



ALVARO SÁNCHEZ



Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

pero las mejoras se fueron acumulando hasta desembocar, ya en puertas del Renacimiento, en progresos más espectaculares, como los relojes mecánicos, la sustitución del remo por la vela en la navegación, la brújula, la contabilidad por partida doble, la pólvora, el papel, la lente, o la imprenta. Eran los inicios de un proceso de cambio técnico que convirtió a Europa en la región más rica y poderosa del orbe, riqueza y poder que le permitieron extenderse y comerciar con el mundo entero, y a la larga moldearlo a su imagen y semejanza, dando por fin lugar a la Revolución Industrial, que fue principal pero no exclusivamente inglesa. A partir de entonces (siglo XVIII) el crecimiento ha sido arrollador y progresivo; esto es, con los inevitables altibajos, las tasas de crecimiento económico han sido cada vez más altas. La segunda mitad del siglo XX ha sido testigo del mayor desarrollo que registra la historia y de su generalización a muchas regiones del globo que habían permanecido estancadas. Para dar una idea de la aceleración del crecimiento y su magnitud: según las cifras de Maddison, el crecimiento de la renta mundial por habitante en el primer milenio (años 0-1000) habría sido insignificante. En los ocho primeros siglos del segundo milenio (1000-1800) su tasa habría sido del 0,05 por 100 anual. En los siglos XIX y XX habría alcanzado una media anual de 1,2 por 100. Pero a su vez esta tasa habría ido creciendo, del 0,88 por 100 en el XIX (hasta la Primera Guerra Mundial), al 0,91 por 100 en la primera mitad del siglo XX (período turbulento de guerras y depresiones), para alcanzar el 2,09 en la segunda mitad del XX. En otros términos, mientras que en el siglo XVIII la renta por habitante se multiplicó por 1,3 o menos, en el XIX se multiplicó por algo menos de 2 (es decir, no llegó a doblarse), mientras que en el siglo XX se multiplicó por 9. A esto hay que añadir que la población sobre el planeta en el siglo XX se multiplicó por 4, mientras que en el XIX no llegó a doblarse. Es decir, que si el segundo milenio ha sido el del gran crecimiento, gran parte de éste se ha concentrado en el último siglo del milenio, el XX. Desde la perspectiva de los inicios del tercer milenio, después de nueve siglos de lenta preparación, el siglo XX, y en especial su segunda mitad, ha sido la del big bang económico.

Sin embargo, este crecimiento acelerado está desigualmente distribuido: Europa, Japón, los pequeños tigres asiáticos, y las antiguas colonias inglesas (EE UU, Canadá, Australia, Nueva Zelanda) son mucho más ricas que el

resto del mundo, con la salvedad de algunos estados productores de petróleo. Los que ignoran la historia, la economía, y la geografía culpan a los ricos de la situación de los pobres. Las cosas son más complejas. Como hemos visto, gran parte de la explicación de la riqueza está en el capital humano, y éste es el producto del esfuerzo educativo a largo plazo, y también de la tolerancia y la libertad. Pero hay además otro factor, que Maddison apenas señala y que Landes sí destaca, aunque de manera incompleta: el medio natural. Todos los países desarrollados están en la zona templada: los recursos agrícolas (y también los mineros) explican por tanto una parte importante del desarrollo económico. La agricultura de la zona templada ha sido la más productiva, y la que mejor se ha prestado a las mejoras técnicas iniciadas en la Edad Media: los progresos de la economía europea en el segundo milenio han seguido un ritmo muy parecido al alza gradual de los rendimientos del trigo y del centeno. El lento proceso acumulativo ha tenido como base la agricultura, y la historia económica muestra que en casi todos los países la Revolución Industrial ha ido precedida o acompañada de una Revolución Agrícola. Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, los países que se industrializaron lo hicieron sobre la base de una agricultura próspera: las excepciones son escasísimas. Ha sido por tanto una conjunción de recursos humanos y recursos naturales lo que ha producido el desarrollo económico. Europa estaba entre las pocas regiones mundiales que reunían ambas bazas, por lo que nada tiene de raro que ganara la partida.

Hispanofobia

Otra cosa tienen en común el libro de Maddison y el de Landes: una relativa hispanofobia. En muchos aspectos, no les falta razón, en particular en lo que respecta a la opresión intelectual en la Edad Moderna. Ya hemos visto el juicio de Maddison. Landes dice algo parecido: «Así [con el oscurantismo de la Contrarreforma y el terror de la Inquisición] fue como Iberia, y toda la Europa mediterránea, perdieron el tren de la llamada revolución científica». Esto me parece esencialmente cierto. Pero a veces exageran un poquito. Landes carga considerablemente las tintas al describir la conquista de América: «La historia de las atrocidades y crímenes españoles en la conquista de América es tan horrorosa que ha sido causa de desazón y mortificación

retrospectivas». La «leyenda negra», añade, no es tal leyenda, es imposible de refutar. De las Leyes de Indias, o de la obra humanitaria y científica de religiosos como Bernardino de Sahagún o Toribio de Benavente (Motolinía), no dice Landes ni una palabra. Los portugueses salen mucho mejor parados.

Maddison, por razones poco claras, decide reducir la historia de la Europa moderna y gran parte de la contemporánea a la de Venecia, Portugal, Holanda e Inglaterra, con lo que actores tan esenciales para comprender este mundo como Francia o España adquieren una calidad fantasmagórica. Francia se desvanece casi totalmente. El Imperio español está retratado al vacío: lo percibimos en sus contactos con los de Portugal, Holanda e Inglaterra, pero constituye una gigantesca oscuridad. Esto da lugar a cosas chuscas, como cuando dice que «Fernão de Magalhães [...] huyó a España y se dio el nombre de Magellan» (pág. 70). Esto es cómico. Magellan es la versión inglesa; el nombre que se dio el navegante, por supuesto, es Magallanes, la transliteración española de su nombre portugués. También resulta chocante que a la población de Madrid en 1500 se le asigne un valor de exactamente cero (o, en todo caso, menos de 500), como se refleja en la página 54. A principios del siglo XVI la población de Madrid rondaba los 10.000 habitantes, y éste es un hecho fácilmente contrastable. El gazapo es revelador del desinterés de Maddison por la historia de España. También resulta revelador que la abundante bibliografía no contenga apenas ningún autor español. Parte de la responsabilidad de este sesgo hispanófilo la tienen los historiadores

españoles, que no han sabido hacer una evaluación desapasionada de las luces y las sombras del período imperial. Pero una parte importante obedece a la pereza mental de tantos historiadores extranjeros, que adolecen de un similar y monótono apasionamiento de signo contrario.

Sin embargo, de libros como estos se pueden sacar muchas enseñanzas. Ambos autores tienen razón cuando afirman que España perdió el tren de la modernidad por un exceso de dogmatismo y cerrazón que ahogaron y quebraron una tradición medieval de apertura mental, especulación filosófica, y curiosidad científica. Historiadores e investigadores, en los inicios del tercer milenio, debemos preguntarnos si algunas secuelas de aquel inmenso error no subsisten todavía.

Por lo demás, el libro de Maddison es altamente idiosincrático, y no le auguro gran difusión más allá de la esfera de los especialistas. Su estructura es peculiar. La era preindustrial se estudia con la arbitrariedad ya comentada. La era industrial hasta 1950 es casi exclusivamente historia británica. Más de la mitad del libro son apéndices cuantitativos, que analizan y exponen las bases estadísticas del texto, que a su vez contiene más de un centenar de cuadros y gráficos. La prosa es seca e impersonal, más propia de un informe de la OCDE que de un libro de historia, aunque a menudo se encuentren en el texto informaciones precisas y análisis irrefutables. Además, no hay conclusiones. Forzoso es admitir, sin embargo, que como recopilación estadística se trata de un volumen muy valioso. □

RESUMEN

Acabado el milenio que será recordado en la historia de la humanidad como el del crecimiento (demográfico y económico) y cuando el ser humano se encara con un nuevo milenio, es oportuno conjeturar sobre el futuro conociendo el pasado y eso es lo que hace el libro de un historiador económico, Angus Maddison, que Gabriel Tortella analiza comparándolo a su vez con el de otro historiador eco-

nómico, David Landes, ya editado en España. El comentarista encuentra que el ensayo de Maddison, además de compartir con el de Landes una cierta hispanofobia que minimiza el papel económico de España, en particular, y de la cuenca mediterránea, en general, es excesivamente técnico y estadístico; es una obra más bien para especialistas, aunque sea muy valioso como recopilación estadística.

Angus Maddison

The World Economy: A Millennial Perspective

Development Centre of the Organisation for Economic Co-operation and Development, París, 2001. 384 páginas. 26 dólares. ISBN: 92-64-18608-5

La expulsión de los judíos de España

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

Cuenta Francisco Ayala en algún lugar de sus memorias (*Recuerdos y olvidos*) que encontrándose en un café de Estambul le reconocieron como español algunos sefardíes y le dieron tal tabarra con sus recriminaciones acerca de la expulsión decretada por los Reyes Católicos que abandonó el local de mal talante. La anécdota indica que para muchos temas y personas la historia no es un pasado absoluto sino algo que está vivo, presente; una cuenta no cerrada, un litigio no resuelto, incluso con intenciones revanchistas, muy claras en el caso de otro acontecimiento coetáneo de la expulsión de los judíos; me refiero a los proyectos de los que algunos especialistas en el Islam contemporáneo llaman «síndrome de al-Andalus», el pesar por la pérdida de aquel paraíso y la esperanza de recobrarlo. Sentimientos de esta naturaleza son los que, tras la segunda guerra mundial, inspiraron un clima de recelo acerca de la enseñanza de la historia como fuente de nacionalismos agresivos. De aquí nació la iniciativa de la UNESCO en los años sesenta de promover unos intercambios de historiadores «para la mejora de los libros de texto», cuya finalidad era eliminar de la enseñanza las falsedades y deformaciones históricas que alimentan los nacionalismos agresivos. Una iniciativa interesante con resultados apreciables en cuanto a los textos más difundidos en la Europa occidental.

Acrescenta la carga ideológica del tema de la expulsión de los judíos españoles su íntima relación con otros dos hechos muy po-

lémicos de nuestra historia: la conversión de un porcentaje considerable de los judíos y el establecimiento de una nueva y muy sanguinaria Inquisición. De esta trilogía surgen continuamente obras que, a la vez que enriquecen nuestros conocimientos, alimentan una polémica inacabable: no sólo para el público en general, sino para los especialistas resulta beneficiosa la aparición de obras que resumen el estado de la cuestión sobre los temas aludidos, por ello nos felicitamos de la reciente aparición de la *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España*, de Joseph Pérez, relato conciso de las vicisitudes del pueblo hebreo en suelo hispánico. Joseph Pérez, uno de los más destacados miembros de esa falange de hispanistas franceses a los que tanto debemos, director de la Casa de Velázquez, rector de la Universidad de Burdeos, fundador de la «Maison des Pays Ibériques», compagina la investigación fundamental, como en el caso de las *Comunidades de Castilla*, con las síntesis de personajes y épocas con preferencia del Siglo de Oro (Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II), el estudio de la América Hispana e, incluso, un sólido resumen de todo el pasado español. Su preparación para abordar una síntesis del judaísmo español se refuerza además por el equilibrio y desapasionamiento necesarios para enjuiciar temas que por su propia naturaleza son harto conflictivos.

Oportuna síntesis

La oportunidad de esta síntesis aumenta si consideramos que, a pesar de una bibliografía densa y en continuo aumento, hay todavía muchos puntos oscuros en nuestro conocimiento de la expulsión de 1492 y los acontecimientos que la precedieron. La cuantificación, que es el arma más eficaz contra afirmaciones irresponsables y apasionadas, tropieza con la escasez de datos fiables sobre la demografía medieval. ¿Cuántos habitantes vivían en los reinos hispanos en el

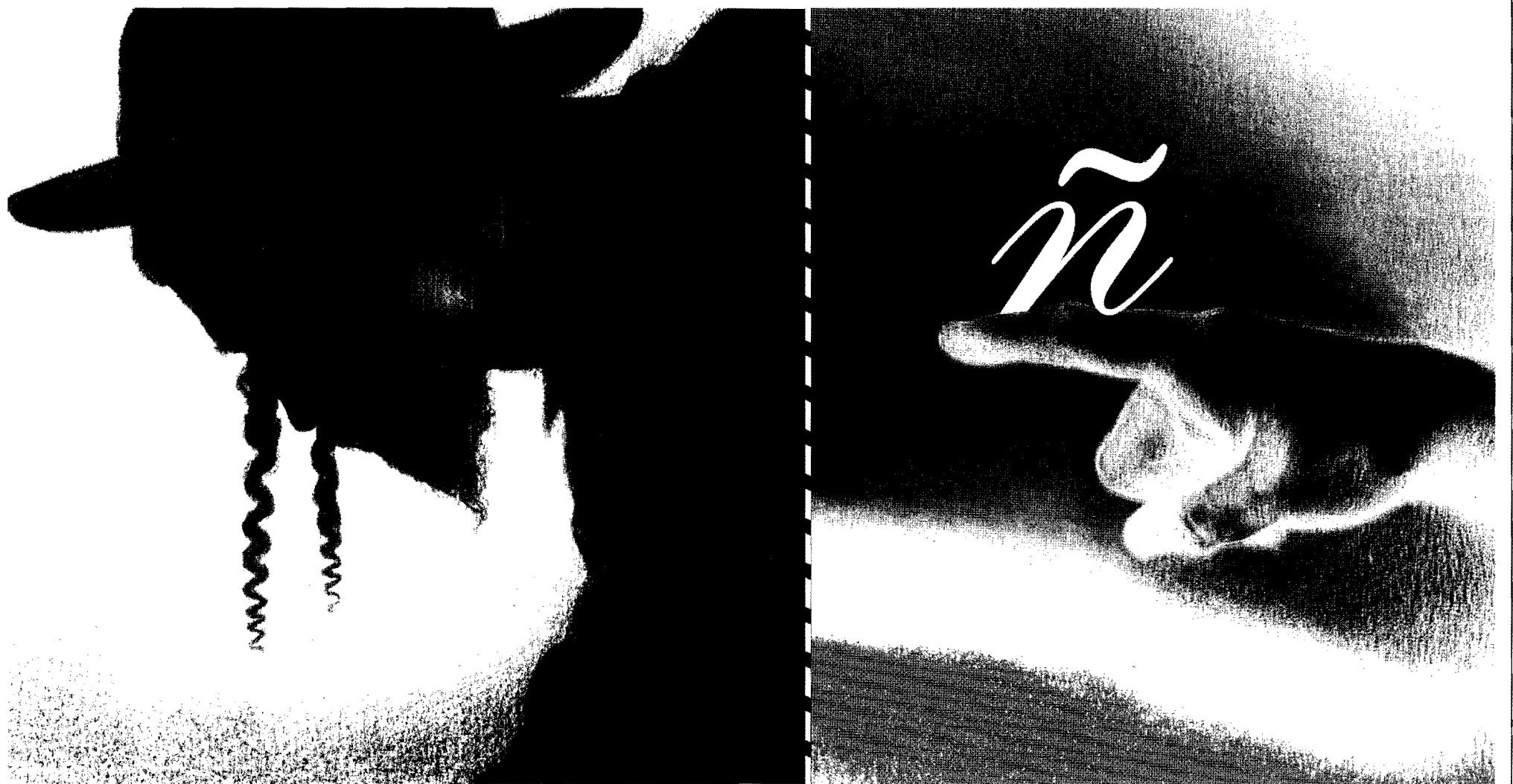
siglo XIV? ¿Cuántos de ellos seguían la ley de Moisés? ¿En qué medida les afectaron los «pogroms» de 1391? Los cálculos actuales son más afinados que los anteriores, se van conociendo datos concretos, pero sigue siendo muy problemático aventurar cálculos globales. Lo que parece indudable es que se ha exagerado mucho tanto el número de judíos como el de conversos, tanto el de los expulsos como el de las víctimas de la Inquisición. Las rectificaciones se hacen casi siempre a la baja, en parte porque se reconoce que el cálculo de 5 personas por familia es demasiado alto, en parte porque no todas las aljamas (comunidades) existieron simultáneamente. Es probable que muchas pequeñas aljamas de Extremadura se instalasen en diversos pueblos huyendo de las persecuciones que sufrían en Castilla. El cálculo de Dufourq-Gautier-Dalché me parece aceptable: 200.000 judíos en Castilla, Aragón y Navarra antes de las matanzas y conversiones de fines del siglo XIV; unos 75.000 después; y a pesar de la relativa bonanza del siglo XV esa cifra no debió aumentar mucho. Minoría pequeña, pues, frente a una masa global de medio millón de musulmanes y seis millones de cristianos. Minoría de muy desigual reparto: apenas presente en el cuadrante noroeste de la Península y presente en casi todo el resto, sobre todo, en zonas urbanas: unos centenares de familias en Toledo, Sevilla, Valencia y algunas otras ciudades; pocas decenas en pueblos de menor tamaño y presencia esporádica en las áreas rurales.

La adhesión de los judíos a los representantes del poder real se basaba en un intercambio de favores; los muros de las juderías solían estar adosados a los de las fortalezas y alcázares que les ofrecían defensa y refugio. A su vez, los soberanos extraían de aquella comunidad funcionarios competentes y dinero a discreción. No eran ricos los judíos como aseguraba una tradición arraigada; la mayoría eran menestrales y pequeños comerciantes; sólo unos pocos traspasaban los niveles de la auténtica riqueza. No obstan-

te, en circunstancias excepcionales, los monarcas extraían de ellos, a más de los tributos acostumbrados, empréstitos y donativos extraordinarios, porque eran considerados no vasallos ordinarios sino siervos de la Corona y sometidos a su arbitrio.

Razones de la expulsión

¿Por qué, entonces, expulsaron a aquellos vasallos fieles y útiles? Este aspecto es el más debatido, aunque, a mi parecer, las cosas están muy claras; si alguna persona declara en documento solemne que toma una medida por un motivo que es congruente con las circunstancias, hay que tener razones muy fuertes, pruebas muy sólidas, para negarlo. En el famoso decreto de 31 de marzo de 1492 se dice: «Fuimos informados que en estos nuestros reinos había algunos malos cristianos que judaizaban y apostataban de nuestra santa fe católica, de lo cual era mucha causa la comunicación de los judíos con los cristianos [...] y a este propósito se recuerda que ya en las cortes de Toledo de 1480 mandamos apartar a los dichos judíos y darles juderías en lugares apartados, esperando que con su apartamiento se remediaría [...], pero] somos informados de los inquisidores y otras personas religiosas del gran daño que a los cristianos se sigue de la conversación y comunicación con los judíos, los cuales procuran siempre sustraer de nuestra santa fe católica a los fieles cristianos instruyéndoles en las ceremonias y observancias de su ley, haciendo ayuntamientos donde les enseñan lo que han de creer y guardar según su ley, procurando circuncidar a ellos y a sus hijos, dándoles libros por donde rezasen sus oraciones, declarándoles los ayunos que han de ayunar, las pascuas que han de guardar y persuadiéndoles que guarden la ley de Moisés, haciéndoles entender que no hay otra ley sino



JUAN RAMÓN ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

aquella».

Claro está que esta labor proselitista era más eficaz con los recién convertidos; por eso los reyes recuerdan que se ensayó el remedio con la expulsión de los judíos de la Baja Andalucía, que era donde el problema revestía mayor gravedad, pero la escasa eficacia de esta medida los obligaba a extenderla a todos sus reinos, dándoles de plazo cuatro meses, que vencían a fines de julio. Ésta es la explicación que dan los reyes, y es perfectamente coherente con los hechos, con la ideología de la época y el ambiente creado por la conquista de Granada. ¿Intereses económicos? Los monarcas perdían mucho con la salida de aquellos vasallos de cuyos bienes y rentas podían disponer en cualquier momento. ¿Medida de carácter racista? De que había un racismo popular antijudío no hay duda, pero tampoco puede haberla de que los reyes no participaban de él. Lo certifican los esfuerzos que hicieron para conseguir que el mayor número posible de judíos se bautizara y evitara la expulsión. Sabemos que sus esfuerzos en este sentido (y los de no pocos magnates) tuvieron éxito en unos casos y fracasaron en otros. Sigue siendo un enigma el número de los que en aquel trance supremo se convirtieron. ¿Pocos, muchos? Hay datos y argumentos para sostener ambas tesis. Pero lo que queremos recalcar es que los reyes estuvieron rodeados de judíos y conversos antes y después del decreto de expulsión.

Joseph Pérez admite este hecho. La expulsión no fue decretada por motivos socioeconómicos, ni por odio racial, ni por congraciarse con pasiones populares. Acepta el motivo religioso, pero, junto a él, coloca el

político; fue una medida que formaba parte de sus esfuerzos para construir un estado moderno, y aquí es donde creo que su postura se presta más a la duda, a la discusión. ¿En qué sentido, en qué medida perjudicaba el funcionamiento del estado la existencia de minorías religiosas? «Fernando e Isabel —escribe el insigne hispanista— fueron esencialmente monarcas políticos, y como tales hay que valorar su conducta... La guerra de Granada, la expansión en Italia y en el Nuevo Mundo pueden explicarse sin tener que acudir a una inspiración predominantemente religiosa.» Se ampara en el testimonio de Braudel: «Antes de los nacionalismos forjados en el siglo XIX los pueblos no existían verdaderamente vinculados más que por pertenecer a una misma religión». Invoca también la autoridad de Julián Marías: «En la Edad Moderna se piensa que puesto que España es cristiana, los españoles deben ser cristianos». Quien no lo es no es un súbdito leal. Es la mentalidad que llevó no mucho después a asentar el principio «cuius regius, ejus est religio».

Microsociedad autónoma

El eminente hispanista añade otra razón a este argumento: hasta 1492 ser judío no era una simple cuestión individual; implicaba la pertenencia a una microsociedad autónoma, a una aljama, que tenía leyes y autoridades propias. ¿Podía admitir esto una Monarquía que aspiraba a la unidad de poder? Y aquí Pérez hace una interesante referencia a la situación de la Francia actual: este país liberal y acogedor que ha integrado de un siglo

a esta parte millones de inmigrantes, se encuentra hoy hondamente preocupada por la inmigración masiva de africanos y asiáticos que tienden a formar guetos inasimilables, que plantean problemas políticos, que ponen en peligro la unidad de la nación y la coherencia del Estado.

Razones en contra

Este razonamiento tiene indudable fuerza, pero se podrían alegar razones en contra: la autonomía de las aljamas hebreas se limitaba a cuestiones internas de poca monta; las temibles resistencias que encontraron los reyes provenían de los fueros de las regiones, del poder de las oligarquías urbanas, de los privilegios de la Iglesia y, sobre todo, del poder de los señores; éstos eran los ver-

dadero obstáculos que hallaba la construcción del Estado moderno, y sólo en el siglo XVIII estaban, hasta cierto punto, superados. Para entonces ya hacía mucho tiempo que no había judíos en España. En los otros estados europeos, sí, a pesar de que también habían sido objeto de expulsiones. ¿Qué había ocurrido? Que a Francia, Alemania, etc., habían ido volviendo con tolerancia de las autoridades, y a España, no. Eso hay que tenerlo en cuenta para la comprensión de mentalidades y hechos. Y también para la expansión de unas minorías sefardíes, o sea, españolas, hoy, por desgracia, en trance de extinción por causas diversas. Joseph Pérez no aborda este capítulo final. Tengo entendido que trabaja actualmente en una obra de conjunto sobre el judaísmo hispano, y, sin duda, nos regalará pronto con otro fruto de su erudición y sano juicio. □

RESUMEN

En su libro sobre la expulsión de los judíos españoles en 1492, el hispanista francés Joseph Pérez expone los antecedentes, las modalidades y las posibles causas de esta medida trascendental. Es, en opinión de Antonio Domínguez Ortiz, una apretada y valiosa síntesis, completada con un apéndice documental, cuya oportunidad aumenta dado que, a pesar de lo profundizado, existen muchos puntos os-

curos en el conocimiento de la expulsión y los acontecimientos que la precedieron. La decisión real no se tomó, a juicio del hispanista, por razones socioeconómicas, ni por odio racial ni por congraciarse con pasiones populares. Hubo un motivo religioso, acepta, y subraya un motivo político: la construcción de un Estado moderno; razón que matiza el comentarista.

Joseph Pérez

Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España

Crítica, Barcelona, 2001. 174 páginas. 26,16 euros. ISBN.- 84-8432-187-8

El siglo del gen

Por José Antonio Campos-Ortega

José Antonio Campos-Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido Profesor Extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Freiburg y, desde 1982, es Profesor Ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsphysiologie de la Universidad de Colonia. Es Académico Correspondiente Extranjero de la Real Academia de Ciencias y miembro de la Academia Europaea.

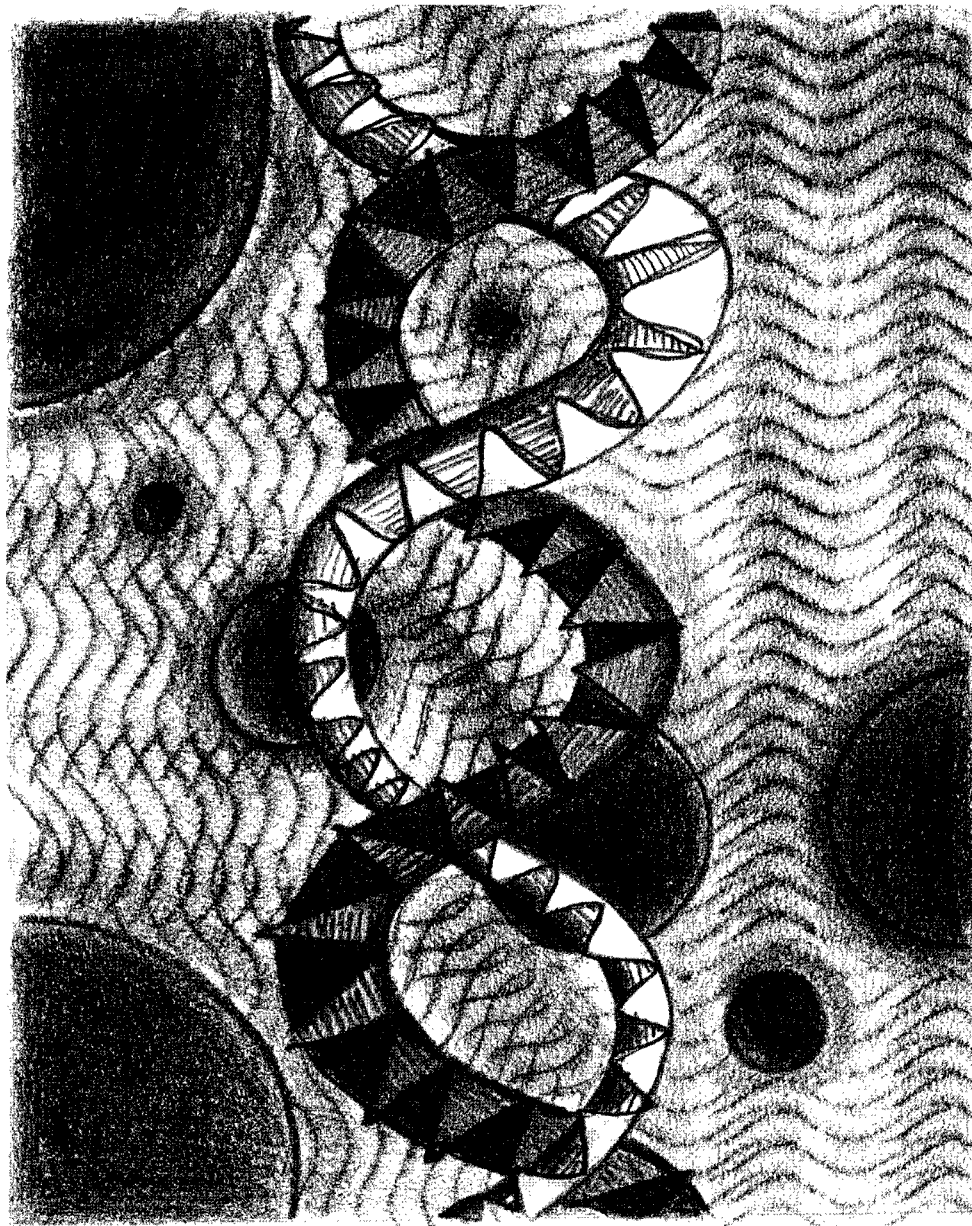
El libro que comento defiende la tesis de que el siglo XX es el siglo del gen. Esta tesis tiene un fundamento evidente basado en dos hitos históricos. El siglo comienza con la publicación en el año 1900 de tres trabajos en los que se describen, por segunda vez, las reglas fundamentales de la herencia. Gregor Mendel, un fraile agustino, prior de un convento en Brünn, en Moravia, había publicado en 1868, en una obscura revista de provincias, los resultados de observaciones sobre la distribución de los caracteres hereditarios en la progenia de plantas. Ese trabajo fue totalmente ignorado hasta que en 1900 tres botánicos, el holandés Hugo de Vries, el alemán Carl Correns y el austriaco Erich von Tschermak, en aparente desconocimiento de la publicación de Mendel, dieron a conocer los resultados de sus trabajos en los que llegaban a las mismas conclusiones que Mendel (los historiadores de la Genética no están todavía de acuerdo en hasta qué punto los tres autores alcanzaron sus conclusiones en completa ignorancia de Mendel). El siglo del gen termina con el anuncio en otoño del año 2000, con la participación en el acto de Bill Clinton, aún por entonces presidente de los EE UU de Norteamérica, de que la secuenciación del genoma humano había sido completada.

Es difícil imaginar hitos más adecuados con que marcar la importancia que las investigaciones sobre el gen han tenido en el siglo XX. Las leyes de Mendel definen las bases de la Genética de plantas y animales y son fundamento imprescindible de toda la ciencia de la herencia; la secuenciación del genoma humano da información objetiva sobre todos los genes que posee el género humano, abriendo de ese modo perspectivas de alcance aún imprevisible. Ambos hitos constituyen grandes hazañas del intelecto humano. Sin embargo, limitado por esos dos hitos de importancia incomparable, el siglo XX está repleto de otros trabajos de importancia quizás menor, pero que conducen progresiva y continuamente del redescubrimiento de Mendel a la secuenciación del genoma humano.

El libro *The century of the gene*, de Evelyn Fox Keller, una historiadora, filósofa de la Biología y profesora en el MIT (Massachusetts Institute of Technology), una de las universidades norteamericanas más prestigiosas, se ocupa de lo que la Genética ha sido en ese siglo XX. El libro ofrece, además, una discusión de lo que es afortunado y menos afortunado en la manera de proceder de los genéticos y sugiere maneras de mejorar ese proceder. El libro, como el proceder de los genéticos, y como muchas otras cosas, tiene también partes afortunadas y partes menos afortunadas, algunas francamente flojas.

De Mendel a la secuencia del genoma humano

El libro trata, en sus dos primeros capítulos, la historia de todos esos trabajos sobre el gen, como un hilo ininterrumpido que en el siglo XX conducirá paulatinamente del hito de 1900 al de 2000. La historia de la Genética clásica y molecular ha sido tratada y



OUKA LELE

discutida repetidas veces con mayor o menor fortuna. El presente tratamiento es afortunado por ser breve y centrarse en aspectos muy particulares. Así, trata en primer lugar una de las propiedades fundamentales del gen: su gran estabilidad, que ha hecho posible la continuidad de los caracteres hereditarios a través de miles de generaciones de plantas y animales. La autora describe el desarrollo del concepto clásico del gen a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, como un elemento abstracto de naturaleza desconocida, transmisible de generación en generación sin sufrir cambios; y culmina su descripción con la idea, propuesta por Max Delbrück y recogida por Erwin Schrödinger en su libro *What is life?*, del gen como un cristal, o un sólido, aperiódico. Esa idea atrajo a muchos físicos teóricos al estudio de la herencia; la influencia de los físicos en la Biología contribuyó de forma decisiva a un cambio de actitud de los biólogos. Sigue después con el famoso descubrimiento por parte de Oswald Avery, Colin MacLeod y Macclaudy McCarthy de que el material hereditario es el ácido desoxirribonucleico (ADN), confirmado por el no menos famoso «experimento de la batidora» de Alfred Hershey y Martha Chase. Esos dos trabajos dan comienzo a la larga serie de investigaciones sobre las bases químicas de la herencia que ocuparán toda la segunda mitad del siglo XX. Así, esa época se inaugura con otro hito de gran importancia en la historia del gen, la elucidación de la estructura del ADN por James Watson y Francis Crick en 1953 (con la ayuda de Rosalind Franklin y Maurice Wilkins). La importancia histórica del trabajo de Watson y Crick es comparable a la del de Mendel. Sin embargo, el impacto de ambos trabajos fue muy distinto: en el caso del pri-

mero el impacto fue inmenso e inmediato; en el caso del segundo, su impacto fue nulo, requiriendo de un largo tiempo, y de la ayuda de quienes lo confirmaron, para que su importancia fuera reconocida. La estructura del ADN permitirá a Watson y Crick sugerir un mecanismo para su replicación —es decir, el mecanismo que permite la conservación a través de generaciones de los rasgos fenotípicos propios de la especie—. La descripción de nuestra autora entra después en los mecanismos de reparación del ADN, que explican la aparente estabilidad del gen y hacen posible la continuidad de la vida, y los de la mutación, la base de la evolución biológica. Dos lecciones se han aprendido en ese tiempo: la naturaleza química de la estabilidad génica y la dinámica de su transformación y, como consecuencia, del cambio evolutivo.

¿Qué hacen los genes?

¿De qué forma se materializan los caracteres hereditarios? ¿Cómo se convierte la estructura del ADN en las moléculas que forman el cuerpo de un organismo complejo y cómo se asocian esas moléculas para formar los tejidos y órganos del organismo? Nos enfrentamos aquí, como en el capítulo anterior, con un tratamiento histórico muy ortodoxo de lo que Crick formuló en 1957 como el «dogma central» de la Biología: «el ADN hace ARN, el ARN hace proteínas, y las proteínas nos hacen a nosotros». Es decir, las investigaciones que condujeron a dilucidar la naturaleza del código de información génica, los mecanismos de biosíntesis de proteínas y los de regulación de la actividad génica, entre otras muchas cosas. Los mecanismos de regulación génica tienen sus héroes en las

figuras de Jacques Monod y François Jacob, quienes reconocieron, entre muchas otras cosas, la existencia de dos tipos de genes, que llamaron reguladores y estructurales, y cómo los primeros dirigen la actividad de los segundos. Sus estudios fueron llevados a cabo en la bacteria intestinal *Escherichia coli*, pero los mecanismos de regulación génica son, en principio, similares en organismos superiores. Sus trabajos significaron un gran paso adelante.

Un concepto de gran importancia en el análisis de la función del gen estriba en haber reconocido que, si bien la dotación de genes es la misma para todas las células de un organismo, los patrones de actividad génica son distintos para cada uno de los tipos celulares. Esos distintos patrones de actividad explican las diferencias entre los diversos tipos celulares. La actividad génica diferencial es una de las bases conceptuales de la ciencia que trata del desarrollo de los organismos —y también uno de sus mayores misterios—. La elucidación de los mecanismos reguladores que llevan a la sorprendente diversidad celular de los organismos multicelulares complejos ha sido uno de los retos mayores en los estudios sobre desarrollo de plantas y animales de los últimos 30 años. El concepto que emerge de esos estudios es el de «programa génico», en las palabras de F. Jacob: «...un concepto tomado del lenguaje de los ordenadores electrónicos, que iguala el material génico del huevo a la cinta magnética de una computadora», cuya discusión, sin embargo, constituye una de las partes más débiles del libro que comento.

La base del concepto de «programa génico» es la actividad armónicamente coordinada de baterías de genes, organizadas de forma generalmente jerárquica y actuando en una secuencia definida. El resultado de esa actividad génica es la realización de los distintos patrones morfológicos. En su actividad, los genes colaboran íntimamente con el llamado elemento epigenético, es decir, el medio en el que los productos génicos llevan a cabo su función. El análisis del programa génico en el desarrollo de los llamados organismos modelo, como la mosca del vinagre *Drosophila* o el gusano nemátodo *C. elegans*, ha llevado a la adquisición de una serie extraordinaria de conocimientos sobre su desarrollo y su fisiología. La conservación filogenética de moléculas y mecanismos ha determinado que muchos de esos conocimientos pudieran ser extendidos a animales superiores, como el ratón o los seres humanos. Ello ha tenido repercusiones de gran importancia en las ciencias básicas y no es exagerado afirmar que esas consecuencias han cambiado la faz de la Biología en general. También han tenido claras implicaciones para la Medicina. Lamentablemente, esas consecuencias, pese a su gran interés, no pueden ser tratadas aquí porque nos alejaría demasiado de nuestro tema central.

El concepto de programa génico

La discusión sobre el concepto de programa génico, o de programa ontogenético, ha sido motivo frecuente de controversia y debate en el pasado. Recuerdo que un famoso biólogo molecular con aspiraciones de filósofo, Gunther Stent, afirmaba en 1978 que el concepto de programa génico en desarrollo es falso. Los genes no conllevan la información necesaria para hacer un organismo; la única información de los genes es la necesaria para establecer la estructura primaria de las proteínas, es decir, la secuencia de aminoácidos. La estructura secundaria y terciaria



Viene de la página anterior

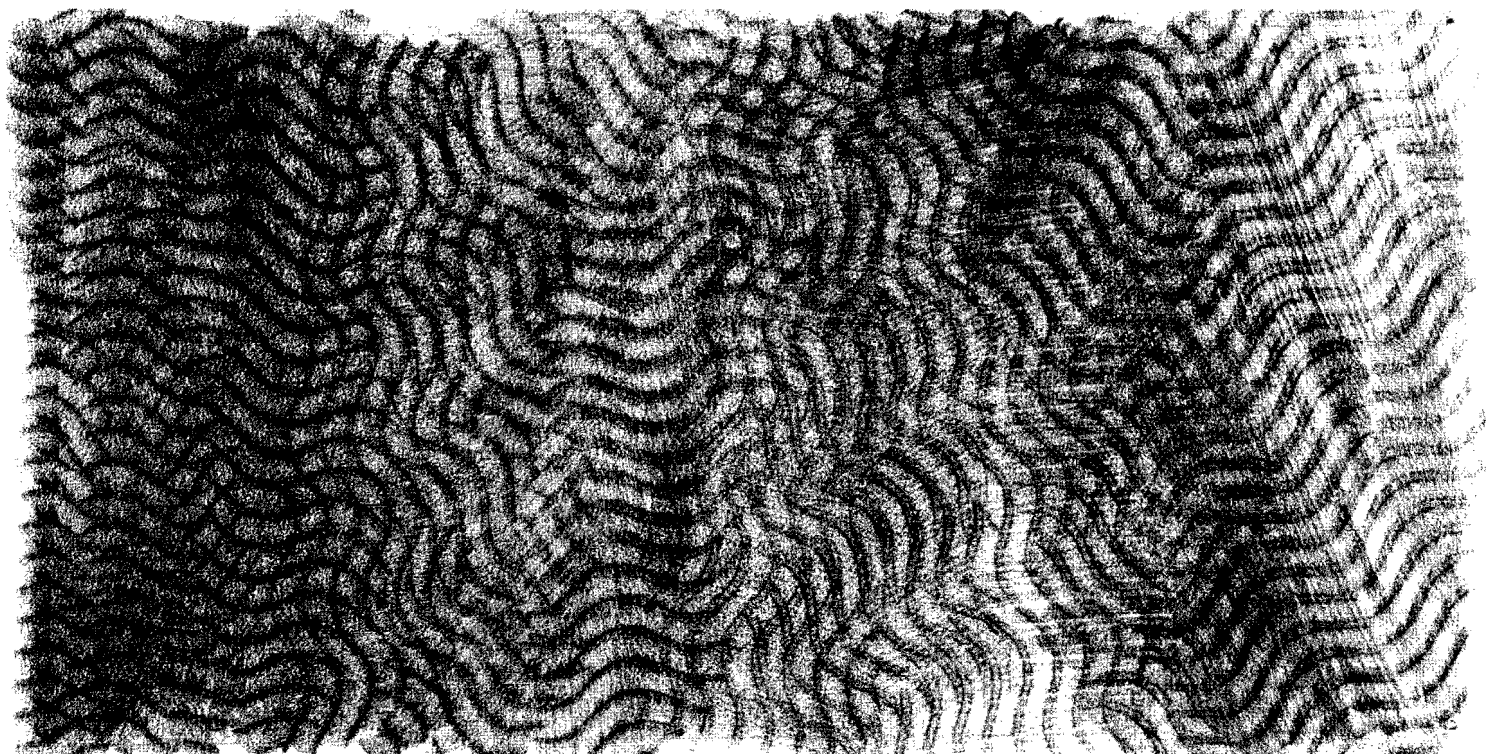


de las proteínas, que lleva a su plegamiento y posibilita su función, depende exclusivamente de condiciones epigenéticas que no están escritas en el ADN. Stent comparaba el desarrollo de un organismo con una obra de teatro, donde el programa es el texto de su autor. La realización y, por tanto, el éxito de su representación, depende de muchos factores adicionales, como la calidad, la salud y el estado anímico durante la representación de los actores, la puesta en escena por parte del director, secundados por todo el personal que maneja los diversos requisitos materiales, como luces y sonido, etc. Por tanto, el éxito de la representación teatral no es implícito al texto de la obra. Lo mismo con respecto al desarrollo: su realización no es consecuencia directa del ADN. De ahí que Stent propagara la necesidad de analizar lo que él llamaba «algoritmos» del desarrollo antes que los aspectos genéticos del mismo, que consideraba menos importantes que los primeros. A mi manera de ver, el símil entre desarrollo y representación teatral era innecesario, pero era formalmente acertado; con su insistencia sobre el análisis de los algoritmos del desarrollo a expensas del de las bases genéticas, Stent se equivocó por completo.

También Keller arguye contra el concepto de programa génico, estando sus argumentos basados en que el programa está constituido por genes y controlado también por ellos mismos. En ello ve Keller una cierta ambigüedad preguntando si el adjetivo «génico» «... se refiere al sujeto o al objeto del programa. ¿Son los genes la fuente del programa o aquello sobre lo que el programa actúa?» Keller prefiere el término «programa del desarrollo», programa ontogénico, en lugar de programa génico, viendo además en ello «... algo más complejo que un grupo de instrucciones escritas en el «alfabeto de los nucleótidos»...». Para Keller se trata de un «programa distribuido» entre el ADN, el ARN y las proteínas. Lo que hace nuestra autora, en realidad, no es más que una defensa del elemento epigenético, aproximándose con ello en parte a la posición representada por Stent. No obstante, hay una diferencia clara entre ambos: mientras que Stent no aceptaba ni el programa génico ni el ontogénico, Keller parece satisfecha con el programa ontogénico. Desgraciadamente, la argumentación de Keller, su crítica contra el programa génico, muestra elementos claros de inconsistencia, pues no hace más que cambiar el nombre al mismo concepto. En mi opinión, el debate sobre el programa génico es superfluo por tener un valor heurístico muy limitado. Tanto Stent como Keller ignoran que el término «programa» manifiesta las interacciones génicas que son la base de su actividad, la regulación por parte de esa actividad génica, y la regularidad con la que los muy complejos patrones de actividad génica son realizados. Quienes usan ese concepto lo hacen operacionalmente y no se ocupan de sus ambigüedades semánticas.

¿Qué es un gen?

La autora de nuestro libro se pregunta también sobre la definición del gen —otra pregunta que yo considero tan superflua como la referente al programa génico, y cuyo tratamiento en este libro es también bastante desafortunado—. El concepto del gen es un concepto muy versátil, que ha experimentado muchos cambios a lo largo de su historia. En la época premolecular de la Genética, cuando el danés Johanssen propuso el término en 1909, y en los años siguientes hasta la década de los 40, un gen correspondía a un rasgo morfológico hereditario. En la época bioquímica clásica de las investigaciones sobre el gen, un gen era una enzima. Durante la época molecular, se mantuvo que un gen es un



OURA LELE

segmento del ADN que codifica una proteína. En nuestros días, un gen es un poco más, pues corresponde a un segmento de ADN que es transcrito en una molécula de ARN, y a los segmentos de ADN requeridos para su regulación. Tanto la primera, como la tercera, o la cuarta definición tienen elementos de ambigüedad; la segunda definición es claramente insuficiente. La ambigüedad se da fundamentalmente cuando se trata de unificar los conceptos clásicos y los conceptos modernos, moleculares. Una unidad de transcripción codifica frecuentemente más de una proteína; un gen codifica sólo en ocasiones una enzima; un gen suele ser responsable de más de un rasgo hereditario; un rasgo morfológico puede ser relacionado con más de un gen. Es evidente que una definición que pretenda unificar los diversos conceptos es por el momento muy difícil, si no imposible.

Pero, ¿es realmente necesario disponer de una definición unitaria del gen? La confusión que la ambigüedad inherente a todas las definiciones del gen pueda causar es tan pequeña, si es que hay alguna confusión, que mejor es olvidar, o ignorar, las muchas definiciones que se han originado durante la historia de la Genética. Tampoco me parece necesaria la creación de nuevos términos con los que denominar las distintas situaciones. Esas múltiples definiciones no son más que consecuencia de haberse adquirido nuevos conocimientos, algo que probablemente haya ocurrido muchas veces en muchas otras ramas del saber humano.

Sobre redundancia y el método genético

De la ambigüedad del término gen, Keller deriva hacia el problema de la redundancia génica y, de ella, a una pretendida inadecuación del método genético de análisis mutacional. Ésta es sin lugar a dudas la parte más débil del libro, en la que nuestra autora hace real alarde de ignorancia, al basar sus críticas en una visión en parte obsoleta y en parte oportunista del problema, y al desconocer la literatura más reciente. El punto de partida de las críticas es una serie de observaciones sobre los efectos de la inutilización de determinados genes. El desarrollo de métodos de mutación dirigida, ocurrido en la década de los 90, permitió observar que la falta de una función génica no va acompañada siempre de un defecto fenotípico evidente; la función génica afectada en esos casos parece ser dis-

pensable, pudiendo ser substituida por la función de otros genes. Esa aparente redundancia es generalmente debida a duplicaciones génicas que han tenido lugar durante los miles de millones de años en los que la vida ha evolucionado desde su origen hasta las formas desarrolladas de los organismos complejos. El número de genes de funciones aparentemente redundantes parecía ser muy alto.

Keller critica el análisis genético mediante mutaciones como insuficiente (¿para qué usar mutaciones si no producen efectos?) y defiende la utilización de procedimientos derivados de la secuenciación del genoma, lo que hoy se denomina «funcional genomics» y que se puede traducir como análisis funcional a nivel genómico. La crítica del método genético es desafortunada en extremo. Criticando el análisis mutacional, Keller ignora, primero, los grandes éxitos que ese método ha tenido en el análisis de un alto número de procesos en los más variados organismos, vegetales o animales; ignora, además, que la redundancia génica es muchas veces más aparente que real, dependiendo de la técnica de estudio; y, por último, desconoce que hay medios de eludir la redundancia génica. En su defensa del análisis funcional a nivel genómico, Keller nos presenta una serie de disquisiciones sobre computadoras y organismos difícilmente inteligibles y, a mi modo de ver, completamente insuficientes para sostener su opinión.

La base filosófica del análisis mutacional es el reduccionismo. La introducción de variantes genéticas en cualquier proceso permite su descomposición en elementos integrantes: el famoso bisturí genético, cuya utilidad ha sido ampliamente demostrada tantas y tantas veces. Lo que parece que nuestra autora pretende es defender una apro-

ximación global, antes que parcial, al estudio de problemas biológicos complejos, ejemplarizados por el desarrollo ontogénico. El análisis funcional a nivel genómico permite apreciar variaciones en la actividad de miles de genes simultáneamente; es decir, esa nueva metodología da base a otro tipo de reduccionismo, un tipo éste a gran escala. Si bien la utilidad de este nuevo tipo de análisis está todavía por demostrar, y varios problemas de índole técnica necesitan todavía ser solucionados, es muy probable que sus resultados confirmen las esperanzas que muchos biólogos han depositado en el mismo. No obstante, resulta difícil pensar que se pueda llegar a prescindir completamente del análisis genético mutacional, o que éste pueda ser substituido por una nueva metodología. En todo caso, la crítica del método genético basado en la presunta redundancia génica está completamente injustificada. Desde hace unos pocos años, y fundamentalmente en Norteamérica, pero de forma creciente también en Gran Bretaña, Francia y Alemania, se han ido poniendo de manifiesto las implicaciones comerciales del análisis funcional a nivel genómico. Creo que, con su defensa de ese tipo de análisis y su crítica del método genético, la autora de nuestro libro no hace otra cosa que seguir un curso marcado por las circunstancias sociopolíticas del país donde vive.

El siglo XX es el siglo del gen. Es decir, la tesis que nuestro libro defiende es correcta. Pero este libro no cumple lo que cabría haber esperado; a saber, una discusión crítica al final del siglo XX de lo que los estudios genéticos han significado para la humanidad y, quizás también, una visión de lo que cabe esperar para el siglo XXI. □

RESUMEN

José Antonio Campos-Ortega coincide con la autora del libro que analiza, Evelyn Fox Keller, en que el siglo XX es el siglo del gen, y ahí están dos hitos fundamentales, que lo empezaron y lo acabaron: las leyes de Mendel que definen las bases de la Genética de plantas y animales y que son fundamento imprescindible de toda la ciencia de la herencia, y el anuncio de que la

secuenciación del genoma humano había sido completado. Pero el comentarista encuentra en ese trabajo partes afortunadas y otras menos afortunadas. Lamenta que la autora no haya establecido una discusión crítica al final del siglo XX de lo que han significado los estudios genéticos e incluso una visión de lo que cabe esperar en este nuevo siglo.

Evelyn Fox Keller

The century of the gene

Harvard University Press, Cambridge, 2000. 186 páginas. 22,95 dólares. ISBN 0-674-00372-1

Los orígenes del lenguaje

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918) es catedrático jubilado de psicología de la Universidad de Barcelona, miembro del Colegio Libre de Eméritos y de la Academia Europaea. Se ha dedicado principalmente a la psicolingüística y a la sociolingüística. Entre sus obras: España plurilingüe, La Europa de las lenguas, La escuela y los inmigrantes, Conocimiento y uso de las lenguas y Bilingüismo y lenguas en contacto.

No creo exagerar diciendo que de las muchas cosas extraordinarias que podemos observar a lo largo de nuestra vida la que me parece más sorprendente es que un niño apenas cumplidos dos años, cuando su capacidad de valerse por sí mismo manejando la realidad que le rodea es mínima, sea capaz de hablar o, dicho de otro modo, capaz de referirse a la realidad circundante por medio de signos abstractos relacionados entre sí por medio de reglas formales. Sólo el que lo veamos ocurrir cada día a nuestro alrededor y con todos los niños nos hace olvidar lo que tiene de extraordinario. Y probablemente es por el mismo motivo que tardó mucho en ser objeto de estudio. Hubo que esperar a finales del siglo XIX para que apareciera una descripción algo detallada de la aparición y del desarrollo del lenguaje en el niño. Fue el libro de Preyer, *Die Seele des Kindes*, en su traducción al castellano *El alma del niño*, que fue muy leído y numerosas veces reimpresso. En su estela la descripción del lenguaje infantil encontró numerosos cultivadores así como la de sus trastornos y de los métodos diagnósticos y terapéuticos. Lo que faltaban eran intentos de explicar el origen.

En 1959 Chomsky dio a conocer su violenta réplica al libro de Skinner, y en general a las explicaciones del aprendizaje del lenguaje que se podían ofrecer desde la corriente conductista, entonces predominante en psicología. Su crítica, que por ensayo y error el niño nunca aprendería a hablar, pareció que iba a desacreditar los estudios sobre la adquisición del lenguaje en el niño, pero tuvo un efecto completamente opuesto. Un gran número de lingüistas y de psicolingüistas se dedicaron a anotar las primeras producciones de los niños en los contextos más diversos precisamente para demostrar que desde el momento en que un niño empieza a hablar posee ya una cierta gramática, lo que confirmaría lo bien fundado de la opinión de Chomsky. Aunque es cierto que también se manifestaron opiniones opuestas, lo que dio origen a controversias que todavía hoy siguen en plena actualidad. Pero surgida en ambientes científicos anglosajones, la mayor parte de la literatura científica sobre el tema no sólo se escribe en inglés, sino que toma como sujetos niños que empiezan a hablar en inglés y que adquieren por tanto los elementos y las estructuras propias de esta lengua. Por esto es importante destacar la publicación de *La adquisición del lenguaje*, una obra extensa producida por un equipo de psicolingüistas de la Universidad de Barcelona coordinado por Miquel Serra y constituido por E. Serrat, R. Solé, A. Bel y M. Aparici y en la que se describe el desarrollo del habla infantil uti-

lizando datos conseguidos con niños que empiezan a hablar en castellano y/o en catalán.

No se trata de una novedad radical. Hace ya tiempo que F. Hernández Pina (*Teorías psicolingüísticas y su aplicación a la adquisición del español*, 1984) y Susana López Ornat (*La adquisición de la lengua española*, 1994) dieron a conocer trabajos de conjunto sobre este tema, a los que hay que añadir una multitud de estudios de detalle. Pero el libro ahora aparecido está basado en un extenso corpus propio de producciones lingüísticas infantiles, recoge materiales de otras fuentes y pretende una presentación sistemática de todos los aspectos importantes del desarrollo del lenguaje.

Un libro importante

El libro se abre con un capítulo dedicado a conceptos básicos en el que junto con una introducción histórica y un repaso, muy claro, de las teorías de actualidad se describen las técnicas de observación y de experimentación, otro dedicado a la psicobiología y su base neurológica quizás demasiado somero y un tercero en el que se discuten, en forma muy convincente, las bases sociales y cognitivas del lenguaje. La parte propiamente descriptiva se inicia con la adquisición de las habilidades fonológicas y fonéticas, a lo que siguen unos capítulos centrales, y más extensos uno, detallado y actual, dedicado a la adquisición del léxico y dos a la morfosintaxis extremadamente ricos, ya que ofrecen un panorama del desarrollo gramatical de los niños que empiezan a hablar en español, recogiendo muchos trabajos publicados y aportando investigaciones propias. Y el volumen se cierra con un capítulo más breve pero muy completo dedicado al desarrollo de la pragmática.

Lo primero que hay que destacar de este libro es su ambición: intentar tratar todos los distintos aspectos del desarrollo y hacerlo desde una perspectiva comprensiva que tenga en cuenta simultáneamente distintas orientaciones es algo poco frecuente y sólo merece elogios. Tampoco es sorprendente que un objetivo tan ambicioso no se consiga plenamente. Aunque el libro esté firmado colectivamente, cada capítulo ha sido escrito básicamente por uno de los colaboradores y las diferencias son evidentes, tanto en el enfoque conceptual como en el nivel en el que se sitúa la exposición; mientras unos capítulos parecen pensados para un curso universitario de introducción, otros se sitúan más bien en el nivel de la investigación especializada. Y, como es natural, quedan temas sin tocar, así la interiorización del lenguaje, la evolución del discurso oral o todo lo que hace referencia a la lengua escrita. Sólo una ausencia resulta sorprendente, que disponiendo de un corpus de producciones infantiles en castellano y en catalán hayan renunciado a tratar el desarrollo lingüístico del niño bilingüe, algo que en algún momento deberán hacer. Pero ninguna de estas limitaciones afecta a la sustancia del libro que, a partir de ahora, será un instrumento de consulta obligada. Y entre los muchos temas que invita a comentar me limitaré a uno, la expli-

cación del origen del lenguaje en la infancia.

Para Chomsky, el niño empieza a hablar porque el lenguaje está anclado en la propia naturaleza del ser humano del que constituye un estructura cognitiva específica, la gramática general, que para muchos cognitivistas se identifica con el «lenguaje de la mente». Gracias a esta estructura, el niño dispone de un mecanismo que le permite analizar los productos verbales que percibe a su alrededor y deducir de ellos las regularidades que constituyen las estructuras gramaticales. Una explicación muy moderna, pero que enlaza claramente con las ideas de la filosofía griega sobre la racionalidad esencial del ser humano y la estrecha relación entre lógica y lenguaje, y que se han mantenido en toda la tradición racionalista.

Pero el lenguaje no es sólo instrumento del conocimiento, sino que es también medio de comunicación y para explicarlo ya no basta con acudir a la universalidad de la naturaleza humana, pues para comunicarnos y entendernos hemos de hablar en una lengua concreta, que evidentemente no está implícita en la naturaleza humana sino que es un producto social.

Al considerar la adquisición del lenguaje desde esta perspectiva, lo primero que advertimos es que el niño es capaz de comunicar mucho antes de que sea capaz de hablar. Desde los comienzos de su existencia el niño entabla un diálogo gestual con los que le rodean, primero exclusivamente afectivo, luego pragmático y en sus niveles más altos significativo de realidades distintas de los gestos que las aluden. El diálogo supone el reconocimiento de las intenciones ajenas y, frente a ellas, de las propias, incluyendo la intención de significar un objeto por un gesto. De modo que el lenguaje verbal se hace posible porque el niño ha descubierto previamente la posibilidad de comunicar intenciones y referencias y aprovecha elementos verbales para ampliarla. Una variante de estas explicaciones no innatistas es la de Vigotsky, para quien el niño en su relación con los adultos se hace capaz de utilizar palabras significativas, y la palabra significativa es a la vez nexos social, porque su significado es compartido con todos lo que hablan la misma lengua, e instrumento del pensamiento en cuanto se interioriza. Digamos que para Vigotsky la palabra es el punto de tangencia entre la naturaleza biológica del individuo humano y su naturaleza social, sin que ninguno de los dos aspectos prime sobre el otro. Finalmente, si se pone en primer lugar el carácter social de la lengua pasan al primer plano las implicaciones culturales del lenguaje, y el niño al aprender a hablar no sólo aprende la lengua de los que le rodean, sino que adquiriendo esta lengua moldea su personalidad de acuerdo con la cultura que se expresa a través de ella.

¿Por qué explicación opta el libro que comentamos?

Una propuesta integradora

En el capítulo dedicado a la dialéctica entre lo innato y lo adquirido, después de señalar lo absurdo de las posturas radicales, pues no hay ningún comportamiento exclusivamente heredado ni exclusivamente aprendido, la balanza se inclina más bien hacia la explicación socio-cultural: «la organización simbólica del medio de representación y comunicación, así como los conocimientos necesarios para procesar el lenguaje, se pueden conceptualizar más simplemente y de acuerdo con muchos datos neurobiológicos disponibles como provenientes de un patrimonio cultural transmisible, tal como ocurre con muchas otras habilidades y conocimientos que la organización social de la especie ofrece y exige a sus criaturas». Y en el tercer capítulo sobre las bases sociales y cognitivas del lenguaje, se afirma explícitamente la continuidad entre la comunicación gestual y la verbal a partir de la intersubjetividad, la intencionalidad y la interacción social, y apoyándose en auto-

res como Vigotsky o Bruner. Y en el capítulo dedicado a la adquisición del léxico, aunque las referencias a sus comienzos sean leves, queda claro que las primeras palabras significativas aparecen cuando el niño tiene alguna experiencia en la tarea de significar y cuando ha alcanzado un desarrollo intelectual que le permite asimilar relaciones arbitrarias.

En el capítulo 6, el primero de los dedicados al desarrollo morfosintáctico del lenguaje, la pregunta por la génesis de la gramaticalidad se plantea con toda claridad. El desarrollo del lenguaje infantil a lo largo del tiempo se puede apreciar por el aumento progresivo de la longitud media de las producciones verbales lo que da una evidente impresión de continuidad. Otros autores, en cambio, prefieren distinguir etapas de creciente complejidad, pero las etapas se entrelazan de tal modo que lo que se produce es también una impresión de continuidad. Una continuidad aparente que no puede disimular la existencia de un corte entre las palabras aisladas y las combinaciones de palabras sintácticamente unidas entre sí. Ante esta constatación es posible adoptar una postura chomskiana dura, las reglas gramaticales están presentes en la mente del niño desde el primer momento o, en una forma más suave, admitiendo que estas reglas maduran al compás del desarrollo del niño. En cualquier de las dos hipótesis el lenguaje del niño progresaría básicamente a partir de un análisis de las regularidades entre las emisiones que percibe. En contra de esta explicación parece imposible dejar de constatar que existe una relación entre el significado de las palabras, incluso aisladas, y la gramaticalidad, lo que se manifiesta por ejemplo en la distinción entre palabras que significan objetos –substantivos– y palabras que significan acciones –verbos– o en la llamada «gramática del caso» en la que las categorías gramaticales se relacionan claramente con categorías de acción o de relación. Sobre esta base, el desarrollo de la gramaticalidad sería más bien la consecuencia del progreso del conocimiento de la realidad verbalmente expresada. Pero también es posible, y en esta dirección se sitúan los autores del capítulo, creer que estos mecanismos de adquisición, distintos y aun opuestos: análisis semánticos y análisis de las regularidades sintácticas son complementarios. E incluso que «pueden integrarse en un único mecanismo de procesamiento capaz de dar lugar a cambios cualitativos en el tratamiento de la información lingüística, mecanismo que opera sobre información puramente local pero da lugar a representaciones de otro nivel».

Digamos, resumiendo, que lo que propone *La adquisición del lenguaje* es una explicación comunicativa hasta llegar a la aparición de las palabras y una explicación constructivista a partir de las primeras manifestaciones de la gramaticalidad, algo perfectamente sensato y en línea con las corrientes más en boga en la investigación. Pero uno no puede dejar de preguntarse por qué a partir de estas explicaciones el estudio del desarrollo sintáctico predomine de tal modo sobre el del léxico y ambos, a su vez, sobre la pragmática. Naturalmente si el libro lo hace así es porque así ocurre en la investigación actual. El estudio del lenguaje infantil está totalmente absorbido por la psicolingüística y por una psicolingüística en la que la lingüística predomina sobre la «psico». Es claramente el espíritu del tiempo. □

En el próximo número

Artículos de Francisco López Estrada, Álvaro del Amo, José María Martínez Cachero, José Luis Pinillos, Olegario González de Cardedal, Tomás Marco e Ismael Fernández de la Cuesta.

RESUMEN

Miquel Siguan celebra la aparición del libro que comenta sobre los orígenes del lenguaje, y que trata sobre el desarrollo del habla infantil a partir de niños que empiezan a hablar en castellano y en catalán, pues la mayor parte de la literatura científica sobre este apartado tan esencial como es el la adquisición del lenguaje no sólo se escribe en inglés sino que

se refiere a experiencias con niños cuya lengua materna es la inglesa. La obra comentada propone una explicación comunicativa hasta llegar a la aparición de las palabras e intenta tratar todos los distintos aspectos del desarrollo y hacerlo desde una perspectiva comprensiva que tenga en cuenta simultáneamente distintas orientaciones.

Miquel Serra (coord.)

La adquisición del lenguaje

Ariel, Barcelona, 2000. 608 páginas. 5.158 pesetas. ISBN: 84-344-0885-6

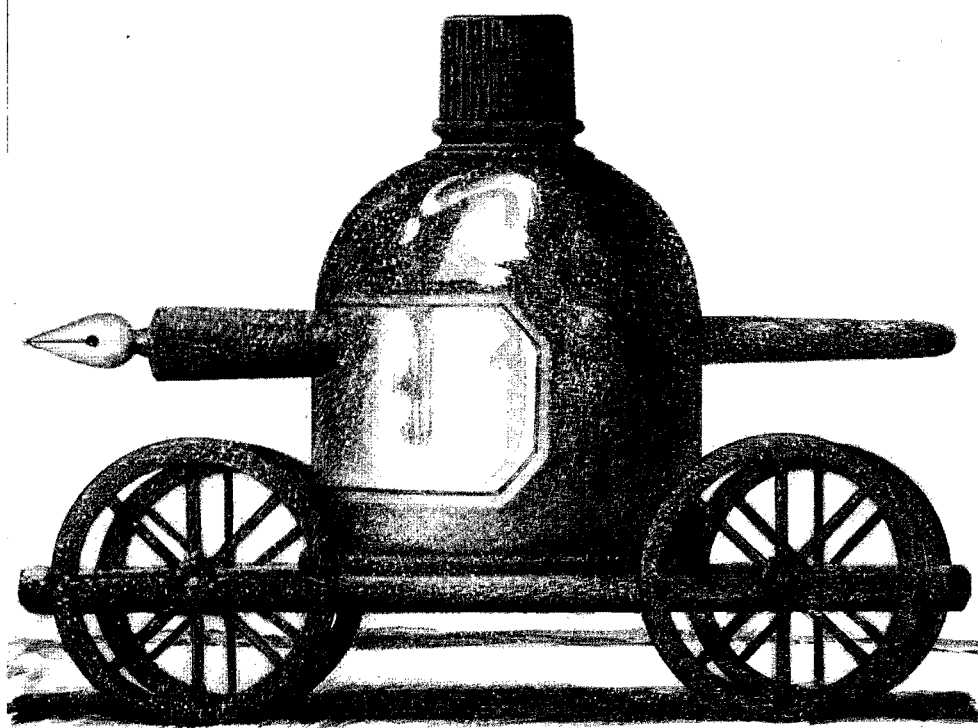
Más y más sobre libros de viajes

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) fue catedrático de las Universidades de La Laguna, Sevilla y Complutense de Madrid; de esta última es emérito. Fue visitante en otras universidades de Europa y América. Sus estudios tratan de la Edad Media (épica, romancero, siglo XV), Siglos de Oro (literatura pastoril y morisca, Lope de Vega, Cervantes), y de la época moderna trató a Bécquer, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez, etc. Publicó también sobre la Utopía en España y sobre los libros de viajes, en especial los medievales.

El auge del estudio sobre los libros de viajes es creciente. De ser un complemento de la historia, la geografía, la sociología, la antropología, las bellas artes y otros aspectos del conocimiento humano, los libros de viajes, además de ser lectura de entretenimiento, han pasado a considerarse de una manera propia. Y así, en el estudio de la Literatura, se ha establecido un «género» que se ha reconocido como uno de los órdenes de la expresión literaria, con su poética, su relación con los otros géneros, especialmente la novela y el epistolario. Y todo ello contando con su peculiar función, dentro de la diversidad posible en sus contenidos, a través de todo el mundo en sus diferentes épocas.

El título del libro que reseño testimonia este crecimiento: «literatura» (que ya no libros sueltos) «de viajes» (objeto primordial de su caracterización). Con sólo mencionar lo que se ha reunido y citado en esta obra, queda clara esta variedad del género. En su realización han intervenido: la Ohio State University, como promotora, y la Fundación Ortega y Gasset como organizadora, con la colaboración de la Caja de Ahorros del Mediterráneo. Preparó el volumen el profesor Salvador García Castañeda, de la universidad americana. Como ocurre en los casos en que se publica una exposición de esta envergadura, gran parte de los estudios procede de un Simposio Internacional sobre *Literatura de viajes: el Viejo Mundo y el Nuevo* (Toledo, septiembre 1996 con un acto especial sobre el Archivo de Jorge Juan). La otra sesión se celebró el mismo año en la Ohio State University. Uno de los motivos del Simposio fue el recuerdo del regreso, desde el Virreinato del Perú, de Antonio de Ulloa y de Jorge Juan de su famosa expe-



ALFONSO RUANO

dición científica.

Un contenido tan extenso y los muchos colaboradores que se reunieron con este propósito hacen difícil que en la reseña quepa la referencia de cuanto se ha juntado en el libro; menciono los artículos sin respetar el estricto orden de la exposición, y doy en cada caso entre comillas los títulos de las colaboraciones, siempre que me es posible. La intención de la reseña es informar, en forma breve, del amplio contenido y la diversidad de los enfoques informativos o críticos de su exposición, que aparece organizada con un criterio cronológico: 1) Edad Media, Renacimiento y Siglo de Oro; 2) Siglo XVIII; 3) Siglo XIX; y 4) Siglo XX.

En primer lugar se encuentra la introducción de Dieter Wanner, «Excursión en torno al viaje», que es un estudio de la palabra «viaje» en el español y otras lenguas, y el de la conexión semántica que da un sentido común a este grupo de palabras.

Dentro del desarrollo histórico, Vicente Cantarino reúne a Benjamín de Tudela con Ibn

Jubayr en un estudio sobre «Viajeros hispanos al Oriente en la Edad Media». Es una comparación entre el viajero judío y el árabe, y ambos cuentan su aventura a su manera de un modo ejemplar. Elizabeth Davis trata en su artículo sobre «Iglesia, mar y Casa Real: Imaginario de la odisea en la épica del Siglo de Oro», y esto en relación con el aprovechamiento que esta épica hace de los conceptos del «valer» aplicados al esfuerzo de emprender un viaje, sobre todo en Ercilla. Sobre viajes por Europa en el Renacimiento, José Luis Casado Soto se refiere a «Las Islas Británicas y sus gentes descritas por viajeros españoles en 1554»; el año es importante, pues es el del viaje de Felipe II a Inglaterra con motivo de su boda con María Tudor, un intento de acercamiento entre los imperios español e inglés. Los viajeros aprecian más el paisaje que las gentes, que les resultaban extrañas.

Los estudios sobre el siglo XVIII son más complejos. Carlos García Gual expone una aportación de carácter literario: «Viajes novelescos y novelas de viajes a fines del siglo XVIII». Según los casos, los conceptos de «novela» y «libro de viajes» se interfieren y aprovechan en sus efectos literarios, y con ello se percibe el prerromanticismo de la época. Manuel Lucena Giraldo se refiere a «El reformismo borbónico y la publicación de noticias sobre el Nuevo Mundo». Es un estudio sobre la defensa política de la monarquía, en el que se recoge información sobre los espacios de la América entonces hispana, frente a las manifestaciones contrarias de algunos franceses. Un intento de política reformista dio a conocer noticias científicas y curiosas sobre la población y fauna americanas. Manuel Camarero en su artículo «Gazel y el embajador de Marruecos:

Literatura y realidad» se refiere a los fundamentos creativos de las *Cartas Marruecas* de Cadalso. Gazel fue en su origen Al-Gazzâl, un embajador de Marruecos que vino a España (1776); Cadalso lo aprovechó para la creación de su personaje Gazel. Se exponen las diferencias entre el embajador (gran señor africano) y el personaje literario del escritor. Esther Ortas Durand en «Lo pintoresco en los viajeros por España (1760-1808)» trata de las notas prerrománticas que perciben algunos viajeros que visitan España en esta época (Baretti, Peyron, Bourgoing, Swinburne y otros), sobre todo en su conciencia literaria de lo pintoresco.

Viajes fuera de España

También se estudian las impresiones que recogen los viajeros españoles cuando salen de España. Enrique Rubio Cremades estudia los «*Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*», de Ramón Mesoneros Romanos. Este autor español, contando su viaje, se lamenta y queja, a través de sus observaciones pragmáticas y ecuanímes, del contraste que percibe entre los lugares que visita con la situación española de la época. José Manuel González Herrán se ocupa de «Un inédito de Emilia Pardo Bazán: *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra (1873)*». Pardo Bazán cultivó el género de los libros de viajes con relativa abundancia (seis libros), y a ellos se une esta obra primeriza, conservada manuscrita (183 páginas) en buen estado. El viaje (1873) guarda un itinerario consecuente y cuenta lo que vio y lo que le atrajo. En la obra se manifiesta la temprana curiosidad artística de la que luego sería la gran escritora que después supo aprovechar el género. No fuera, sino dentro de España, Jesús Rubio Jiménez trata de «Los viajes de Bécquer a Toledo...», y esto le da ocasión para plantear la insondable interioridad del poeta («...Del laberinto de la historia a los laberintos del alma»). Toledo aparece con frecuencia en la vida y obra de Bécquer, y en el artículo se repasan las propuestas sobre los mismos y la significación que la ciudad tuvo para él y su interpretación poética, acompañada de una bibliografía sobre el tema.

Me he de referir ahora a la segunda parte del libro: la percepción de América por esta vía literaria. Sara Castro-Klarén en «Mimesis en los trópicos: el cuerpo en Vespucci y Léry» trata de la percepción del cuerpo en los primeros viajeros por América como asombro y maravilla. Luigi Monga se refiere a «El Nuevo Mundo y los diarios de los viajeros italianos en España». El asombro que producen las noticias sobre América en Europa se trata aquí en el caso de Italia, donde el descubrimiento tuvo repercusiones de índole diversa, y entre ellas la mercantil, sobre todo en relación con Venecia, en donde se tuvo en cuenta por su posible aprovechamiento económico. El estudio de Maureen Ahern trata de cuestiones cartográficas; en su artículo «La narración cartográfica»



En este número

Artículos de

Francisco López Estrada	1-2	Olegario G. de Cardedal	8-9
Álvaro del Amo	3	Tomás Marco	10-11
José María Martínez Cachero	4-5	I. Fernández de la Cuesta	12
José Luis Pinillos	6-7		

SUMARIO en página 2



Más y más sobre libros de viajes

tográfica de *La Relación de la Jornada de Cibola* se refiere a esta información, recogida entre 1540 y 1542, y escrita hacia 1563 por Pedro de Castañeda, que acabó por asegurar la condición continental del Nuevo Mundo descubierta. Virtudes Serrano interpreta los *Naufragios* de Alvar Núñez de Vaca, un caso de supervivencia entre los nativos, considerado como «viaje escénico» (adaptación al medio indígena y regreso a la vida castellana). Manuel Catalán Pérez-Urquiola se refiere a otro aspecto cartográfico en «El viaje a la América ecuatorial para la medida del arco del meridiano», realizado por españoles en la América del siglo XVIII, dentro del espíritu científico de la Ilustración. José María Alonso del Val, O. F. M., expone los «Viajes y aventuras de Fray Silvestre Vélez de Escalante y su expedición por los estados y regiones del río Colorado en Estados Unidos», gran viajero y expositor de la grandeza de esta región americana. Cristina Iglesias escribe unas notas sobre «El placer de los viajes. Notas sobre *Una excursión a los in-*

dios ranqueles, de Lucio V. Mansilla». El autor es un militar argentino que conoce Europa y regresa a Buenos Aires, desde donde emprende un breve viaje (1870) a la región de las tribus ranquelinas. El libro, primero crónicas de un diario, obtuvo un relativo éxito. Mario Paoletti, en «*Rayuela*, una novela de ida y vuelta», presenta una interpretación viajera de la novela. Ileana Rodríguez ofrece un apunte de su estudio sobre las topografías literarias «Lugares minúsculos /grandes narraciones», establecido sobre textos, algunos de los cuales proceden de libros de viajes. Nicholas Howe estudia dos novelas (ficción) que adoptan la escritura de los libros de viajes; se refiere a *Invisible Cities* de Italo Calvino y a *Last Letters from Hav* de Jan Morris. Calvino imagina a Marco Polo y Morris sitúa en un lugar del Mediterráneo una invención literaria, donde concentra su interpretación del mar.

Atracción del género

Ana María Freire es autora del artículo «Los libros de viajes de Emilia Pardo Bazán. El hallazgo del género en la crónica periodística». La escritora, aunque prevenida sobre la escritura de los libros de viajes, sintió pronto la atracción del género (como antes se mencionó en la colaboración de González Herrán), y leyó incluso libros antiguos del género. Importa que haya escrito que el libro de viajes «es tan obra de arte como una novela» (1892). Y esta afición la vertió en crónicas periodísticas en las que recoge el contraste de España con Europa y sus ideas feministas. Más preciso, José Ramón Saiz Viadero recoge las noticias sobre «Alarcón, Galdós, Pardo Bazán y otros viajeros por Cantabria en la segunda mitad del siglo XIX». Brian J. Dendle reúne observaciones «Sobre algunos escritores franceses en España durante la década de 1890». Algunos escritores de esta década (Barrès, Bazin, Loti, Louys y Gide) ponen de manifiesto una España diferente a los años anteriores del siglo, en vías de modernización y perciben olvidados los rencores de la invasión napoleónica.

Gabriela Pozzi estudia la apetencia viajera de Carmen de Burgos en su artículo «Viajando por Europa con Carmen de Burgos "Colombine"». A través de la Gran Guerra hacia la autoridad femenina». El libro tratado es el titulado *Mis viajes por Europa (1917)*, relativo a unos de 1914. La autora cuenta sus viajes a través de la diversidad europea, durante los cuales va creando su personalidad literaria y personal.

No falta el Oriente en esta colección de viajes. María de los Ángeles Ayala se refiere a un libro del poco conocido escritor Enrique Gaspar (1842-1908) «*Viaje a China*, de Enrique Gaspar». El libro (1878-1882) está escrito en el artificio epistolar, usado en el género, y es un acierto, y su imagen de China es triste y negativa. José Pazó Espinosa recoge «La evolución de la imagen del Japón en dos viajeros occidentales»: son Wenceslao de Moraes, portugués, y Lafcadio Hearn, anglo-heleneo; de formación parecida, ambos testigos de la era meiji (fin de siglo XIX). Los viajeros, descontentos de la cultura occidental, se sienten fascinados por el Japón e incluso casan con japonesas.

Ana Clara Guerrero trata de «El peso de la tradición en los viajeros británicos contemporáneos por España». Frente al tópico turístico de la España diferente, estos viajeros han aportado otros testimonios que señalan

la perduración de otras percepciones que enlazan con la tradición inglesa sobre España (Brenan, sobre todo).

Samuel Annell se ocupa de «El viaje en la novela española actual»; se refiere a tres novelas de 1979, 1983 y 1986; y la ficción del viaje en ellas es el esfuerzo por escapar de una realidad imposible de soslayar.

No cabe mayor diversidad en el tratamiento de los libros de viajes y a cuanto implica su reconocimiento literario. Y el libro en su conjunto, aunque resulte de un contenido muy diverso, es un buen testimonio del reconocimiento de la identidad genérica de estos libros y de las numerosas aplicaciones que se encuentran en sus estudios. Y esto lo exponen estudiosos de muy diferente formación y procedencia. Y así se pone de manifiesto la curiosidad con que puede leerse el libro, y cabe aprovechar su contenido en cuanto a Europa (España, sobre todo), América y Asia en alguno de los aspectos de su desarrollo. Y, en último término, es una invitación más al viaje en sí y como tal experiencia humana. No importa que no escribamos sobre nuestro viaje, pero siempre podemos leer alguno de los clásicos o de los autores más o menos nuevos de los que se tratan en esta obra de tan variado contenido y tan diferente enfoque en los asuntos tratados. □

Qué es

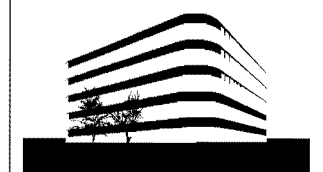
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la **Fundación Juan March**, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
« <i>Más y más sobre libros de viajes</i> », por Francisco López Estrada, sobre <i>Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo</i> , de Salvador García Castañeda (coord.)	1-2
« <i>El texto teatral: una disolución</i> », por Álvaro del Amo, sobre <i>La petición de empleo/Nina, es diferente</i> y <i>Disidente, claro/King</i> , de Michel Vinaver	3
« <i>Bibliografía y novela realista</i> », por José María Martínez Cachero, sobre <i>Panorama crítico de la novela realista-naturalista española</i> , de Enrique Rubio Cremades	4-5
« <i>La Sociología en el espejo</i> », por José Luis Pinillos, sobre <i>La institucionalización de la Sociología, Historia de la Sociología española</i> y <i>Perfil de la Sociología española</i> , de autores varios	6-7
« <i>Ser de Cristo y tiempo del hombre</i> », por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Jesús, parábola de Dios</i> , de E. Schweitzer	8-9
« <i>El mito de la versión auténtica</i> », por Tomás Marco, sobre <i>Historia de la técnica pianística</i> , de Luca Chiantore	10-11
« <i>Secularizar la música sacra</i> », por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>Maestros de Capilla del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial</i> , de José Sierra Pérez (ed.)	12

RESUMEN

El volumen que comenta Francisco López Estrada recoge las ponencias sobre literatura de viajes presentadas en un Simposio, celebrado en Madrid, en la Fundación Ortega y Gasset, y en Estados Unidos, en la Ohio State University. Recoge veintiocho colaboraciones más dos notas, de las que aquí se

da una sumarisima mención de sus contenidos, con una indicación de la significación cultural y literaria de la literatura de viajes, un género cuyo estudio se halla hoy en alza, y cuyos diversos métodos de crítica aplicados y su variedad se pueden percibir en esta obra.

Salvador García Castañeda (coord.)

Literatura de viajes. *El Viejo Mundo y el Nuevo*

Castalia, Madrid, The Ohio State University, 1999, 310 páginas, 22,25 euros. ISBN: 84-7039842-3.

El texto teatral: una disolución

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942), escritor y cineasta, se ha relacionado con el teatro como editor, traductor, autor, adaptador y director. Acaba de publicar la novela *Cinefilia*.

Un apreciado dramaturgo de hoy, prácticamente desconocido entre nosotros, nos llega en dos oportunos volúmenes editados por la Asociación de Directores de Escena. Michel Vinaver, nacido en París en 1927, estrenó su primera obra en 1955, dirigida por el gran Roger Planchon, y desde entonces ha continuado ligado al teatro como autor, profesor y adaptador, una vocación compartida durante largos años con una brillante carrera como ejecutivo de la multinacional Gillete.

Las cuatro obras traducidas esmeradamente por Fernando Gómez Grande corresponden a dos momentos significativos en la trayectoria del autor: *La petición de empleo* (1971), *Nina, es diferente y Disidente, claro*, ambas de 1976, responden a una estética común, explícitamente referida a lo cotidiano; *King* (1998) es un largo monólogo a tres voces sobre la vida de King C. Gillette (1885-1932), el inventor de las cuchillas de afeitar que llevan su nombre. Las muy marcadas diferencias de estilo entre los tres primeros títulos y el último ilustran una manera común de escribir teatro, de escribir para el teatro.

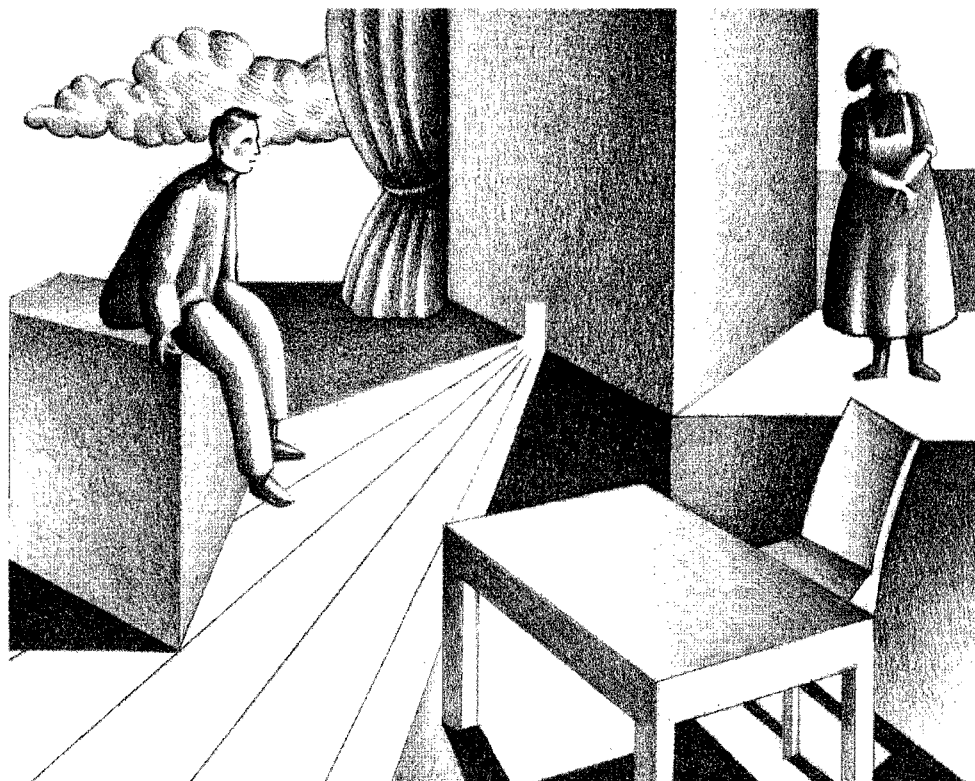
Acotaciones, final de viaje

La petición de empleo reúne a varios personajes, a lo largo de treinta escenas. El padre, de mediana edad, se ha quedado sin trabajo y se somete al interrogatorio de un jefe de personal; la hija, adolescente y embarazada de un emigrante negro se resiste a abortar, como le ordenan sus progenitores; la madre, ama de casa, vuelve a colocarse. Todos hablan, repiten una y otra vez sus preocupaciones particulares, en una sucesión de diálogos despojados de cualquier explicación suplementaria; el autor no indica la intención de las frases, ni las actitudes o movimientos dentro de la escena, ni resulta siempre claro a quién se dirige cada cual en cada momento.

La «obra», el «texto», ha reducido su explicitud hasta una sobriedad más severa aún que la de una partitura musical, donde se dan ciertas claves de interpretación. Tampoco *Nina, es diferente*, que presenta a dos hermanos cuarentones conviviendo con una joven, ni *Disidente, claro*, diálogo entre una madre divorciada y su hijo que se precipita en la delincuencia, contienen la menor indicación, siguiendo con el símil musical, que permita adivinar el carácter «airoso», «allegro» o «andante» de las frases que emiten o intercambian; unos fragmentos de conversación que, para extremar su carácter genérico, no se someten a las normas de la puntuación, sucediéndose con el ritmo sincopado de la escritura automática.

Es bien sabido que el movimiento que se dio en llamar «de vanguardia», acabó, a mediados del pasado siglo, con gran parte de las convenciones de la escritura teatral. Leer a Bernard Shaw, a Eugene O'Neill o a Luigi Pirandello, con sus minuciosas descripciones de decorados y sus abundantes notas sobre el aspecto, gestos y entonaciones de los personajes, mucho se parece a abrir las páginas de una novela de Leon Tolstói o de Benito Pérez Galdós, tal es el grado de información que el escritor ofrece al agradecido lector.

Samuel Beckett, Eugène Ionesco o Arthur Adamov, el terceto canónico de vanguardistas principales, abandonan la frondosidad en el retrato de los lugares y se muestran cautos al aludir a la expresión de sus criaturas. El drama renuncia a los escenarios reconocibles para instalarse en una tierra de nadie y las per-



JOSÉ MARÍA CLÉMÉN

sonas del drama pierden paralelamente buena parte de sus rasgos psicológicos para abrazar la desolada condición de arquetipos. La escena adquiere una calidad de abstracción (un camino cualquiera, una habitación cualquiera, una calle cualquiera) y sus pobladores, desprovistos de un carácter que les sirva de cápsula mínima para encerrar unas pocas certezas, se convierten en meros depositarios de sentimientos sin dueño, de esperanzas flotantes, de angustias compartidas por el común de los mortales.

Nunca sabremos cómo son Vladimiro y Estragón, ni las características del reinado del rey enfermo, ni qué pretenden los contendientes a un lado y otro del tablero de juego. Sabemos que la pareja de figuras errantes se anima o se desanima esperando a Godot, asistimos a los terrores del rey que se muere y a lo largo de la dilatada partida de ping pong va dibujándose una metáfora de la existencia. Algo, o mucho, de enigmático tienen estas obras, que pueden ser comprendidas, interpretadas y representadas de muy diferentes maneras.

Sin embargo, el teatro de vanguardia nunca renunció a las acotaciones. Todo lo contrario. Lo que «la escena representa», según la expresión clásica, se indicaba de un modo preteritorio, hasta conformar la materia de la obra con la misma categoría que el diálogo; igualmente, las acciones de los personajes se establecían con un pormenor tan detallado, o más, que el utilizado por los autores anteriores. Bastarán dos ejemplos. Ionesco, en *Las sillas*, cuenta con la presencia de numerosas sillas en escena, metáfora o símbolo de la opresiva proliferación de lo ajeno en el mundo actual. Beckett en *Días felices* describe con extrema minuciosidad cada uno de los gestos, tonos y actitudes de la mujer que va hundiéndose en la tierra.

Posteriormente, asistimos al fin de las acotaciones. El texto adquiere una mayor ligereza, llega más suelto y despojado ante el lector, se presenta más humilde y discreto ante el director y los actores. El autor renuncia a establecer con rigidez lo que ocurre sobre un espacio, la escena, que tampoco se molesta en describir. Nombres sonoros del teatro de las últimas décadas, como Thomas Bernhard, participan de este repliegue que, por un lado, exagera lo esencial de la obra, las palabras que dicen los personajes y, por otro lado, se disuelve en cuanto acerca el drama a la opacidad de una partitura musical a la que se le hubieran suprimido las señales del compositor.

Michel Vinaver, que milita en este estilo,

demuestra inteligencia, perspicacia y agudeza en la presentación y diagnóstico de los «problemas sociales» a los que alude en los tres títulos fechados en los años setenta. El silencio sobre lo que mueve íntimamente a los personajes, la obviedad de las incidencias cotidianas elegidas, la renuncia a la progresión dramática y narrativa, el capricho que dicta el comienzo y el final de cada escena, invitan al lector a suspender su juicio definitivo hasta que los textos crispados y volátiles se encarnen en un montaje. Pocas veces el destino final de la obra escrita, la representación, se ha revelado tan necesario, tan imprescindible para juzgar el valor de tan frágil literatura.

Polifonía

Peter Weiss, bebiendo en la doble y vigorosa fuente de la vanguardia y de Bertolt Brecht, irrumpió en la década de los sesenta con su famoso *Marat/Sade*, una obra maestra que no volvería a igualar, pero que sentaba las bases de un teatro político, reflexivo, de provocación y denuncia, que se despegaba de los individuos y de su cotidianidad para zambullirse en la Historia con mayúscula. El dramaturgo berlinés proponía un texto fragmentado, compuesto por una multitud de voces diferentes según un modelo de polifonía musical, en forma de poema de verso libre, sin puntuación establecida, que podía leerse como un relato, un informe judicial o una epopeya.

RESUMEN

La publicación de cuatro piezas del dramaturgo francés Michel Vinaver, prácticamente desconocido aquí, le da ocasión a Álvaro del Amo para acercarse a su obra dramática. Las obras comentadas corresponden a dos momentos significativos en la trayectoria de Vinaver, todas ellas son huidizas y sugerentes, y el texto se presenta totalmente desnudo, sin

acotaciones, sin detalles escénicos, confiados los personajes únicamente a las voces que representan. El texto, así, adquiere una mayor ligereza, llega más suelto y despojado ante el lector y se presenta más humilde y discreto ante el director y los actores. El comentarista desearía ver algunas de estas obras representadas y anima a ello a la vida teatral española.

El mismo Peter Weiss titulaba su obra *La instrucción*, sobre las actas del proceso celebrado a los responsables del campo de concentración nazi de Auschwitz, de «oratorio en once cantos».

Michel Vinaver cuenta la historia del inventor de las cuchillas Gillete a través también de una especie de oratorio. *King* es un extenso poema narrado, recitado, interpretado por tres voces, tres actores que completan la peripecia vital del protagonista a lo largo de las distintas etapas de su vida. King joven, King maduro y King anciano, en soliloquios diferenciados o compartiendo un diálogo, nos cuentan, sin orden cronológico, la muy original vida del inventor, un hombre complejo, entre el genio industrial y el utópico social, que sólo muy limitadamente se benefició del éxito de las cuchillas a las que daría su nombre.

La indeterminación de las obras anteriores alcanza aquí el grado máximo de, si puede expresarse así, independencia textual. No sólo han desaparecido radicalmente las acotaciones de cualquier tipo, sino que tampoco existen situaciones ni personajes. Las tres versiones de *King* son, sobre todo, narradores que aspiran a establecer las diversas facetas de una personalidad original y las variadas incidencias de su movida biografía. La distancia entre la obra leída y el texto representado es, en este caso, particularmente larga. Resulta difícil imaginar el efecto que puede producir sobre un escenario la sucesión de noticias, reflexiones, esperanzas, datos, opiniones, que se entrelazan en un rico «libreto», para cuya comprensión resulta de gran ayuda una cronología suplementaria sobre las distintas incidencias que jalonaron la azarosa existencia del señor King.

El teatro pierde sus convenciones, renuncia a su sustancia dramática entendida como conflicto; los personajes abandonan sus caracteres para que los nuevos cuerpos vacíos puedan contener las preocupaciones de las infinitas partículas de una multitud; las historias son intercambiables porque el argumento trata de lo que afecta a muchos; la vida considerada real irrumpe con ímpetu imponiendo el estilo del periódico del día; los grandes hombres famosos y los grandes hombres desconocidos merecen ser visitados y revisitados hasta cristalizar en poemas u oratorios. Como consecuencia de tanta realidad, de tanta libertad, de tanta frenética textualidad, al lector y espectador se le multiplica el trabajo. Nunca ha tenido tanto que descifrar, tanto que interpretar, tanto que juzgar, tanto que soportar, tanto sobre lo que formar una opinión, un juicio, un criterio. Qué difícil es, hoy, saber si a uno «le gusta» una obra de teatro que lee o ve.

Para despejar éstos y otros interrogantes, la lectura de Michel Vinaver se revela provechosa, a la espera de que nuestra indigente vida teatral se anime a representar alguna de sus huidizas y sugerentes obras. □

Michel Vinaver

La petición de empleo/ Nina, es diferente

Traducción de Fernando Gómez Grande. Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, Madrid, 2001. 190 páginas. 6,01 euros. ISBN: 84-95576-02-3.

Disidente, claro / King

Traducción de F. Gómez Grande. Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, Madrid, 2001. 166 páginas. 6,01 euros. ISBN: 84-95576-04-X.

Bibliografía y novela realista

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*.

Este *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española* es un libro de mucho saber y esfuerzo que acredita además en su autor, el catedrático universitario de Literatura Española Enrique Rubio Cremades, notable capacidad clasificatoria y evaluadora del material manejado: varios cientos de entradas bibliográficas relativas a publicaciones (artículos, folletos y libros) «de» y «sobre» aparecidas en los siglos XIX y XX, hasta inmediatamente antes de cerrarse la impresión del volumen; se trata de un repertorio de considerable utilidad que viene a unirse dentro de la serie «Literatura y Sociedad», de editorial Castalia, a otros precedentes acerca del *Poema del Cid*, la generación del 27, Azorín, el Romanticismo español y el *Mester de Clerecía*, todos ellos muy satisfactorias bibliografías críticas o comentadas.

El período literario ahora abordado es el más brillante de la novela española decimonónica: la segunda mitad del siglo bastante exactamente, pues 1849, año en que se publica *La Gaviota*, novela debida a Fernán Caballero, podría estimarse como jalón inicial y 1902, «annus mirabilis» en que ven la luz cuatro innovadoras novelas, adscribibles a la generación del 98 —*La voluntad* (José Martínez Ruiz), *Camino de perfección* (Pío Baroja), *Amor y pedagogía* (Miguel de Unamuno), *Sonata de otoño* (Ramón del Valle-Inclán)—, supone sin duda la clausura de tal período. Resulta evidente que durante el mismo la literatura narrativa —pues el cultivo del cuento destacó también sobremanera— fue la parcela de una mayor excelencia y no

se incurre en chovinismo cuando se establecen aproximaciones con los colegas extranjeros contemporáneos. Puestos a señalar tendencias más generales presidiendo el período, caracterizándolo, aparecen los términos (o conceptos) de realismo y naturalismo, incluso realismo-naturalismo, que con extensa amplitud y aceptadas las variantes impuestas tanto por el talante individual de sus fieles como por la idiosincrasia o genio nacional se alzan como dominadores indisputables; a ambas habría que añadir, situándola hacia la década de los noventa, una reacción de signo espiritualista, dimanada de ciertos narradores franceses y rusos. Tendríamos así completo el mapa interno de esa literatura.

Dominio del realismo-naturalismo

La novela fue el género más excelentemente cultivado en la época que nos ocupa y pudo así el crítico Gómez de Baquero hablar de «renacimiento» de nuestra literatura narrativa en prosa después de la atonía (cualitativa, al menos) de casi siglo y medio. De «glorioso» lo calificaba Clarín a la altura de 1881, cuando todavía estaba iniciándose y sólo era posible ofrecer cuatro nombres —Galdós a la cabeza y, con él, Valera, Alarcón y Pereda— de autores implicados en la empresa; otros vendrían no tardando a engrosar esa nómina. Según el mismo Clarín, la libertad intelectual conseguida en España por obra y gracia de la revolución de 1868 ayudaba eficazmente al auge y predominio de la novela, constituida ahora en reflejo de la vida contemporánea que «invade el hogar doméstico y la conversación en la tertulia, ocupa los folletines de los periódicos y es si se quiere un pasatiempo frívolo pero agradable y aun necesario a las personas desocupadas» (así se leía en un diario madrileño de 1870).

Atrás quedaban las fantasmagorías románticas utilizadas en la novela histórica de la primera mitad del siglo, complacidos sus autores en el evasiónismo medieval y en el desfiguramiento de los hechos pretéritos pero, al tiempo, el costumbrismo romántico ha-

bía supuesto una llamada de atención hacia la realidad inmediata como materia artística posible, cuya demorada observación constituía la técnica utilizable más pertinente; quedaban abiertas así unas posibilidades para el futuro aunque la mentalidad romántica subsiste aún, prueba de lo cual son las historias de Fabián Conde y de su amigo Lázaro que Alarcón ofrecía en 1875 al lector de *El escándalo*; en definitiva, sólo supervivencias que poco podrían frente a la invasión realista. Realismo decimonónico que no hace sino seguir prestigiosos modelos nacionales —Cervantes y la picaresca—, actualizados tanto por lo que supone el paso del tiempo como por el influjo de la narrativa extranjera moderna, pues con razón escribía por entonces el Pardo Bazán que «el realismo tradicional en nuestras letras debe servirnos de base a los escritores peninsulares [...]; pero el escritor actual no puede limitarse a la pincelada seca de los picarescos; necesita adaptarse a las nuevas exigencias descriptivas, narrativas, psicológicas y pictóricas».

Tiempo y espacio muy concretos utilizan estos narradores en sus obras. «Novelas contemporáneas» es el rótulo general que engloba buena parte de la producción galdosiana, rótulo aplicable a muchos libros de otros colegas; las costumbres, los atuendos, los edificios y sus interiores, los hechos políticos y las clases sociales, etc. corresponden en estas novelas a una bastante próxima contemporaneidad. Los escenarios de la acción narrada ya no son lugares exóticos sino terreno conocido por el autor y acaso por sus lectores, que a veces se disimula levemente bajo denominaciones toponímicas al estilo de la Marineda (La Coruña) de doña Emilia, o de la Vetusta (Oviedo), de Leopoldo Alas; y así es posible hablar de la Andalucía de Valera, de la Montaña de Pereda y del Madrid de Galdós.

Cuando se trata de la realidad anímica de sus criaturas, estos escritores presentan de ordinario personajes muy reales y verosímiles, análogos a tantas gentes de la vida en torno; tal vez algunos de ellos, dotados de rarezas y demencias caprichosas en las que su creador insiste y profundiza sin forzamiento de la realidad y de acuerdo con la jerarquía prota-

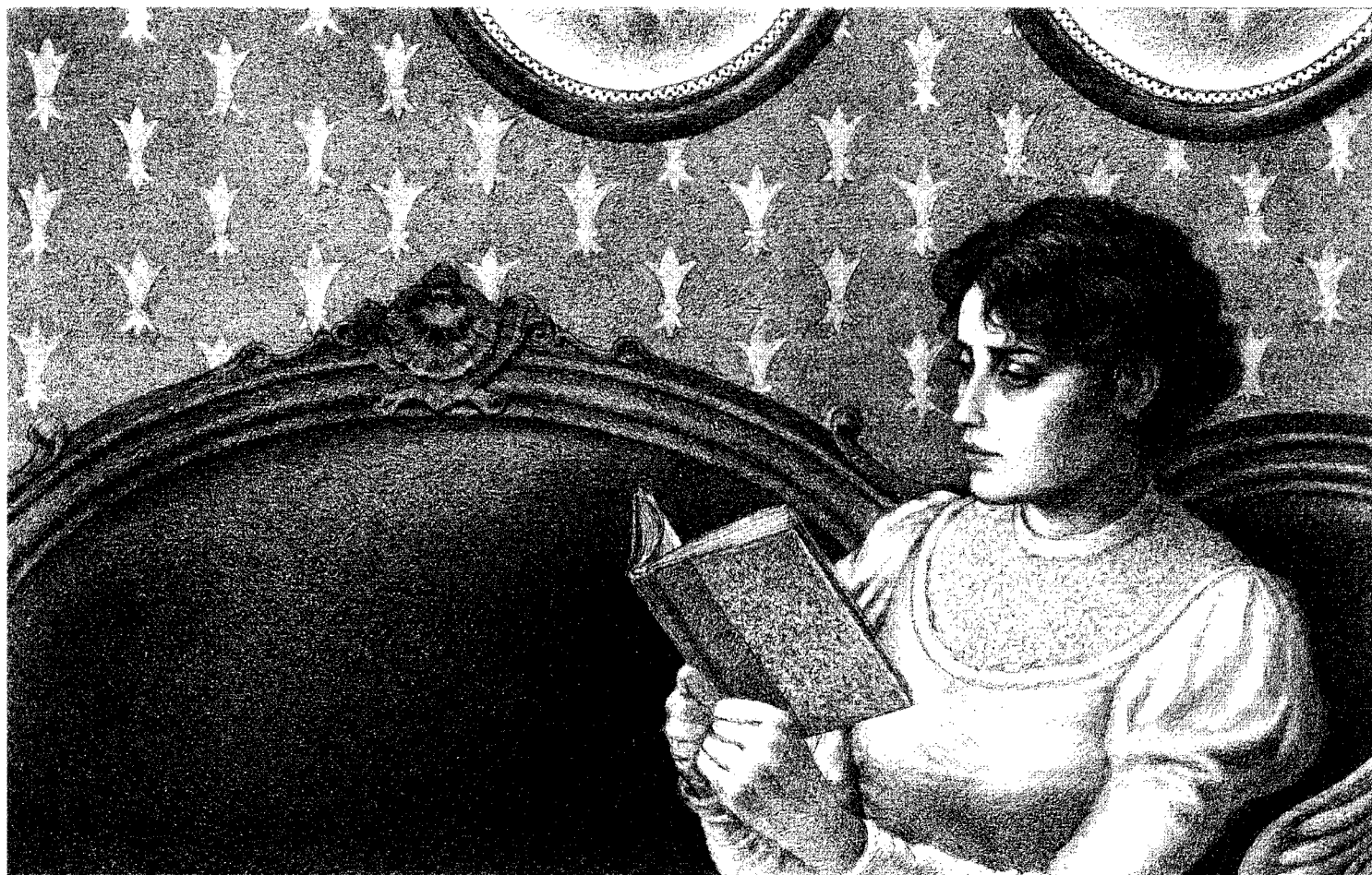
gonística que les haya otorgado; recuérdese, v.g., la serie de personajes galdosianos tocados por pasajeros raptos de una patética e irrisoria locura pero de cuya verdad psicológica no cabe dudar.

Hay un caso en que semejante práctica es abandonada: aludo a la novela de tesis. Especie era ésta en la cual puede adquirir el relato una específica relevancia siempre que —advertía la Pardo Bazán— la tendencia lo informe pero de modo invisible, como el alma al cuerpo; lo más frecuente resulta ser el juego maniaco de buenos/malos, de acuerdo con la ideología del autor, religiosa y política, campos en que de ordinario se dirimen estas contiendas. Así Pereda denunció una determinada actitud política en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1868) y entró en polémica con Galdós, respondiendo con su *De tal palo, tal astilla* (1879) a la postura religiosa mantenida por éste en *Gloria* (1877); ambos abandonaron, no tardando, el cultivo de tan comprometida especie.

A medida que el tiempo pasa, y el ejercicio narrativo pone a prueba el talento de nuestros escritores, y nombres nuevos advienen al cultivo del género, se hace más verdadero aquel calificativo de «glorioso» anticipado por Clarín. La década de los 80 —que comienza con *El niño de la bola* (Alarcón, 1880) y termina con *Pequeñeces* (1890), revelación del jesuita Luis Coloma, y a la que corresponden *La Regenta* (1885), *Sotileza* (1885), *Los pazos de Ulloa* (1886) y *La Madre Naturaleza* (1887), años los dos últimos en que fueron apareciendo las varias partes de *Fortunata y Jacinta*— es la más relevante dentro de este proceso que viene de atrás y no se interrumpe hasta iniciado el siglo XX, con la muerte de algunos de sus mantenedores como Leopoldo Alas, Valera o Pereda.

Precisamente dentro de esa década recoge doña Emilia en el volumen *La cuestión palpitante* (1883) sus artículos del diario *La Época* acerca del Naturalismo, historia y exposición de la tendencia más que incondicional apología de ella. Palpitante, sí, la cuestión, reciente entre nosotros y vieja ya en Francia, cuna y meca del Naturalismo, con Émile Zola como patriarca indiscutido. Valera, llevado por su hostilidad a cuanto fuese ideario rígido, contestaría con los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, y Menéndez Pelayo y Pereda estuvieron de su parte, mientras que Alarcón se refería al Naturalismo como a la mano sucia de la literatura; tampoco faltaron novelistas y críticos más favorables a la tendencia, practicantes incluso de ella. Pero, ¿es posible hablar con fundamento de un Naturalismo español decimonónico? No, según Clarín, para quien «en España no hay ni ha habido Naturalismo en el concepto de la palabra que se ha hecho clásico» y, sin embargo, algún rasgo naturalista existe en Galdós —*La desheredada* y *Lo prohibido*, por ejemplo—, en la Pardo Bazán —*Los pazos de Ulloa* y su continuación—, en Palacio Valdés —*La espuma* y *El maestrante*—, en Blasco Ibáñez (Zola español, como le llamaron en tiempos), o en Pereda (caso muy singular de coincidencia no buscada). No se olvide, por otra parte, que Zola confesaba al periodista Rodrigo Soriano su «extrañeza de que la señora Pardo Bazán sea católica ferviente, militante y, a la vez, naturalista; me lo explico sólo por lo que oigo decir de que el naturalismo de esa señora es puramente formal, artístico y literario», en lo cual andaba acertado el novelista francés ya que la distinción entre una técnica y una filosofía, adoptada la primera y no compartida la segunda, resulta necesaria para dilucidar presuntos naturalismos españoles.

Rasgos característicos de dicha tendencia



FUENCISLA DEL AMO



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

son: el descriptivismo, el determinismo, el erotismo, la impersonalidad del autor respecto de sus criaturas. Del uso y abuso de la descripción –el llamado descriptivismo– se ha dicho que era «uno de los puntos negros del Naturalismo», dado que para el lector resulta fatigosa la acumulación sin más ni más, carente de las oportunas selección y jerarquización, de cuantos pormenores integran un conjunto de alguna vastedad –un paisaje, un interior, ponga por caso–, práctica acumulativa que da como resultado una especie de frío inventario notarial. No hay un único tipo de determinismo y entre los posibles cuentan la presión del medio físico y moral, la herencia y la educación. Parece evidente que la presencia reiterada de la lluvia en *Vetusta* –«llueve casi todo el año» y son «pocos los días buenos» (capítulo IX de *La Regenta*)–, el cielo, por lo común encapotado, y una generalizada tristeza en el ambiente predisponen a un modo de vida recluso y a un talante cerrado y mezquino. Piénsese, además, que cuando algunos personajes –Ana Ozores, sobre todo– salen de ese encerramiento consiguen una mejoría en su salud física y moral. Alas debió de pensar que si el hombre es hijo de sus obras también es, en parte, resultado de una herencia y una educación por lo que se complace en ofrecer (ya que la estima necesaria) detallada noticia del pasado individual y familiar de la pareja protagonista –Ana y don Fermín–: decisiva resultaría la orfandad de Ana y su abandono en las manos mercenarias del aya Camila, como también lo fue la vida difícil del niño Fermín, solo con su madre en un medio hostil, lo que tempranamente le endurece y le convierte en un luchador. Desde luego que no fue el erotismo una invención del Naturalismo pero éste lo exalta o potencia, extremando más la calidez de ciertas situaciones; para un crítico que haga de la moral católica principio indeclinable a la hora de comentar las obras literarias, la presencia del erotismo en tal grado se convierte en motivo para el reparo e incluso la descalificación –para el agustino Blanco García, *La Regenta* «rebotaba de porquerías»–. La impersonalidad del narrador exige su no-intervención a la hora de presentar los personajes, quienes se definen por sus hechos y dichos y no por las calificaciones valoradoras (favorables o negativas) de su creador; a semejante actitud se añade otra impersonalidad externa, que consiste en la evitación de indicaciones como «nuestro hé-

roe», «como dijimos en otro capítulo», etc. normales y habituales pero que denotan un ánimo posesivo por parte del novelista; entre nosotros, Blasco Ibáñez es quien mejor cumple ese postulado.

En los narradores en cuestión se daría con el paso del tiempo una evolución: diríase que la nuda realidad externa les importa ahora menos y que, en su lugar, se ahonda más y más en el alma de los personajes. De acuerdo con lo que Brunetière llamó en su conferencia de Besançon (1896) *La renaissance de l'idéalisme* y de acuerdo, asimismo, con las «fugas de idealidad» que Clarín advertía en Zola a la altura de 1893 (*Le docteur Pascal*), se produce en Galdós –*Nazarín* y *Halma* (ambas de 1895)–, en Palacio Valdés –desde *La alegría del capitán Ribot* (1899)– y en Leopoldo Alas –el volumen *Cuentos morales* (1896)– una incursión en atmósferas más puras por más desasidas de la materia. No se trata, en términos generales, de la vuelta a ninguna ortodoxia abandonada, sino de una tendencia espiritualista que supera la realidad visible y la enriquece; sin maniqueísmo ni tendenciosidad, el novelista advierte y alecciona a sus lectores.

Hacia la fijación de un canon

Doce autores son los protagonistas de los capítulos segundo a once del libro de Rubio Cremades y a sus nombres se añaden, con jerarquía mucho menor, los de Eduardo López Bago y Alejandro Sawa, practicantes del llamado «naturalismo radical» por cuanto extreman algunos rasgos característicos atrás mencionados, particularmente el determinismo y el erotismo; ambos escritores solían «estar ausentes de los principales estudios de conjunto referidos a la novela española de la segunda mitad del siglo XIX» (pág. 591) y su obra resultaba «prácticamente desconocida tanto para el gran público como para el habitual lector de novelas» (pág. 595), pero de algún tiempo a esta parte comenzó una relativa y minoritaria curiosidad de conocerla sin que esto haya producido un vuelco en su estimación. Un capítulo (el primero) a propósito de las investigaciones de carácter general abre marcha e introduce en el tema abordado.

La fijación del canon novelístico de nuestro realismo-naturalismo decimonónico ha sido fruto del paso del tiempo y así te-

nemos que a la altura de 1881, cuando más o menos comenzaba el proceso, el crítico Clarín apuntó nada más que cuatro nombres –Galdós, Valera, Alarcón y Pereda–; años después, en 1896, la lista se ampliaba –en manos ahora del crítico Valera– y, fallecido Alarcón, la constituían (lista de «principales»): Galdós, Pereda, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Jacinto Octavio Picón y, sorprendente adivinación o profecía, chocante para aquel momento, Leopoldo Alas, cuyo mérito «es grande» y «si el aplauso y el provecho no corresponden, culpa debe de ser de los muchos enemigos que, militando como crítico con el seudónimo de Clarín, se ha suscitado por sus censuras y juicios [...]»; la delimitación definitiva de la nómina tal vez se produzca cuando en 1907 el hispanista francés Vézinet la formule en el libro *Les maîtres du roman espagnol contemporain*, cuyos capítulos están consagrados a Valera, Galdós, Pereda, Palacio Valdés, Pardo Bazán y Vicente Blasco Ibáñez, seis narradores que han sabido «étudier en sincères, réalistes les choses et les gens de leur pays pour produire des œuvres puissantes par leur relief et la couleur». Advertimos en el cotejo de los nombres mencionados reiteraciones significativas junto a inclusiones sin que los confeccionadores de esas listas aborden la jerarquización estética minuciosa de los convocados. El transcurso de los años disipó las dudas que pudieran haber existido y –desde hoy– diríase que el canon para género y período está fijado y aceptado tal como Rubio Cremades lo hace al ocuparse de Fernán Caballero, Alarcón, Valera, Pereda, Galdós, Leopoldo Alas, Pardo Bazán, Picón, Coloma, Ortega Munilla, Palacio Valdés y Blasco Ibáñez, un total de do-

ce nombres cuyas fortunas editoriales y críticas, in vita y póstumas, y sus vicisitudes recorre. La jerarquización demandada se revela fehacientemente merced al número de páginas que llena cada uno de los escritores de la nómina, consecuencia de la bibliografía por ellos suscitada, desde las 137 del autor de *Fortunata y Jacinta* y las 79 del de *La Regenta*, en alza constante uno y otro desde hace algún tiempo, hasta las modestas cantidades de Picón (6) y Ortega Munilla (4).

Si dentro del conjunto acopiado hay nombres en alza, también encontramos otros en baja, más o menos abandonados por editores, lectores y críticos; Palacio Valdés es quizás el caso más llamativo ya que después de haber sido autor de gran éxito y «enorme la difusión de sus novelas a finales de la centuria pasada [siglo XIX] como en las primeras décadas del presente siglo [XX]» (pág. 603), «yace si no en un completo olvido sí relegado a un segundo plano» (pág. 629), situación en la que entran factores muy diversos.

Cada uno de esos doce narradores es el protagonista de un capítulo del libro y su contenido lo dispone Rubio Cremades muy sistemáticamente, en un orden que considera diferentes aspectos y cuestiones de su vida y obra, de manera que, pese al abundantísimo material manejado, todo va en el sitio debido y resulta rápida y fácilmente encontrable. Destaca en la sucesión de apartados existentes en los capítulos la presencia «de» y la importancia concedida «a» los epistolarios, inapreciable documentación para conocer hasta sus entresijos más reservados a remitente y destinatario, así como la época y el medio socio-cultural en que uno y otro se movían. □

RESUMEN

Martínez Cachero, al ocuparse de este completo repertorio bibliográfico que ha preparado Rubio Cremades sobre la novela realista de la segunda mitad del siglo XIX, analiza el período más brillante de la novela española, un tiempo y un espacio muy concreto, en el que los términos de realismo y naturalismo a veces se con-

funden o se hermanan. El autor del libro establece un canon con la obra de doce novelistas principales, a cada uno de los cuales les dedica un capítulo, estableciéndose la extensión del mismo con arreglo a la importancia de cada uno de los nombres, desde Pérez Galdós o Clarín hasta Octavio Picón u Ortega Munilla.

Enrique Rubio Cremades

Panorama crítico de la novela realista-naturalista española

Editorial Castalia, Madrid, 2001, 720 páginas, 37,10 euros. ISBN: 84-7039-869-5.

La Sociología en el espejo

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) ha sido catedrático de Psicología de las Universidades de Valencia y Complutense de Madrid. Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales, es miembro de la Real Academia Española y de la de Ciencias Sociales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de Principios de Psicología, La mente humana y El corazón del laberinto.

En el curso de poco más de un año, se han publicado tres libros colectivos de Sociología, dos de carácter histórico y uno sobre cuestiones de actualidad, dirigidos por el profesor Salustiano del Campo que es, entre otras muchas cosas, el catedrático más antiguo de la materia en la Universidad española. El profesor Del Campo sabe muy bien lo que le ha costado a la Sociología española alcanzar su actual configuración universitaria y siempre ha deseado que ese esfuerzo colectivo llegase a oídos de las nuevas generaciones. Los libros que relatan ese empeño son tres: *La institucionalización de la Sociología (1870-1914)*, *Historia de la Sociología española* y *Perfil de la Sociología española*. El hilo que los une es su institucionalización.

La figura que inicialmente puso en marcha este proceso fue, como se sabe, Manuel Sales y Ferré. Hace ahora un siglo, alguien con buen juicio y altura de miras pensó que la nueva ciencia sociológica podría ayudar a poner orden y concierto en la maltrecha España del Desastre, y que Sales y Ferré era el hombre indicado para hacerlo. El 27 de febrero de 1899, pocos meses después de la pérdida de nuestras últimas colonias de Ultramar, una Real Orden le nombró catedrático de Sociología de la Universidad de Madrid y, en efecto, Sales y Ferré no sólo fue el primer catedrático de esta materia en España, sino uno de los más estimados de Europa. Hoy es patente el volumen de conocimientos que la Sociología española ha puesto al alcance de todo el país.

En suma, el centenario de la cátedra de Sales y Ferré era un homenaje obligado y un alto en el camino en el que los sociólogos tendrían ocasión de considerar, «sine ira et studio» —que en el latín de Tácito quiere decir «sin rencor ni parcialidad»—, la genealogía y el desarrollo científico de la Sociología española en un tiempo tan agitado como ha sido el siglo XX. Así lo entendieron el profesor Del Campo y sus colegas, y fruto de ese acuerdo son las casi novecientas páginas que ofrecen al lector treinta y dos sociólogos de diez y seis universidades españolas y extranjeras, más tres cuidadas introducciones del profesor Del Campo. Analizar puntualmente esta obra excepcional sería una tarea propia de un sociólogo, cosa que yo no soy. Aunque bien mirado, tal vez por no serlo, me llamen la atención cuestiones más generales que las que constituyen el quehacer habitual de los profesionales de la disciplina.

El retorno de Clío

Al leer la introducción de Salustiano del Campo a la *Historia de la Sociología española* tuve la impresión de que por fin —y déjenme anunciarlo con pompa y circunstancia— la musa de la Historia regresaba a la Sociología por la puerta grande. Así fue como entendí la sencilla frase con que el profesor Bernabé Sarabia Heydrich inicia el capítulo sobre los precursores de la Sociología en España: «Antes de entrar en los orígenes de la Sociología española, situados en el siglo XIX, quizá convenga recordar que los sociólogos, salvo algunas excepciones, no han mostrado hasta ahora gran interés por el pasado de la disciplina».

Las causas de este significativo hecho son



STELLA WITTENBERG

complejas y largas de explicar. No obstante, en un discurso que leí hace años en la Universidad de Sevilla sobre *Historicismo y objetividad en las ciencias humanas* (1997) sugerí que el desinterés a que alude el profesor Sarabia olía a psicoanálisis. Es decir, el deseo de que las leyes de la Sociología fueran tan ajenas a los avatares de la Historia como las leyes de la Física no acababa de cuadrar con la postura que, en este asunto, había mantenido Augusto Comte. Actualmente, después de las inmensas sacudidas que ha experimentado el mundo durante el siglo XX, es más fácil comprender hasta qué punto la Historia incide realmente en el tiempo sociológico.

El profesor Del Campo, a quien esta idea no le pilla de sorpresa, ha explicado en un lenguaje de hechos cómo la institucionalización definitiva de la Sociología española dio su primer paso el año 1954, cuando Enrique Gómez Arboleya ganó una cátedra de esta materia en la recién creada Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de la Universidad de Madrid. En 1962, se cubrieron también por oposición dos nuevas cátedras de la misma disciplina en las Universidades de Barcelona y Bilbao y «desde entonces, ya no ha habido vaivenes ni rupturas en la Sociología española, sino crecimiento y pluralismo. Hoy son ya más de ochenta las cátedras de Sociología que hay en el país».

Realmente, la *Historia de la Sociología española* que han escrito los sociólogos españoles a lo que menos se parece es, creo yo, a la historia ficción que anega hoy el mercado de la cultura. Cuidado. No estoy diciendo que los autores de esta historia relaten los hechos tal como ocurrieron, «wie es gewesen», porque dar a entender eso sería otra ficción. Pero sí que se atienden a ellos con una clara voluntad de no tergiversarlos por razones de escuela o de política. Eso se nota y se agradece.

En suma, la lectura de esta primera historia de la Sociología española ayuda a poner en claro cómo, a pesar de las guerras civiles y otros males de la patria, la institucionalización de la disciplina ha seguido pautas muy similares a la de los demás países europeos y americanos, tal como definitivamente lo ponen de manifiesto los ocho estudios que contiene el volumen sobre *La institucionalización de la Sociología (1870-1914)*.

A veces pienso si la imagen de la Sociología española que aparece en el espejo de su historia no debería llevar como pie aquel famoso aforismo que, a propósito de las generaciones, escribió Prisciano de Cesarea: «quanto juniores, tanto perspicaciores». Sí, mientras más jóvenes, más perspicaces. Pero, sobre todo, porque avanzan encaramados en los hombros de sus predecesores. ¿Por qué, si no, los veteranos íbamos a andar tan encorvados?

Lo postmoderno. Segunda vuelta

Cuando parecía que al postmodernismo no había ya quien le escribiera, el catedrático de Sociología José Enrique Rodríguez Ibáñez encabeza el volumen *Perfil de la Sociología española*, con un documentado y minucioso estudio que titula «¿Nuevos tiempos modernos? Intento de delimitación sociológica de la polémica modernidad-postmodernidad». Confieso que, al ver asociados los términos 'modernidad' y 'postmodernidad', pensé que otra vez iba a repetirse el juicio de Dios con que el «establishment» de los años ochenta fulminó al postmodernismo y sus allegados. Me equivoqué de medio a medio.

No es que el profesor Rodríguez Ibáñez sienta una especial predilección por la cultura postmoderna; su pensamiento se inclina más bien hacia la otra banda. Es sólo que, en cuanto sociólogo, trata de entender un problema que posiblemente se dio por resuelto antes de tiempo. A diferencia de quienes todavía hacen poco preguntaban con sorna «Y después de postmodernismo ¿qué?», Rodríguez Ibáñez ha considerado oportuno manejar un centenar de artículos y libros, antes de responder con cautela a la pregunta sobre la novedad de los tiempos modernos. Con tal fin, el autor articula las posibles respuestas a esta espinosa cuestión en torno a tres opciones:

1ª. Hemos enterrado definitivamente la modernidad y transpuesto los umbrales de una nueva era.

2ª. Lo que ha cambiado es el discurso público dominante, la cultura. El resto sigue aproximadamente igual que siempre.

3ª. El proyecto moderno pervive, aunque esté inmerso en una segunda ola de radica-

lización, de índole reflexiva, que garantiza su continuidad bajo un formato tardomoderno o hipermoderno.

Respecto a la primera opción, no tengo nada que añadir, a no ser que más de uno ha debido de bailar en ese entierro. En relación con la segunda, debo hacer notar que, además del discurso público, son muchas las cosas que han variado en el mundo desde que se acabó la Edad Moderna. Y por lo que respecta a la tercera alternativa me permitirá hacer alguna que otra observación más específica.

Coincido con el autor en que, tras los grandes diagnósticos sobre la civilización occidental surgidos al hilo del debate de la postmodernidad, ya es hora de acometer diseños teóricos más apegados al suelo del enfoque sociológico. Por supuesto, pero no sin más. Hay también otras opciones teóricas que de algún modo es menester considerar junto a estos diseños teóricos de vuelo rasante. Ya comprendo que un capítulo de un libro no es una enciclopedia. También entiendo que haya personas o grupos que se resistan a admitir el deceso de la modernidad; es más, acepto que pueden tener razón. Excepto que del único futuro del que cabe estar seguro es del que ha dejado de serlo. Ya hemos visto a qué conduce creerse en posesión del «sentido de la historia».

Ahora bien, nuestro autor no niega la posibilidad de que exista un mundo postmoderno. Sencillamente piensa que ese mundo estaría mejor definido como «hipermoderno» o «tardomoderno», ya que prolonga, radicaliza y transforma pautas de la sociedad moderna, en vez de cortar del todo con ellas. Es una manera razonable de ver el problema, pero de la que cabe disentir. Por lo pronto, que yo sepa, jamás una nueva época ha cortado de pronto y del todo con las pautas de la época anterior. Veinticinco siglos después de Aristóteles, en las lenguas modernas continúan usándose cantidad de giros y conceptos propios de su filosofía, y aún siguen en pie puentes romanos —sin ir más lejos, el de Salamanca sobre el Tormes— que aguantan el tráfico igual o mejor que muchos modernos.

Eso, de una parte. De otra, es menester proclamar que existe una arraigada confusión semántica en el uso del vocablo 'moderno', que

Viene de la página anterior



no sólo pasa desapercibida y es difícil de explicar, sino que además confirma aparentemente la tesis de la modernidad y perjudica al postmodernismo. La cuestión es la siguiente. El sentido fuerte del término latino «modernus» fue el adverbio de tiempo 'ahora'. De ahí dedujo Lyotard que 'postmodernidad' era un falso nombre que no podía significar «lo que viene después de la modernidad», porque 'moderno' significa justamente 'ahora', y después de 'ahora' siempre será 'ahora'. Es cierto. Pero lo que no dijo Lyotard fue que el vocablo 'moderno' desempeña también otras funciones, y que una de ellas consiste en servir de apelativo de un período histórico llamado Edad «moderna».

En definitiva, el quid de la cuestión es que en todas las épocas se llama 'moderno' al presente, al tiempo en que se vive. Durante la Edad Media, mucho antes de que existiera la Edad Moderna, la gente llamaba «moderna tempora» al tiempo en que vivía o escribía. Y ahora que la Edad Moderna ya no existe, seguimos llamando moderno al siglo XXI, por la razón de que moderno quiere decir «de ahora». Lo que induce a tanta confusión es que con la misma palabra designamos también una época que ya no existe. De forma que como el término 'moderno' es tan genérico y anda siempre en boca de la gente, no hay inconveniente alguno en hablar de un tiempo tardomoderno, hipermoderno o ultramoderno, pero en cambio resulta raro llamar «post»-moderno al tiempo en que uno vive. Eso es un galimatías que al ciudadano corriente le resulta muy difícil entender. Lo cual, por lo demás, no quiere decir que el concepto de postmodernidad sea un desatino. Desde el punto de vista lógico es una idea totalmente correcta.

La prueba es que para consolidar la teoría de que el nuevo tiempo moderno puede pervivir como una segunda modernidad que no tiene solución de continuidad con la primera, o sea, que pertenece al mismo género histórico que ella, surgen de continuo reflexiones encaminadas a tal fin. En el trabajo de Rodríguez Ibáñez se revisan los puntos de vista más significativos a este respecto, desde una óptica sociológica, cuando la realidad es que el fenómeno postmoderno es de una índole claramente trasdisciplinar.

Por lo demás, el autor se apoya también en la función que desempeñan unos sutiles espejos —¿sistemas expertos?— mediante los cuales las sociedades reflexivas del presente definen y redefinen sin cesar la continuidad histórica de los nuevos tiempos modernos con la primera modernidad. Si he de decir la verdad, yo no estoy seguro de que esos espejos sutiles de que habla el profesor Rodríguez Ibáñez tengan el grado de fiabilidad y de validez que se les atribuye. Si no me equivoco, su «modus operandi» es preferentemente transversal o, dicho de otro modo, el espesor temporal de los campos que investigan suele ser escaso. A última hora, pienso que la modernidad que reflejan esos espejos es más bien la del momento que pasa, la modernidad que Baudelaire definió como «le transitoire, le fugitif, le contingent», que la perennidad en que se inscriben las leyes de las ciencias puras.

En definitiva, el panorama que se me alcanza me lleva a preguntar si una propuesta de carácter estético, como la que hizo Hans Robert Hauss en *Las transformaciones de lo moderno*, no ampliaría quizás el campo cubierto por los enfoques cognitivos que hoy reclaman la atención de la Sociología. Hauss preguntaba «si habría llegado el tiempo de tomar en serio el "postismo", de identificarlo históricamente y de investigar si en esa singular denominación que recubre fenómenos tan variados hay algo nuevo, aún por determinar, que anuncia la conciencia titubeante del comienzo de una nueva época».

Yo también pienso que es menester intentar averiguar si bajo la algarabía post-



STELLA WITTENBERG

moderna hay algún mensaje que merezca la pena escuchar. Como quiera que sea, después de Kant, una modernidad que se tiene a sí misma por reflexiva no puede ignorar que la experiencia estética es una de las claves de la facultad de juzgar.

La sombra de Comte

Pese a que Augusto Comte (1798-1857) fue el creador de la Sociología entendida como ciencia positiva de los fenómenos sociales, su influencia sobre la Sociología española ha sido menor, excepto en Cataluña, que la de Heriberto Spencer (1820-1903). Incluso como figura de referencia carece hoy de una presencia destacada. Se han señalado diversos motivos, pero hay uno que no he visto mencionado, sobre el que quisiera hacer hincapié. Me refiero a la sombra del dualismo que acompañó siempre al pensamiento de Comte en el problema del método de la Sociología. En una época global como la nuestra, tan persuadida de que el paradigma de la ciencia unificada está al alcance de la mano, se comprende que esta actitud se vea con recelo.

De joven, a Comte la lectura de Kant le hizo sospechar que el método de la ciencia moderna no podía aplicarse «stricto sensu» a las ciencias morales; en su clasificación de las ciencias negó a la Psicología la condición de ciencia. El caso de la ciencia social no era tan grave como el de la Psicología, pero tampoco fácil. Con ciertos arreglos se podía salir del paso, pero de todos modos, el problema del método de la ciencia social continuó preocupando a Comte. En 1825, cuando tenía veintisiete años, publicó un artículo en el diario saint-simoniano *Le producteur* en el que por primera vez emplea la expresión 'física social': «Entiendo por física social —decía— la ciencia que tiene por objeto propio el estudio de los fenómenos sociales, considerados con el mismo espíritu con que se estudian los fenómenos astronómicos, físicos, químicos y fisiológicos, es decir, sujetos a las invariables leyes de la naturaleza».

La definición de Comte respondía claramente a la opción metodológica naturalista propia del método positivo. El estudio de los fenómenos sociales debía acometerse con el mismo espíritu de la ciencia que ya había demostrado su valor en la investigación de la naturaleza. El caso era, sin embargo, que la definición iba acompañada de una nota a pie de página que no acababa de ajustarse con rigor al espíritu de la ciencia natural: «Los fenómenos sociales —decía la nota— en tanto que humanos forman parte indudable de los fe-

nómenos fisiológicos: Pero aunque por esta razón la física social debe tener su punto de partida en la fisiología individual y mantenerse en continua relación con ella, no por eso deja de ser una ciencia enteramente distinta, a causa de la influencia progresiva que las generaciones humanas ejercen unas sobre otras. Y esta influencia que, en la física social es la consideración preponderante, no podría estudiarse adecuadamente desde un punto de vista puramente fisiológico».

Ahora bien, si esa influencia progresiva que las generaciones ejercen unas sobre otras no podía estudiarse desde un punto de vista fisiológico, ¿desde qué otra perspectiva científica iba a estudiarlo la física social? Francisco Ayala en su *Tratado de Sociología* (1947) propuso una interpretación muy razonable. Comte, aclaró Ayala, insiste con todo vigor desde el primer momento en la necesidad lógica de un solo método, el de la ciencia natural, para la nueva ciencia de los fenómenos sociales, «bien entendido que se trata de una unicidad fundamental, a la que no perjudican las diferencias nacidas de la mayor o menor complejidad del sector de la realidad sobre el que ha de trabajarse».

Comte, en efecto, era consciente de que las diferencias que separaban al objeto de la física del fenómeno humano eran profundas y difíciles de salvar, aunque sí podían suavi-

zarse. El «deus ex machina» para llevar a cabo esta operación de salvamento fue «la méthode subjective». El fundador del positivismo no podía aceptar que el espíritu positivo se hubiera detenido precisamente a las puertas de la sociedad humana, entre otras razones porque a última hora la unidad del saber no podría salvarse sino en la medida en que el ser humano tuviera acceso al conocimiento. Y con el fin de facilitar la penetración del método de la Física en el fenómeno social, Comte recurrió a la vieja táctica de «dividir para vencer».

Pues bien, en el caso de Comte, aunque la Fisiología fuera una operaba en dos frentes de la misma realidad humana: como Fisiología individual y como Fisiología de la especie. La primera se ocupaba de la funcionalidad del individuo en cuanto tal, y la segunda encaraba el problema de la funcionalidad social, entendida como el progreso aportado por la sucesión de las generaciones. En las especies inferiores, este progreso era prácticamente nulo, mientras que en el caso de las especies superiores, sobre todo en la humana, el decurso del avance social no era deducible de la pura funcionalidad fisiológica del individuo y, en consecuencia, era necesario estudiarlo por separado, desde la perspectiva de una Fisiología social.

Naturalmente, desde la ciencia positiva no era posible resolver el problema metafísico del dualismo. Comte, sin embargo, lo sorteó hábilmente a través de unas relaciones funcionales entre dos disciplinas distintas que formaban parte de la misma realidad, más o menos como Atanasio había resuelto la consubstancialidad del Padre y el Hijo a la par que la distinción de las Personas. En otras palabras, Comte admitió tácitamente que la unidad de la Sociología no podía establecerse a través de un método científico «sensu stricto», sino «debidamente entendido», tal había aconsejado su amigo Stuart Mill y, de hecho, practicó Durkheim.

Pues bien, con todas las salvedades propias del caso, el trabajo sobre «las dos psicologías sociales» con que José Ramón Torregrosa cierra esta trilogía sociológica reproduce en cierto modo, pienso yo, el planteamiento anterior. A última hora, Comte y Torregrosa van a parar al credo de Atanasio, sólo que Comte pone el acento en la comunicación de las dos fisiologías y, si le he entendido bien, Torregrosa duda entre quedarse en la mera aproximación de las dos psicologías sociales, o dar el paso hacia su plena integración en una disciplina independiente. Un buen final para una Sociología que se hace cargo de su historia. □

RESUMEN

La aparición de tres volúmenes colectivos, coordinados por el profesor Salustiano del Campo, y que conmemoran de algún modo el centenario de la creación de la primera cátedra de Sociología en España, le permite a José Luis Pinillos colocar la Sociología en el espejo, una Sociología que se hace cargo de su historia, de su ahora y que mira hacia el futuro. Pinillos considera que el hecho de que él no sea sociólogo profesional sino psicólogo le da la posibilidad de tratar cuestiones más generales que las que constituyen el quehacer habitual de los profesionales de esta disciplina que en la Universidad española ha cumplido un siglo.

Salustiano del Campo (coord.), Manuel Núñez Encabo et al.

La institucionalización de la Sociología (1870-1914)

Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2000. 167 páginas. 8,40 euros. ISBN: 84-7476-304-5

Salustiano del Campo (dir.), Bernabé Sarabia et al.

Historia de la Sociología española

Ariel, Madrid, 2001. 326 páginas. 18 euros. ISBN: 84-344-1700-6

Salustiano del Campo (ed.), José Enrique Rodríguez Ibáñez et al.

Perfil de la Sociología española

Catarata, Madrid, 2001. 368 páginas. 17,43 euros. ISBN: 84-8319-110-5

Ser de Cristo y tiempo del hombre

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Ávila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Múnich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Raíz de la esperanza*, *Cuatro poetas desde la otra ladera* y *La entraña del cristianismo y cristología*.

1. Cristo y el tiempo

Si el tiempo nos revela el ser, ¿podemos decir que el hecho de que los últimos dos mil años hayan estado centrados en torno a Cristo nos dan que pensar sobre su realidad y nos revelan su identidad? Contamos los años a partir del nacimiento de Jesús de Nazaret. La historia humana se pierde en un origen no determinable y tiende hacia un ocaso tampoco determinable. En medio de ella, como un tajo radical, están estos dos mil años, que emiten luz hacia el tramo anterior y proyectan resplandor hacia la meta futura. Jesús de Nazaret, confesado como el Mesías del Antiguo Testamento reasumiendo su contenido esencial a la vez que anticipando el destino de la Iglesia, identifica el origen como fruto de la libertad creadora de Dios (por tanto no resultante del azar o la necesidad) e identifica la meta de la historia como resultante de la libertad del hombre y de la gracia de Dios. No estamos encerrados dentro del círculo ciego de los siglos con el eterno retorno de lo mismo, sino suscitados por un amor originario. La libertad divina nos convoca a su eterna novedad, se religa a la nuestra y con ella hace un destino común (alianza, escatología). Frente a una historia sin comienzo y sin fin, frente al eterno retorno de Nietzsche, el tiempo se ha convertido en don y reto para la libertad humana; la naturaleza queda trascendida y surge la responsabilidad. Se abre el sentido de la historia. Es el primer fruto de la comprensión bíblica de Dios creador, con el hombre como su imagen, su representante y responsable ante el mundo. Dios, el tiempo y el hombre son ya inseparables.

2. «Todo es memoria en el amor»

La memoria de Cristo no ha cesado desde hace veinte siglos, generación tras generación. Un recuerdo individual y una memoria institucional, que remite a signos, palabras y gestos que él realizó en la noche en que los demás le iban a traicionar y él se entregó por ellos. La última cena de Jesús, que es la primera eucaristía de la Iglesia, funda la continuidad incesante entre lo que Jesús hizo y lo que sus seguidores tienen que hacer: «Haced esto en memoria (anámesis) de mí» (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24-25). La última cena de Jesús fue querida por él como bisagra entre su vida histórica (predicación del reino, milagros, parábolas) y su muerte (proceso, crucifixión, experiencias pascales que siguieron a ella); entre su historia y la vida de sus seguidores. La eucaristía es así la anticipación, interpretación, universalización e incorporación que hace Jesús de su cuerpo roto y de su sangre a punto de ser desagrada mediante los signos del pan partido y del vino repartido entre los comensales. Estos signos, revividos y celebrados luego por los discípulos en obediencia fiel, le confieren una nueva forma de presencia en el mundo. ¿Se ha pensado lo que significa que a partir de aquel momento no haya pasado día ni noche sin celebrar ese signo de su entrega consciente, en ofrenda e intercesión por todos? Todos y cada uno de los días de la historia humana estarán ya sellados por la memoria, el amor y la espera de Cristo. Ser del hombre y tiempo de Cristo discurrirán ya en unidad.

3. ¿Del precristianismo al poscristianismo?

En el borde del milenio reaparecen todas las cuestiones en torno a Cristo como si la evidencia secular se hubiera quebrado y hubie-

ran perdido peso de convicción social las interpretaciones que han sostenido hasta ahora la fe de la Iglesia y la cultura europea. Aparecen hoy preguntas que antes hubieran parecido insolentes: ¿Ha existido Cristo? ¿El Jesús que murió crucificado y el que los discípulos confesaron resucitado es el mismo? El cristianismo, ¿se funda en un acontecimiento histórico de origen divino o en un error humano de identificación, en la eterna nostalgia de divinización que sufren los humanos, en la proyección de nuestra pobreza y muerte sobre uno de nosotros, al que se habría enriquecido con la divinidad y la pretensión de haber vencido la muerte universal por la resurrección particular? ¿Ha agotado el cristianismo su ciclo natural y podemos pasar a una fase nueva que, yendo más allá de la fe anterior, lo hereda todo en clave secular y trasfunde todos esos ideales en una nueva forma de existencia, que podríamos llamar cristianismo cultural o poscristianismo? A comienzos de siglo negaba la existencia de Cristo A. Drews, *El mito de Cristo* (Jena, 1910). Un año después negaba la posibilidad de seguir siendo cristianos R. Eucken, *¿Podemos ser todavía cristianos?* (Leipzig, 1911). Pese a que tales afirmaciones sólo han tenido seguidores en los programas del partido comunista de Rusia y de Cuba, las cuestiones vuelven a ser planteadas en nuevos horizontes y esperan las respuestas correspondientes. Alguien se ha atrevido a formular consintiendo: ¿No seremos los últimos cristianos?

4. Las fuentes para la historia de Jesús

Tres son las preguntas claves en torno a Cristo: su realidad histórica (¿quién fue?); la comprensión bíblica que, dada en el origen, ha perdurado en la iglesia hasta hoy (¿cómo interpretaron su persona y misión los testigos oculares y los que experimentaron su pervivencia glorificada tras la crucifixión?); la significación actual de su persona, destino y mensaje (¿qué podemos pensar los hombres de hoy, en fidelidad a los testimonios del origen y a nuestra autocomprensión resultante de toda nuestra historia?). Historia (facticidad), confesión (fe) y teología (sentido) son los tres grandes capítulos que hay que esclarecer al hablar de Cristo. Los libros que presentamos exponen los contenidos, problemas y soluciones propias de cada uno de estos tres campos. El volumen de E. Schweitzer es una perla por su brevedad, finura de percepción y concisión expresiva. Para decidir lo que podemos saber realmente de Jesús hay que analizar las fuentes (su origen, contexto, datación, implicación de sus autores). Éstas son de distinta naturaleza: las cristianas y las no cristianas. Las últimas son tan parcas y tan indirectas que de hecho quedamos remitidos a las canónicas, las que están recogidas en el Nuevo Testamento. (Cfr. R. E. Van Vorst, *Jesus outside the New Testament. An Introduction to the Ancient Evidence*, Gram Rapids Michigan 2000.) Respecto de las fuentes cristianas, tras el descubrimiento de los textos coptos de Nag Hammadi (1945) y de los manuscritos del Mar Muerto (1947), han surgido la curiosidad y la sospecha: ¿no habría sido fraudulenta la selección de fuentes hechas por la iglesia para formar el canon del Nuevo Testamento y con él dar la imagen normativa de Jesús? La Iglesia no ha excluido esas otras fuentes; sólo ha afirmado que para conocer el hecho histórico, la identidad teológica de Jesús y la significación salvífica universal, las fuentes del NT son todas ellas necesarias y sólo ellas son suficientes. Las otras pueden ofrecer datos históricos nuevos; ahora bien, la interpretación y el sentido completo de Jesús vienen dados por la iglesia en su vida, antes que en sus textos. La real prueba de la existencia e identidad de Jesús no son una colección de papiros muertos sino la incesante nube de testigos vivos: creyentes, mártires, confesores, santos que han creído, siguen creyendo y viviendo conforme a Jesús. Evangelio e iglesia son co-

rrelativos y coextensivos: no hay iglesia sin evangelio ni hay evangelio sin iglesia; no hay palabra sin sacramento ni hay sacramento sin palabra.

El problema de Jesús es inseparable del hecho del cristianismo y de la vida real de la Iglesia. Sin ésta Jesús hubiera quedado anegado en la arena de los desiertos de Judea. A Jesús le han otorgado perduración histórica no tanto los textos cuanto los testigos, no primariamente las pruebas de su mera existencia cuanto la fe en su presencia salvadora y santificadora. Con mucha más razón podemos decir respecto de él lo que J. B. Metz dice de la significación de la Iglesia para la fe en Dios. «Sin esta Iglesia, sin este memorial de 2.000 años cargados de vivencias oscuras y liberadoras, probablemente no hablaríamos ya de Dios y de teología» [J. B. Metz, *La provocación del discurso sobre Dios* (Madrid, 2001), 93]. Ahora bien, la iglesia se ha quemado las pestañas para garantizar la verdad de su origen y el fundamento de su mensaje; principio y fundamento que ella no ha puesto sino sobre el que ha sido puesta. De ahí que haya investigado la vida de Jesús, cuidado con sumo esmero los códices, unido a ellos como complemento explicativo toda la literatura antigua y elaborado una filología comparada, desde Orígenes y San Jerónimo a Lefèvre d'Étaples y Erasmo, para llegar hasta la hermenéutica moderna, cuyo pionero es el teólogo Schleiermacher, los métodos histórico-críticos y la teoría de la narración, que recupera la dignidad del relato frente a la definición y con ello la razón anamnéutica, que recuerda y canta, junto a la razón crítica, que fija y juzga.

Jesús terrestre

El libro de E. Schweitzer viene a unirse a las grandes obras sobre la historia de Jesús ya existentes en castellano: J. Gnlika, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia* (Barcelona, 1993); G. Theissen-A. Merz, *El Jesús histórico* (Salamanca, 1999); J. P. Meier, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico I; II/1; II/2* (Estella, 1998-2000); E. P. Sanders, *La figura histórica de Jesús* (Estella, 2000); J. González Echeagaray, *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología* (Estella, 2000). Hay que precisar el lenguaje: más que hablar del Jesús histórico hay que hablar del Jesús terrestre; el que conocieron y siguieron sus discípulos con anterioridad a la experiencia pascual de su resurrección. En el uso corriente la expresión 'Jesús histórico' suele significar aquel Jesús cuyo conocimiento se adquiere al margen de las fuentes cristianas o también con la ayuda de éstas pero excluyendo lo que consideran testimonio de fe, reteniendo sólo el hecho de la vida y muerte. Pero poniendo entre paréntesis o negando la resurrección contraponen este hipotético Jesús histórico, al que la iglesia confiesa (Cristo de la fe), como si fueran dos realidades incompatibles. La investigación histórica tiene su legitimidad propia y la confesión de fe eclesial la suya. Esa construcción de Jesús al margen de los testimonios evangélicos, en cuanto es producto de cada autor y de cada escuela, tiene la medida y el valor de sus creadores. Ante la pregunta inevitable: ¿qué valor tiene y quién garantiza esa teoría?, la respuesta es fácil: todo y sólo sus autores. Los siglos XIX y XX han ido viendo la aparición y desaparición sucesivas de tales imágenes de Jesús, comenzando por la de D. F. Strauss (*Vida de Jesús*, 1835; *La vida de Jesús para el pueblo alemán*, 1865; *El Cristo de la fe y el Jesús de la historia*, 1865; *La vieja y la nueva fe*, 1872), y la de E. Renan (*Histoire des origines du christianisme I: La vie de Jésus* 1863). La imagen de Jesús de los Evangelios ha perdurado enhiesta siempre, débil y vulnerable en un sentido, fuerte y fecunda en otro. De la realidad personal a la que esa imagen eclesial remite, responden

todos los textos y testimonios del origen, veinte siglos de fe, todos los creyentes que en la Iglesia, creyendo con él, como él y en él, vivieron a su semejanza y en su seguimiento murieron como él, dejando su destino en manos del Padre.

La unidad de Jesús está constituida por su realidad judaica, su comportamiento mesiánico, el hecho de la muerte con la subsiguiente experiencia de la resurrección y la confesión perdurante hasta hoy de una iglesia que le reconoce como Mesías, Señor e Hijo de Dios. A esta unidad abre la historia, no como prueba lógica o matemática irrefutable sino como huella que hay que seguir, signo que invita a ir en una dirección, invitación de una persona que ofrece compañía y confianza, comunidad y futuro. Sólo las comunidades de memoria y de esperanza son capaces de transmitir los viejos y de engendrar los nuevos hábitos del corazón, suscitando con su testimonio vivido la adhesión al Misterio que se revela. «El reconocimiento del misterio es un acto libre en el seno de una prueba. Por eso tiene siempre el valor y significado de una atestación creadora.» (H. Bouillard, *Logique de la foi*, París, 1964, 161). Desde aquí percibe el creyente la diferencia, a la vez que la convergencia, entre historia y fe, conocimiento de unos hechos positivos y consentimiento a una persona, en este caso a Dios manifestado y dado en Cristo (Cfr. P. Stuhlmacher, *Jesús de Nazaret - Cristo de la fe*, Salamanca, 1996).

5. La comprensión de Jesús en el Nuevo Testamento

Nos referimos ahora a otras dos obras claves sobre la comprensión que los primeros discípulos tuvieron de Jesús, tal como quedó sedimentada en el NT. Es lo que se ha llamado 'cristología bíblica'. Durante los dos últimos siglos los historiadores y exégetas han indagado el origen de los evangelios, la credibilidad de su testimonio, las fuentes que utilizan, el género literario en que están escritas, el paso de la transmisión anterior en la iglesia a la redacción por cada autor y, finalmente, la posibilidad de retrotraerse desde el autor a la comunidad previa y de ésta al propio Jesús. Historia de las fuentes, de la tradición, de las formas, de la redacción... Toda esa investigación estaba movida y sostenida en parte por el criterio de sospecha: ¿no habrían existido unas fases primeras en las que todavía no estaba divinizada o dogmatizada la persona de Jesús? La comprensión teológica de Jesús, ¿no sería una transposición a él de las esperanzas veterotestamentarias no cumplidas? Las religiones del Mediterráneo y los cultos de misterios, ¿no ofrecerían antecedentes con sus 'apoteosis' de héroes y emperadores, a la vez que con la celebración de cultos en los que se reactualizaban las gestas fundadoras? La historia de las religiones intentó situar, deducir o reducir, la novedad de Jesús a un capítulo del judaísmo o de las religiones místicas.

En los últimos decenios ha tenido lugar un cambio de actitud: sustituir la sospecha por la confianza; dejar de preguntarse por la génesis de los textos y entrar al análisis de sus contenidos finales, dejándoles ser, hablar y confesar. Un mosaico no es la suma de las historias particulares de cada tesela sino una novedad que hay que acoger y contemplar, dejándose iluminar y fecundar por ella. A los métodos histórico-críticos, que enclavan los textos en su historia y prehistoria, han sucedido los métodos que atienden sobre todo a la estructura y contenido final, a la lógica resultante de la inserción de fragmentos anteriores en una unidad superior (análisis estructural, narrativo, canónico...).

Sobre ese fondo hay que situar estas dos obras que preguntan cómo es Jesucristo situado en la historia, creído en la fe, interpretado por



Viene de la página anterior



la inteligencia y propuesto a las naciones por los autores que escribieron el NT. R. E. Brown (*Introducción a la cristología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 2001. 254 páginas. ISBN: 84-301-1325-8) es un autor clásico para el estudio de la Biblia en este siglo. Aquí nos ofrece una introducción a la cristología del NT, siguiendo los siguientes pasos: primero se pregunta qué significa el término 'cristología', analizando las diversas formas en que ha sido expuesta durante el último medio siglo. Luego entra en una cuestión decisiva: 'La cristología de Jesús' o indagación de lo que Jesús pensó de sí mismo. Ésta es la pregunta esencial del cristianismo y a la que tiene que responder el exégeta: ¿lo que los cristianos hemos pensado sobre Jesús (su persona, obra y relación con Dios) está en continuidad con lo que él pensó sobre sí mismo? Continuidad no quiere decir identidad sin más, sino coherencia, fidelidad y obediencia, deducción y recreación. En una tercera parte expone las distintas formas, categorías y puntos de partida a partir de los cuales los cristianos del NT han intentado comprender y dar a comprender a aquél en quien creyeron.

Si la obra de Brown tiene la sobriedad y claridad propia del mundo anglosajón, la de M. Karrer (*Jesus Christus im Neuen Testament*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1998. 380 páginas. ISBN: 3-525-51380-1) tiene la complejidad propia del pensamiento germano. El esfuerzo que exige al lector se ve recompensado por su perspicacia, penetración en los problemas de fondo, sentido para establecer la diferencia y complementariedad entre las afirmaciones de la historia y los testimonios de la fe. Con reflexividad crítica descubre siempre los presupuestos a partir de los cuales deduce o fundamenta lo que afirma. Junto a una introducción en la que describe la tarea que asume, la obra tiene tres puntos centrales: La reflexión sobre Jesús y la confesión de su mesianidad (Cristo) se inició a partir de la resurrección; desde ella los discípulos se preguntaron por la muerte y sufrimiento del Mesías (posibilidad, escándalo, transfiguración); en la luz de ambas, resurrección y muerte, volvieron la mirada a su ministerio público centrado en la predicación del Reino, los milagros, las parábolas, las actuaciones con pobres, enfermos, niños, marginados y pecadores. Un epílogo instaura la conexión entre esta comprensión de Jesús como Mesías y lo que sobre él decía la Biblia hebrea, con cuya ayuda los primeros cristianos interpretaron su mesianidad, releendo los textos desde la convicción de que todos se habían cumplido en él. La confesión 'Jesús es Señor' es la innovación radical de los cristianos, en simultaneidad con estas otras dos: Mesías e Hijo de Dios. Con una reflexión sobre ella y una lista de nombres y títulos se cierra este libro, si no siempre fácil siempre compacto y riguroso. Una mina de saberes y una fuente de pensamiento.

Esta obra viene a sumarse a las grandes obras anteriores sobre esta materia: O. Cullmann, *Cristología del Nuevo Testamento* (Salamanca, [1957] 1998); M. Hengel, *Studies in Early Christology* (Edimburgo, 1995); R. Schnackenburg, *La persona de Jesucristo reflejada en los cuatro evangelios* (Barcelona, 1998). Libros todos escritos desde una actitud rigurosamente científica, pero a la vez conscientes de que ninguna demostración funda ni hace necesaria la fe en Cristo. Un testimonio no demuestra nada; invita a entrar por la senda de lo testimoniado y a poner la vida en ella, averiguando su verdad con la experiencia que da vivir y viajar por ella («Erfahrung»).

6. La reflexión teológica actual

El tercer nivel de la reflexión sobre Cristo, junto a la historia y la confesión, es la teología; en nuestro caso la cristología sistemática. Uno de sus mejores exponentes contemporáneos es el libro de A. Gesché (*Dieu pour pen-*



ANTONIO LANCHO

ser IV: le Christ, Les Éditions du Cerf, París, 2001. 257 páginas. ISBN: 2-204-06579-5). Este autor es tan buen conocedor del pensamiento clásico como de las interpretaciones modernas. Los títulos de sus cinco capítulos son significativos de su concentración en lo esencial. Desde el centro se pueden divisar todas las periferias; pero desde los aledaños no siempre se ve lo esencial: el lugar de Cristo en el cristianismo; el Jesús de la historia y el Cristo de la fe; la resurrección de Jesús; Jesús Hijo de Dios; un Dios capaz de (ser) hombre.

Un manajo de convicciones guía la obra. Cristo ha sido fecundo para la historia humana, ha sido creído y resulta ya inolvidable para la conciencia humana porque en él se desvelan el hombre y Dios, en conjunción sin confusión, en alianza sin anular la diferencia. El cristianismo es esencialmente el anuncio de una nueva relación entre el hombre y Dios; de una comprensión de la trascendencia realizada en la inmanencia y del Absoluto inserto en la historia temporal. Hegel tendrá eternamente razón frente a la Ilustración y a Kant: el problema clave de la metafísica es la relación del Absoluto con la historia, la posibilidad de que el Absoluto tenga tiempo en sí y para nosotros, de que nuestra historia pase a su entraña. Y eso es lo que el cristianismo afirma con la encarnación del Verbo. Frente al terror de los ídolos y la envidia de los dioses griegos, frente al legalismo, poder o coacción de los imperativos morales, el Dios del cristianismo es un Dios humano, amoroso de sus criaturas y compaciente con ellas hasta el dolor y la muerte. La encarnación revela así no sólo la inmanencia de Dios en el mundo sino también la trascendencia del hombre sobre el mundo. Donde Dios ha muerto por cada hombre, allí cada hombre tiene la dignidad y el valor de Dios.

La biografía total de un hombre engloba su destino original, su repercusión histórica y su presencia actual; también la de Jesús, y en este sentido el verdaderamente real ha sido el Jesús creído, es decir, el Cristo de la fe. La historia de la repercusión ejercida por una persona o una obra sobre los demás forma parte esencial de su real contenido (H. G. Gadamer). Desde aquí A. Gesché conjuga la triple identidad de Jesús: la histórica (su vida, acción, destino); la narrativa (la interpretación que desde el comienzo se hizo de él); la dogmática (el descubrimiento reflexivo de su identidad a partir de la existencia transformada por conformación a él). Esta triple identidad la explicita por referencia a la música: el compositor (identidad histórica), el intérprete (identidad narrativa) y el oyente (identidad dogmática, confesante). ¿Es la música real hasta que no llega a ser entretela constitutiva de quien la oye? ¿No son entonces definitivamente reales el acto y la obra del compositor? Así ocurre con la figura de Cristo: su verdad más personal acontece y es descubierta en la conju-

gación de él como origen y fundamento permanentes, de la iglesia como mediación interpretativa connatural, del hombre que en actitud receptiva y creativa se deja alumbrar y transformar por él. El NT no separa nunca a Jesús ni de su origen (el pueblo judío), ni de su transmisión por la iglesia, en la que cada creyente tiene que encontrarse personalmente con él y responder a su eterna pregunta: «¿Quién dices tú que soy yo?» (Cf. Mc 8, 29). La persona de Jesús se distiende a sí misma en una doble extensión: en una abertura vertical hacia Dios, invocado como Padre, en una abertura horizontal, retrospectiva hacia su pueblo de origen y prospectiva hacia la Iglesia, su pueblo de destinación. «La relación de Jesús con Dios no se deja aislar; a la cristología pertenece la irradiación en la eclesiología» (M. Karrer, 204).

Así situado en el origen histórico y ante la reflexión de los hombres, Cristo aparece como hecho único de entonces y como verdad universal para todo hombre. Otras obras claves de los últimos años han analizado su repercusión e interpretación sobre los primeros siglos de la Iglesia: A. Grillmeier, *Cristo en la tradición cristiana* (Salamanca, 1997), y en la cultura posterior: J. Pelikan, *Jesús a través de los siglos. Su lugar en la historia de la cultura* (Barcelona, 1989); J. Macquarrie, *Jesus Christ in Modern Thought* (Londres, 1990). Junto a esta presencia en la cultura general tendríamos que señalar algo que hemos redescubierto en los últimos decenios: la filosofía moderna, justamente en el momento que se independiza de anteriores trabas y ajenas sumisiones no ha dejado de ocuparse de Jesús como maestro, sumo filósofo, expresión real de la verdad, testigo absoluto. Ha existido una cristología filosófica, que no sólo ve a Cristo como maestro de filosofar o ejemplo de filosofía, sino como el lugar real donde acontece el problema que atenaza desde siempre a la metafísica: la unión del Absoluto y lo finito, de la riqueza suma y de la suma pobreza, del eterno y la historia, del amor al otro y del sufrimiento por el

otro, del Verbo interior y de la palabra exterior. Casi todos los grandes filósofos se han ocupado de él y preocupado con él: Nicolás de Cusa, Pascal, Malebranche, Spinoza, Rousseau, Lessing, Kant, Fichte, Schleiermacher, Hegel, Nietzsche, Kierkegaard, Dostoievski, Blondel, Bergson, Unamuno, Bloch, Marcel, Nabert... Hoy tenemos monografías ya impresionables sobre esta cuestión y en especial las de X. Tilliette, *El Cristo de la filosofía* (Bilbao, 1994); id., *Le Christ des philosophes. Du Maître de sagesse au divine Témoin* (Namur, 1993); id., *Les philosophes lisent la Bible* (París, 2001).

7. La metafísica del cristianismo

El tiempo nos va matando o dando nueva vida; enterrando memorias o acendrando memoria. Después de 2000 años la figura de Jesús de Nazaret no ha quedado olvidada, ajada o desechada por la inteligencia, la voluntad o las manos de los hombres, más bien ha acontecido todo lo contrario. Ha sido creído en todos los pueblos; pensado y recreado por todas las culturas. El ser de Cristo pertenece ya al tiempo de los hombres y el tiempo de los hombres por Cristo ha pasado ya al ser de Dios. El resultado ha sido que el tiempo de los hombres ya no puede ser pensado ni vivido hasta el fondo sin la referencia a su persona. Allí donde se presenta una pretensión absoluta, que reclama ser la autocomunicación y autodonación del Absoluto a los hombres no en el poder sino en la pobreza y la vulnerabilidad, la compasión y la superación de la muerte, allí los hombres son colocados en el borde de su libertad primero y de su ser después. Kierkegaard tenía razón al afirmar que después de la encarnación ya sólo hay dos formas posibles de existencia: la contemporaneidad con Dios en Cristo (fe) o el rechazo en el escándalo (pecado).

Unamuno citó en su obra *Del sentimiento trágico de la vida* estos versos del poeta inglés Browning que expresan la última razón del recuerdo, de la fe y del amor perennes a Cristo. En su faz ve el hombre a Dios solidario de nuestra culpa y superador de nuestra muerte. Nadie como el Greco en *El Expolio* y Rouault en sus *Cristos-clown* han expresado esta misteriosa pasión y com-pasión victoriosa de Dios con nosotros. «This is the weakness in strength, that I cry for my flesh that I seek in the Godhead. I seek and I find it.» («Es la debilidad en la fuerza por la que clamo; mi carne lo que busco en la divinidad. La busco y la encuentro.») La encarnación, con su final lógico en la muerte, y la resurrección fueron siempre para griegos y para modernos las dos piedras de escándalo ante el cristianismo; ellas son, sin embargo, su fundamento irrenunciable y su gloria indestructible. Whitehead afirmó que con la encarnación, en cuanto inmanencia de Dios a la historia reconciliando lo que desde Platón a Spinoza los filósofos han separado, el cristianismo realizó el descubrimiento metafísico esencial. Cioran, por su parte, más perspicaz que ciertos exégetas y teólogos, escribe: «En la resurrección la carne adquiere un estatuto metafísico». □

RESUMEN

La memoria de Cristo, nos recuerda Olegario González de Cardedal, no ha cesado desde hace veinte siglos, el hombre cuenta los años a partir del nacimiento de Cristo y la historia humana está sellada por esa memoria. Varios libros recientes se ocupan, en el borde de uno y otro milenio, de Cristo, en un momento, afirma el comentarista, en el que pa-

rece como si hubieran perdido peso las interpretaciones que sobre su figura han sostenido hasta ahora la fe de la Iglesia y la cultura europea. Tres son las preguntas claves en torno a Cristo: su realidad histórica, la comprensión bíblica que ha perdurado en la Iglesia y la significación actual de su persona, destino y mensaje.

E. Schweitzer

Jesús, parábola de Dios

Ediciones Sígueme, Salamanca, 2001. 142 págs. 8,71 euros. ISBN 84-301-1339-8

El mito de la versión auténtica

Por Tomás Marco

Tomás Marco (Madrid, 1942) es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y ha sido, entre otros cargos, Director General del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música. Su actividad como compositor, escritor y organizador ha sido premiada en múltiples ocasiones. Es autor de óperas, ballets, seis sinfonías, música coral y de cámara, y de varios libros.

No abundan los buenos libros que historien los problemas de la interpretación musical y, en este sentido, el trabajo de Luca Chiantore sobre la historia de la técnica pianística es realmente importante. Desde luego ya había buenos libros que relataban las vicisitudes del piano, como los de Piero Rattalino o Harold C. Schonberg, pero éste ocupa sin duda su puesto propio y un espacio necesario. Con precisión, conocimiento de causa y modernidad de ideas, el autor hace un repaso de la técnica de los instrumentos de tecla anteriores al piano, de los tratados del primer piano hasta el crucial de Clementi, de las ideas pianísticas e interpretativas de Beethoven, de la utopía del acercamiento a la voz de Schubert, del piano romántico, del moderno y hasta del actual sin olvidar los tratados pedagógicos. Un estudio muy completo, quizá incluso un poco prolijo para el aficionado pues el libro se va a la nada despreciable cantidad de 758 páginas.

El tratado tiene tanto interés por lo que dice expresamente como por todo aquello que toca lateralmente o que incluso sólo sugiere, pues lo que acaba subyaciendo, su verdadero metatexto, no es tanto la técnica de la interpretación como los problemas de la interpretación en sí misma y la búsqueda de al-

go tan problemático como la interpretación «auténtica», sobre cuya existencia cierta cabría preguntarse mucho. La realidad de la música occidental nos dice que una música necesita de un creador y de un (unos) intérprete y que esas prácticas son distintas incluso cuando eventualmente (y parcialmente) puedan coincidir en la misma persona; ya que un gran compositor puede ser también pianista, violinista, director de orquesta o cualquier otra cosa (pero generalmente no todo lo que necesita para la interpretación de la totalidad de su música).

La razón es que el pensamiento musical queda reflejado en una partitura y que es ese texto el que hay que convertir en sonido a la hora de interpretar. Quitando el caso particular de la música electroacústica pura, sin instrumentos ni manipulaciones en el momento de la escucha, la que sólo tiene un soporte que se reproduce vía amplificación, eso es válido para la música occidental de cualquier tipo y época.

La notación musical occidental, tal como ha evolucionado hasta nuestros días, es de una notable precisión, en todo caso muy superior a la de otras notaciones históricas o de culturas distintas. Pero eso no quiere decir que no admita una gran cantidad de variantes, no todas de pequeña entidad, y obligue al intérprete a una continua toma de decisiones. No ocultaremos que, como ocurre en otros campos, la interpretación ha sido modernamente cuestionada, como en el otrora famoso libro de Susan Sontag o en la experiencia del «nouveau roman». Y no se me diga que el caso es distinto en la música porque la interpretación exige siempre una modificación, reorientación o acabamiento, si se prefiere, del texto original. Strawinsky proclamó siempre que él no quería que se le interpretara sino

que se tocara simplemente lo que él había escrito. Y, dado que ya vivió la era del sonido grabado y que existen numerosos testimonios de interpretaciones suyas como pianista y director, podría pensarse que bastaría con hacer lo que él hacía. Pues no; el problema es más complejo que eso. Incluso obviando algo en lo que parece haber un general consenso, el que Strawinsky no fuera el mejor intérprete posible de su propia música.

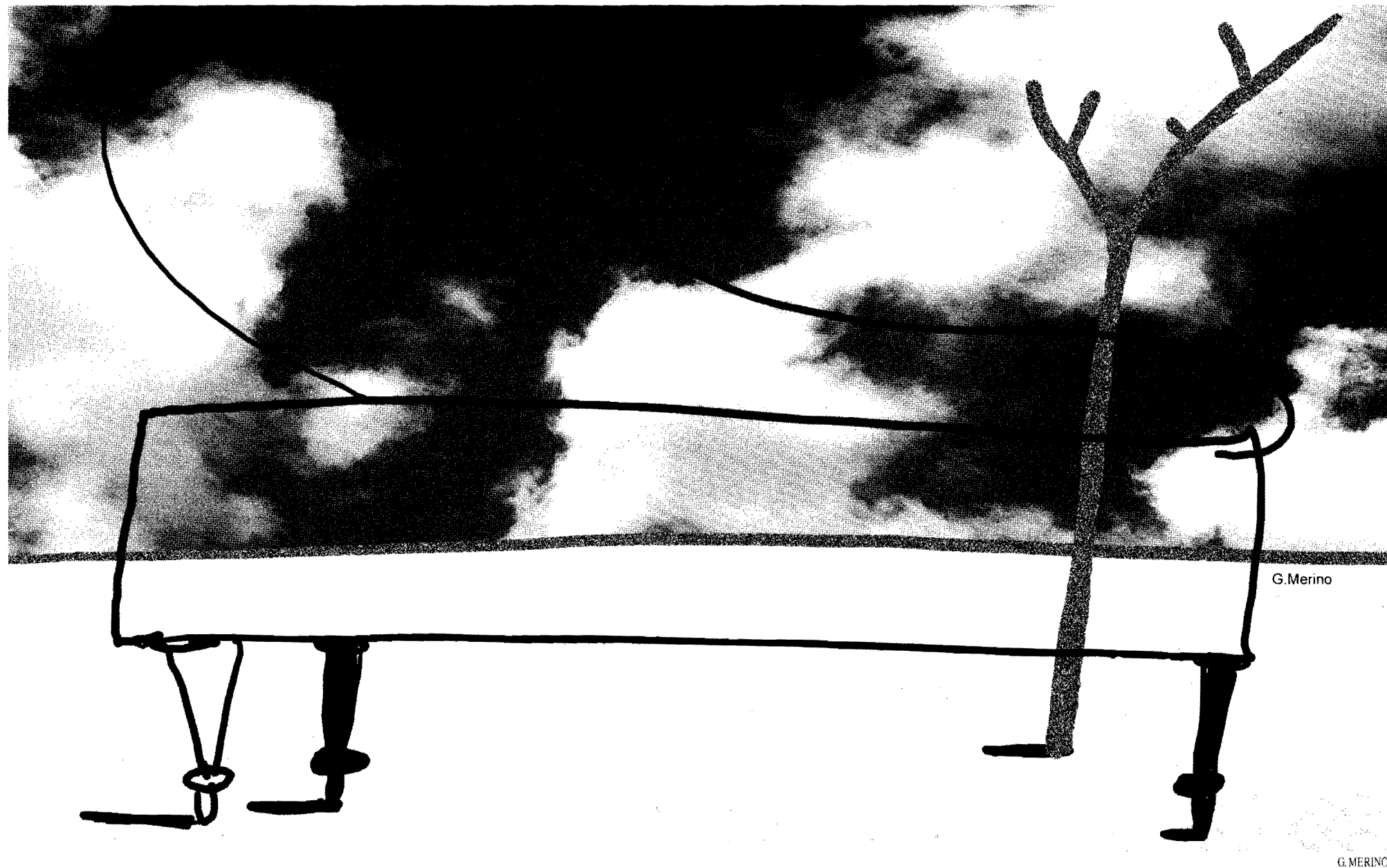
Un coautor ocasional

La doctrina más común suele ser el que el intérprete es una especie de coautor ocasional, al menos lo es de su versión. Y eso es cierto precisamente porque la partitura necesita esa toma de decisiones a la hora de convertirla en sonido. Decisiones que, desde luego, son de orden compositivo aunque surjan de la experiencia interpretativa. Pero no hay que confundir los grados de cooperación que compositor e intérprete tienen en la realización de la obra. Es un hecho cierto que, en la etapa aleatoria que estuvo de moda tras el férreo período del serialismo integral, los compositores trasladaron a los intérpretes grandes áreas de decisión a la hora de hacer las músicas.

Curiosamente, se encontraron con que la inmensa mayoría de los intérpretes rechazaban esa responsabilidad y se encontraban muy incómodos ante la música aleatoria. La razón creo que está no en el hecho de que el intérprete no participe creativamente en la obra siempre, sino que lo hace desde el punto de recrear y modular unas ideas musicales que le vienen dadas por la escritura. Es el que ésta no sea completa y cerrada lo que enaltece la interpretación.

Como es habitual en cuanto de interpretación se trata, Chiantore dedica una amplia atención a la técnica instrumental y su evolución, en este caso a la pianística. Y es que muchas veces se ha confundido interpretación como mecanismo técnico. Por supuesto, no son lo mismo, pero no deja de ser cierto que el dominio técnico es imprescindible para poder empezar a plantearse siquiera una interpretación en profundidad. Y las técnicas han evolucionado de igual manera que lo ha hecho la música misma. Cada estilo, cada autor, a veces incluso cada obra dentro del mismo autor, exige una técnica diferente precisamente porque lo que necesitan es una aproximación interpretativa singular.

La misma evolución de la construcción de los instrumentos va condicionando la técnica interpretativa. Pero hay que insistir en que hay muchos casos en que la composición se adelanta a las limitaciones de la lutería. Una sonata como la *Hammerklavier* de Beethoven no está hecha para el piano que él conocía, sino que empieza a cobrar todo su sentido cincuenta años más tarde. Incluso la evolución del piano de Liszt es una especie de pugilato con los perfeccionamientos mecánicos que Erard y otros constructores iban logrando al tiempo que él escribía cierto tipo de obras. Hay una descripción periodística vienesa en la cual se nos muestra un concierto dado por Beethoven en el que, cada cierto tiempo, paraba para retirar la maraña de cuerdas que iban saltando. Eso no ocurre con un piano actual de triples cuerdas de acero y clavijero metálico, dotado de doble escape, etc. Justo lo que no tenía Beethoven pero su música sí exigía.



G. Merino

G. MERINO

Viene de la página anterior



G.MERINO

Lo anterior atañe de lleno a uno de los grandes mitos de la interpretación: el logro de la interpretación «auténtica» como si sólo una fuera posible. Sabido es que la crítica alemana, no sólo la musicología, de cualquier tipo, ha desarrollado una especie de histeria por la búsqueda del «Ur-text», en este caso la «Ur-versión», el estado primigenio de cualquier creación. Algo que se empeña en desconocer la fuerza moldeadora del tiempo y de la historia. Es como si la arqueología consistiera en desmontar las iglesias neoclásicas para sacar la gótica que hay debajo, de ésta, la románica, la basilica... y así un enloquecido juego de muñecas rusas en el que al final, con suerte, tendríamos una colección de menhires y posiblemente a alguien que se preguntara si debajo de ellos no habría algo más.

Estoy persuadido de que no existe la versión auténtica. Existen versiones razonablemente plausibles que pueden optar entre varios extremos o soluciones de compromiso. Una de las posibilidades, muy en boga ahora, es la de acercarse lo más posible a las condiciones en que la obra se creó, tanto en cuanto al uso de instrumentos originales (que no siempre lo son tanto) como en indagar las maneras de tocar y las circunstancias en que ello se hacía. Nada hay de malo en ello a condición de saber que ni se puede exagerar ni que, aún haciéndolo, se alcanzarán las cotas absolutas de autenticidad. Porque lo que no es repetible es el tipo de hombre que creaba y escuchaba entonces, incluidas ideas y prejuicios de otros tiempos, ni tampoco lo que Murray Schafer llamó tan justamente en su brillante libro *El paisaje sonoro*. El entorno acústico, no musical, de cada época, que es lo que da su experiencia sonora al público de la misma, no sólo es distinto en cada momento sino radicalmente irreproducible fuera de él.

En el sentido contrario, otra visión de la interpretación sería la que no sólo acepta esos cambios en la música a través del tiempo, sino que los acentúa para poner el pasado en sintonía con el presente. Es la manera en que se abordó en un tiempo la música barroca o clásica desde una perspectiva interpretativa plenamente romántica. Como eso ya no es

tá de moda, nos parece ahora una directa barbaridad, pero desde luego no lo era tanto cuando se practicaba y, en todo caso, no me parece más alejado de una interpretación razonablemente plausible que la búsqueda histórica de la «Ur-interpretación», la interpretación auténtica y sus pretensiones absolutistas.

El tiempo pinta, el tiempo compone

Se ha dicho que el tiempo pinta. Con mayor razón, ya que se trata de un arte temporal, el tiempo compone. Y si las obras históricas arrojan su influencia sobre las posteriores no es menos cierto que cada gran obra del futuro hace ver las del pasado a otra luz y, por consiguiente, las modifica. Y es que el gran arte está en la capacidad para trascender su propia época y para ello tiene que llevar gérmenes que florezcan en otros tiempos y no sólo aquello que sirvió en el suyo. Ninguna obra maestra del pasado, musical o no, la contemplamos hoy igual que la disfrutaron sus contemporáneos. Y lo que ha ocurrido después tiene mucho que ver con ello.

Recientemente he escuchado en la Universidad de La Granda cómo el profesor Yizhak Sadai proponía una interpretación de las dinámicas en el *Concierto a la memoria de un ángel* de Alban Berg a la luz de la consideración que de ellas hace el serialismo integral como un parámetro sonoro autónomo. Esto es algo que Berg desconocía, pero me parece que su aplicación a esa obra no es absoluto incoherente y puede enriquecerla. Y es sólo la aplicación de dos mentalidades relacionadas y bastante próximas en el tiempo, así que imagínese la caja de truenos que abrimos si generalizamos el criterio. Cosa que se acabará haciendo y que además tendrá sus aspectos positivos.

Como puede verse, la interpretación musical es mucho más que la aplicación de una técnica instrumental concreta. Pero quizá la grandeza de la música está precisamente en que, por su carácter de arte temporal, existe sólo mientras se interpreta y recibe en un

instante concreto. Ni siquiera las técnicas de grabación han podido paliar esto, ya que la música grabada es un testimonio musical pero no es música en sentido pleno, algo que es muy complejo y que, desde luego, queda para otra ocasión. Tampoco la partitura, claro está, es la música, sino un proyecto para realizarla, algo parecido, aunque quizá menos exacto, que lo que es un plano con respecto a un edificio.

La misión del intérprete es recrear la música, como hemos dicho, de una manera razonablemente plausible. Para ello, lo primero que tiene que hacer es dominar la técnica. Dominio que atañe tanto a la de su instrumento en el instante en que él trabaja como a un cierto conocimiento de esa misma técnica en el momento en que la obra se escribió. Y no tanto para intentar reproducirla como simplemente para tenerla en cuenta. Técnica interpretativa y, en lo posible, compositiva, pues ya sabemos que en algunos períodos de la música, parte del Romanticismo incluido, los compositores tenían una molesta tendencia a escribir en la partitura de una manera y realizarla en la práctica de otra muy distinta. Una vez dominada la técnica, más bien las técnicas, se plantean el real momento de interpretar. Si con la técnica bastara, como pretendía Stravinsky, ya estaría todo hecho. Desgraciadamente, la correcta lectura de una partitura no es suficiente para producir verdadera música.

El intérprete debe buscar el pensamiento

del compositor y su época, pero también su propio pensamiento y el de la época en que está interpretando pues toda interpretación, incluso de música del momento, es una confrontación de tiempos históricos. Por eso la interpretación varía y por eso hablar de interpretaciones «de referencia» o «canónicas», como tan de moda está entre la neocrítica aficionada, no sólo es una flagrante cursilería, sino también una estupidez.

A través del momento se manifestará la personalidad del intérprete, algo necesario e imprescindible porque no hay dos intérpretes iguales ni siquiera en la misma época y con la misma obra. Algo que es bueno. Y algo que es mejor: no hay dos interpretaciones iguales ni siquiera del mismo intérprete con la misma obra. No sólo por las variaciones de sala, acústica, público, etc., sino porque, aunque todo ello coincida, y ya es coincidir, la música es, por temporal, irreplicable. La música se produce en un lugar e instante en el que toda la ciencia de un compositor y los saberes de un intérprete confluyen para crear un momento mágico: el desarrollo sonoro de un texto musical que llega al oyente, cuyo cerebro, sensibilidad y experiencia individual también son irreplicables, que es quien acabará por completar el proceso. Porque la música es eso, un proceso en el que, como expresa hermosísimamente el poema de T. S. Eliot: «Vosotros sois la música mientras la música suena». □

RESUMEN

Tomás Marco se ocupa de un ensayo de Luca Chiantore sobre la historia de la técnica pianística, en el que el autor con precisión, conocimiento de causa y modernidad de ideas, repasa la técnica de los instrumentos de tecla anteriores al piano hasta el piano actual. El libro es importante no sólo por lo que toca, la técnica de interpretación, sino por lo que en él

subyace, esto es: los problemas de la interpretación en sí misma y la búsqueda de algo tan problemático como la interpretación «auténtica», como si sólo una fuera posible, subraya el comentarista, para quien no existe la versión «auténtica». La interpretación musical es, pues, mucho más que la aplicación de una técnica instrumental concreta.

Luca Chiantore

Historia de la técnica pianística

Alianza Música, Madrid 2001. 758 páginas. 31,40 euros. ISBN:84-206-7895-3

Secularizar la música sacra

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de más de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Por sus discos de canto gregoriano ha obtenido premios en París, Tokio, Washington y varios discos de oro y de platino.

Los libros de Historia general de la música que circulan por el mundo sólo se refieren a España, salvo excepciones, para señalar de este país tres tiempos o fenómenos musicales merecedores de ser conocidos por los estudiosos y por los aficionados: el canto mozárabe, la música clásica de los polifonistas, vihuelistas y organistas del siglo XVI, y algunos compositores del siglo XX, empezando naturalmente por Isaac Albéniz. Nadie puede dudar de la importancia histórica del canto mozárabe, aunque su inclusión en los manuales obedece, alguna vez, a una fantaseada conexión con los árabes y no al hecho de ser el canto paleocristiano de la Península Ibérica. La polifonía clásica española está representada por dos grandes polifonistas que tuvieron la fortuna de publicar en Italia sus partituras, Cristóbal de Morales (1500-1553) y Tomás Luis de Victoria (1548-1611), pero estos insignes compositores eclipsan a toda una pléyade de incomparables músicos que, como bien ha demostrado Robert Stevenson (*La música en las catedrales españolas del Siglo de Oro*, Alianza, Madrid, 1993), llenaron de prodigioso arte las catedrales españolas y americanas. Por lo que se refiere al siglo XX, aparte los grandes compositores llamados nacionalistas y algunos nombres de la generación del 27, personalidades como Conrado del Campo (1879-1953), Gerardo Gombau (1906-1971), Jesús Guridi (1886-1961) y otros no tendrán espacio en las historias generales de la música, ocupado por Joaquín Rodrigo (1901-2000), unas veces en solitario otras veces acompañado por Oscar Esplá (1886-1976). Tengo la impresión, no obstante, de que los analistas modernos están haciendo justicia a los compositores españoles posteriores a 1950 cuya música se está oyendo en las salas de conciertos del mundo entero.

Esta reflexión previa al comentario sobre el vasto proyecto de edición de la música de los maestros del Escorial, viene a subrayar uno de los males que ha llevado siempre consigo la música de los compositores españoles, la falta de difusión. Guardadas en los archivos, los musicólogos no se han preocupado o no han tenido los cauces editoriales idóneos para hacer accesibles a los intérpretes las partituras de los compositores, así viejos como modernos. (No abundaré sobre este asunto que ya traté en estas páginas de SABER/Leer, n.º 104, abril 1997, comentando el libro de José Carlos Gosálvez: *La edición musical española hasta 1936*, AEDOM, Madrid, 1996.)

La riqueza musical del archivo de San Lorenzo del Escorial era bien conocida sobre todo después de que Samuel Rubio publicara el



ANTONIO MUÑOZ

Catálogo (*Catálogo del Archivo de Música de San Lorenzo el Real de El Escorial*, vol. I, Instituto de Música Religiosa, Cuenca, 1976, y vol. II con la colaboración de José Sierra, ibid., 1982). Como en las grandes catedrales, el culto divino era celebrado allí con gran solemnidad y pompa. Por voluntad expresa del rey Felipe II, el monasterio del Escorial debía ser, además, recinto monástico ligado a la condición de Sitio Real, sede temporal de la Corte. Los frailes jerónimos, pobladores de este monasterio desde 1571, desempeñarían por tanto a lo largo de los siglos, hasta 1835, la función propia de su vocación monástica y la misión encomendada de ser hospederos del Rey y de la Corte.

Según las Constituciones de la Orden (*Libro de las Constituciones de la Orden del glorioso doctor nuestro padre Sant Hieronymo*, Alcalá, 1527), los frailes eremitanos de la Orden de San Jerónimo tenían como fin primordial la dedicación al culto divino solemne. El fraile burgalés Pedro de la Vega (†1541) lo expresa gráficamente en su crónica de la orden: «El oficio de cantar devota y espaciadamente el oficio divinal en la iglesia es propio de la orden. En éste trabaja noche y día. En éste pone grandísimo estudio, y no consiente que por causa alguna se deje de celebrar espaciosa y devotamente, como parece en las Constituciones de la Orden y en el Ordinario, donde tenemos escrito que a lo menos por espacio de ocho horas se han de ocupar los frailes en el oficio divinal» (*Liber Chronicorum Fratrum Hieronymitani Ordinis*, Brocario, Alcalá, 1539). La dedicación casi exclusiva de la Orden Jerónima al culto divino fue probablemente la razón más poderosa que influyó en el rey Felipe II para invitar a sus frailes a ocupar el suntuoso y austero monasterio del Escorial. Por otro lado, la presencia de la Corte en el recinto claustral llevaba consigo inevitablemente el que los frailes, siguiendo la tradición monástica del hospedaje, atendieran en los asuntos religiosos a la devoción y edificación de los Reyes y, en la vida ordinaria, tam-

bién a su esparcimiento y solaz, especialmente a partir de la llegada de los Borbones.

Como ha demostrado Luis Hernández (*Música y culto divino en el Real Monasterio de El Escorial. 1563-1837*, 2 volúmenes, EDES, El Escorial, 1993), la particular condición de San Lorenzo el Real como monasterio y Sitio Real, propició el que fuera dotado con los mejores medios humanos y materiales para que los frailes practicaran el «unum necessarium» de la liturgia sagrada y cultivaran también a su tiempo la música profana, todo al más alto nivel. No es posible entender, por tanto, un monumento tan emblemático en su conjunto sin la atmósfera de la música que resonaba en su recinto. La importancia del ejercicio de la música, producida en gran parte por los propios religiosos, ya fue apreciada por músicos y musicólogos tan notables como Francisco Asenjo Barbieri (1823-1894), Felipe Pedrell (1841-1922), Luis Villalba (1873-1921) y Samuel Rubio (1912-1986), quienes dieron a conocer diversas obras de algunos de sus grandes maestros, especialmente del padre Antonio Soler. Sin embargo, hasta ahora no se había emprendido la publicación sistemática de su obra. Esta empresa, de dimensiones tan hercúleas, me parece, como las de la propia fábrica del monasterio de San Lorenzo el Real, llevará varios años realizarla gracias al empeño, digno del mayor encomio, de la Comunidad de Madrid. Ideada y puesta en práctica por mi querido colega el catedrático de Paleografía musical del Real Conservatorio de Madrid, José Sierra Pérez, posee la competencia y el rigor de la única musicología posible, aquella que hace útil y viable la música a los intérpretes y, consiguientemente, al público.

El primer volumen de la colección contiene las *Obras completas* (ISBN: 84-89942-02-1), de Fray Martín de Villanueva (†1600). Fue este fraile persona de confianza del rey Felipe II. Su música deja ver el espíritu de austera claridad y eficacia que, habiendo presidido la tradición oral de la polifonía en la España medieval y renacentista, fue alentado por los legisladores del Concilio de Trento. De los padres Pedro de Tafalla (1606-1660) (*Música religiosa*, vol. I, ed. de Isabel López Albert, ISBN: 84-415-1652-5) y Juan de Durango (1632-1696) (*Música religiosa*, vol. I, ed. del Departamento de Musicología del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, con dirección de José Sierra Pérez, ISBN: 84-89942-10-2) se publican ahora sendos primeros volúmenes de música sacra polical con acompañamiento instrumental, bajo continuo, en la que sobre la base de la más pura tradición jerónima y española que busca la sencillez y apego al texto emerge la expresividad y teatralidad del arte del siglo XVII. Por fin, hay que destacar la publicación de los primeros volúmenes de la monumental obra del padre Antonio Soler (1729-1788), a cargo del profesor Sierra (*Música religiosa*, tres volúmenes. ISBN: 84-89942-01-3, 84-89942-09-9 y 84-451-1653-3; *Música escénica*, ISBN: 84-89942-21-8). Siguiendo la catalogación de Samuel Rubio (*Antonio Soler: Catálogo crítico*, Instituto de Música Religiosa, Diputación Provincial, Cuenca, 1980), Sierra clasifica la música del padre Soler en vocal e instrumental. La música vocal queda subdividida, a su vez, en religiosa y profana. Es la música instrumental, notablemente sus sonatas para clave y sus seis quintetos, la que ha dado al fraile escurialense una merecida fama a la sombra proyectada por Domenico Scarlatti, de quien no dejaría de ser, para algunos críticos, mero epígono, como si en la Corte Real española no hubiera sonado antes la excelsa música de José de Nebra, de Carlos Patiño y de tantos otros.

La actividad de Soler como maestro de música estaba primordialmente destinada a solemnar el culto divino, y es en la música religiosa donde el fraile puso su particular empeño creativo. Las obras para el oficio divino, para la misa y para los demás actos litúrgicos que presenta el profesor Sierra en su publicación no está revelando, a mi juicio, la auténtica personalidad de Soler como músico de gran hondura y de infinitos matices. A la transparencia y ligereza de su música de circunstancia, «verbi gratia», sus piezas instrumentales y sus obras escénicas (vol. IV, 1-2 de la colección), incluida la impresionante lista de Villancicos, ya conocidos tras su publicación parcial por Paulino Capdepón (SEdEM, Madrid, 1992, véase mi comentario en SABER/Leer, n.º 68, octubre 1993), se suma el rigor, la consistencia y la intensidad de sus obras sacras que se insertan en el entramado litúrgico de la eucología católica y del canto llano. Gracias a la presentación que de los maestros del Escorial están llevando a cabo el profesor José Sierra y sus colaboradores, podrá reconocerse la verdadera dimensión de los compositores españoles anteriores al siglo XIX, cuya música es mayoritariamente de naturaleza sacra. Al mismo tiempo los intérpretes pondrán en el aire esta música, de tal manera que el público la escuche como un «opus» musical en los espacios secularizados de las salas de concierto, como se oye la música litúrgica de Claudio Monteverdi (1567-1643), de Benedetto Marcello (1686-1739), de Juan Sebastián Bach (1685-1750), de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). La sensibilidad del hombre de hoy sigue rechazando la imagen del expresionismo contrarreformista que exhibe en sus manifestaciones musicales, artísticas en general, la espiritualidad católica, hispánica en particular, pero tolera y pasa por alto, afortunadamente, la conciencia atormentada del luteranismo ortodoxo que para algunos críticos lleva implícita la música de J. S. Bach. Abandonada por los líderes de la iglesia católica, no hace falta aplicar ninguna terapia complicada para liberar a la sociedad actual de enfermizos miedos o atávicas prevenciones frente a una música de altísimo valor artístico ligada durante tantos siglos a la religión. La secularización propiciada por el descuido y desinterés de los clérigos, así como la rehabilitación de las obras musicales en su integridad, según aparecen éstas en las ediciones del profesor José Sierra, producirán un extraordinario efecto beneficioso: dejar desembarazada y libre para disfrute del hombre moderno la creación artística de los grandes maestros de capilla de España y de Iberoamérica. □

RESUMEN

A juicio de Fernández de la Cuesta, la escasa presencia de la música española, con algunas excepciones, en la Historia general de la música se debe en buena parte a la falta de difusión de las obras de los compositores españoles que yacían en los archivos, sin que los musicólogos se interesasen por ellas o sin que

tuvieran los cauces editoriales idóneos para esa expansión. El ambicioso proyecto en marcha de la publicación de las obras reunidas en El Escorial, le permite no sólo subrayar el plan de edición sino destacar el altísimo valor artístico de la música sacra, que debe ser considerada como lo que es: música, sin más adjetivos.

José Sierra Pérez (ed.)

Maestros de Capilla del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial
(Fr. Martín de Villanueva; P. Juan de Durango; P. Pedro de Tafalla; P. Antonio Soler)

Ediciones Escorialenses (EDES), El Escorial (Madrid), Consejería de Educación y Cultura, Comunidad de Madrid, 1997-2001. Ocho tomos. 168,28 euros.

En el próximo número

Artículos de Francisco Márquez Villanueva, Francisco Rodríguez Adrados, Francisco García Olmedo, Miguel de Guzmán, Agustín García Calvo y Román Gubern.

Rehabilitación del libro de caballerías

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) se doctoró e inició su docencia en su ciudad natal. Desde 1959 ha enseñado en diversas universidades de Estados Unidos y Canadá. Actualmente desempeña una cátedra especial de lenguas románicas en la Universidad de Harvard. Ha publicado libros y monografías sobre numerosos temas de literatura e historia intelectual del período medieval y del Siglo de Oro. Su obra más reciente es *Orígenes y elaboración de «El burlador de Sevilla»*.

En su caída de favorito universal a un triste nivel de virtual ignominia, el libro de caballerías ha sido el gran chivo expiatorio de la literatura española. El culpable no sería otro, a primera vista, que el mismo Miguel de Cervantes Saavedra y las risueñas ironías con que lograra echar por los suelos el formidable gigante que por tres cuartos de siglo venía desafiando las andanadas de los dómicos del saber y del púlpito. Semejante lugar común es, sin embargo, un error tan dañoso para empezar a entender el *Quijote* lo mismo que a todo aquel género y constituye un testimonio de cargo contra el raquitismo y cortedad de vista de la crítica anterior a 1925. La condena cervantina de los libros de caballerías se contrarresta por sí sola con el paradójico homenaje de haber sido creado el *Quijote* dentro de sus más canónicos parámetros. El escrutinio de la librería de don Quijote (I, VI) sólo enjuicia una docena de obras en deliberada caricatura de un procedimiento inquisitorial, que deja en el aire muchos más interrogantes que respuestas. Dista de ser cierto (como observara en su día A. Rodríguez Moñino) que Cervantes acabase con la ficción caballeresca y mucho más aún el monumental error de Menéndez Pelayo al achacar a éste las ideas bienpensantes que acerca de estética literaria emite un canónigo de Toledo en la primera parte del *Quijote* (XLVII). Lecturas singularmente romas y perezosas desatendieron hasta hace muy poco la contrapartida de atención prestada por Cervantes al hecho primario del favor del público por aquella clase de libros. Hombres y mujeres de toda edad y condición encuentran allí particulares delicias, realidad sin cotización alguna para el concepto literario de la época, pero argumento irrefutable con que la sensatez del humilde ventero (I, XXXVI) se había anticipado a echar



FRANCISCO SOLE

por tierra la diatriba neorristotélica del engolado eclesiástico. En una donosura final, ha de ser este mismo quien se contradiga al confesarse asiduo lector de los libros que tanto condena y hasta de haber empezado a escribir uno de ellos.

Desde Diego Clemencín a Henry Thomas, comentaristas y críticos se añan no sólo en la visión negativa del género sino además, y mucho peor, en su falta de empatía personal hacia un campo de estudio que abordan con manifiesto desapego y cargados de prejuicios. Es una situación que, en realidad, no cambia hasta la segunda mitad del siglo XX, con nuevas generaciones de críticos entre los que sobresalen P. Bohigas, M. R. Lida, Martín de Ri-

quer, Justina Ruiz de Conde, J. B. Avallé Arce, D. Eisenberg, M. Cacho Blecua, C. A. Jewers y ahora Sylvia Roubaud-Bénichou con *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*. Aunque incluye un completo empadronamiento bibliográfico del género, su autora busca un suma y sigue en la línea de dichos esfuerzos en torno a aspectos técnicos fundamentales, más bien que una historia en regla ni una sistematización doctrinal tal vez prematura desde el estado actual de los conocimientos. No quiere esto decir que no abundan allí las novedades ni las sorpresas. La primera de éstas sería, sin duda, recordarnos que mientras aquellos libros caían entre nosotros en descrédito, el Doctor Johnson se complacía en el XVIII inglés con la lectura de *Felixmarte*, *Belianises* y *Palmerines* que se reimprimían también en Francia con todos los honores, así como Goethe se declaraba en 1806 admirado por los méritos propios y a prueba de parodia del maravilloso *Amadís de Gaula*.

Puntos de amarre

Dicha tarea de recimentación comienza aquí con el encuadre etiológico del libro de caballerías dentro del cuadro de la literatura artúrica peninsular, pero también en el sub-

suelo mucho menos aducido de las materias antiguas de Troya y de Tebas. Idea de particular interés es la ahora propuesta acerca del tratamiento dado al mestizaje de historia y ficción como problema y solución seminales que ha legado el ámbito culto de la historiografía alfonsí. El rey Sabio «nacionaliza» aquella herencia, diluyendo su carácter romano en favor de acercarla anacrónicamente a la España de su tiempo. El manejo libre o semifantástico de fuentes tenidas por históricas se perfila después central y característico del género caballeresco, con el tratamiento de lección bien aprendida dado a «los fechos de Troya» a comienzos del siglo XIV por el *Zifar* y ampliado por la *Crónica sarracina* de Pedro de Corral cien años después. Los libros de caballerías desarrollan, por el mismo camino, técnicas narrativas como la fuente privilegiada, el testigo de vista y los escribas solidarios hasta dar en el definitivo narrador infidente con el inefable arábigo y manchego Cide Hamete Benengeli. El *Quijote* mismo jugará a presentarse como una más de estas supercherías a caballo entre el cuento y la historia. A modo de hitos hacia esta cumbre figura una sucesión de cronistas-encantadores, como el Alquife de Feliciano de Silva en su *Lisuarte* (1514) y *Amadís de Grecia* (1596) o la maga Orbicunta del

En este número

Artículos de

Francisco Márquez Villanueva	1-2-3	Miguel de Guzmán	8-9
Francisco Rodríguez Adrados	4-5	Agustín García Calvo	10-11
Francisco García Olmedo	6-7	Román Gubern	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Rehabilitación del libro de caballerías

anónimo *Florando de Inglaterra* (1545). Lo mismo también el curioso motivo de los protagonistas gemelos y servidos por otra pareja de paralelos cronistas (sucesores lejanos de Dictis y Dares), como ocurre en *El Caballero del Febo* (1555) de Diego Ortuño de Calahorra con sus magos Artemíodoro y Lirgandco, desacordes a veces en su versión de los hechos. Sin el buen mago Muça Belin del *Palmerín de Oliva* (1515) tal vez no hubiera nacido la idea de involucrar a ningún autor moro en la plasmación final de *El Ingenioso hidalgo*.

Como se ve, los libros de caballerías, sin razón tenidos por informes mazacotes, se hallan, por el contrario, sembrados de travesuras con frecuencia irónicamente metafictivas de obvio cuño precervantino. El mismo Garci Rodríguez de Montalvo se infiltra en sus *Sergas de Esplandián* (1508) cuando la sabia Urganda le reprende por sus insuficiencias como escritor o le muestra a los personajes que aún siguen encantados en la Insula Firme. Algo similar ocurre también con las noticias acerca de dis-

tintas, fabulosas versiones con que se ficcionalizan las dificultades harto reales de los historiadores legítimos (rey Sabio, Moro Razis). La palma en esto se la lleva de nuevo el *Amadís* de Montalvo (1508), con su trabajo sobre al menos una redacción anterior y el arduo dilema planteado por el caso de la hermosa niña Briolanja, perdida por Amadís y donde cierto infante de Portugal, movido a galante compasión, enmendaría abusivamente la página para que el paladín correspondiera a su amor con permiso de la comprensiva señora Oriana.

Los libros de caballerías son por tanto cualquier cosa menos un bloque unitario o un monótono desfile de ridículos engendros. El favor de sus lectores responde al mismo ejercicio de fidelidad modal de los inquebrantables aficionados de hoy a la novela policiaca, del Far West ó a la ciencia-ficción. No ya Montalvo, sino Jerónimo Fernández, Ortuño de Calahorra y hasta Feliciano de Silva son autores tan respetables y dignos de atención como puedan ser, por ejemplo, tantos nombres o maestros secundarios en el terreno de la lírica. Nostálgicos de un pasado irrecuperable, no aciertan a formular una idealización militante frente a su época, como siglos después harían los románticos. A partir de Montalvo se da en ellos una crisis del concepto mismo del género y los autores son conscientes del problema de hallarse confinados a una obligada floresta de motivos arcaicos de muy problemática modernización. El inteligente licenciado Jerónimo Fernández, autor de *Belianis de Grecia* (1547) se disculpará, por ejemplo, con su público femenino por tener que narrar tantos duelos y batallas. Sylvia Roubaud-Bénichou ve en todo esto una creciente rebelión contra limitaciones heredadas del medieval, a la búsqueda de un «nouveau roman» que (añadiríamos) clamaba por la llegada del *Quijote*.

Amadís de Gaula

Si el carácter capital o bien centralidad absoluta del *Amadís de Gaula* se ha impuesto siempre como una evidencia, no se ha acabado

aún de comprender su rango como la gran obra maestra que es de toda la ficción medieval. Un libro de veras embriagador, prodigio de imaginación sembradora de ensueños y apoteosis del heroísmo aventurero, caballeresco para el hombre y amoroso para la mujer. Quede aquí dicho (por si hiciera falta) que su proyección idealizada de valores y resortes emocionales de la mentalidad aristocrático-feudal sólo son comparables a la de la cultura latino-eclesiástica por la *Divina Commedia* de Dante. El juicio de Cervantes fue, como no podía ser menos, exacto y definitivo: «El mejor de todos los libros que de este género se han compuesto» (I, VI). En el siglo XVI contó, fuera de la literatura, como dechado y manual de exigentes estilos de vida. El *Quijote* no aspiraba sino a ponerse a su altura, sólo que por diferentes e inéditos caminos.

El *Amadís* por lo demás constituye un exasperante nudo de enigmas, que aquí se estudian por separado en un largo anejo que lo mismo podría haber sido el capítulo central del libro. No se trata tampoco esta vez de resolver problemas hoy por hoy inabordables, sino de situarlos bajo la luz de un riguroso estado de la cuestión en lo relativo a un puñado de hipótesis a punto de derivar en una «querrela» crítica de *Amadís*.

No existe duda acerca de una incierta historia textual anterior a la versión impresa de Montalvo, así como no poca controversia en lo que toca a sus vicisitudes y demás circunstancias externas, incluyendo autor y lengua original. Roubaud comienza por lo relativo a la fecha, que algunos testimonios indirectos situarían como obra circulante ya a comienzos del siglo XIV y por tanto originada a fines del XIII. Una cuidadosa criba de los datos obliga, sin embargo, a desconfiar de toda indicación anterior a 1350, hasta la sólida noticia de un *Amadís* en tres libros de que hacia el año 1400 habla el trovador Pero Ferrús. No es menos oscura la identidad de ese infante don Alfonso de Portugal que se apiadara de Briolanja, con cinco candidatos posibles entre 1290 y 1490. Nada en concreto cabe afirmar acerca de la fantasmal tesis portuguesa

en lo relativo a lengua original, manuscritos y autor llamado Vasco o bien João de Lobeira. Lo mismo acerca de la tesis francesa y la noticia de un manuscrito original en dialecto picardo de que en el siglo XVI hablaba el simpático hispanista Herberay des Essarts. La autora vota en firme por el origen español de un texto que, conforme al análisis de Rafael Lapesa, no parece anterior al primer cuarto del siglo XV ni se muestra portador de rasgos lingüísticos no castizos. Otras cuestiones como el grado de dependencia o inserción del *Amadís* en la materia artúrica o la toponimia y onomástica que harían pensar en algún intermediario ultrapirenaico, no son aquí abordadas.

Montalvo y el Amadís medieval

La única realidad del *Amadís de Gaula* que se impusiera al mundo corre a cuenta de la versión de Garci Rodríguez de Montalvo, regidor de Medina del Campo. Aun cuando, por lo que se sabe, no un profesional de las Letras, era sin duda hábil artífice y un excelente conocedor de las entradas y salidas de aquella literatura. Su tarea consistió, según propias palabras, en remozar un texto heredado que no envejecía bien. Objeto este punto, como se ha dicho, de muchas especulaciones, A. Rodríguez Moñino publicó en 1956 unos fragmentos supervivientes que permitieron comprobar la medida en que Montalvo había confesado actualizar tanto el lenguaje como importantes elementos internos del llamado *Amadís medieval*. Ofrecía éste un trágico desenlace, en que Amadís moría en combate fortuito con un caballero desconocido que resultaba ser su hijo Esplandián, lo cual acreaba el suicidio de Oriana, que se arrojaba de una torre. Montalvo desvirtuó la obra entre manos con una negativa expresa de la exactitud «histórica» de un final tan desgraciado. Y no sólo eso, porque además agregaba de su exclusiva minerva todo el libro de *Las sergas*

Qué es

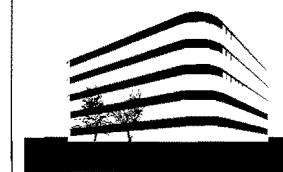
SABER/Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER/Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Rehabilitación del libro de caballerías», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte</i> , de Sylvia Roubaud-Bénichou	1-2-3
«Mitos sobre el influjo árabe en España», por Francisco Rodríguez Agrados, sobre <i>Al-Andalus contra España. La forja del mito</i> , de Serafín Fanjul	4-5
«Semblanza de Roald Hoffmann», por Francisco García Olmedo, sobre <i>O₂xygen</i> , de Carl Djerassi y Roald Hoffmann	6-7
«El pitagorismo, vanguardia de la cultura», por Miguel de Guzmán, sobre <i>Pitágoras. El filósofo del número</i> , de Pedro Miguel González Urbaneja	8-9
«Pérdición de la materia», por Agustín García Calvo, sobre <i>Concepts of Mass in Contemporary Physics and Philosophy</i> , de Max Jammer	10-11
«Obreros tras la pantalla», por Román Gubern, sobre <i>Historia del movimiento obrero en la industria española del cine. 1931-1999</i> , de Emeterio Díaz Puertas	12

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

de *Esplandián*, en que el hijo del caballero sin par se distanciaba del heroísmo autónomo del padre en favor de una actividad guerrera al servicio de intachables empresas de cruzado. Cervantes (nuestra guía más segura) lo enviaba al fuego sin contemplaciones.

La crítica ha tenido en esto amplia ocasión para enjuiciar acerca de una indecisa multiplicidad de versiones previas, así como de los criterios e intenciones de Montalvo. El matrimonio canónico que al final regulariza el amor de Amadís y Oriana ¿no será también una invención suya? Con su sobria objetividad de siempre, la autora no se inclina a tomar partido, pero considera innegable una voluntad de moralización en profunda censura correctora del *Amadís medieval*. Aparte de la recurrencia mítica de las viejas divinidades peccederas a manos de una nueva generación, el motivo de los caballeros que luchan sin conocerse corresponde al repertorio del género, lo mismo que el suicidio de amantes desdichadas es tópico a partir de la Dido virgiana. El hecho no es banal por documentar la imposible pervivencia de prestigiosas tradiciones en conflicto con una militante ortodoxia que, como peculiar fenómeno hispano, se persona hacia aquellos años en el terreno de la literatura profana. El habitual funcionamiento medieval de la caballería o el amor cortés a modo de otras tantas «religiones» literarias se vuelve ahora inadmisiblemente e induce en los poetas diversos recursos a la hipercodificación o a la autocensura de sus obras. El sevillano Páez de Ribera siembra su *Florisando* de 1510 de inoportunas referencias a Santo Tomás, San Agustín y Padres de la Iglesia, así como de reliquias, procesiones, monjes y papas. Montalvo no sólo arroja por la borda a sus héroes y cuanto éstos representaban, sino que tiene buen cuidado de poner por las nubes a los Reyes Católicos y en especial a su política antisemita (la expulsión con que «limpiaron de aquella sucia lepra, de aquella malvada herejía»). Su *Amadís de Gaula* ha sido sometido a lo que Sylvia Roubaud llama una operación de «cirugía estética» que procura explicar por incompatibilidad del optimismo renacentista con el estilo de aquellos desenlaces sombríos. Una mirada alrededor persuadiría, sin embargo, de las similares estrategias con que estrictos coetáneos como Diego de San Pedro y Fernando de Rojas han abrigado a sus obras bajo ostentosas coartadas

de ortodoxia. Las fechas son aquí claves porque, al igual que éstos, Montalvo (sabemos ahora por A. Blanco Sánchez) era también un judeoconverso. El quehacer poético asume de golpe un nuevo sentido al sentirse vigilado y en trance de dar cuenta de sí ante implacables instancias civiles y religiosas. Nada se halla virtualmente a salvo de ser ahora enjuiciado como sí traspuesto a una proposición teológica. En precoz ruptura de modernidad y a compás con el reinado de los Reyes Católicos, la naciente pero inequívoca estatalización de la vida intelectual ha despertado en los profesionales de la literatura una alarmada conciencia de su propia *pericolosidad*.

Cervantes

El *Quijote* establece un rico diálogo intertextual con todo aquel macrogénero, tan lozanamente desarrollado a lo largo del siglo XVI, en simultaneidad con una curiosa reticencia hacia sí mismo. El inventario de dichos ecos y *riscontri* tardará aún en hallarse completo, pero ahora cabe entender mejor, por ejemplo, los guiños ocultos tras la relanzada onomástica de Alquife, Fristón y Lirgandeo, así como la deuda de la armazón de caballería (I, III) del manchego con el episodio de Macandón en el *Amadís* de Montalvo. Cervantes acelera la incierta marcha con que los libros de caballerías, conscientes de su vetustez, tendían a poner en tela de juicio su propia existencia, igual que radicaliza y lleva a su extremo desarrollo los tímidos despuentes que mostraban en favor de una eventual renovación o puesta al día.

El concepto cervantino del género será para siempre un tema de reflexión provechosa. *El Ingenioso hidalgo* lo subvierte al hispanizar a fondo, trayendo a época actual y a un espacio tan familiar como La Mancha una literatura hasta entonces «internacional», prestigiada por lo remota en el tiempo y lo exótico de su geografía. El gran torcedor yace en que semejante acercamiento festivo está lejos de implicar la devaluación que hasta entonces venía involucrada en todo ejercicio paródico. Cervantes se ríe, sí, de las estrafalarias rimbombancias de aquellos libros, pero igual que lo hace con casi todo lo humano, con el margen de hinchazón latente en todo concepto de escuela o género y hasta con la figura misma

del poeta y su oficio (testigo el *Viaje del Parnaso*). El libro de caballerías está ahí como hito inmovible del puro entretenimiento que masas cada vez mayores piden ahora al arte, en completa indiferencia a la estética literaria académica y tridentina, doblemente oficial en la época. Dicha coyuntura ha hecho del *Amadís de Gaula* un tácito pero muy real manifiesto por la libertad creadora. Si bien infinitamente atacado, el género caballeresco lo ha sido siempre desde los mismos ángulos clasicistas y morales, pero lo que de veras venía a singularizarlo era la carencia de codificación interna que apareja con sus orígenes en la entraña del medievo, en inocencia de cualquier veleidad clasicista y ajeno a ninguna seria problematización en el terreno religioso.

Hasta el rígido conservadurismo del Cañónigo de Toledo había de reconocerle su valor potencial como el precioso espacio de libertad que los poetas podían más echar de menos en un momento de pujante lozanía creadora a la vez que de cautividades preceptivas e inquisitoriales. Claro que ese libro ideal del alto capitular que allí preconizaba Cervantes no iba a ser sino el *Quijote*.

Los libros de caballerías, referencia como se dijo inmediata e imprescindible, no son a pesar de todo ninguna llave mágica para acceder al meollo del arte del *Quijote*, porque éste ofrece una complejidad refractaria a ninguna elemental instrumentalización de esa clase. Su único principio inmovible es la idea de la novela concebida como el desafío planteado por la libertad sin cortapisas, en equilibrio con una responsabilidad, también limitada, a cuenta del poeta. Todo lo demás ha-

brá de mostrarse lúdicamente ambiguo, huido o tornasolado, para inédito deleite e incitación del lector que con su apoyo económico desempeñará una nueva forma de mecenazgo. El discurso cervantino sobre el libro de caballerías es inextricable del polémico tejer y destejer de la época sobre la licitud de la ficción, igual que de la presencia de la dialéctica de la locura, por otro nombre la paradoja erasmiana o la necedad hecha «de industria», que es en lo que fallaba el famoso *Tirante el Blanco* (I, VI). El libro de Sylvia Roubaud cuenta entre sus logros una aportación valiosa para comprender las raíces de la lúdica estructura cidehamética del *Quijote*, pero ésta no se halla menos incurra en el debate sobre el «verisimilis» que tanto entorpecía el desarrollo de la literatura de imaginación bajo la crítica neoaristotélica del momento. Al presentar su novela como «historia» Cervantes ponía risueñamente en nuestras manos el sazonado fruto de mucha reflexión sobre la clase de aporía estética que hiciera enloquecer a Torcuato Tasso. *El Amadís* y su descendencia (una sesentena de obras) han servido de antorcha para alumbrar en cierto momento un camino que Cervantes se ha abierto a fuerza de brazos, porque nadie hasta entonces lo había transitado ni en toda su latitud ni hasta su final. Con paso lento, pero seguro, los libros de caballería se van configurando como un legítimo mundo aparte y, a modo de un espacio de maniobra para el puro concepto de ficción, dejan de ser para la crítica de hoy ninguna pasiva letra «muerta». Y claro que por lo que a nosotros toca, reconocerá Sylvia Roubaud, «ce qui reste à faire est considérable». □

RESUMEN

Recuerda Márquez Villanueva que el libro de caballerías es el gran chivo expiatorio de la literatura española, que ha venido arrastrando las ironías y los sarcasmos de Cervantes. Pero éste no arremetió contra el género en *Don Quijote*, sino que, de algún modo, le homenajeó creando la novela dentro de sus más canónicos pa-

rámetros, aunque el meollo del arte del *Quijote* vaya más allá en su complejidad narrativa. El ensayo de la hispanista francesa Sylvia Roubaud-Bénichou, sobre el libro de caballerías en España desde el ciclo artúrico a *Don Quijote*, permite al comentarista rehabilitar el género y relacionarlo con la obra de Cervantes.

Sylvia Roubaud-Bénichou

Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte.

Honoré Champion, París, 2000, 404 págs. ISBN 2-74530121-7.

Mitos sobre el influjo árabe en España

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de honor de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

No han sido los arabistas los que han forjado el mito omnipresente y desenfocado sobre el papel del Islam en España. Y es un arabista, precisamente, el que lo combate. Difícil lo tiene: es más desesperado luchar contra los mitos que embestir contra molinos de viento, siempre girando, siempre cambiantes y siempre iguales.

El mito es muy vario; y por supuesto, como todos los mitos tiene algunos puntos de apoyo respetables. Los musulmanes estuvieron ochocientos años en España y dejaron huellas, tanto en la cultura popular como en la alta cultura, Fanjul las menciona en cada ocasión. Pero deben reducirse a su verdadera dimensión, cosa a la que deben aplicarse historiadores, lingüistas, etnógrafos, folcloristas y demás.

La imagen desaforada de lo árabe y su influjo en España la han creado aficionados, aunque a veces sean escritores excelentes, otras, amantes de nuestra cultura popular —el traje, la cocina, la música—. En algún raro caso, el de Américo Castro, se trata de un verdadero estudioso de la historia y la lengua; pero la inmensa mayoría de los que hemos venido después y nos dedicamos al estudio científico, estamos en desacuerdo.

Yo pienso que la orientación arabista de la escuela de Menéndez Pidal y su descuido de la tradición greco-latina y cristiana, que es la que en el 95 por ciento, no en el 33 como dice Américo Castro, conformó los reinos peninsulares y la propia España, es lo que, sin quererlo, puso la semilla para estas interpretaciones, convertidas luego, a veces, en cosa de moda ya frívola, ya romántica, ya politizada.

Según ellas, caballeros cristianos bárbaros y sucios invadieron un pueblo culto y civilizado. Había una convivencia pacífica de culturas, que quedó rota. Todo esto son simplificaciones, a veces maliciosas, a veces simplemente desinformadas. Los hechos brutales de castellanos y españoles son puestos de relieve por los promotores de este mito, los de los musulmanes silenciados. Se reivindica al conde don Julián y a Boabdil (por Juan Goytisolo y Antonio Gala), dentro de un ambiente absolutamente desinformado.

Se propone que los musulmanes de Al-Andalus eran verdaderos andaluces, arrollados por unos bárbaros del Norte. Pero la verdad es que pertenecían a otro universo, el islámico, y en él se sentían encuadrados. Y que la mayor parte de las aportaciones musulmanas a nuestra cultura son de origen griego (antiguo o bizantino) o romano. Fueron, más que otra cosa, transmisores. El Oriente árabe les entregó valores culturales de origen, generalmente, griego y persa; ellos los desarrollaron a veces y los transmitieron.

Ciertamente, los desarrollaron ampliamente tanto en el dominio de la Filosofía y Teología como en el de la Medicina, Astrología, etc. Platón, Aristóteles, los comentaristas de éste, así como Hipócrates, Galeno y Ptolomeo fueron sus verdaderos maestros. Y no hay gran diferencia entre el Islam oriental y el español, que ya bebe de sus predecesores orientales ya directamente de los griegos. La llegada a España de estos elementos constituyó, en último análisis, una reheleñización de nuestra Península, que se sumaba a la que llegaba por vía latina.

Pero éste es un tema digno de estudio científico como el que han hecho, entre nosotros, Vernet, Vígara, Cruz Hernández y Vallvé, entre otros. Otro tema es el del prejuicio de lo árabe como arranque de nuestra cultura y nuestra idiosincrasia; como lo bueno y culto frente a lo bárbarico.

Todo lo andaluz tiene, en esa visión, origen árabe: la belleza de las mujeres de Sevilla (donde no quedó un solo musulmán) y hasta de las vizcaínas, los trajes y fiestas populares, todos los oficios, el cante. Hasta mil elementos de nuestra lengua, según Castro.

Hay elementos árabes, ciertamente, pero muy limitados si se quiere proceder con criterio científico. ¡Y a veces se identifican lo árabe y lo gitano, términos bien diferentes!

La lírica castellana también sería de origen árabe (más bien se han descubierto elementos romances en cierta poesía popular árabe, las jarchas). Algunos eruditos extienden este origen a la épica, al Arcipreste o a la *Celestina*. Ignoran, pura ignorancia, la tradición antigua, greco-romana, en que se basan.

Todo esto, simple y sin matices, con muchos análisis de puro prejuicio, con desconocimiento de nuestra historia y nuestra tradición, bien merecía una rectificación. Habría que extenderla a dominios de la alta cultura, en la que los árabes bebieron de la ciencia griega, como acabo de decir. Sustituir el mito por la historia. Es lo que, para algunos dominios, no todos, intenta Fanjul en este libro.

Contra un Al-Andalus idílico

El prólogo de Miguel Ángel Ladero reconoce, por supuesto, una comunicación de cultura intelectual, muchas veces de origen griego (y, añadido, limitada a círculos palaciegos y científicos). Pero niega que haya habido un sistema mixto en que todos se fundían y convivían en un mismo modo de vida y arremete contra el Al-Andalus idílico de los poetas y novelistas románticos y hasta actuales.

Un antiprólogo («¿Andalucía árabe?») recuerda que las gentes andaluzas actuales vienen fundamentalmente de repoblaciones, que consumen puerco y licores, que el léxico árabe no altera la estructura del castellano. Y el prólogo «Eurocentrismo y arabismo» critica ciertas interpretaciones puramente negativas de la Historia de España y niega que podamos pintar definitivamente a ningún pueblo en blanco y negro. Como se hace a veces con el pueblo español, bien por sentimiento autodestructivo muy español, bien por transferencia de resentimientos personales.

Quizá aquí, en la crítica masoquista de

la propia nación y la propia cultura, esté la raíz de la idealización de las otras culturas que durante muchos siglos se le enfrentaron: las de musulmanes e indios americanos. Y que algunos continúan, pintoresca y absurdamente, en las algaradas del 2 de enero en Granada. No representan, en absoluto, al pueblo andaluz.

El capítulo I («Datos para una historia»), trata de ser objetivo en una serie de puntos, tales como las extorsiones económicas de los piratas berberiscos y el tema tan sensible de la expulsión de los moriscos, que nuestro autor coloca dentro del clima creado por los ataques de esos piratas y por la imposible asimilación. Trata de reducirlo a sus medidas reales.

Todo esto venía tras la reconquista, estudiada en el capítulo II («España perdida y recobrada»). Recuerda todo lo que se escribía en España, desde el siglo IX y luego en el XIII, con Alfonso el Sabio, sobre la visión unitaria de España, su recuperación como ideal común de todos, la visión de lo árabe como ajeno y enemigo. Como sucede en estos casos, con notables exageraciones y generalizaciones.

Y critica la visión tópica de las famosas «tres culturas» en convivencia pacífica en la Toledo del siglo XIII, según el lugar común. Lo que había era una convivencia forzada, frágil, y el aprovechamiento por la cultura dominante, la cristiana, de lo que le era útil en la musulmana: elementos, por lo demás, casi todos griegos, algunos persas.

El capítulo III («De monopatones y abencerrajes») insiste en el problema morisco, circunscrito en realidad a Valencia y en menor medida a Aragón. Y a los secuestros de cristianos, verdadera industria económica de Argel, (¡que alguien ha llamado «tierra de libertad»!) Hoy se olvida el duro enfrentamiento religioso, que era central en la época. Sin él, nada puede comprenderse.

El capítulo IV («Carpetos y barbariscos, inocentes de las luminosas enseñanzas») repasa la literatura «maurófila», esa moda exótica, plagada de idealizaciones e ignorancias, cultivada, entre otros, por Alarcón, Arolas y Zorrilla, luego por Estébanez Calderón. A veces hay esquizofrenia, no se ve cómo puede compaginarse esa idealización con rasgos inciviles que se condenan.

A veces, en estos u otros autores, hay ataques contra la identidad hispánica o se introducen perspectivas de luchas ideológicas contemporáneas en España. Contradicciones constantes señalan la visión del moro en Pérez Galdós.

Resuenan ya, en ocasiones, tópicos que rebrotarán más tarde, cuando se habla de «esa Berbería bautizada que llamamos España», de «moros sin chilaba» o de los ojos árabes de las mujeres de Sevilla.

En fin, lo peor es que a estas ensoñaciones se añadieron luego las teorías pseudo-científicas de Américo Castro, que disminuyó drásticamente el papel de la cultura cristiana en España y fue ciego para lo que de greco-romano trajeron los árabes. De ahí ha venido Goytisolo y, sobre todo, *El manuscrito carmesí* de Gala, cuyos delirios y falta de información y objetividad, más distorsión de la historia, crítica con razón nuestro autor (pág. 108 ss.) «Oficia de andaluz de profesión y a la Granada monocultural, monolingüe y de ninguna tolerancia religiosa del siglo XV la transmuta... en el lugar común del crisol de moros, judíos y cristianos», «faro deslumbrante de tolerancia». «Todos somos andaluces», atribuye a Boabdil.

Pues bien, frente a este tópico Fanjul señala que la noción de Andalucía, tal como la conocemos y vivimos, no es anterior al siglo XVIII. Frente a Castro y hasta a Sánchez Al-



TINO GATAGÁN



Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

bornoz, insiste en que los musulmanes de España se sentían como pertenecientes a otro universo, el oriental de Damasco y Bagdad, no al español. Ni tampoco hay que llamar españoles a Séneca o Trajano.

Y reivindica para la cultura de nuestra nación el hecho de que, después de todo, es en España, no en los países musulmanes, donde más joyas arquitectónicas de los propios musulmanes españoles han quedado: la Alhambra (el único palacio árabe conservado), la Mezquita de Córdoba y la Giralda. Joyas arquitectónicas que, por lo demás, deben mucho a la tradición cultural greco-romana.

Como la mayoría de los productos designados con vocablos árabes, de que habla Castro, ya existían en nuestro país desde antiguo: el aceite es un ejemplo destacado (y hay que añadir que palabras árabes como *alambique*, *albéchigo* o *altramuz* son de origen griego, igual *fonda*, *alambique* y *albéitar*). Ciertamente, trajeron a veces esas plantas o productos (el arroz, el limonero, el azúcar), cuyos nombres son, con frecuencia, o griegos u orientales.

Semejantes son las conclusiones del cap. V («Rastreando en la cultura popular»). Se trata de reducir las cosas a sus límites. Hay algunas pervivencias, tales el tejido de la seda o ciertos tipos de cerámica como la vidriada (que los árabes trajeron de Persia y Bizancio) o ciertas prendas (como los zaragüelles). Y hay huellas en la arquitectura, aunque con frecuencia herede elementos visigóticos, tal el arco de herradura. Y, sobre todo, la casa típica sevillana, con su patio, hereda la casa romana y su continuación en los palacios renacentistas.

Y en cuanto a las fiestas populares, las más son de tradición cristiana o precristiana. Este último es el caso, lo he estudiado en otro lugar, de los «moros y cristianos», que tienen paralelos, con otras identificaciones de los bandos enfrentados, en mil lugares, de Egipto a Escocia. Y es claro lo relativo a representaciones de la pasión y otras como el misterio de Elche. Nunca hubo un teatro popular en tierras musulmanas. Nunca hubo teatro ni nada parecido en tierras musulmanas.

El estudio continúa (pág. 130 ss.) con los elementos culinarios. Insiste en que los romanos, de quienes los árabes tomaron los sistemas de irrigación, habían traído ya la naranja y la cidra. Y en que términos agrícolas

árabes son en su origen griegos, como arriba se señaló. Si son obra de los musulmanes los primeros arrozales, la planta la tomaron de China.

Semejantes son las investigaciones del cap. V («¿Trajeron los moros el lerele?») Del origen «moro y gitano» del cante andaluz desconfía, son puras apreciaciones improvisadas. Y menos cierto aún es el origen de nuestra lírica en la árabe, «por entonces ya reducida al anquilosamiento de moldes repetitivos, a base de invocaciones tópicas al desierto, los amantes, la palmera y las caderas de duna» (pág. 165). «Más bien la influencia fue inversa, en zéjeles y muwassahas».

Este estudio, acertado, se queda corto, habría que repetirlo en otros géneros de literatura castellana, en los que, a veces, se da por árabe lo que en realidad es greco-latino. De esto me he ocupado en otros lugares. Pero que el cante flamenco venga, como algunos dicen, de los géneros citados y las jarchas, es menos que cierto. Lo mismo hay que decir del fandango, las seguidillas y demás. En todo caso, en El Cairo, Bagdad, Alepo, Ispahán y Samarcanda florecieron escuelas poéticas y musicales más importantes que en Al-Andalus. Y no se puede transponer, sin más, la música tunecina y marroquí a Al-Andalus.

Huir de los tópicos

Finalmente, en el cap. VII («De toponimias y otras rechufas») se hace el estudio de la toponimia árabe, importante, pero que hay que reducir a sus justos límites. E igual los arabismos del español, que jamás se refieren a términos abstractos o intelectuales; y a veces, ya dije, son de origen griego. No afectan, por lo demás, a la estructura de la lengua castellana y jamás son usados como elementos de derivación o composición de palabras, tales como innumerables elementos greco-latinos. Pretender una paridad (como hacen varias *Historias* del español) es absurdo, de esto me he ocupado en otras ocasiones. Nadie crea palabras españolas con *al-*, como se crean con muchísimos prefijos y sufijos de la tradición greco-latina. También aquí desbarra Américo Castro.

En suma, hay que huir de los tópicos. Ha habido en nuestro país dos culturas enfrentadas; y la vencida, que a veces y durante

un tiempo quedó como substrato, ha dejado huellas, como no podía ser menos. Pero huellas más bien pequeñas. Y huellas que, muchas veces, se refieren a elementos de tradición grecolatina (y aun persa) absorbidos por los árabes en Oriente y traídos a España. La dominación árabe supuso, en cierta medida, una rehelenización, antes lo dije. Y una rerromanización: de tradición romana o bizantina son la arquitectura militar, los baños, los riegos, los patios, los palacios.

Pero cuando dije esto en Córdoba en el Congreso del Milenario de Séneca, en 1996, los periódicos locales escribieron que yo había hablado de la fusión de las dos culturas. ¡No escuchan, repiten el tópico! Esta fusión nunca se produjo, aunque hubiera ciertos influjos recíprocos. Se trata de establecer cuáles son estos influjos, sobre una base científica, no liricoide ni de puro tópico ni politizada. Al centenario de Séneca no asistió ni una sola autoridad andaluza; otra cosa es cuando se trata de Averroes o de Maimónides, que son después de todo comentaristas de Aristóteles.

Para mí, el papel importante de los árabes y demás musulmanes de España es que sirvieron de comunicación con los árabes de Oriente y su cultura, que había absorbido elementos griegos, siríacos, persas y bizantinos, también romanos. En Al-Andalus encontraban sus ejemplares, venidos en definitiva de Oriente, los traductores de Toledo: pero eran ejemplares que habían sido escritos en Oriente (Damasco, Bagdad, El Cairo) y traducidos del griego, a veces del persa, por cristianos sirios. En Córdoba nadie sabía griego: cuando el emperador Romano regaló un códice de

Dioscórides a Abderramán III, hubo de enviarle luego un traductor, el monje Nicolás.

No estará de más añadir que las traducciones del árabe al castellano en el siglo XIII (*Libro de los Buenos Proverbios*, *Bocados de Oro*, *Calila e Dimna*, etc.) fueron importantes para crear la prosa y la ideología castellana. Pero, una vez más, el árabe no fue sino la vía de transmisión de originales o griegos o persas. Sobre este tema tengo en prensa un libro que publica la Real Academia Española y se titula *Modelos griegos de la Sabiduría castellana y europea*.

Ciertamente, hay el nivel popular, el que más estudia Fanjul, y el nivel culto. Éste estaba limitado a círculos reducidos, palaciales, científicos y religiosos. Y estaba alimentado por la ciencia griega, aunque luego hubiera desarrollos propios; y fue continuado luego en el mundo cristiano. Cualquiera que haya visto sin prejuicios la Exposición de los Omeyyades en Córdoba, se habrá dado cuenta de que los influjos griegos y bizantinos son dominantes.

Creo que este libro, a veces apasionado (porque apasionados son aquellos a quienes contradice), contribuirá a poner la balanza en su punto. Debe ser completado en algunos aspectos, en otros deja cosas pendientes. Una de las dos culturas en conflicto, la cristiana de tradición greco-romana, hasta ahora casi silenciada, habla en él. Esto es bueno.

El libro no niega las aportaciones musulmanas, trata de reducirlas a sus límites justos. Critica las exageraciones míticas, a veces grotescas, de las mismas. Veremos si tiene el eco que merece, aunque sea un eco polémico. Con tal que sea serio y científico. □

RESUMEN

Aunque no hayan sido precisamente los arabistas, puntualiza Rodríguez Adrados, quienes hayan forjado el mito del influjo del Islam en España, es, sin embargo, un arabista, Serafín Fanjul, quien se ha propuesto combatirlo en este ensayo sobre la forja del mito árabe en la cultura española. Las huellas musulmanas de-

jadas en España son numerosas, pero deben reducirse a su verdadera dimensión. Para el comentarista, el papel decisivo de los musulmanes de España es que sirvieron de comunicación con los árabes de Oriente y su cultura, que habían absorbido elementos de la cultura griega, persa, bizantina y romana.

Serafín Fanjul

Al-Andalus contra España. La forja del mito

Siglo XXI, Madrid, 2000. 249 págs. 17,20 euros. ISBN: 84-323-1042-5

Semblanza de Roald Hoffmann

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica de Madrid y entre sus libros publicados están *La tercera revolución verde* y *Entre el placer y la necesidad. Claves para una dieta inteligente*.

Las escuelas y los aeropuertos estaban cerrados, y los supermercados se habían vaciado ante lo que se vaticinaba como la mayor nevada de los últimos cincuenta años. No había tráfico, apenas pasaban algunos taxis con cadenas, pero todos iban llenos. La nieve empezaba a desbordar los protectores de goma que cubrían nuestros zapatos cuando Roald Hoffmann y yo fuimos al fin rescatados. Nos dirigimos a la parte alta de Broadway en busca de su madre para llevarla al fisioterapeuta. Una vez a bordo, Roald y su madre empezaron a hablar en ruso con el taxista, y yo tuve la sensación de haber presenciado esa escena con anterioridad. Enseguida recordé un poema autobiográfico de Roald que había leído el día anterior mientras volaba de Madrid a Nueva York: una mujer exhausta lleva a un niño sobre los hombros, huye por la estepa de las tropas alemanas, después de pasar quince meses escondida en un ático, y encuentra cobijo en un camión lleno de soldados rusos (*June 1944. Gaps and Verges*, University of Central Florida Press, 1990).

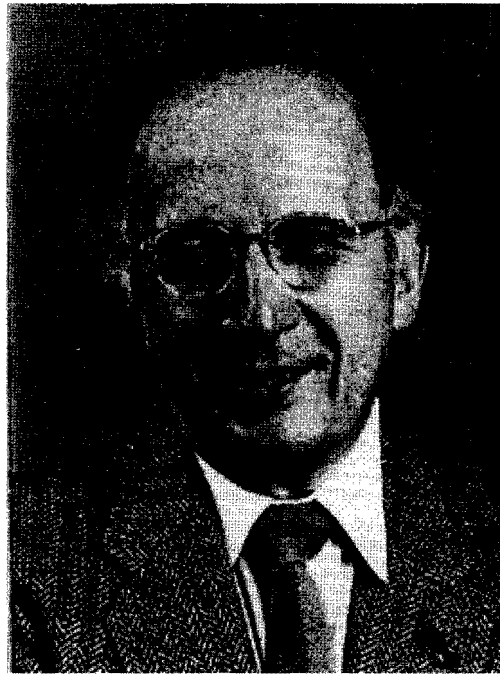
Poeta en Nueva York

Yo había traducido una decena de poemas de su libro *Memory effects* (Calhoun Press, 1999), prestado por un científico amigo, y se me había ocurrido enviarle las traducciones por e-mail. Me contestó en el día con una larga carta en la que anunciaba el envío de su obra poética completa—tres libros publicados y dos en manuscrito—y sugería que nos conociéramos en un próximo viaje mío a Nueva York. Dio la casualidad de que tres semanas más tarde yo tenía una reunión en la Universidad de Columbia, donde él pasaba un semestre sabático. Por culpa de la nieve, llegué con dificultades al destaralado despacho que ocupaba temporalmente en el departamento de Química y sin más dilaciones entablamos una fluida conversación. Los libros enviados por su secretaria habían llegado justo antes de emprender viaje y los había venido leyendo, uno tras otro, mientras volábamos sobre el Atlántico. En ellos, jirón a jirón, aparecen nítidas la personalidad y la historia de Roald, por lo que, al encontrarme con él, tuve la sensación de que le conocía de antiguo.

Entre los papeles que cubrían la mesa de su despacho, me llamó la atención un librito de cubiertas azules, donde destacaba un título escueto: O_2XYGEN .

—Lo acabo de publicar con Carl Djerassi. Es una obra de teatro. Ya te lo enviaré cuando me lleguen más ejemplares. Se trata de una historia sobre la naturaleza del descubrimiento científico que se desarrolla en la Suecia del siglo XVIII y en la de nuestros días. Aparecen supuestos miembros actuales de la Real Academia Sueca de Ciencias junto con Scheele, Priestley y Lavoisier. Nos hemos divertido mucho en la investigación previa y liemos hecho algunos descubrimientos notables.

Al decir esto último, me señaló la pequeña reproducción fotográfica de un retrato de Benjamin Franklin, que colgaba como único adorno en las paredes del desolado despacho. Leyendo los diarios de Franklin, les había llamado la atención el aprecio de éste por un retrato que le había hecho la señora



Roald Hoffmann.

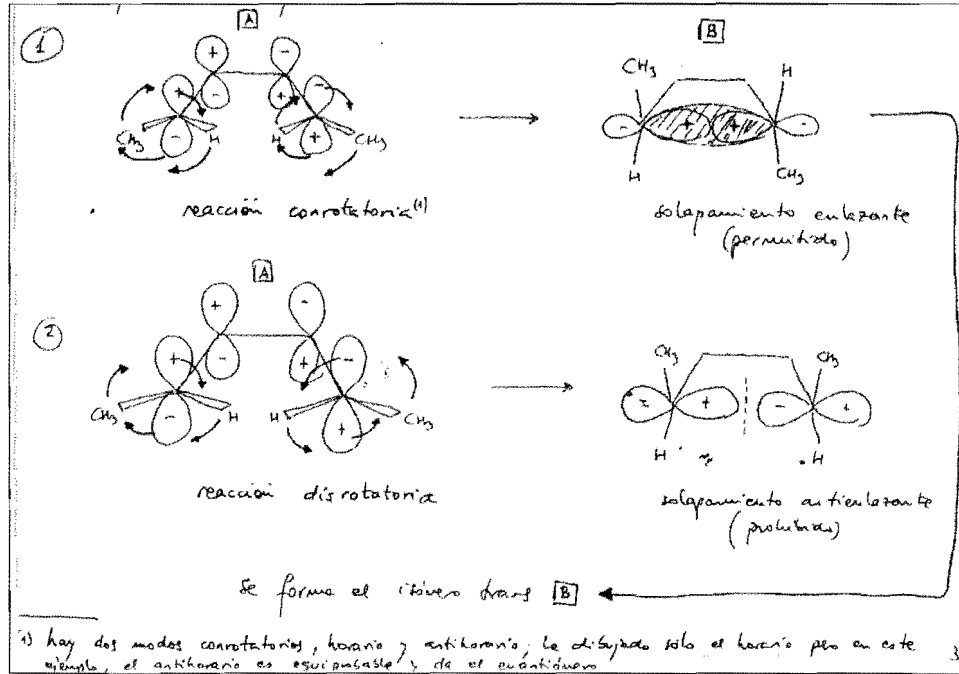
Lavoisier. Luego habían indagado entre la infinidad de descendientes actuales del célebre americano hasta encontrar el mencionado retrato, que ahora estaba depositado en el Museo Metropolitano para su autenticación.

La presencia física de aquella vivaz, aunque ya frágil nonagenaria en nada desmentía la de la valerosa joven madre de los poemas, superviviente de dos guerras mundiales. El pasado 11 de septiembre, cuando el viento viró hacia Broadway, según me dijo Roald tiempo después, ella recordaría vivamente el intenso olor de la «blitzkrieg», el de la continuada combustión de escombros y restos humanos. Pero aquella mañana de nieve y viento nada parecía empañar su animosa aceptación del deber de ejercitarse. Mientras cumplía con él, nos fuimos a comer.

Hablamos de sus poemas y de las dificultades que yo había tenido al traducirlos: más fáciles los autobiográficos y los que inciden sobre temas científicos que aquellos más abstractos en los que se fuerzan las palabras como piezas de marquetaría. Se confesó más satisfecho de estos últimos que de los otros, y expresó su temor a ser encasillado como poeta de tema científico. Luego terminamos hablando de los cafés poéticos de Manhattan, donde no se acababa de encontrar a gusto porque en esos ambientes primaba el exhibicionismo del acto de recitar frente a la poesía en sí. Cuando nos separamos, camino de nuestras respectivas obligaciones, yo me llevé la clara impresión de que Roald vive la aventura literaria de forma plena, con la misma intensidad que, como químico, le ha llevado a ser uno de los científicos más relevantes del siglo XX.

Un premio centenario

En 1981, Hoffmann compartió con Kenichi Fukui el premio Nobel de Química por sus teorías sobre el curso de las reacciones. Había empezado por extender el ámbito de aplicación del cálculo mecánico-cuántico simplificado a todas las moléculas orgánicas. Cuando tenía apenas 28 años publicó, junto con R. B. Woodward, la teoría conocida como de la «conservación de la simetría orbital» y enunció las famosas reglas de Woodward-Hoffmann, que se basan en las propiedades de simetría de los orbitales electrónicos de las moléculas. Las reglas determinan qué moléculas reaccionan fácilmente, formando nuevos enlaces, y cuáles no lo hacen, según que los electrones involucrados puedan o no combinar sus orbitales cerrando



Aplicación de las reglas de Roald Hoffmann.

un circuito. Este avance teórico no sólo esclareció los mecanismos por los que transcurren las reacciones pericíclicas—reacciones que dan lugar a cadenas de carbonos cerradas a partir de reactivos de cadena abierta—, sino que predijo la viabilidad de una infinidad de reacciones que hasta entonces no se habían ensayado. Los especialistas coinciden en que las reglas son en extremo robustas y tienen un amplio abanico de aplicaciones, hasta el punto de que muchos las consideran como el mayor avance teórico de la química orgánica desde la segunda guerra mundial.

En el aciago año de 2001 se ha cumplido el primer centenario de los premios Nobel, sin duda los más prestigiados entre la infinidad de honores y distinciones a las que pueden aspirar científicos y escritores, aunque su concesión no esté exenta de errores y marcada por las veleidades del espíritu humano. A pesar de que las minuciosas actas de todo el proceso de selección de los premiados quedan archivadas bajo riguroso secreto durante cincuenta años, ya ha aflorado suficiente sustancia dramática para alimentar las obras de ficción de decenas de narradores y dramaturgos. Recordemos como ejemplo poco edificante que Svante Arrhenius, premio Nobel en 1903, convenció a la Real Academia Sueca de Ciencias para que vetara la propuesta de honrar a Dmitri Mendeleev por su tabla periódica de los elementos. Mendeleev moriría al año siguiente sin alcanzar el galardón, aunque ciertamente dicho incidente no afectó un ápice a su fama póstuma. Mejor suerte corrió Einstein, cuya teoría de la relatividad general fue descalificada en 1921: «Es altamente improbable que Nobel considerara tales especulaciones como dignas de sus premios», llegaron a decir, por lo que se postergó la decisión hasta el año siguiente, cuando un joven y avisado académico logró que le dieran el premio por su explicación del efecto fotoeléctrico, aportación de gran calibre pero de menor entidad que la de la relatividad. La grandeza y mezquindad de estas complejas historias constituyen el sustrato del que se nutre la obra teatral *O₂xygen*.

Acción, caracteres, actores

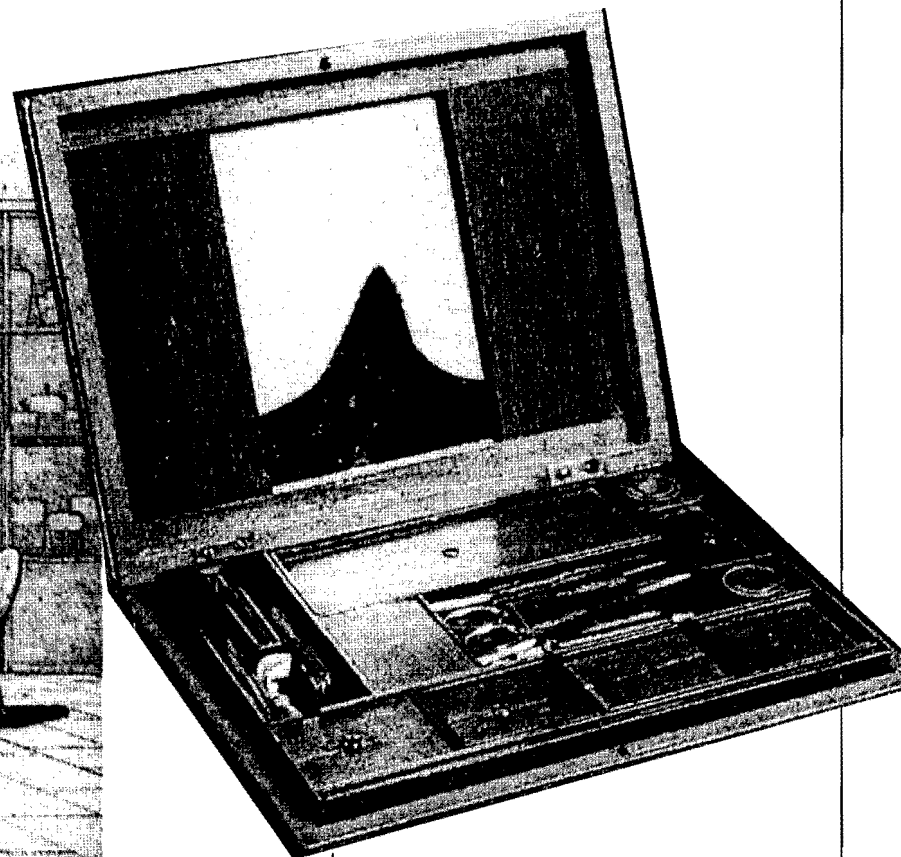
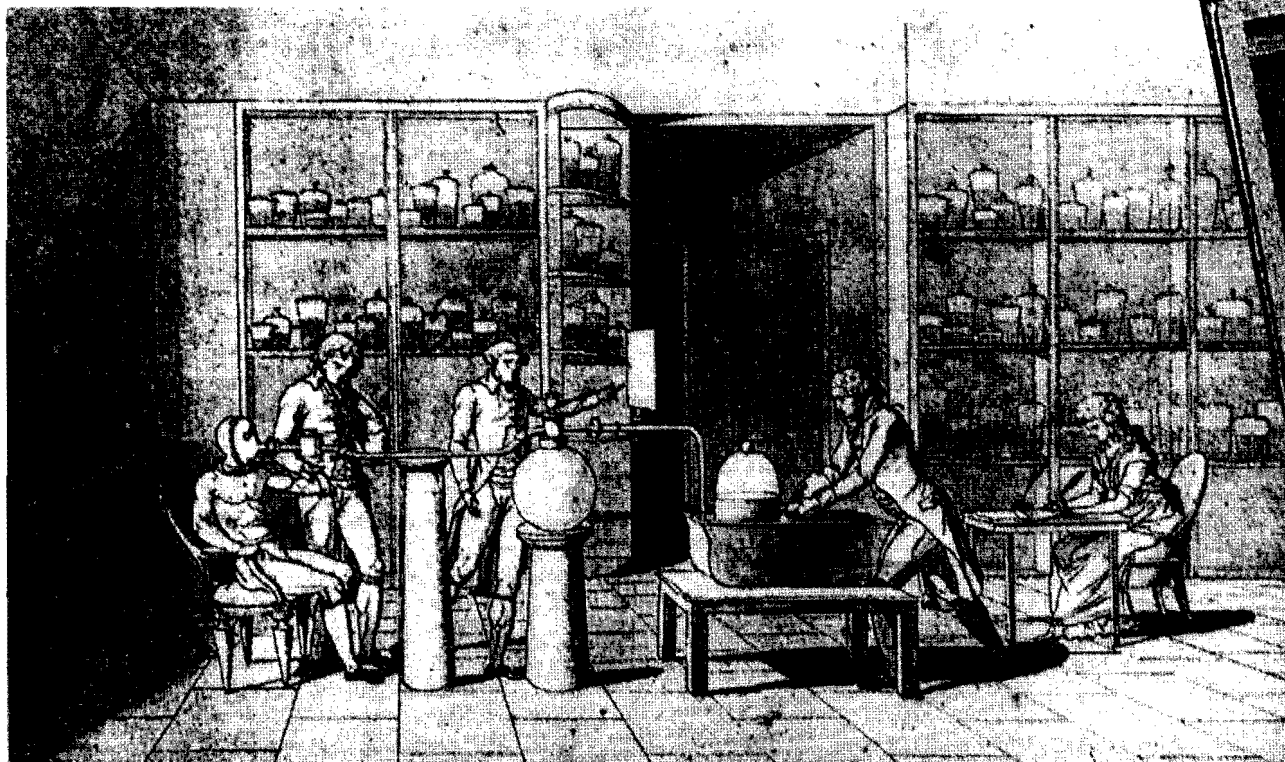
La acción se desenvuelve en Estocolmo y las escenas alternan entre 1777 y 2001, año en que, en su centenario, la Fundación Nobel decide instaurar un «retro-premio» simbólico para señalar grandes descubrimientos que precedieron a la muerte de Nobel, un si-

glo atrás. El comité de Química de la Real Academia Sueca de Ciencias ha llegado a la conclusión inicial de que el primer premio en esta disciplina debe otorgarse por el descubrimiento del oxígeno—ya que este acontecimiento marca el nacimiento de la química moderna—, pero no se ponen de acuerdo sobre el descubridor. El comité está compuesto por tres hombres y una mujer, más una secretaria sin voto, que no es científica sino estudiante graduada de historia de la ciencia. En las escenas dieciochescas aparecen, aparte de la voz en *off* del heraldo real, Antoine Laurent Lavoisier, su mujer Marie Anne Pierrette Paulze, Joseph Priestley, su mujer Mary, Carl Wilhelm Scheele y Sara Margaretha Pohl (Fru Pohl), que sólo se convertiría en la Sra. Scheele tres días antes de la muerte de Carl Wilhelm. El improbable y ficticio encuentro entre estas parejas históricas se supone que tiene lugar a instancias del rey Gustavo III de Suecia, de fama operística, que quiere dilucidar quién descubrió el oxígeno.

Como se señala en el prefacio, Lavoisier, que era conservador en política y revolucionario en ciencia, perdió su vida bajo el terror jacobino, mientras que Priestley, que era conservador en materia científica y radical en política, acabó siendo expulsado de Inglaterra por su apoyo a la Revolución Francesa. Por su parte, Scheele se limitó a vivir el menudeo de su farmacia en Köping (Suecia) y a dedicar su tiempo libre a hacer experimentos de química y a convivir con Fru Pohl, viuda del anterior boticario. Dos figuras clave del actual comité Nobel—que delibera sobre a quién debe corresponder el retro-premio—son su presidenta, Astrid Rosenqvist, supuesta química teórica de renombre, y la joven historiadora Ulla Zorn, que de callada amanuense pasa a ser personaje clave en el debate hacia el final de la obra.

Todos los actores doblan papeles—en un ir y venir entre los siglos XVIII y XXI—, excepto la actriz que representa a Marie Anne Lavoisier, personaje de singular atractivo que tiende a brillar más que los restantes. Se percibe una clara admiración platónica hacia ella por parte de los autores que, en el caso de Hoffmann, queda confirmada de forma más explícita en una breve semblanza en trámite de publicación. Termina dicho escrito: «Cuando pienso en la historia de Mme. Lavoisier, me invade una gran sensación de pérdida, de tristeza. Esta inteligente mujer se encontraba mucho menos aislada del mundo científico que Mme. Châtelet. Se movía en el

Viene de la página anterior



Dibujo de Mme. Lavoisier mostrando la generación de oxígeno en el laboratorio. A la derecha, escritorio portátil de Mme. Lavoisier. En él se empezó a escribir la química moderna.

entorno de científicos, de buenos científicos, según atestiguan sus dibujos. La tristeza que me asalta se debe a que ellos, y su marido en primer lugar, no reconocieron su capacidad».

La obra no tiene desperdicio como mera lectura. Tiempo tendrán los críticos teatrales de juzgar sus valores dramáticos. Ya ha recibido críticas favorables al ser estrenada en San Diego (abril 2001), Berlín y Würzburg (septiembre 2001), Londres (octubre-diciembre 2001), Múnich (noviembre 2001). También están previstas adaptaciones radiofónicas por la BBC y la Westdeutscher Rundfunk (WDR Radio 3).

Sustancia y anécdota

¿Qué obras de arte nos evoca la palabra «cubismo»? ¿Los cuadros que anunciaron el principio o los que marcaron la cima de tal tendencia? En la Ciencia, como en el Arte, ésta es una cuestión no resuelta de modo satisfactorio. ¿Qué es descubrir? ¿Por qué es tan importante ser el primero? El comité Nobel está de acuerdo en retro-premiar el descubrimiento del oxígeno, como el de la piedra angular sobre la que se sostiene la química moderna. ¿Pero a quién le corresponde el honor? La historia parece haber adjudicado la primacía a Lavoisier, al aceptar el nombre propuesto por éste para dicho elemento clave, y es cierto que sin su esclarecimiento de procesos tales como la combustión, la aparición de herrumbre o la respiración animal, así como del papel central del oxígeno en todos estos procesos, el mero aislamiento de este elemento en el laboratorio hubiera carecido de su exacta importancia.

Lavoisier desarrolló su brillante estructura teórica en el periodo 1770-1780, y parece ser que fue hacia octubre de 1774 cuando primero tuvo noticias de que un tal Joseph Priestley, clérigo unitario inglés, había producido en el laboratorio un nuevo gas que resultaba ser pieza esencial para sustanciar sus teorías. A los pocos días recibió una carta de Carl Wilhelm Scheele con la receta de cómo aislar dicho elemento. Scheele había hecho su descubrimiento unos años antes, pero no lo publicaría hasta 1797, después que Priestley. Fue en realidad el sueco quién aisló el oxígeno por primera vez, aunque la historia le haya reservado una porción menor del pastel de la gloria.

La situación respecto al reconoci-

miento del mérito científico no parece haber cambiado en su esencia desde el siglo XVIII, si nos atenemos al veredicto histórico que acabamos de aludir. La prioridad de nada vale si no queda registrada en una publicación: la carta de Scheele a Lavoisier anduvo perdida durante 115 años y se volvió a perder durante otros 100, para finalmente aflorar hace una década. Por otra parte, resulta indispensable una interpretación correcta de lo descubierto. Priestley y Scheele se empeñaron en acoplar el nuevo elemento en un marco teórico erróneo, la teoría del flogisto, que Lavoisier se encargaría de demoler, y además este último no fue muy generoso en el reconocimiento de sus competidores. Una vez más, la historia la escribió el vencedor.

Estos conflictos quedan transcritos al lenguaje dramático en una serie de escenas y anécdotas deliciosas, empezando por la inaugural, una conversación entre las esposas de los famosos científicos, que transcurre en una sauna mientras las damas, en distintos grados de «deshabillée» (Mme. Lavoisier, la más descocada), se azotan con ramas de abedul. El escritorio portátil de Mme. Lavoisier, propiedad hoy de la Universidad de Cornell, desempeña también un papel en la trama, al ser en su interior donde los autores deciden que se pierda la famosa carta de Scheele, sin siquiera llegar a su destinatario. Para el retrato de los científicos contemporáneos, de sus rencillas, conspiraciones y celos, los autores no tienen que recurrir a su fértil imaginación porque poseen experiencia directa del ambiente. No cabe duda de que a la dificultad objetiva de adjudicar el mérito científico se suma la inevitable tendencia de cada científico —en el momento de juzgar— a tomarse a sí mismo como metro de platino iridiado.

El mérito científico en el siglo XXI

Desde hace unos años, el Comité Nobel del Instituto Karolinska me concede el honor de actuar como proponente de candidatos al Premio Nobel de Medicina. Nunca he sabido bien a quién escoger entre los científicos responsables de un descubrimiento concreto. La candidatura que he tenido más clara sufrió un daño irreparable al descubrirse un incidente de fraude científico que afectaba a unos resultados recientes obtenidos por un par de miembros del equipo. El fraude no involucraba ni al candidato ni a su aportación

crucial, realizada ya hace dos décadas. Su responsabilidad se limitaba a dirigir el grupo de investigación de más de cien personas que incluía a los delincuentes.

En Física de Altas Energías, hace tiempo que es normal encontrar trabajos firmados por varias decenas de autores. En Biología, esta tendencia es más reciente, pero ya van siendo pocos los investigadores que «van al monte solos». Cada vez más, se está pasando de una forma de trabajar que parte de una hipótesis, para tratar de validarla experimentalmente, a una organización de la investigación en grandes plataformas tecnológicas —de genómica estructural y funcional, de farmacogenómica, de proteómica—, que generan mares de datos en los que hay que navegar con las armas de la informática y, a duras penas, con las de la creatividad: se empieza a hablar de «minería de datos».

Con motivo de su centenario, las normas de los premios Nobel han sido objeto de debates y encuestas a la luz de las tendencias que acabamos de esbozar. En una enmienda a los estatutos, que se estableció en 1968, se limitó a tres el número máximo de adjudicatarios de un premio dado. Esta norma ha causado incontables problemas e incluso escándalos. Así por ejemplo, las exclusiones de Salvador Moncada en 1998 y de Oleh Hornykiewicz en 2000 han sido y siguen siendo objeto de viva controversia, especialmente la primera. Se han alzado voces para que se cambien las reglas y se puedan premiar a más de tres científicos cada vez, o incluso a grandes grupos e instituciones. Sin embargo, la opinión mayoritaria está a favor de dejar las cosas como están, para que los premiados y la misma actividad científica no pierdan la oportu-

dad de sus quince minutos anuales de celebridad. Los medios de comunicación determinan las reglas del «star system» que, aunque injusto, es el signo de los tiempos. De todas formas, el estrellato no parece ser para tanto: un recién premiado aseguró que su popularidad había subido hasta el punto de emular la de un personaje secundario en un conocido anuncio de café.

Semblanza

He querido trazar aquí una semblanza de Roald Hoffmann, químico egregio, poeta, autor de ensayos sobre las relaciones de la Ciencia con la creatividad, la cultura y la sociedad, presentador de la serie televisiva «The world of Chemistry» y autor teatral. Nació en Zloczow, entonces Polonia, después Unión Soviética, y durante varios años deambuló con su madre por la Europa de la posguerra, hasta que en 1949 emigró a Estados Unidos, donde después de pasar por la universidades de Columbia, en la que fue alumno del poeta Mark van Doren, y de Harvard, viene dedicándose intensamente a la investigación y la docencia en la Universidad de Cornell.

He tomado como pretexto para este ensayo la reciente publicación de una obra de teatro de la que Hoffmann no es único autor. Al hacerlo, no he hecho justicia a Carl Djerassi, químico también famoso por la primera síntesis del principio activo de un anticonceptivo oral, entre otras aportaciones, y además narrador, actor y fundador del «Djerassi Resident Artists Program», una colonia de artistas cerca de San Francisco que acoge a creadores de las más diversas disciplinas. No tendré más remedio que dedicarle un próximo artículo. □

RESUMEN

Francisco García Olmedo traza la semblanza de Roald Hoffmann, uno de los científicos más relevantes del siglo XX y Premio Nobel de Química 1981, y lo hace subrayando la vocación literaria del científico norteamericano de origen ruso. Prueba de ella es una obra teatral, escrita junto con otro químico y escritor, Carl Djerassi, y que situada en la Suecia del si-

glo XVIII y en el siglo XXI describe las grandezas y mezquindades que se dan en la comunidad científica y que tiene como punto de partida la voluntad de la Fundación Nobel de conmemorar el centenario de la muerte de Alfred Nobel concediendo un «retro-premio» al descubridor, o descubridores, del oxígeno, que marca el nacimiento de la química moderna.

Carl Djerassi y Roald Hoffmann

O₂xygen

Wiley-VCH Verlag, Weinheim, 2001. 119 páginas. ISBN: 3-527-30413-4

El pitagorismo, vanguardia de la cultura

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Ciencias. Ha sido Presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática desde 1991 hasta 1999. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

Escribir una biografía de un personaje un tanto mítico, que no dejó ningún documento escrito, cuya misma existencia algunos han discutido, puede parecer un tanto aventurado. Y sin embargo el papel que Pitágoras ha desempeñado en el desarrollo del pensamiento es de tal importancia que vale la pena escurrir con veneración los muchos rastros que sus seguidores a lo largo de los siglos nos han transmitido a fin de entender mejor nuestra propia cultura.

Muchos de los que se han ocupado de su figura, desde Aristóteles hasta el gran matemático reciente Van der Waerden, han preferido hablar de los «pitagóricos», a fin de que quedara en claro que una verdadera biografía histórica de Pitágoras no puede existir. Pero también es cierto que lo más importante que de la vida de una persona nos puede quedar son sus ideas, sus principios y sus valores, y esto puede hacérsenos bien patente a través de los testimonios de sus seguidores. La obra que comentamos nos acerca con éxito al mundo novedoso que vino a plasmarse en esa corriente de pensamiento que llamamos pitagorismo.

El nacimiento y la pervivencia del pitagorismo es uno de los fenómenos más interesantes en la historia de la ciencia y de la cultura en general. Surgió, se desarrolló y se expandió como un modo de vida religioso. Su armazón intelectual consistió en una visión del universo como un cosmos, en contraposición al caos, es decir como un todo ordenado y organizado de acuerdo con leyes asequibles a la razón humana. El mismo impulso religioso conducía hacia la búsqueda y contemplación de la armonía intelectual implantada en este universo como paradigma de conducta humana y como camino y método de elevación espiritual, en búsqueda de las raíces y fuentes de la naturaleza.

En nuestra cultura actual, fuertemente im-

pregnada por el espíritu científico, que acepta esta cosmovisión de fondo como base implícita e indiscutida, transmitida en sus líneas generales a través de los siglos desde las mismas raíces pitagóricas, el brillo de la idea fundamental de la racionalidad del universo se nos presenta apagado y desgastado por la costumbre. La armonía de las esferas no es para nosotros más que el constante ruido de fondo que escuchamos en nuestro quehacer racional.

El siglo de Pitágoras

Pero el mundo del siglo VI a. de C. en que a Pitágoras le tocó vivir era muy distinto. Las invasiones persas habían aproximado hacia los griegos las milenarias culturas orientales con su abigarrado espíritu religioso y su actitud mística y contemplativa, que originaban una especial forma de racionalidad. El espíritu religioso oriental no buscaba, ni busca, su camino hacia la comunión con lo divino a través de la contemplación racional del universo, sino más bien mediante la negación de la búsqueda misma de la razón, hacia formas de comunicación en zonas más internas del espíritu. Pero junto con esta vena mística del espíritu, la cultura oriental había realizado admirables conquistas de la razón, plasmadas, por ejemplo, en los desarrollos astronómicos y aritméticos de los babilonios más de un milenio antes de que Pitágoras naciera. Tal vez una de las razones profundas del hondo enraizamiento del movimiento pitagórico en la cultura griega y en su heredera, la cultura occidental, en la que hoy vivimos, consistió en el acierto de Pitágoras para unificar ambas tendencias, racional y contemplativo-religiosa, al dar forma a lo que llegó a ser, mucho más que una escuela de pensamiento, una forma de vida.

La figura de Pitágoras se nos aparece coloreada y fuertemente fabulada por la pluma de sus hagiógrafos tardíos Diógenes Laercio y Porfirio, del siglo III d. de C., y Iámblico, del siglo IV. Pero ya incluso en el siglo V a. de C. Herodoto mismo presenta un Pitágoras mítico confundido con una figura tan fabulosa como Zalmoxis, medio héroe, medio dios. Y también la figura que Aristóteles dibuja de Pitágoras en los fragmentos que se conservan aparece entre las brumas de la leyenda. Es lástima que la obra que Aristóteles dedicó a los pitagóricos, bajo este título, «oi pythagorikoi» («los pita-

góricos»), no haya llegado hasta nosotros, pues sin duda con ella tendríamos una visión mucho más cabal del pitagorismo primitivo, aunque probablemente no mucho mejor sobre Pitágoras mismo.

Lo que sobre la vida de Pitágoras se sabe con relativa seguridad es lo siguiente. Nació en la isla de Samos, junto a Mileto, en la primera mitad del siglo VI. Fue hijo de Menesarco, tal vez un rico comerciante de Samos. Probablemente viajó a Egipto, Fenicia y Babilonia. Volvió a Samos durante la dictadura de Policrates (538-522). Hacia 529 viajó al sur de Italia y fundó en Crotona la fraternidad pitagórica. Murió muy anciano en Metaponto.

Se discute sobre los siguientes datos de su vida: Año de su nacimiento (600? Eratóstenes, 570? Aristoxeno). Cronología exacta de sus viajes. Qué sucedió con él cuando los ciudadanos de Crotona expulsaron a los pitagóricos en 509. Si murió violentamente o no en Metaponto.

Se pueden distinguir tres etapas en su vida: la primera en el mundo griego, la segunda de viajes a Babilonia y Egipto y la tercera en lo que más tarde se llamó la Magna Grecia (Sur de Italia), con un intermedio en Samos entre la segunda y la tercera etapas.

Poco se sabe de las dos primeras. Iámblico cuenta que Pitágoras visitó a Tales en Mileto, lo que cronológicamente es acorde y geográficamente muy posible por la proximidad entre Samos y Mileto. También allí pudo conocer al filósofo Anaximandro personalmente. Como su maestro se cita sobre todo a Ferequides de Siros (Aristóteles, Aristoxeno, Dicaearcos) a quien Aristóteles caracteriza como teólogo y taumaturgo.

Sobre los viajes a Oriente de Pitágoras existen muchas leyendas que sus biógrafos posteriores narran en detalle. Pero el hecho de sus estancias en Egipto y Babilonia aparece ya atestigüado en escritores mucho más antiguos como Isócrates (IV a. de C.), Herodoto (V a. de C.) y Aristoxeno (IV a. de C.). Por otra parte el parentesco de muchas de las ideas pitagóricas primitivas, tanto matemáticas y astronómicas como religiosas, delatan claramente el fuerte influjo oriental y egipcio y se puede pensar con confianza que pertenecen al acervo de enseñanzas iniciales de Pitágoras mismo.

Según algunas tradiciones, al volver Pitágoras a Samos se le pidió que enseñase sus ideas a sus propios conciudadanos. Al parecer les resultó demasiado abstracto y su enseñanza

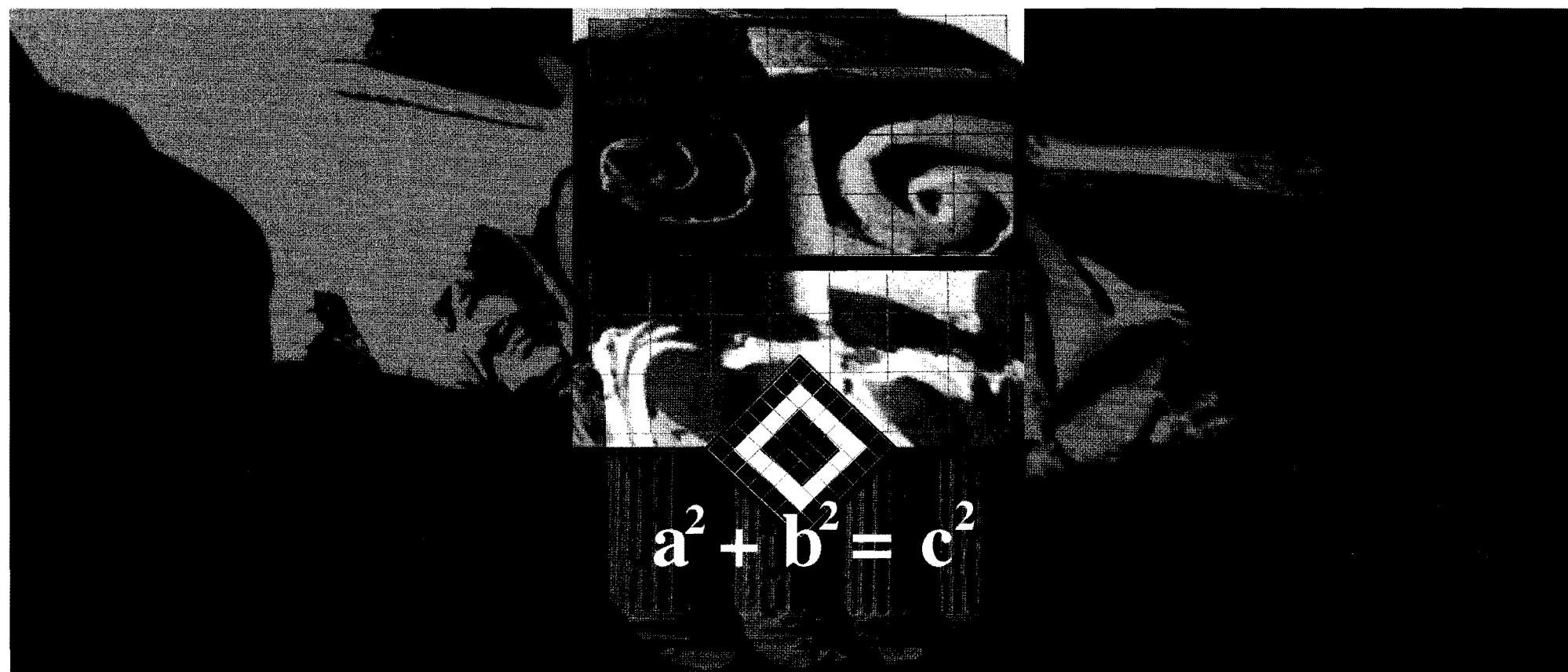
tuvo poco éxito. Esto, junto con la opresión del tirano Policrates, le debió de conducir a tomar la decisión de emigrar.

En 529 Pitágoras se trasladó a la «polis» (ciudad-estado) de Crotona, fundación aquea del siglo VIII a. de C., en la parte sur del golfo de Tarento. Las colonias griegas del sur de Italia gozaban entonces de una gran prosperidad, sobresaliendo entre ellas Síbaris, famosa en el mundo griego por sus riquezas y su vida lujosa. Crotona era su principal rival y vecina. Allí llegó Pitágoras con un sistema de pensamiento más o menos perfilado después de su larga experiencia por Oriente y Egipto. La ciudad le pidió que expusiera sus ideas y, según la tradición, Pitágoras dirigió por separado cuatro grandes discursos a los jóvenes, al Senado, a las mujeres y a los niños. El contenido de estos cuatro discursos, tal como ha sido transmitido por diversos conductos, está lleno de recomendaciones morales de gran perfección, derivadas fundamentalmente de la necesidad de ajustar la conducta humana a los cánones de armonía y justeza que se derivan de la naturaleza misma de las cosas e ilustradas con elementos específicos de la mitología de los habitantes de Crotona. Como consecuencia de este primer contacto surgió, al parecer, no sólo en Crotona, sino en toda Italia un gran entusiasmo por Pitágoras.

Una imagen edificante

Durante algún tiempo, muchos historiadores recientes han considerado a los biógrafos posteriores de Pitágoras como poco más que novelistas que pretendían exclusivamente proponer una imagen edificante del santo patrón del pitagorismo de su tiempo, tanto en su actividad como en su enseñanza religiosa y científica. Hoy existe una cierta tendencia, representada sobre todo por la obra reciente de Van der Waerden *Die Pythagoreer* (1979), a concederles una mayor verosimilitud, teniendo en cuenta que ellos, muy probablemente, pudieron disponer de documentos antiguos, hoy perdidos, testimonios de tradiciones mucho más cercanas a los orígenes del movimiento pitagórico.

La obra de Pedro Miguel González de Urbaneja nos acerca en primer lugar con so-



JUSTO BARBOZA

Viene de la página anterior



briedad a ese escenario del mundo griego de los siglos VI y V, en el que se produjo una eclosión incomparable de la actividad humana en muchos campos diversos, filosofía, ciencia, arte... El autor desarrolla con un adecuado equilibrio muchos de estos aspectos. Por mi parte yo quisiera destacar algunos de los logros que más me impresionan de la obra de Pitágoras.

Pocos filósofos y muchos menos han sido los científicos que hayan sabido encarnar sus enseñanzas con elementos sensibles con tanto acierto como Pitágoras. La famosa armonía de las esferas de la enseñanza pitagórica primitiva era mucho más profunda que la mera conjetura de la consonancia de las notas que los astros producen en su movimiento. Para Pitágoras la visión fundamental consistió en que el universo es un cosmos, un todo ordenado y armoniosamente conjuntado. El destino del hombre consiste en considerarse a sí mismo como una pieza de este cosmos, descubrir el lugar propio que le está asignado y mantener en sí y en su entorno, en lo que está de su parte, la armonía que es debida de acuerdo con el orden natural de las cosas. La armonía cósmica entendida en este sentido fue probablemente una audaz conclusión de madurez a la que Pitágoras llegó a través de la observación de la congruencia de sus consideraciones científicas sobre números, figuras, notas musicales, con las ideas orientales sobre el alma, los astros y la divinidad.

Los números constituían el armazón inteligible de las formas en la aritmética figurativa de los pitagóricos, construida por ellos mediante piedras («psefoi», cálculos). Al mismo tiempo los números desvelaban las proporciones que regían las consonancias musicales. ¿No era natural ver en el número el principio inteligible a través del cual el cosmos divino gobernado por el espíritu manifestaba al hombre su armonía interna? La música era a la vez entre los pitagóricos el símbolo de la armonía del cosmos y un medio para lograr el equilibrio interno en el espíritu mismo del hombre.

La armonía observada en el cosmos impulsaba a los pitagóricos a dirigir sus vidas de acuerdo con ella. He aquí algunas de sus creencias que con mayor probabilidad pertenecen al pitagorismo primitivo. Son transmitidas por Porfirio, en su biografía de Pitágoras (*Vita Pyth. 19*), haciéndose eco de un testimonio de Dicaearcos, un alumno de Aristóteles, que resume las enseñanzas de Pitágoras en estos cuatro puntos:

1. Que el alma es inmortal.
2. Que las almas cambian su lugar, pasando de una forma de vida a otra.
3. Que todo lo que ha sucedido retorna en ciertos ciclos y que no sucede nada realmente nuevo.
4. Que hay que considerar todos los seres animados como emparentados entre sí.

La creencia pitagórica del origen divino del alma viene expresada en los versos áureos con las siguientes palabras:

63. «Pero tú ten ánimo. De naturaleza divina son los mortales.»

Este aspecto de la filosofía pitagórica aparece fuertemente emparentado con la mentalidad del orfismo, un movimiento religioso que, procediendo de oriente, se instaura en Grecia empezando por Tracia en siglo VI a. de C. La Grecia anterior al siglo VI tenía en los libros homéricos un equivalente de las escrituras sagradas de otros pueblos. El pensamiento de un alma inmortal es totalmente ajeno al espíritu griego antiguo. Pero al parecer esta situación cambió radicalmente a partir del siglo VI, muy probablemente bajo la influencia de multitud de movimientos religiosos que procedentes de Persia, de la India y de Egipto, se asentaron en el mundo griego. De hecho el panorama de creencias religiosas es totalmente diferente en el siglo IV a. de C. El orfismo tenía a Diónisos como dios y a Orfeo como su sacerdote, reuniendo cierto sentido místico con una ascética de pu-



JUSTO BARBOZA

rificación. El espíritu humano procede de otro mundo y se encuentra como desterrado en éste, encadenado al cuerpo por la sensualidad. Existe un mundo de acá y otro de más allá y la vida debe vivirse como una fuga de lo terreno.

Armonía del alma con el cosmos

Muy probablemente Pitágoras amalgamó elementos órficos con otros, posiblemente de origen persa, como el del eterno retorno que aparece mencionado en el punto 3 de Dicaearcos, y con sus propias concepciones sobre la constitución del cosmos y sobre el modo concreto de purificación a través de la contemplación, dando primacía al elemento racional y matemático sobre el poético de aquellas cosmogonías primitivas, para producir una síntesis que resultó profundamente atrayente no sólo para sus contemporáneos, sino para los muchos movimientos de inspiración pitagórica durante más de diez siglos.

Al parecer, en el modo de vida de los pitagóricos primitivos la metafísica como tal era poco importante. Lo que verdaderamente importaba era la vida pura, concretada en la armonía del alma con el cosmos, que habría de concluir con la liberación del alma del círculo de reencarnaciones. Lo que importaba era la elevación del alma al cielo de los bienaventurados tras la muerte.

La armonía, como hemos visto anteriormente, está en el corazón mismo del pitagorismo. La música era el método de elevación y purificación del alma y al mismo tiempo objeto de contemplación intelectual que revelaba, con sus congruencias expresables mediante relaciones numéricas, la armonía más profunda del cosmos. La capacidad cuasimágica de la música es elemento heredado por el pitagorismo de las corrientes órficas más primitivas. El análisis científico de los sonidos armónicos es en cambio rasgo muy específicamente pitagórico, que casi con toda seguridad se remonta al mismo Pitágoras.

Diógenes Laercio propone a Pitágoras mismo como inventor del monocorde, no un ins-

trumento musical, sino más bien un aparato científico para verificar la teoría musical utilizado por los pitagóricos. Gaudencio explica pormenorizadamente el experimento más verosímil con el que Pitágoras comprobó y cuantificó su intuición genial de la conexión de la armonía musical con los números. Pitágoras tensó una cuerda musical que producía un sonido que tomó como fundamental, el tono. Hizo señales en la cuerda, que la dividían en doce partes iguales. Pisó la cuerda en el 6 y entonces observó que se producía la octava. Pisó luego en el 9 y resultaba la cuarta. Al pisar el 8 se obtenía la quinta. ¡Las fracciones de cuerda resultantes 1/2, 3/4, 2/3 correspondían a la octava, la cuarta y la quinta! Los sonidos producidos al pisar en otros puntos resultaban discordes o al menos no tan acordes como los anteriores. ¡Los números 1,2,3,4, la Tetraktys, determinaban con sus proporciones relativas los sonidos más consonantes!

El estudio de la armonía fue una ocupación constante de la escuela pitagórica en todas las etapas de su evolución. Platón había manifestado su descontento con el carácter empírico tanto de la armonía como de la astronomía de los pitagóricos. Tal vez por su influjo se produjo una curiosa fundamentación axiomática de la armonía pitagórica, relatada por el astrónomo Tolomeo (ca. 130 d. de C.) en su obra sobre armonía. Los axiomas pueden ex-

presarse así:

1.- A los sonidos musicales corresponden números. A los del mismo tono el mismo número, a los de distinto tono números distintos.

2.- Los números correspondientes a sonidos consonantes se comportan entre sí como el numerador y el denominador de las fracciones más perfectas «a/b», que son aquellas en que el numerador es múltiplo del denominador, «a = nb», o bien aquellas en que «a» sobrepasa a «b» en una parte de b, es decir «a=b+b/n», y esta relación es tanto más perfecta cuanto más simple, es decir cuanto más pequeño sea «n».

3.- A la octava, como más perfecta, debe corresponder la relación 2/1.

De esta forma resulta por pura deducción lógica que a la quinta le debe corresponder 3/2 y a la cuarta 4/3.

De entre los desarrollos posteriores de la armonía científica de los pitagóricos se puede destacar la explicación, asombrosamente acertada, de la naturaleza del sonido como una sucesión de percusiones en el aire, haciendo depender el tono del número de percusiones que se producen por unidad de tiempo, es decir, de la frecuencia. Con ello se explica de modo natural y exacto la producción de sonidos fisiológica y psicológicamente agradables, consonantes, en las cuerdas cuyas longitudes se comportan como los números más sencillos. Las percusiones del aire producidas simultáneamente por una cuerda y la cuerda con la misma tensión, pero de longitud mitad, tono y octava, llegan al tímpano en una secuencia tal en el tiempo que su composición da lugar a una estructura de percusiones que es sencilla y previsible, armoniosa, para nuestro oído. En cambio la producción de dos sonidos de frecuencias de percusión arbitrarias dará lugar a una estructura un tanto caótica que para nuestro oído resulta opaca, no previsible, en una palabra, disonante.

La obra de González Urbaneja se hace eco, en general con gran acierto, de estos y otros muchos aspectos más técnicos del pensamiento pitagórico que aquí no sería oportuno desarrollar en detalle. Se encuadra en una magnífica colección («La matemática en sus personajes») que la editorial Nivola viene desarrollando desde hace unos años. El autor distribuye el rico material que referente al pitagorismo ha explorado a conciencia en 8 capítulos: El milagro griego, Pitágoras, El misticismo aritmético-geométrico, El teorema llamado de Pitágoras, La divina proporción y el pentagrama pitagórico, El descubrimiento de las magnitudes inconmensurables, Los sólidos pitagórico-platónicos, El legado de Pitágoras y Herencia y vigencia del pitagorismo. La obra está profusamente iluminada con ilustraciones, figuras y recuadros y su lectura se hace muy amena, aunque, en mi opinión, algún capítulo ganaría con recortes adecuados, como el dedicado al misticismo numérico, una moda que se hizo muy popular en el pitagorismo posterior. A mi parecer constituye una lectura muy recomendable que ofrece una muy buena aproximación al pitagorismo desde puntos de vista muy diversos. □

RESUMEN

El nacimiento y la pervivencia del pitagorismo, señala Miguel de Guzmán, es uno de los fenómenos más interesantes en la historia de la ciencia y de la cultura en general; su armazón intelectual consistió en una visión del universo como un cosmos y el acierto de Pitágoras fue el de exponer una escuela de pensamiento, una forma de vida. De Pitágoras ape-

nas se conocen datos de su biografía, no se han conservado sus escritos y, sin embargo, es decisivo el papel que ha desempeñado en el desarrollo del pensamiento. El comentarista se ocupa de una biografía de Pitágoras, en la que su autor, P. M. González Urbaneja, le sitúa en el mundo griego de los siglos VI y V, una época de gran eclosión en filosofía, ciencia y arte.

Pedro Miguel González Urbaneja

Pitágoras. El filósofo del número

Nivola Libros Ediciones, Madrid 2001, 248 páginas, 20,02 euros. ISBN 84-95599-08-2

Perdición de la materia

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, *Del lenguaje*, *Canciones y Soliloquios*, *Contra el Tiempo* y *Razón Común*.

La noción de 'masa de un cuerpo' se nos aparece como el centro o corazón de toda la teoría (con observación y cálculo incluidos) de la Física, especialmente desde que, alrededor de Galileo y más formalmente en Newton, se separó en principio 'masa' de 'peso' (también, desde luego, de 'tamaño' y de 'densidad' o 'peso específico'), y que sigue siéndolo, a través de maravillosos avatares sucediéndose a velocidad acelerada, hasta en la Física de nuestros días. De manera que atacar la cuestión de 'masa' le parece al profano la vía más derecha para entender qué es lo que pasa con la Realidad y con la Ciencia que de ella trata.

A ese fin sirve excelentemente*, con su riqueza de noticias de primera mano y su constante honestidad y tino para dar cuenta de ellas, el libro de M. Jammer, Profesor y Rector que ha sido de la Universidad de Bar-Ilan y discípulo que fue de Einstein en su tiempo. Su exposición se dedica primordialmente a la sucesión de teorías desde 1960 (para referencia a las anteriores y desarrollo de algunos puntos complicados remite a su *Concepts of Mass in Classical and Modern Physics*, Harvard 1961, republ. 1997), pero a cada paso, en las nociones o problemas que lo estima pertinente, introduce noticia y discusión de relaciones con los antecedentes, las teorías de Einstein, desde luego, y los *Principia* de Newton, pero también cualesquiera otras que, en los campos diversos de la Ciencia, le parece que han contribuido a esos avatares de la noción de 'masa'. Lo de 'Philosophy' en el título se refiere, por supuesto, a la teoría de teorías físicas que ahora suele llamarse así.

El libro, aparte de breve 'Preface', una página de 'Introduction' y un nutrido 'Index' de nombres y cuestiones, está dividido en 5 capítulos, I 'Inertial Mass', II 'Relativistic Mass', III 'The Mass-Energy Relation', IV 'Gravitational Mass and the Principle of Equivalence', V 'The Nature of Mass'. Y, si bien, muy lejos de la habitual vulgarización, no se exime de la exposición precisa de las teorías ni de aportar al menos las formas menos engorrosas de las ecuaciones correspondientes, no deja nunca de interpretarlas y situarlas en referencia a los cambios y progreso de la cuestión de 'masa', mérito especialmente de agradecer para el profano, aunque también para los estudiosos de Física oportuno: pues no deja uno de asombrarse de que, en medio del progresivo adiestramiento en cálculo matemático y de la información de últimas novedades con que se educa a los estudiantes, pueda convivir con ello una vasta irreflexión o desentendimiento de qué es lo que con ello se está haciendo; como se revela, por ejemplo, en lo que J. p. 87 refiere de cómo J.W. Warren, en 1976, habiendo presentado a 147 estudiantes de ciencia y de ingeniería la cuestión de si es o no correcta la formulación «Una central nuclear se distingue de las otras en que convierte masa en energía», encontró que sólo 32 de ellos le ponían objeción; esto es, que esa mayoría (por no mirar a la de fuera de las aulas) creen que en una central nuclear (o, para el caso, en la bomba atómica) lo que se hace es una aplicación práctica de la fórmula de Einstein 'E = mc²'.

No hago en lo que sigue sino hilvanar algunos vislumbres de los problemas de en torno a 'masa' que el libro de J. me proporciona



ARTURO REQUEJO

(cito por nº de página los pasajes atañentes), para luego usarlos a mi intento, que no será desde luego el de una Filosofía (de la Ciencia), sino el de descubrir un poco cómo, por debajo de las intenciones conscientes, los ajetresos incesantemente renovados y complicados con la noción de 'masa' pueden revelar algo de lo que el sentido común está, desde siempre y ahora, echando de menos en la Ciencia de la Realidad.

Tal vez lo primario para surgir la noción de 'masa' sea su independencia de 'tamaño' (v. sin embargo en 30 sobre la definición de Newton de 'm' como producto de volumen por densidad, 31-32 el intento de los protofísicos, como Janich, 1979, de remitir la noción de masa a la de volumen, y 99-100 la referencia, inexacta, al tamaño de los átomos de Epicuro), lo cual, referido a 'cuerpos' o 'un cuerpo', es ciertamente elemental. Pero si la cuestión se eleva a las (grandes) clases de cuerpos, y se ve, a lo largo de todo el libro de J., cómo los medios de observación y las teorías han de ser dis-

tintos para los de tamaño medio (cosas corrientes) que para los cuerpos celestes y más aún para los átomos y corpúsculos subatómicos, que amenazan, por su cuenta, con perder el estatuto de 'cuerpo' mismo, y cómo una y otra vez se intenta unificar de algún modo el tratamiento, es evidente que, a ese nivel, no puede la masa tranquilamente desprenderse del tamaño.

Lo esencial es la separación de 'peso'. Y he aquí que (11) 'peso' es la primera aparición de 'masa', mientras que la masa gravitatoria, m_g , tiene que definirse a partir de la inercial, m_i . La separación se inicia claramente con el experimento (realizado o no) de Galileo en la torre de Pisa (y su propuesta, 98-99, de juntar en un cuerpo uno pesado con uno ligero y considerar la caída del conjunto), y Poincaré en 1908 la formulaba netamente, como siendo m_i el cociente de fuerza y aceleración, «que es la medida de la inercia del cuerpo», frente a m_g como atracción de un cuerpo sobre otro (91), que a su vez se dividirá en activa, m_a , y pasiva,

m_p , de valor igual, pero de sentido o de signo contrario. A la gran cuestión de la gravedad volvemos luego; pero ya desde este trance de separación asoma el problema, que a otros muchos propósitos encontramos, de la distinción o confusión entre 'm' como cantidad y 'm' como noción. Así Einstein en 1920, al igualar m_i con m_p , declaraba (102) que ambas cantidades denotan la misma cualidad de un cuerpo, que «se manifiesta según circunstancias como 'inercia' o como 'peso'»; y a R.A. Mould en 1991 un «gas de fotones» se le ofrecía (55) como de 'm' \emptyset , pero con peso.

Cerco a la noción de 'masa'

Me refiero como siguiente trámite de cerco a la noción de 'masa' a su separación de 'carga': pues la relación del cuerpo o corpúsculo con el medio (aire, fluido, hasta éter o vacío) se complica mucho cuando el medio es un campo electromagnético, donde las interacciones de, por ejemplo, un electrón con su campo no pueden menos de alterar su 'm', sea lo que sea, ya que incluso está él continuamente emitiendo (y absorbiendo) fotones, que, aunque se declaren sin masa, contribuyen a alterar a su vez el medio y por ende las relaciones (32-38), lo que llevó a tentativas de división entre una 'm. aparente' y una 'm. efectiva' (con los términos a veces intercambiándose), y le hacía a Lorentz declarar en 1906 «... con nuestra negación de la existencia de masa material, el negativo electrón ha perdido mucho de su sustancialidad» (36; piénsese que, si el radio del electrón se hace igual a \emptyset , su 'm' se vuelve, según las ecuaciones usuales, infinita) y la teoría de Haish-Rueda-Puthoff, a la que J. dedica, 163-166, especial atención entre las últimas, y cuyos autores (H., R. y Dobyns) publican ahora un 'Inertial Mass and the quantum vacuum fields', de momento en la Red, 2001, cuenta con el «electromagnetic zero-point field» para habérselas nuevamente con el problema. Pero claro está que todo esto toca a la sustitución de 'partícula' por 'campo', a la que vuelvo luego.

Independencia de 'm' respecto a 'movimiento' es lo que primariamente distingue (41-42) la masa cinemática tradicional de la masa relativística, m_r . Ciertamente que la m_r (reduzca o no a una supuesta m_0 como caso límite de m_r), desde el momento que se define por la medida de su aceleración, sólo es independiente de 'movimiento' en cuanto que lo incluye como constante o inherente a su propia definición. En todo caso, ya en la Relatividad Especial la noción de 'reposo' absoluto queda espulsada de la noción de 'masa', ya que la *rest-mass* de un cuerpo sólo lo es en relación al movimiento de otro cuerpo; y en la Relatividad General el verdadero movimiento, no ya en el objeto, sino en el aparato, es el de la traslación paralela de vectores de modo que las velocidades relativas de 2 partículas coincidan en un mismo punto de espacio tiempo (leo el excelente estudio en Red, marzo de 2001, de J.C. Baez 'The Meaning of Einstein's Equation', que me trasmite, como los otros, el Profesor Caramés, quien puso también el libro de J. en mis manos), cuestión que no puede menos de remitirse a la geometría general de la independencia de la noción de 'punto' respecto a la de 'línea'. Advertido la costumbre de Einstein de usar el término 'point of matter' para aludir al objeto de que aquí tratamos, ya corpúsculo elemental o ya su masa. Es de notar también (55-56) que Einstein mismo abandonó progresivamente la noción misma de 'm_r'.

La que más juego y guerra ha dado es la relación de 'm' con 'energía', sobre todo a través de la ecuación de Einstein, que tal vez po-



Viene de la página anterior



dría escribirse (51-52) « $E_0 = mc^2$ », siendo ' E_0 ' una «rest-energy», es decir, algo que se me aparece más bien como una 'energía potencial' (en el sentido de los seres en potencia de Aristóteles), y, en todo caso, separada de 'ímpetu' (éste recuerda J. en 44 se entiende como producto de 'm' por velocidad, siendo 'fuerza' la mutación de ímpetu), según A. Kamlach en 1988 trataba de distinguir (22-23) una 'm' en relación con 'E' de una 'μ' en relación con 'ímpetu'. Sobre las dudas de Einstein acerca de ' E_0 ' v. 83-85; y detenidamente recorre J. (63-68) sus renovadas tentativas de formular una prueba que se eximiera de circularidad, y distingue cuidadosamente (68-85) 3 tipos de derivaciones de la ecuación. Sobre las discusiones de interpretación del Principio de Equivalencia, y entre ellas la que admite una intercambiabilidad real entre 'm' y 'E', 85-88.

Algo debe haber bajo el término 'masa', como algo bajo el más antiguo de 'materia' (para la separación de ambos, a propósito de la conversión en energía o viceversa, 86-87; y sobre 'antipartícula', 'antigravedad' y, en fin, 'antimateria', o 'masa negativa', esto es, en definitiva, la interpretación física del signo 'menos', 123-129 y 129-136), pero su definición (dependiente de la de 'fuerza' y 'aceleración', 43-44, de cómo se tome 'tiempo', y partiendo de y contra 'peso', 100-101, que parece, en cambio, asequible inmediatamente) se muestra, a lo largo del libro de J., tan dificultosa y controvertida que sin duda trae a cuento ejemplarmente la cuestión misma de 'definición': recorre J. en su primer capítulo (y vuelve sobre ello en el último) las tentativas de renunciar, más o menos explícitamente, a la definición de 'm' en el sentido tradicional de 'notas del concepto', a favor de una 'definición operacional', es decir, que sea el juego de 'm' en los cálculos lo que valga por su definición; y es ejemplar sobre todo (13-15) la declaración de Mach en tal sentido, con las tachas de circularidad en tales proceder y sus defensas. Al fin, que lo que una palabra significa dependa de sus usos es algo común con la lengua corriente y «natural» (y por cierto que la Ramsey sentence, 22 y 30, que parece una «navaja de Ramsey» para eliminar términos inútiles de la teoría, consiste al fin en remitirlos a predicación, al uso), y que algunos de esos usos resulten ser contradictorios es algo que a la lengua común no le preocupa mayormente, pero quizá no valga lo mismo para la científica matemática. En todo caso, la cuestión se remite a la relación entre el 'qué' y el 'cuánto': desde la aparición en Newton de 'm' como *quantitas materiae*, no ha dejado 'm' de ser ambiguo, en cuanto que en los cálculos se refiere a una cantidad, sin que se pierda por ello la conciencia de que ha de ser cantidad de algo (por ejemplo, en las ideas viejas, de una cualidad o propiedad del cuerpo), y ahí está el problema. Es revelador el modo en que Mach, volviendo sobre Newton, declara (95) cómo, en la 'm' gravitatoria, m_a y m_p son numéricamente iguales, conceptualmente diferentes; y el descubrimiento de Einstein (101-102) de la igualdad de m_i con m_p pretende la igualación cuantitativa pero no la identificación.

La relación, dentro de 'm', entre 'gravedad' y 'atracción' o *Trägkeit* (el término alemán, y el primero de Einstein, para m^a) es lo que lleva al desarrollo de muchas de las teorías y al fin a la gran cuestión, que se lleva gran parte del cap. IV de J., de si las teorías y cálculos desarrollados para 'partículas' y su campo (electromagnético) pueden hallar una correspondencia en el estudio de los astros y del cielo, con un debate por la unificación o en contra que dura interminablemente; del cual, por cierto, no puede separarse la cuestión de si el 'tiempo-espacio' con que Einstein u otros trabajaran tiene que ver o no con el ámbito celeste (contando, en este caso, con un influjo en 'm' de los cuerpos lejanos del Universo y descontando como negligible el de los cuer-



ARTURO REQUEJO

pos cercanos) ni, por ende, de la cuestión 'luz' que lleva a veces a separar una luz teórica (término *c* de las ecuaciones) y una luz fenoménica (46-48) o, en fin, a prescindir de *c* y contar con un α 'velocidad límite' o 'límite de velocidad' (77). Sea como sea, de Mach a Barbour (y leo el estudio en Red de H. Zinkernagel, tan sensato como negativo, 'Cosmology, Particles and the Unity of Science', mayo de 2001) la relación de los quanta con la Cosmología ha sido apasionante y herida de desencanto. No será mal recordar, otra vez, que el Universo es algo que se da una sola vez, y por ello mismo se niega a ser objeto de la Ciencia. Ya Einstein reconocía en 1907 la falta de un *Weltbild*, y a ello achacaba lo siempre insatisfactorio de su demostración: «... porque no tenemos aún una imagen-del-mundo completa que corresponda al principio de relatividad».

Sustitución de 'partículas' por 'campo'

Lo esencial, desde luego, para el progreso y tratamiento de la noción de 'masa' ha sido la sustitución de 'partícula' por 'campo': v. en 53-54 la definición de ' m_r ' por M. Born, y cómo (166) Einstein mismo declaraba en su prólogo al libro *Concepts of Space* del propio Jammer, 1954: «la victoria sobre el concepto de espacio absoluto o sobre el del sistema inercial vino a ser posible tan sólo porque el concepto de 'objeto material' se vió gradualmente remplazado, como concepto fundamental de la Física, por el de 'campo'». Y, sin embargo, la necesidad del 'punto material' o de referencia de las cuantías a un objeto mantiene en la teoría la noción de 'masa' (de un cuerpo); y es así que J., habiendo citado el *phúsis kráptesthai philei* (141; Herodotus por Heraclitus, también en el Índice), que, por cierto, podemos leer como «la Realidad consiste en la ocultación de su verdad», cierra su libro con lo que ya en el Preface advierte: «la noción de 'ma-

sa', aunque fundamental en Física, está todavía envuelta en el misterio». *Shrouded* 'amortajada' dice el inglés ominosamente.

Añado sólo un par de observaciones. La una, que, como veo que J. y seguramente los más de los físicos que él estudia se acuerdan poco y mal de la primera teoría atómica o materialista de nuestro mundo, será bien anotar que no deja la Física de Epicuro, cantada por Lucrecio, de tener ciertas ventajas: pues su átomo se exime de la cuestión de 'masa / peso', ya que ello, aunque se diga que hay unos más pesados que otros, no es en verdad una cualidad del átomo, ni es el caer algo que le pase, sino que es de su esencia o definición, así como la sola causa de ello es el vacío, la absoluta falta de resistencia. La otra, que tanto a esa primera Física como a la última el error primero y raíz de sus problemas les viene seguramente de haber dado por consabida o definida la noción de 'cuerpo', *corpus, body*, al que 'masa' deba referirse (ya en Lucrecio *corpus, res*, se usan ambiguamente, para las cosas reales o compuestas y para los átomos, invisibles, sub-reales, como el vacío), siendo así que a menudo es incierto si la cuestión de 'masa' y su cuantificación se refiere a 'cuerpos' y 'un cuerpo' (con el caso ejemplar del electrón,

que ha de ser múltiple y el mismo todos) o si a 'clase de cuerpo', como la 'm' del oro o del helio, o si a 'el cuerpo', justamente definido por su masa; y también, que tanto la teoría epicúrea como las actuales están obligadas a recurrir a una 'velocidad-límite' (sea o no «de la luz»), lo que sería el caso único de una velocidad sin aceleración posible; y que la infinitud se trata, por fuerza, doméstica- y engañosamente, en cuanto que consiente compatibilidad con 'identidad' y con 'cuantificación numérica'.

No se da, en suma, una distinción lo bastante neta entre la Realidad y la sub-realidad teórica (átomos y vacío, por ejemplo) explicativa de la Realidad; y así, a lo largo de estos apasionantes avatares de la noción de 'masa', vuelve a aparecer ejemplarmente lo que es el destino de toda Física, que, descubriendo una y otra vez la relación o límite de la Realidad con lo que hay y que no lo es, debe en el momento siguiente proceder a comprender eso mismo dentro de la Realidad, para volver a descubrir lo de más allá de la Realidad en el momento sucesivo.

⁽¹⁾ «El autor evita ortografías que puedan engañar a locutores concienciados.» (A. G. C.)

RESUMEN

Para Agustín García Calvo la noción de 'masa de un cuerpo' aparece como el centro de toda la teoría de la Física, desde que, a partir de Galileo y de Newton, se separó en principio 'masa' de 'peso' (y de 'tamaño' y de 'densidad'), y esto ha sido así hasta llegar a la Física actual. El estudioso, interesado por comentar un libro

de Física, pretende al menos hilvanar algunos vislumbres de los problemas que en torno a la noción de 'masa' le proporciona el libro que comenta, del que es autor M. Jammer, y que da cuenta de la sucesión de teorías que se han producido en referencia a los cambios y progresos de la cuestión de 'masa'.

Max Jammer

Concepts of Mass in Contemporary Physics and Philosophy

Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2000. XII + 180 páginas. 41.50 dólares. ISBN-0-691-01017-X

Obreros tras la pantalla

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Angeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Actualmente es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya Facultad de Ciencias de la Comunicación ha sido Decano. Ha sido presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

El libro de Emeterio Díaz constituye una incursión verdaderamente insólita en un territorio virgen de la historia del cine español. Propone un recorrido exploratorio de la historia político-social de la fuerza laboral que ha operado en el marco de nuestra industria cinematográfica, desde 1931 hasta hoy. Se trata de un verdadero agujero negro, de una zona sumergida para la historiografía convencional, desprovista de espectacularidad y de glamour, porque se centra en la identidad, los afanes y las luchas del movimiento obrero en este sector. La primera premisa del libro enuncia que el cine representa, en el ámbito de los espectáculos públicos, el paso del modo de producción artesanal al modo de producción fabril, típico de la modernidad. Y dentro de su estructura industrial el autor establece una definición metódica de sus tipologías laborales, tanto manuales como intelectuales, en sus tres ramas: la producción, la distribución y la exhibición. Establecida esta base, el autor propone un recorrido histórico a través de las etapas de nuestra historia reciente: la Segunda República, la Guerra Civil, la dictadura franquista y la monarquía democrática. Y dentro de cada periodo histórico se examinan sistemáticamente el censo de trabajadores, su organización sindical, sus reivindicaciones y su nivel de vida. Y todo ello a partir de un meticuloso trabajo de vaciado de fuentes documentales de cada época y con profusión de cuadros estadísticos esclarecedores. El resultado compone un retablo muy elocuente de las convulsiones sociopolíticas, laborales y sindicales que han fracturado la historia de nuestro país a lo largo de un siglo.

De la República a la Revolución

El recorrido histórico propuesto por Emeterio Díaz se inicia lógicamente en 1931, con la formalización de un movimiento sindical en este sector, cuyo origen remoto se hallaba en los años veinte, desarrollado a partir de un primer Sindicato de Oficios Varios. El autor ofrece un elenco de las asociaciones obreras de la industria de espectáculos públicos durante la República, cuyos dos referentes mayores fueron la UGT (Unión General de Trabajadores) y la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Y re-

cupera la memoria de la conflictividad en este periodo, en el que se instala el cine sonoro, con algunos ejemplos olvidados o poco conocidos, como el pleito del músico Jacinto Guerrero y el letrista Ramos Martín interpuesto en 1930 contra la United Artists norteamericana y con el que consiguieron de esta firma una indemnización de 50.000 pesetas por haber utilizado su tema musical *¡Hay que ver, hay que ver!* En el año 1936, bajo el gobierno del Frente Popular, la conflictividad laboral fue especialmente intensa. Así, cuando la Metro-Goldwyn-Mayer negoció un aumento de salarios a los trabajadores de servicios auxiliares del Cine Capitol de Madrid, se desencadenó un boicot contra todas las películas de esta distribuidora anunciadas en la capital. Episodios de boicot obrero fueron también padecidos en este año por la productora y distribuidora Cifesa, a raíz de varios despidos, y en el mes de mayo por los estudios madrileños CEA, que afectaron especialmente al rodaje de *El genio alegre*, de Fernando Delgado.

El balance final del autor sobre esta agitada etapa política le permite afirmar que los trabajadores cinematográficos mantuvieron una postura reformista gracias a la cual consiguieron aumentos de salarios, una legislación social básica y cierta mejora de su rango social (pág. 46).

El cataclismo de la Guerra Civil propuso traumáticamente un escenario laboral totalmente nuevo. A lo largo de tres años se enfrentaron en los campos de batalla un modelo social fascista a otro marxista-libertario, que desde luego no fue homogéneo, pues los comunistas y los anarquistas acabaron por dirimir sus diferencias ideológicas a tiros. Pese a ello, este bando obrerista es el que ofrece mayor interés al investigador, por su radicalismo revolucionario y colectivista, pero también por sus fracasos. Mientras los ideólogos y los cuadros dirigentes del movimiento obrero abominaban del cine «burgués» que llegaba de Hollywood —denunciado como «narcótico para las masas»—, las taquillas permitían verificar abrumadoramente que sus películas eran las preferidas por el atribulado público popular que llenaba las salas de Madrid, Barcelona o Valencia. El epígrafe «El fracaso de la revolución» cierra el capítulo, replanteando el dilema no resuelto en el bando del Frente Popular, acerca de si las actividades cinematográficas debía gestionarlas el Estado, los sindicatos o las cooperativas.

La dictadura franquista

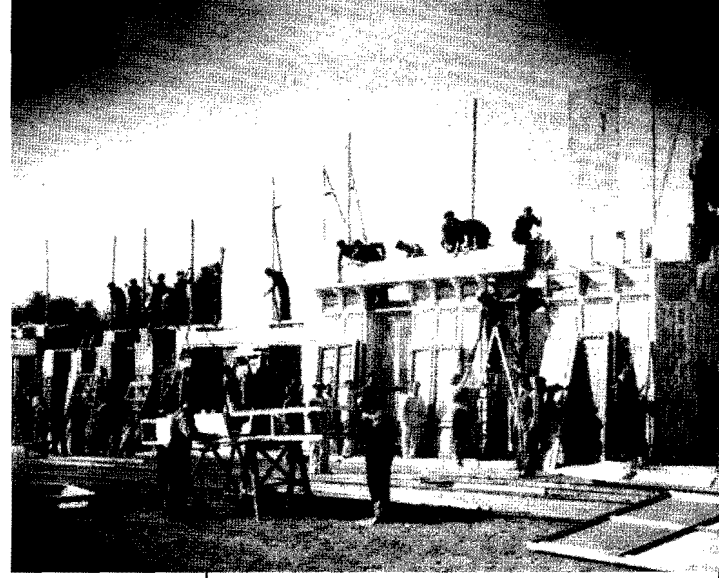
Por su dilatada extensión cronológica, el capítulo dedicado al régimen autoritario surgido de la Guerra Civil cobra especial protagonismo en el libro, aunque el autor es perfectamente consciente de que se trata de un periodo con etapas o subperiodos bien diferenciados. De hecho, el modelo político fundacional, surgido de la contienda civil, tuvo que irse acomodando a factores tan decisivos como la derrota militar del Eje, a su reconocimiento internacional a principios de los años cincuenta,

al desarrollismo de los años sesenta, etc. Y todo ello tuvo claro reflejo en un sistema que se basó, como es bien notorio, en la negación de los derechos de libre expresión y asociación, así como de los derechos sindicales y de huelga. En su etapa inicial, el Fuero del Trabajo, una carta laboral de cuño fascista implantada en 1938, definió el proyecto social del franquismo, estrechamente inspirado por el corporativismo italiano y alemán de la época. Una pieza fundamental en este sistema fue el peculiar modelo de sindicato, llamado «vertical», porque integraba en la misma organización a los patronos y a los obreros, presuntamente unidos por su finalidad superior de servir a los intereses de la patria. El Sindicato Nacional del Espectáculo, que se impuso obligatoriamente a los trabajadores cinematográficos, se fundó en febrero de 1940.

De este sindicato dependieron posteriormente agrupaciones que englobaban diferentes actividades profesionales y que, mediante la expedición de carnés, tendieron a fomentar el proteccionismo exclusivista y la endogamia en cada grupo. Tal cerrazón conoció un primer reto con los licenciados del IIEC (Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas), ente académico estatal creado en 1947, abriendo una nueva vía de acceso a la profesión, no basada en el escalafón y la veterania. Los licenciados del IIEC (y los posteriores de la Escuela Oficial de Cinematografía) tuvieron que vencer en bastantes casos resistencias hostiles por parte del «establishment» profesional. Un ejemplo llamativo de esta política endógama se halló en la ASDREC (Agrupación Sindical de Directores Realizadores Españoles de Cinematografía), fundada en 1962 y que capitaneó el militante comunista Juan Antonio Bardem.

No siempre las políticas del ministerio de turno —en nuestro caso del Ministerio de Información y Turismo, creado en 1951— convivió cómodamente con las estrategias de las agrupaciones sindicales. Emeterio Díaz cita el caso de Vicente Aranda, que tuvo que debutar como correalizador de *Brillante porvenir* conmigo, porque la ASDREC le negó el carné profesional (pág. 83). Puedo añadir ahora que, tras su negativa, intentamos entrevistarnos con José María García Escudero, director general de Cinematografía, para tratar de resolver el problema y, notificado el tema que nos llevaba a pedir la entrevista en un pequeño formulario, se negó a recibirnos. Era obvio que, aun estando a favor de promover nuevos realizadores, no le interesaba entrar en aquel conflicto. La cuestión de los carnés profesionales resultó decisiva en la política de coproducciones con otros países, pues había que respetar ciertas cuotas nacionales en sus equipos.

Una parte importante de este capítulo está dedicada a «El movimiento obrero antifranquista» (pág. 99), dando cuenta el autor del resistencialismo político de la oposición en este sector, señaladamente la del Partido Comunista de España. A este tema, que podría nutrir un grueso volumen, perteneció la infiltración comunista en los cineclubs del SEU (Sindicato Español Universitario), oficialmente falangista. Jorge Semprún, Ricardo Muñoz Suay y Juan Antonio Bardem resultaron figuras cruciales en aquellas escaramuzas, a través de revistas como *Objetivo* (prohibida en 1955) y *Nuestro Cine*. Su intervención más famosa se produjo con la puesta en marcha de las Conversaciones



Obreros trabajando en un decorado cinematográfico.

Cinematográficas cobijadas por la Universidad de Salamanca en mayo de 1955, en las que convergieron tácticamente los intereses del PCE, los de intelectuales católicos (como García Escudero y Pérez Lozano) y de sectores reformistas del SEU. El conclave desembocó en una denuncia en toda regla de la política cinematográfica franquista y el autor ofrece, en un esclarecedor apéndice, un informe interno que ofrece la valoración política que mereció al PCE su denuncia pública efectuada con amparo oficial.

En la etapa terminal de descomposición de la dictadura floreció en Madrid y en Barcelona un cine militante y clandestino, cuya descripción somera por parte del autor podría enriquecerse con nuevos datos y matices.

La monarquía democrática

El último capítulo del libro está dedicado a la monarquía democrática, cubriendo el periodo 1975-1999, aunque habría sido más riguroso ceñirlo a la etapa 1978-1999, es decir, iniciándola con la aprobación de la Constitución. En esta etapa se habla más de industria audiovisual que de cine, debido a los importantes cambios tecnoculturales producidos en la era de la televisión. El autor señala la complejidad de la situación, que a un marco de libertad de expresión, sindical y de empresa superpone la hegemonía coactiva de Hollywood, que niega la libertad de mercado. Y resulta inevitable adivinar cierta melancolía cuando el autor constata la desintegración del movimiento obrero y el declive del cine como espectáculo público.

En cierto modo, en esta etapa se producen los cambios más radicales descritos en el libro (salvo las sacudidas revolucionarias de la Guerra Civil), pues nos hallamos ante un auténtico cambio de página en la historia de la cultura. Ello no desautoriza al autor cuando invoca, con el tono reivindicativo que posee todo el libro, la transición audiovisual pendiente (pág. 145).

En resumen, el texto que nos ha brindado Emeterio Díaz ofrece, junto a una información abundante, utilísima y poco divulgada, una reflexión crítica acerca de la trastienda laboral que se oculta tras los engañosos oropeles del espectáculo cinematográfico. □

En el próximo número

Artículos de José Manuel Sánchez Ron, José María Mato, Mario Camus, Juan Velarde Fuertes, Jesús Villa Rojo y Antonio Quilis

RESUMEN

Román Gubern saluda la aparición de una obra que constituye una incursión insólita en un territorio virgen de la historia del cine español y que lleva a cabo un recorrido exploratorio de la historia político-social de la fuerza laboral que ha operado en España en su industria ci-

nematográfica, desde la República hasta hoy. El resultado compone un retablo muy elocuente de las convulsiones sociopolíticas, laborales y sindicales que, más allá del campo acotado, han fracturado la historia de España a lo largo de un siglo.

Emeterio Díaz Puertas

Historia del movimiento obrero en la industria española del cine. 1931-1999

Ediciones de la Filmoteca, Generalitat Valenciana, Valencia, 2001. 280 páginas, ilustrado. 21,15 euros. ISBN 84-482-2532-5.

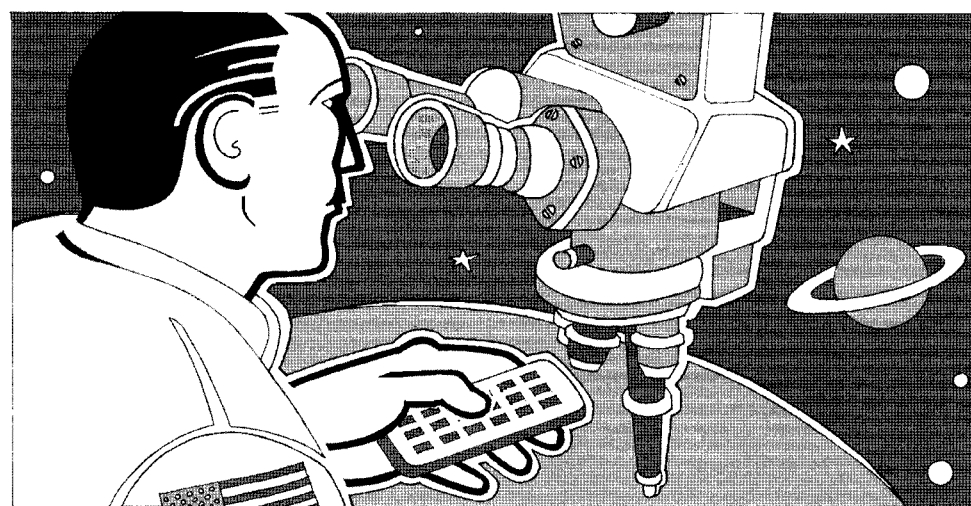
Ciencia y política en Estados Unidos

Por José Manuel Sánchez Ron

José Manuel Sánchez Ron (Madrid 1949) es catedrático de Historia de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid, donde antes fue profesor titular de Física Teórica. Es autor de más de una veintena de libros en los campos de la historia de la ciencia internacional y española y del ensayo, entre los cuales se encuentran, dentro de los más recientes: *Cinco, martillo y piedra, El siglo de la ciencia, por el que recibió el premio José Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades de la Villa de Madrid, El futuro es un país tranquilo, Historia de la física cuántica. I y El jardín de Newton.*

Aunque es preciso introducir alguna matización, en general no parece exagerado afirmar que Estados Unidos ha sido durante la mayor parte del siglo XX –y lo que llevamos del XXI– la gran potencia política, militar y económica mundial. Los elementos en que se basa semejante posición de privilegio son diversos, pero entre los que se pueden y deben mencionar figura sin duda su gran poderío científico y tecnológico. Por ello, la nación norteamericana ha sido considerada –y continúa siéndolo– un modelo a imitar en lo que a política científica se refiere por aquellas naciones que desean mejorar sus niveles de riqueza y poder. Ahora bien, la cuestión es: ¿cuáles han sido los rasgos más sobresalientes y constantes de la política científica en Estados Unidos?

Obviamente, no es ésta una pregunta nueva: seguramente, todos los que se han interesado por la cuestión de cómo se puede favorecer el desarrollo científico, así como por la –fundamental desde múltiples puntos de vista socioeconómicos– de cuál es la relación entre ciencia y tecnología, se la habrán formulado de una u otra forma. Y tras hacérsela muchos habrán llegado a –o aceptado– respuestas que forman parte de algo así como la «idiosincrasia popular» entre la mayoría de los científicos, políticos y periodistas especializados en temas científicos y tecnológicos. Respuestas como la de que primero hay que preocuparse por favorecer la ciencia básica, que al ser aplicada –después, claro– se convierte en tecnología, de la que se extraen todo tipo de beneficios socioeconómicos. Una percepción, ésta, que se complementa con la argumentación de que uno de los principales obstáculos –para muchos, el mayor– que debe vencer la ciencia es la de vencer a los políticos para que aumenten los



MARISOL CALÉS

recursos públicos que asignan a la investigación básica. Y que éste no es un obstáculo teórico, imaginado, sino una losa que continuamente sobrevuela el horizonte de los científicos, que con frecuencia ven a sus dirigentes y conciudadanos como ingratos receptores de los bienes que sus disciplinas esparcen entre ellos.

¿Quién no ha escuchado alguna vez letanías como las anteriores? Parecen, además, tan razonables: primero está la ciencia, después viene, como fruta madura que cae del árbol del conocimiento fundamental, la tecnología. Por consiguiente, si se busca incrementar el patrimonio de bienes tecnológicos hay que favorecer, en primer lugar, por encima de cualquier otra consideración, a la ciencia básica. Ahora bien, como ésta, la ciencia, es un edificio acumulativo, según se desarrolla va haciéndose más grande y poderosa, pero también más acaparadora de recursos, más insaciable. Reclama así, ella sola o formando pareja con el desarrollo tecnológico, en eso que se denomina I+D (Investigación más Desarrollo), recursos cada vez mayores, para continuar creciendo y que se puedan explotar sus potencialidades, algo que únicamente se puede conseguir –iniciativa privada aparte– si la sociedad, si los gobiernos son cada vez más generosos en su financiación para con ella, para con la ciencia y los científicos. Pero los gobiernos son –en las naciones con regímenes democráticos al menos– esclavos de los ciudadanos, circunstancia que es aprovechada por los científicos y sus defensores más entusiastas para argumentar, cuando no reciben lo que reclaman, que la ciu-

dadanía no sabe mucho de ciencia, que no la valora y que este hecho explica sus constantes problemas de financiación pública. «Que lo sepa todo el mundo», vienen a decir esos investigadores, «somos la mano que mece el mundo; gracias a nosotros en las sociedades en las que vivimos y trabajamos existen más bienestar y menos ignorancia y, sin embargo, no se nos valora lo suficiente, y se nos niegan continuamente los recursos que necesitamos».

Ciencia y periodismo científico

Son éstas, como digo, letanías, canciones, discursos, reivindicaciones antiguas. Plausibles, sí, pero seamos exigentes con nosotros mismos y preguntémosnos si son realmente ciertas o, cuando menos, si lo son en el país –Estados Unidos– que en tantos aspectos marca la pauta en lo que a modos y políticas científicas y tecnocientíficas se refiere. Inquiramos si es verdad que los científicos encuentran tantas dificultades como muchos dicen, si se mueven continuamente en las turbulentas y cambiantes aguas de la lucha por la supervivencia económica. Pues bien, de todo esto –y de bastantes cosas más– es de lo que trata *Science, Money, and Politics*, del periodista especializado en política científica, afincado en Washington, D. C. y fundador de la influyente revista *Science & Government Report*, Daniel S. Greenberg, que años atrás, en 1967, ya nos había ofrecido otro libro fascinante, *The Politics of Pure Science*. Probablemente sólo una persona como él podría haber abordado semejantes cuestiones. Una persona que no es un científico activo, pero cuya profesión le obliga, no obstante, a estar al tanto de lo principal, de lo esencial, que sucede en el polidrico mundo de la ciencia, de la investigación y de la política científica; pero que le «obliga a estar al tanto» con la finalidad de transmitir sus conocimientos de una forma clara e independiente, sin prejuicios en contra de la ciencia, por supuesto, pero también sin dejarse fascinar por tantos cantos de sirena que continuamente se escuchan a lo largo y ancho del universo de los medios de co-

municación (prensa, radio y televisión), medios que, como es bien sabido, ejercen una extraordinaria influencia tanto entre los dirigentes políticos y líderes culturales, como en el público en general. Y es que no está de más reconocer que muchos de los que escriben en los medios de difusión acerca de la ciencia y la tecnología, y que, es cierto, cumplen (con frecuencia rodeados de una profunda soledad e incompreensión) una labor que todos aquellos que pensamos que la ciencia constituye un valor cultural y material fundamental para cualquier sociedad nunca podremos agradecer lo suficiente, desempeñan su trabajo no siempre con la necesaria independencia de juicio. ¿Cuántos artículos se publican que se apresuran a propagar, entusiasmados, los resultados que anuncia tal o cual científico, que proclama a los cuatro vientos que esos resultados suyos conducirán, prácticamente de una forma inevitable, a un nuevo, por ejemplo, medicamento, teoría, instrumento, material, combustible o proceso tecnocientífico que resolverá un problema contra el que la humanidad lucha desde antiguo (una enfermedad o limitación física, una carencia energética, o quien sabe qué)! Y, ¡ay!, con extraordinaria frecuencia no se vuelve a saber nada de esas esperanzas tan gozosamente anunciadas. Por supuesto que cualquiera que conozca algo de cómo progresa el conocimiento científico sabe que el camino que lleva hacia resultados que en un momento u otro se consideran probables, tal vez prácticamente seguros, es largo y en absoluto seguro. Sucede, no obstante, que la empresa científica tiene en la actualidad –desde hace bastante, de hecho– una dimensión socioeconómica que recomienda (especialmente en el caso de los periodistas) ser lo más precavido posible; ser, por ejemplo, cauteloso con respecto a los anuncios de los científicos, no pensar que en sus manifestaciones públicas éstos introducen los mismos criterios metodológicos (del tipo de rigor, verificabilidad, certidumbre o desprendimiento) que deben aplicar en su práctica profesional. Recomienda, digo, especialmente en el caso de los periodistas, porque la legitimación pública que otorga a un científico una entusiasta y acrítica noticia difundida en un periódico (sobre todo en éstos, ya que el papel impreso tiene, por el momento al menos, una «vida comunicativa» mayor), radio o televisión, representa una poderosa arma para ese investigador. Se puede argumentar que, bueno, tampoco se hace ningún mal si se trata de un profesional honesto, que, simplemente, es demasiado optimista, y que, al fin y al cabo, de esta forma el público, la sociedad, se interesan por la ciencia, algo siempre recomendable. Comprendo este tipo de discurso, pero no lo comparto. En primer lugar porque en última instancia cualquier deformación de la realidad, que se pueda evitar razonablemente –cuando menos moderar–, es nociva. Luchar contra el error, contra las falsas esperanzas e imágenes, debería constituir, prácticamente en cualquier circunstancia, un fin moral y social a perseguir. Más aún cuando se trata de científicos, las per-



En este número

Artículos de

José Manuel Sánchez Ron	1-2-3	Juan Velarde Fuertes	8-9
José María Mato	4-5	Jesús Villa Rojo	10-11
Mario Camus	6-7	Antonio Quilis	12

SUMARIO en página 2



Ciencia y política en Estados Unidos

sonas que hacen de la búsqueda de la verdad su profesión. Es una vieja, viejísima, sentencia, pero no por ello caduca, la de que «el fin no justifica los medios». Ni siquiera aunque se trate de un fin tan, para algunos (entre los que me cuento), recomendable, como el de propagar y acrecentar el conocimiento científico.

El sueño de Vannevar Bush

Ocurre, además, que las exageraciones de los científicos –o, para ser más precavido y acaso justo, algunas opiniones que éstos se esfuerzan en propagar, opiniones que manejan argumentos que conducirían, caso de ser aceptadas, a mejorar la situación de la ciencia– no se refieren siempre a resultados, sino a instrumentos «políticos» necesarios para la práctica científica. Greenberg estudia en su libro un buen número de esas opiniones e instrumentos. Y lo hace insertando su análisis en una excelente reconstrucción de la historia de la política científica –y de las principales instituciones federales, académicas y profesionales existentes– en Estados Unidos a partir de 1945. Comenzando con el famoso informe sobre el apoyo que habría que dedicar a la ciencia después de la guerra (la Segunda Guerra Mundial) que el presidente Franklin D. Roosevelt encargó (cinco meses antes de su muerte) al ingeniero y pionero en el diseño de máquinas computacionales Vannevar Bush, director de la agencia civil –la «Office of Scientific Research and Development»– creada durante la guerra para controlar una buena parte del esfuerzo estadounidense en investigación, y que éste entregó en julio de 1945 a Truman, con el título de *Science, The Endless Frontier*, un informe que se convirtió en una leyenda, en un mito. El tratamiento que hace Greenberg del informe de Bush, con el que comienza *Science, Money, and Politics*, da, de hecho, el tono del libro, ya que nos encontramos con una reconstrucción de lo que ese todavía hoy célebre informe significó bastante diferente a la tradicional. Bush defendió con ardor que el avance científico era esencial para la guerra contra la enfermedad, para la seguridad nacional y para el bienestar público, haciendo hincapié en la importancia de la investigación básica: «una nación que depende de otras», escribió en su informe, «para su nuevo conoci-

miento científico avanzará lentamente en su progreso industrial y tendrá una posición competitiva débil en el comercio mundial, independientemente de su habilidad mecánica». Para asegurarse que Estados Unidos siguiese en el futuro los caminos adecuados en el mundo científico, Bush defendía la creación de «una Junta Asesora para la Ciencia permanente, que consulte con las agencias científicas y asesore a las ramas ejecutivas y legislativas del Gobierno sobre las políticas y presupuestos de las agencias del Gobierno implicadas en la investigación científica», una Junta –una Fundación de hecho– con plena independencia y poderes sobre la investigación científica federal, que tuviese que dar cuentas solamente al Presidente y al Congreso. No fue éste, sin embargo, el modelo que finalmente se adoptó, creándose una «National Science Foundation» (NSF), que, hasta la fecha, controla únicamente una pequeña parte de la financiación que el Gobierno norteamericano dedica a la investigación: en la actualidad en torno a 4.000 millones de dólares, de un presupuesto federal total para I+D de 75.000 millones. Comparado con el Pentágono, que controla la mitad de esos 75.000 millones, la importancia de la NSF es minúscula.

La ciencia estadounidense y la Presidencia

El ejemplo de Truman y la «National Science Foundation» no es sino el primero de los que ofrece en este apartado Greenberg, que también se ocupa –de forma desigual– de las ideas que sostuvieron y políticas que emplearon con relación a la investigación científica y desarrollo tecnológico los presidentes Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush y Clinton, así como al papel que asignaron a la política científica en sus respectivos gabinetes. Al hacerlo, aborda algunos de los apartados básicos de la relación ciencia-política: el del lugar que debe ocupar la ciencia en los gabinetes gubernamentales y el de la lealtad y comprensión de unos (los científicos) para con los otros (los políticos).

En cuanto al primer apartado, el del lugar que debe ocupar la ciencia en los gabinetes gubernamentales, el caso estadounidense constituye un ejemplo complicado, de difícil

extrapolación a otros países, oscurecido además por las diversas idiosincrasias y tácticas políticas de los diferentes presidentes (sin olvidar el nada desdeñable papel que desempeñan el Congreso y el Senado). No se puede, sin embargo, dejar al margen a dos elementos especialmente relevantes para la cuestión de la ubicación de la ciencia en el «aparato» presidencial estadounidense, elementos especialmente queridos por los científicos norteamericanos, como son el Comité Asesor del Presidente en Ciencia (PSAC; de «President's Science Advisory Committee»), establecido por Eisenhower durante su presidencia, y el Asesor Especial del Presidente para Ciencia y Tecnología. Al tratarse del grupo asesor y del puesto más próximo al Presidente para temas científicos, su importancia para la comunidad científica es grande, lo que implica continuas presiones por parte de ésta tanto sobre el Asesor como sobre los miembros del Comité, un hecho éste que saca a la palestra la cuestión, central en la arena política, de la lealtad a la que antes aludía. De lo que se está o termina hablando, en definitiva, es de si la ciencia, de si la comunidad científica, puede o debe imponer –o tiene un estatus especial– sus criterios, sus valores, esperanzas y programas al conjunto de la sociedad, representada por sus gobernantes; y de si los científicos que el poder político reclama para colaborar con él, y que le ayudan a moverse en el complejo mundo, para los legos, de la ciencia, deben anteponer sus intereses y convicciones profesionales y personales, incluso su solidaridad para con sus colegas, a la lealtad para con los políticos –con los, no lo olvidemos, representantes del pueblo– que les solicitan y admiten.

Aunque pueda parecer a alguno una disyuntiva moral y legalmente transparente, en modo alguno complicada, no lo es en absoluto. Por una parte está el argumento de la lealtad debida para con esos representantes del pueblo que piden la colaboración de algunos –unos pocos– científicos, que entran a formar parte de un equipo, circunstancia que obliga en cierta manera a un cierto desprendimiento solidario con el grupo del que se pasa a formar parte, pero por otra está la, por decirlo de alguna manera, fuerte «conciencia de clase» y filosofía, el «ethos», de los científicos, el producto largamente elaborado de una historia y convicciones comunales: la historia de la construc-

ción de la ciencia, una empresa varias veces milenaria que ha conducido a librar a la humanidad de un sinnúmero de prejuicios, al igual que de esclavitudes físicas; está, en definitiva, la convicción del científico convertido en asesor político de que su disciplina constituye un tesoro del que no puede prescindir la humanidad. No es fácil violentar tales creencias para un buen profesional, como sin duda lo son cualquiera de los que acceden a los puestos a los que me estoy refiriendo, lo que puede dar lugar a importantes conflictos. Como los que se dieron durante el mandato de Richard Nixon.

Dilemas morales

Parece que Nixon siempre albergó dudas sobre la importancia de la ciencia, y que sospechaba del criterio y lealtad de los científicos. Sus convicciones en este sentido se reforzaron con una serie de sucesos que se produjeron durante la primera etapa de su presidencia. Sucesos como el comportamiento de Richard L. Garwin, un físico de IBM que Kennedy ya había nombrado en 1961 para el PSAC, y que Nixon reeligió en 1969, a pesar de que Garwin se oponía al programa de misiles antibalísticos que defendía el Presidente. Como miembro del PSAC, Garwin presidió un comité para estudiar un proyecto que Nixon apoyaba y daba gran importancia política: el del transporte supersónico, al que el Congreso se oponía por motivos de coste, viabilidad económica y miedo a contaminación sónica y estratosférica. Al testificar ante el Subcomité del Congreso que debía decidir sobre si autorizar o no el programa, Garwin reconoció su pertenencia al PSAC, pero añadió: «Quiero destacar que estoy hablando ahora como un individuo y no como representante de algún grupo o persona», manifestando a continuación su oposición al proyecto. Semejante comportamiento debió reforzar las opiniones (prejuicios) de Nixon sobre los científicos; así, en una conversación que mantuvo en 1971 con alguno de sus colaboradores y que fue grabada, saliendo a la luz posteriormente, realizó comentarios vejatorios sobre sus asesores científicos (ninguno



SUMARIO

	Págs.
«Ciencia y política en Estados Unidos», por José Manuel Sánchez Ron, sobre <i>Science, Money, and Politics</i> , de Daniel S. Greenberg	1-2-3
«Revisitando a Mendel», por José María Mato, sobre <i>The Cooperative Gene. How Mendel's Demon Explains the Evolution of Complex Beings</i> , de Mark Ridley	4-5
«La sombra de John Ford», por Mario Camus, sobre <i>Print the Legend: La vida y época de John Ford</i> , de Scott Eyman	6-7
«España, tres milenios con sentido», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>España, tres milenios de Historia</i> , de Antonio Domínguez Ortiz	8-9
«La Serie Schönberg», por Jesús Villa Rojo, sobre <i>La Serie Schönberg</i> , de Glenn Gould	10-11
«El origen de la lexicografía amerindia», por Antonio Quilis, sobre <i>Vocabulario en lengua castellana y mexicana</i> , de Fray Alonso de Molina	12

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

Viene de la página anterior



de los cuales se encontraba presente en aquel momento), proclamando su admiración por Edwin Land (1909-1991), el inventor de la «fotografía instantánea», responsable asimismo de la introducción de los sistemas Polaroid de fotografía en los aviones espías U-2. Irritado por lo que consideraba falta de lealtad de sus asesores científicos, en 1973, tras ser reelegido para un segundo mandato, Nixon abolió el puesto de Asesor del Presidente para Ciencia y Tecnología, la Oficina para Ciencia y Tecnología de la Casa Blanca y el PSAC, cesando asimismo al director de los Institutos Nacionales de la Salud, Robert Marston, que había expresado dudas sobre la justificación de su programa favorito: la guerra contra el cáncer. Pronto, no obstante, se reestablecería el status quo: tras dimitir de la Presidencia en 1974, su sucesor, Gerald Ford, recuperó los departamentos científicos abolidos.

El punto importante, sin embargo, es que con su decisión de 1973 Nixon enseñó a los líderes científicos una dolorosa lección, la de que la Presidencia de la nación no estaba dispuesta a permitir ninguna intromisión —no, desde luego, directa— por parte de los científicos en el territorio político, que si se les solicitaba —y acogía— en el restringido, e influyente, ámbito en el que se tomaban las decisiones políticas verdaderamente importantes, su lealtad debía ser, por encima de cualquier otra consideración, a sus jefes políticos, a su Presidente, y no a su disciplina vocacional, a la Ciencia. Y no sólo que no estaba dispuesto a permitir semejante «deslealtad», sino que podía permitirse prescindir de los científicos en su gabinete. El dilema moral que circunstancias de este tipo plantea es evidente, pero no diferente al que se pueden encontrar en todo tipo de situaciones muchos otros profesionales o, simplemente, ciudadanos.

Bien porque lo aprendieron de Nixon, o porque constituye un principio sólidamente enraizado en la ideología política de los científicos, el hecho es que en general éstos han sido muy cuidadosos en lo que se refiere a entrar en la arena de la política estadounidense. Con la única excepción de la movilización que se produjo en la campaña presidencial de 1964, bajo la bandera de «Científicos e Ingenieros a favor de Johnson-Humphrey», y contra Barry Goldwater (el problema con Goldwater, el candidato republicano, fue lo radical de algunas de sus ideas: en, por ejemplo, su discurso al aceptar la designación republicana proclamó que «el extremismo en defensa de la libertad no es un vicio. Y permítanme también recordarles que la moderación en la búsqueda de la libertad tampoco es una virtud», manifestación a la que acompañó con una serie de beligerantes comentarios del tipo de enviar un misil —con cabeza nuclear, claro— al servicio de hombres del Kremlin, manifestaciones que, razonablemente, alarmaron a una serie de importantes científicos estadounidenses). Pero nunca un número significativo de científicos volvió a involucrarse en una campaña presidencial.

Una actividad a pesar de todo privilegiada

No obstante sus sentimientos y actuaciones, durante la presidencia de Nixon el gasto federal en I+D continuó aumentando: de 14.900 a 18.000 millones de dólares. Y es que, como Greenberg demuestra a lo largo de su libro con una transparencia y abundancia de datos abrumadora, una de las características más notables de la política federal estadounidense de la segunda mitad del siglo XX ha sido el aumento constante en la financiación pública a la ciencia, independientemente de las políticas sociales, militares y económicas sostenidas por los diferentes presidentes, Congresos y Senados. Es cierto que se pueden en-

contrar diferencias significativas —Kennedy promoviendo el proyecto Apolo, destinado a lograr que los humanos llegasen a la Luna, Reagan anunciando en marzo de 1983 el proyecto de la Iniciativa de Defensa Estratégica, un programa tecnológico potencialmente muchísimo mayor que el Proyecto Manhattan (el presupuesto fue evaluado en 15.000 millones de dólares para el período 1985-1989), Clinton con su énfasis inicial en la tecnología y en la salud pública—, pero el resultado global, continuo, ha sido el del aumento de la financiación federal para la investigación científica. Incluso en los peores tiempos, cuando los republicanos dominaron el Congreso y Newt Gingrich, desde 1995 beligerante portavoz de la Cámara («House speaker») e inspirador de la denominada «Revolución Republicana», lanzó una furibunda campaña encaminada a disminuir los gastos del gobierno federal, los científicos incluidos, siguiendo la frecuente consigna conservadora de que todo irá mejor si el mercado, la iniciativa privada, cuida de sí mismo, y no el Estado («Mantenemos un déficit», manifestaba en 1995, «porque nos hemos convertido en un inmenso Estado del bienestar con masivas transferencias de pagos y una enorme burocracia centralizada»); incluso en aquellos tiempos, digo, y siendo la investigación científica financiada con fondos públicos un objetivo del ojo inquisidor de Gingrich, la ciencia y los científicos continuaron prosperando. Y es que la ciencia posee un extraordinario poder de supervivencia, de resistencia ante coyunturas adversas: ¡qué diferencia entre el Gingrich que en 1995 manifestaba que «los hermanos Wright, con un experimento ajeno al Gobierno, tuvieron éxito allí donde [Samuel] Langley [el investigador que hizo avanzar las fronteras de los principios de la aerodinámica] estrellaba en el Potomac un avión catapultado por un motor construido en el Smithsonian» (con lo que, obviamente, implicaba que lo importante era la tecnología —más bien, la invención más o menos empírica— y no la ciencia), y el Gingrich que en 1999, ya fuera del Congreso, urgía más fondos para la ciencia: «La mayor prioridad para inversión en Washington debería ser doblar el presupuesto federal para investigación científica. Ningún otro gasto federal crearía más empleos y riqueza o haría más por reforzar nuestro liderazgo, proteger el medio ambiente y mejorar la salud y educación de todos los americanos... Doblar el presupuesto de los Institutos Nacionales de Salud representaría un buen comienzo».

Lo curioso —o no— es que a pesar de lo bien que le ha ido a la ciencia estadounidense en lo que al mecenazgo federal se refiere, los científicos, y a la cabeza de ellos sus líderes, no han dejado de quejarse, de hacer públicas sus lamentaciones de que la falta de atención gubernamental, la (supuesta) disminución de recursos, la ignorancia del público en materias científicas o la confianza que el final de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética producía, con el (también supuesto) subsiguiente debilitamiento de programas militares de I+D, estaba llevando a la ciencia estadounidense a una crisis, a perder su posición de liderazgo.

Los ejemplos que en este sentido ofrece Greenberg son tan numerosos como espectaculares, involucrando a algunos de los grandes nombres de la ciencia estadounidense. A modo de muestra, recordemos alguno. Como el del premio Nobel de Física Leon Lederman, que en 1991, siendo presidente de la American Association for the Advancement of Science, escribía en la revista *Physics Today*, órgano de la American Physical Society, que «nuestra actual capacidad de investigación es únicamente un tercio de lo que era a finales de la década de 1960, una Edad de Oro de la que nuestra nación todavía se beneficia». Sin embargo, cuando se baja al terreno de los hechos la situación

que pintaba Lederman aparece de forma un tanto diferente: en 1973, el número total de artículos producidos por estadounidenses en los principales campos de la ciencia y la medicina sumaban 103.778, mientras que en 1991, el mismo año en que se producían los lamentos del premio Nobel, el número fue de 142.334 (incluso en la física, la disciplina de Lederman, las cifras no encajan: 14.474 en 1981, 22.670 en 1995). Otro indicador: en dólares actuales, el gasto total para investigación en universidades aumentó, sin excepción, tanto en épocas de bonanza económica como en las de crisis, de 235 millones de dólares en 1953 a 26.300 en 1998, con el Gobierno Federal aportando, respectivamente, 149 y 15.500 millones a esas cantidades. Y no hay que olvidar tampoco que el trato dado a la investigación científica en Estados Unidos contrasta con el manifestado con otros sectores de la gran metrópolis norteamericana de la ciencia y la tecnología: entre 1989 y 1994, por ejemplo, el número de empleados en la industria aeroespacial disminuyó un 32 por ciento (esto es, se perdieron 471.000 empleos). En cuanto a la idea de que sólo estímulos como el de tener frente a un enemigo político y militar animaban al Gobierno a seguir reforzando la inversión pública en investigación y desarrollo, sucede que los esfuerzos económicos por parte del Gobierno Federal continuaron aumentando a pesar del fin de la Guerra Fría y de la desaparición de la Unión Soviética: entre 1970 y 1989, el apoyo federal a la investigación básica «académica» (mayoritariamente universitaria) creció a un ritmo del 2,6 por ciento anual, y un 3,1 por ciento anual a partir de 1989, en plena descomposición del poder soviético.

¡Ah!, y qué se puede decir sobre el argumento de que la ignorancia del público sobre la ciencia la perjudica. Pues que no existe, como Greenberg se esfuerza en demostrar, ninguna evidencia de relación, positiva o negativa, entre la comprensión pública de la ciencia y el apoyo social a ella, esto es, el suministro de fondos públicos para la investigación. Si existiera alguna relación no se entendería, por ejemplo, la gran diferencia que existe entre la ciencia estadounidense y la de otros muchos países (España incluida), puesto que esa diferencia no se corresponde con la variación entre la percepción pública de la ciencia por las respectivas ciudadanía. De hecho, lo que realmente sucede es que, en general y aunque se produzcan manifestaciones críticas, la actividad científica y sus profesionales, los científicos, gozan de un gran prestigio social, especialmente en Estados Unidos.

Por supuesto, se han producido redistribuciones de financiación entre las diferentes ramas científicas, algunas de las cuales también estudia Greenberg: en 1985, por ejemplo, la defensa nacional estadounidense consumía el 67,5 por ciento del presupuesto federal en I+D, mientras que en 2000, tras el colapso de la Unión Soviética en 1991, la proporción entre los apartados militares y civiles se había equilibrado: 50/50 por ciento. Otra «redistribución» que se ha producido es el cambio de posición hegemónica entre las otrora todopoderosas po-

líticamente ciencias físicas y las biomédicas: entre 1973 y 1996, las ciencias médicas, financiadas sobre todo por los «National Institutes of Health» (NIH), fueron las principales beneficiarias de los fondos federales, aumentando el porcentaje de lo que recibían del 22,4 al 27,6 por ciento de la financiación federal al mundo académico; más aún, entre 1990 y 1998 el presupuesto de los NIH creció en un 80 por ciento, mientras que en ese mismo período los presupuestos federales totales para fines civiles subieron en un 48 por ciento. Vivimos, como es bien sabido, en una era en la que la investigación y esperanzas biomédicas se han introducido firmemente no sólo entre sus profesionales sino entre el público en general, que, razonablemente, ve en esas disciplinas una esperanza de bienestar físico que otras ciencias, como la física o la química, no ofrecen hoy de una forma tan íntima. Las diferentes fortunas de programas como el Proyecto Genoma Humano o el, a la postre abandonado, acelerador para la física de altas energías «Super Collider Superconducting», o las oportunistas tácticas que la NASA se ha visto obligado a aplicar en sus programas (dotados mucho menos generosamente, por otra parte, que en el pasado), no son sino algunos ejemplos en este sentido.

Una tensión esencial

La ciencia y la tecnología constituyen elementos y valores claves para nuestro mundo. Afortunadamente. Pero también son igualmente fundamentales otros: como la democracia. Semejante circunstancia plantea múltiples problemas, no el menor de ellos quién controla a quién, o cuáles son los derechos —y responsabilidades— últimos de políticos y científicos. Enfrentados a tales cuestiones, alguno recordará como todavía vigente y oportuno el sabio discurso de despedida a la nación que el presidente Eisenhower pronunció el 17 de enero de 1961: «La revolución tecnológica de las últimas décadas ha sido mayoritariamente responsable de los grandes cambios en nuestra postura bélico-industrial. En esta revolución, la investigación se ha hecho esencial; también se ha hecho más formalizada, compleja y costosa. Una proporción en constante crecimiento es conducida para, por o bajo la dirección del gobierno federal... La perspectiva de la dominación de los hombres de ciencia de la nación por parte del gobierno federal, la asignación de proyectos y el poder del dinero están presentes en todo momento y deben ser considerados muy seriamente. Sin embargo, al respetar la investigación y los descubrimientos científicos, debemos también estar alertas al peligro igual y opuesto de que la política pública pudiera ser capturada por una élite científico-tecnológica». Tras lo cual añadía: «La tarea del estadista es conformar, equilibrar e integrar estas y otras fuerzas, nuevas y viejas, dentro de los principios de nuestro sistema democrático, dirigido siempre hacia las metas supremas de una sociedad libre.» Ésa sigue siendo nuestra tarea.

RESUMEN

Estados Unidos es la gran potencia política, militar y económica mundial y lo es también en el campo científico y tecnológico. José Manuel Sánchez Ron se ocupa de un trabajo de Daniel S. Greenberg, que analiza los rasgos más sobresalientes y constantes de la política científica en Estados Unidos; cómo a pesar de los choques

producidos en ocasiones entre los intereses científicos y los políticos —sobre todo en el período presidencial de Richard Nixon— una de las características más notables de dicha política científica en la segunda mitad del siglo XX ha sido el aumento constante en la financiación pública a la ciencia.

Daniel S. Greenberg

Science, Money, and Politics

The University of Chicago Press, Chicago, 2001. 530 páginas. 35 dólares. ISBN 0-226-30634-8.

Revisitando a Mendel

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden, ha sido Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Es profesor de investigación del CSIC, profesor ordinario de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación de Ciencias de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988), Lenox K. Black (Estados Unidos, 1994) y Lectureship Award del Research Center for Alcoholic and Pancreatic Diseases USCLA-UCLA (Estados Unidos, 1999).

En el interesante libro *The Selfish Gene*, Richard Dawkins describe cómo, si visitaran la tierra criaturas extraterrestres de superior inteligencia, la primera pregunta que se harían para conocer el nivel de nuestra civilización sería: si los humanos habían descubierto ya la evolución. La contestación sería que sí. El 1 de julio de 1858 en la Sociedad Linneana de Londres se presentaron dos trabajos titulados *On the Tendency of Species to form Varieties and On the Perpetuation of Varieties and Species by Natural Means of Selection*. Los ponentes eran dos miembros de la sociedad, el geólogo Charles Lyell y el biólogo Joseph D. Hooker, que presentaron resúmenes de los trabajos realizados durante las últimas dos décadas por los naturalistas Charles Darwin y Alfred Wallace. Ambos científicos, independientemente y sin saber uno del otro, habían concebido la misma teoría para explicar el origen de las especies. Cuando se presentaron en la Sociedad Linneana los trabajos de Darwin y Wallace ninguno de los dos naturalistas estuvieron presentes —Wallace ni siquiera sabía que su trabajo iba a ser presentado—. Inicialmente sus teorías no provocaron un gran interés entre los miembros de la sociedad, como se desprende de las palabras de su presidente, Thomas Bell, quien concluía que «este año, ciertamente, no se ha distinguido por ninguno de esos impresionantes descubrimientos que revolucionan inmediatamente... su área científica; es sólo a intervalos remotos que podemos esperar repentinamente alguna innovación brillante». Sin embargo, cuando algo más de un año después, el 24 de noviembre de 1859, Darwin publicó *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Species in the Struggle for Life*, su libro causó sensación al instante y toda la primera edición, 1.250 ejemplares, se vendió en un solo día. Sin duda, parte de este impresionante éxito se debió a que, junto a los diálogos de Galileo sobre el movimiento, *El origen de las especies* es quizá el libro de más fácil lectura en el que se presenta un trabajo científico revolucionario y provocador. El trabajo de Wallace, publicado en los *Proceedings* de la Sociedad Linneana, quedó oscurecido por el éxito de *El origen de las especies* y la desbordante personalidad de Darwin —para los interesados en el personaje de Wallace recomiendo la biografía sobre este interesante e injustamente olvidado naturalista victoriano escrita recientemente por Peter Raby³—.

Darwin y Wallace habían llegado a la conclusión de que cuando se producen cambios heredables en un organismo, los que ofrecen alguna ventaja selectiva persisten y se van haciendo cada vez más comunes con el paso de las generaciones. Pero ambos naturalistas carecían de un mecanismo que explicase cómo se heredaban estos cambios. Aquí es donde el fraile agustino de Brunn, Gregor Mendel, les podría haber ayudado, pero Darwin y Wallace desconocían el trabajo de Mendel —Mendel,



ARTURO REQUEJO

sin embargo, sí leyó *El origen de las especies*, pero tal parece que no se dio cuenta de que su teoría sobre la herencia era la solución para explicar la selección natural—. En 1865, siete años después de hacerse pública en la Sociedad Linneana la teoría de la evolución mediante selección natural, Mendel dio una conferencia en la que presentó sus descubrimientos sobre las leyes de la herencia y en 1866 publicó un informe completo de su trabajo en los *Proceedings* de la Sociedad de Brunn. A diferencia de lo que ocurrió con el libro de Darwin sobre el origen de las especies, la obra de Mendel pasó al olvido científico hasta que en 1900 fue redescubierta. Actualmente el trabajo de Mendel se conoce en términos de dos leyes: la ley de la segregación y la ley de la distribución independiente —aunque Mendel nunca se refirió a las conclusiones de su trabajo como leyes—. Ambas leyes proporcionan la unión entre Mendel y la genética moderna y ahora las comprendemos en términos de genes.

Uno de los grandes misterios de la biología es cómo un organismo tan sencillo como una bacteria pudo evolucionar hasta dar lugar a algo tan complejo como un ser humano. En *The Cooperative Gene* Mark Ridley argumenta que las leyes de Mendel explican cómo los seres vivos grandes y complejos como nosotros mismos hemos llegado a existir. Para Ridley, el comienzo de la vida en la Tierra fue fácil. Su argumento para llegar a esta conclusión es sencillo pero contundente: la Tierra tiene una antigüedad de unos 4.500 millones de años y la vida —definida como cualquier entidad que tiene la propiedad de copiarse a sí misma y evolucionar por selección natural— se desarrolló hace más de 3.700 millones de años; es decir, fueron necesarios menos de 800 millones de años para que se originase vida en la Tierra. No sabemos de qué tipo de vida se trataba, pues la evidencia consiste en trazas de compuestos orgánicos depositados en rocas con más de

3.700 años de antigüedad. Los primeros organismos unicelulares aparecieron hace unos 3.500 millones de años, posiblemente se trataba de organismos procarióticos (sin núcleo) muy parecidos a las actuales bacterias. ¿Cuándo se originaron los primeros seres vivos complejos? Las primeras formas de vida compleja, es decir los organismos multicelulares, no se desarrollaron hasta hace unos 1.000 - 1.500 millones de años, y los primeros vertebrados (peces) no aparecieron hasta hace unos 500 millones de años. Así que durante alrededor de 2.000 millones de años la vida en la Tierra consistió exclusivamente en organismos unicelulares. Lo que significa que mientras que la aparición de vida en la Tierra fue un proceso relativamente fácil —apareció de forma casi instantánea después de su formación—, la evolución de estas formas de vida sencilla en formas de vida compleja fue una tarea difícil, un acontecimiento improbable que sucedió después de un largo intervalo de tiempo en que las formas existentes de vida, impulsadas por la selección natural, debieron probar diversas estrategias hasta que finalmente fue posible la aparición de organismos multicelulares complejos.

¿Qué diferencia a los seres complejos de los organismos unicelulares para que su aparición fuese tan difícil? La principal diferencia entre una bacteria y un ser vivo complejo, como el ser humano, está en el número de genes. Mientras que el genoma de las bacterias está formado por unos 4 millones de nucleótidos (representadas por un código de cuatro letras: A, C, G, T) que codifican alrededor de 3.000 genes, el genoma de los humanos está formado por unos 6.600 millones de letras que codifican alrededor de 30.000 genes. En otras palabras, para crear una forma de vida compleja se necesita más DNA que para crear un organismo unicelular. ¿Cómo adquiere un organismo más DNA? Para algunos, como el ge-

netista Susumu Ohno⁴, los grandes saltos en la evolución ocurrieron mediante duplicación de genomas, ya que la redundancia resultante haría posible que los miles de copias extras de genes desarrollaran nuevas funciones. Pero el simple aumento del tamaño de un genoma mediante duplicación no resuelve todos los problemas para generar organismos complejos. Para que un organismo sea estable es necesario que sea capaz de hacer copias de su genoma sin cometer errores ya que, aunque las mutaciones ocasionales pueden ser beneficiosas y son la base de la evolución, las mutaciones en general son perjudiciales. La tesis de Ridley es que si la velocidad a la que se producen mutaciones deletéreas mientras se copia el DNA sobrepasa 1 por genoma y por generación, todos los descendientes de este genoma original tendrán mutaciones deletéreas y tarde o temprano se corromperá el mensaje codificado por este genoma y la selección natural pondrá fin a esta especie.

Formas de vida complejas

Volvamos ahora al tema principal del libro de Ridley, la evolución de formas de vida complejas. Las formas de vida compleja tienen más genes que las formas de vida sencillas y, consecuentemente, su DNA es más largo. Por lo tanto una forma de vida compleja es más susceptible de cometer errores mientras copia su DNA. Según Ridley, existe una pugna entre la evolución hacia formas más complejas de vida —que se caracteriza por necesitar de más genes para poder codificar la información necesaria para construir un ser complejo— y el efecto depredador que ejercen las mutaciones —cuya velocidad de aparición por genoma y por generación aumenta cuanto más grande es el genoma a copiar—. Las formas más primitivas de vida probablemente producían 1 error por cada 100 letras que copiaban —limitando la vida a un mensaje de alrededor de 100 letras; los virus RNA redujeron este error entre 1 por cada 1.000 letras a 1 por cada 100.000 letras de RNA— lo que hizo posibles formas de vida más complejas con genomas que contenían varios genes. Pero las bacterias redujeron esta frecuencia a menos de 1 error por cada 1.000 millones de letras de DNA. Esta fabulosa mejora se debió a la sustitución del RNA por el DNA como el soporte para codificar la información necesaria para construir una bacteria, y a la aparición de una serie de enzimas que con increíble exactitud eran capaces de identificar y corregir los errores que se cometen mientras se copia el DNA. Consecuentemente, mientras que el RNA de los virus contiene menos de 30.000 letras y codifica entre 10 a 100 genes, las bacterias pueden copiar 4 millones de letras —que codifican unos 4.000 genes— sin que la aparición de mutaciones sea un problema para su persistencia evolutiva. La maquinaria que utilizan los demás seres vivos, incluidos los seres humanos, para copiar el DNA (DNA polimerasa, enzimas para identificar y corregir errores de copiado, etc.) es prácticamente idéntica a la que utilizan las bacterias. Es decir, las posibilidades de perfeccionar la maquinaria que permite copiar el DNA se agotaron hace unos 3.500 millones de años y desde entonces la selección natural no ha sido capaz de mejorarla sustancialmente. Esta compleja maquinaria es capaz de copiar DNA sin que la aparición de mutaciones sea un problema para la persistencia evolutiva de organismos que tengan un genoma de hasta aproximadamente 400 millones de letras. Pero el genoma humano —formado por unos 6.600 millones de letras que codifican alrededor de 30.000 genes— es tan grande que incluso con la fabulosa maquinaria desarrollada por los organismos procarióticos pa-



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

ra copiar el DNA el número de mutaciones deletéreas sería superior a 1 por genoma y por generación de manera que, según Ridley, en algún momento de la evolución entre las bacterias y el hombre se habría llegado al máximo de complejidad tolerable.

¿Cómo es posible, entonces, la existencia de la especie humana cuando producimos tantos errores al copiar nuestro DNA? ¿Qué nuevo mecanismo hizo posible aumentar la fidelidad con que se duplica la información genética de manera que fuera posible la aparición de formas de vida complejas? La contestación para Ridley está en la aparición del sexo. La esencia de la reproducción sexual es la fusión de dos gametos para producir una célula única, el cigoto. Los gametos tienen una única dotación de cromosomas, son haploides y, en consecuencia, el cigoto es diploide, contiene dos dotaciones de cromosomas una de cada progenitor; es decir, la información genética que contiene un nuevo individuo proviene de ambos progenitores. El origen y mantenimiento de la reproducción sexual continúa siendo un problema en la biología de la evolución que aún no está resuelto. Se han hecho muchas sugerencias, y una de las posibles ventajas del proceso sexual es que puede actuar concentrando los errores en alguno de los descendientes y dejando a otros relativamente libres de error. A esta teoría, propuesta inicialmente por Alexey S. Kondrashov¹, la llaman John Maynard Smith y Eörs Szathmáry la «teoría del motor y la caja de cambios», y para explicarla ponen el ejemplo de que «podemos comprar dos automóviles estropeados, uno con la caja de cambios rota y el otro con el motor roto, y construir con ellos un automóvil funcional». Es decir, el sexo puede actuar a nivel individual seleccionando individuos con una carga menor de mutaciones deletéreas.

Pero la reproducción sexual plantea un nuevo problema. Mientras que en la reproducción asexual la probabilidad de un gen de ser copiado y transmitido a la siguiente generación es del 100%, en la reproducción sexual esta probabilidad se reduce al 50%. En esta situación, si un gen materno «matase» a su equivalente gen paterno incrementaría la probabilidad mendeliana del 50% de ser transmitido a la generación siguiente. Según la teoría que Richard Dawkins² ha hecho famosa, la selección natural favorece a estos genes «egoístas» y en este caso también «asesinos» capaces de hacer el mayor número de copias de ellos mismos. Por consiguiente, la aparición de formas de vida compleja nunca habría sido po-

sible si no se hubiesen desarrollado mecanismos que permitiesen controlar estas fuerzas genéticas egoístas que están operando desde dentro de la célula. La lógica de esta conclusión es resumida admirablemente por Ridley en su libro: «El sexo crea una situación similar a la de una empresa con dos directores que tienen trabajos y conocimientos idénticos y en el que uno de los directores puede usurpar el salario del otro apropiándose de su trabajo. Uno de los directores asesinaría entonces al otro. La empresa resultaría dañada no sólo por la pérdida de las habilidades del director asesinado, sino también por las consecuencias no intencionadas de la muerte en sí. Las balas pueden rebotar en las paredes y herir a otros observadores... En algunos ejemplos genéticos, un gen tiene el efecto equivalente a volar media fábrica —la mitad donde el otro director reside—».

Genes egoístas

¿Cómo previene una célula la acción subversiva de estos genes egoístas? Para Ridley la contestación a esta pregunta es la meiosis —la meiosis es el proceso mediante el cual una célula diploide reduce a la mitad su número de genes y produce gametos haploides—. Extrañamente, la meiosis comienza por la duplicación de cada cromosoma. A continuación las cadenas homólogas de DNA se recombinan, de manera que genes paternos y maternos puedan transmitirse al mismo descendiente, y finalmente dos divisiones meióticas consecutivas producen gametos haploides. Si la función de la meiosis es reducir a la mitad el número de genes, ¿por qué comenzar duplicándolos? Existen varias teorías para explicar la naturaleza bifásica de la meiosis. Ridley hace énfasis en una de ellas, propuesta en 1991 por David Haig y Alan Grafen³, según la cual la partición al azar de los genes que se produce durante la meiosis en dos pasos —mediante la distribución independiente y recombinación de genes inherente a cualquier proceso mendeliano— limita la acción subversiva de los genes «asesinos».

El mismo mecanismo mendeliano protege, por tanto, frente a la acumulación de errores al copiar el DNA y contra la selección de genes subversivos durante la reproducción sexual. Ridley denomina a este mecanismo «el demonio de Mendel», en analogía al hipotético demonio de Maxwell que se opone a la distribución al azar de moléculas y produce un

estado más ordenado. Concluye Ridley que «la evolución ha desarrollado antes y después de este demonio otros dispositivos anti-errores, tales como las enzimas que reparan los errores durante el copiado del DNA o la elección de pareja. Pero los dispositivos pre-demoníacos llevaron la vida sólo hasta la formación de bacterias, y la elección de pareja depende de la evolución previa del sexo mendeliano. «El demonio de Mendel es», según Ridley, «la clave a la creación de vida compleja en la Tierra». El implícito paralelismo entre el demonio de Mendel y el demonio de Maxwell al que hace referencia Ridley es, sin embargo, engañoso: mientras que el de Maxwell es un demonio que favorece un estado más ordenado y rompe las leyes de la termodinámica, el de Ridley actúa como distribuidor al azar de la información genética y cumple las leyes de Mendel.

Con independencia de que estos dos demonios tengan poco en común, Mark Ridley ha escrito un libro excelente sobre la evolución y aparición de formas de vida complejas en la Tierra. Ridley hace accesible el complejo tema de las mutaciones y su papel durante la evolución genética mediante una narración larga aunque ágil y bien estructurada —no obstante en ocasiones el texto se hace excesivamente denso, perdiendo parte de su energía y claridad, y en otras Ridley es excesivamente complaciente con sus hipótesis—. Aunque no es necesario tener un extenso conocimiento de la biología para leer este libro, que incluye un glosario y una buena sección de notas, *The Cooperative Gene* tampoco es un libro de divulgación científica fácilmente accesible al público en general —si bien sus editores se empeñan, posiblemente por motivos comerciales, en presentarlo como dirigido al gran público—. El libro de Ridley está dirigido a aque-

llos que tienen un auténtico interés en el tema y están dispuestos a seguir con atención sus argumentos.

Finaliza el libro con un capítulo dedicado al futuro. Según Ridley, la especie humana debe estar cerca del límite de la complejidad permisible con los mecanismos genéticos existentes. Pero en el futuro —especula Ridley— nuevas técnicas genéticas y de reproducción harían posible a nuestros descendientes incrementar el número de genes y, consecuentemente, su complejidad. Este proceso, concluye, podría llevar a la evolución de formas de vida más extrañas y más interesantes que cualquier cosa que la humanidad ha descubierto o imaginado hasta el momento. De los diez capítulos de que consta *The Cooperative Gene* este último es, sin duda, el más débil y también el más comercial. □

¹ R. Dawkins. *The Selfish Gene*. Oxford University Press: 1989

² C. Darwin. *The Origin of Species*. Editado por J.W. Burrow. Penguin Books: 1968

³ P. Raby. *Alfred Russel Wallace: A Life*. Chatto & Windus/Princeton University Press: 2001

⁴ S. Ohno. *Evolution by Gene Duplication*. Springer, Berlín: 1970

⁵ A.S. Kondrashov. *The asexual ploidy cycle and the origin of sex*. Nature: 1994

⁶ J. Maynard Smith y E. Szathmáry. *Ocho hitos de la evolución. Del origen de la vida a la aparición del lenguaje*. Tusquets Editores. Barcelona: 2001

⁷ D. Haig y A. Grafen. *Genetic scrambling as a defence against meiotic drive*. Journal Theoretical Biology: 1991.

RESUMEN

Fueron necesarios menos de 800 millones de años para que se originase vida en la Tierra, pero debieron transcurrir otros 2.000 millones de años para que fuera posible la evolución de las formas de vida sencilla en formas de vida compleja. Fue una tarea difícil, un acontecimiento improbable que su-

cedió después de un largo intervalo de tiempo. En el libro que comenta José María Mato el zoólogo británico Mark Ridley analiza algunas de estas cuestiones y argumenta que las leyes de Mendel explican cómo los seres vivos grandes y complejos como nosotros mismos hemos llegado a existir.

Mark Ridley

The Cooperative Gene. How Mendel's Demon Explains the Evolution of Complex Beings

The Free Press, Simon & Schuster, Inc. Nueva York, 2001. 324 páginas. 26 dólares. ISBN 0-7432-0161-2.

La sombra de John Ford

Por Mario Camus

Mario Camus (Santander, 1935) empezó en el cine como guionista de Carlos Saura (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como La colmena, Los santos inocentes, Fortunata y Jacinta y La forja de un rebelde.

Una familia de mineros galeses está comiendo en el cuarto grande de la casa. La madre y la única hermana van y vienen de la cocina a la mesa. Las miradas que intercambian los hermanos mayores, un desinterés fingido y silencioso del padre y el desconcierto en los ojos del pequeño evidencian una tensión que crece segundo a segundo. De pronto estallan las palabras y la discusión comienza. La discrepancia se refiere al trabajo en la mina. En una asamblea reciente se ha decidido ir a la huelga. Los tres hermanos la secundan, el padre se opone, el pequeño que aún no trabaja se limita a seguir la discusión con cara de susto. No hay entendimiento. Bruscamente, la disputa se termina. Los mayores abandonan la mesa y la casa. Las mujeres se refugian en la cocina. El padre está abatido. El conflicto le ha dejado deshecho. Se siente solo. Hay un instante de silencio que se alarga. El detalle de que las mujeres no salgan de la cocina puede interpretarse como si no estuvieran completamente de acuerdo con él. Al señor Morgan le abandonan las fuerzas. En ese momento, cuando el desánimo se ha posado en los hombros del viejo, suena una tos apenas audible. El pequeño hace notar su presencia. Tose otra vez. El padre levanta la cabeza para mirarlo. Entiende lo que el niño ha querido decir y se lo agradece. Habla: «Ya lo sé... ya sé que estás ahí...» No tiene importancia su réplica. El efecto está conseguido. Es uno de los pequeños grandes momentos de la historia del cine. Tiene fuerza y emoción y, sobre todo, es inesperado. Corresponde a la película *Qué verde era mi valle*.

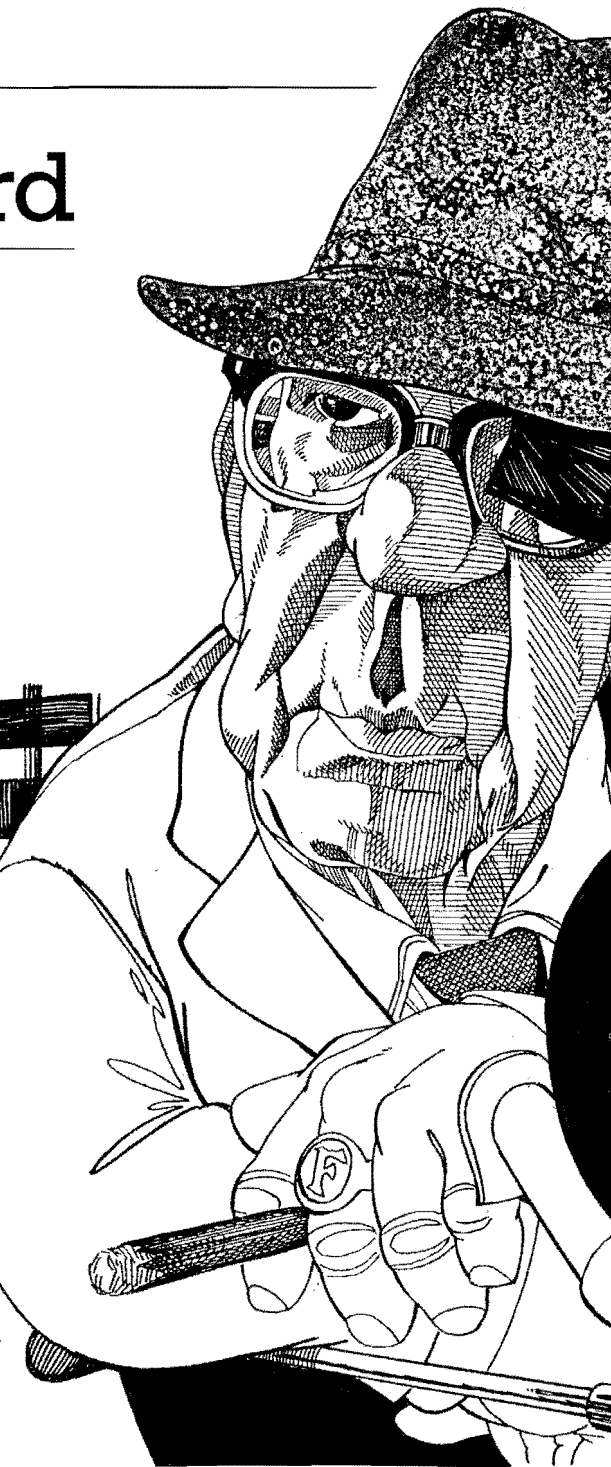
En ese tiempo, 1941, John Ford, su director, era ya uno de los grandes maestros de su oficio. Esa grandeza cargada de inspiración le acompañó mientras tuvo fuerzas para rodar. Nunca le abandonó. Cuando se habla del mejor, todos, estudiosos exigentes y encuestadores populares, coinciden en señalarle como el heredero directo de Griffith, el hombre que no precisaba artificios ni efectos especiales, ni grandes movimientos de cámara, ni siquiera actores de una relevancia especial. Ford era capaz de hacer creíble cualquier historia. Su poética se basaba en el conocimiento de los comportamientos humanos. Le fascinaban el país en el que había nacido y su joven historia. Asimismo también sentía como suya la tierra de sus padres. Era un hombre contradictorio que aprendió a expresar los sentimientos de una manera sencilla y con formas naturales y directas. Había formado un grupo de actores a los que siempre recurría. Su estilo era una mezcla perfecta entre una épica sin alardes y una lírica humilde que valoraba las miradas, los pequeños objetos, la música y los bailes populares y la dignidad de los desposeídos.

Se divertía más con los sargentos que con los oficiales; gustaba de la vida al aire libre y evitaba las concurridas calles de las grandes ciudades; convirtió a los pieles rojas y a los negros en protagonistas y en *La diligencia* enfrentó, con inspirado acierto, el corazón de una prostituta del Oeste con el helado desdén de una aristócrata y la humanidad de un médico borracho con la avaricia de un banquero. Siempre parecía hablar en voz baja. Su visión de la vida y de la historia da la sensación de atender por encima de todo a los acontecimientos aparentemente insignificantes, a la letra minúscula. Nadie ha contado como él las relaciones familiares. Tenía una sensibilidad

especial para todo pero le atraían los ambientes de lejanos fuertes perdidos y la vida de los militares y los colonos en aquellas inmensidades. Como Chejov, podía convocar un torrente de humanidad con una frase, con mínimas acciones, con determinados objetos de uso doméstico, con sutiles desdoblamientos en los estados de ánimo de los personajes, con detalles que para el resto de los directores serían irrelevantes o banales o simplemente invisibles. Sus colegas no dudaban a la hora de recurrir a exagerados ángulos de cámaras y a los innumerables efectos que se podían conseguir con diálogos contundentes en interpretaciones excesivas rebosantes de convencionalidad. John Ford fue siempre único. Cuando Orson Welles emergió procedente de la radio y se dispuso a aprender el oficio antes de realizar su primera película pidió que le pasaran los trabajos de Ford. Muchos años más tarde Bergman, el director suco entregado a profundos discursos sobre la vida y la muerte, le dedicó grandes alabanzas. También le rendían tributo de admiración los colegas que le tenían cerca y todos aquellos que en cualquier lugar del mundo accedieran al oficio. Era todo un personaje. Capaz, eficiente, conocedor de los entresijos de la narrativa que le ocupó su vida entera y poco dado a hablar y comunicar nada de él mismo y de su trabajo.

Las huellas de su vida

Por esa razón el libro de Scott Eyman es una sorpresa. Hasta ahora los estudios más sustanciosos sobre Ford procedían de nombres conocidos, como Joseph McBride, Andrew Sarris y Peter Bogdanovich, pero eran incompletos y en algún caso les invalidaba la altiva pedantería de uso común entre cierta crítica. Por encima de todos sigue estando el formidable y emotivo homenaje que le dedicó Lindsay Anderson. Existen otros ensayos que se centran en juicios sobre sus películas, en diversas entrevistas y algún apunte no muy verosímil de su comportamiento ante determinados sucesos de la época anterior a «La caza de brujas». Todo bastante confuso, sobre todo lo referido a su vida. Cuando se prestaba a padecer un interrogatorio sobre su trabajo, las respuestas eran imprecisas cuando no contradictorias y a veces contrarias a la verdad. En algún momento era fiel a la actitud que Stevenson confesaba en un escrito refiriéndose a su inclinación personal. Decía: «Normalmente detesto hablar de lo que siento de veras, al punto que cuando noto que estoy "acorralado" tiendo a decir lo opuesto». Ford hacía lo mismo. Mintió sobre su nombre, sobre su fecha de nacimiento y el lugar del mismo y sobre la opinión que le merecían sus trabajos. Alteró opiniones, modificó sus criterios sobre cualquier cosa, despistó cuanto pudo al manifestar su carácter, escondió cuidadosamente sus sentimientos y sólo fue sincero cuando hacía su trabajo en las películas. Las huellas de su vida fueron, con los años, siendo más y más confusas. Así lo había decidido. Se construyó una personalidad huraña, distante y errática. Quedaban a la luz determinadas costumbres y mantas que aircaban los componentes de su equipo. El acordeonista que llevaba a los rodajes para amenizar los descansos tocando viejas baladas irlandesas y marchas militares. Su actitud hostil frente a los productores. El desprecio a los teóricos. Determinadas réplicas a sus complicadas preguntas. Decían: «¿Cómo consiguió usted tal y tal cosa...?» Y se extendían interminablemente sugiriendo la respuesta de manera que ésta les satisficiera y corroborara la tesis que se habían inventado. Ford miraba con aire aburrido al que preguntaba mientras la retórica se iba ampliando intentando afectadamente que se destacara el ingenio y que fuera recompensada su pers-



picacia. En cuanto el entrevistador se detenía un segundo, Ford gruñía la respuesta: «Rodando». Y ahí daba por terminada la charla.

Eso era lo que había. Scott Eyman, en un trabajo duro, programado a largo plazo y con gran empeño consigue acercarnos al entendimiento de esta figura brumosa y enigmática. Sus investigaciones le llevan de un lugar a otro del mundo y su libro va recogiendo cientos de testimonios sobre la oscura vida del más grande director de todos los tiempos. Se titula *Print the legend* aludiendo a la frase del periodista en *El hombre que mató a Liberty Valance*: «Cuando la leyenda se convierte en hecho, publica la leyenda». Al adoptar este epígrafe se formula toda una declaración de intenciones.

Volviendo al libro comprobamos que, desde el primer capítulo, trata de aclararnos determinadas falsedades. Y así sabemos que el verdadero nombre de John Ford era John Martin Feeney y que había nacido en Cape Elizabeth, cerca de Portland en el Estado de Maine. Este suceso tuvo lugar el uno de febrero del año 1894. Hijo de John Feeney, irlandés de Galway, y de Bárbara Curran, natural de Kilmoran, en Inishmore, una de las feroces y hostiles islas de Aran. Ambos emigraron a Estados Unidos en idénticas fechas y allí se casaron. Tuvieron once hijos de los que sobrevivieron seis. De ellos, el tercero llamado Francis y nuestro personaje que es el último, se convirtieron en directores de cine. Allí, en Cape Elizabeth, comienza esta historia. Primero granjero, luego pescador de langostas y más tarde dueño de una cantina, Feeney padre trata de procurar a sus hijos una vida tranquila en un mundo muy pequeño. El aprendizaje del futuro director tuvo lugar en este entorno, en una época en la que si se quería insultar a alguien se le llamaba irlandés. El libro se detiene y nos habla extensamente de este paisaje y de su gente. La iglesia, los bares, la escuela y el instituto, el teatro, las casas que habitó la familia Feeney y la disposición del pequeño John para absorber cualquier historia que su hermana mayor solía contarle. Con tiento, Eyman se va adentrando en la vida del biografiado buscando momentos casuales a veces pero decisivos en la vida del futuro artista. Son los años

de los grandes descubrimientos: la lectura, el teatro, el cine y la vida.

Al padre de John le interesaba ganarse el pan, criar a sus hijos e ir a misa los domingos. Sus muchachos conviven en las calles y en los estudios con paisanos irlandeses pero también con judíos, escandinavos, escoceses, canadienses, italianos, rusos, polacos y yanquis. Hasta que llega el momento clave de su corta existencia, John Feeney hijo lee todo lo que cae en sus manos, trabaja de acomodador en el teatro, empieza a ver películas y no pasa de ser un alumno mediocre en la escuela. A los doce años podía hacer cualquier cosa que se propusiera, pero las buenas notas no eran prioritarias. Más adelante empieza a hacer deporte, ayuda a misa, sale con chicas y hace su debut como actor en una función del colegio. Entra en el Instituto, y llega a ser un excelente jugador de fútbol americano. En ningún momento alcanza, como en épocas anteriores, ni siquiera una porción de gloria académica. Seguramente sus preferencias se hubieran decantado por el deseo de ser famoso como atleta, pero la vida iba a proporcionarle una sorpresa que le permitiría acceder a una desconocida profesión.

El autor, llegado este punto del relato, se separa de John para dar entrada a su hermano Francis. Había nacido trece años antes que nuestro personaje. Dejó los estudios a los diecisiete y se alistó en el ejército. Era considerado la oveja negra de la familia Feeney. Fue licenciado y regresó a Portland para casarse. Su matrimonio se disuelve con rapidez y él abandona la ciudad para trabajar en el vodevil. Alguien se fijó en su perfil anguloso y dramático y le incorporó a una compañía que hacía películas. Francis se convirtió en actor y, para evitar seguir avergonzando a su familia, adoptó el nombre de Ford. Según dijo lo había escogido por los coches. Después de prestar sus servicios en diferentes empresas entró en la compañía de Thomas Ince. Éste era uno de los talentos más vigorosos e innovadores del cine americano. Por tanto, Francis Ford se encuentra en un lu-



Viene de la página anterior



O. PÉREZ D'ELÍAS

gar donde podrá ganarse la vida y realizarse plenamente. Eso hizo. Trabajaba como ayudante de dirección, como actor, como director de producción y en cualquier puesto donde se le necesitara. Trasladado a California, se convirtió en uno de los pioneros ilustres de la nueva industria. Ince se dedicaba a un género que se fue consolidando hasta convertirse en principal: las películas del Oeste. Francis Ford llegó a ser uno de los mejores directores en este apartado. Su familia vivía ignorante de sus andanzas. John y sus padres, en Portland, iban al cine con frecuencia y un día, en la pantalla, vieron a Frank. Le llamaron perdonándole y el hijo pródigo regresó a la ciudad elegantemente vestido y con aire de prosperidad. Pasado un tiempo, John viaja a California y visita a su hermano en el trabajo. Éste le da un papel en la película que está haciendo. John ya no volvería a pensar en otro quehacer ni en ningún oficio o profesión. Al lado de su hermano se dedica por entero a hacer películas y trata de aprender. Adopta, al igual que Francis, el apellido Ford y se sitúa en la mejor posición que jamás tuvo nadie para acceder a la complicada y deslumbrante actividad que él, entre otros ilustres, elevaría a la categoría de arte mayor. Eran los últimos meses de 1914.

Desde entonces hasta que en el año diecisiete dirige *El tornado*, su primera película, Ford trabajó en todos los compartimentos de la industria. Atrás quedaba Portland. Allí había conocido el valor que tenía la gente corriente, la fuerza de la naturaleza y la simetría existente cuando ambas cosas se juntaban. Había percibido la belleza del mar y los lazos solidarios que unían a los trabajadores. Ahora, sin saberlo, se disponía a conocer el medio expresivo que le permitiera contar todo aquello. Se trataba de un lenguaje recién inventado y en continuo desarrollo.

Aprender un oficio

«Aprender un oficio» es el título del siguiente capítulo, quizás el más interesante e inédito de esta sugestiva biografía. Dominar el mundo de las imágenes en movimiento, un sistema narrativo cuyas leyes están recién pro-

mulgadas y se van ampliando a medida que la inspiración de los hombres que hacen las películas se proyecta en el trabajo diario, es algo con lo que debía enfrentarse el joven John. Se trata de decidir el tamaño de los planos, los fondos sobre los que se rodaba, construir los argumentos, desarrollar las historias, encontrar en el montaje la armonía que permita unir las diversas tomas, elegir a los actores, vestirlos, construir la puesta en escena marcando sus idas y venidas, sus enfrentamientos, las cabalgadas y los duelos, los principios y los finales. Distribuir la emoción, el sentimiento y la violencia a través de los veinte o treinta minutos que duraban las historias. Fuera de lo creativo quedaba la organización del rodaje, los planes de trabajo y la distribución del presupuesto entre todos los elementos que colaboraban en la elaboración de la película. Un complejo cúmulo de novedades que no asustaron al joven recién llegado. Este aprendizaje lo llevó a cabo ayudando a su hermano primero y tomando más adelante la responsabilidad de dirigir él mismo las películas.

Cuando Ford va a cumplir treinta y tres años y da comienzo la época sonora del cine, ya había dirigido más de una treintena de filmes de todo tipo, en especial de los llamados del Oeste. El joven director iniciaba el tramo definitivo de su consagración. Cada trabajo es un mundo aparte y requiere una atención distinta. Los años deslumbrantes se desarrollan a toda velocidad. A un proyecto grandioso le sucede otro y otro. En todos ellos, y cada vez más seguro, Ford va dejando constancia de su personalidad, del toque humano que cubre de verosimilitud y sabiduría cada tema que trata y de las delicadas observaciones que le hacen diferenciarse de los demás.

Este esfuerzo creativo trae consigo períodos turbulentos donde abundan los enfrentamientos con el sistema. Es la lucha por hacer lo que él quiere. Es la contradicción que significa ceder parcelas enteras de poder para lograr la imposición de su voluntad en otras. Todas estas batallas diarias son examinadas con detenimiento y por ese camino desembocamos en la vida privada del artista. Descubrimos una manera de ser que ha pervivi-

do desde su juventud por encima del trabajo de tantos años. Ford se revela tímido, retraído, mordaz y a veces perverso. Cualquier movimiento de su existencia está relacionado con su trabajo. Tiene otra vida pero en ella no aplica toda su sensible inteligencia ni su atención.

El estudio de Scott Eyman sobre el maestro se completa con una narración detallada de su papel en la Segunda Guerra Mundial donde fue herido durante la batalla de Midway, mientras rodaba. Cuando llegamos a la última parte de este denso estudio tenemos la más completa información que jamás se tuvo sobre su persona y sus películas.

El capítulo titulado «Un león en invierno» relata el final de John Ford, sus últimos trabajos y el esfuerzo brutal que le llevó desarrollarlos. Lejos quedaban ya los años de gloria. Pero aún le restaban conocimiento del oficio y su fiel inspiración de la que nunca se quedó huérfano. Ocho años después de llevar a cabo su último trabajo dejó de existir. Era el 31 de agosto de 1973. Los actores habituales de sus películas rodeaban su cama y portaron su féretro.

Con este libro llegamos a conocerle y a relacionar su estilo con su vida. John Ford fue el director-autor de grandes películas cuyas imágenes han ocupado y ocupan la mente de varias generaciones. Imágenes poderosas y su-

gerentes, inolvidables diálogos y personajes entrañables que siguen existiendo con una intensidad milagrosa cada vez que nos acercamos a contemplar en una pantalla las legendarias historias que interpretan.

En la secuencia de *Las uvas de la ira* previa a la marcha de Tom Joad, éste habla con su madre. Los actores Henry Fonda y Jane Darwell se expresan en voz baja. El rostro inquieto y embrujado de Tom Joad está encerrado en un plano corto y fijo. No hay gestos. Ma Joad escucha emocionada. Es la última vez que va a estar con su hijo. Las palabras de Tom tienen un profundo sentido y lo explican todo acerca de él. Sucenan graves mientras los ojos no se apartan de los de su madre que le acaba de preguntar por el camino que va a seguir. «Estaré aquí, en la oscuridad —dice Tom Joad—, estaré en todas partes. Adonde mire; donde haya una lucha, para que la gente hambrienta pueda comer, allí estaré. Donde haya un policía golpeando a un muchacho, allí estaré. Estaré en el modo en que los niños ríen cuando tienen hambre y saben que la cena está lista, y cuando la gente come lo que ha cultivado y vive en las casas que ha construido; también allí estaré...»

Nadie fue capaz de llenar una pantalla con tanta verdad, y tanta emoción. | |

RESUMEN

Para Mario Camus, John Ford era capaz de hacer creíble cualquier historia, su poética se basaba en el conocimiento de los comportamientos humanos. Su estilo era una mezcla perfecta entre una épica sin alardes y una lírica humilde que valoraba las miradas, los pequeños objetos, la dignidad de los desposeídos. A uno de los más grandes directores de cine lo

recuerda el comentarista al leer la voluminosa y detallada biografía que Scott Eyman le ha dedicado a esa figura brumosa y enigmática que fue John Ford, y cuyas huellas de su vida fueron, con los años, y por voluntad propia, más y más confusas. Ford se construyó una personalidad huraña, distante y errática, que se va clarificando en esta biografía.

Scott Eyman

Print the Legend: La vida y época de John Ford

Traducción de Mónica Rubio, T&B Editores, Madrid, 2001. 614 páginas. 23,44 euros. ISBN 84-95602-14-8

España, tres milenios con sentido

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. Es también miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1992), Premio Jaime I de Economía (1996) y Premio de Economía de Castilla y León «Infanta Cristina» (1997). Autor, entre otros libros, de Política económica de la Dictadura; Economía española contemporánea. Primeros maestros; 1900-2000 Historia de un esfuerzo colectivo; y Fraga o el intelectual y la política.

Los economistas, normalmente, somos ávidos consumidores de Historia. Cuando ésta se ha producido por un maestro, como es el caso de la maravilla constituida por el libro de Antonio Domínguez Ortiz, *España, tres milenios de Historia*, nuestra reacción tiene que ser de entusiasmo. Sobre todo porque con este libro en las manos vemos cómo la Historia se queda en su lugar y la Economía en el suyo, que es lo que debe suceder.

Creo que ha llegado el momento en que demos, definitivamente, la espalda a dos herejías. La primera afecta a los economistas y se solventó científicamente hace un siglo, pero sus ramalazos últimos, de auténtico desastre para quienes los atendieron, son más recientes. En Alemania, como nos advirtieron los miembros de la Escuela de Viena así como los Stackelberg o los Eucken, ese planteamiento llevó, a través de la línea Schmoller-Sombart, al nacionalsocialismo que, hubiese ganado o perdido la guerra Hitler, conducía a la economía germana a la catástrofe y al caos. Aun victorioso, hubiésemos contemplado la degradación y crisis de esa vida económica como hemos contemplado la del comunismo en Rusia. Otra gran conmoción derivada de esta herejía, fue el estructuralismo económico latinoamericano, esa creación de la CEPAL que condujo a la región a la catástrofe de la década perdida. En definitiva, esos fueron dos retoños disparatados del árbol del neohistoricismo germano, entre los muchos que intentan revivir en los momentos más insospechados, a pesar de que se le había comenzado a abatir por el hacha científica implacable de Menger, e incluso al tocón se le había quemado definitivamente por el fuego despectivo del artículo aparecido en *Económica* con el título de

La pobreza del historicismo de Popper a lo que se añadió el que las cenizas fueran aventadas por la pluma de Schumpeter, primero en su *Epochen der Dogmen-und Methodengeschichte* y después en su *Historia del análisis económico*.

La segunda herejía afecta a los historiadores. Para entendernos, podríamos calificar de tal a la nacida en Francia, en torno a la revista *Annales*. Los economistas todos hemos tomado parte, de una u otra manera, en la que ha acabado siendo una crítica feroz a esta Escuela. Es un camino tan sembrado de disparates que no vemos en este momento que la considere con respeto ningún economista. Pero nosotros, asombrados, contemplamos cómo lo que se sostiene en cátedras, en reuniones, en cursos, en publicaciones de Economía, llega en cantidades minúsculas a los historiadores, y ello es lógico, a poco que pensemos en la división del trabajo. Quizá sea un problema de lenguaje, quizá la cuestión proceda de rechazos considerables antes de tener que aceptar posturas derivadas del gran mensaje ortodoxo de la Economía. Enlaza, en parte, con la herejía que he señalado antes, del historicismo, y también con el peligroso camino de leer a Marx sin saludar a Böhm-Bawerk. Marx, conviene decir, fue un gran economista, pero su genio le llevó a varios errores fundamentales, lo que exige, naturalmente, el estudiarlo, pero su empleo como orientador debe hacerse «cum grano salis» tras la crítica definitiva que tuvo que soportar hace poco más de un siglo y no con una salazón capaz de originar un pescado poco apetitoso.

La postura que creo correcta la insinuó el genio de Keynes, cuando va a concluir la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*. Escribirá, y los economistas cada vez le damos más la razón, que «las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que suele pensarse. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto... Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se suele exagerar mucho, comparado con la fuerza que tiene la introducción de las ideas... [Por eso] son las ideas, no los intereses creados, las que crean opciones, tanto para bien como para mal».

Conocer cómo, por quién, dónde, cuándo, estas ideas han surgido; de qué modo los pueblos se han sentido conmovidos por ellas, qué conductores de pueblos, de civilizaciones, las

han lanzado, o las han seguido, es la tarea gloriosa, a mi juicio, de la Historia, y no hace más que ensuciarla, el creer en determinismos, en eso que Domínguez Ortiz, en este mismo libro, señala cuando se concibe la Historia contemporánea «como un conjunto de datos y antecedentes para entender un informe de tipo sociológico sobre la situación actual de España», sociologismo que «es la herencia de una escuela pedagógica que, tras haber causado grandes estragos en el sistema educativo de la Europa occidental, ahora retrocede, dejando como secuela unas generaciones escolares ayunas de formación histórica» (pág. 10). Y esto lo amplía en la pág. 157 cuando al iniciar el impresionante capítulo VI, *El marco político del siglo XVII*, escribe Domínguez Ortiz: «En las obras históricas actuales es muy frecuente anteponer el estudio de los factores estructurales al tradicional relato de los eventos políticos, biografías de soberanos, luchas entre Estados e incluso a la trama institucional. Al lema "politique d'abord" sustituyó hace unos decenios la economía primero y, más recientemente, el estudio de las clases sociales. Excluyendo las ventoleras sociológicas es comprensible el cansancio de la historia-batalla (las batallitas, se dice hoy en tono irónico desconociendo su tremendo alcance). Sin embargo a la hora de aplicar esta norma aparecen desajustes que son especialmente notorios en nuestro siglo XVII, pero que no son menos evidentes si contemplamos el panorama de cualquier otro país europeo... Cabe no sólo la sospecha, sino la certidumbre de que con otros soberanos los destinos de España en el Siglo de Hierro hubieran sido menos dramáticos».

Efectivamente, así es, visto cualquier panorama histórico con ojos de economista. Por ejemplo, en 1850, Noruega tenía solo el 94% del PIB por habitante de España, en dólares Geary-Khamis. Ahora esta relación es del 155% a favor de Noruega. La base natural sigue siendo, de modo comparativo, la misma, pero al estudiar la historia —la de las batallitas— vemos que los noruegos actuaron de modo tal en el siglo XX que orientaron su política económica mucho mejor que nosotros. No es cuestión, no, de determinismos, sino que el hombre pasa a ser fundamental. O por señalar otro ejemplo, ¿por qué se ha hundido Argentina a partir de 1930? Ahora mismo, los economistas bebemos, como podemos, en los trabajos de los físicos sobre la teoría del caos. A poco que se siga toda esta corriente del pen-

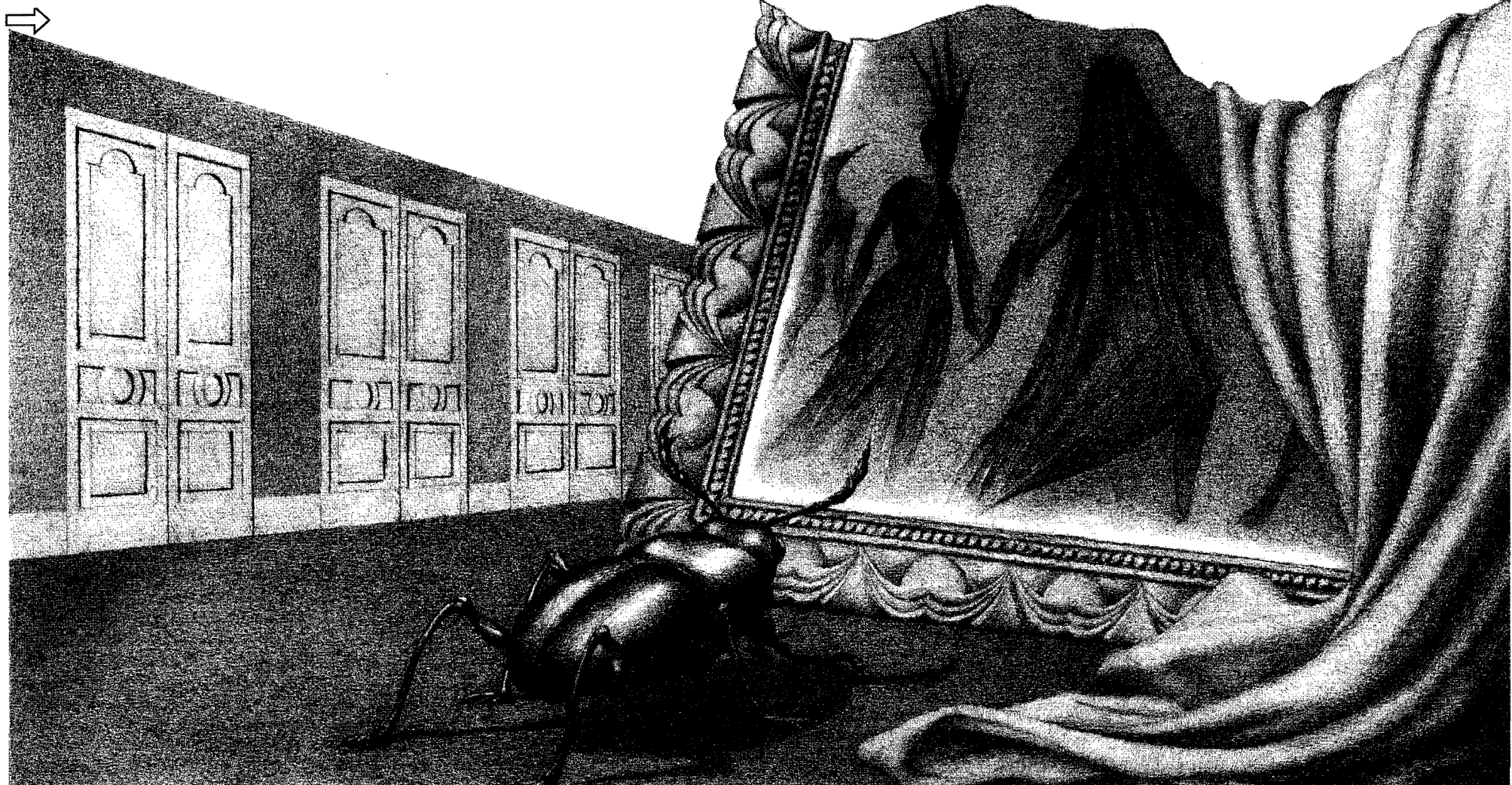
samiento, vemos que las decisiones personales tienen una importancia creciente. ¿Por qué en los cristales de nieve, que efectivamente todos son del sistema hexagonal, los hay del bloque de los tabulares, y otros son del bloque de los prismáticos y todos, a su vez, diferentes? Minúsculas diferencias de temperatura, de viento, de otras sustancias en la atmósfera, en la nube, que cambian a una micra de distancia, originan tan colosal variedad cristalina. Efectivamente todos son del sistema hexagonal, del mismo modo que habría que decir que la Historia tiene una respuesta parecida en todos los puntos, porque la Humanidad genera homogeneidad, ¿pero qué diferencias tan considerables como consecuencia de la acción de eso que se llama el azar, la decisión, la acción de cada hombre concreto!

Me he detenido aquí con cierto deleite, porque me gustaría señalar que este libro es el que explica por qué, en España, este cristalito de nieve es diferente de este otro, y lo que originó la diferencia. Veamos lo que se dice en la pág. 138 sobre las cuestiones de faldas de Enrique VIII, con las que no contaban ni los Reyes Católicos, ni Carlos V, ni Felipe II en relación con una hija singular de estas aventuras, la reina Isabel I. Pero para que nadie se equivoque, aparte de esta cuestión metodológica previa, deben destacarse, de inmediato, dos cosas. La primera, que Domínguez Ortiz sabe emplear muy bien, los sucesos económicos. A veces, con planteamientos grandiosos, como tenemos en el enlace entre las páginas 131 y 147 del capítulo V, *El gran siglo*, cuando escribe: «Una China milenaria, inalterable, continuaba desplegando sus ciclos, mientras en el occidente de Europa se incubaba el Gran Viraje. En aquel milenario desplazamiento del centro de gravedad de la cultura humana desde Egipto a Grecia y luego a Roma, tras el intermedio de los Siglos oscuros, le llegó el turno al extremo Occidente, a los pueblos de la Península Ibérica. Ellos protagonizaron la más grande aventura jamás realizada, la circunnavegación del planeta, en unos sitios plantando jalones, en otros implantándose de modo definitivo, trasplantando personas, creencias y modos de vida incubados en el extremo euroasiático a escenarios más vastos... Concordaba esto muy bien con el progresivo desinterés de los Austrias por el Mediterráneo... La unión con Portugal, no sólo el



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

hacia la unidad peninsular... sino (también)... la hegemonía ibérica de los océanos, amenazada por la creciente actividad naval de ingleses, holandeses y, en menor medida, de los franceses. En el fondo se trataba de saber si la globalización mundial nacida del avance técnico de los europeos sería un monopolio hispanoluso o habría que compartirlo con otros competidores». En otras ocasiones, estos datos económicos son los oportunos y concretos para aclarar algo, porque los ignorantes y los sabelotodo —mucho más irritantes que los primeros— pululan. Un ejemplo entre millares de mis subrayados, porque, a mí, como economista, este libro ya me ha servido como fuente continua de puntualizaciones: en las págs. 102-103 se lee: «Una tradicional maurofilia literaria que... continúa hoy con ciertos matices políticos, idealiza las condiciones de vida existentes en ese Capítulo final del Islam español que fue el reino de Granada; la capital había sido la más bella y populosa de Europa, elevada su cultura, ejemplar su espíritu literario de tolerancia y convivencia. Una consideración desapasionada de los hechos obliga a trazar un cuadro menos sugestivo; en el reino de Granada se vivía mal, la población tenía que trabajar duramente para arrancar el sustento a una tierra que, salvo islotes privilegiados, es poco generosa; las clases elevadas no daban ejemplo de civismo ni en el aspecto social ni en el político y los monarcas, para mantener una corte brillante, defenderse de sus enemigos y pagar parías a los castellanos, tenían que abrumar a sus vasallos con impuestos que sobrepasaban las normas coránicas. La actividad cultural había bajado el nivel, aislados como estaban... Y la tolerancia no tenía muchas ocasiones de manifestarse... Salvo episodios individuales puede afirmarse que la convivencia no era buena, ni mala, sino inexistente». Otras veces Domínguez Ortiz presenta paralelismos sociológicos impresionantes que, claro es que existen, de modo tan estupendo e inteligente como la comparación de la rebelión de Omar ben Hafsun con la de los bagaudas o con la de los carlistas en el siglo XIX (págs. 54-55).

Los tres milenios de historia que aquí se acumulan están apoyados en tres grandes epopeyas que de modo grandioso expone Domínguez Ortiz: la Reconquista; lo que denomina con justeza (pág. 140) «el mantenimiento —por la Casa de Austria— de un orden europeo amenazado por las ambiciones hegemónicas de Francia y por la potencia del Imperio Otomano»; y, finalmente, América, porque como muy bien se dice en la pág. 183, «España tiene un puesto asegurado en los manuales de historia universal por su protagonismo en dos hechos capitales: su participación en la política

Europea en los siglos XVI y XVII y el descubrimiento y colonización de América. Pero mientras el primero, por mucho interés que suscite... es ya historia, pasado, el segundo sigue siendo un proceso vivo, en continuo desarrollo». Basta pensar en los movimientos migratorios y en las inversiones de capitales, hechos rigurosamente contemporáneos.

Cuatro virtudes adicionales tiene este libro: está muy bien escrito; aborda los problemas con gran serenidad hasta convertirse, para siempre, en un documento ejemplar; en tercer lugar, nada de lo fundamental deja de tratarse; finalmente, envía mensajes muy importantes en estos momentos de España.

Corrección y frescura

Lo primero se debe, no sólo a la corrección del castellano y al excelente y adecuado empleo de los adjetivos, cosa esencial en un libro de Historia —don Francisco de los Cobos es «inteligente y ambicioso», Antonio Pérez es «traidor» (pág. 154); Azaña (pág. 326) es «oscuro» funcionario y «relevante» escritor, con una actitud «despedada y altiva»—, sino también a la frescura de sus expresiones. Por ejemplo cuando en la pág. 105 se refiere a la precariedad que excedía «de todo lo imaginable» en las Coplas del Provincial y en las de Mingo Revulgo, pero que ciertas reivindicaciones actuales, motivan que «hoy... no escandalizarían tanto» (pág. 105), o ese rotundo «pocos y mal avenidos» (pág. 101) para sintetizar una situación aragonesa medieval, o cuando se ocupa, en la pág. 328, de los debates y retrasos de la Reforma Agraria bajo Azaña, que cierra con un rotundo «en esta discusión llegaron los perros...», o un ejemplo más, cuando tras los éxitos de Carlos V en los años centrales de su reinado, anuncia en la página 137 que todo iba a cambiar con un escueto: «Era demasiado».

La segunda, es la corrección, la altura con la que contempla los problemas más arduos, aquellos que han originado apasionamientos múltiples y que han hecho separarse a los españoles en bandos irreductibles. Domínguez Ortiz los resuelve gracias a frases perfectas, lapidarias y que, hay que confesarlo, son definitivas. Pensemos, por ejemplo, en la cuestión religiosa cuando desaparece el Antiguo Régimen: «En conjunto, la Iglesia fue la gran perdedora en la gran transformación que sufrió España, sobre todo el clero regular. El concordato de 1851 marcaba el reconocimiento por la Santa Sede de la Monarquía isabelina, insistía en la confesionalidad del Estado, reconocía las enormes transferencias de propiedad realizadas por las desamortizaciones a cambio de una do-

tación estatal para las atenciones de culto y clero, pero la reducción a sólo tres de las órdenes religiosas autorizadas, la secularización de las universidades y la libertad de prensa eran otras tantas brechas por las que podrían penetrar las nuevas corrientes religiosas» (págs. 271-272). O vayamos a algo que nos ha causado muchos problemas, la Leyenda Negra. Leamos lo que dice en la pág. 153 y lo que lo continúa en las págs. 155-156: «La verdadera Leyenda Negra se articuló en el reinado de Felipe II sobre tres conceptos: Inquisición, política exterior y trato a los indios... Comparándola con otras semejantes (puede decirse que cada país tiene la suya), la leyenda negra antiespañola sobresale por su violencia, duración y variedad de temas; se transforma, no muere; se mezcla con temas actuales y tiene, en mayor proporción que ninguna otra, una alta participación de críticos españoles; lo fueron el padre Las Casas y Antonio Pérez; lo son hoy muchos teóricos de la identidad española, del nacionalismo español, de los intérpretes en sentido negativo de nuestro pasado. Y el intercambio de insultos y diti-rambos (porque también hay una leyenda rosa no menos falsa y aburrida) contribuye, por lo menos, a dar vivacidad e interés a un pasado apasionante». O bien, sobre nuestra Guerra Civil recoge (pág. 334) este juicio enviado en julio de 1939 por Prieto a Negrín: «Pocos españoles de la actual generación están libres de culpa por la infinita desdicha en que han sumido a su patria. De los que hemos actuado en política, ninguno».

La tercera característica es que nada interesante deja de estar anotado en estas trescientas y pico de páginas. No necesita esto de otra prueba que la lectura. Todo empieza, en ese examen exhaustivo, en el año 1000 antes de Cristo con la llegada de la primera oleada de los celtas a España (pág. 14) y concluye en la pág. 364 con «el fallido golpe del 23-F».

RESUMEN

Característica fundamental de toda la obra de Domínguez Ortiz, aparte del rigor con que respalda sus puntos de vista, es un rechazo radical a una orientación metodológica que, con asombro de los economistas, logró cierto arraigo en historiadores españoles: el intentar explicar lo ocurrido como consecuencia de eso que en la jerga se llaman «las relaciones de producción».

La cuarta es mostrarnos que esta historia de España tiene un sentido. En la página 42 se lee: «La Conquista (musulmana) y posterior Reconquista fueron fenómenos de inmensa trascendencia que singularizaron los destinos de España, haciéndolos bascular hacia África y hacia Oriente hasta que la mayor capacidad potencial del Norte, de Europa, la integraron de nuevo en su órbita. Este movimiento pendular, con muchos vaivenes, duró seis siglos y medio si lo hacemos terminar a mediados del siglo XIV, cuando, con la conquista del Estrecho por los cristianos, cesó toda posibilidad de intervención africana; el reino nazarita de Granada fue un mero epílogo que no podía alterar el hecho irrevocable de la reintegración de España al ámbito occidental». Y en la página 365, cuando cierra el libro, Antonio Domínguez Ortiz escribirá que «tenemos ya la intuición del papel decisivo que representan para el ser de España y sus moradores, para su papel histórico de mediadora entre los pueblos que la integran y esa otra unidad superior que es el mundo occidental al que pertenecemos, estas etapas finales del milenio».

Ésta es una obra, conviene indicarlo como final, optimista. Desde hace dos siglos España parecía condenada con aquellas expresiones tan duras de una Oda de Jovellanos:

Los talleres desiertos, del arado

Arrumbado el oficio,

El saber sin estima, en trono el vicio,

La belleza a la puja, Marte airado

Sin caudillo las tropas...

¿Tornan, señor, los tiempos de Don Opas?

Gracias a Domínguez Ortiz sabemos que nada de esto ha de ser, forzosamente, lo que nos espere y, además, conocemos cómo enlazar y dar sentido al pasado brillante, incluso apasionante, de un pueblo que hace tres milenios comenzó a adquirir sentido como tal. □

En su última obra, que comenta Velarde Fuertes, al ofrecerse una síntesis de los tres milenios de existencia histórica de España, se aclara cómo, por quién, dónde, cuándo, las ideas que han dado sentido a España, se han formulado, seguido, triunfado o fracasado. También queda claro que la historia de España tiene un sentido último: pertenecer al mundo occidental.

Antonio Domínguez Ortiz

España, tres milenios de Historia

Marcial Pons, Madrid, 2001. 365 páginas. 15 euros. ISBN 84-95379-18-X.

La Serie Schönberg

Por Jesús Villa Rojo

Jesús Villa Rojo (Brihuega, Guadalajara, 1940), músico, intérprete, compositor e investigador, formado en el Real Conservatorio de Música de Madrid y en la Academia Santa Cecilia de Roma. Profesor en varias universidades y conservatorios europeos y americanos, formó parte de la vanguardia musical romana por los años 70 y fundó los grupos The Forum Players y Nuove Forme Sonore. En Madrid creó en 1975 el LIM (Laboratorio de Interpretación Musical) que dirige actualmente. Director de varios festivales internacionales ha sido igualmente director del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea del Ministerio de Cultura y es autor de varios libros entre los que pueden destacarse: *El clarinete actual*, *Lectura musical* (I y II), *Juegos gráfico-musicales* y *Notación y gráfica en la música del siglo XX*. Es autor también de partituras de orquesta y música de cámara.

La figura de Arnold Schönberg ha sido motivo de numerosos estudios y publicaciones a lo largo del pasado siglo XX. Su gran personalidad artística e intelectual ha contribuido a estimular los aspectos teóricos por donde su labor venía siendo desarrollada. Compositor autodidacta, se mantuvo indeciso en los comienzos de su carrera por las inclinaciones plásticas, llegando incluso a plantearse su dedicación principal como pintor. El contacto con pintores tan sensibles a la expresividad sonora como Vasily Kandinsky le mantiene en permanente relación con las demás manifestaciones artísticas, lo mismo que su concepción teórica, nutrida por los movimientos poéticos y literarios de su época, tomando como ejemplo su amistad con Thomas Mann en Estados Unidos. Conocedor profundo del origen y desarrollo de la música centro-europea, valora la transcendencia de la producción musical heredada, pero capta a la vez la saturación y crisis de los procedimientos técnicos empleados para su elaboración. Todo ello puede apreciarse al estudiar sus primeros trabajos tanto teóricos como compositivos. Su estudio muestra al Schönberg conocedor de una tradición musical de impecable concepción artística y técnica, que necesita amplios replanteamientos para asumir el compromiso cultural iniciado a principios del siglo XX.

En el comienzo de su carrera de compositor presenta ejemplos que parten de un evolucionado romanticismo, síntesis Brahms-Wagner, con objetivos poco definidos, de espectante luminosidad, anticipando signos evidentes de creatividad musical. Aun considerando esta primera etapa desprovista de elementos originales propios, la amplitud de obras como los *Gurrelieder* ya abren un espacio singular por la grandiosidad del trabajo en sí. Su voluntad creativa e innovadora inicia de inmediato una desviación progresiva hacia la atonalidad, limitando la abundancia del material característico del romanticismo, aunque abriendo vías que facilitarían nuevas posibilidades de expresión sonora. Así, surgen entre otros ejemplos, la *Sinfonía de Cámara*, *Erwartung* o *Pierrot Lunaire*. Aún en estos ejemplos de distensión tonal, Schönberg no interviene en el caos armónico que, por aquellos comienzos de siglo, estaban surgiendo alrededor de la alternancia o conversión tonalidad-atonalidad. La atonalidad para Schönberg no es un lugar donde el abandono de las reglas tonales le dirijan hacia otro lugar en el que la inexistencia de normas preestablecidas permitan concebir un lenguaje confuso con evidentes limitaciones expresivas. La atonalidad que en su origen no define reglas, aunque también pueden ser definidas. Schönberg la entiende como otro mecanismo que amplía las limitaciones tonales, multiplicando la capacidad expresiva del mundo sonoro, nunca procede arbitrariamente dejándose llevar por los impulsos emocionales que su instinto creador pudiera sugerir. Entiende que la tonalidad en su orden jerárquico y limitado número de si-



Caricatura de Schönberg de Rudolf Herrmann (1911).

te sonidos organizados con rigor estructural, debe desaparecer no para caer armónicamente en el vacío, creando un caos espacial, difícilmente convertido en sonido por los medios instrumentales tradicionales, sino para romper sus jerarquías encontrando un nivel equilibrado entre los doce sonidos utilizados en el sistema temperado.

Desde esta perspectiva, Schönberg desarrolla su sistema hasta llegar a las *Piezas para piano*, Op. 23 (1920-23), consideradas el comienzo reglado del dodecafonismo. Este método que se proponía como alternativa a la tonalidad, fue mayoritariamente empleado en la composición del siglo pasado, bien manteniendo su rigor organizativo o simplemente teniendo presente sus características y resultados, siempre rompedores con los tonales habituales, al ser sustituido el centro de gravedad tonal (tónica), con sus grados de atracción como dominante, subdominante... y encontrando el equilibrio entre los doce sonidos de la escala cromática. El primer paso al plantearse un trabajo dodecafónico era organizar una serie personal donde fueran incluidos los doce sonidos. La serie inicialmente en el vocabulario dodecafónico sólo hacía referencia al movimiento de los sonidos y de sus intervalos, pretendiendo su variedad y contraste. Esta serie era sometida en el transcurso de la composición a las variantes contrapuntísticas practicadas en la música tradicional, como es la «inversión» de los intervalos, convirtiendo en ascendentes los descendentes y viceversa; la «retrogradación» de las mismas

notas en el orden contrario y la «retrogradación invertida», siendo transportada la serie además, a cualquier otro grado de la escala. La serie schönbergiana se ocupa principalmente de la interválica en sentido horizontal pero no clude coincidencias verticales que puedan romper el equilibrio de igualdad de los doce sonidos. Las duraciones, figuraciones rítmicas, articulaciones, dinámicas y otros parámetros compositivos, para Schönberg son elementos creativos que serán desarrollados según la evolución del trabajo. Más estrictas son las normas estructuralistas que surgen de Anton Webern y desarrollan Pierre Boulez, Henri Pousseur y Karlheinz Stockhausen, entre otros, donde la organización de la serie puede afectar a todos los parámetros espaciales y temporales.

La Serie Schönberg que nos ofrece el compositor, pianista, crítico y comunicador canadiense Glenn Gould se aleja radicalmente de todo lo que puede significar este título para el compositor o el estudioso de la música contemporánea. Se ocupa amplia y profundamente de la figura de Schönberg, de su producción compositiva y de los aspectos teóricos que han marcado las directrices de su labor, pero desde una perspectiva sociológica y radiofónica aunque nada ajena tanto a la estética como a la técnica. El libro publicado por Archinto, de Milán, titulado *La Serie Schönberg*, tiene un doble sentido para el estudioso de la música contemporánea, entendiéndolo inicialmente que se puede referir a la organización dodecafónica en el sonido del conocido compositor vienés,

cuando en realidad se trata de una serie radiofónica de la CBC, emitida en 1974 con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Arnold Schönberg. El juego de palabras fue utilizado intencionadamente como título para la serie de diez transmisiones, escritas por Glenn Gould para uno de sus prestigiosos y vanguardistas programas en forma de diálogo entre el autor y un invitado fijo que interviene en toda la Serie, Kenneth Haslam, donde todo estaba escrito sin dejar ningún espacio para la improvisación. Gould consigue presentar a los oyentes, con ayuda de algunas entrevistas significativas a Aaron Copland, John Cage y Gertrud Schönberg, entre otros, un compositor parcialmente desconocido (teniendo presente al gran público de la radio en 1974), de difícil comprensión, por medio del análisis, de sus pasiones artísticas, de sus ideas estéticas, y por supuesto de su música.

La serie en sí surge de un excelente trabajo de investigación alrededor de la figura carismática, por una parte, y poco comprendida, por otra, de Arnold Schönberg, con la finalidad de informar radiofónicamente de la amplitud y diversidad de su obra. La necesidad de concebir una programación que mantenga los altos índices de audiencia, en ningún momento condiciona la calidad informativa. Se adopta un vocabulario sencillo y fácilmente comprensivo que hace posible comentarios objetivos, no exentos de sentido crítico, para establecer los niveles informativos de cada aspecto estudiado. Los aspectos que se estudian, profundizan en la extensión de la obra, divididos en las diez transmisiones de que constó la serie, marcando las directrices seguidas en cada momento. Para ello, se establece el siguiente orden: I) *El Schönberg preferido de Glenn Gould*, II) *Liederista*, III) *Schönberg inventor*, IV) *Schönberg calculador*, V) *Schönberg sinfonista* (primera parte), VI) *Schönberg sinfonista* (segunda parte), VII) *Schönberg dramaturgo*, VIII) *Schönberg transcriptor*, IX) *Schönberg y sus alumnos*, X) *Epilogo*.

Siguiendo este orden y su temática correspondiente, se consigue un conocimiento variado y rico en contrastes, mostrando esa personalidad musical, contradictoria y única en el siglo XX. Considerando sin paliativos la figura de Schönberg, esta convicción no impide el estudio pormenorizado de los ejemplos donde pueden producirse lagunas o inconsistencias estéticas o técnicas. De hecho, nada más iniciarse la serie, la primera interrogante se produce al hacerse la pregunta: ¿Por qué Schönberg...? Suponiendo la no oposición a los aniversarios por principio, «soy perfectamente conocedor de la enorme influencia que Schönberg ha tenido sobre la música del siglo XX— aunque también diría que sobre todo el arte del siglo XX—». Aún así, partiendo de estas consideraciones, no se pueden negar las contradicciones que existen, debiéndose reconocer que «Schönberg es uno de los compositores menos atractivos de los últimos tiempos». Evidentemente, éste es el problema, porque «cuando digo "menos atractivo" o mejor decir "difícil", no me refiero a sus contemporáneos—Hindemith, Bartók, etc.— más sensibles. Encuentro que buena parte de la música escrita después de su muerte—de sus discípulos o de otros— es infinitamente más comprensible (...) Aunque escuchar las obras de Schönberg es, en la mayor parte de los casos, una de las experiencias musicales más intensas y apasionantes que se pueden tener». De todas formas, «encuentro que cierta música de Schönberg—especialmente de los últimos años— sea en parte austera, fría y también voluntariamente concentrada en la técnica—cosas todas ellas corroboradas—, pero por otra parte sería muy difícil encontrar tres obras más vitales, inspiradas y conmovedoras que *Noche transfigurada* (Op. 4), inspirada en una poesía de Ri-

Viene de la página anterior



Schönberg dibujado por B. F. Dolbin.

chard Dehmé, compuesta en 1899; *Pelleas y Melisande* (Op. 5), poema sinfónico para gran orquesta, inspirado en el drama homónimo de Maurice Maeterlinck, compuesto en 1902; y la *Sinfonía de Cámara* (Op. 9), compuesta en su versión original para 15 instrumentos en 1906». Se trata de obras pertenecientes al primer período compositivo de Schönberg y por supuesto «tonales».

Gould desde su forma de presentar a Schönberg a través de su obra en el apartado *Liederista*, considera muy importante la riqueza creativa e imaginativa, al margen de cualquier especulación idiomática, del sentido melódico de sus lieder. «La casi total desatención (por parte del público) de los primeros lieder de Schönberg es para mí uno de los pequeños misterios de la vida». Ha escrito varias decenas de lo que puede calificarse «período accesible» pero pasan prácticamente desapercibidos en el volumen de su obra. Por el contrario «los primeros lieder de Alban Berg, posiblemente menos imaginativos, sí están presentes tanto en la radio como en los conciertos».

Simbología de notación

En realidad, «pienso que la evolución del primer Schönberg se puede seguir desde sus lieder, como sucede en Beethoven con las sonatas para piano o en Haydn con los cuartetos de arco». En su evolución, después de concluir los *Gurrelieder* en 1911, obra de grandes dimensiones para solistas, coro y orquesta, con la aproximación a la fase atonal, Schönberg abandona la composición liderística en cuanto a tratamiento tradicional para transformar la voz y lo que había sido su utilización melódica en un procedimiento que enlazaba con el melólogo empleado por compositores clásicos y románticos, con significado casi de anticipación aleatoria: la «sprechstimme» (hablado-entonado o entonación-hablada). Fruto de este nuevo concepto de narración lírica, donde Schönberg enriquece su técnica, estableciendo una simbología de notación clara para la interpretación, es *Pierrot Lunaire*, ciclo de veintidós melodramas de Albert Giraud, escritos en 1912 a petición de la actriz Albertina Zehme. El distanciamiento que se produce en el tratamiento no sólo vocal sino también instrumental de esta composición con los lieder anteriores, presenta a un innovador del mundo sonoro que tendrá amplia repercusión en el futuro. La llegada de Schönberg a este planteamiento de la entonación hablada ha tenido versiones muy distintas. Gould entiende que Schönberg sentía cierta insatisfacción al escuchar la fusión voz-piano de su matizada armonía liderística. La desatendida afinación de la voz en *Pierrot Lunaire* representaba una ruptura con todo el sistema armónico tonal, más o menos discutido, pero aún entonces en uso. Cosa que abría nuevas vías de expresión musical. Es cierto que su viaje hacia la atonalidad había comenzado y que este nuevo planteamiento podía ser un comienzo ideal. Lo que no siempre se tiene presente es que los melodramas que forman el *Pierrot Lunaire* fueron compuestos por encargo de una actriz y no de una cantante. Sin lugar a dudas esta razón, que implica considerables variantes tonales y atonales, sea la más objetiva. También se puede decir «que Schönberg se ha tomado la molestia de ordenar una «sprechstimme» en constante interrelación motívica con las partes instrumentales, pero sin limitarse a la precisión de una línea melódica, o sea, la voz de vez en cuando se une o también anticipa las partes instrumentales, en las que la entonación, sin prever una afinación determinada, ha sido cuidadosamente calculada y definida».

El capítulo o espacio radiofónico dedicado

al Schönberg inventor, es el menos voluminoso en cuanto a número de obras pero sí es el más denso e imaginativo, aunque... «me parece que

Schönberg siempre ha sentido cierta perplejidad sobre la inspiración a priori. «Apreciaba la espontaneidad pero no se fiaba en cierto sentido de su propia intuición». Fue el período de mayor contraste en su producción (período en el que se dan un buen número de coincidencias), por su parte, coinciden en 1911 las *Seis pequeñas piezas*, Op. 19, n.º 4 para piano, con la terminación de los *Gurrelieder*. El sentido de miniatura de las «pequeñas piezas» «era claramente un gesto anacrónico, una reacción más que un paso concreto hacia adelante, sería inconcebible sin la experiencia de los *Gurrelieder*, de la *Novena* de Mahler y de todos los emblemas del gigantismo que las han precedido».

Su producción estuvo permanentemente sujeta a reglas aunque no siempre trascendieran al propio ejemplo musical. Consideró no romper con la tradición musical del pasado: «Era para él imposible cortar los puentes con el pasado ya que tenía la necesidad de mantener vivos los legados —en este caso específico un legado con forma muy apreciada— para poder ir adelante en su exploración del territorio desconocido de la dodecafonía». Hasta haber llegado a este período, el que en la serie es titulado *Schönberg calculador*, obviando el anterior de «inventor», se produce un largo paréntesis compositivo (unos diez años), debido por una parte a la I Guerra Mundial donde había sido movilizado y, por otra, al acabado del mecanismo con el que se identificaría su producción compositiva posterior: «El dodecafonismo». «Fue por medio de esta técnica, por donde Schönberg volvió a retomar la composición». Aunque no hay duda de que sea «un procedimiento mecanicista o, como dirían los soviéticos, formalístico; para una mente centro-europea, los números poseen un atractivo místico, casi metafórico. Jugar con los números hace referencia a su presunta «precisión aritmética» para legitimar el nacimiento de una idea». Schönberg no había podido calcular las dimensiones de su nuevo método compositivo, considerando que «el sistema dodecafónico no había sido inventado para los oyentes. En un primer momento era un procedimiento de apoyo que había construido para su uso y consumo». No podía imaginar su alcance y mucho menos la utilidad que de ello harían tantos compositores, más aún si tenemos presente que el procedimiento schönbergiano se ocupaba exclusivamente de la igualdad y equilibrio de los doce sonidos, porque toda la mecánica empleada para la elaboración y transformación de las series había sido tomada de la metodología contrapuntística recopilada por Johann Joseph Fux (1664-1741) en su *Gradus ad Parnassum*.

El sistema dodecafónico cumplió evidentemente numerosas funciones, empezando por establecer mecanismos para el caótico desorden atonal. Schönberg fue el primer beneficiado porque le permitió retomar su tarea compositiva, después del paréntesis que se comentaba, entre los años 1913 y 1923, donde apenas compuso, además de los muchos compositores que lo practicaron. Fue la base del rigor estilístico serial y estructural de Anton Webern y sus seguidores, prosiguiendo en parte su influencia la aleatoriedad, el minimalismo y la electroacústica. No pueden negarse los destructores en todos los estamentos, habiendo afectado directamente a la importante parte del catálogo de Schönberg, donde no existe relación alguna con los procedimientos dodecafónicos. Thomas Mann mantuvo posiciones poco definidas que desagradaron a Schönberg. El conocido director de orquesta, crítico, compositor y profesor universitario de matemáticas y física Ernest Ansermet, muy dedicado a la mú-



Autorretrato de Schönberg.

sica contemporánea, escribió un libro contra el sistema dodecafónico. Aún teniendo presente estas posiciones, no es abundante el material escrito que lo haya rechazado. Sí ha sido más frecuente, en referencia a los procedimientos contrapuntísticos, que precisamente no provenían de Schönberg como se ha comentado, escuchar la pregunta: «¿Cómo se puede dar veracidad a un procedimiento tan marcadamente mecanicista?»

Superado el período dodecafónico, cuando más escribe teorizando Schönberg, se produce lo que en la serie titula Gould: *Schönberg sinfonista*. En esta transmisión es estudiada su producción sinfónica desde la opus 23 o sea, desde las 5 *piezas para orquesta* hasta el *Concierto para piano y orquesta*, Op. 42. La *Música de acompañamiento para una escena cinematográfica* fue un buen pretexto para estudiar la imaginación cinematográfica del Schönberg que nunca compuso música para cine.

Después de las sesiones dedicadas a *Schönberg dramaturgo* y *Schönberg transcriptor*, surgió un coloquio muy clarificador cuando se transmitió *Schönberg y sus alumnos*, por la intervención de John Cage («SABER/Leer», febrero 2001, n.º 142).

Como se sabe, Schönberg dedicó buena parte de su vida a la enseñanza, habiendo tenido numerosos alumnos. Alban Berg y Anton Webern, que en cierta medida venían a com-

pletar sus máximos deseos compositivos al reunir inspiración expresiva con proporción comedita, quedaron como sus verdaderos alumnos, representantes de su ideología artística y técnica. Muchos otros pasaron al olvido. John Cage fue su alumno americano rebelde. De la relación Schönberg-Cage se han escrito cosas que mostraban una mutua incomprensión. En esta entrevista, por el contrario, se dulcifica esta relación y Cage recuerda la admiración que siempre sintió por la obra del maestro y la gratitud que le debe por haberle dado clases gratuitas durante tres años.

La radiofónica *Serie Schönberg*, que hizo posible la redacción de este libro, fue un estudio inteligente que incidió tanto en los aspectos artísticos como en los sociológicos, mostrando la realidad de un músico innovador y creador, en una sociedad que no acaba de entender el compromiso de los artistas con la actualidad en que viven. Por ello, de Schönberg se dice y se continuará diciendo: «Sí, es un personaje interesante, pero es una figura histórica particular, como Gesualdo, un artista que se ha distinguido de su contexto histórico, elaborando algunas invenciones que en su época han suscitado gran interés, pero que al comienzo no tuvieron el debido desarrollo». En realidad sí tuvieron desarrollo y continúan teniéndolo. La sociedad en su continua evolución, agradecida, lo reconocerá. □

RESUMEN

Jesús Villa Rojo se detiene en la personalidad artística e intelectual del compositor Arnold Schönberg, una de las grandes figuras de la música del siglo XX, a partir de un libro aparecido en Italia, en donde se recogen las diez transmisiones radiofónicas que en 1974 dedicó a Schönberg el compositor, pianista y crítico musical, el canadiense Glenn Gould. En esa

«Serie Schönberg» se ocupó Gould amplia y profundamente de la figura de Schönberg, de su producción compositiva y de los aspectos teóricos que marcaron las directrices de su labor y todo ello desde una perspectiva sociológica, pues la finalidad fue informar radiofónicamente de la amplitud y diversidad de la obra del músico.

Glenn Gould

La Serie Schönberg

Archinto, Milán, 2001. 212 páginas. 15,49 euros.

El origen de la lexicografía amerindia

Por Antonio Quilis

Antonio Quilis (*Larache, Marruecos, 1933*) es investigador científico excedente del C.S.I.C. y catedrático de Lengua Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Entre sus líneas de investigación, figura la de la lengua española de América, con publicaciones sobre Cuba, Puerto Rico, Méjico, Belice, Nicaragua, Panamá, Ecuador, Bolivia, Chile, y también Filipinas y Guinea Ecuatorial, además de recientes publicaciones sobre La presencia de Nebrija en las gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas de Hispanoamérica y el estudio y edición de la Historia Natural y Moral de las Indias, del P. José de Acosta (Sevilla, 1593).

La Nueva España vivía el año 1555; de las prensas mejicanas de Joan Pablos, salía a la luz una obra en cuya portada rezaba: *Aquí comienza un vocabulario en lengua Castellana y Mexicana. Compuesto por el muy reverendo padre fray Alonso de Molina: guardián del convento de Sant Antonio de Tetzcuco de la orden de los frailes Menores.* (En prensa este trabajo llegó a mis manos la edición facsimilar de este vocabulario publicado por Manuel Galeote, en la Universidad de Málaga, en 2001.) Se trataba del primer vocabulario de una lengua indígena de la entonces incipiente Hispanoamérica. Como se expresa en el título, era sólo un diccionario castellano-náhuatl. Diecisiete años más tarde, en 1571, publica la segunda edición, impresa «En casa de Antonio de Spinoza», que es de la que aquí nos ocupamos. En ella, aumenta el número de palabras y añade la parte náhuatl-castellano. Él mismo escribe en el prólogo: «acordé de hazer esta segunda impresión, mejorando la obra que auía principiado en dos cosas. La vna, en que al Vocabulario impreso en el año de cinquenta y cinco que comienza en romance, añadí más de quatro mil vocablos. La otra, en componer e imprimir estotro Vocabulario que comienza en lengua Mexicana». Como dice la editora de la obra, la primera parte (castellano-mejicano) tiene unas 16.500 entradas y la segunda (mejicano-castellano), unas 22.600, lo que supone un gran trabajo y una empresa muy importante, hasta tal punto que sigue siendo la obra de consulta, de referencia de los estudiosos, tanto del náhuatl como del español, pues es tal la riqueza no sólo de las entradas, sino de las acepciones, de matices y del léxico que se encuentra en el interior de las papeletas, que es una obra imprescindible también en el estudio de la historia del español.

Poco se sabe sobre la vida del autor. Nació en España y llegó con su familia a Méjico, siendo aún niño, en 1530. Aprendió la lengua indígena jugando con los indios de su edad. Ingresó en la Orden franciscana y murió en 1580. Pocos datos para tan fecunda vida. Cuando Alonso de Molina llega a la Nueva España, los misioneros están empeñados en el aprendizaje de las lenguas indígenas para evangelizar en ellas, pese a las recomendaciones, que no al mandato de la Corona de que se enseñase el español a los indios, empresa poco menos que imposible. De

todos modos, el proceso de adquisición del náhuatl era lento, porque no había quien se lo enseñase, y esto desesperaba a los religiosos. Fr. Jerónimo de Mendieta narra en su *Historia Eclesiástica Indiana* (1596) cómo los niños, de los que se habían rodeado los franciscanos, les ayudaron en la empresa: «Y púsoles el señor en corazón que con los niños que tenían por discípulos se volviesen también niños como ellos para participar de su lengua, y con ella obrar la conversión de aquella gente pàrvula en sinceridad y simplicidad de niños. Y así fue que dejando a ratos la gravedad de sus personas se ponían a jugar con ellos con pajuélas o pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho de la comunicación. Y tenían siempre papel y tinta en las manos, y en oyendo el vocablo al indio, escribíanlo y al propósito que lo dijo. Y a la tarde juntábanse los religiosos y comunicaban los unos a los otros los escriptos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía más convenir. Y acontecía que lo que hoy les parecía haber entendido, mañana les parecía no ser así. Y ya que por algunos días fueron probados en este trabajo, quiso nuestro Señor consolar a sus siervos por dos vías. La una, que algunos de los niños mayorcillos les vinieran a entender bien lo que decían, y como vieron el deseo que los frailes tenían de deprender su lengua, no solo les enmendaban lo que erraban más también les hacían muchas preguntas». La otra fue la presencia entre aquellos niños de Alonso, que sería luego el autor de las dos ediciones del Vocabulario que comentamos y de otras importantes obras: una, también de mucho interés para nosotros, es el *Arte de la lengua mexicana y castellana* (1571), la segunda gramática que se escribió sobre esta lengua. Las demás obras son de carácter religioso, como las doctrinas y confesionarios escritos en náhuatl. Tanto en ellas como en el diccionario, los términos referentes a la religión o a la fe, que fueron un importante tema de controversia sobre la conveniencia de evangelizar en las lenguas indígenas, están perfectamente traducidos al náhuatl, bien directamente o bien por medio de una frase.

En las obras lingüísticas, Molina es deudor de Nebrija, como lo son, en mayor o menor medida, todos los vocabularios y gramáticas de las lenguas indígenas que se escribieron en América y Filipinas. Esther Hernández dice en el estudio que precede a esta edición que, comparando las tres primeras letras del *Vocabulario* de Molina con las del *Vocabulario español-latino* de Nebrija, «Molina imita sistemáticamente a Nebrija y redacta las entradas de su diccionario a partir de las de éste», pero también añade, de nuevo cuño, lo que recoge de la realidad que lo rodea. Es decir, hay artículos idénticos a los nebrisenses, otros que se inspiran en él, pero se adaptan a las peculiaridades de la lengua mejicana, y muchos otros que son aportaciones directas del franciscano. Lo mismo ocurre con el *Arte de la lengua mexicana y castellana*, donde la influencia del lingüista sevillano es indudable, pero no sólo por medio de sus *Introducciones latinae*, sino muy directamente, y so-

bre todo, a través de su *Gramática castellana*, e incluso de sus *Introducciones latinas contra-puesto el romance al latín*, obras éstas que influyeron en la lingüística amerindia mucho más de lo que se ha dicho hasta ahora.

La autora de este estudio y edición, Esther Hernández, además de dialectóloga, es una gran especialista en Alonso de Molina, al que ya dedicó hace años el fundamental estudio titulado *Vocabulario en lengua castellana y mexicana de fray Alonso de Molina*, donde estudiaba la estructura y las peculiaridades lexicográficas de la mencionada obra a la par que los indigenismos léxicos y las voces españolas que estaban en el interior de las papeletas. Además, ha publicado numerosos artículos sobre la obra de nuestro franciscano. Alonso de Molina, y como él, la mayoría de aquellos misioneros tenían una fina capacidad de observación y una mente muy receptiva, comprensiva y respetuosa con las nuevas culturas que encontraban. Esto se refleja en la obra que comentamos y era casi general en todas las que escribieron los religiosos lingüistas de aquellos siglos. Contienen, por ello, y pese a la brevedad de las definiciones, multitud de datos sobre las costumbres, las tradiciones, la etnografía, etc., que son de un valor incalculable para el conocimiento de la historia de aquellos pueblos. Veamos algunos ejemplos en nuestro autor: este *Vocabulario* tiene diecinueve entradas para los juegos: juego de palabras, juego de veras y no de burlas, juego de placer, de fortuna, de ajedrez, de pasa pasa, de bolos, de naipes, juego de pelota con la mano, juego de pelota con las nalgas, juego de pelota con la rodilla, etc. Lo mismo se puede decir de los vientos, entre los que figuran el recio, el liviano, el que viene «con agua y toruellino», o con solo agua, el de tierra en la mar, el viento en popa y en proa, el estival, los de oriente y poniente, el aquilonar o del norte, distinguiendo incluso entre el viento meridional o del sur, y el ábrego o del sudoeste. Lo mismo puede decirse de los tipos de vasos: pequeño, de barro, de oro, para beber, de cincel labrado, de gran vientre, de dos orejas, para manjares, etc., o los tipos de «cabello», entre los que destacamos los «Cabellos que dexan en el cogote a los muchachos quando los tresquilan». Son frecuentes las descripciones de todo tipo, siempre objetivas y sin juicios de valor, como: «Vara o caña con que pescan, al cabo de la qual ponen el anzuelo con el cebo»; «Varillas o pajas [para] sacar por la lengua o por otra parte del cuerpo ensangrándolas para ofrecerlas en sacrificio a los ydolos»; «Nauajón de pedernal, con que matauan hombres ante los idolos»; los «Catiuos y presos en la guerra, los quales sacrificauan ante los ydolos, sacándoles los coraçones»; amaneahapantli es una «Manta rica con que se ceñían los nobles», mientras que ymanaua piltziltli es la «Manta reburujada que ponen al niño en la cuna para que no se buelque»; «Tlacuicuilia, nite, robar alguna cosa a otros, echar granças, o hazer cierta hechicería, dando a entender que sacan del cuerpo pedernales, nauajas, etc. las cuales eran causa de la enfermedad del enfermo»; «Tepunaztli, cierto palo hueco que tañen y hazen son con él quando bailan o cantan»; «Cimauia, nitla, echar rayz de cimatl en la miel de maguey para darle buen parecer»; «Amina, nin, hazerme mal el agua por la auer bebido despues de auer comido pepinos o yeruas crudas», etc.

El *Vocabulario* nos habla también de las palabras españolas que se incrustaron muy pronto en la lengua mejicana por ir acompañando a las cosas nuevas que aquella civilización hacía suyas. Por ejemplo, en la primera parte, aparece «Camisa de india, uipilli» —moderno huipil— y a continuación «Camisa de Castilla, lo mesmo»; «Campana, lo mesmo»; «Bota, calçado, lo mismo»; «Trillar, lo mismo»; «Trillo para trillar, lo mismo»; etc.; era lo mismo, se decía igual porque no existía el término correspondiente en la otra lengua. En la segunda parte del *Vocabulario* (mejicano-castellano), las palabras españolas

ya aparecen incrustadas en el discurso maya: «Cama ixquemtl, cubierta de cama»; «Cami-satia, nino, vestirse la camisa»; «Campana yollotli, badajo de campana»; «Candela yollotli, pauilo de la candela» —siendo yollotli 'corazón'—, «Peral quauitl, peral, árbol conocido»; «Melón milpa, melonar» —milpa 'sembrado'—, «Cochillo tentli, filo de cuchillo» —tentli es 'los labrios, o el borde, o orilla de alguna cosa'—. El «caballo», que tanto asombro causó a los primeros mejicanos que lo vieron, según nos cuenta Bernal Díaz del Castillo, no figura en la primera parte del libro, pero sí en la segunda, como componente de palabras compuestas, en diecinueve entradas, de las que sólo mencionaremos el «Cauallo mecatl, cabestro» —el mecate actual, que es, como el autor lo define, 'cordel, o sogá, o açote de cordeles'—. El término español aparece muchas veces totalmente fundido con el americano para formar la nueva palabra; por ejemplo: «Compadreyotl, compadrazgo»; «Aguachil o agua de axi, chilatl» —agua + chilli «chile, ají»—, e incluso el impensable «Mahomacalli, mezquita de moros» —calli 'casa'—. La adjetivación con «Castilla» o «de la tierra» tan rentable durante los primeros tiempos de la conquista para diferenciar lo autóctono de lo europeo está lógicamente presente en este *Vocabulario*: «Trigo, castillan tlaulli» —donde tlaulli es el 'maíz seco, desgranado'—, «Nave, castillan acalli» —acalli 'navío, barca, canoa'—, «Especiero, castillan chilli», «Mançano desta tierra», «Cantar el gallo desta tierra, tlacocoloa» y «Cantar el gallo de Castilla, tzartzli». Muchos son ya en 1571 los hispanismos asentados en la lengua náhuatl.

En el español de la capital azteca también debían circular los nahuatlismos como moneda corriente y así los trata nuestro autor en su obra, ya hispanizados. Veamos algunos ejemplos: en la primera parte, encontramos: «Petaca, hecha como caja de cañas, petlacalli», y en la segunda parte, «Petlacalli, petaca a manera de arca que hazen de cañas texidas», significante y significado que se conservan aún en Bolivia —'arca o baúl de cuero curtido'—, en Chile, en Méjico y en Filipinas. En la segunda parte, también aparece lo definido, hispanizado, en la definición, en papeletas como: «Xitomatl, tomates grandes colorados, amarillos y blancos», y en la primera parte ya había escrito: «echar tomates en el manjar o en la salsa»; «Comalli, comal adonde cuezen tortillas de maíz». El intérprete, que fue fundamental en la conquista y que poco a poco fue surgiendo, aparece recogido también en la segunda parte de la obra: «Nauatlato, faraute o intérprete». El indoeuropeísmo nahuatlato deriva de náhuatl, el 'idioma de los nahuas', y tlatoani, 'el que habla', y es curioso que Molina calque la misma definición que dio Nebrija para «intérprete» en sus *Introducciones latinae* de 1481, donde la palabra «faraute» aparece por primera vez en español; decía el latinista: «Interpretes est nuntius o faraute», etc. Los americanismos de otras procedencias, como hamaca, areito, aura, batata, canoa, etc. se tratan en este diccionario como si ya fuesen voces patrimoniales del español, y así sucesivamente.

La aparición ahora de esta edición facsimilar y de su estudio introductorio es una importante contribución tanto en el ámbito de la lingüística indoeuropea como en el de la española. □

RESUMEN

Pese al deseo de la Corona de España de que se enseñase el español a los indios de América, lo cierto es que los misioneros pronto se empeñaron en aprender las lenguas indígenas para facilitar la evangelización. Así el español Fray Alonso de Molina, que en seguida se fa-

miliarizó con la lengua indígena. Con el tiempo escribió el primer vocabulario de una lengua de la recién descubierta América: el náhuatl. La edición facsimilar de este vocabulario le da ocasión a Antonio Quilis de ocuparse del origen de la lexicografía amerindia.

Fray Alonso de Molina

Vocabulario en lengua castellana y mexicana. Vocabulario en lengua mexicana y castellana, compuesto por el muy Reverendo Padre Fray Alonso de Molina, de la Orden del bienaventurado nuestro Padre Sant Francisco

Edición facsimilar y estudio de Esther Hernández. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 2001. 578 páginas. 60 euros. ISBN: 8472328708.

En el próximo número

Artículos de Francisco J. Ynduráin, José Manuel Pita Andrade, Valeriano Bozal, Vicente Palacio Atard, Antonio Córdoba, Antonio López Pina y Medardo Fraile

El placer de descubrir

Por Francisco J. Ynduráin

Francisco J. Ynduráin (Benavente, Zamora, 1940), licenciado en Matemáticas y doctor en Física por la Universidad de Zaragoza, es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido profesor o investigador visitante, entre otros centros, en las universidades de Michigan y Nueva York y en el CERN (Ginebra). Es miembro fundador de la Sociedad Europea de Física y miembro de la Real Academia de Ciencias de España y de la Academia Europea. Es autor de libros científicos como *Mecánica Cuántica y Mecánica Cuántica Relativista* y *de libros de divulgación científica como Teorías unificadas* y constituyentes fundamentales de la materia y ¿Quién anda ahí?

El americano Richard P. Feynman ha sido, sin duda, una de las personalidades más relevantes y simpáticas, tanto desde el punto de vista científico como personal, de la ciencia del siglo XX.

Dotado de gran sentido del humor, y de un carácter desenfadado, son famosas su participación en una de las cuadrillas en el carnaval de Río de Janeiro y sus fotos (que ilustran algunos de sus libros) tocando los bongos; así como su afición a Las Vegas.

En una ocasión, visitando el CERN, pronunció una conferencia (no recuerdo la fecha exacta, pero debió ser alrededor de 1970), que tituló «Feynman hará preguntas a los teóricos del CERN» en la que, en efecto, se pasó el rato intentando que le explicasen la entonces popular teoría de polos de Regge. Su libro autobiográfico, *Surely you are joking, Mr. Feynman* (Norton, 1985), parte del cual se repite en el texto que nos ocupa, es extraordinariamente divertido, básicamente comprensible sin necesidad de conocimientos de física, y falto de toda pomposidad.

La invención de los gráficos y reglas de Feynman, con su enorme impacto en el desarrollo de las teorías de interacciones relativistas y cuánticas, hubieran bastado para otorgar a Feynman una plaza prominente entre los científicos de todos los tiempos; pero además de esto, y aparte de otros logros, tal vez menores, como el descubrimiento de la estructura vector-axial «V-A» de las desintegraciones- β , Feynman desarrolló una nueva manera de entender la mecánica cuántica.

En ésta se abandona la dualidad onda-partícula, pero se supone que las partículas, para

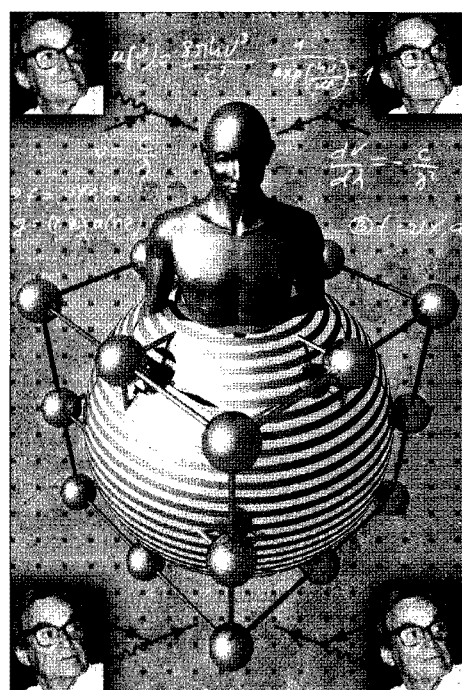
ir de un punto a otro, recorren «todos» los caminos posibles, «a la vez». La formulación de Feynman es totalmente equivalente a las tradicionales de Schrödinger y Heisenberg, pero es muy útil en situaciones en las que no es fácil aplicar estas últimas.

Finalmente, Feynman ha tenido una importante faceta de profesor, y casi cualquier físico conoce y aprecia sus *Feynman Lectures in Physics*. Aunque, como el propio Feynman reconoce, fueron un fracaso pedagógico a la hora de enseñar física a estudiantes de licenciatura, han tenido un enorme éxito entre los profesionales a los que descubren una visión clara y profunda de las cuestiones físicas: con tal de conocerlas de antemano. También son conocidas y apreciadas sus charlas de divulgación, como las que se recogen en el texto que vamos a comentar, *El placer de descubrir*.

Aquí nos encontramos con las constantes «feynmanescas»: una extraordinaria brillantez cuando se refiere a temas de ciencia, junto con una cierta ingenuidad cuando aborda otras cuestiones, ingenuidad que él mismo reconoce. Así, en la página 115, Feynman sostiene que los científicos (léase él) no se acercan a los problemas sociales porque «nosotros sabemos que no tenemos ninguna fórmula mágica para resolver problemas, que los problemas sociales son mucho más difíciles que los científicos y normalmente no llegamos a ninguna parte pensando en ellos».

Aquí aparece también otra faceta de Feynman: su egocentrismo, que le hace identificar su actitud al no interesarse en cuestiones sociales con la de «los científicos». Este egocentrismo le llevó también a algún sonado patinazo, como cuando tuvo que cambiar unas frases en su libro *Surely you are joking, Mr. Feynman*.

En la primera edición de éste, en el capítulo en el que contaba «su» descubrimiento de la estructura V-A de las desintegraciones- β , el texto original en cuestión decía, «Si [la estructura] era V y A [entonces] ;yo tenía la teoría completa! Aquella noche calculé toda suerte de cosas con esta teoría [V-A] y más y más cosas se ajustaban, y yo estaba muy excitado. Era la primera vez, y la única vez en toda mi carrera, que yo conocía una ley de la naturaleza que no conocía nadie más. Las otras cosas que había hecho antes habían consistido en tomar la teoría de alguna otra persona y mejorar los métodos de cálculo [pero esta vez] es la única que había descubierto una nueva ley».



ÁLVARO SÁNCHEZ

Feynman tuvo que modificar esta historia añadiendo un comentario: «Si [la estructura] era V y A [entonces] ;yo tenía la teoría completa! Aquella noche calculé toda suerte de cosas con esta teoría [V-A] y más y más cosas se ajustaban, y yo estaba muy excitado. Era la primera vez, y la única vez en toda mi carrera, que yo conocía una ley de la naturaleza que no conocía nadie más (por supuesto, esto no era verdad, pero cuando me enteré después que Gell-Mann —y también Sudarshan y Marshak— habían llegado a la misma teoría, este hecho no estropeó mi alegría). Las otras cosas que había hecho antes habían consistido en tomar la teoría de alguna otra persona y mejorar los métodos de cálculo [pero esta vez] es la única que había descubierto una nueva ley».

Feynman se había olvidado de que Marshak y Sudarshan habían descubierto la estructura V-A independientemente, y de hecho, algo antes que él y, lo que tal vez es peor, que el artículo en que Feynman propuso esta estructura lo escribió en colaboración con su colega del Instituto de Tecnología de California, Murray Gell-Mann!

Este egocentrismo aparece también en el libro que estamos comentando, por ejemplo cuando permite que una entrevista que aparece en él se titule «El hombre más inteligente del mundo», o, en las páginas 56-60, cuando se pasa contándonos lo listo que fue en su viaje a Albuquerque (para participar en el supersecreto proyecto Manhattan, la bomba atómica americana). A los que hacían este viaje les recomendaron que compraran el billete de tren en trozos, y desde un origen distinto del real (Princeton) para no levantar sospechas por el número de personas que, de repente, hacía un trayecto tan extraño: el contingente que salía de Princeton era bastante numeroso.

Feynman decidió que, como contaba con que el resto del personal obedecería dicha orden, él podía saltársela, ya que sería el único

viajero con un billete Princeton-Albuquerque.

La ingenuidad de Feynman, fuera de temas científicos, también es patente en varios lugares en *El placer de descubrir*. Su conferencia sobre Galileo (págs. 83 y sig.) está llena de trivialidades; y su falta de comprensión para lo que no sea ciencia se pone de manifiesto en las págs. 88 y 89, cuando discute acerca de tests científicos de la astrología o de milagros, en particular el de Lourdes.

Feynman propone investigar estos milagros: si son ciertas las curaciones por agua de Lourdes, ¿deberían estudiarse científicamente? ¿Dependen de la distancia de Lourdes? ¿Dependen de la cantidad de agua? Si se diluye el agua de Lourdes en agua ordinaria, ¿dependen de la concentración? Muy divertido; pero a Feynman no se le ocurre la respuesta obvia: dependen de la fe.

Por supuesto, Feynman es suficientemente inteligente para darse cuenta de sus limitaciones y así, en la pág. 16, reconoce que lee muy poco y que tiene una inteligencia muy limitada, que utiliza en una dirección concreta.

Pero todo esto es lo de menos; las limitaciones de Feynman, su egocentrismo, e incluso su carácter irresponsable, se le perdonan por su honradez intelectual, franqueza, falta de pedería y desprecio a los honores: nunca aceptó doctorados «honoris causa», y renunció a su puesto en la Academia de Ciencias de los EE UU. Y, por supuesto, por la joya que representan sus comentarios sobre temas científicos, en sentido amplio, en los que aparece la humildad del auténtico investigador. Por ejemplo, él, una persona que gastó enormes esfuerzos en la enseñanza de la física, reconoce varias veces a lo largo del libro (p. ej., en las págs. 28 y la 139) que, después de tantos intentos, no ha avanzado nada: «Tengo demasiada experiencia en enseñar a estudiantes de física y, como resultado de esta experiencia, sé que no sé cómo enseñar». Contrástese con las seguridades de tanto pedagogo pedante.

También es demoledora para las peregrinas filosofías postmodernas su sencilla definición de la ciencia: la ciencia es preguntarse, «si yo hago esto, qué sucederá»; y manifiesta que si una teoría, por bella o elegante que sea, no satisface el criterio de predecir correctamente qué sucederá, debemos abandonarla.

Esta definición de Feynman coincide con la concepción de lo que constituye la esencia del método científico que tienen sus practicantes, (en contraste con las alambicadas elucubraciones de los filósofos de la ciencia).

Desde Galileo, que indudablemente estaba orgulloso de haber construido el primer auténtico telescopio, y haber sido el primero que escrutara el cielo con él; pero quien consideraba que su mayor mérito consistía en su capacidad para observar el mundo, para intentar comprender su comportamiento, y describir éste en términos matemáticos (es decir, precisos). Opinión compartida por Einstein?

«Las proposiciones que se obtienen por un proceso puramente lógico son vacías de contenido en lo que respecta a la realidad. Debido



En este número

Artículos de

Francisco J. Ynduráin	1-2	Antonio Córdoba	8-9
José Manuel Pita Andrade	3	Antonio López Pina	10-11
Valeriano Bozal	4-5	Medardo Fraile	12
Vicente Palacio Atard	6-7		

SUMARIO en página 2



El placer de descubrir

a que Galileo se dio cuenta de esto y, en particular, debido a que lo impulsó en el mundo científico, debemos considerar a Galileo como el padre de la física moderna; y, de hecho, de toda la ciencia moderna.»

El egocentrismo de Feynman no implica soberbia. Así, señala muchas veces (págs. 31, 87, 119, por ejemplo) la importancia de la inseguridad y de la humildad frente al conocimiento: «Yo tengo respuestas aproximadas y creencias posibles y grados diferentes de certeza pero no estoy absolutamente seguro de nada».

Tampoco le duelen prendas a la hora de reconocer la superioridad de otros, como cuando cuenta (pág. 75) su encuentro con Fermi en Los Álamos. Enrico Fermi vino de Chicago a Los Álamos, cuando Feynman estuvo en el Proyecto Manhattan, para ayudarles:

«... Yo había hecho algunos cálculos [para el Proyecto Manhattan]... los cálculos eran complicados y era muy difícil [obtener resultados]. Así que le dije a Fermi lo que había estado haciendo, y comencé a explicarle los resultados. Espera, me dijo, antes de decirme los resultados déjame pensar. Bueno, vas a obtener algo así y asado, por esto y aquello (tenía razón). Y además hay una explicación evidente, etc. Fermi estaba haciendo aquello en que se suponía que yo era especialista, y lo hacía diez veces mejor que yo. Fue una buena lección para mí».

Como exponente particular de las virtudes de Feynman, el libro que nos ocupa contiene varias joyas. Una, la conferencia de 1959, «Hay mucho sitio al fondo», sobre posibilidades de miniaturización, que se considera por muchos¹ como el inicio del campo de la nanotecnología, uno de los de mayor importancia en la ciencia y tecnología actuales. ¡Ahí es nada, una conferencia divulgativa creando (o, al menos, sugiriendo) una nueva ciencia!

Una segunda joya es su informe sobre el desastre de la lanzadera Challenger (págs. 123-137). Feynman fue incluido en el panel de expertos que estudiaron los motivos de la explosión (con muerte de todos los tripulantes) de dicha lanzadera. Feynman entendió inmediatamente el motivo, produjo impactantes demostraciones de la fragilidad de los componentes conocidos como «O rings», e identificó certeramente la causa última del desastre: el sacrificio por parte de la NASA de los criterios científicos de fiabilidad a compromisos u objetivos políticos. La honradez de Feynman

quedó de manifiesto cuando la comisión no se atrevió a dar un informe negativo y él presentó por su cuenta uno minoritario. La frase final de este informe ha pasado al acervo de sentencias lapidarias de los científicos: «Para una tecnología exitosa, la realidad debe tener preferencia sobre las relaciones públicas, pues la naturaleza no puede ser engañada».

La tercera joya que comentaremos aquí es su conferencia a los alumnos del Instituto de Tecnología de California en 1974 (págs. 165 y siguientes), que debería ser de obligada lectura para todo aspirante a científico. Constituye una acerada y acertada crítica de la pseudociencia, de las personas (u organismos) que realizan los «gestos» del científico sin realmente seguir su espíritu, y de los que sacrifican (como en el caso ya comentado de la NASA) el rigor científico a las relaciones públicas. Un científico debe explicar al profano (en particular a los poderes públicos) lo que está haciendo, sin pretender falsas aplicaciones o utilidades. La decisión de apoyar o no al científico es la responsabilidad de estos poderes.

Esto es también importante cuando se trata de asesorar. Feynman pone un ejemplo: «Si un senador [de un cierto Estado] pide consejo acerca de si en este Estado debería hacerse una perforación, y ustedes creen que debe hacerse en otro Estado, deben hacerlo público [aunque esta opinión sea contraria a la deseada]; lo contrario es no dar un consejo científico». (pág. 170). Y, un poco más adelante (pág. 171), refiriéndose a los científicos del National Accelerator Laboratory, en Argonne, «tan ansiosos de nuevos resultados y de conseguir más dinero para mantener la cosa en marcha con fines mediáticos, que están destruyendo, posiblemente, el valor de los propios experimentos, que es [debería ser] el objetivo principal». De hecho, casi siempre que se han olvidado estas máximas el resultado ha sido catastrófico (o ridículo) para los propios científicos. Las palabras de Feynman, de 1974, parecen proféticas de más de un desastre. Tal el del Challenger, que ya hemos mencionado, o el del acelerador conocido como Superconducting Super Collider, o SSC. El SSC pretendía ser la respuesta americana (quizá habría que precisar más, y decir tejana) a la supremacía europea, plasmada en el colisionador del laboratorio europeo CERN y, sobre todo, en el acelerador gigante conocido como LEP. El SSC iba a ser un acelerador ultramoderno, utilizando técnicas de supercon-

ductores para sus imanes y, además, iba a alcanzar una energía doble que la prevista para el rival europeo, el LHC, actualmente en construcción en el CERN: el SSC estaba diseñado para 30 «TeV», es decir, treinta billones de electronvoltios.

Y aquí se encontraron los americanos con dos problemas que fueron los que acabaron por desestabilizar el proyecto. El primer problema estaba relacionado con el coste de semejante monstruo. Era tal que no bastaba con el presupuesto federal; el estado en el que se instalase debería aportar una sustanciosa fracción. Los políticos desecharon Illinois, Nueva York y California, donde ya había aceleradores y decidieron construirlo en Tejas, estado que ofreció cofinanciar el proyecto.

Esto planteó un importante problema. En Tejas no había infraestructura, y era necesario llevar todo, incluido el personal, de otra parte, y construirlo todo de nuevas. Esto, y tener el doble de energía, hacía al SSC diez veces más caro que el correspondiente acelerador europeo, el LHC.

Por otra parte, al ser la construcción del SSC de nueva planta, el acelerador se lo jugaba todo a una carta; cualquier detención temporal del proyecto como las que ha sufrido el LHC, sin más disgustos que los consecuentes retrasos en la construcción, representaría su muerte. Estas dificultades fueron minimizadas por una buena parte² de los científicos de partículas, deseosos (por decirlo con la frase de Feynman) de «nuevos resultados [aparatos, en este caso] y de conseguir más dinero para mantener la cosa en marcha».

El problema de intentar construir, por razones políticas, una delicada instalación en el lugar inapropiado, acoplado con ciertas dificultades técnicas, llevó al abandono del acelerador cuando estaba completada una buena parte de la construcción y se habían gastado ya varios miles de millones de dólares: en 1993 la administración americana decidió cortar pérdidas y cancelar el proyecto.

Para concluir, digamos unas palabras sobre la traducción del libro, sin duda muy mejorable. Aparte de cuestiones de estilo, presenta el texto errores debidos a falta de cuidado (y, probablemente, de conocimiento de inglés) del traductor. Así, por ejemplo, en la pág. 108 aparece «nuts» (en este contexto, «tuercas»), traducido como «nueces»; y en la 184 se traduce «palsy» (enfermedad de Parkinson) por «parálisis», con lo que las correspondientes frases carecen de sentido. Sería de desear un mayor esfuerzo de las editoriales en sus traducciones. □

¹. Éste comentó dicho olvido amargamente en el obituario que escribió en *Physics Today* a la muerte de Feynman.

². La cita de Einstein y la opinión de Galileo sobre su trabajo las he tomado del libro de D. Sobel, *Galileo's Daughter*, Fourth Est., 1999, pág. 341.

³. Por ejemplo, A. J. Hrey, en *Feynman and computation*, Perseus, 1998.

⁴. Pero no todos. En una reunión del Comité de Política científica del CERN, J. Cronin (a pesar de ser tejano) nos advirtió de los peligros de intentar construir un superacelerador en un lugar sin la infraestructura apropiada.

RESUMEN

Richard P. Feynman ha sido, para Francisco J. Ynduráin, una de las personalidades más relevantes de la ciencia del siglo XX; de carácter desenfadado, su egocentrismo e incluso su carácter irresponsable se le perdona por su honradez intelectual, franqueza

y falta de pedantería. En su libro aporta datos sobre posibilidades de miniaturización, considerada como el inicio del campo de la nanotecnología; un informe sobre el desastre de la lanzadera Challenger; y una acerada y acertada crítica de la pseudociencia.

Richard P. Feynman

El placer de descubrir

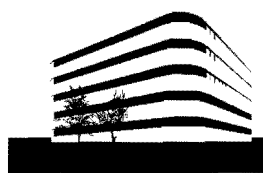
Editorial Crítica, Barcelona, 2000. 224 páginas. 18 euros. ISBN: 84-8432-106-1.

SUMARIO

	Págs.
«El placer de descubrir», por Francisco J. Ynduráin, sobre <i>El placer de descubrir</i> , de Richard P. Feynman	1-2
«Para una nueva lectura del Quijote», por José Manuel Pita Andrade, sobre <i>El traje y los tipos sociales en «El Quijote»</i> , de Carmen Bernis	3
«La barbarie corriente», por Valeriano Bozal, sobre <i>La barbarie ordinaire. Music à Dachau</i> , de Jean Clair	4-5
«Los recuerdos de un historiador», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Miguel Batllori: recuerdos de casi un siglo</i> , de Cristina Castell y Gloria Soler (recopiladoras)	6-7
«Una mente bella», por Antonio Córdoba, sobre <i>Una mente prodigiosa</i> , de Sylvia Nasar	8-9
«Europa, alternativa a las relaciones de vasallaje», por Antonio López Pina, sobre <i>L'Europe, une puissance dans la mondialisation</i> , de Pierre Moscovici	10-11
«Nuestra Señora de París», por Medardo Fraile, sobre <i>Simone Weil</i> , de Francine du Plessix Gray	12

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

Para una nueva lectura del «Quijote»

Por José Manuel Pita Andrade

José Manuel Pita Andrade (*La Coruña, 1922*), ha sido catedrático de Historia del Arte en las Universidades de Oviedo, Granada y Complutense de Madrid; desde 1990 es profesor emérito de la de Granada. Fue Director del Museo del Prado (entre 1978 y 1981 en que dimitió, perteneciendo desde entonces a su Real Patronato) y Conservador Jefe del Museo Thyssen-Bornemisza (1987-1990). Perteneció a varias Academias (es miembro numerario de las de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando) y Fundaciones. Entre sus publicaciones destacan las dedicadas a la pintura española, centrándose, sobre todo, en El Greco.

A los lectores de «SABER/Leer» les agradará, seguramente, tener noticia de un libro atípico. Contiene abundante lectura respaldada por numerosas ilustraciones y consiente asomarse a la obra de Cervantes por caminos nuevos. Una tenaz investigadora de la historia de la indumentaria, Carmen Bernis, dedicó el último tramo de su vida (murió repentinamente unos días antes de que se presentase su obra en la Institución Libre de Enseñanza) a profundizar en los personajes de *El Quijote* indagando cómo se habrían vestido en función de su condición social. Así abrió brecha en un campo apenas trillado, enriqueciendo con el estudio de su atuendo físico la palpante existencia de los entes de ficción que desfilan a lo largo de la novela. Todo ello con la particularidad de subrayar los rasgos peculiares de la indumentaria de los personajes en sus distintos estamentos. Al imaginarlos, desde ahora, parecen cobrar nueva realidad. Ya sabemos que la magistral creación cervantina contó con numerosos ilustradores. En las estampas de algunas ediciones e incluso en las películas, se mostraron con trajes muy convencionales, pese a meritorios esfuerzos por revivir los de la época. Ahora, por primera vez, se evocan con un alto rigor científico.

Para brindar esta novedosa imagen de los seres humanos que pueblan *El Quijote* Carmen Bernis tuvo el buen criterio de nutrirla con una densa carga literaria. Los textos de la época que incluye y los comentarios que los acompañan nos acercan a ellos a través de su aspecto exterior; pero el análisis de la corteza (utilizando el símil de Gonzalo de Berceo) ayuda a penetrar en el meollo de unas clases sociales; las prendas que vestían contribuyen a caracterizarlas. Consigue introducirnos en sus estamentos encajándolas en nueve grandes partes, agrupándolas de una manera original e incisiva. Sin embargo no se limitó a inscribir la indumentaria de sus personajes en compartimentos estancos. Acertó al situarlos también, con sus vestimentas, en las diversas vertientes que se ofrecen en la vida cotidiana.

El punto de partida no pudo ser más adecuado: la primera parte (que abarca más de 60 páginas) nos sitúa en «El camino», es decir, en el escenario más expresivo de toda la obra porque las aventuras del caballero andante se desarrollaron preferentemente en las polvorientas tierras de La Mancha. En ellas se encontró con caballeros, como el del Verde Gabán, damas, como la Vizcaína, cocheros, mozos de mulas, arrieros, carreteros, peregrinos, bandoleros, gitanos, cómicos, enlutados, disciplinantes... Obsérvese que el atuendo de todas estas gentes de condición tan diversa era muy distinto en función de su nivel social. La rebusca realizada ha permitido que revivan ante nosotros con ejemplos altamente expresivos. Ahora podemos ver cómo eran las capas, los gabanes, las botas, los sombreros y tantas otras prendas que vestirían los distintos personajes de *El Quijote*.

La segunda parte, titulada «Las armas y las letras», resulta altamente sugestiva ya que



Detalle de la portada de la edición de *Don Quijote*, de Londres (1617).

en ella reviven los trajes que llevaban los militares confrontándose con los de los hombres de letras, pormenorizándose sus prendas específicas; deja un hueco para contraponer las vistosas galas de apuestos soldados con las de los harapientos. La tercera, dedicada a «La corte de los duques», nos introduce en los más altos estamentos que figuran en la obra; pero también nos incita a contemplar al escudero Sancho Panza vestido como gobernador. Como las prendas que vestían los nobles en sus actividades cortesanas, eran distintas de las que utilizaban en las jornadas de caza, consagra a ésta una breve cuarta parte; en ella reviven la duquesa, el duque y hasta Sancho vestidos de cazadores.

Vestidos y armas de don Quijote

Tenemos que sobrepasar el ecuador del libro para adentrarnos (entre las páginas 317 y 358) en la parte quinta que aborda un tema tan fundamental como el de «Los vestidos y las armas de don Quijote». Tal vez la autora nos hizo esperar demasiado para contemplar al protagonista de la obra primero con arnés (desfilando el morrión y la celada, la darga y la rodela, la lanza, el lanzón y la espada, el jubón de armar y la ropilla sobre las armas...) y luego con los trajes que lucía los días de fiesta, como caballero andante, vestido por los duques llevando un manto de escarlata, con traje de calle, luciendo el balandrán... incluso en sus prendas íntimas. Las partes sexta, séptima y octava nos introducen en otras clases sociales: la de los «Artesanos y otros hombres del común», la de «El ama y la sobrina», que consiente analizar «el traje de las mujeres comunes», y la de «Los villanos». Las prendas que utilizaban estos personajes eran tan peculiares que servían para diferenciarlos; sorprende la terminología de lo que llevaban estos últimos, como los greguescos, zaragüelles, zahones, capotillos, antiparras... Las villanas también se diferenciaban con el sayuelo, rebociños y mantellinas. El libro concluye, en la parte novena, internándonos en «El mundo del cautivo»; sabemos así como vestían los galeotes, o los moros, o la mora Zoraida, o Melisendra, o los turcos y albaneses.

Después de cuanto va dicho podrá parecer que este libro es más de consulta que de lectura continua. Y sin embargo tiene la rara virtud de ofrecernos un contenido mag-

níficamente trabado, que permite contemplar, a través de la indumentaria, a los personajes de la época. Tal vez el secreto de que resulte gustosa la lectura estriba en la riqueza y variedad de los textos que se interpolan y en el valor que tienen las imágenes para ilustrar cuanto se dice. Es obvio que los párrafos del *Quijote* ocupan un puesto principal. Pero resulta muy nutrida la presencia de fragmentos pertenecientes a los más famosos escritores del Siglo de Oro. Junto a Cervantes aparecen frases tomadas de las comedias de Lope de Vega o de Tirso de Molina, de las obras de Quevedo y de otros muchos. Resulta admirable la rebusca realizada por la autora. Pero además, a esta selecta antología, de carácter literario, se unen datos de inventarios o, sencillamente, testimonios extraídos de libros de sastrería, partiendo de los patrones que figuran en ellos, que han permitido fidelísimas reconstrucciones.

Mención muy especial merece el comentario de las ilustraciones. En su mayoría proceden de cuadros, esculturas, estampas o miniaturas cuyas fechas se inscriben entre la última década del siglo XVI y las dos primeras del XVII, aunque a veces las búsquedas se realizaron en épocas anteriores o posteriores, cuando las prendas que se trataba de revivir correspondían a vestidos que habían evolucionado poco. No se olvide que la moda en la época del *Quijote* cambió con ritmos muy distintos según la condición social de los personajes. La de los clérigos, por ejemplo, permaneció prácticamente invariable incluso siglos. Las gentes humildes apenas tenían medios para modificar su atuendo. En cambio entre los nobles resultaba factible descubrir variaciones en breves interregnos. Por desgra-

cia la pintura española no es muy rica en cuadros de género. Si Carmen Bernis tratara de analizar los vaivenes de la indumentaria en tierras neerlandesas, hubiera podido beneficiarse del generoso caudal de escenas de la vida diaria que se encuentran en los maestros flamencos y, sobre todo, en los holandeses. En España es parva la cosecha de testimonios; sólo unos cuantos pintores como Pedro Orrente o Jacinto Jerónimo de Espinosa se enfrentan con asuntos de carácter más o menos popular. Los personajes que aparecen en los bodegones con figuras, podrían ayudarnos a valorar los trajes de personajes vinculados al estado llano. Es cierto que en el campo de la pintura religiosa a veces se pueden encontrar detalles útiles a nuestros fines. Aunque las obras de Zurbarán y Murillo se distancian de los imperativos cronológicos que tiene este libro, pueden servirnos gracias a la escasa evolución de la moda.

Esta magnífica obra de Carmen Bernis constituye una espléndida coronación de una vida consagrada al estudio de la indumentaria. Pero al revés que en investigaciones anteriores, aquí consiguió conjuntar los textos literarios, los análisis de las prendas y las imágenes de un modo perfecto. Por eso, como decíamos antes, la lectura resulta sumamente gustosa. Pensamos que, después de concluirla, sería el momento de volver a leer el *Quijote*. Los personajes adquirirían profunda vitalidad, al poderse evocar con los trajes que, verdaderamente, hubieran podido llevar. Los numerosos ilustradores que tuvo el magistral libro hubieran realizado una interpretación totalmente diferente de haber contado con esta gran aportación. Nos impresionó profundamente que Carmen Bernis se extinguiera muy pocos días antes de presentarse públicamente su obra. Pero al menos conforta saber que la autora alcanzó a ver el fruto de muchos años de continuado esfuerzo.

El lector no especializado, seguramente, no se detendrá en el análisis minucioso de muchas prendas ni considerará en profundidad los patrones que vienen en el libro. Es obvio que los infinitos detalles y puntualizaciones que contiene el libro podrán visualizarse de un modo sólo superficial para quienes no se sientan atraídos, específicamente, por estas cuestiones. Hablamos por nosotros mismos comprobando que, sin embargo, nuestra intelección de numerosos personajes alcanzaba nuevos parámetros al llamársenos la atención de cómo vestían.

La obra póstuma de Carmen Bernis tiene así la rara virtud de resultar aleccionadora. Como hemos dicho antes, consiente un nuevo enfoque de los personajes que pueblan el *Quijote* y que alcanzan una mejor caracterización si nos apoyamos en las imágenes que aparecen en estampas, pinturas y relieves de la época. Las ilustraciones son, por eso, fundamentales y valoran la densa rebusca realizada. Terminaré aludiendo a una experiencia personal; después de repasar sus quinientas treinta páginas, he sentido el vivo deseo de volver a leer (confieso con rubor que después de muchos años) *El Quijote*. □

RESUMEN

La tenaz investigadora de la historia de la indumentaria, Carmen Bernis, nos ofrece una obra póstuma que, para José Manuel Pita Andrade, no debería catalogarse como simplemente de consulta, sino que su lectura resulta altamente sugestiva hasta el punto de in-

vitarnos a leer *El Quijote* de nuevo, con el conocimiento añadido del posible vestuario de sus personajes en función de su condición social. Es además un ensayo que permite asomarse a la obra de Cervantes por caminos nuevos.

Carmen Bernis

El traje y los tipos sociales en «El Quijote».

El Viso, Madrid, 2001. 534 páginas. 109,80 euros. ISBN: 84-95241-17-X

La barbarie corriente

Por Valeriano Bozal

Valeriano Bozal (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado diversos libros de historia y teoría del arte, entre los que destacan: Los primeros diez años, 1900-1910, Los orígenes del arte contemporáneo, Il gusto y Pinturas negras de Goya.

La obra de Zoran Music (Gorizia, 1909) cobra con el paso del tiempo mayor relevancia, hasta tal punto que cabe afirmar que no parece posible comprender el arte y la cultura del siglo XX sin tenerla en cuenta. La retrospectiva celebrada en 1995 en el Grand Palais (París) consagró definitivamente al artista. En España, no han sido muchas las ocasiones que hemos tenido de poder contemplar su pintura, la más importante fue la exposición celebrada en Valencia (Bancaixa, 1994), de la que fue responsable Sally Radic y en la que intervino de forma determinante Kosme Barañano. Más recientemente, la muestra de obras donadas por el artista al IVAM.

Jean Clair, director del Musée Picasso de París, que se había ocupado de Music en diferentes ocasiones —en especial: *Music: l'œuvre graphique* (Pompidou, París, 1988)—, publica ahora un conjunto de reflexiones, a la manera de un mosaico que construye su argumento por contigüidad y asociación, bajo el título *La barbarie ordinaire. Music à Dachau*. Aunque el título hace referencia expresa al campo de concentración de Dachau, el libro de Clair se extiende en consideraciones sobre la obra completa de Music y los problemas que suscita. El género, al que se acoge con brillantez —epígrafes relativamente breves con motivos conexos, evitando una exposición académica—, le permite recrear un «universo Music» y destacar su papel central en la historia europea contemporánea.

Sospechado de espionaje, Music fue detenido a la puerta de su estudio en Venecia en 1944 por la Gestapo y torturado durante tres semanas. Tras comprobar que no era ningún espía, dada su estatura y complexión física, sus captores le ofrecieron enrolarse en las S. S. o ser enviado a Dachau. Éste es el destino que el artista escoge, que marcará definitivamente su vida y su arte. En el campo de concentración de Dachau realizó dibujos de los prisioneros, que guardaba y escondía en diferentes lugares, la mayor parte de los cuales se perdieron durante la liberación. Los que se han conservado son de una singular penetración.

Nosotros no somos los últimos

El artista ha narrado diferentes aspectos de la vida concentracionaria en diversas entrevistas, algunas de las cuales se publican en el libro de Clair. En ellas nos indica que la suya no era una pretensión documental, que su intención no era ofrecer una imagen de lo que acontecía en Dachau, de sus instalaciones, protagonistas, etc. Dibujaba porque tenía una «irresistible, absoluta necesidad de hacerlo» (pág. 162), una «necesidad interior», dibujaba porque «es pintor» (pág. 160), porque aquello que contemplaba, el mundo en el que vivía «no sólo es alucinante, es una cosa que no puedes imaginar. ¡Estaba entre ellos, entre estos cadáveres, como ellos!», exclama Music (pág. 161). No sabe en ese momento si sus dibujos serán conocidos algún día, no se podía saber, «porque ya se estaba en el mismo estado que ellos, los cadáveres» (pág. 161).

Después de 1945 Music parece olvidar estos dibujos. Su pintura no representa esa clase de temas, se ocupa de paisajes italianos que, sin embargo, en muchos momentos sugieren sutilmente aquellos motivos. Es en 1970 cuan-



«Cuatro ahorcados», Dachau, 1945, tinta/papel.



«Autorretrato, hombre sentado», 1990, óleo.

do la iconografía de los campos se hace protagonista hegemónico de las imágenes, a partir de la serie *Nosotros no somos los últimos*. «Después de una decena de años, todo lo que se ha sufrido, visto y en lo que se ha participado, vuelve a salir. Todos esos lienzos no pueden quedar ocultos. Esto es lo que he comenzado a pintar. A éstos no se le pueden llamar recuerdos. Lo que tenía dentro debía salir» (pág. 156).

La memoria hace su trabajo, también la distancia: la pintura es su instrumento, no tanto pintar lo que se ve, como sucedía en 1944, cuanto lo que se ha visto, y captar en ese trabajo, con ese instrumento, la terrible grandeza de lo que se ha vivido. Es ahora, a la luz de esa memoria, con la ayuda de esa distancia, cuando las imágenes, a la vez que se depuran plás-

ticamente, evocan un conjunto de cuestiones y sentidos, complejos, que Jean Clair ha tematizado con sobriedad y precisión. Surge entonces una pregunta que no es inútil: ¿cómo considerar los dibujos de 1944?, ¿qué son: testimonios, pruebas, documentos, obras de arte...? Clair indica que el arte tiene la capacidad de domesticarlo todo, todos los dominios del mundo visible e invisible, los animales, las plantas, los mares, las ciudades, los monstruos, los ángeles, los demonios, los dioses, «pero no parece haber domesticado el horror» (pág. 44). Reaparece éste como un motivo sólido y opaco, presente más aún en el paso del tiempo, dueño y señor de un tiempo que ha hecho suyo, resistente a cualquier pretensión de dominio, una presencia que no se puede conjurar, ante la que nos quedamos atónitos, sin palabras, sin juicio. Esa presencia es la que Music ha pintado.

Aunque no realizó los dibujos de 1944 con fines documentales, cuando los comparamos con los que hace a partir de 1970 resultan en exceso testimoniales, con la brutalidad del testimonio, pero todavía no con el carácter trágico que se impone para siempre. Son detalles que, a primera vista, quizá podrían considerarse menores: desaparecen o se simplifican mucho los cuerpos, las cabezas poseen mayor pureza y ganan plasticidad en el papel y en el lienzo, se hacen más sutiles el trazo y la pincelada, se depuran las posiciones de las figuras, la figura gana en importancia, se reduce hasta casi desaparecer por completo la acción anecdótica, los personajes —cabezas o de cuerpo entero— están quietos casi por completo y cuando hacen un movimiento tenemos la sensación de que ese gesto pertenece ya de pleno derecho al cuerpo, es uno con él. El dibujo de los detalles tiende a desaparecer, como si sólo con insinuarlos fuera suficiente, la obra adquiere un aspecto abocetado y la superficie del papel y del lienzo, su textura, cobra gran importancia. También la monumentalidad creciente de las figuras. A partir de 1970 Music define su lenguaje: lo hace en ese trabajo de la memoria, ella le es necesaria.

Es ahora cuando comprendemos visual y plásticamente el alcance de lo que sucedió en Dachau y en tantos otros lugares, lo que sigue sucediendo —*Nosotros no somos los últimos*—. Ahora tomamos plena conciencia de lo que quiere decir que los signos que distinguen a un ser humano, los que hacen de él un ser humano, desaparecen, o mejor, como escribe Clair con precisión, «tombaient dans le néant», caían en la nada (pág. 16). Aquello que estas pinturas y dibujos de Music ponen en pie es esa nada en la que caían y caen. No la simple desaparición, que puede ser ocasional, sino la nada, que implica necesidad y destino, que alea en estas obras realizadas a partir de 1970.

Ahora es cuando aprendemos la importancia del aprendizaje, su conocimiento de Goya y de Rembrandt —«Goya es para mí el más grande, Rembrandt a continuación» (pág. 146)—, de los artistas vieneses de comienzos del siglo XX, de Kokoschka, de Schiele, de los expresionistas alemanes. No la pintura que pretende hacer un lienzo hermoso, sino la que expresa lo que es una persona, en sí misma (pág. 147). Y es así como tomamos conciencia de sentidos que podían estar ocultos, o postergados, en esos artistas, ahora muy evidentes, en la ocasión de trazar una línea de la modernidad que escapa al optimismo de la razón.

Las pinturas y dibujos de Music constituyen una reflexión radical sobre la condición humana y sobre la naturaleza de la belleza. Las imágenes del campo vuelven una y otra vez. De «paisaje de cadáveres» habla Music, y lo recuerda Clair. Este concepto reúne dos



Viene de la página anterior



experiencias contradictorias y en ello mismo terribles: si con el término «paisaje» se alude a la contemplación placentera que hace de la naturaleza libre objeto de disfrute, su complemento, «de cadáveres», sin eliminar ni la referencia previa ni la naturaleza, introduce una imagen trágica. La muerte, escribe Clair, trabaja como un artista, su materia prima es el cuerpo, plástico y dócil, hasta adquirir esa tonalidad blanquecina y nacarada, en «unidades» apiladas que parecen estar ahí para ser contempladas. El simple estar ahí.

La muerte devuelve al cuerpo todo el protagonismo que se creía perdido. Transforma el rostro en aberturas, los ojos, la boca, las fosas nasales, que Music destaca con terrible agudeza, con lo que dejan de ser vehículos de expresión: a su través no se percibe nada interior. El interior ha desaparecido en la inmovilidad, sólo el exterior queda, y ése es el motivo del artista: los rostros carecen de emociones y sentimientos —el campo es el lugar de los no-rostros, escribe Clair (pág. 64)— y lo que estaba anunciado en la no-vida de los detenidos —son no-individuos, números, piezas, unidades, pero no seres humanos, carecen de individualidad alguna— celebra ahora, en esos muertos apilados, en las cabezas que destacan sobre el papel, su triunfo más dramático. Los dibujos y las pinturas se ofrecen, entonces, como el último homenaje a lo que queda de humano en estas formas, porque representándolos en lo que (no) son se les dota de una entidad que quedó borrada al traspasar las puertas del campo. Ésa es, dice Clair, la belleza de los muertos (pág. 32).

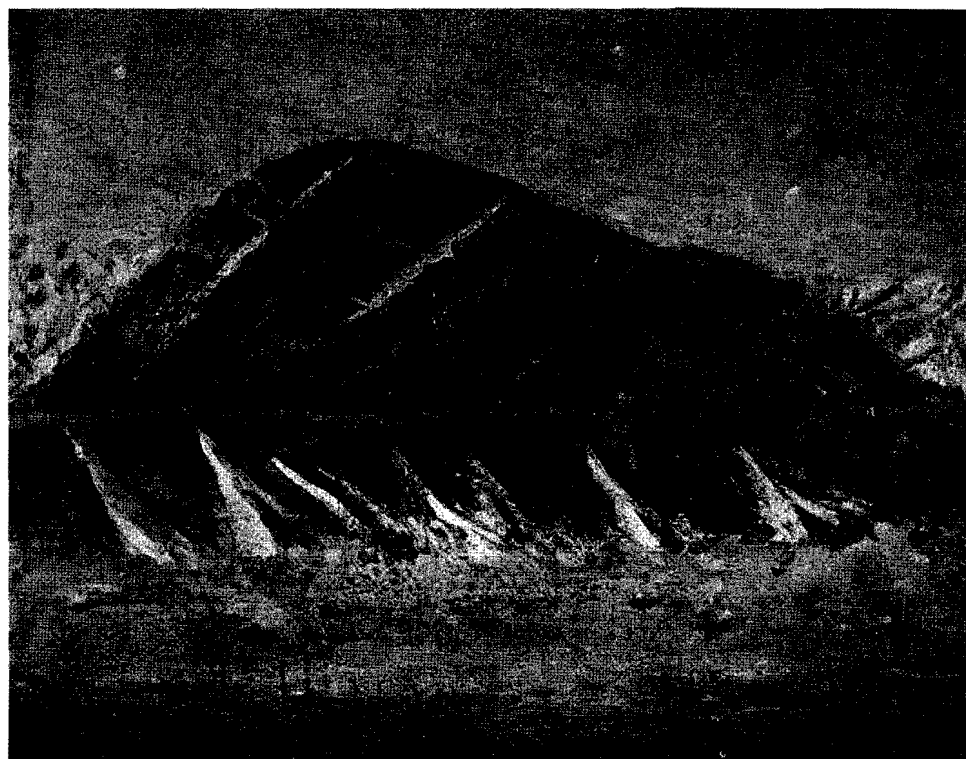
La entidad del homenaje se comprende mejor si recordamos el polémico concepto de Hannah Arendt: la banalidad del mal. Se elaboró en el curso del juicio contra Adolf Eichmann, al tomar conciencia de que los verdugos no eran monstruos crueles sino funcionarios mediocres que trataban de hacer su trabajo lo mejor posible. La conclusión era mucho más grave de lo que a primera vista cabía esperar, pues indicaba que cualquiera podía llegar a hacer lo que los verdugos habían hecho, no había que ser de un género especial o de un sadismo intenso, bastaba con ser normal. En el otro lado, en el de las víctimas, esta banalidad se concretaba en la ejecución seriada y anónima, en la eliminación de lo individual, jurídico y moral que precedía a la aniquilación física. La muerte banal implica esa nada a la que estaban destinados los detenidos en los campos: las pinturas y los dibujos de Music luchan contra ella la rechazan, devuelven a esos muertos la condición humana, hacen de ellos fuente de sentimientos y emociones, acusación a sus verdugos y al sistema que los hizo posibles. Su representación es un modo de vida, su modo de vida, y así la resistencia a la banalidad.

«Hartáos del hermoso espectáculo»

Una cuestión sobrevuela las reflexiones de Jean Clair: ¿cuál puede ser el gozo que la experiencia de estas pinturas y dibujos produce? La brutalidad de lo representado nos induce a pensar que no puede haber ninguno, sólo repulsa. El tema no es nuevo. Clair recuerda una historia que Platón pone en boca de Sócrates: «Leoncio, hijo de Aglayón, subía del Pireo por fuera del muro septentrional, cuando percibió unos muertos que yacían junto al verdugo, y sintió entonces el deseo de verlos, pero a la vez una repugnancia que le retraía. Así estuvo luchando y cubriéndose el rostro, hasta que, vencido su deseo, abrió grandes los ojos, y corriendo hacia los muertos, dijo: 'Ahí los tenéis, desdichados; hartáos del hermoso espectáculo'» (*La República*, libro IV, 439e- 440a). No me cuesta trabajo ver a Music en este hijo de Aglayón, abiertos grandes



«El estudio», 1990, óleo



«Montaña negra», 1949, óleo

los ojos, aunque quizá su cólera no sea la misma.

El problema no es exclusivo de Music, ni se plantea por primera vez a propósito de su pintura. Se pone ya de manifiesto con los *Desastres* de Goya y después en muchos de los que Music considera sus antecedentes. No se trata, ni en las estampas de Goya ni en las pinturas y dibujos de Music, de advertir el lado gozoso de lo terrible, tal y como fue teorizado por la estética dieciochesca, con Burke a la cabeza, sino de explicar por qué razón contemplamos ese «hermoso espectáculo». No es el placer lo que nos atrae, por grande que sea la fascinación ante la habilidad formal del artista, sino el conocimiento de lo que de otra manera pasaría desapercibido, quizá porque no deseamos verlo. Llamo «lucidez» al reconocimiento que suscitan las figuras que surgen en la memoria del tiempo y que al tiempo parecen fatalmente destinadas. Y creo que es semejante venir del pasado y hacerse presentes —no el estricto registro documental de lo que acontece, no el relato de la vida en Dachau— el determinante de su po-

deroso efecto.

Music no ha registrado lo acontecido —lo hizo antes, por eso puede pintarlo a partir de 1970—, lo crea, o, si quiere decirse así, lo recrea, y al proceder de esta manera lo hace nuestro. Las cabezas y las figuras no son recuerdo, «souvenir»: en el paso del tiempo se han hecho con su parte de vida, han perfilado

sus matices tanto como han definido su apariencia. Con el mundo del campo, Music nos trasmite la «monumentalidad» que esa vida lleva consigo y que irremediamente va a perderse. Clair escribe que el artista pinta lo inmediato e irremediable (pág. 101). De este modo se evidencia en sus pinturas y dibujos aquella pérdida de lo humano que aún en vida se producía: pues muchos eran arrojados, apilados, cuando todavía conservaban aliento, cumpliendo así definitivamente la condición impuesta al entrar en el campo: dejar de ser humanos. Éste es, como indica Clair, el rasgo que define el anonimato: la muerte anónima del que no se sabe si está vivo o muerto elimina el sentido de la muerte, cualesquiera que éste pudiera ser (págs. 90 y 149). Se le ha retirado lo humano que todavía podía conservar (pág. 77).

Las pinturas y los dibujos de Music pertenecen a esa clase de monumentos en los que el arte del siglo XX es muy rico: monumentos que recuerdan el fracaso porque han sido capaces de introducirlo en sus propias formas. Como en el campo, las figuras monumentales llevan inscrito su destino, desaparecer, y lo muestran en la formalidad de la pintura y el dibujo, en la levedad del trazo, la parquedad del movimiento, la sutileza del individuo, la sobriedad de la cabeza descarnada o del cuerpo que se pierde. No hay exaltación del heroísmo, ni siquiera hay exaltación, sino esa penetrante lucidez que está sometida al tiempo. □

RESUMEN

Jean Clair nos ofrece un libro sobre el pintor Zoran Music, sin el cual no parece posible comprender el arte y la cultura del siglo XX. Sus experiencias en el campo de concentración de Dachau le hicieron realizar dibujos de una gran penetración que retoma en sus pinturas a partir de 1970. Valeriano Bozal observa, a través

de este libro, que las pinturas y los dibujos de Music constituyen una reflexión radical sobre la condición humana y sobre la naturaleza de la belleza; la pintura es el instrumento de la memoria; pintar no tanto lo que se ve como lo que se ha visto y captar la terrible grandeza de lo que se ha vivido.

Jean Clair

La barbarie ordinaire. Music à Dachau

Gallimard, París, 2001. 168 páginas. 12,96 euros. ISBN 2-07-076094-4

Los recuerdos de un historiador

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

El P. Miguel Batllori nació en Barcelona en 1909. Ha cumplido, por tanto, noventa y dos años de edad cuando publica estos *Recuerdos*, evocados gracias a su portentosa memoria y a su lucidez intelectual. Ha preferido no escribir directamente un libro de memorias y se ha valido de la colaboración de dos historiadoras que han actuado como recopiladoras de las largas conversaciones mantenidas con ellas, en las que se desgana la trayectoria de su vida, sin atenerse a una exposición demasiado sistematizada de los temas y la cronología.

El libro resulta así de lectura fácil, y se puede decir que constituye una ilación de anécdotas y reflexiones, a veces brochazos impresionistas, reveladoras de lo que ha sido la vida y el pensamiento del autor, expuestos en todo momento con gran libertad de espíritu.

«Escribir bien la Historia»

Cuando era muy niño al pasar un día cerca del Archivo de la Corona de Aragón, acompañado de su madre, ésta le explicó que allí se guardaban los papeles viejos. «¿Y para qué sirven los papeles viejos?» preguntó Miguel. «Para escribir bien la Historia» le respondió. Esta anécdota infantil era casi una señal premonitrice del destino de aquel niño.

En los primeros capítulos del libro relata

Batllori los antecedentes familiares. Si por los Batllori y por los Munné pertenece a antiguas familias catalanas, por las abuelas Escauriza y Orovio enlazaba con familias de origen vizcaíno. En la casa paterna hablaban castellano, aunque su madre nacida en Cuba hablaba bastante bien el catalán y se dirigía en este idioma a los suegros. En aquellos años toda la burguesía barcelonesa hablaba familiarmente en castellano. El P. Batllori dice que «el catalán bastardo de Barcelona lo he aprendido en el patio del colegio.» El catalán del pueblo lo aprendió con la gente del campo en Sant Feliú de Codines, donde su familia tenía posesiones.

En el colegio de los Jesuitas en la calle Caspe cursó la segunda enseñanza. Por entonces padeció una osteomielitis crónica en una tibia, pero la enfermedad no le retrasó en sus estudios y pudo acceder a la Universidad al cumplir dieciséis años. En sólo tres cursos simultaneó la licenciatura de Derecho y la de Filosofía y Letras (en la Sección de Historia). Según el autor aquellos tres años en la Universidad de Barcelona fueron para él más formativos que los cursos en la Facultad de Avigliana, siendo jesuita. La evocación de los estudios universitarios proporciona una imagen viva de lo que era la Universidad en los años veinte. Había pocos alumnos (en Historia sólo cuatro) y el trato con los profesores era directo y continuado más allá de las aulas. El autor expone también sus recuerdos sobre la vida cultural y política en Cataluña durante la dictadura de Primo de Rivera, y hace referencias a los incidentes suscitados con los llamados «clérigos separatistas», sobre los que aporta interpretaciones y alude a documentos interesantes.

El jesuita

Terminados sus estudios universitarios

ingresó en el noviciado de los Jesuitas en Gandía, instalado en el que había sido palacio de la familia de San Francisco de Borja.

Allí le sorprendió, en 1932, la disolución de la Compañía de Jesús por decreto del Gobierno de la Segunda República. Esto motivó que continuara sus estudios sacerdotales en los centros que los Jesuitas tenían en Italia, hasta que terminada la Guerra Civil pudo volver a España. Batllori vivió, por tanto, los años de la Guerra Civil española alejado del teatro de la guerra de la que, sin embargo, no podía sentirse emocionalmente distante, aunque los recuerdos enfrían las emociones. Luego, a toro pasado, ha podido publicar con gran pulcritud y rigor los nueve volúmenes del archivo del Cardenal Vidal i Barraquer que son piezas indispensables para la historia de las relaciones de la Iglesia y la República.

Concluidos los estudios eclesiásticos y ordenado sacerdote fue destinado al colegio de Montesión en Mallorca, «isla del bien decir» según escribe. Aquello fue un regalo para quien había desarrollado un entusiasta cultivo de las letras y la cultura catalanas, y disfrutaba con la gente y los bellos paisajes.

En 1947 se inicia el largo período romano, el período de su madurez intelectual y en el que el jesuita se consagra definitivamente como historiador. En las páginas en que se ocupa de aquellos años en Roma abundan los comentarios sobre la «pequeña historia» cultural de la Ciudad Eterna y naturalmente pone singular atención en los catalanes allí residentes. Son años de estudio en los archivos vaticanos, de la Compañía de Jesús y otros más, de los que han de salir las grandes obras de investigación.

Su prestigio como historiador estaba ya consolidado. Miembro del Comité Vaticano de Ciencias Históricas, será representante de la Santa Sede en numerosos encuentros internacionales, lo que le obliga a realizar frecuentes viajes. En 1950 había interrumpido la estada romana para hacer un primer y lar-

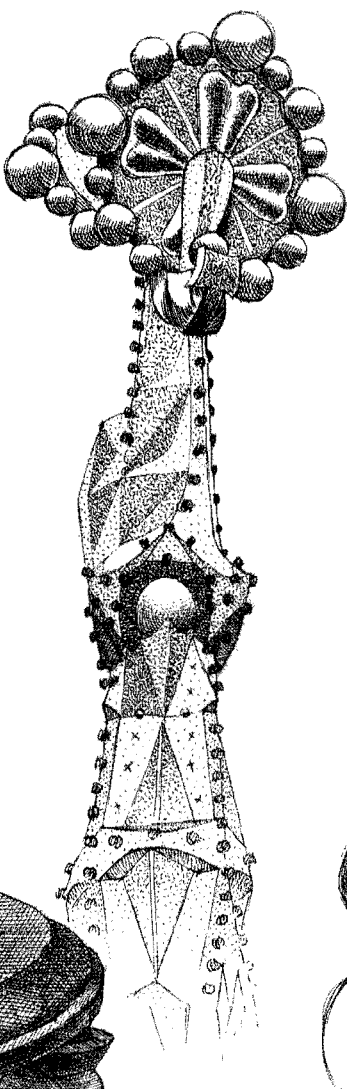
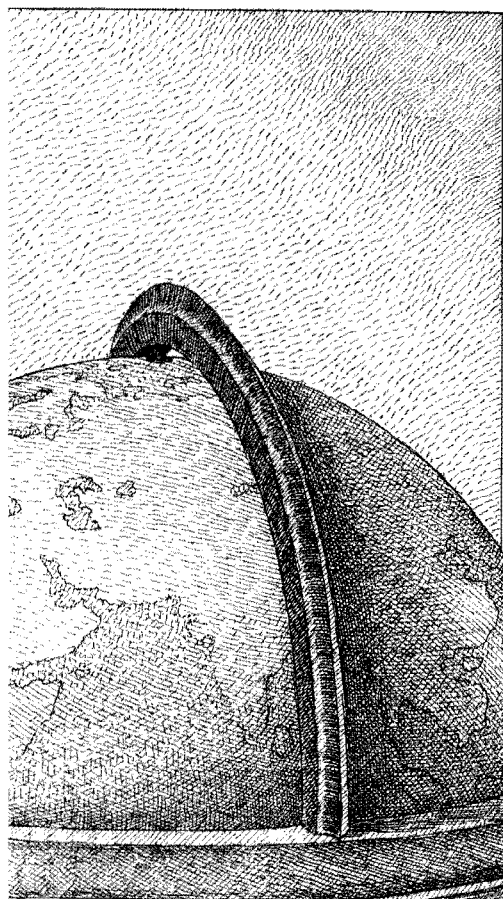
go periplo de estudio por la América hispano-hablante.

En Roma le tocó vivir el Concilio Vaticano II. Sus recuerdos se llenan de colorido y de interés, sus páginas llaman la atención por lo rotundo de algunas afirmaciones. No recata críticas a la actitud del Episcopado español y a la Embajada de nuestro país. En su personal visión del Concilio entiende que se limitó a los aspectos pastorales y litúrgicos y dejó lo que llama «el agujero negro» por el que se escapó la oportunidad de las reformas teológicas. Bien es verdad que, según opina él, este «error histórico» ha hecho posible que con posterioridad al Concilio los teólogos reformistas hayan podido seguir aireando sus doctrinas sin las limitaciones conciliares.

«Demasiado liberal»

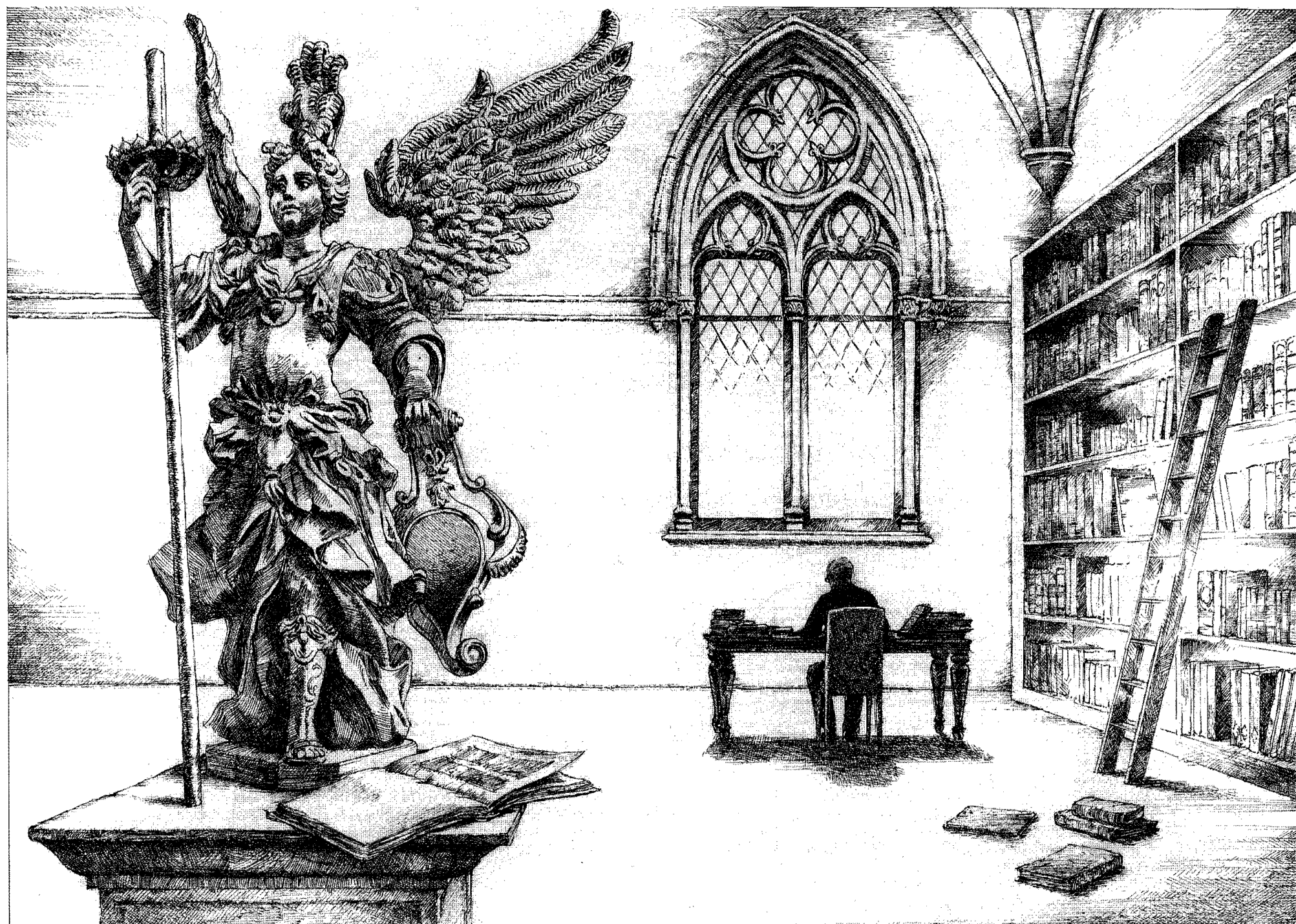
El jesuita Batllori tampoco ha rehuído aludir a sus recuerdos y reflexiones sobre la crisis postconciliar de los jesuitas y sobre la teología de la liberación. Dice de sí mismo que «es demasiado liberal para poder ser filomarxista», aunque haya mantenido buenas amistades con quienes participaban de esa tendencia. Para entender al P. Arrupe en aquella situación cree que se debe distinguir al hombre carismático y al científico. El P. Arrupe, por sus estudios de medicina y biología (coincidió en las aulas con Severo Ochoa) se diferencia del antiintelectualismo de su predecesor en el generalato de la Compañía de Jesús. Su experiencia japonesa le dio también mayor profundidad a la interpretación de los fundamentos culturales, lo que le proporcionó una vivencia religiosa y pastoral de talante universal.

Seguramente al lector le llamará la atención la persistencia en las alusiones catala-



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

nas en los recuerdos del autor. Esto puede dar lugar a algunas interpretaciones equivocadas. Pero en este mismo libro deja muy claro cuál es el sentido de su «culturalismo catalán».

Convivencia secular

Un día le preguntó Salvador Madariaga cuál era su posición ante el nacionalismo catalán. Le contestó que «en tanto que catalán esencialmente culturalista no podía ser netamente separatista», por dos razones: porque hoy por hoy era impensable que el País Valenciano y Baleares aceptaran la tesis del pancatalanismo nacionalista, y porque desde el punto de vista cultural no puede romperse la unidad de los cuatro territorios históricos que compusieron la Corona de Aragón. Batllori dice que no aceptaría que una tesis reduccionista del separatismo catalán dejara fuera, como extranjeros, a Ausias March, a Ramón Llull, a los Papas Borja o incluso a Baltasar Gracián. A esto se añade la convivencia secular y las conexiones políticas de todos los territorios que formaron la Monarquía hispánica, por lo que «no podemos considerarnos como de una nacionalidad enteramente separada del mundo hispánico». Y concluye afirmando: «no me califico de catalanista ni de nacionalista porque, en definitiva, mi catalanismo es... casi sólo culturalista; es decir, muy diferente de la forma

cómo se entienden en la actualidad los términos catalanismo y nacionalismo».

El historiador

El jesuita y el catalán confluyen en el historiador. En 1958 fue elegido académico de la Real Academia de la Historia. Su candidatura la apoyaron fundamentalmente el doctor Marañón y Jesús Pabón. Invocaba éste la tradición de que figuraran en el cuadro académico un jesuita y un agustino. Desde la muerte del P. García Villada no se había elegido a ningún jesuita. Además Pabón, que tenía buenas conexiones catalanas, creía conveniente que no faltara en la Academia la representación catalana. El P. Batllori reunía las dos condiciones y fue elegido.

Ya entonces Batllori había alcanzado altas cotas de prestigio como historiador. Había sido director del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús y de la prestigiosa revista *Arquívum Historicum Societatis Jesu*. Había publicado ya algunas de sus principales obras sobre los jesuitas del siglo XVIII expulsados por Carlos III, en las que prevalecía lo cultural como eje vertebrador de lo histórico. Esto mismo se refleja con precisión en Baltasar Gracián, magistralmente estudiado por Batllori. Más dado a la investigación que a la docencia pudo aplicarse a la infatigable búsqueda de documentos, porque sólo de ellos puede surgir la historia como

creación.

Sobre el concepto de la historia se extiende en las reflexiones que acompañan a sus recuerdos. La interpretación de una historia global, universalista, que prevalece sobre lo particular. Creo que se excede un poco cuando considera que los historiadores españoles se centran en el estudio particular de la Historia de España, y tal vez llama la atención que de este reduccionismo no se libran ni los grandes maestros como Sánchez Albornoz o Américo Castro. En todo caso cree que la historia del futuro tenderá a orientarse más a una interpretación universal. No obstante, desconfía un poco de quienes supeditan la historia a la filosofía al intentar in-

terpretaciones generales. De estas interpretaciones prefiere a Toynbee, que se basa en el apego a los hechos reales, a lo real y concreto.

El futuro de la historia opina que está en los estudios pluridisciplinares para abarcar el complejo total de lo humano, y cree por eso que la investigación del futuro será realizada necesariamente por equipos de conjunto.

A sus noventa y dos años de edad el P. Batllori no ha perdido el gusto por el trabajo bien hecho. Así se aplica ahora a ultimar la edición de los diecinueve volúmenes que componen sus obras completas. Una vida de trabajo, de la que estos «recuerdos» son casi una efusión de su espíritu. □

RESUMEN

Un historiador, Vicente Palacio Atard, comenta los recuerdos de casi un siglo de otro historiador, el jesuita catalán Miguel Batllori, que ha preferido no escribir sus memorias sino contárselas a dos historiadoras que han recopilado sus extensas conversaciones, en las que se mezclan sus vivencias personales, su condición de religioso, miembro de una or-

den que fue expulsada de España durante la II República, lo que le permitió ensanchar su horizonte intelectual y su propia dedicación como historiador. Como subraya el comentarista, a sus 92 años el padre Batllori no ha perdido el gusto por el trabajo y prepara actualmente los 19 volúmenes de sus obras completas.

Cristina Castell y Gloria Soler (eds.)

Miguel Batllori: recuerdos de casi un siglo

El Acanalado, Barcelona, 2001. 419 páginas. 23 euros. ISBN: 84-95359-63-4.

Una mente bella

Por Antonio Córdoba

Antonio Córdoba (Murcia, 1949) es matemático. Ha publicado artículos de investigación en *Análisis Armónico*, *Teoría de los Números*, *Ecuaciones Diferenciales* y *Física Matemática*. Doctor por la Universidad de Chicago y catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, ha sido profesor de la Universidad de Princeton y miembro del *Institute for Advanced Study*. Fundó la revista *Matemática Iberoamericana*.

Así han titulado la biografía del matemático John Forbes Nash, premio Nobel de Economía del año 1994 y caso notable de recuperación, después de haber sufrido durante más de treinta años una enfermedad mental grave. Leí el libro poco tiempo después de su aparición, durante el transcurso de un viaje entre Chicago y Madrid. La historia me era familiar desde mi etapa de profesor de la Universidad de Princeton durante la década de los setenta. También me encontraba allí disfrutando de un año sabático cuando Nash recibió el premio Nobel. Por sus páginas aparecen muchos personajes a quienes conozco, incluidos algunos buenos amigos comunes con el biografiado, como es el caso de Felix Browder y Harold Kuhn. No obstante su lectura me fascinó desde el principio y me mantuvo despierto durante el largo viaje nocturno. Espero poder hilvanar, junto a los juicios que el libro me sugiere, algunos comentarios propios de quien ha sido testigo de una parte de tan peculiar biografía.

Creo que la razonable política de «SABER/Leer» de incluir sólo libros de publicación reciente, merece ser obviada en esta ocasión, aunque el que nos ocupa no tenga más de dos años, por cuanto ha sido traducido hace poco al castellano y acaba de distribuirse una película cuyo guión está inspirado en su texto. Dirigida por Ron Howard e interpretada por el actor Russell Crowe en el papel de J. Nash, parece gozar de un cierto éxito popular. Todos conocemos el chascarrillo de quien no ha leído el libro porque espera ver la película. Pues bien, háyase o no gozado de esa visión, la lectura del libro que comentamos es muy recomendable, especialmente para quienes estén interesados en los entresijos de la creación, ya sea científica, artística o literaria.

El título, una mente bella (prodigiosa en la versión castellana), puede resultar paradójico estando asociado a un caso de esquizofrenia paranoica, según la terminología de los especialistas que lo trataron. Con todos los síntomas asociados y que son fielmente narrados en el libro: dificultad para relacionarse con los demás, alucinaciones, distancia y frialdad con sus allegados. Incluidas las pocas personas que, como es el caso de la esposa, auténtica heroína de esta historia, le cuidaron en los momentos más duros de la enfermedad.

Existen tantos lugares comunes y estereotipos en torno a los matemáticos, que uno no puede dejar de sentir ciertos escrúpulos al comentar la biografía de J. Nash, cuya enfermedad, lamentablemente, parece tener origen genético. Y decimos lamentablemente porque ha sido transmitida a uno de sus dos hijos. Empero, que el ambiente de alta competición que se describe de Princeton y del M.I.T., que son las dos instituciones académicas donde mayormente tiene lugar la acción, haya acelerado o no el desarrollo de la enfermedad, es algo que no puede afirmarse. Lo que sí parece claro es que cuando logró salir de los centros psiquiátricos donde fue sometido a tratamientos de insulina y a electrochoques, y logró establecerse en Princeton, viviendo como un fantasma, según se describe acertadamente en el libro, entre Fine Hall (departamento de Matemáticas de la universidad) y Fuld Hall (Institute for Advanced Study), el ambiente universitario fue un bálsamo que propició la



JUAN RAMÓN ALONSO

lenta recuperación de una mente científica de primera magnitud.

Pero dejemos a los psiquiatras que se maravillan con una curación tan extraordinaria y obviemos otros aspectos de los «dramatis personae» que harían las delicias de cualquier aficionado a los folletines: una relación amorosa que no desembocó en boda, pero de la que hubo un hijo no reconocido por él durante muchos años; una cierta inclinación homosexual, al parecer no correspondida, dirigida casi siempre hacia algunos brillantes matemáticos más jóvenes que el protagonista; y un matrimonio con una espléndida mujer, Alicia Larde Nash, salvadoreña, licenciada en Física y con la que tuvo el hijo que ha heredado tan devastadora enfermedad.

Tres grandes teoremas

John Nash obtuvo el reconocimiento de la comunidad científica antes de cumplir los treinta años por tres trabajos extraordinarios. El primero, que le ha valido el premio Nobel de Economía, fue su tesis doctoral. En él introdujo el concepto de equilibrio (luego llamado de Nash) en la teoría de los juegos, que se ha convertido en un pilar básico en la formulación matemática de los modelos económicos. El segundo es un resultado fundamental en geometría: la inmersión isométrica de cualquier variedad riemanniana en un espacio euclídeo de dimensión suficientemente grande. El tercero es el teorema sobre la suavidad de las soluciones de ecuaciones en derivadas parciales (parabólicas o elípticas), auténtica piedra de Rosetta del Análisis no lineal.

La teoría de los juegos recibe justamente su nombre por tratar de naipes y otros juegos de mesa, pero también de la guerra y de los mercados económicos. John von Neumann, con su método del minimax, demostró la existencia de una estrategia óptima. Pero sólo para el caso de juegos de suma cero, donde lo que un jugador gana el otro lo pierde; y con información perfecta, es decir, cuando cada jugador conoce todos los resultados posibles que están clasificados en una escala de preferencias. Habiéndose además analizado inteligentemente las alianzas y fórmulas cooperativas disponibles antes de comenzar la partida.

Sin embargo, para la mayoría de las aplicaciones, las condiciones de la teoría de von Neumann resultan ser poco realistas. Pensemos, por ejemplo, en «el juego» que consiste en decidir si declaramos o no la guerra a una nación enemiga o si, tratándose de un banco, llevamos adelante una «opa» hostil para ab-

sorber a otra entidad financiera. No parece demasiado coherente pensar que las pérdidas del adversario se conviertan, necesariamente, en ganancias propias.

En su tesis doctoral, realizada a los veintidós años y publicada en la revista de la Academia de Ciencias de Estados Unidos, Nash encontró una ingeniosa y elegante demostración de la existencia de una solución de equilibrio para juegos de varias personas, sin la condición de suma cero ni hipótesis cooperativa alguna. Abrió nuevos caminos que le han valido un premio Nobel cuarenta y cinco años más tarde. Pero, importante e innovador como es sin duda este resultado, creo que palidece al lado de los otros dos.

Las superficies aparecen en la naturaleza por doquier dentro de «nuestro» espacio euclídeo tridimensional. También el arte ha explotado la belleza de sus formas. Un mapa local, o una carta, es una representación plana de un trozo de superficie. Pegando juntos muchos mapas locales podemos reconstruir la superficie de partida. Aunque eso puede hacerse de maneras distintas, como bien han mostrado los cubistas. En Matemáticas existe la importante noción de variedad diferenciable que las generaliza al caso de otras dimensiones. En una variedad es importante disponer de una métrica o vara de medir longitudes y un goniómetro para los ángulos. Esa estructura fue introducida por B. Riemann hacia mediados del siglo XIX y representó un hito en el desarrollo conceptual de la geometría. En las variedades riemannianas se puede estudiar la variación de funciones (magnitudes) y calcular ángulos, distancias, áreas y volúmenes. El análisis de las propiedades y la clasificación de estas estructuras son objetivos centrales para los geómetras: ¿cuáles son las geometrías posibles del universo? Cuando una variedad la encontramos inmersa en un espacio euclídeo (de cualquier dimensión) podemos asignarle una métrica inducida por la del espacio ambiente. Una pregunta fundamental que se había venido haciendo desde el siglo XIX era la siguiente: ¿es posible meter (inmersión regular) una variedad riemanniana arbitraria en un espacio euclídeo, de manera que la métrica inducida por éste sobre la variedad coincida con la de partida? Considerado un problema extremadamente difícil durante mucho tiempo, fue resuelto por Nash en un trabajo genial. La respuesta es afirmativa. La demostración está basada en el ahora llamado teorema de la función implícita de Nash y representó un salto cualitativo importante sobre los métodos y modos de pensar anteriores.

Los orígenes de la revolución científica

están en el desarrollo del cálculo diferencial que, desde un principio, fue un instrumento poderoso para describir las leyes de la naturaleza. Siguiendo el camino trazado antes por Newton, los matemáticos de la Ilustración, entre ellos Euler y Lagrange, obtuvieron las leyes de la mecánica en forma de ecuaciones diferenciales. Las cantidades relevantes (por ejemplo la velocidad de una partícula de fluido, la temperatura de una barra metálica, o la posición de una cuerda que vibra) son funciones del espacio y del tiempo. Las leyes fundamentales, tales como la conservación de la energía, de la masa y del momento cinético, se expresan a modo de relaciones entre las distintas *ratios*, o derivadas parciales, de la cantidad considerada respecto al espacio y el tiempo.

En Matemáticas estas relaciones se llaman ecuaciones en derivadas parciales y, durante muchos siglos, ha sido un importante objeto del deseo desarrollar una teoría para resolverlas y entender las propiedades de sus soluciones. En el caso de las ecuaciones lineales se verifica el principio de superposición: a partir de unas soluciones conocidas podemos generar muchas más, combinándolas por medio de sumas y productos por números o escalares. El análisis armónico es un método poderoso, basado en ese principio que ha servido para entender y hacer predicciones correctas en muchas teorías relevantes. Pero hay otras ecuaciones no menos importantes, cuyo carácter «no lineal» impide tratarlas con esos métodos. La mayoría de los modelos matemáticos de la naturaleza requieren las soluciones de tales ecuaciones no lineales. Un ejemplo notable es la ecuación de las superficies mínimas que aparece en el análisis de las transiciones de fase y también modela, por ejemplo, a las películas obtenidas al sacar un alambre después de haberlo sumergido en una solución jabonosa. Entre todas las superficies que se agarran al alambre, el jabón escoge a la que minimiza el área.

J. Nash demostró la regularidad de las soluciones de estas ecuaciones (parabólicas o elípticas), de forma muy ingeniosa y con ideas que estaban muy lejos de los procedimientos habituales en el área. La gloria la compartió con un matemático italiano, Ennio di Giorgi, quien consiguió otra prueba algo distinta, de manera independiente y casi al mismo tiempo. Los métodos introducidos por ambos, Di Giorgi y Nash, forjaron la llave que nos permitió abrir la puerta del Análisis No Lineal. Y en eso andamos todavía.

Demostrar la verdad con belleza

Los teoremas de John Nash son auténticos hitos del pensamiento del siglo XX. Tienen todos los ingredientes de dificultad, sorpresa, profundidad y sutileza en el engarce de las ideas, que son inherentes a toda construcción matemática genuina. Participan de esa belleza lejana que exige algún esfuerzo a quien desee apreciarla. Y de naturaleza tan elusiva como bien acertaron a describir los versos de Juan Ramón Jiménez:

*Mariposa de luz
La belleza se va cuando yo llego a su rosa
La medio cojo aquí y allá
Al final solo queda el cenizo de su huida.*

Atisbar la perfección y la belleza matemática es un auténtico triunfo de la inteligencia humana. Pero ansiar alcanzarla puede devenir en una aventura tan fascinante como peligrosa. Porque en Matemáticas lo difícil es lo único que cuenta. Y el creador auténtico se caracteriza por su decidido empeño en evitar las



Viene de la página anterior



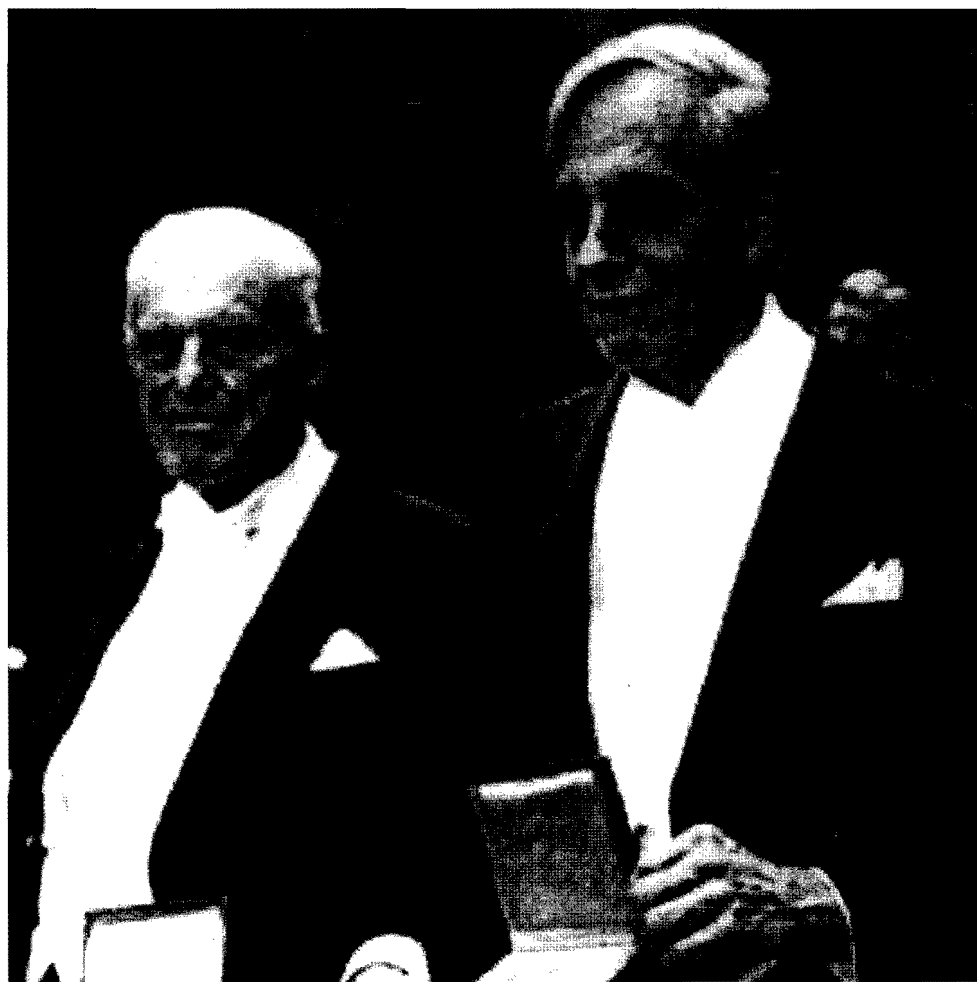
repeticiones y huir de los caminos más concurridos. Difícilmente logramos demostrar todo lo que nuestra intuición cree haber visto cuando miramos más allá de la frontera de lo conocido. Quizá las mentes menos exigentes sean felices con las mil pequeñas variaciones de temas trillados, y consigan cierta satisfacción engordando una lista de publicaciones que incluya, como suele decirse, a revistas de cierto prestigio. Pero un genuino creador casi nunca está plenamente satisfecho con lo obtenido. A veces parece que solo importa verdaderamente lo que no se ha logrado, lo que no se ha podido demostrar. De manera que cuando miramos a la propia obra, siempre tendemos a destacar todo aquello que no hemos podido añadirle.

Aunque la juventud sea un defecto que se corrige con el tiempo, como bien sabía Jardiel Poncela, suele afirmarse que las matemáticas son un oficio de jóvenes. Y que es durante la edad de la arrogancia, entre los veinte y los treinta y pocos años, cuando la mente humana alcanza su máximo poder de invención. Después viene el declive, y pasados los cincuenta quedan ya pocas esperanzas de originalidad. Es la opinión melancólica de G. Hardy que siempre podremos matizar con espléndidos contraejemplos. Empero, algo de cierto creo que hay detrás de esa amargura: enorme la cantidad de energía mental que es menester concentrar en la investigación matemática; muchas las astucias de la razón precisadas para rodear las dificultades y derrotar a los enemigos de nuestras estrategias más directas, para conseguir ese épsilon de más con el cual todo es diáfano y sin cuya colaboración nuestras construcciones se vienen lamentablemente abajo. Sólo quienes hayan estado cerca del mismo descubrimiento podrán distinguir en un teorema lo que ha sido creado como un relámpago y aquello que ha sido el producto de un trabajo sistemático y minucioso.

Después de un tiempo que puede resultar más o menos largo, a veces incluso de años, de perseguir un problema. Cuando uno se siente próximo a desvelar la verdad y todo parece converger. Cuando las ideas se engarzan en cadenas perfectas que nos llevan hacia la montaña desde la que esperamos contemplar el bello paisaje de nuestra teoría. ¡Qué locura! En esos momentos todo buen matemático se convierte en un ser un tanto autista. Pasarán a un segundo plano el mundo y sus valores, la seguridad, la amistad, incluso la familia, con tal de obtener el teorema. Pero conseguirlo es elevarse del suelo, vencer a los sentidos y conseguir la sonrisa de la más hermosa. Es un viaje que siempre se querrá repetir.

Aunque en un mismo artista pueden darse en proporciones diversas, existen dos tipos claramente diferenciados: el de quien resuelve problemas difíciles y el creador de nuevas teorías. La trayectoria de Nash le señala indudablemente como miembro de la primera categoría. No obstante, lo normal es que sea el empeño en encontrar la solución de problemas concretos el que nos lleve a ampliar la libertad y potencia de cálculo, introducir ideas, conceptos y métodos de demostración que darán lugar a nuevas teorías. Eso ha ocurrido especialmente en el caso que nos ocupa, con ideas tan alejadas de las que eran habituales entre los expertos que fueron calificadas de revolucionarias, dignas de un auténtico genio, de una mente bella. El libro que comentamos recoge testimonios fehacientes de un nutrido elenco de excelentes profesionales, que atestiguan esa excepcional cualidad innovadora de las construcciones de Nash.

Pero también describe los rasgos de una personalidad arrogante, gárrula y competitiva. Que trataba de asegurarse siempre de que el problema a resolver estuviera suficientemente valorado, de manera que la solución reportara beneficios en prestigio, premios y reconocimiento. Al parecer, Nash encontraba esti-



El matemático John Nash (derecha) recibe el Premio Nobel de Economía 1994.

mulantes los desafíos no exentos de bravatas. Después de haber obtenido su gran teorema sobre la inmersión isométrica, comenzó su conferencia en la Universidad de Chicago con esta frase: «resolví este problema por una apuesta». Y era cierto, como también lo era que a Nash le gustaba pensar en su problema ignorando lo que otros matemáticos anteriores hubieran obtenido. Comenzando desde cero, sin dejarse influir por los resultados previos. Y volviendo a descubrir a menudo, por sí mismo, lo que otros habían obtenido antes. Pero casi siempre añadiendo un punto de vista nuevo, un nuevo detalle en el paisaje, que le permitía seguir avanzando donde anteriores exploradores encontraron una barrera infranqueable.

Si no fuese por sus largos y penosos años de enfermedad, podríamos juzgar de patético el que un creador capaz de concebir ideas y métodos revolucionarios, de hacer avanzar la ciencia y resolver algunos de sus enigmas más difíciles, mostrase disgusto por no haber ganado la Putnam Mathematical Competition (una especie de olimpiada matemática para alumnos de la licenciatura). O que llevara a cabo diversas maniobras de carácter dudoso, respecto a la publicación de su artículo sobre las ecuaciones parabólicas, con objeto de conseguir el premio Bôcher de la American Mathematical Society. En fin, si hacemos abstracción de las duras peripecias vitales del propio Nash, algo de ese ambiente de competición, tan acertadamente descrito en la biografía que nos ocupa, sí que puede ser detectado en el mundo de las matemáticas. Pero también se encuentran dosis elevadas de todo lo contrario. Un mundo en el que todavía se mantiene un nivel alto de exigencia acerca de lo que un resultado debe poseer para que merezca ser publicado. Donde los firmantes de un artículo son realmente coautores y las tesis doctorales son, en la mayoría de los casos, trabajos realmente dirigidos y ayudados por el director, pero publicados solo por los alumnos autores. Y donde, en general, resulta difícil encontrar comportamientos tan siniestros como los que a veces se estilaban en otros nichos ecológicos no demasiado alejados de las Matemáticas.

En el año 1958 tuvo lugar el congreso internacional de Matemáticas en la ciudad de Edimburgo. En estos congresos, celebrados cada cuatro años, se entregan las medallas Fields, que son el máximo galardón para la obra realizada antes de haber cumplido los cuarenta. Nash había estado entre los candidatos pero, finalmente, no fue uno de los medallistas. Quizá porque aún le quedaban otras oportunidades, ya que acababa de cumplir la treintena, pero también porque su gran resultado en ecuaciones diferenciales todavía no había sido publicado y, además, era una gloria compartida con Ennio di Giorgi. No podemos saber cuánto afectó este fiasco a su delicada estabilidad mental, pero lo que sí está bien claro es que para el siguiente congreso de 1962, J. Nash no estaba en condiciones de recibir premio alguno. A partir del verano de 1958 su salud mental fue deteriorándose in crescendo hasta requerir tratamiento psiquiátrico. Genio y figura, durante ese período al que nuestro libro dedica seis capítulos, Nash atacó la Hipótesis de Riemann. Se trata, probablemente, del objeto del deseo matemático más codiciado desde que B. Riemann, hacia mediados del XIX, relacionó la ubicación de los ceros de la función zeta con el conocimiento profundo de la distribución de los números primos dentro de la sucesión de los números enteros positivos. Si Nash tuvo, o no tuvo, una buena idea hacia la hipótesis de Rie-

mann, es algo que posiblemente nunca sabremos. Porque esos momentos se entremezclan con los del grave deterioro de su mente. Pero, incluso en esos meses tan dramáticos, había escogido bien su objetivo: ¿dónde estarán los ceros de la función zeta? Sigue siendo la cumbre más ansiada, como tratan de expresar los melancólicos versos de alguien que, acaso alguna vez, soñó con su escalada:

Durante años persiguió el problema sumando al esfuerzo la constancia. Conjetura que ansiaba hacer teorema, quimeras en la edad de la arrogancia.

A veces creyó hecho el trabajo, mas siempre encontraba un agujero. Y todo el edificio boca abajo por falta de engarzar un simple cero.

Pero pronto su mente ya aprendía la lección de derrota tan pesada. Y lo intenta otra vez con mas porfía.

Sueña ceros linealmente dispuestos. ¡Qué prueba tan perfecta, qué alegría! ¡Qué control de los primos y compuestos!

En las declaraciones que John Nash ha realizado después de obtener el Nobel, tan sólo encontramos una concesión a la nostalgia: cuando imagina todos los teoremas que esos treinta años de dura enfermedad mental le habrán impedido descubrir.

Un trabajo bien hecho

El libro está muy bien escrito y su lectura engancha (sólo he encontrado una objeción: la somera y poco afortunada descripción que se hace de Ennio di Giorgi). Consta de cinco partes: una mente bella; vidas separadas; un fuego que se quema lentamente; los años perdidos; lo más valioso. En total suman más de cuatrocientas cuarenta páginas, incluyendo notas y bibliografía.

No extraña que haya sido galardonado por la crítica. Su autora, Sylvia Nasar, es periodista del *New York Times* y pasó un año en Princeton, y varios meses en el M.I.T. en Boston, dedicada a recoger datos y entrevistar a quienes pudieran aportarlos.

La lista de los matemáticos consultados impresiona. He aquí algunos nombres: J. Milnor, P. Cohen, E. Stein, J. Moser, L. Carleson, L. Nirenberg, H. Kuhn, P. Lax, L. Hörmander, A. Borel, J. Kohn.

Me han informado de que el propio biografiado considera que la obra es una narración adecuada de los hechos de su vida. En cuanto a la película, se trata obviamente de otro asunto y, por mi parte, no tengo nada interesante que decir. Quizá lo mejor sea resaltar el comentario que de ella hizo el propio Nash: «La película trata de un personaje a quien le han ocurrido ciertas cosas que son similares a las que me han ocurrido a mí. Pero no es una película sobre mí».

RESUMEN

La biografía del matemático y Premio Nobel de Economía en 1994, John Forbes Nash, introductor del concepto de equilibrio en la teoría de los juegos y cuyos teoremas son auténticos hitos del pensamiento del siglo XX, y de la que es autora Sylvia Nasar, le sirve de excusa a Antonio Córdoba para introducir-

nos en los entresijos de la creación, ya sea científica, artística o literaria y, en definitiva, en este personaje tan peculiar, enfermo de esquizofrenia paranoica de posible origen genético y de personalidad arrogante y competitiva, con ideas dignas de un auténtico genio, de una mente privilegiada.

Sylvia Nasar

Una mente prodigiosa

Mondadori Grijalbo, Barcelona, 2002. 599 páginas. 21,03 euros. ISBN: 84-397-0894-7

Europa, alternativa a las relaciones de vasallaje

Por Antonio López Pina

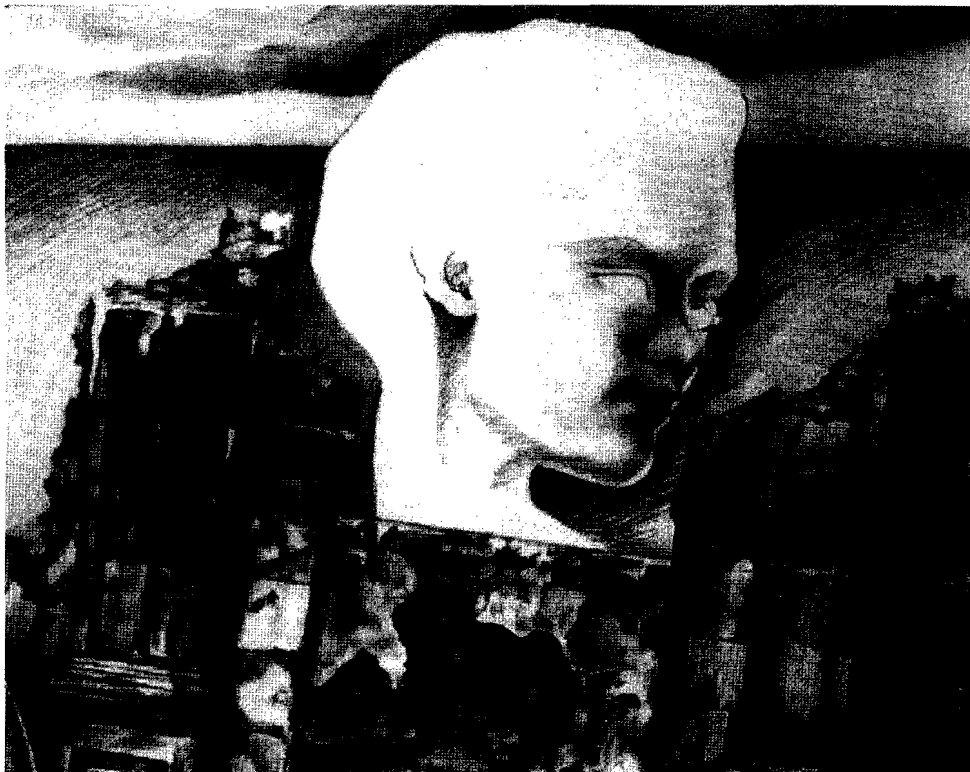
Antonio López Pina (Murcia, 1937) es catedrático *Jean Monnet de Cultura Jurídica Europea* y catedrático de *Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, de Madrid*; fue *Consejero de Estado* y miembro de la *Comisión Constitucional del Senado durante las Cortes Constituyentes*. Es autor y editor de *Manual de Derecho Constitucional, Democracia representativa y parlamentarismo, Spanisches Verfassungsrecht, La Garantía constitucional de los Derechos Fundamentales, División de Poderes e Interpretación y Elementos de Derecho Común. Hacia la determinación constitucional del Derecho Europeo (con I. Gutiérrez)*.

Cuando observamos las asambleas constituyentes de los últimos dos siglos, haber espíritus medrosos y posiciones conservadoras —en la Convención de Filadelfia, los *Etats Généraux* y la *Convention*, la *Costituyente italiana*, el *Parlamentarischer Rat*, en fin, las *Cortes Constituyentes españolas*—, claro que los hubo. Nuestra envejecida y timorata Europa de hoy, rehén de Estados Unidos y de intereses particulares, reacia a dotar de nervio público al poder constituyente, cuenta así sin duda con venerables antecedentes. Lo que en cambio echa uno a faltar en nuestro foro público europeo de la hora presente son las voces y plumas visionarias y vibrantes de los Jefferson, Madison y Hamilton; del Abate Sièyès y de Diderot; de Basso, Calamandrei y Togliatti; de Heuss, Carl Schmidt y Schumacher; de Landelino Lavilla, Luis Gómez Llorente, Fernando Morán y Plácido Fernández Viagas. Evidentemente, no bastan los ocasionales pronunciamientos de un puñado escaso de políticos como Delors, Fischer y Jospin, un par de escritores como Grass o Goytisolo, algún raro jurista como Rodotà. De ahí la pertinencia del libro de Pierre Moscovici, un europeo «engagé» dónde los haya, cuya lectura suena como un aldabonazo.

Que nadie se llame a engaño: no se trata de un libro de pensamiento, sino de un programa político de acción. El autor acude al foro público con unas páginas beligerantes y sin ambages. Cuando van quedando lejos en el tiempo las declaraciones de Jospin (mayo 2001), Fischer (mayo 2000) y Delors (1999, 1997), y, por vacuas, se desvanecen apenas pronunciadas las palabras sobre Europa de los Chirac, Rau, Ciampi, Amato, etc., Moscovici apela al público europeo con un manifiesto, que, por personalmente que esté suscrito, no deja de comprometer al Gobierno de Jospin y a Francia —el autor es después de todo Ministro para Asuntos europeos—. Sin hurtar el cuerpo al duelo con la derecha francesa, el discurso va dirigido tanto a la opinión pública europea, especialmente a la alemana, como, no en último lugar, a Estados Unidos e Inglaterra, aliados en una calculada ambigüedad de Europa.

El proyecto europeo de Francia

Para el autor están en juego la construcción de un modelo político y la afirmación de la civilización europea. La integración de los países del Este no es sólo un deber moral; es también una oportunidad de plantearnos cuál es nuestro proyecto común: ¿queremos una Europa reducida a la condición de área de libre-cambio o, más bien, una Europa que como potencia tenga algo que decir en las relaciones internacionales? Entretanto, Europa es ciertamente un mercado en el que la libre circulación de personas, mercancías, servicios y capitales está garantizada. Tal opción es ampliamente compartida. Algunos desearían que Europa se quedara en mera zona de libre-cambio, ampliada sin especiales límites o cautelas, asociada mediante acuerdos comerciales a otras



STELLA WITTENBERG

organizaciones regionales. Es la posición británica en su día defendida por Thatcher y de la que Blair no ha querido distanciarse. Es la opción preferida de Washington, de Wall Street y de la Bolsa de Londres, con intereses manifiestos en disponer —más que de verdaderos interlocutores— de aliados cuya organización no vaya más allá de ofrecer un mercado al capital anglosajón. Si bien, tampoco es que tal discurso carezca de partidarios en Europa: en la derecha, Berlusconi sin ir más lejos, pero también en los sectores ideológicamente vacilantes de la social-democracia.

La opción alternativa supone ir más allá del mercado, construir a escala continental una potencia política estructurada, integrada, dotada de sólidas instituciones y de un euro fuerte, con la ambición de co-determinar las relaciones internacionales globales. Esta alternativa responde, en la idea del autor, al interés de los europeos y de una Humanidad necesitada hoy de regulación en sus procesos financieros, económicos y políticos. A condición de estar más unida, ser más fuerte y tener más determinación, Europa puede contribuir a la emergencia de un mundo multipolar, más justo, menos desigual, dotado de reglas que nos permitan vivir en paz. Más que nunca antes, Europa debe proponerse —es el proyecto político del autor— ser una potencia en la globalización.

A tal fin, Moscovici desgrana para nosotros políticas sectoriales, la cooperación reforzada, las relaciones exteriores de Francia y la reforma institucional de la Unión europea.

1.1 Políticas. Ya se trate de nuestra política doméstica o de la proyección exterior de Europa, el autor refiere una serie de significativos instrumentos a las necesidades y derechos del hombre.

Los servicios públicos (arts. 16 TCE), al menos desde el Tratado de Maastricht en discusión, reciben una consideración preferente. El sector privado puso hace tiempo en ellos los ojos y no ha parado mientes a la hora de hacerlos objeto de sus negocios o desmantelarlos. Para Moscovici, en cambio, no solamente son los servicios públicos indispensables para asegurar la cohesión social y territorial y la defensa del medio ambiente sino que la privatización por sí misma no es garantía de un buen servicio: contémpense si no el ferrocarril en Gran Bretaña, correos en Suecia y la electricidad en España.

El euro no es sin más una moneda de curso legal. Nuestra moneda responde a una apuesta política por la competitividad, el crecimiento,

el empleo, la tutela social y la democracia. Aceptada la independencia de la Banca Central europea, es importante para el Gobierno Jospin que la misma tenga un interlocutor político portavoz de las preocupaciones populares, que no son necesariamente las de los banqueros centrales. Si éstos velan por el control de la inflación, los ciudadanos europeos desean sobre todo el crecimiento y el empleo. Para Francia, son los ministros de Economía y Hacienda los únicos facultados para determinar la política económica en la zona euro. En su momento, el euro-12 deberá convertirse en el Gobierno económico de Europa.

No parece a Moscovici suficiente el Acuerdo de Schengen en materia de libertad, seguridad y justicia. Las resoluciones del Consejo de Tampere (1999) impulsan una visión global del fenómeno migratorio, así como la cooperación judicial civil y penal. La reciente definición común de los delitos de terrorismo y el acuerdo acerca de la orden europea de arresto son pasos en la dirección correcta. Pero el autor cree no solamente que hay que desarrollar Europa y una policía europea de fronteras sino también crear una Audiencia europea.

La cuestión social atraviesa alineamientos políticos y fronteras. Entre otras razones por el alto coste de la tutela. Pues bien, Francia apoya sin ambigüedad alguna el modelo social europeo; no cree que puedan disociarse los derechos económicos y sociales de los derechos civiles y políticos.

La cuestión social no es, sin embargo, considerable aisladamente, sino que su abordamiento como el de otras materias va ligado al procedimiento de decisión. Así, por ejemplo, la votación por mayoría cualificada es la condición sine qua non para ir hacia la armonización fiscal y social que propugnan los progresistas; pero, la Europa social y fiscal querida por Francia se estrelló en Niza contra la obstinación británica.

Especial interés tiene en el discurso de Moscovici la evocación de los intereses generales. En comparación con la publicística en lengua española, es significativo que en francés, en alemán, incluso, en inglés se invoquen con frecuencia los intereses generales, el bien común (*Gemeinwohl*), la justicia social (*soziale Gerechtigkeit*, social justice, distributive justice).

Tales principios ideológicos modeladores de nuestra política interna sirven asimismo de rúbrica a la proyección exterior de la Unión. También en este ámbito ha tomado Francia la iniciativa: la fuerza europea de paz

y la policía puestas en pie por la *Déclaration franco-britannique de Saint-Malo*, el Consejo de Helsinki y la Presidencia francesa de 2000 constituyen las instituciones militares de la seguridad europea. Ambas deberán contribuir a nuestra política activa de prevención de conflictos y a la gestión civil de crisis. Resta por definir una estrategia europea de seguridad y de defensa, mal que pese a nuestros aliados norteamericanos.

En fin, Moscovici considera que Europa está moral e históricamente comprometida con el desarrollo del Sur. La ayuda al desarrollo, el acceso sin aduanas de las mercancías del Sur a los mercados europeos y el diálogo político componen la aproximación europea al desarrollo.

1.2 La Cooperación reforzada. Ella amortigua, según Moscovici, los shocks potenciales y los desequilibrios. Una fórmula para salir de los bloqueos registrados en Niza podría ser que en las cooperaciones reforzadas se decidan por mayoría cualificada materias hasta entonces reservadas a la unanimidad.

1.3 Las relaciones exteriores. La Comunidad Europea es un ingenio político de Francia para, de un lado, cerrar de una vez la pesadilla de las guerras con Alemania y, de otro, preservar la propia identidad frente a Estados Unidos; es natural, entonces, que las relaciones con ambas potencias determinen la política francesa.

Ni en Berlín —Agenda 2000, 1999— ni en Niza —diciembre 2001— se mantuvieron Alemania y Francia en la misma longitud de onda. Berlín fue la primera manifestación de unas relaciones franco-alemanas distintas, cada vez más parecidas a una «liaison d'intérêt» que no disimula fuertes discrepancias. Lo cierto es que, sin perjuicio de compartir con Francia una visión general de la Unión, Schröder coloca en primer plano su definición política de los intereses nacional-alemanes. Para Moscovici, Berlín abrió una fase de afirmación nacional de una Alemania unificada. La incompreensión entre Alemania y Francia que gravitó sobre el Consejo europeo de Berlín, no se ha disipado con posterioridad. El desencuentro terminó en la vajilla rota de Niza; el Consejo de diciembre ha sido sin duda el más agrio de la historia de la Comunidad. Según el autor, Alemania ha querido a cualquier precio deshacer la igualdad de votos de Francia y Alemania en el Consejo.

Un lugar especial ocupan en la política exterior francesa las relaciones con los Estados Unidos —sin disimular la aspiración a dejar atrás el vasallaje que las caracteriza desde fines de la Segunda Guerra Mundial—. Según Moscovici, la globalización enmascara la americanización de la tierra. Tal designio no empece a que otro mundo multipolar más justo, menos desigual, sea no solamente deseable sino posible. A tal fin, una Europa-gran potencia es indispensable; Europa está llamada a jugar un papel mundial, compartiendo con Estados Unidos el liderazgo político. Ahora bien, a fin de existir como una potencia plural independiente, es precisamente en tales relaciones en las que Europa ha de afirmar su identidad.

Pero, si queremos encarar los actuales procesos desde nosotros mismos, y no como meros satélites, los europeos hemos de convertir nuestra potencia económica en política. El desafío mayor para la Unión es afirmarse en el escenario mundial como actor político independiente, como socio político y estratégico en relación de paridad. La relación de socios no puede consistir en plegarnos a los planes americanos, que ordinariamente nos marginan de los lugares donde se decide la política internacional. En Washington es un lugar común que cuando hay asuntos serios en litigio, por ejemplo, en momentos en que, como en Oriente Próximo y Afganistán, está en juego el petróleo,



Viene de la página anterior



la política diplomática, económica y militar es competencia americana. Para Francia, en cambio, la Unión Europea no puede resignarse a un reparto de tareas que la confina a la intendencia, mientras los americanos se reservan la cabina de mandos.

En la línea política de Moscovici, la Unión apostó en Lisboa (marzo 2000) por un programa para colmar el déficit europeo en infraestructuras, nuevas tecnologías y capacidad de investigación e innovación; precisamente, para alcanzar la paridad económica con Estados Unidos. Pero tampoco ello sería suficiente. A efectos de construir la alternativa, habría que reforzar en el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio la multilateralidad y, de pasada, afirmar el peso político de la Unión. Se equivocan quienes piensan que el mero reforzamiento de las instituciones mundiales bastará para cambiar los procesos mundiales en curso. Sin una fuerte voz europea, los Estados Unidos mantendrán su calculada ambigüedad de, por un lado, aceptar el sistema multilateral cuando no se ven afectados y, por otro, imponer sus estrategias cuando el sistema multilateral no sirva a sus intereses —por ejemplo, hace tiempo que el Gobierno de los Estados Unidos obsequia con olímpico desprecio al Derecho internacional—.

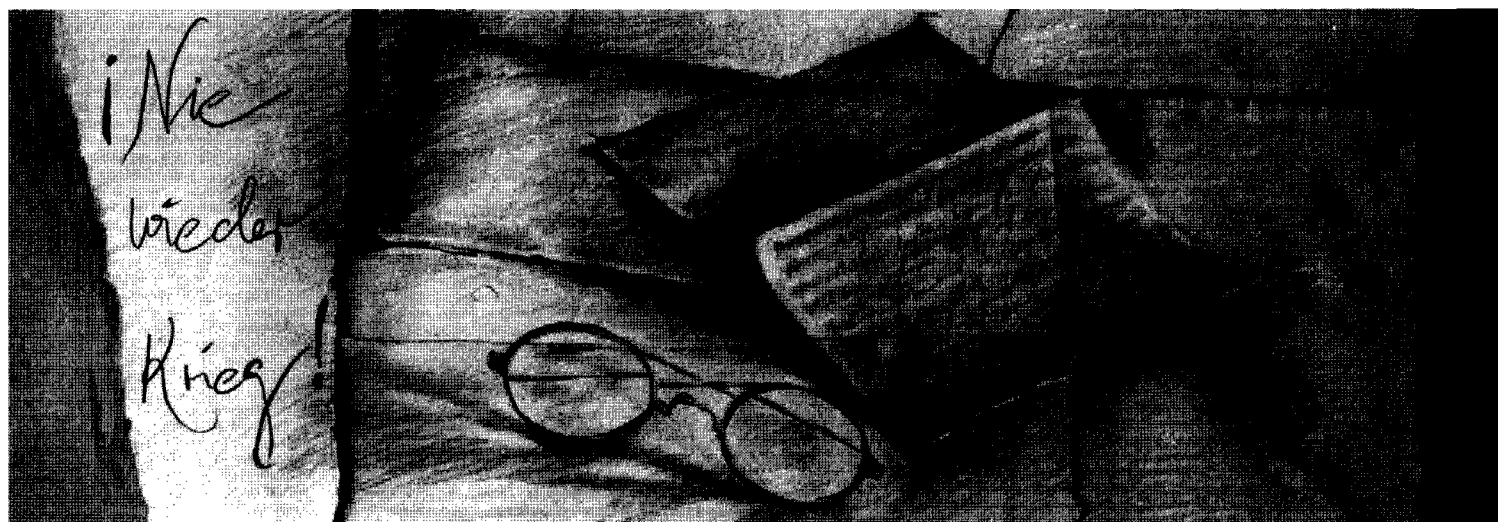
Estamos todavía lejos de un compromiso global de los planteamientos libre-cambista y regulador y de desarrollo solidario. Llegar a él va a ser arduo; pero para Moscovici, no es de recibo el dictado norteamericano de «take it or quit (the room)». Europa debe contribuir a regular los procesos mundiales y ayudar a los países del Sur.

En el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, la división de los europeos hace el juego al capital anglosajón. Ha llegado el momento de que los europeos fusionemos nuestras representaciones y hablemos con una sola voz. Un primer paso, según el autor, consistiría en fusionar las representaciones francesa y alemana en el camino de una aproximación comunitaria de ayuda al desarrollo. Pero hay que ir más allá: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial deben convertirse en la mesa redonda en donde se negocie el contrato social planetario.

La afirmación de una Europa-gran potencia, de nuestro modelo social y nuestra política de regulación de los mercados y de paz va a provocar roces con nuestros aliados. Solamente nuestro propio crecimiento y despliegue como potencia mundial creará las condiciones para una relación transatlántica más equilibrada, solicitada por todo el mundo.

¿Cuál es la razón de que Europa sea invocada continuamente en las esperanzas de los hombres y mujeres de toda la tierra? Fundamentalmente, la promesa (eternamente incumplida) de ser portadores de un mensaje de solidaridad y de paz. Una mayor influencia de la Unión frenaría así la tentación norteamericana del unilateralismo y del abuso de poder. Solamente gracias a que Europa es ya una potencia comercial capaz de tratar de igual a igual con Estados Unidos, han estado éstos dispuestos a aceptar la multilateralidad en la Organización Mundial de Comercio. Cabe imaginar igualmente que un éxito del euro durante los próximos meses sacudiría, y no hay que excluir que hiciera vacilar, las resistencias a la reforma del sistema financiero internacional.

Una segunda carta europea es la diversidad de nuestras culturas. De ahí que seamos la potencia mejor dotada para resistir a la concentración de la industria audiovisual, a la invasión de mercancías y a la uniformización impuesta por las multinacionales del consumo. Frente a tal «enjeu de civilisation», la lucha por la diversidad de las culturas europeas frente al capital anglosajón (el fenecido proyecto del Acuerdo multilateral de Inversiones como muestra, sin ir más lejos) es así un combate por



STELLA WITTENBERG

todas las culturas del mundo.

La emergencia de Europa como potencia debe contribuir a reforzar y mejorar «une bonne gouvernance mondiale». Europa es la única instancia a favor de una regulación efectiva y de una economía mundial a la medida del hombre. Gracias a nuestra experiencia de integración económica y política, sin perjuicio de nuestra diversidad cultural, la Unión es la potencia apta para comprender, fomentar y gestionar las interdependencias de un mundo multipolar. Más que nunca, la Unión, una potencia plural, debe proyectarse en el foro público internacional como anti-modelo y contrapeso de cuanto en el mundo hay de voluntad hegemónica, de intolerancia y de negación del Derecho internacional y de los derechos humanos. A tal fin, únicamente resta dotarnos en nuestra forma de gobierno de los poderes públicos y de instrumentos a la altura de los desafíos y de nuestro proyecto político.

1.4 La reforma institucional

Moscovici reconoce que el triángulo institucional anda solícito de una profunda renovación. Sencillamente, entre Mastrique (1992) y Niza (2000) nos ha devorado el tiempo. En Niza hemos proclamado una Carta con nuestros valores que dota de rostro humano a la Europa política, y hemos puesto a punto el proceso de decisiones. En tal sentido, a juicio del autor, el Tratado de Niza pasará a la Historia por haber abierto Europa a la ampliación; por el momento, conformémonos con preservar el régimen vigente salvo pequeñas enmiendas.

Razones y límites del proyecto de Moscovici

Son muchas las razones que hacen especialmente oportuno el proyecto francés. En Europa y en el resto del mundo la democracia vive horas críticas bajo el asedio sea de las fuerzas de una globalización salvaje, sea de la Jihad. Tanto a la una como a la otra, la libertad bajo el Derecho resulta no solamente extraña y perturbadora sino antagónica. El fundamentalismo de la Jihad ha venido a sumarse al asalto por el capital y las políticas de los Reagan, Thatcher, Bush jr., Berlusconi, a una democracia y unos derechos de la persona, que hasta mediados los setenta frenaban el enseñoreamiento de los oligopolios sobre la tierra y nuestras existencias. Durante más de dos décadas, el fundamentalismo de mercado ha maltratado los derechos y debilitado la democracia, atacando al Estado y constriñendo la acción de los poderes públicos. Los doctrinarios liberales han predicado que los privados pueden ejercer las tareas del Gobierno mejor que él, con menor coste y con un plus de libertad para los ciudadanos. Cubiertos por un bombardeo intensivo de propaganda y armados del sedante del consumo, han seducido a los ciudadanos a dar por bueno el declive de las instituciones y de los servicios y a hacerse a la idea de que tanto me-

yor será su destino cuanto más apagado esté el debate público. Hemos globalizado capitales, mercancías y servicios; pero no nos hemos abierto a la circulación de personas, no hemos universalizado la democracia, la ciudadanía, los derechos del hombre y el Derecho, que históricamente operaron como marco y sirvieron de contrapeso al capital y al mercado.

Ensamblado el discurso de Moscovici en torno a la pregunta: debiendo ser las reformas función del objetivo, ¿qué instituciones necesita una Europa a la altura de los tiempos?, contiene además un certero análisis. A su proyecto no sabría negársele sea la voluntad política sea la audacia.

El problema del autor radica en que, amordazado por la situación política de Europa y de Francia, acaba consagrando el método intergubernamental que se ha desacreditado hasta el extremo en Amsterdam y Niza. Si, como dice Moscovici, la situación actual del resto del mundo y de Europa está pidiendo a gritos que la Unión decida, hable y negocie con una única voz en nombre de «los intereses generales del continente»; si el mayor problema de Europa son «las miserables querellas de poder» y los «egoísmos nacionales». Preservar, entonces, a todo trance la prerrogativa de veto de los Estados y reconocer las identidades nacionales como fuentes primarias de legitimidad, y pretender además una Comisión reducida y un Consejo permanente de Ministros de los Estados por toda reforma institucional confiada a un Congreso de los Parlamentos nacionales, es justo perpetuar la actual incapacidad de maniobra y de decisión. Más aún, invocar como varita de virtudes un sin fin de cooperaciones reforzadas supone, por un lado, avalar en blanco la insolidaridad e irresponsabilidad recientemente lucidas en Niza por tantos Jefes de Estado y de Gobierno, conformándonos con el bloqueo permanente; y, por otro, resignarnos a la situación de servidumbre respecto de Estados Unidos que Moscovici tanto lamenta. Para salir de los intereses nacionales blindados en la Comisión y el Consejo, todo lo que propone Moscovici es agarrarnos a las cooperaciones reforzadas. Sin duda, Schengen y el euro-12 han tenido sus virtudes, y una cooperación reforzada puede even-

tualmente ayudar a que despegue una política comunitaria. Pero, de un lado, una construcción institucional nunca debe hacer de la excepción categoría general; de otro, la codicia del paleoliberalismo y de los mercados financieros y el poder hegemónico no van a darnos tregua. Y tampoco podemos dejarnos de nuevo devorar por el tiempo, como el propio autor ha lamentado.

Y, sin embargo, no deberían la lucidez del análisis y la visionaria voluntad política acabar extraviadas en la medrosidad de las reformas propuestas. ¿Entonces? Sin perjuicio de que por algún tiempo competencias como la política exterior y de defensa continuarán siendo decididas conforme al procedimiento intergubernamental, la ciudadanía se avanza como titular y fuente de la soberanía, si no queremos condenarnos a la ley de hierro de la oligarquía de los Estados y de sus Jefes y Primeros Ministros, alegres practicantes de la prerrogativa del veto en nombre de intereses no comunitarios. Demasiado recuerdan Moscovici y el lector que me haya seguido hasta aquí que Tocqueville subrayó, en el elogio dedicado a los «founding fathers» de la Constitución estadounidense, que únicamente la ciudadanía hace de una Unión una comunidad política por encima de los intereses territoriales! En el «balance of power» realmente existente en Europa, solamente la ciudadanía puede hacer saltar el cerrojo de los intereses nacionales. Cuanto no sea integrar políticamente a éstos mediante la ciudadanía, no hace sino el juego a los interesados, justo, en el mantenimiento de las actuales relaciones de poder. Estados Unidos, Inglaterra, el capital anglosajón y los negocios de Berlusconi incluidos. Que se vea en ello, a la postre, la determinación constitucional del Derecho comunitario como perspectiva intelectual a medio plazo. Yo seré el último en negarlo. Pero, justo la acogida prestada por los europeos a nuestro flamante euro, brinda horizonte y estímulo a las jóvenes cohortes políticas tan esperanzadoramente representadas hoy por Pierre Moscovici. En la acción política, yo animaría al autor a pensar que hay virtud pública en reserva y mayorías en expectativa de su visión de Europa; ¡sólo están aguardando a ser convocadas! □

RESUMEN

A juicio de Antonio López Pina, Pierre Moscovici nos ofrece un programa de acción para la construcción de un modelo político y la afirmación de la civilización europea. Se trata de construir una Europa como potencia política estructurada, con una moneda co-

mún y competitiva. Para el autor, Europa debe afirmar su identidad, convertir su potencia económica en política y presentarse en el escenario mundial como actor político independiente, en relación de paridad con los Estados Unidos.

Pierre Moscovici

L'Europe, une puissance dans la mondialisation

Editions du Seuil, París, 2001. 239 páginas. ISBN: 2-02-051912-7

Nuestra Señora de París

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía* y *Entre paréntesis*; y editor de *Cuento español de Posguerra*.

Realizar en menos de 250 páginas una excelente biografía de Simone Weil supone una labor ingente y una gran capacidad de síntesis, porque esa criatura impar compensó sus pocos años de vida con una actividad agotadora que abordaba prácticamente todas las disciplinas, humanas y divinas, de las Humanidades, explayadas —con frecuencia robándole tiempo a la comida y al sueño o con agudas jaquecas—, en miles de páginas, a lo que hay que añadir lo que habría llamado Georges Bataille su quijotismo militante. Quijotesca fue, de apariencia y de hecho, hasta el extremo de convertirse en leyenda o, todavía más difícil, en un misterio quintaesenciado, fascinante, que emanaba de un ser descarnado, manirroto y pálido, envuelto hasta los zapatos en un abrigo negro paramilitar abrochado al cuello, de pelo espeso y desaliñado tocado con una boina rústica, nariz hebrea, grandes gafas de concha arrojando su miopía y ningún adorno o maquillaje que denotara el deseo de exteriorizar su condición de mujer. Y, sin embargo, la primera impresión, que le causó al poeta Jean Tortel fue que «la avidez de sus ojos era casi insufrible. Que en su presencia, la mentira se volvía intolerable». Pero, a lo largo de su corta vida, la lista de los atrapados por su «otra belleza» —hombres, mujeres y niños—, sería interminable.

De familia judía no practicante perteneciente a la alta burguesía francesa, tuvo —debido sobre todo a Selma, su madre— una educación peculiar que incluía el horror al contacto físico por miedo a los microbios —era amigo de la casa el microbiólogo ruso, director del Instituto Pasteur y Premio Nobel, Elie Metchnikoff— y, como únicos juguetes para Simone y su hermano André, tres años mayor que ella, lectura de periódicos, gramáticas de griego, latín y sánscrito, libros de geometría, obras de Racine y métodos musicales, además de conversar, a veces, durante las comidas en inglés o alemán.

Sufrimiento y sacrificio

André fue uno de los grandes matemáticos del siglo y, los muchos talentos de Simone, se hicieron ostensiblemente públicos en el Liceo Henry IV, bajo la tutela —y admiración— del filósofo y gran maestro Emile Chartier, «Alain».

A Francine du Plessix Gray podríamos reprocharle únicamente su empeño, o su obsesión, por explicar —si no del todo, en gran parte—, la extraordinaria capacidad de Simone para el sufrimiento y el sacrificio por los demás,



Simone Weil, en 1936, en España.

por su anorexia mental o nerviosa, enfermedad poco conocida aun en el primer cuarto de siglo, que el prestigioso doctor Bernard Weil, padre de Simone, negó siempre que padeciera su hija, aunque otro médico, Louis Bercher, amigo de ésta en París, fue el primero que la diagnosticó tempranamente con esa palabra nueva, «anorexia». Pero, si nos retrotraemos a su infancia, Simone rechazó, a los tres años (1912), el regalo de una sortija «porque le desagradaba el lujo». A los seis años, durante la primera guerra mundial, prescindió del azúcar porque «los soldados del frente carecían de ella», y adoptó a un combatiente pobre, al que enviaba cartas, comida y ropa, que pasó con los Weil su último permiso antes de caer en la contienda. El Tratado de Versalles le pareció, con sólo diez años, «una humillación innoble del enemigo vencido» y, como estaba bien informada sobre la Revolución Rusa, fue acusada en la escuela de comunista, a lo que respondió: «No soy comunista; soy bolchevique». En unas vacaciones veraniegas con sus padres, siendo todavía niña, reunió en el hotel donde se alojaban a los botones, camareras, recepcionistas, mozos y conserjes, les echó en cara su pasividad ante la explotación que sufrían y les apremió a crear un sindicato hostelero. A los diez años, en fin, desapareció y la encontraron sus padres al frente de una manifestación de trabajadores cantando «La Internacional».

Si los trastornos digestivos que tuvo en su adolescencia redundaron más tarde en anorexia, ésta no hizo más que acrecentar, hasta cumbres heroicas, su generosidad innata hacia el prójimo desvalido y el abandono —que llegó a ser total— de sí misma. Y eso hizo posible que, en treinta y cuatro años de vida, sus manos pe-

la enseñanza para compartir las condiciones de vida del proletariado y comprender las luchas obreras. Quijotesca de apariencia y de hecho llegó a convertirse en leyenda viva, con una extraordinaria capacidad para el sufrimiento y el sacrificio por los demás.



Weil de joven.

queñas y débiles, torpes, escribieran miles de páginas tan perentorias como brillantes y trabajaran —con voluntad de hierro— recogiendo cosechas, pescando con los trabajadores del mar, forjando piezas de maquinaria eléctrica en la fábrica Alsthom, latas de aceite industrial y máscaras de gas en la de Carnaud y fresara piezas metálicas en la Renault, sin revelar a nadie quién era, cobrando el sueldo que le correspondía entre los obreros, viviendo mal, soportando, como los demás, humillaciones y accidentes de trabajo, hambre, frío y la brutal docilidad a que estaban sometidos necesariamente, porque la discrepancia entre las creencias y la forma de vivir no la entendió ni la toleró nunca. Y quizá la prueba más evidente fue su quijotesca aventura en la guerra de España donde, antes de disparar un tiro, acabó con una pierna abrasada en aceite hirviendo, cuando se disponía a volar una línea ferroviaria con un comando anarquista de Durruti a orillas del Ebro. Sus duras experiencias le dieron derecho a rectificar algunos sueños de Marx y a echar en cara a Trotsky —que fundó la Cuarta Internacional en casa de los Weil—, a Lenin y a otros líderes bolcheviques, que no hubieran pisado en su vida una fábrica ni tuvieran la menor idea de lo que estaban hablando. Vivir la verdad, estar «dentro de la verdad», fue obsesión mortificante toda su vida y, la que era llamada «la virgen roja», acabó odiando el régimen siniestro de esclavos que creó Stalin.

Así que la brillantísima alumna de la Escuela Normal Superior y profesora excepcional de varios liceos y de clases nocturnas gratuitas para trabajadores, que nunca tuvo miedo a la muerte «porque toda la vida había cumplido con su deber», continuó cumpliendo con él hasta el fin de sus días, pero pensó, sin duda, como Don Gay en *Luces de Bohemia*, que había que hacer la Revolución Cristiana con todas las exageraciones del Evangelio, que «eran más que las del compañero Lenin», según Don Latino. Todas las «exageraciones» del Evangelio, sí, porque Simone le confesó a un dominico: «Cuando pienso en la Crucifixión, cometo el pecado de la envidia». Pero no todo el «acomodo» de la Iglesia Católica. Du Plessix piensa que se debatía en ella el dilema agónico de los primeros cristianos: o aceptar la continuidad entre la antigua y la nueva fe, como hicieron San Pablo y, en nuestros días, Edith Stein, o rechazar la religión de sus padres y refugiarse en el agnosticismo. Para Simone, las

influencias del Antiguo Testamento y del Imperio Romano, cuyas tradiciones continuaron los Papas, habían sido medios de corrupción. Fundamentaba su lucha por rechazar el bautismo —que pidió antes de morir—, en que la Iglesia Católica era «demasiado judía» y en que las religiones anteriores a la mosaica o talmúdica no podían ser disminuidas o desechadas por la arrogancia hebrea. De la religión católica lo aceptaba casi todo, y permanecía horas enteras en una iglesia ante la Eucaristía o arrobada en los himnos, los ritos, las ceremonias, la arquitectura incluso, pero no sentía «el más ligero amor por la Iglesia, en el estricto sentido de la palabra». Y preguntaba: «Si uno cree que hay salvación fuera de la Iglesia, ¿puede convertirse?» Sea como fuere, tuvo en 1938 una experiencia mística inesperada, que no reveló a sus padres hasta 1940 y, a su hermano, dos años más tarde. El Papa Pablo VI declaró que las influencias más relevantes en su formación fueron Pascal, Bernanos y Simone Weil (en libros como «L'attente de Dieu», «La pesanteur et la grâce» y «L'enracinement»).

Iniciada la Segunda Guerra Mundial y consumada la derrota francesa —que Simone había previsto—, los Weil abandonan París y se asientan provisionalmente en Marsella, donde Simone colaboraría con la Resistencia, multiplicaría sin cesar su obra y haría consultas constantes acerca de su fe. De Marsella pasan a Casablanca y de allí a Nueva York y, en América, lo primero que hizo fue, por todos los medios, tratar de lograr un pasaje para ir a Londres, unirse allí a la Resistencia del general De Gaulle y ser parachutada en Francia. Consiguió el pasaje, fue editora en el Departamento Civil del Gobierno Provisional de Liberación, no consiguió que De Gaulle aprobara sus planes guerreros, que la incluían, se olvidó de sí misma trabajando y murió de tuberculosis en un sanatorio de Ashford, condado de Kent. Du Plessix nos dice que murió «de la necesidad patológica de compartir el sufrimiento de otros». Junto a su lecho, tenía las obras de Platón, San Juan de la Cruz y el «Canto de lo Sublime» (Bhagavad Gita).

Al aparecer su ensayo «*Vamos hacia la revolución del proletariado?*», el socialista Marcel Martinet opinó que «no se había escrito nada tan políticamente incisivo como eso desde Rosa Luxemburg». El ex-militante comunista Boris Souvarine consideraba a Simone como «el único intelecto de categoría que había producido la clase obrera en muchos años». De su influyente libro *Oppression et Liberté*, Albert Camus, que lo editó en Gallimard, creía que «el pensamiento político y social de Occidente no había producido nada tan valioso desde Marx». Dos notables exégetas de su obra, Staughton Lynd y Hannah Arendt, escribieron que «Simone Weil había tratado todos los temas relevantes que preocuparían, en las décadas de los 50 y 60, a la Nueva Izquierda». Y que su libro *La condition Ouvrière* era «el único de los muchos publicados sobre el trabajo en las fábricas que aborda los problemas sin prejuicios ni sentimentalismo». En fin, Albert Camus, que escribió el Prefacio a las *Obras Completas* de Simone, pasó una hora meditando en la habitación que ocupaba «Simonette» en el piso de sus padres, en París, antes de emprender el viaje a Estocolmo para aceptar el premio Nobel. □

En el próximo número

Artículos de Guillermo Carnero, José-Carlos Mainer, Estrella de Diego, Alberto Galindo, Elías Díaz y Vicente Verdú.

RESUMEN

Poder resumir en unas cuantas páginas, como señala Medardo Fraile en su artículo, la personalidad de una mujer como Simone Weil, supone una labor ingente y una gran capacidad de síntesis. Perteneciente a una familia burguesa judía, la escritora y filósofa francesa abandonó

Francine du Plessix Gray

Simone Weil

Weidenfeld&Nicolson, Londres, 2001. 246 páginas. 14,99 libras esterlinas. ISBN 0-297-64627-3

¿Restaurar *La Celestina*?

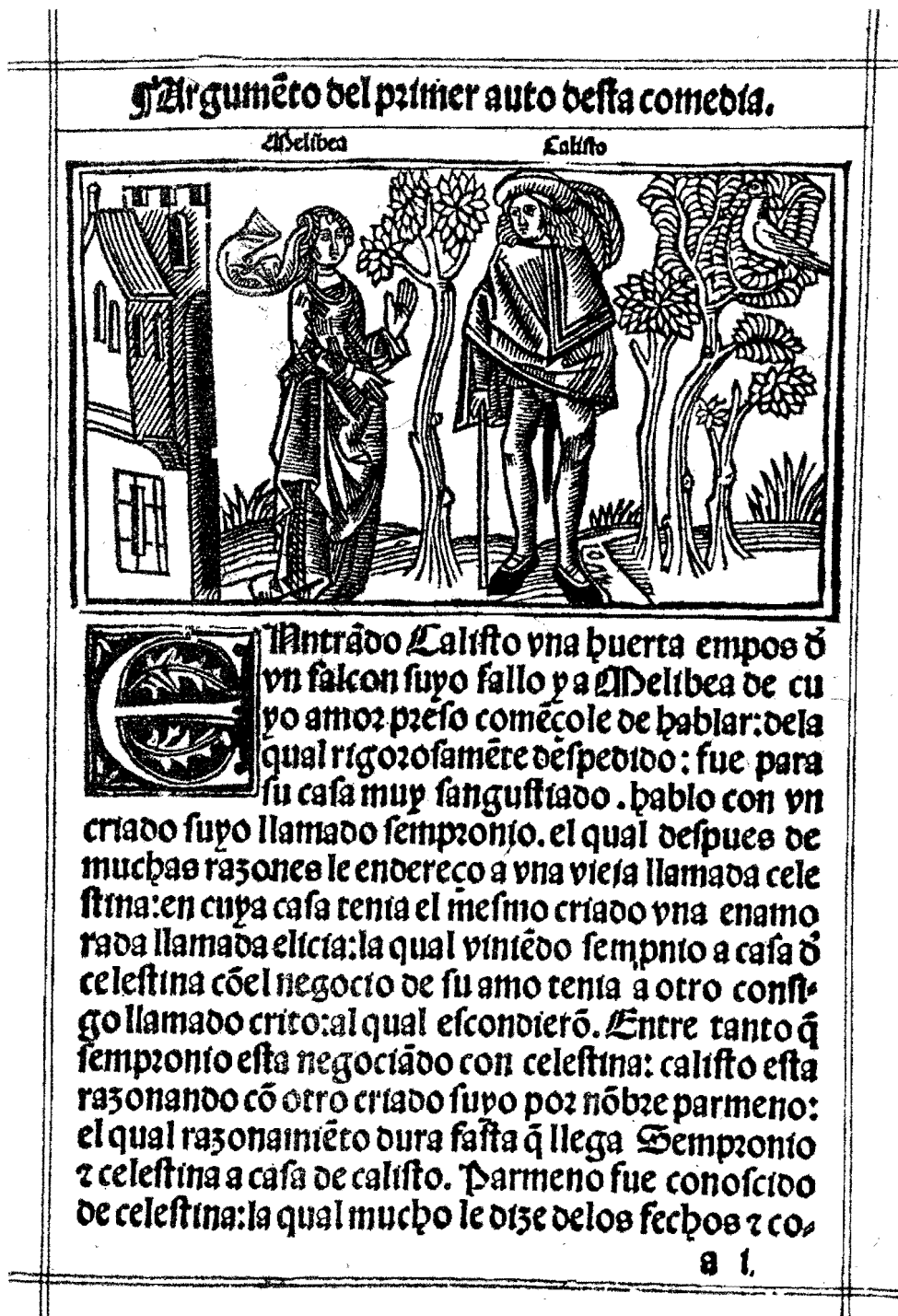
Por Guillermo Carnero

Guillermo Carnero (Valencia, 1947) ha sido profesor en las Universidades de Berkeley y Harvard y es actualmente catedrático en la de Alicante. Ha publicado *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español*, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, *Ensayos sobre arte y literatura del siglo XX*, *Estudios sobre teatro español del siglo XVIII*, y numerosas ediciones críticas.

La Celestina es una obra llena de incitaciones y enigmas para el filólogo, en su texto y en la pertenencia de sus primeras ediciones a la época inicial de la imprenta española. Por ello ha sido origen, y lo sigue siendo, de interpretaciones alternativas y de polémica, una larga tradición en la que este libro de José Guillermo García Valdecasas se inserta consciente y resueltamente, con una voluntad de abrir horizontes y soltar amarras que tiene el atractivo imperial y el riesgo de cortar nudos gordianos para soslayar el laborioso ejercicio de intentar desatarlos. Está escrito con el entusiasmo de la convicción, y eso merece —por los problemas que plantea, y por lo dignas de consideración que son algunas de sus hipótesis— mejor destino que el que su autor le augura en la tercera página, cuando escribe: «Imagino qué acogida le espera a este trabajo en el docto círculo de sus adversarios naturales: quizá dos o tres pongan el grito en el cielo, y los demás el silencio en el infierno». García Valdecasas es, como lo fue Fernando de Rojas, un jurista, y los adversarios naturales a los que se refiere son, sin duda, los filólogos profesionales, embarazados a su modo de ver por un método demasiado estricto al que no pretende sujetarse cuando confiesa, como Rojas, haber realizado una tarea «ajena de su facultad», aunque no desde luego en quince días, sino en los muchos años que dan fuste a este trabajo, aunque también lo conviertan en ocasiones en lanzada a moro muerto, al batallar contra prácticas y cuestiones ya superadas.

Dudas razonables

Muchos lectores de *La Celestina* se habrán preguntado cómo conciliar lo admirable que la obra resulta en el trazado de los personajes y en la eficacia y la tensión dramática del argumento, y lo tediosa y coriácea que llega



Primer grabado del acto I de la «Comedia de Calisto y Melibea». Cortesía de la Hispanic Society de Nueva York, de la Universidad de Salamanca y del profesor Emilio de Miguel.

a ser en muchos de sus pasajes. Así ocurre en el prólogo y la mayor parte de las estrofas del marco —el conjunto de textos situados antes del primer acto y después del último—, y en la metralla sentenciosa y pseudoerudita que oca-

sionalmente lastra el discurso de los personajes, perturbando su entidad psíquica y su caracterización en términos de clase social, o la verosimilitud de situaciones cargadas —como el suicidio de Melibea— de densidad emocional. Una heterogeneidad que podemos esforzarnos en disculpar y comprender desde la Historia, como ganga inevitable de un siglo XV aún primerizo en su entusiasmo renacentista y deseo de ostentar recién adquiridos caudales humanísticos, o rechazar como García Valdecasas nos propone, citando dos ilustres precedentes. Escribió Alfonso de Valdés en su *Diálogo de la lengua*: «De Celestina me contenta el ingenio del autor que la comenzó, y no tanto el del que la acabó»; peca, sigue Valdés, en cosas que «fácilmente se podrían remediar, y quien las remediasse le haría gran honra». La principal es «el amontonar de vocablos algunas veces fuera de propósito», y la gran honra se-

ría una *Celestina* corregida y podada. También Moratín, en sus *Orígenes del teatro español*, afirmó que *La Celestina* «tiene defectos que un hombre inteligente haría desaparecer sin añadir por su parte una sílaba al texto». Se trata, por lo tanto, de una labor de poda no subordinada a las restricciones de la ecdótica. Ni Valdés ni Moratín la emprendieron.

Si el texto entreverado de *La Celestina* puede ser fuente de inquietud y de desagrado, en términos de coherencia y entidad estética nos plantea otra gran cuestión: en qué medida la versión más extensa, la *Tragicomedia* —de veintidós actos, y veintidós en algunas ediciones del siglo XVI— estropea la versión más corta, la *Comedia* de dieciséis actos. La finalidad de esa ampliación con lo que se conoce como «Tratado de Centurio» —desde la segunda parte del acto XIV a la primera del XIX, en la versión de veintiuno— fue, según el propio Rojas, dar mayor extensión y realce al amor consumado entre Calisto y Melibea. Puede reprochársele el lugar inadecuado en que se produce el injerto, pues sitúa tras un supuesto mes de contacto físico una escena que sólo tiene sentido en el momento mismo en que ese contacto se inicia; y también que nada de sustancial aporta a la naturaleza de tal relación, ya antes plenamente asumida y aceptada por Melibea, ni a su justificación, debida a la virtud maléfica del hilado mágico que Celestina prepara en el acto I, y a la intervención del diablo, que asiste invisible y escucha a Celestina en su entrevista con Melibea en el acto IV.

En el terreno de lo personal, debo añadir —no porque suponga que la observación tiene en sí misma ningún valor, sino porque veo corroborada esa intuición entre las conclusiones de García Valdecasas— que alguna vez *La Celestina* me ha sugerido, en la heterodoxia moral de Calisto, en las prácticas mágicas de Celestina y en la descripción del submundo prostibulario, un ambiente no castellano, más desenvuelto, libre y «corrompido», quizá mediterráneo, acaso el de la Roma de Francisco Delicado.

La edad de Fernando de Rojas

A ella se refiere la más razonable de las dudas que plantea *La Celestina*, y conduce a la inverosimilitud, por no decir imposibilidad evidente, de atribuir la obra a Rojas, aun descontando el acto I; pues en ella se revela una madurez y un conocimiento de lo humano que parecen inadmisibles en un autor de tan extrema juventud como se verá hubo de ser, y a quien, además, habría que considerar un genio totalmente formado en el primer fruto de su pluma, sin que, inexplicablemente, volviera a meterla en el tintero. ¿Cuándo se escribió *La Celestina*, en su primer estado de *Comedia*? Después de 1496, porque parece fuera de duda que utilizó la edición de obras de Petrarca impresa en Basilea en ese año. Por otra parte, creemos fundadamente que la primera edición conservada (1499) no pudo ser la príncipe,

En este número

Artículos de

Guillermo Carnero	1-2-3	Alberto Galindo	8-9
José-Carlos Mainer	4-5	Elías Díaz	10-11
Estrella de Diego	6-7	Vicente Verdú	12

SUMARIO en página 2





¿Restaurar La Celestina?



Segundo grabado del acto I



Grabado del acto II



Grabado del acto XIV

con lo cual queda una zona temporal muy reducida: entre 1497 y 1498. ¿Y qué edad tenía Rojas entonces? Si se declara bachiller en 1500 debía de andar en ese momento por los veinte años, ya que no hay indicio de que iniciara sus estudios siendo adulto entre muchachos, ni de que los cursara en ambos derechos. Su mujer había nacido en 1490, según reveló Ma-

nuel Serrano Sanz en 1902; él murió en 1541, de acuerdo con el testamento descubierto por Fernando del Valle en 1929, y la esperanza de vida no era muy alta en aquellos tiempos. La *Comedia* hubo, pues, de salir de sus manos antes de los veinte años; y eso parece improbable si asignamos al «antiguo autor» únicamente el acto I.

Las distintas teorías que han afrontado la autoría de *La Celestina* no resuelven ese problema básico al ofrecer, fundamentalmente, estas tres opciones: Rojas escribió la totalidad salvo el primer acto; escribió también el primero, pero quiso atribuirlo a un «antiguo autor»; colaboró además con un «taller literario», que añadió el «tratado de Centurio» y el marco. Si Foulché-Delbosch habló, hace ya más de un siglo, de dos autores desconocidos, ninguno de los cuales era Fernando de Rojas, fue por no creer en la existencia real de este último, antes de las sucesivas aportaciones biográficas que sacaron a la luz a la persona de carne y hueso que llevó ese nombre.

Una historia editorial embrollada

Si la identidad de su autor, o sus autores, ha sido un problema recurrente en los estudios celestinescos, no lo ha sido menos la trayectoria de la obra impresa, como García Val-

decasas recuerda acertadamente. Conocemos la primera edición conservada en un solo ejemplar, falto de una o varias páginas al principio y al final, y manipulado, con ribetes de falsificación, desde el siglo XVIII, accesible ahora en el precioso facsímil que, al cuidado de Emilio de Miguel, ha publicado la Universidad de Salamanca en 1999. Las que durante mucho tiempo se creyeron primeras ediciones de la *Tragicomedia*, fechadas en 1502, son falsificaciones perpetradas en el siglo XVI, quizá para eludir el establecimiento de la censura previa por los Reyes Católicos en julio de aquel año. La trama de las traducciones del siglo XVI sigue siendo un universo muy incompletamente conocido. Por otra parte, señala García Valdecasas, parece fuera de duda que la cascada de ediciones en que la obra llegaba a manos de un público deseoso de leerla, y de manos de impresores tan ávidos de disputarse el mercado como chafarrinones y poco escrupulosos, escapó desde el primer momento al control de Rojas, para quien el mundillo de la imprenta debía de ser un territorio desconocido. No revisaba sistemáticamente el original ni las pruebas —para eso estaban los «correctores», que podían colaborar o no con los autores—; no pudo impedir, aunque lo denunció y reprobó en el prólogo, la división de la obra en actos ni la adición de los argumentos que los encabezan, ni la del «auto de Traso» que aparece como novedad en media docena

de ediciones en las que la *Tragicomedia* sube a veintidós actos. En un primer momento la *Comedia* debió de destinarse a un ámbito palaciego privado y enviarse manuscrita a un destinatario concreto, el amigo al que la dirige la «carta», identificado por García Valdecasas como don Juan Pacheco, hijo del señor de La Puebla de Montalbán, a quien Rojas debía posiblemente la financiación de sus estudios; y tuvo que saltar a la imprenta no sabemos cómo, aunque seguramente sin conocimiento de Rojas, puesto que la referencia de esa carta, en el estado de *Comedia* impresa, a una cruz marginal —que luego no aparece— para marcar el lugar donde Rojas declara iniciar su continuación de la obra del «antiguo autor», tiene sentido en un manuscrito pero no en un impreso.

Hipótesis y conjeturas

En cuanto a la trayectoria de la obra impresa, *La adulteración de «La Celestina»* ofrece sustancialmente dos hipótesis. Ya se ha dicho que el único ejemplar de la más antigua edición conservada muestra indicios de manipulación en la adición del escudo del impresor en la hoja final. Se nos sugiere que en el estado original de esa hoja pudo haber, además del escudo, un colofón referente a la pu-

Qué es

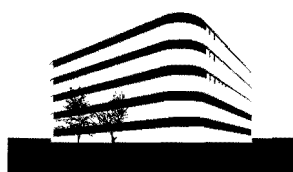
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«¿Restaurar La Celestina?», por Guillermo Carnero, sobre <i>La adulteración de «La Celestina»</i> , de José Guillermo García Valdecasas	1-2-3
«El lápiz de Galdós», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Galdós gráfico (1861-1907). Orígenes, técnicas y límites del socio-mimetismo</i> , de Stephen Miller	4-5
«¿Hace cuánto no lloramos frente a un cuadro?», por Estrella de Diego, sobre <i>Pictures and Tears. A History of People Who Have Cried in Front of Pictures</i> , de James Elkins	6-7
«Universo en estampida», por Alberto Galindo, sobre <i>The Accelerating Universe. Infinite Expansion, the Cosmological Constant, and the Beauty of the Cosmos</i> , de Mario Livio	8-9
«Anatomía de la conspiración», por Elías Díaz, sobre <i>Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado (I)</i> , de Raúl Morodo	10-11
«El ciberespacio humano», por Vicente Verdú, sobre <i>Cyberdemocratie</i> , de Pierre Lévy	12

Viene de la página anterior



Grabado del acto XVI



Escudo del impresor

blicación en un mismo volumen de dos obras con foliación independiente, separadas en el siglo XVIII para convertir un incunable en dos y así venderlo con mayor beneficio; con lo cual la hoja final, siendo materialmente falsa, ha de entenderse como la restitución, con la salvedad indicada, de un componente auténtico. En cuanto al comienzo perdido del volumen, aun tratándose de una sola hoja, pudo contener la «carta a un amigo», si suponemos que se le hizo sitio en la portada desplazando la ilustración que vino a convertirse en la primera de las dos que lleva el acto I. La «carta», testigo de la circulación manuscrita previa, hubo de acompañar el texto en la primera edición, sin ir seguida de las octavas acrósticas y, por lo tanto, sin anunciarlas. García Valdecasas supone también que fue propósito de Rojas sustituir la carta por el prólogo una vez convertida la obra en *Tragicomedia*, y que así debió de circular ésta en su primera edición, por el momento no localizada, ya que la más antigua conservada es de 1507, pero existe traducción italiana de 1506, lo que exige un original en español publicado después de 1501 y antes de la fecha de la versión citada.

Pero la premisa básica de todo el estudio que comentamos, y la más aventurada, consiste en suponer que la frase del final de la «carta» que en la *Tragicomedia*, reemplazando la referencia a la cruz marginal, sitúa en el comienzo del acto II el inicio de la continuación, y asigna por lo tanto al «antiguo autor» el acto I, ha de ser iniciativa de los impresores y resultado de una mala interpretación que Rojas —que en el prólogo se declara contrario a la división en actos— no fue luego capaz de atajar. Supone así García Valdecasas que la primitiva referencia a la cruz que marcaba «el fin de la primera cena» ha de ser interpretada no como alusiva al «fin del primer acto» —de acuerdo con la confusión contemporánea entre escena y acto— sino al fin de «la primitiva comedia»; y cita en su abono ejemplos inequívocos del uso en la época de «cena» (escena) con ese sentido. De ello deduce que «la fin que el principio desata» que Rojas dice haber añadido no ha de comenzar forzosamente en el acto II. En su opinión, hemos de restituir al «antiguo autor», fundándonos en razones de creatividad y de estilo, la mayor parte de la *Comedia*, en la que sólo ha de atribuirse a Rojas el desenlace —a partir de la muerte de Calisto—, construido ensamblando préstamos procedentes de Petrarca, Cota, la *Fiammetta* y la *Cárcel de amor*. En la última base de to-

do este razonamiento se sitúa una convicción a la que me referiré en seguida.

La intervención de Rojas

García Valdecasas considera a Rojas un estudiantón pedante, un escritorzuelo majadero, necio e inepto, un redomado estúpido y un plagiaro incontinente que no hizo más que estropear la obra primitiva, de tal modo que llevan su marca de fábrica todos los pasajes defectuosos desde cualquier punto de vista (coherencia argumental, economía de la acción, entidad dramática, eficacia y funcionalidad de la lengua, consistencia psíquica de los personajes): «De Fernando de Rojas, como literato, sólo sabemos a ciencia cierta que ha escrito —según él refiere— *el fin que el principio desata* o desenlace de la *Comedia*, su dedicación y el acróstico, más el prólogo de la *Tragicomedia*, sus adiciones y las octavas conclusivas. Todo lo cual es pésimo, y hace imposible achacarle una obra como la *Comedia*» (pág. 173). La hipótesis es tentadora, acaso por su misma radicalidad: decida cada cual si es criterio suficientemente sólido atribuir a Rojas todo lo desacertado, y sólo lo desacertado, y lo diametralmente opuesto al «antiguo autor»; y si podemos creernos capaces, como García Valdecasas, de valorar frase a frase y línea a línea, desde nuestro criterio de presencia o ausencia de calidad, la totalidad de *La Celestina*.

En resumidas cuentas, lo que se nos propone como «adulteración» de *La Celestina* es la modificación por Rojas de la primitiva *Comedia* del desconocido «antiguo autor», mediante la adición de los siguientes elementos: el desenlace antes mencionado; la primera escena del acto I; pasajes amplificatorios y fragmentos procedentes del saqueo de obras ajenas, en todo lugar del texto; el «tratado de Centurio»; los textos del marco que no se atribuyen a Alonso de Proaza.

Lo tocante al marco es secundario, ya que no afecta al texto de la obra en sí, y puede admitirse sin dificultad que el «tratado de Centurio» quiebra la concisión dramática del primitivo acto XIV e introduce incoherencia e inverosimilitud. Con algo más de detenimiento ha de considerarse el tercero de los elementos antes citados.

La Celestina, dice García Valdecasas, está echada a perder por Rojas en buena parte de sus páginas, por «la estúpida inclusión de

erudiciones hurtadas a las celebridades de las letras» (pág. 117) y por los errores cronológicos o psicológicos, el estilo desaforado, la impertinencia o la sandez de innumerables pasajes (pág. 244). Todo porque Rojas era un atolondrado incapaz de percibir la lógica de «la historia toda junta», que declaró irrelevante en el prólogo, y además, insensible a la naturaleza y los valores de la literatura, que consideraba sólo un depósito de «sentencias y dichos de filósofos».

Bien es verdad que Rojas entró a saco en Petrarca y en otros muchos autores, que el prólogo es una adherencia impertinente y un perfecto ejemplo de pseudoerudición por boca de ganso, que muchas veces los personajes pecan de ensartar bachillerías a tuertas y a derechas, y que tenemos constancia de la responsabilidad de Rojas al respecto en la conversión, inequívocamente suya, de la *Comedia* en *Tragicomedia*. Pero no creo que de ello pueda deducirse que todo lo meritorio entre las novedades de la *Tragicomedia* haya de ser restitución de texto del antiguo autor, supuestamente suprimido al completar Rojas la *Comedia*; ni tampoco que ésta pueda ser «purgada» de todo lo definido como errores y vicios de éste, sin ningún otro criterio y olvidando que la «carta a un amigo» alude a la «gran copia de sentencias entrexeridas», y las octavas acrósticas a las «sentencias dos mil» que ya tenía la obra cuando Rojas decidió completarla. *La adulteración de «La Celestina»* termina proponiéndonos una *Comedia* expurgada, desprovista —como se restaura un cuadro repintado, se nos dice— de lo añadido por los impresores, por Alonso de Proaza y ... por Fernando de Rojas, esto último de acuerdo con los discutibles y dudosos criterios que hemos visto.

RESUMEN

Guillermo Carnero expone y discute la propuesta de García Valdecasas, que partiendo de los muchos enigmas que plantea la autoría de *La Celestina*, los distintos estados por los que pasa su texto en las sucesivas ediciones,

El género y el antiguo autor

Al decir el prólogo «cuando diez personas se juntaren a oír esta comedia», parece estar aludiendo a la lectura en voz alta como procedimiento de transmisión, no a la puesta en escena. La segunda de las octavas de la parte epilógica del marco se refiere a ese lector único, y la cuarta le da instrucciones para mejor cumplir su misión interesando a los espectadores; debe ser capaz de dar a su voz las tonalidades propias de las distintas situaciones y del carácter, la mentalidad y las emociones de los varios personajes a los que alternativamente ha de encarnar: «finge leyendo mil artes y modos, / pregunta y responde por boca de todos». Esta cuestión brilla por su ausencia en el análisis de García Valdecasas, seguramente porque se expone en textos que incluye entre las «adulteraciones». Si bien admite que la *Tragicomedia* no es representable, si cree serlo —en un escenario de dos pisos, en un salón o patio palaciego— la *Comedia* primitiva, e incluso la adicionada por Rojas.

En cuanto al desconocido autor de la primera, supone que pudo ser un aragonés —tal como afirmó sibilínamente Gracián en *Aguadeza y arte de ingenio*— que, viajero en Italia, se pusiera allí al día de los nuevos horizontes teatrales abiertos por el Renacimiento. Lo sugieren ciertos indicios de ambientación aragonesa: la levedad con que la Inquisición castiga la brujería; la sumaria ejecución de los criados de Calisto y la imposición de la pena de muerte al joven Pármeneo; la referencia a San Jorge como espejo de caballería; la presencia de vino de Sagunto en casa de Calisto y de Celestina; las posibles referencias a la topografía urbana de Zaragoza. □

José Guillermo García Valdecasas

La adulteración de «La Celestina»

Castalia, Madrid, 2000. 443 páginas. 25, 24 euros. ISBN: 84-7039-875-X.

El lápiz de Galdós

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *La Edad de Plata* (1902-1939), *La doma de la Quimera*, *La corona hecha trizas* (1930-1960), *De postguerra y los ensayos de teoría literaria* *Historia, literatura, sociedad* (y una coda española) y *La escritura desatada*. El mundo de las novelas.

La relación de los galdosistas con el objeto de su trabajo tiene una índole peculiar que, por supuesto, se repite en la que une a los clarinistas con Clarín, al que sintomáticamente prefieren llamar Leopoldo Alas. Suelen ser, de entrada, especialistas en régimen de dedicación plena. De beneméritos estudiosos norteamericanos como Chonon Berkowitz –el primer gran biógrafo de Galdós–, o de William Shoemaker, o del más cercano Brian Dendle, apenas las bibliografías registran «ítems» que no se refieran a su autor elegido. Y no son chifladuras de hispanistas de la antigua escuela, porque la misma tendencia se advierte en gente más joven. Su entusiasmo por el autor no es, sin embargo, aquella bobería pasiva y devota que, hace ya algunos años y en unas páginas inolvidables, Emilio Alarcos achacaba con razón a muchos unanimistas; el «galdosismo», como el «clarinismo», es una suerte de complicidad afectuosa con el autor pero que suele suscitar indagaciones arriesgadas y propuestas originales.

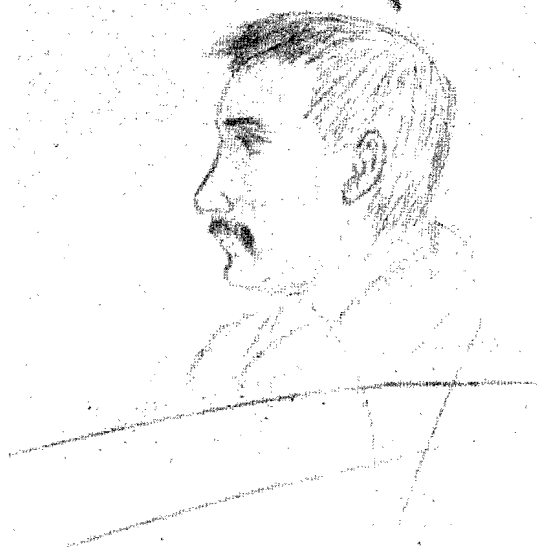
Hay incluso algún caso insigne en que el estilo del autor estudiado ha contaminado, y no para mal, al de su exégeta: fue el del admirable José Fernández Montesinos que, ya tallado, dejó sus trabajos sobre el Siglo de Oro para empezar a rebuscar en la novela decimonónica, seguramente porque los tiempos de penuria que vivía –la Francia ocupada, los días menesterosos del exilio– hallaban su mejor paralelo, y puede que su lenitivo, en las páginas que reflejaron otro siglo de esperanzas y derrotas. Y acabó por hacer suya una peculiar y bienhumorada retórica de narrador, con regusto castizo y conceptuoso a la vez.

La imagen del novelista

El galdosista no suele ser un probo fontanero de las letras ajenas, achaque común de los que se llaman a sí mismos «especialistas». Siempre se ha leído «todo» su autor y usualmente conoce muy bien su mundo de referencias, porque los estudiosos del siglo XIX conocen bien la historia: su modelo no es el loco amanuense al modo de José Ido de Sagrario sino un visionario atrevido a la manera de Tito Liviano.

Seguramente, sobre ellos destine mucho de la contagiosa vocación de su autor preferido. Sólo entenderemos cabalmente la novela realista del siglo XIX si entendemos lo que significaba para un autor de entonces profesar como novelista: ser notario de la vida social, historiador responsable de la auténtica trayectoria de su pueblo y, en el fondo, profeta de sus futuros destinos nacionales, además de asumir el poder de un demiurgo que trasiega personajes y pasiones de una novela a otra, como la vida lo hace de un paisaje a otro. En el siglo XIX, el novelista, como el geógrafo, el historiador, el geólogo o el químico –y repárese que todas son vocaciones decimonónicas–, tenía algo de explorador aventurero y mucho de científico, no poco de anticipador de sueños y bastante de inexorable contable de realidades.

El estupendo capítulo V del estudio ini-

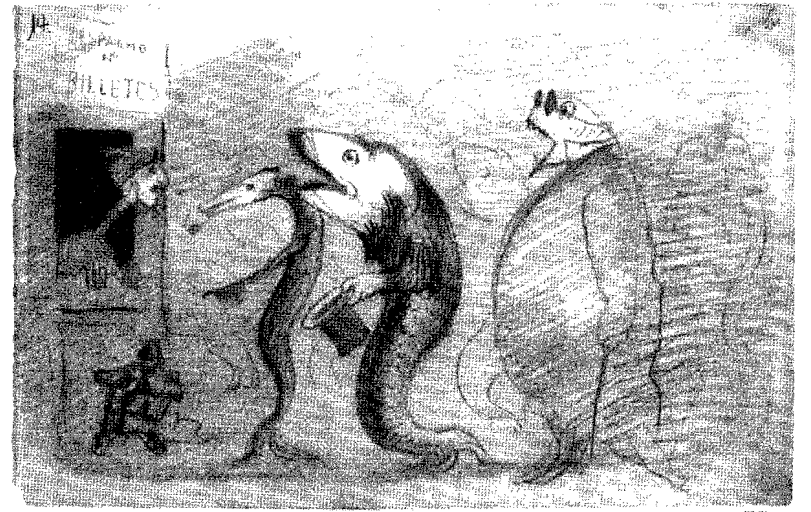


cial que Stephen Miller acaba de consagrar a la trayectoria de Galdós como dibujante («Escudos y símbolos de Galdós: las esfinges y los leones de 1881-1902») lo expone con mucha más convicción que puedan hacerlo estas líneas. En 1881, y al frente de *La desheredada*, nos recuerda que Galdós imprimió por vez primera el escudo que le dibujó su amigo Arturo Mérida y la orgullosa leyenda que rezaba «Ars, Natura, Veritas». Diez años después, al construir su aparatosa residencia veraniega de Santander, «San Quintín», aquel escudo con una esfinge egipcia y el conocido lema campeaba en bastantes muebles de la casa, al igual que dos leones rampantes que sustentaban la leyenda «Plus Ultra». ¿Caprichos de un escritor ensobrecido por el éxito? ¿O más bien orgullosa convicción del constructor de una nueva humanidad?

Quien recuerde lo que fue la elaboración que Balzac hizo de su propio mito, o quien tenga presente la pasión –tan egotista como filantrópica– en que Tolstói convirtió su vida, entenderá algo mejor a Galdós que, en el fondo, fue bastante más modesto que ellos (aunque Clarín le reprochaba, y con bastante razón, la pedantería culturalista que transpira el estilo de algunas novelas). Miller nos suministra, al respecto, unas notas sabrosísimas sobre la invención de lo egipcio en la España del XIX –a propósito de la esfinge tocada al modo faraónico– y propone también una interpretación de la mudanza del escudo en 1897, cuando la esfinge se transformó en el modelo helénico, tal como había surgido en la leyenda de Edipo: la pretensión «imperial» del novelista científico de los años ochenta se entenebrecía con dudas al filo del fin de siglo. No puede ser casual –argumenta el estudioso– la paralela redacción de novelas de tono espiritualista (el lector recordará *Nazarín* y *Halma*, que son de 1895, o *Misericordia* y *El abuelo*, que son del propio año 1897), que tuvieron su explicación en el discurso de recepción en la Real Academia Española, de la última fecha citada. Y a nadie sorprenderá, por tanto, que también entonces los orgullosos leones rampantes se mutaran en los leones caminantes y cabizbajos que aparecieron en la decoración de «San Quintín», por encargo al servicial Mérida, también en 1897.

Galdós, dibujante

Stephen Miller no es un recién llegado a la bibliografía galdosiana y le debemos ya un par de libros fundamentales: *El mundo de Galdós. Teoría, tradición y evolución creativa del pensamiento socio-literario galdosiano* (1984) y *Del realismo-naturalismo al mo-*

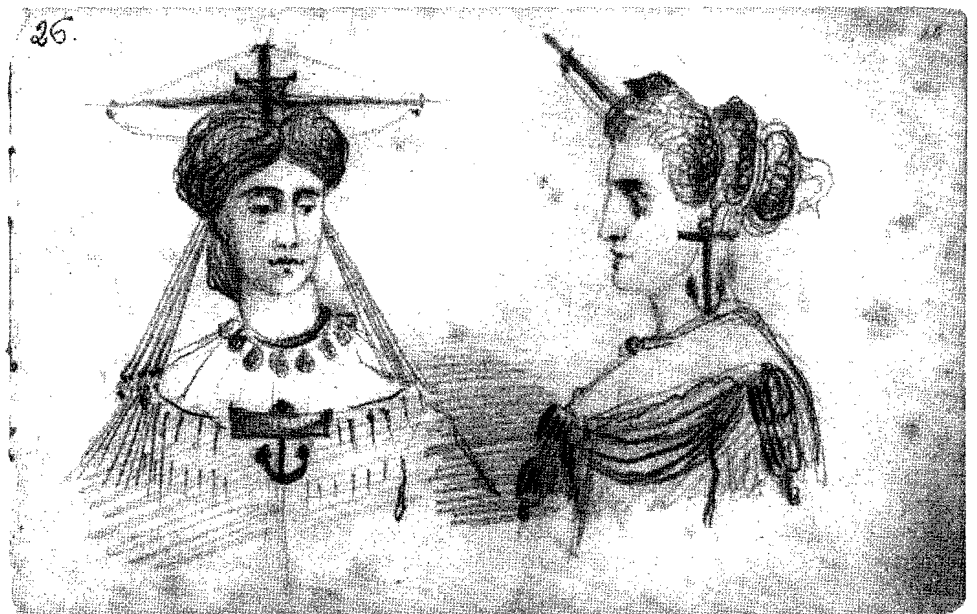


CORTESÍA EDITORIAL

44.
Autorretrato de Pérez Galdós.



Los tres dibujos de la derecha pertenecen a Gran teatro de la pescadería (ca. 1862-1867).



derismo: Galdós, Zola, Revilla y Clarín (1870-1901) (1993). Los títulos son sobradamente elocuentes. En el primero, Miller se apoya en las madrugadoras reflexiones de Laureano Bonet y William Shoemaker, editores de los artículos críticos y los prólogos de Galdós, respectivamente, para construir una teoría narrativa galdosiana muy coherente. En el segundo, sustentado en sus tesis de 1984, se aplica a un análisis de los textos narrativos y establece con rigor las pautas de la aparición de una nueva manera en el arte del novelista: la que se acoge al término vago pero expresivo de «modernismo» (siempre preferible al numeral 98 que, desde hace años, ya huele a puchero de enfermo).

La convicción personal de que Galdós no era un escritor espontáneo y descuidado (la imagen peyorativa que muchos tienen todavía de los novelistas en general) sino un autor re-

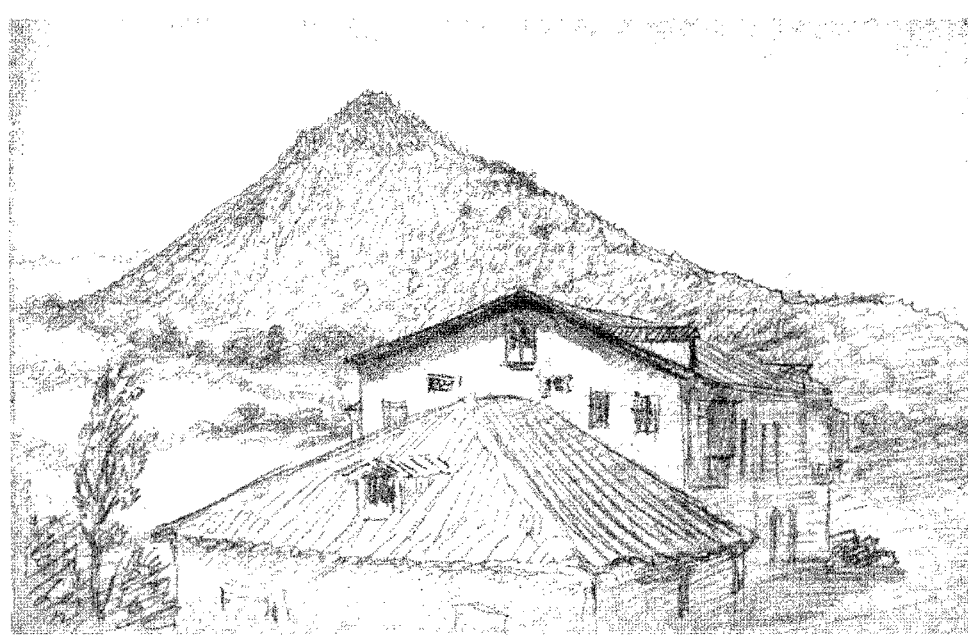
flexivo, capaz de teorizar con acierto, sigue muy presente en los volúmenes que ahora se glosan, porque Miller es hombre de imaginación meticulosa: formula hipótesis sugerentes pero no deja un cabo suelto en lo que toca a la documentación. Quizá puede reprochársele que, a la hora de valorar el notable material que aquí se reproduce y describe, se deje llevar de una legítima pasión: lo que llama el «texto léxico» y el «texto gráfico» no son magnitudes equivalentes, ni de lejos, y reducir uno y otro a una misma voluntad de «socio-mimetismo» –se convendrá que la expresión es fea de solemnidad– requiere muchas cautelas.

No ha de olvidarse, sin embargo, lo que yo mismo he apuntado más arriba: la profunda unidad de propósitos en el novelista del XIX y, a la postre, la concepción de la novela como acto creativo múltiple. Que, entre otras

Viene de la página anterior



Del Atlas zoológico (ca. 1866-1867).



Del Álbum arquitectónico (ca. 1890-1895).

cosas, implica una sutil correspondencia de las artes en un siglo donde todas se sentían tentadoramente cercanas. No es una casualidad que fuera la centuria de Baudelaire y de Wagner. Sabemos ya que Galdós tuvo mucho que ver con la música como referente, con lo escénico como tentación expresiva, y lógicamente con la ópera como fórmula que siempre percibimos bajo lo más personal de su dramaturgia. No es extraño que los dibujos, propios o ajenos, tuvieran también parte en su imaginación.

En el volumen consagrado al estudio de la vocación plástica de Galdós, Miller satisface con creces casi todas las preguntas que nos podríamos hacer al respecto. No lo pretende pero casi consigue sentar las bases de un sólido trabajo sobre la función de la imagen gráfica en las letras del XIX, lo mismo cuando nos recuerda que el escritor vivió el momento dorado de las grandes revistas ilustradas y el paulatino desarrollo de la fotografía, que cuando nos acerca al singular mundo de aquellos trece álbumes de recortes de prensa gráfica que el autor compiló. Aunque en su mayoría remiten a las representaciones predilectas de la época (exposiciones universales, monumentos y paisajes, galerías de personajes ilustres), Miller acierta seguramente cuando conjetura que pudieron tener que ver con la preparación de la edición de los *Episodios Nacionales* ilustrados.

A este tema se dedica la integridad del capítulo IV y, a estas alturas, no parece necesario encarecer la importancia de la concepción mixta –literaria y plástica– de una edi-

ción que ocupó al autor entre 1880 y 1885 aunque sólo alcanzara a las dos primeras series. Galdós lo afirma en el prólogo «Al lector», de 1881, y lo ratifica en el epílogo de 1885, textos sobre los que Miller llama oportunamente la atención. Hace ya tiempo, Sebastián de la Nuez publicó la correspondencia de Galdós con los hermanos Mérida, autores de la mayor parte de los dibujos; ahora sabemos muchas más cosas de interés: por ejemplo, que algunas ilustraciones de *La corte de Carlos IV* caricaturizan personajes de su entorno (como el político grancanario León y Castillo) o que el propio Galdós contribuyó con algún dibujo a una obra en la que también pusieron mano Apelles Mestres y Aureliano de Beruete.

Los álbumes personales del escritor

En el fondo, puede que lo menos interesante de esta admirable monografía de Miller concierna a los álbumes más personales del escritor, que se han reproducido muy bien en los cinco tomos que acompañan al de estudio. Con el lápiz en la mano, Galdós no era Víctor Hugo, que fue un artista realmente notable. Pero los estudiosos que han manejado algunos de los originales del autor, salpicados de esbozos y dibujillos, y sus buenos lectores (que son muchos) agradecerán esta posibilidad de tener en sus manos los divertidos juguetes gráficos de su escritor predilecto.

Pertencen a la etapa de juventud del es-

critor tres de ellos y se refieren a la etapa canaria de su vida: «Gran teatro de la pescadería» (1862) es una alegoría burlesca de la fundación del coliseo que vino a sustituir al viejo Teatro Cairasco y que el municipio edificó a la orilla misma del Atlántico, cuyas mareas siguen siendo temibles; «Las Canarias» bromea acerca de la revista de tal nombre que fundaron en Madrid algunos de sus coterreños en 1863 (un año antes, el joven escritor había llegado a la capital como estudiante universitario; el mundo de sus relaciones y las rebatiñas entre progresistas de Olózaga y la Unión Liberal se reflejaron en *El doctor Centeno*, donde Zalameiro representa indiscutiblemente a León y Castillo); el álbum «Atlas zoológico» corresponde a marzo de 1866 y trata, de nuevo, de las andanzas políticas de los canarios en la Corte.

Sólo el «Álbum marítimo» y el «Álbum arquitectónico» pertenecen a la etapa de madurez del escritor: el primero reproduce escenas portuarias y siluetas de barcos de vela y vapor; el segundo, algún paisaje cántabro y casas imaginarias de arquitectura pretenciosa, con torreón incorporado, que son –sin duda– anticipos de la villa «San Quintín».

Este trabajo ha sido posible gracias a una larga y galdosiana paciencia pero también a la generosa hospitalidad y apoyo de la Casa-Museo del escritor, en la calle de Cano, de Las Palmas. Todos los galdosistas la conocen y son los invitados, cada tres años, de sus congresos. A su patrocinio (y a los dineros que sabe gastar muy bien el Cabildo Insular) debemos ya valiosas monografías, importantes y necesarias ediciones críticas y ahora este ejemplar rescate de los dibujos de Galdós. □

RESUMEN

Stephen Miller, hispanista y galdosista, se ha encargado de la edición facsímil de cinco álbumes con los dibujos de Galdós. José-Carlos Mainer, quien comenta este rescate, considera que Galdós, con el lápiz, no fue como Víctor Hugo un notable dibujante, pero valora

esta posibilidad de hacerse con los dibujos porque permite a Stephen Miller acercarnos a otros perfiles del narrador, a su vocación plástica, a su interés por la incipiente fotografía, a su gusto por la concepción escenográfica de la ópera, aspectos todos ellos que enriquecen la imagen del autor de los Episodios Nacionales.

Stephen Miller

Galdós gráfico (1861-1907). Orígenes, técnicas y límites del socio-mimetismo

Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas, 2001 (Col. Galdós. Documentos, 1), 5 vols., 274 págs + 5 álbumes. 108,18 euros. ISBN (obra completa): 84-8103-267-0

¿Hace cuánto no lloramos frente a un cuadro?

Por Estrella de Diego

Estrella de Diego es profesora de Arte Contemporáneo en la Universidad Complutense de Madrid y ha ocupado la cátedra King Juan Carlos I of Spain of Spanish Culture and Civilization en el Institute of Fine Arts de la New York University (1998-1999). Entre sus libros figuran los ensayos *La mujer y la pintura en la España del siglo XIX*, *El andrógino sexuado*, *Eternos ideales*, *nuevas estrategias de género* o *Tristísimo Warhol*.

Estos últimos años han visto proliferar diferentes ensayos sobre las emociones, un tema bastante escurridizo pues, como dijera Wittgenstein a propósito de la experiencia, las emociones son difíciles de nombrar y, más aún, imposibles de categorizar sin rozar conclusiones a veces insatisfactorias o sin caer en un peligroso reduccionismo. ¿Cómo hablar de las emociones si las emociones son la expresión flagrante de nuestra vulnerabilidad más profunda?

De hecho, se trata de una cuestión unida, sí, al aprendizaje y los hábitos culturales, pero sólo en parte. A menudo las emociones son aquello que aparece sin más, que se aparece, y en este punto preciso, en esta fractura sutilísima, es donde comienzan las dificultades a la hora de construir el discurso sobre las emociones, incluso sobre las «emociones colectivas», las que establecemos como norma de comportamiento en cada época concreta.

Pues se podría aventurar que somos lo que sentimos y, refiriéndose al campo específico de la historia del arte, vemos —miramos— lo que sentimos. El resto, aquello que no registramos como «emoción colectiva» —se diría casi que como emoción permitida en cada momento—, pasa desapercibido o es borrado, barrido. Al fin, sentimos lo que en cada periodo histórico se nos permite sentir. Las «emociones colectivas» se entretejen de este modo con el gusto —o el gusto con las emociones que es casi lo mismo—, particular que explicaría, entre tantos ejemplos, por qué la estética ilustrada defendía y apoyaba a Greuze, un pintor hoy en día considerado por la mayoría bastante empalagoso.

Sin embargo, pese a ese aprendizaje cultural básico en la conformación de las emociones, una pregunta parece inevitable: ¿qué hacer con las emociones particulares, aquellas que aparecen y se aparecen, las que asaltan al sujeto extemporáneamente, fuera de época? ¿Existen dichas emociones y, de existir, cómo hablar de ellas, cómo nombrarlas, si, igual que la experiencia, parecen tan difíciles de transmitir, de detallar, si remiten a la vulnerabilidad más asfixiante? ¿Se puede escribir, en primer lugar, sobre algo de partida tan resbaladizo como las emociones sin caer en un discurso generalista, reduccionista, autoritario, historicista?

El intento no es, desde luego, una empresa fácil ya que escribir es, por definición, un intento de nombrar lo innombrable, de ordenar, de clasificar. Quizás por eso el lector se siente a veces incómodo, insatisfecho, hasta diseccionado, durante la lectura del por otro lado muy lúcido libro del profesor de la Universidad de Haifa Aaron Ben Ze'ev, *The Subtlety of Emotions* (2000). Su ensayo es impecable, pero las emociones están ausentes, no empatiza con el lector: es un tratado sobre las emociones no un libro que hable de las emociones. Todo parece poder decirse, aclararse. ¿Cómo abordar la escritura de las emociones si la eficacia del discurso analítico resulta dudosa?

La cuestión radicaría, tal vez, en encontrar un tipo de lenguaje que reenviara al territorio de lo que «hay que callar» o, dicho de otro modo, de los conceptos que no se acaban nunca de definir o nunca para siempre. A este res-



pecto, la aproximación al discurso psicoanalítico en Jacques Lacan es significativa: su máxima aportación a la historia de la cultura es el propio discurso abierto, el intento de hallar un tipo de lenguaje suficientemente ambiguo y cambiante que transcriba, hasta donde sea posible, la propia ambigüedad del lenguaje del inconsciente con las apasionantes contradicciones que la operación entrafía.

La necesidad de un discurso

¿Y si escribir sobre las emociones más allá de ese aprendizaje cultural —abordado en algunas de las contribuciones de *Emotions in Social Life* (1998)— exigiera también ese tipo particular de discurso, un planteamiento antiautoritario, implicado, abierto, antihistoricista, «emocionado»?

Si tomáramos esta hipótesis como cierta —la necesidad de un discurso en sí mismo vulnerable para hablar de las emociones— el libro de James Elkins, profesor en la School of the Art Institute de Chicago, sería un estupendo caso de estudio. El autor ha logrado concebir una aproximación al problema en la cual no sólo utiliza la primera persona como estrategia de implicación narrativa, sino que se vale de sus recuerdos personales para envolver al lector. Más aún: a lo largo del texto opta por poner de manifiesto sus dudas —dudas que no excluyen la pertinencia de llevar a cabo el trabajo—, elaborando de este modo el epítome de un discurso opuesto al discurso de autoridad, vulnerabilizando en suma la escritura.

Elkins no se esconde ni esconde; hace patentes sus emociones y su falta de emociones también. Frente a propuestas como la del citado Aaron Ben Ze'ev o la de Tom Lutz, autor de otro riguroso volumen recientemente traducido al castellano, *El llanto* (2001), James Elkins tampoco apela a las autoridades —o no apela a ellas en su papel de tales como se verá a continuación—, ni confecciona una historia de las emociones. Conociendo de antemano la imposibilidad de hablar de las lágrimas, emoción elegida para su libro, no busca lectores: rastrea cómplices.

Y los encuentra. Al finalizar el ensayo el lector atento admite sorprendido cómo no sólo ha acompañado a Elkins en un paseo por su memoria, por sus cuadros favoritos, en la revisitación de sus museos más queridos, siempre con calma, tomándose el autor el tiempo necesario para invocar las lágrimas, por si acudieran. También ha compartido sus dudas y sus contradicciones, más que nada sus contradicciones, las que genera el tipo de discurso que Elkins ha decidido abordar. La escritura autobiográfica, antiautoritaria, «emocionada», ha llevado al lector a plantearse la pregunta no formulada que da origen al texto: «¿Hace cuánto no lloramos frente a un cuadro?»

En el prefacio Elkins comenta de forma explícita: «Nuestra falta de intensidad es un problema fascinante». Y esa conclusión le lleva a la pregunta primera: ¿llora alguien frente a los cuadros? ¿Quién llora frente a los cuadros? Como él mismo explica, con esta pregunta en mente manda cartas, escribe mensajes, pone anuncios. Algunas personas le contestan; algunas han llorado. Reproduce luego, al final del libro, una selección de estos testimonios, sin jerarquías entre los testimonios anónimos y aquellos escritos por nombres clásicos de la historia del arte —Gombrich, Rossemblum...—, mostrados los últimos a través de sus cartas en un territorio de intimidad, casi desvalido, sobre todo como si un testimonio valiera otro. Y los cita a lo largo del texto en-

OUKA LELE

Viene de la página anterior



Frente a un cuadro, en la exposición «Georgia O'Keeffe. Naturalezas íntimas» (febrero-junio 2002), en la Fundación Juan March.

tremezadas sus impresiones con las de Diderot, Henry James, Panovsky... Parece que las lágrimas –o su defecto– igualaran a todos como la muerte.

Sea como fuere, pese a trabajar Elkins con las armas de un sociólogo, el tratamiento de los datos no es un análisis mecánico. Hay momentos en que no es siquiera un análisis. En su opción por vulnerabilizar el propio discurso como método de conocimiento, recurre a reiteraciones, conforma el texto como una obsesión, como una fractura. La pregunta, como si el deseo en Lacan no tuviera una definición única, implica sólo aproximaciones a la respuesta. Se trata del texto como emoción en tanto fragilidad.

Aún así, la pregunta parece cualquier cosa menos ingenua, quizás porque la emoción elegida tampoco lo es en absoluto: llorar (o no llorar) es una forma de comunicación, muy elocuente además. Elkins lo sabe, por eso reflexiona sobre las ausencias, la página arrancada de la memoria: lo que no se llega a decir –o a hacer– contiene a menudo la información más preciada. No obstante, no carece de valentía al abordar las lágrimas en una sociedad higiénica como la actual, aséptica; temerosa, pese a todo lo que pueda fingirse, del cuerpo y sus fluidos; ojo puro como exigía el Renacimiento, ojo seco, ojo razón. Porque llorar es la antítesis no sólo de analizar, sino de hablar o de escribir: las lágrimas ahogan la voz y nublan la vista. Los que han conseguido llorar frente a un cuadro no consiguen referir lo que sintieron con exactitud: llorar es también experiencia.

Es posible que sólo quien no ha llorado jamás frente a un cuadro pueda escribir tan locuazmente sobre las lágrimas, aunque sea, como en el caso comentado, de las lágrimas como pérdida, como imposibilidad. Elkins no ha llorado jamás frente a un cuadro, él mismo lo confiesa, pero desearía haberlo hecho: ésa es la gran diferencia que le distingue de la mayoría de nosotros. En el fondo, el autor, como hiciera Jacques Lacan, habla de algo que se le está escapando entre los dedos y entre las líneas. Por eso es tan apropiada la elección de un discurso fragilizado, desvelado.

Pese a todo, a muchos, en el fondo, nos fascina como a Elkins nuestra falta de intensidad. Sobre todo, si lloramos con ciertas novelas, cierto cine, escuchando cierto tipo de música –la «romántica», especifica Elkins–, ¿por qué somos incapaces de llorar frente a un cuadro? Las respuestas a esta pregunta, que Elkins va ofreciendo a lo largo de la es-

critura –cada vez como posibilidad, nunca como certeza, hilando y deshilando las aproximaciones–, son de muy diferente naturaleza. Sin embargo, la conclusión última es que no lloramos porque culturalmente no se nos permite llorar, porque nuestra sociedad ha desterrado el llanto de su cotidianidad como ha apartado la muerte. Frente al respetable Diderot, capaz de derramar no una lágrima sino un mar de lágrimas –su revisión de la crítica ilustrada como una escritura desde la pasión y, por tanto, alejada del autoritarismo que ha transmitido la llamada posmodernidad es estimulante–, nuestra sociedad, en apariencia más desinhibida después de un siglo de psicoanálisis, no se permite la emoción hasta las extremas consecuencias. Y no lloramos, además, porque no rezamos, porque junto con las lágrimas y la muerte hemos proscrito de nuestra existencia diaria la religión, entendida, claro, como el sentimiento trascendente de la vida. En el fondo, somos incapaces de llorar por las grandes cosas, hoy lloramos sólo por nimiedades.

El llanto, un tema incómodo

En cierto sentido, la religión –entendida claro está como trascendencia– sobrevuela el libro de Elkins, pese a adentrarse en el tema de forma abierta sólo en los últimos capítulos, consciente de que, igual que el llanto, es un tema incómodo de tratar en esta época concreta. No en vano su reflexión se inicia en la capilla de Rothko en Texas. Tampoco allí consigue llorar, pero se interesa por los testimonios de los que sí lo hicieron y se molestaron en escribirlo en el libro de la entrada. Regresa varias veces a la capilla –relata– y espera que la emoción –el llanto– le aborde. La trascendencia exige calma.

Quizás, y éste es un punto muy brillante del libro, hemos perdido la capacidad de llorar frente a una obra de arte porque carecemos del tiempo necesario para contemplarla, porque no regresamos a verla con cierta periodicidad, porque nuestros museos, con su masificación y su iluminación cuidada, con su orden, con sus programas guiados para turistas, nos alejan de ese sentimiento trascendente, sea el que sea. Cualquier obra apartada, «sacralizada», «altarizada», como el dibujo de Leonardo en la National Gallery de Londres, sostiene el autor, podría eventualmente despertar la intensidad de las emociones si permaneciéramos frente a ella el lap-

so necesario. Aunque no sólo. Nuestra perversa costumbre contemporánea de convertir las visitas a museos y exposiciones en un acto social, un modo de relacionarse con los demás o de pasar la tarde, nos separa sin remedio de ese nivel afectivo con el hecho artístico: para llorar es imprescindible estar solos. De cualquier manera, lo más sagaz del planteamiento de Elkins es que, en su apuesta por la subversión de las autoridades, sitúa a los historiadores del arte en un territorio equiparable al de los demás visitantes del museo: llorar o no llorar está sólo hasta cierto punto relacionado con las patologías del saber. Se trata más bien de un mal de época: es raro tener el sosiego exigido para abstraerse frente a una obra de arte y establecer con ella ese necesario nivel afectivo para poder llorar.

Si es cierto que hemos perdido la relación afectiva con la obra de arte, la cuestión podría llegar a ser grave. Si como colectividad hemos perdido la costumbre, la capacidad de llorar frente a un cuadro –o una instalación o una escultura o un video–, entonces puede querer decir que como colectividad también hemos perdido la capacidad de realizar obras que nos hagan llorar.

Elkins opina que es complicado emocionarse frente a una pintura de Warhol o Mondrian y justifica el fenómeno a partir de la pérdida de la narratividad en la pintura: ésta, durante el siglo XX, se ha convertido en autorreferencial. La pintura habla de la pintura. Al mismo tiempo explica su exclusión de la fotografía al considerarla un territorio abonado para las lágrimas por su constante alusión al paso del tiempo, por su analogía con la pérdida, incluso con una pérdida a la que

no sabríamos dar nombre.

La lectura del libro va terminando y el misterio sigue sin resolverse. Es posible que ya no lloremos ni siquiera frente a la fotografía, quizás ahora tan autorreferencial como la pintura. Es posible que nuestros intereses vayan por otro lado al haber sustituido las emociones por las estrategias a la hora de aproximarnos al hecho artístico. Hasta en aquellas producciones en apariencia «emocionantes» como la de Boltansky, la estrategia predomina. El artista no busca, al fin, las emociones del espectador, sino su sentimentalidad, algo parecido en suma al romanticismo –lágrimas sólo a medias, efectismo de lágrimas, duelo reproducido–.

En todo caso, Rothko también hace una pintura que reenvía a la pintura y alguien lloró al ver sus obras en la capilla de Texas. Y alguien también, en un museo ruso, se detuvo un momento a rezar frente a un icono expuesto allí entre otras obras: sólo una obra de arte. Quién sabe si ese día hubiera logrado ver llorar a aquel visitante caso de haberme quedado el tiempo suficiente en la sala de la Tretyakov.

Yo tampoco he llorado nunca frente a un cuadro, pese a haber ido muchas veces hasta un museo sola, buscando algo parecido al consuelo. No sé siquiera si necesito llorar, si no me basta con las estrategias, si preciso de las emociones. Aun así, después de concluida la lectura del libro de Elkins pienso, como explicita Robert Roseblum en su carta, que aunque nosotros, y en particular los historiadores del arte, vamos pertrechados de demasiadas corazas, agradezco al autor su sugerencia: es posible desvestirse de algunas de ellas, o por lo menos pensar en las lágrimas como posibilidad mientras dura la lectura. □

RESUMEN

Estrella de Diego sitúa el libro que comenta dentro de una cierta corriente ensayística, que se está dando en los últimos años, y que se refiere a ese tema tan escurridizo como es el de las emociones. El autor de este libro, James Elkins, lleva el tema de las emociones al campo del arte, y dentro de las emociones elige las lágrimas: se puede llorar con ciertas novelas, con

películas, con la música, pero ¿quién ha dejado fluir sus lágrimas ante un cuadro? Elkins, no, lo confiesa; la comentarista tampoco, pero el hecho, como historiadora del arte y como usuaria de museos, le parece muy interesante; como sugerentes considera las hipótesis que plantea el autor del libro, quien no busca lectores, sino cómplices para entenderlo.

James Elkins

Pictures and Tears. A History of People Who Have Cried in Front of Pictures

Routledge, Nueva York y Londres, 2001. 288 páginas. 26 dólares. ISBN: 0-415-93713-2

Universo en estampida

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Miembro de la Academia Europaea. Premio Nacional de Investigación «Santiago Ramón y Cajal» (1985) y Premio Aragón 1991 a la Investigación Científico-Técnica.

Hétenos aquí ante otro libro, magnífico por cierto, escrito por un científico que sitúa la belleza como canon de verdad. No encierra misterios que así sean para su autor, un astrofísico destacado y acostumbrado a contemplar la majestuosidad variopinta y serena de los astros que siembran el prado del cielo, en antagónico contraste con los fieros estallidos que anuncian cada segundo la muerte de un lucero o un jirón del espacio-tiempo. Tras un laudatorio prólogo del famoso astrónomo Allan Sandage, el autor recorre con elegante maestría tanto la vieja como la nueva cosmología, y en ese admirable paseo desgrana con fruición y coraje, a lo largo de diez capítulos, su visión estética de la ciencia. Su lectura, perfectamente asequible a toda persona interesada, me ha motivado los siguientes comentarios y reflexiones.

Simétrico, simple, mediocre

Consciente de la dificultad, si no imposibilidad, de ofrecer una definición de belleza que acepten la mayoría de lectores, el autor se limita a proponer una noción de bello en el terreno de las ciencias, requiriendo de una teoría hermosa que englobe simetría, simplicidad, y obedezca a un principio copernicano.

Simetría de la ley, que no del fenómeno. Aquí el autor mantiene un punto de vista distinto al común de los expertos en el modelo estándar de las interacciones fuertes y electrodébiles: afirma que todas las leyes físicas son invariantes bajo inversión del tiempo, y atribuye a una rotura espontánea de esta simetría la violación observada en la física de los kaones neutros. Aprovecho la ocasión para advertir que muy recientemente se ha cuestionado la inmovilidad de las leyes con el transcurso del tiempo, ante ciertos datos sobre el espectro de cuásares muy lejanos que sugieren que la intensidad de las fuerzas eléctricas podría haber variado en los varios miles de millones de años que su luz ha tardado en visitarnos. Posiblemente nuevas observaciones lo desmientan; de lo contrario, asistiríamos a la caída de un supuesto básico en la faena diaria de los cosmólogos, haciendo imperiosa la revisión en profundidad de nuestro moderno sistema del mundo.

«Menos es más», afirma el autor como epítome de simplicidad y refugio de reduccionistas. Un discutible aforismo si se estira demasiado, porque ¿dónde encajamos propiedades emergentes como la superconductividad? ¿No será utópica la idea de una teoría del todo? ¿Quedarán quizás en una teoría de casi nada? Así lo piensa Philip Warren Anderson, laureado físico de materia condensada que mantiene desde hace treinta años que el universo consiste en una sucesión de capas emergentes cuya comprensión requiere leyes y conceptos tan sutiles, complicados y universales como los que los físicos de partículas exhiben para el nivel actualmente más profundo. Al menos invita a un buen debate la afirmación reduccionista al con-

traerla con la máxima andersoniana de «más es diferente».

De Nikolaj Kopernik aprendimos que la Tierra no es el centro del Sistema Solar; Harlow Shapley nos enseñó que el Sol no es el centro de la Galaxia; Edwin Powell Hubble descubrió que hay un universo extragaláctico poblado de innumerables galaxias como la nuestra; y hoy sabemos también que hasta nuestro tipo de materia queda postergado a escala cosmológica. Ante estas evidencias, ¿cómo no hacer confesión de mediocridad y proclamar a los vientos un principio copernicano, un precepto de omnicentrismo? Sabemos que está en la misma base de las teorías cosmológicas de mayor aceptación. El autor generaliza este principio, de forma que excluya aquellas teorías amañadas o con «ajuste fino» en sus constantes. Las teorías bellas deben ser, como dice Steven Weinberg, inevitables.

Y como ejemplo de belleza habla de la rotación del electrón sobre sí mismo (espín) y de la rotación de la Galaxia, y de cómo mediante la línea de 21 cm emitida por el hidrógeno atómico gracias al acople de los espines de su protón y electrón ha podido determinarse la estructura de la Galaxia. ¡Un salto fantástico de más de treinta órdenes de magnitud!

«Sinodi ex mundis»

Con la vida pagó Giordano Filippo Bruno, el Nolano, su fe en la homogeneidad del universo. Hoy la avalan todas las observaciones astronómicas. No sólo es igual el universo en todos los sitios (salvo detalles locales que se difuminan en regiones de unos cientos de millones de años luz), sino también en todas las direcciones. Luego carece de centro y de borde. Si también fuera infinito, y estático, al mirar en cualquier dirección topáramos con alguna estrella, y el firmamento nos parecería brillante por doquier, incluso de noche. No es así. ¿Qué falla? La supuesta inmutabilidad; el universo, y sus estrellas, cambian.

Hubble, el abogado que cambió toga por telescopio, descubrió en 1927-29 la expansión del universo (aunque nunca la aceptó plenamente). Las galaxias parecen huir de nosotros, tanto más deprisa cuanto más lejos están. ¿Ocupamos por ello un lugar especial? No; la

expansión ocurre respecto de cualquier punto. Pero esa fuga galáctica es sólo una apariencia: no se mueven, es el espacio entre galaxias lejanas lo que se estira. Dentro de cada galaxia o de cada sistema solar no actúa dicha expansión. Del ritmo al que actualmente se expande el universo se estima que hace unos 14 billardos de años nuestro Universo hoy visible, con sus miríadas de mundos, ocupaba una región de un tamaño tan pequeño que bajo una lupa que la aumentase al tamaño de un núcleo atómico, veríamos a éste como si tuviera 100 km. Una billonésima de segundo después (según algunos modelos de bariogénesis) emergieron los primeros «ladrillos básicos» excedentes de la materia: los quarks. Tras unos microsegundos, los quarks se confinaron formando protones y neutrones. Un par de minutos después el Universo se convirtió en un gigantesco horno termonuclear en el que protones y neutrones se fundieron en núcleos ligeros como el deuterio y helio, gracias a lo cual se conservaron los neutrones para la posteridad. Hubieron de transcurrir unos 400 milenios para que el Universo se hiciera transparente a la luz, cuando la expansión lo había enfriado suficientemente y pudieron formarse los primeros átomos neutros. A partir de ese instante la atracción gravitacional se encargaría de ir condensando la materia en estrellas, galaxias, cúmulos, etc., hasta llegar a la época actual. Mientras, la luz vaga por los espacios abismales y llega a nosotros, muy fría, como testigo excepcional de la Gran Explosión Caliente: es el fondo cósmico de microondas, descubierto accidentalmente por Arno Allan Penzias y Robert Woodrow Wilson en 1965.

Aprovecha el autor para discutir las roturas espontáneas de simetría propiciadas por el enfriamiento a causa de la expansión universal. Particularmente lúcido es su análisis de las diversas flechas en el (y del) tiempo: la subjetiva o psicológica (que distingue futuro de pasado), la termodinámica (crecimiento entrópico según Rudolf Julius Emanuel Clausius: *Die Entropie der Welt strebt einem Maximum zu*), la cosmológica (expansión), la de ordenación universal creciente y la microscópica (violación de la invariancia bajo inversión temporal en sistemas de kaones neutros y mesones B). Y apunta a la brecha creciente entre la entropía máxima y la real del Universo como mo-

tor tanto de la tendencia al desorden como de la aparición de orden. En cuanto a la flecha subjetiva, sigue la idea en las *Confesiones* agustinianas de ligarla con la acumulación de recuerdos («En tí, alma mía, mido yo el tiempo») y así argüir que su sentido coincide con el de la flecha termodinámica.

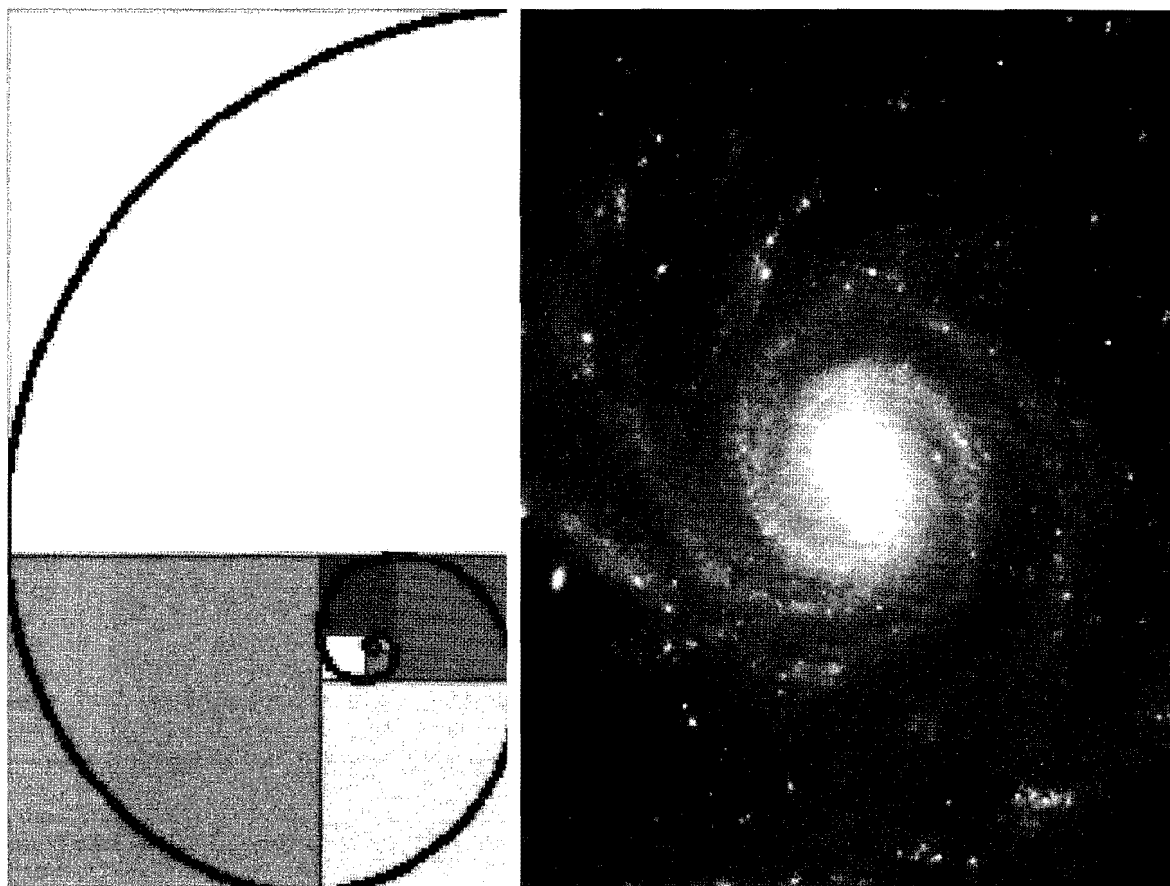
Oscuras fuerzas

La predicción de la existencia del neutrino o la del planeta Neptuno son muestras del éxito de la fe científica en los principios y leyes de la física. Igual credulidad mostró Fritz Zwicky en la década de los 30, cuando propuso la existencia de materia oscura, invisible, para explicar las grandes velocidades de las galaxias en el cúmulo Coma; la materia visible de este conjunto de galaxias era claramente incapaz de suministrar el tirón gravitatorio suficiente para mantenerlas ligadas al cúmulo. Medidas posteriores de velocidades de nubes de hidrógeno en los alrededores de las galaxias en espiral apoyaron con contundencia la propuesta de Zwicky. Nuestra galaxia tiene un gran halo esferoidal lleno de masa oscura equivalente a una decena de veces su masa visible. Y otro tanto indican las velocidades de varias galaxias diminutas, satélites de la nuestra. Más del 90% de la masa existente parece ser oscura. ¿De qué consta? Cadáveres estelares, enanas marrones (estrellas frustradas) o planetas gigantes, un colectivo que los astrofísicos apodan como MACHOs (Massive Compact Halo Objects), son una posibilidad real, pero que resulta insuficiente, como el autor bien argumenta. Otra alternativa son los neutrinos; se cree que en el Universo hay unos cientos de ellos por cada centímetro cúbico, pero son tan esquivos y ligeros que no nos percatamos de su presencia.

Aunque billones de neutrinos provenientes del Sol cruzan nuestro cuerpo cada segundo, en promedio sólo uno de ellos chocará con algún átomo nuestro a lo largo de la vida. Pero si la materia oscura estuviera dominada por los neutrinos, su gran rapidez hubiera obligado a una estructuración del Universo de arriba a abajo: primero se hubieran formado los supercúmulos galácticos, luego los cúmulos, y después las galaxias, contra la evidencia observacional, que aboga por el escenario opuesto, de abajo a arriba.

Afortunadamente, los recursos teóricos son abundantes, y se dispone de una tercera vía posible, la de una materia oscura, fría y exótica formada por las WIMPs (Weakly Interacting Massive Particles). Apresurémonos a señalar que hasta la fecha ninguna de estas hipotéticas partículas se ha detectado. Favoritos entre ellas son el neutralino y el axión. El primero sería el ejemplar más ligero de los compañeros SUSY (por SuperSymmetry) de las partículas ordinarias, y aún así su masa podría ser un centenar de veces la masa de un protón. El axión, predicho por Steven Weinberg y Franz Wilczek como consecuencia de la ruptura de la simetría PQ de Roberto Peccei y Helen Quinn, sería, por contra, ligerísimo, con masa del orden de la billonésima parte de la del electrón. Se andan buscando las WIMPs sin éxito desde hace años en varios laboratorios, entre ellos uno de la Universidad de Zaragoza en el túnel de Canfranc (Huesca).

Estos versos de Dámaso Alonso reflejan el sentir de muchos cosmólogos sobre la materia oscura: «¿Estás? ¿No estás? Lo ignoro; sí, lo ignoro / Que estés, yo lo deseo intensamente.



Razón áurea, espiral logarítmica, y la forma de algunas galaxias gigantes.



Viene de la página anterior



/ Yo lo pido, lo rezo. ¿A quién? No sé. / ¿A quién? ¿A quién? Problema es infinito.»

La primera música

Para que la energía cinética de la expansión del Universo se equilibre exactamente con su energía potencial gravitatoria es preciso que su densidad media de materia/energía sea crítica (hoy equivalente a unos cinco átomos por metro cúbico). Al echar las cuentas detalladas del contenido total del Universo, algo que el autor desmenuza con innegable maestría, resulta que lo que se ve sólo llega a un 0,5% de la densidad crítica, la materia bariónica como la nuestra cubren un 5% de esa densidad, y la materia oscura fría logra dar cuenta de hasta un 30% de la misma. Es decir, solamente un tercio del contenido total del Universo es gravitacionalmente «normal», atractivo. Si no hubiera nada más, el Universo se expandiría eternamente, y el futuro lejano sería de mundos solitarios, fríos y oscuros, en los que, según Freeman John Dyson, cabría aún imaginar vida.

Pero las observaciones han venido a converger en que, para mayor abundamiento en belleza, hay un equilibrio perfecto entre la energía cinética y la potencial, y en virtud de las ecuaciones de Einstein, se concluye que el espacio es plano a gran escala. Cualquier otro reparto de energía exigiría una «sintonía fina» en el pasado remoto, y por ende una vulneración del principio copernicano. Una confirmación directa de la planitud del espacio proviene del análisis armónico del fondo cósmico de microondas. En sus irregularidades están impresas las aglomeraciones de materia cuando el Universo tenía medio millón de años, y las oscilaciones producidas por la caída gravitacional del plasma bariónico en esos grumos. Tales condensaciones y rarefacciones originaron las primeras notas musicales en el Universo, de una frecuencia pequeñísima (período del orden de la edad del Universo entonces), y de su escucha se ha deducido la validez de la geometría de Euclides en la descripción a gran escala del Universo.

Hace cuatro años se concluía de todo esto que el Universo se expandiría eternamente (aunque con bríos cada día más apagados), pues se creía entonces que en el Universo todo era materia y radiación, elementos éstos que siempre ejercen una atracción gravitacional. Ya no. Algo ha venido a turbar esa creencia. Y ese algo da título a la obra aquí reseñada.

Capturemos la noche

En la década de los 20 todavía se creía en la inmutabilidad de los cielos a gran escala. Einstein compartió este prejuicio, y para que sus ecuaciones aplicadas al Cosmos permitieran a éste ser estático se vio obligado a introducir un elemento extraño en las mismas, el llamado término cosmológico que simulaba una repulsión cósmica capaz de detener el colapso gravitacional de un Universo invariable. Al descubrirse la expansión del Universo, Einstein abjuró de su «error». Con los años, se supo que tal término era el típico de una energía de vacío, y que podía haber aparecido en diversas etapas de la historia del cosmos al irse rompiendo, por el enfriamiento de éste, diversas simetrías. Mas esta cascada de caídas sucesivas entre vacíos hasta abocar a la situación actual exige un ajuste fino de extrema precisión: hay que pasar de una densidad de energía de vacío del orden de la fantástica densidad de Planck (equivalente a meter toda la energía del universo visible en un volumen del tamaño de un núcleo atómico) a la densidad media actual (cifrable en unos pocos átomos por metro cúbico), esto es, bajar en 123 órdenes de magnitud. Nadie ha dado con una aceptable



Atlas sosteniendo el mundo sobre su cabeza.

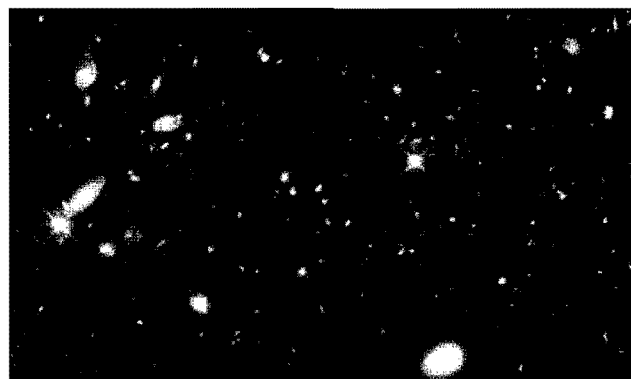


Imagen de campo profundo del Universo, obtenida por el telescopio Hubble.

explicación de tamaño factor.

En 1998 dos grupos de astrofísicos, encabezados uno por Saul Perlmutter y el otro por Brian Schmidt y Robert Kirshner, llegaron a una conclusión extraordinaria, parangonable en importancia cosmológica al descubrimiento de la radiación de microondas que permea el Universo: durante la última segunda mitad de su vida desde la Gran Explosión, la expansión del Universo ha sido acelerada. A tan bizarra inferencia de un Universo en estampida les llevó, tras eliminación de causas alternativas, el análisis de las luminosidades de una docena de supernovas observadas en lejanas galaxias: eran más débiles que lo que por sus distancias les correspondería en un Universo con expansión frenada. Aunque este descubrimiento no fue totalmente inesperado, pues otras observaciones habían ya apuntado a la presencia de una energía de vacío con los peculiares efectos antigraavitantes debidos a su presión negativa (responsable del crecimiento de las burbujas de un vacío más estable), lo cierto es que mudó la cosmología. El término de Einstein (o algo de efecto similar como un campo de «quintaesencia») ha vuelto a escena, para desesperación de la mayo-

ría, aunque con un nuevo nombre: energía oscura.

Cuando la materia/energía era ordinaria y su influencia gravitacional atractiva, bastaba con saber cuánta energía había en el universo para predecir su destino. Pero la posibilidad de energía oscura trastoca esta conclusión. La mera presencia de una ínfima proporción de energía oscura negativa haría que el Universo colapsase en el futuro. Con la composición actual (unos dos tercios de energía oscura y un tercio restante de

materia/energía normal) el Universo crecerá indefinidamente, y además a ritmo acelerado, «al galope loco» que diría el poeta José Hierro.

Si la energía oscura mantiene su densidad actual, se estima que dentro de unos dos billones de años, al final de la vida de las estrellas más masivas, la mayoría de las galaxias habrán llegado a un horizonte cósmico donde su luz

se extinguirá exponencialmente hasta desaparecer de nuestra vista para siempre, y sólo quedarán para «nuestro» solaz y estudio las decenas de galaxias gravitacionalmente ligadas a la nuestra y que forman el Supercúmulo Local. Ya no habrá más oportunidad para saber cómo fue nuestro Universo primitivo, y si ahora descubriéramos que hay una civilización avanzada a unos diez millardos de años luz, nuestros mensajes de salutación jamás le llegarían. Por tanto, como dice Max Tegmark, habrá que darse prisa en disfrutar de los cielos mientras podamos y capturar toda la información que encierra la noche.

¿Por qué ahora?

La cosmología presentaba hace veinte años serios problemas, entre ellos la presunta planitud, cuya solución llevó a suponer la existencia de una fase inflacionaria: cuando la «gota» insignificante que era el Universo hoy visible acababa de salir de su sueño cuántico, creció en tamaño a ritmo exponencial, y en menos de una quintillónésima de segundo se hinchó un quintillón de veces, planchando su curvatura y realzando sus inhomogeneidades cuánticas hasta convertirlas en semillas de galaxias. Una simple idea que resuelve de una tacada todas las objeciones a la cosmología tradicional. Por otro lado, legión de diferentes microregiones podrían haber sufrido otras inflaciones, y no sólo no seríamos el centro de nuestro Universo, sino que ni siquiera éste sería distinguido, perdiéndose entre tantos en una realidad multiversal. Este aparente refuerzo de la inflación al principio copernicano contrasta con la aparente dificultad que le plantea a este principio el hecho de que las contribuciones actuales de la materia y de la energía oscura son similares, y que señalan como muy especial a la época en que vivimos.

Tal manifestación anticopernicana de sintonía con el fenómeno vida amenaza la belleza de la descripción teórica del universo. ¿Será inevitablemente necesario recurrir a un razonamiento antrópico? A veces, recordemos, se hizo (innecesariamente) en el pasado. ¿Podrá una quintaesencia variable en el tiempo salvar este conflicto? ¿Habrá de cambiarse el concepto de bello? ¿Se precipitó el autor de este libro cuando incorporó el principio copernicano generalizado al ideal de belleza en la física? No desvelaremos aquí la elegante solución por la que se inclina Mario Livio, y que el curioso podrá apreciar leyendo el último capítulo de esta historia. En él, como colofón, proclama su creencia en el valor estético como justificación última de la búsqueda científica enunciando un principio estético cosmológico, avalado por la historia de la ciencia y las opiniones de grandes científicos como Hermann Weyl, Jules-Henri Poincaré y Subrahmanyan Chandrasekhar. Según este último, «the measure of the success of a scientific theory is, in fact, a measure of its aesthetic value, since it is a measure of the extent to which it has introduced harmony in what was before chaos».

RESUMEN

Alberto Galindo se ocupa de un libro del astrofísico Mario Livio, que por su dedicación científica está acostumbrado a contemplar la majestuosidad variopinta y serena de los astros que siembran el prado del cielo, y en el que recorre con maestría tanto la vieja como la nueva cosmología desgranando así, en un lenguaje

asequible a toda persona interesada, su visión estética de la ciencia. Livio propone una noción de bello en el terreno de las ciencias, basado en una teoría que englobe simetría y simplicidad y obedezca a un principio copernicano y proclama su creencia en el valor estético como justificación de la búsqueda científica.

Mario Livio

The Accelerating Universe. Infinite Expansion, the Cosmological Constant, and the Beauty of the Cosmos

John Wiley & Sons, Inc., Nueva York, 2000, 14+274 páginas, 27,95 dólares. ISBN: 0-471-32969-x

Anatomía de la conspiración

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. Autor, entre otros, de libros como *Pensamiento español en la era de Franco* (1939-1975), *Socialismo en España: el partido y el Estado*, *Ética contra política: los intelectuales y el poder* y *Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón*.

Me equivoqué de medio a medio y me alegro de ello. Hace ahora veinte años que Raúl Morodo recopilaba diferentes ensayos y trabajos suyos, unos surgidos más en/para la praxis de la oposición al franquismo, otros a la vez de carácter más teórico y científico-político; eran escritos, todos ellos, fechados entre 1958 (resumen de su pionera tesis doctoral sobre la integración europea) y 1982, artículos de esos diversos tiempos en torno a política cultural, partidos políticos, democracia y Constitución española. El resultado fue un libro de contenido muy valioso desde ambas perspectivas pero con un título injustificadamente impersonal, más propio de un panfleto, un manifiesto o un programa de partido: *Por una sociedad democrática y progresista* (Ediciones Turner, Madrid, 1982). En las notas que como comentario de él publiqué yo por entonces en la revista «Sistema» («Socialistas bajo el franquismo», núm. 52, enero de 1983, pp. 119-127) resaltaba el alto interés de tal recopilación tanto, de un lado, por esas sus aportaciones más teóricas, en cuanto docente e investigador aquel en el campo de la ciencia política y jurídico-constitucional, especialmente sus análisis de los sistemas democráticos y del Estado de Derecho, como asimismo, de otro, por el testimonio directo que suministraba sobre hechos y acontecimientos de nuestra reciente historia política y cultural-universitaria.

Esas notas de comentario son las que precisamente se abrían con aquellas, por fortuna, no confirmadas palabras mías: «como no creo —¡ojalá me equivoque!— que el activo y pragmático Raúl Morodo vaya a tener nunca tiempo ni sosiego para meterse a escribir las memorias puntuales y concretas de sus actividades políticas desde los años cincuenta en la España franquista (...), pronosticaba yo, y en base a eso daba allí la bienvenida a la recopilación de aquellos textos y fragmentos de sus más significativos recordatorios políticos y teóricos. Sin embargo, a la postre se realizó y con creces mi instigadora propuesta, por lo que con mucho mayor motivo e interés puedo ahora renovar mi salutación y favorable acogida como amigo personal y como compañero de generación —tal como éramos— a estas sus muy sugerentes, detalladas y tan bien ordenadas *Memorias de un conspirador moderado*. Éste es un primer volumen (me temo ¡ojalá me equivoque! que no siga), volumen que llega hasta 1969, hasta después del «estado de excepción»; pero hay en él reenvíos frecuentes a los posteriores decisivos momentos de la transición a la democracia en nuestro país, donde aquel tuvo destacada y activa intervención, y hasta hoy mismo tras sus actividades públicas como rector (de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo), eurodiputado y embajador, ante la Unesco en París, y finalmente, años noventa, en Lisboa que es donde va a ir tomando forma definitiva este libro.

Junto al «viejo profesor»: teoría y acción

Respecto a la decisión por el rótulo general de él, *Atando cabos*, que Raúl Morodo hace anteceder al subtítulo de sus memorias, él mismo se lo explica, contribuyendo así a ilustrar también sobre aquella privilegiada e ín-



Firma de los Pactos de la Moncloa (25-X-1977).

tima relación con su maestro, amigo y líder político: «Es claro —dice— que esta denominación tiene una referencia tiernista: las memorias de Tierno, en efecto, se llaman *Cabos sueltos*. Y, por ello, tuve una duda: que pudiera interpretarse que estos cuadernos se dirigían a corregir su obra. Pero, como verá el lector —advierte desde el principio aquél—, no es así: mi afecto, fidelidad y admiración por don Enrique fue constante y continúa en mi memoria. Naturalmente, en política, muchas veces hemos discrepado y así lo constato, pero esto forma parte de la naturaleza de las cosas: un discípulo no debe ser un simple epígono o un escoliasta monacal». Para ese básico referente intelectual y político tenemos, junto a otros, el reciente y excelente libro de Jorge Novella Suárez, *El proyecto ilustrado de Enrique Tierno Galván. Biografía intelectual y política* (Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 2001).

Son, siempre fueron, inseparables, casi indiferenciados, el muy precoz Raúl Morodo (1935) y el «viejo profesor» Enrique Tierno Galván (1918-1986) desde aquellos mediados cincuenta en la Universidad de Salamanca, ciudad que ellos vivirán desde fuera, y donde yo, que vivía más desde dentro, también les conocí por aquellas mismas fechas. Con algunas diferencias de talante, más distante y austero don Enrique, más cercano y hedonista Morodo, coincidían ambos plenamente en otros decisivos caracteres: por ejemplo en inteligencia analítica, instrumental y posibilista, en sofisticadas artes conspiratorias, en capacidad de resistencia y sutil ironía, fríamente lúdicos —como vocación y como autodefensa—, críticos, heterodoxos, demócratas, pluralmente socialistas (más moderado y liberal el joven, más radical y libertario el viejo), siempre los dos en oposición activa e incansable frente a la dictadura franquista. Sostengo, incluso, que fue Morodo quien metió en política, en la actividad política práctica, a Tierno, a su líder y maestro, y, desde luego, quien después —ayudado entre otros por Emilio Cassinello— le siguió comprometiendo en mil «operaciones» como «núcleo duro» y principal organizador del tiernismo político.

Todo, o casi todo, sobre esa relación intelectual y política, sus implicaciones y plurales derivaciones en las diversas morfologías del «grupo Tierno» (FUSE, Frente Unido Socialista Español, en 1964; PSI, Partido Socialista en el Interior, en 1968; PSP, Partido Socialista Popular, ya en 1974), sus conexiones personales y colaterales, los sucesivos proyectos allí producidos, los oportunos contactos con los supuestos/reales aperturistas del régimen, los diálogos y conflictos con las otras fuerzas y partidos de la oposición (del interior y del ex-

terior), también las aciagas consecuencias, las persecuciones policiales, los procesamientos judiciales, los tiempos de cárceles, confinamientos y exilios, las dificultades profesionales y universitarias, todas éstas y otras más son cuestiones y narraciones que traspasan y articulan estas muy documentadas y ponderadas páginas. Son unas memorias personales, advierte con prudencia su autor, no un libro de historia científica pero, junto a esas miradas subjetivas siempre argumentadas, hay también en ellas indudables propósitos de objetividad, de tolerancia y de comprensión ajena. Se aportan en ellas abundantes datos útiles y de no fácil localización así como (bien conservados sus archivos) numerosas referencias y elencos de gentes que evitan —lo considero del todo positivo y necesario— algo que hoy es bastante frecuente: hacer una innominada historia del franquismo en la que parece que nadie —salvo el dictador— habría estado allí en la génesis y justificación de tanta ignominia (sólo instituciones, organizaciones y estructuras) o, enfrente, la del plural antifranquismo, con mayor o menor grado de participación de cada cual, más allá del pudoroso silencio de unos o de los excesos justicieros de otros.

Para una mejor ubicación del contenido de fondo de estas memorias, además de la recopilación antes mencionada, yo también reenviaría aquí a otros libros de Raúl Morodo: así, *Los partidos políticos en Chile* (1970); *Estudios de pensamiento político* (1976, en colaboración con Enrique Tierno Galván); *Los orígenes ideológicos del franquismo. Acción Española* (1980 y 1985); *La transición política* (1984 y 1993); *Tierno Galván y otros precursores políticos* (1987); y *Fernando Pessoa y las «Revoluciones Nacionales» Europeas* (1997). Son obras de teoría e historia política que permiten y resisten los contrastes de consistencia y responsabilidad con su praxis política, sin excluir tampoco —él no lo oculta— los de simulación táctica y ambigüedad calculada: ética de convicciones (democráticas), por más que Morodo tienda siempre a desdramatizar, a veces casi a trivializar, y ética de utilidades, posibilista oposición en el interior para la transformación de las condiciones políticas (antidemocráticas) del régimen totalitario/autoritario.

Desde estas coordenadas se ha orientado, a mi juicio, esta empírica y crítica «anatomía de la conspiración». Se conspiraba para poder un día dejar de conspirar, para poder pasar de la ilegal conspiración a la legal oposición, lo que implicaba pasar de la dictadura a la democracia: se conspiraba justamente —insiste Morodo— para conseguir las libertades, la democracia, el Estado de Derecho (viejo tema este en el que desde los años cincuenta/se-

ambos trabajaremos y publicaremos). Estoy utilizando como título general de este comentario —hago observar— el mismo que Tierno Galván eligió para un poco extenso y muy intenso ensayo suyo de 1962: pero allí se hacía ante todo una conceptualización teórica, analítica, de la conspiración. Aquí el memorioso Morodo —atando cabos, completando otra vez al viejo maestro— prolonga empíricamente y hace explícitos los elementos concretos hispánicos de esa anatomía. Y en ambos opera la perspectiva crítica: además de anatomía, hay allí una patología y hasta una terapéutica de la conspiración. De la conjura a la conspiración, decía Tierno, y de ésta a (como modesta utopía) la oposición democrática: casi no se osaba pedir más, para que esa oposición pudiera un día incluso llegar a gobernar.

De un tiempo, de un país...

Por las páginas del libro de Morodo desfilan (se deslizan, por decirlo en su lenguaje) con nombres y apellidos, además de los represores franquistas contra la conspiración y la oposición, personajes entrañables típica y tónica encarnación de la más o menos vieja conjura (aquél muestra siempre debilidad y simpatía hacia su cáustica ambigüedad e, incluso, inteligencia cínica); además varios prototipos de la conspiración convencional, trivializada e ingravida, conspiración sin escenario que decía allí el profesor y a los cuales la gente más responsable intentaba incorporar a esa democrática y más consciente conspiración. En la obra de Morodo aparecen y desaparecen, según los va él tratando, cientos de nombres de todas esas especies y categorías, muchas veces con semblanzas ejemplares, otras más discutibles, algunas de servidores de la dictadura en exceso benévolos: ahí estarían las de personajes, por ejemplo, como Jesús Fueyo, Jaime Campmany, Gonzalo Fernández de la Mora, Torcuato Fernández Miranda o el propio Manuel Fraga. Se evitan —está bien— los retratos «en blanco y negro», pero la riqueza cromática no puede ocultar que algunos de ellos apenas eran sino «grises». Se trata, en cualquier caso, de semblanzas muy bien escritas —como todo el libro— y de gran interés, amenidad y utilidad tanto para los lectores contemporáneos suyos (entre ellos el arriba firmante) como, tal vez muy especialmente, para los posteriores y los más jóvenes que ya no vivieron ni conocieron directamente aquello.

De un tiempo, de un país, como en la vieja canción (protesta esperanzada) del inolvidable Raimon, a quien por cierto Morodo, habitual lector de poesía y que con frecuencia incorpora evocaciones musicales en su biografía, no hace referencia en sus generosas listas nominales. Como, en otro orden de cosas, tampoco la hace de Xavier Arzallus en su etapa madrileña —ha sido Jorge de Esteban quien con razón le echa en falta—, pues el presidente del EBB del Partido Nacionalista Vasco fue en la segunda mitad de esos años sesenta ayudante o colaborador precisamente de la cátedra de Carlos Ollero, en la cual el propio Morodo trabajaba. Como es bien sabido (y de ello hay abundantes testimonios en este libro), Carlos Ollero fue uno de los principales valedores universitarios y políticos primero de su amigo Enrique Tierno y después, a quien profesaba profunda admiración y afecto, del mismo Raúl Morodo, así como de muchos de nosotros en momentos de dificultades: ¿qué ha-

Viene de la página anterior



cia, qué hizo allí por entonces Xavier Arzallus? Junto a estas ausencias (hay otras menores pero de cierta significación, por ejemplo en relación con las pp. 150, 258, 401, 403, 464, 479, 498), que apunto aquí o que paso directamente al autor para la segunda edición –el libro es muy riguroso en los datos y el lector bien merece estas puntualizaciones–, sólo señalaré como erratas la de la p. 155 (fundación del PSI en 1968 y no en 1966) y como error, que necesitará corrección en las circunstancias de la actual redacción, la de la p. 600: aquel estado de excepción se declaró, en efecto, el 24 de enero de 1969, pero la detención y confinamiento de profesores –entre ellos, él y yo, o Javier Muguerza y Gregorio Peces-Barba entre los más cercanos– se produjo días (noches) después, el 30 de enero. Como antídoto contra la ambigua trivialización –la alternativa no es en todos los casos la mera dramatización– recordemos que días antes había muerto en manos de la policía política nuestro común amigo y alumno Enrique Ruano y que eran muchas gentes, estudiantes, obreros, las que estaban siendo perseguidas, confinadas, encarceladas, por defender las libertades y la democracia.

Además de memorias personales y generales («retrato de toda la oposición», las ha rotulado Santos Juliá), éstas son también memorias de una generación: la que se sitúa entre 1956 y 1968, precisamente las fechas simbólicas que abren y cierran ese tiempo en que se mueve el relato de Raúl Morodo, muy destacado exponente de aquélla. En la común oposición a la dictadura surgirán así una denominada generación del 56, quizás más institucional, más estatalista, con mayor confianza en la razón crítica, en la herencia de la Ilustración, más socialdemócrata (en ella básicamente nos iniciábamos), y una generación del 68 con rasgos más libertarios, más receptiva a los nuevos movimientos sociales –feminismo, ecologismo, etc.–, más proclive a la cultura de la posmodernidad, a la no institucional sociedad civil (a ella voluntariamente también llegábamos). A propósito de la relevancia política (y teórica) de esa generación –con punto de encuentro en el 62– como origen/recuperación de la oposición democrática en el interior, Raúl Morodo transcribe en estas *Memorias* algunos textos de sus avisadores y clarificadores artículos de 1964-1965 en la revista «Ibérica» de Nueva York, en polémica con amplios sectores del exilio para quien toda la oposición surgida en el interior se consideraba como «domesticada» (y por el franquismo, sin más, como «comunista»). Escribía allí aquél (pp. 298-299): «Las manifestaciones estudiantiles de 1956 y las grandes huelgas obreras de los años subsiguientes marcan ya un inicio de oposición estudiantil y sindical claramente anti-Régimen y de gran envergadura. La oposición surge, obviamente, como oposición democrática que se irá cristalizando poco a poco. No existirán pública y legalmente partidos, es claro, pero sí surgirán grupos que irán canalizando distintas ideologías: comunistas, socialistas, demócrata-cristianos, liberales, monárquicos no franquistas. El Régimen intentará, por vía de silencio o de cárcel, ahogar nombres y toda actividad que pueda aparecer ante la opinión pública nacional e internacional como oposición y menos aún como oposición organizada». De ahí, del conocimiento interno y la vivencia a fondo de todos esos procesos, el que Morodo concluyera, a mi juicio con plena razón, en aquella mencionada recopilación suya de 1982: «Nuestra generación, que nace y se desarrolla en el franquismo es, así, una generación que prepara la transición política que comienza en 1975».

La «opción tecnocrática»

Con suavidad en las formas, con ironía distante y escéptica, se diría que hasta con ele-



El Rey procede a la sanción de la Constitución en el Congreso de los Diputados (27-XII-1978).

gancia diplomática, sin dogmatismo ni exclusivismo alguno, aquél reivindica, sin embargo, con fuerza la memoria histórica contra las mistificaciones, falsificaciones, olvidos o silencios más o menos ignorantes, más o menos interesados, de todo aquel tiempo y de sus implicaciones en/para la transición. Desde esa perspectiva es especialmente relevante y significativa su muy fundada crítica a los fautores de la denominada «opción tecnocrática» que, con los planes de estabilización de 1959 y de desarrollo a lo largo de los sesenta, más la «operación Príncipe» de 1969, han pretendido atribuirse –e incluso no pocos desorientados comentaristas se lo han concedido– el monopolio o (materialismo vulgar del espiritualismo) el factor «en última instancia determinante» para la preparación de la transición y la consecución de la democracia: sobre ello, por causal elevación, no tengo más remedio que reenviar yo aquí a mi artículo «Franco, artífice de la transición», publicado en «El País» el 30 de diciembre de 1985 y recopilado en mi libro *La transición a la democracia. Claves ideológicas*, Eudema, Madrid, 1986. Morodo deja muy claro el relativo alcance modernizador de indudable sentido intradictatorial, eso y no más (con profunda regresión cultural), que suponía tal opción tecnocrática dirigida por gentes en su mayoría pertenecientes al instituto secular del «Opus Dei».

Escribe así aquél (pp. 514-515) con observaciones, creo, de alto interés: «La opción tecnocrática propugnaba desde Presidencia (Carrero), con el nuevo equipo (López Rodó, Ullastres, Navarro Rubio, además de independientes técnicos), dos vías de actuación: político-administrativa y económica». Ambas significaban, respectivamente, una cierta clarificación y hasta modernización jurídica así como una lenta homologación con algunos intereses del mundo europeo-atlántico (economía de mercado). Eso no se discute, por más que de ningún modo pudiera admitirse el confusiónismo de tantos apologistas que ya veían eso como un Estado de Derecho, ni siquiera tampoco (en la versión más moderada) como un Estado administrativo de Derecho. Por entonces, precisamente, aparecieron los trabajos de Raúl Morodo y míos sobre estas cuestiones (motivados también por el famoso informe de la Comisión Internacional de Juristas con sede en Ginebra, justamente recordado en estas *Memorias*) y después, en 1966, mi libro *Estado de Derecho y sociedad democrática*. Quedaba claro, al menos para nosotros, que no hay Estado de Derecho de ningún tipo –ni administrativo, ni judicial– si no hay imperio de la ley (y de la ley básica, la

Constitución) producida por la libre decisión de la soberanía popular: lo cual implica a su vez derechos fundamentales, cívicos y políticos, para nada reconocidos en los regímenes dictatoriales, totalitarios/autoritarios, ni en el proyecto institucionalizador de tales tecnócratas. Éstos –concluye Morodo– «crearán, y con razón, que modernizando y racionalizando la Administración Pública y reformando la vida económica se llegará, inevitablemente, a un resultado institucionalizador, en este caso a una monarquía, marginando aventurerismos presidencialistas o regencialistas; pero, claro está –advierte sin ambages aquél–, monarquía no liberal, dentro de una economía abierta o de mercado. Es decir: reasegurar el futuro –concluye sobre la opción tecnocrática– mediante un neofranquismo continuista y modernizando económicamente el país (desarrollismo). Esto podría ser aceptado por el exterior, especialmente por Estados Unidos y la nueva Europa que se iba integrando: que «el Régimen se sucediese a sí mismo», en expresión común del tándem Franco/Carrero, con cambios actualizadores». Aunque ciertos exégetas con diversas, incluso opuestas, motivaciones se empecinen ahora, a posteriori, en caracterizarlo así, no me parece en manera alguna defendible la «ideología de la identidad» entre tal autosucesión del régimen dictatorial y, a pesar de todas las dependencias e insuficiencias, la reforma-ruptura producida con la efectiva transición a la democracia.

Los gestores del Gran Miedo

De estas y otras tan graves cuestiones, incluso con «soportable levedad del ser» (de España), trata en estas sus *Memorias* Raúl Morodo. Lo hace –lo han subrayado todos sus críticos y lectores– con tono amable, ameno, se-

reno y benévolo, sin agresividad, sin afán alguno de revancha ni de ajuste de viejas/nuevas cuentas con nadie: «sorprende asimismo –señala Jorge de Esteban– que prácticamente no hable mal de nadie». A Morodo le ha gustado siempre recordar, y ahora enseguida lo aduce (p. 23) como autoexplicación, el viejo dictum de su bienamado Pessoa: «Dios es bueno y el Diablo tampoco es malo». Nadie, o casi nadie, le va a censurar (desde luego, yo no) por esa relativa relatividad, por ese exceso de generosidad que no llega jamás a dañar, en lo esencial, a la objetividad. En sus *Memorias*, sin alardear de ello, no se olvida nunca de las víctimas, de los perseguidos y ultrajados por la dictadura; tampoco se limitaría a constatar, determinista y «estéticamente», que lo que pasaba –de un lado y de otro– era lo que lógicamente tenía que pasar. Tal vez no ponga aquél el suficiente énfasis en hacer ver que el Gran Miedo, que aletea, aparece y reaparece constante y siniestro en sus páginas y en la realidad de aquella humillada España, si bien emanaba y se encarnaba desde muy arriba en el «general superlativo» (como le llamaba nuestro recordado amigo Francisco Tomás y Valiente) y en su círculo del máximo poder, reproducían después sus serviles ejecutores y sus disciplinados distribuidores hacia abajo, hacia el sufrido súbdito, también en algunos de esos personajes –epimeteos hispánicos– que ahora, en la distancia, Raúl Morodo mira más bien compasivo y casi caritativo. Rechazando una vez más la esquizofrenia dogmática y totalitaria de Carl Schmidt, otro de los ya clásicos que él conoce bien, podríamos decir que –prometeo escéptico– hasta se complace ahora en convertir al enemigo en amigo (sin que el amigo se convierta en enemigo): ¿lejana influencia conciliadora de Joaquín Ruiz-Giménez, prudente competidor de Tierno y del tiernismo en la Universidad salmantina de los años cincuenta, con quienes yo por libre ejercía de «doble espía» y, entonces y después, de adelantado mediador?

El gran narrador, el perspicaz psicólogo autor de esas referidas semblanzas, el protagonista de estas *Memorias* –se le ha reprochado– no habla mucho internamente de sí mismo en ellas, al menos de manera abierta y directa. Siempre fue aquel retraído ante la intimidación, evasivo, mitad tímido, mitad solapado. A Raúl Morodo hay más bien que comprenderle –creo– desde sus actividades públicas y su explícito pensamiento político. Es, pues, más de resaltar que, en ese contexto general de autoexplicación, se avenga a declarar: «me considero un partisano en las luchas por las libertades –un partisano progresista– y, como jurista, un defensor del Estado democrático de Derecho». Le conozco desde hace ya casi cincuenta años, somos grandes amigos, ahora algo más intermitentes los encuentros, con épocas de muy asidua y crítica complicidad (teórica y política): puedo prometer que de esas sus palabras –a ellas podrían añadirse en la correspondiente «laudatio» muchas más– derivaría plenamente y en verdad su más fiel y profunda identidad. □

RESUMEN

Atando cabos, de Raúl Morodo, no pretende corregir o enmendar los Cabos sueltos (1981), viejo libro de recuerdos de su maestro, amigo y líder político Enrique Tierno Galván. Desde su propia perspectiva, con profunda y permanente vinculación entre ambos, estas memorias, que comenta Elías Díaz, son

un valioso y documentado testimonio de, principalmente, los años cincuenta y sesenta en la historia política, universitaria y cultural, de nuestro país. Memorias personales, son asimismo las memorias de una generación –señala Morodo– que prepara la transición política que comienza en 1975.

Raúl Morodo

Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado (I)

Taurus, Madrid, 2001, 658 páginas. 22,24 euros. ISBN: 84-306-0425-1.

El ciberespacio humano

Por Vicente Verdú

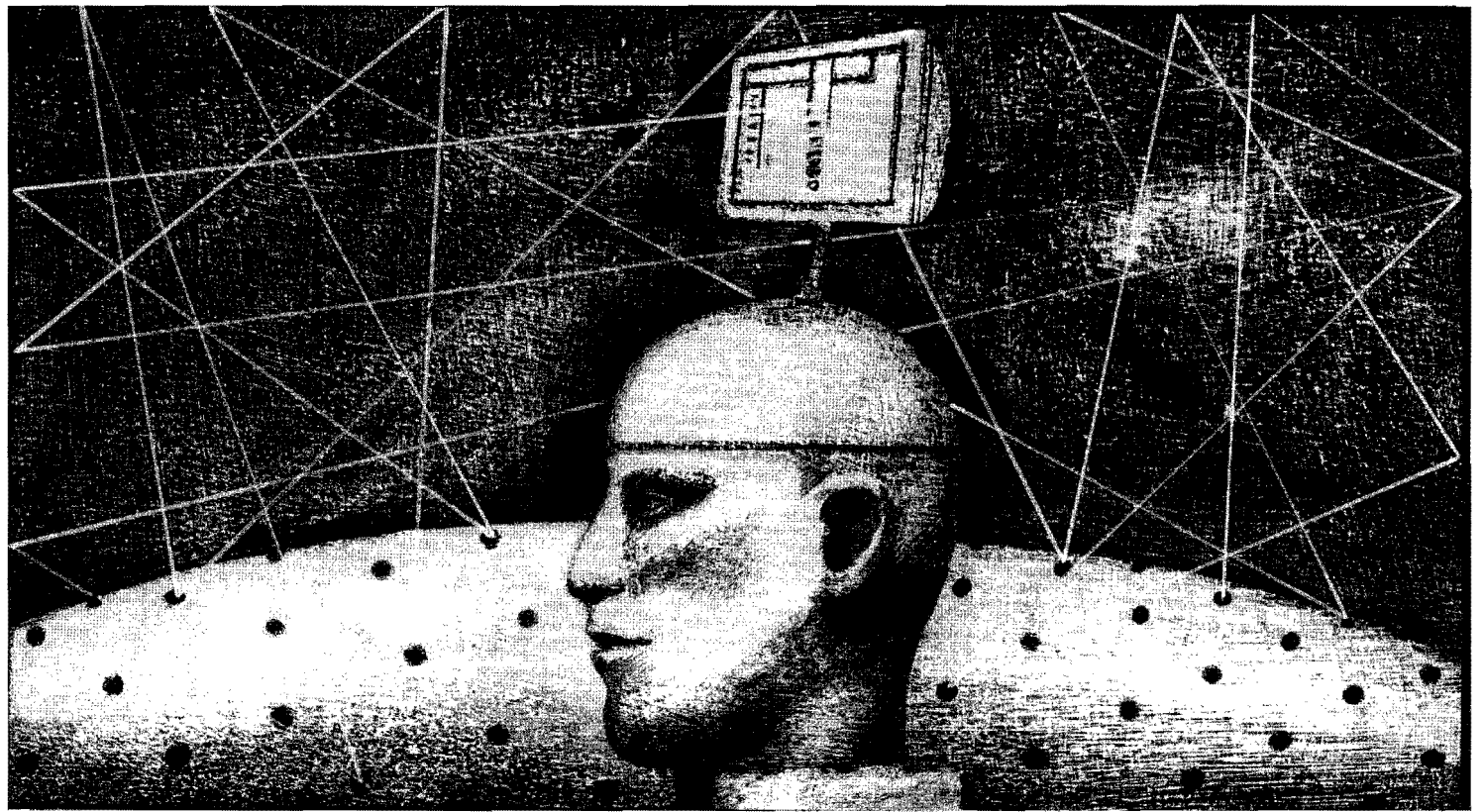
Vicente Verdú (Elche, 1944) es escritor y periodista. Ha sido redactor jefe en «Cuadernos para el Diálogo» y jefe de Opinión y de Cultura del diario «El País». Es autor de *Días sin fumar*, *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y *El éxito y el fracaso*. Con *El planeta americano* obtuvo el Premio Anagrama y con *Señoras y señores* el Premio Espasa, ambos de ensayo.

A finales de este año más de 600 millones de personas de todo el planeta tendrán acceso a internet, y gastarán un billón de dólares comprando «online». El porcentaje de personas conectadas a internet pronto sobrepasará el 50% en los países desarrollados. En Estados Unidos o en Suecia ya es así y en España superaremos el 25% a lo largo de estos meses. Hace apenas 12 años, la participación en internet no llegaba al 1% de la población mundial y en 1994, cuando empezó a conocerse popularmente, nadie podía prever la difusión de los años siguientes. El ciberespacio es probablemente el sistema que se ha expandido más deprisa a escala planetaria en la historia de la Humanidad. La extensión del ciberespacio incrementa las opciones de libertad individual y colectiva de una parte y aumenta, de otra, el grado de comunicación y de interdependencia.

La imprenta permitió la fundación del Estado-nación así como el desarrollo de las opiniones nacionales, gracias a una esfera pública estructurada primero por la prensa y después por la radio y la televisión. Pero ahora, las redes telefónicas mundiales, la televisión por satélite, la multiplicación de los canales de televisión y, sobre todo, la interconexión actual de los ordenadores que a su vez integran todos los medios precedentes en un medio de comunicación interactiva, hace nacer un nuevo espacio público. Un nuevo espacio público que modifica radicalmente las condiciones de gobernanza y va a engendrar nuevas formas políticas, todavía difíciles de prever.

El alfabeto permitió la invención de la democracia autorizando a cada uno a participar en la administración de asuntos complejos y a reflexionar sobre el derecho, lo que supone la contaduría y la consulta de archivos, así como la lectura de las leyes y reglamentos para los ciudadanos. Más tarde, la impresión de los caracteres proporcionó a la democracia la capacidad para extenderse a grandes territorios en los cuales la gente hablaba, a veces (pero no siempre), la misma lengua y practicaban (pero no siempre) la misma religión. Bien o mal una nación podía hablarse a sí misma a través de los periódicos, de los partidos, de sus embajadores y representantes.

Ahora, sin embargo, la intensidad y extensión de las comunicaciones se han hecho incomparables. Hoy hablamos conjuntamente entre nosotros, en el mercado mundial, en los aeropuertos, en los templos, las iglesias y las mezquitas de nuestras ciudades cosmopolitas gracias al ciberespacio. Pero aun si no hablamos, nuestras actitudes, nuestras decisiones, poseen de todas las maneras efectos casi inmediatos



ALFONSO RUANO

sobre los demás habitantes del planeta. Las poblaciones de la atmósfera o de los océanos, sin importar quién las ha cometido, afectan al aire y a los mares comunes, y las comunicaciones o las migraciones han hecho que la cultura de un lugar no quede confinada en él. Cada nación, cada agrupamiento geopolítico o transnacional puede jugar, si posee voluntad para ello, un papel en la apasionante aventura que va a constituir la previsible construcción de la democracia a escala planetaria, la que corresponde a la civilización del ciberespacio.

En *Cyberdemocratie*, Pierre Lévy, filósofo y profesor en la Universidad de Québec, analiza los posibles fundamentos de esa democracia global que ya crece a partir de las comunidades locales en formación, de la vida asociativa en la red, sus actividades culturales y de ocio. En Europa, entre incontables proyectos de comunidades locales donde se incluye Valencia (<http://www.infoville.net>) es destacable el llamado Digital City de Amsterdam que, estrenado en enero de 1994 con planteamientos «alternativos», es probablemente el pionero de las ciudades numéricas del mundo. En Estados Unidos este boceto de democracia local se ha desarrollado especialmente en torno al entretenimiento, pero también diversas funciones antes en poder de los periódicos, las revistas o la radio son absorbidas hoy por estos «sites» donde se gana en interactividad. Por ejemplo, los usuarios son incitados a dar su opinión y a discutir sobre cualquier conflicto de la zona. Gracias a la red, los usuarios, independientemente de su estatus sexual, económico o social, se encuentran mejor informados, se sienten con mayor capacidad de acción sobre el mundo que les rodea y demuestran más confianza en el proceso democrático.

e incrementa las opciones de libertad individual y colectiva y aumenta el grado de comunicación y de interdependencia. Pierre Lévy, el autor del libro que comenta, habla ya de «cyberdemocracia» y analiza los posibles fundamentos de esa democracia global que debe tender, para sobrevivir, a una nueva inteligencia colectiva que conduzca a un mundo más humano.

Los resultados —dice Pierre Lévy— pueden considerarse perfectamente lógicos puesto que internet —singularmente en Estados Unidos— ofrece una información sobre la vida política más abundante y mejor organizada, así como instrumentos prácticos y casi gratuitos de deliberación, de control de representantes y de acción política. Buena parte de estos «sites», algunos de gran calidad, aparecieron en la segunda mitad de los años noventa y aunque algunos han desaparecido con la crisis iniciada a finales de 2000 muchos de ellos continúan activos.

Democracia electrónica

Para Pierre Lévy, más allá de la idea de que la democracia electrónica consiste en votar por internet, lo esencial sería el incremento de la transparencia de los gobiernos y de la vida social en general, así como la emergencia de nuevos espacios (virtuales) de deliberación y de diálogo político. Un diálogo político que debe comprender mucho más que cuestiones de ideología y que se extiende a materias de la vida cotidiana, de la educación, del comercio y del entretenimiento. Los usuarios se relacionan más entre sí, intercambian informaciones y van configurando un estado de opinión cuya fuerza se constituye a través de la participación directa. Los ejemplos de decisiones tomadas por los ciudadanos respecto al consumo, decidiendo la prosperidad o la quiebra de determinadas marcas asociadas al buen hacer ético o la sobreexplotación, es una muestra del poder que las interconexiones entre usuarios de la red pueden proyectar sobre la vida pública.

En Europa la reciente aparición de varios «sites» destinados a la reflexión sobre la cyberdemocracia en formación es también un indicador del movimiento internacional en este sentido. El «site» inglés <http://www.vox-politics.com> proclama que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación van a cambiar radicalmente nuestra manera de hacer política y del mismo modo los autores del Cultrain Manifesto (<http://www.cultrain.com>) o los del «site» <http://www.abc-politique.com> inciden en los cambios que se están registrando en la vida laboral, comercial o política. Por el momento, las experiencias más directas en cuanto a votaciones parecen haber demostrado su eficacia. La primera elección

de envergadura realizada por internet fue en las primarias de Arizona en 2000 y el alza en la participación fue espectacular, especialmente entre las clases menos favorecidas. El mismo año los electores de Alaska fueron autorizados también a votar por internet con el mismo efecto positivo. Finalmente, la Casa Blanca ha emprendido un estudio sobre el voto por internet a comienzos de 2000 y parece que el mundo político prepara seriamente la elección presidencial de 2004 con la perspectiva del voto electrónico. Estudios semejante se realizan en Brasil y dentro de varios países en la Unión Europea que consideran necesario aumentar todavía los grados de seguridad, fiabilidad y control de fraudes.

Con todo, repite Pierre Lévy, la votación es sólo un aspecto menor de la cyberdemocracia. Lo decisivo es la potencialidad de control sobre el poder que se obtiene de la intercomunicación ciudadana, de sus accesos a la información, de su creación de opinión pública capaz de hacer frente a través del mercado o a través de las urnas a los intereses ilegítimos de las grandes corporaciones o las arbitrariedades autoritarias. La ciudadanía de todo el mundo o de grandes conglomerados con los mismos problemas de opresión, miseria o destrucciones ecológicas, tiene a su disposición un medio de reacción como no se había conocido desde los tiempos de la solidaridad obrera y las alianzas del tercer mundo hace treinta años. El Estado del futuro, necesariamente de escala mundial, no podrá de verdad ser tal sin que los riesgos de dictadura, de genocidio cultural planificado o de totalitarismo hayan sido superados y ese camino pasa, según el autor, por la naturaleza de la red, por la depuración que la Humanidad hará de sí misma a través del conocimiento, la solidaridad y la acción del ciberespacio. A través, en suma, de la creación de una nueva «inteligencia colectiva» y cosmopolita que conduzca a la producción de un mundo más humano. □

En el próximo número

Artículos de Luis Mateo Díez, José Juan Toharia, Joan Vilà-Valentí, Joseph Pérez, Antonio Bonet Correa y Carlos Gancedo.

RESUMEN

Vicente Verdú recuerda que a finales de este año más de 600 millones de personas de todo el mundo tendrán acceso a internet y se gastarán un billón de dólares comprando «online». El ciberespacio es el sistema que se ha expandido más deprisa en la historia de la Humanidad

Pierre Lévy

Cyberdemocratie

Editions Odile Jacob, París. 2002. 282 páginas. 24 euros. ISBN: 2-7381-1053-5

La voluntad del tiempo

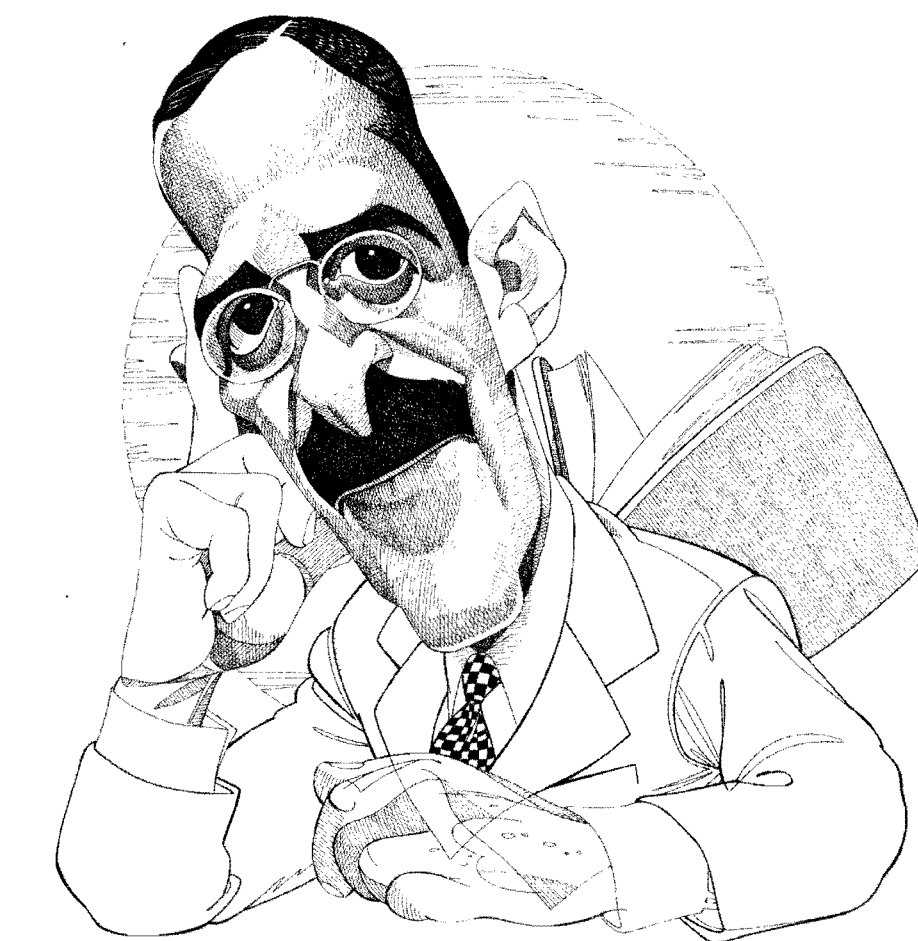
Por Luis Mateo Díez

Luis Mateo Díez (Villablino, León, 1942) es novelista y miembro de la Real Academia Española. Ha obtenido en dos ocasiones el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica por sus novelas *La fuente de la edad* y *La ruina del cielo*. También es Premio Castilla y León de las Letras. Su última novela aparecida se titula *El oscurecer*.

La experiencia de la pérdida, de los mundos y tiempos perdidos, se halla en la base de buena parte de la producción literaria, filosófica y autobiográfica del siglo XX. La época que empezó con la Primera Guerra Mundial enterró un pasado, cortó abruptamente, sin ningún género de piedad, los vínculos psicológicos e históricos que aún permitían a los hombres del presente concebirse a sí mismos como «herederos».

Muchos y revolucionarios cambios se habían producido en Europa durante el siglo anterior, los cuales iluminaron un porvenir hacia el que se estaba caminando por un puente en construcción. La novela del XIX expresó en sus historias de advenedizos, luchas sociales, tragedias femeninas, etc. el impacto que supuso la aurora de un tiempo nuevo, de una nueva civilización cuyos perfiles resplandecían con tanta fuerza que era imposible llegar a un acuerdo sobre su verdadero sentido. ¿Hacia dónde marchaba la sociedad? ¿Y el individuo? ¿La religión y los valores tradicionales pasarían a ser un mal sueño? ¿Todo quedaría reducido a un vulgar materialismo? ¿O de entre las ruinas de lo viejo se levantarían un trono y un altar fortificados por las pruebas a que habían sido sometidos? Algo estaba palpitando en el seno de los acontecimientos cuya comprensión sometía a unos hombres desconcertados a la dura disciplina de la crítica, a la descripción realista de un mundo opaco y transparente a la vez o a la evasión romántica, a la intimidad de los sentimientos que buscaban fuegos menos profanos con los que iluminar su templo.

El problema residía en que el puente por el que se avanzaba hacia la «otra orilla» del río de la historia estaba en construcción. La sociedad se describía, se recorrían sus calles, sus fábricas, sus casas, se desvelaban las pasiones de sus miembros, se escrutaba cualquier seña de identidad de la misma con la tensión profética que colecciona tras el realismo literario.



O. PÉREZ D'ELÍAS

Y todo ello porque era una sociedad que no estaba hecha, sino que se estaba haciendo, con lo cual el esclarecimiento del futuro se convirtió en la pasión de un presente necesitado de nuevas seguridades y nuevas certezas.

El siglo de la elegía

El siglo XIX iluminó un porvenir. El siglo XX enterró un pasado. Creo que sin entender esto la exuberancia de la novela realista y la melancolía de la novela elegíaca no puede explicarse. Si existe una clara línea de demarcación entre los Balzac, Flaubert, Dickens, Zola, etc., por un lado, y los Proust, Roth, Lampedusa, Zweig, etc., por otro, es precisamente la que separa a aquellos narradores

que escribieron su obra llevados por la pasión profética de quien conjura al futuro mirando el presente y aquellos que la crearon con la vista puesta en un pasado irrecuperable. El mundo contemporáneo fue, para los primeros, un rayo de luz que los deslumbró con el poder de lo inexplicable, un desafío de primer orden que los puso en la tesitura de trazar un cuadro realista del presente, casi una «ciencia literaria» del mismo, para desvelar el misterio que contenía. Para los segundos, no fue un resplandor, sino la furia desatada de la Historia, la cual, sin máscaras ni caretas, se presentó como lo que es, una criatura demoníaca que no repara en ninguna consideración estética ni moral en su peregrinación hacia las cumbres más altas y los abismos más profundos.

La autobiografía de Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, refleja perfectamente la naturaleza del escritor del siglo XX. En ella, antes que voluntad por explicar la «época nueva», hay un deseo expreso por hacer patente la pérdida que se ha producido a consecuencia de dos guerras mundiales. La memoria y la muerte despuntan en estas melancólicas y humanitarias páginas como el signo de los tiempos. La vida está amenazada por los groseros defensores de la virilidad militar, del Estado opresivo, de la raza y el odio. Zweig, que se define como «austriaco, judío, escritor, humanitarista y pacifista», sabe que «hoy por hoy (...) soy alguien que 'camina vivo detrás de su

propio cadáver». En esas condiciones de miseria existencial e histórica, al novelista no le deslumbra la luz de su desdichada época, sino que le ciega y condena al ostracismo y al exilio. Pero «en el mismo instante en que mi interior había dicho "no" a la época, había encontrado el "sí" a mí mismo».

Una especie de catarsis 'salva' a Zweig de sus propias dudas como escritor justo cuando el mundo al que pertenecía se derrumba ante sus ojos. Ha tenido que convertirse en un extemporáneo para descubrir su voz. Una voz aquejada de varios males, pero no del de la inautenticidad. Lo auténtico y valioso perdura e incluso brota en medio de las ruinas y, así, se convierte en un patrimonio de la imaginación que conserva la precaria dignidad del escritor en tiempos de indignidad.

Ese Zweig sumido en las sombras del exilio, despojado de sus propiedades, perseguido por los nazis, cuya obra, una de las más leídas del mundo, ha sido prohibida y destruida, sólo tiene por fiel compañera a su memoria en la ardua tarea de reconstruir el pasado. Pues el empeño de este libro consiste precisamente en recuperar el paisaje de un tiempo perdido, la atmósfera del «mundo de ayer». Zweig tiene clara conciencia de que entre el ayer y el hoy existe una distancia sideral y que los hombres que han cruzado la frontera saben «mil veces más de las realidades de la vida que los más sabios de nuestros antepasados». En una sola generación, se ha consumido más historia que en buena parte de las generaciones anteriores. Y, a pesar de los sufrimientos y humillaciones que provoca esa aceleración del tiempo histórico, «sólo quien ha conocido la claridad y las tinieblas, la guerra y la paz, el ascenso y la caída, sólo éste ha vivido de verdad».

El autor de obras tan memorables como *La piedad peligrosa* o *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* se remonta a la Viena de su infancia y juventud con una mezcla de añoranza y compasión. Aquel «mundo de la seguridad» parecía hundir sus raíces en un suelo eterno. El sueño de la paz, el bienestar, la libertad y la cultura embargaba a los hombres, cuyo aplomo y complacencia transmitían la actitud ingenua y desenfadada de quien sabe que entre el ayer, el hoy y el mañana no hay mayor diferencia. Suelo y sueño fundidos en «un mundo ordenado, con estratos bien definidos y transiciones serenas, un mundo sin odio». El «liberalismo y optimismo conmovedores» de esa Viena de cafés, conciertos y libros no concebía que «cada nuevo día que amanece ante la ventana puede hacer trizas nuestra vida». Era una época «trágica en su debilidad y enternecedora en su humanidad» entregada a una pasión dominante y casi monomaniática que, según Zweig, afectaba a todas las clases sociales: la pasión por la cultura y el arte.

Uno «no era auténticamente vienés sin el amor por la cultura». Si ésta se había convertido en algo casi sagrado que llevaba a reverenciar públicamente a músicos, actores y

En este número			
Artículos de			
Luis Mateo Díez	1-2	Joseph Pérez	6-7
José Juan Toharia	3	Antonio Bonet Correa	8-9
Joan Vilà-Valentí	4-5	Carlos Gancedo	10-11-12

SUMARIO en página 2





La voluntad del tiempo

escritores se debía fundamentalmente al empeño de los judíos, que estimaban los asuntos intelectuales y estéticos por encima de cualquier otra consideración. En las propias familias judías, se fomentaba el que al menos uno de los hijos encaminase su vida hacia el arte y la cultura. Esto era un signo de distinción que terminó fluyendo más allá de los hogares judíos hasta envolver a Viena en una atmósfera de fervor y devoción artísticas. Desde el bachillerato, Zweig se impregnó de esta «monomanía del fanatismo por el arte» que encontró en «el portentoso y único fenómeno de Hugo von Hofmannstahl» el medio para dirigir las aspiraciones de la juventud vienesa hacia «una perfección poética absoluta que se encarnaba en la persona de alguien que tenía casi su misma edad».

Las dos Vianas

La brillante bóveda de la cultura coronaba «el suntuoso edificio de la sociedad bur-

Qué es

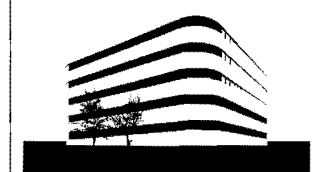
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

guesa», que hacía de la devoción al emperador Francisco José y del respeto a la libertad individual las dos caras de una misma moneda. Pero bajo esa capa donde el suelo firme de las convenciones y jerarquías estaba unido armónicamente a los sueños más nobles y humanitarios bullía «la oscura bóveda subterránea» de los instintos reprimidos. Aquí Zweig nos hace presente cómo la obra de Freud llevó a replantearse ciertos lugares comunes de la sociedad vienesa y a desenmascarar como hipócritas algunos de sus principios y hábitos más inveterados. Fundamentalmente, los relativos a la «vida erótica», que ocultaban la realidad de la «prostitución» para no reconocer su carácter represor. Esta Viena de la hipocresía, que negaba a los jóvenes, sobre todo a ellas, «el sentimiento de libertad y de seguridad en uno mismo», tenía un efecto narcótico sobre sus habitantes parecido al de la Viena de la cultura. Mientras la primera, al no poder extirpar el cáncer del sexo, lo negaba socialmente; la segunda, debido al fanatismo que inoculaba en las venas de sus devotos, «unos jóvenes completamente inmersos en nuestras ambiciones literarias», cerraba los ojos a «los peligrosos cambios que se producían en nuestra patria».

El carácter apolítico e hipócrita de Viena se contraponen a su efervescencia cultural y a su temple liberal y humanitario como el negativo de una vida feliz y despreocupada, pero peligrosamente encerrada en sí misma. Zweig siente una mezcla de añoranza y compasión por una ciudad y un mundo perdidos que no fueron capaces de percibir, en medio de la «seguridad», el nacimiento de fuerzas asesinas. En lo puramente literario, el autor de *La piedad peligrosa* reaccionó contra «el complejo de 'seguridad'» primando en su obra un tipo de personajes dilapidadores de «la vida, el tiempo, el dinero, la salud y la reputación», de «naturalezas indómitas y vida intensa», «apasionados», «monomaniáticos de la simple existencia sin objetivos». En lo referente al compromiso público, Zweig reaccionó contra el apoliticismo vienés implicándose en la campaña menos popular por

vocada por la Primera Guerra Mundial: la del pacifismo, el cosmopolitismo y el entendimiento universal entre los pueblos y naciones.

Zweig se reinventó a sí mismo en la amarga experiencia de la guerra, la cual le descubrió un paisaje para el que, hasta el momento, no había tenido ojos ni oídos. La Historia irrumpió en la vida del escritor vienés como una potencia diabólica que, destruyendo el mundo de sus referencias morales y estéticas, le sometió a una segunda educación sentimental, más dura y costosa que la primera, pero de mayor calado. Este Zweig, ahora sí con 'la antorcha al oído', declara que «hoy, los hombres de mi juventud que dirigieron mi mirada hacia el mundo literario me parecen, desde hace tiempo ya, menos importantes que los que me la desviaron hacia el mundo real».

Resulta difícil pensar que, cuando la tragedia del exilio y la persecución ha entrado en la vida de alguien, la Cultura siga pesando más en su visión de las cosas que la Historia. Zweig comprendió que Hitler y el nazismo, por horrorosa que fuera su enseñanza, habían transmitido a los hombres un saber sobre su propia condición que hubiesen buscado en balde en los libros. La sabiduría que, a duras penas, puede surgir en medio de

tanta desolación es la que nos hace ver que «todo lo pasado estaba prescrito y todo lo realizado, destruido», que «Europa, nuestra patria, sería devastada más allá de nuestras propias vidas» y que, para llegar a «una época nueva», aún quedaban por recorrer innumerables «infiernos y purgatorios».

La literatura del siglo XX arraiga en esa sabiduría de la desolación y, desde ella, dirige su camino hacia la conquista sentimental de un pasado que ya no existe. Zweig bucea en «el mundo de ayer» con melancolía, pero sin complacencia porque su memoria no puede traicionar la miserable verdad del tiempo desde el que recuerda. Y este tiempo, a una distancia sideral del anterior en cuanto a su espíritu dominante, ascendió desde la «oscura bóveda subterránea» de la cultura liberal, beneficiándose de su «debilidad» y «humanidad», pero también de su hipocresía y ceguera.

Zweig, con la experiencia traumática de quien ha visto deshecha su vida en incontables fragmentos, nos avisa de que las sociedades prósperas, en lo cultural o lo material, tienen tendencia a caer en un letargo que parece eterno, a dejarse llevar por el sueño del arte o la abundancia, sin darse cuenta de que ese sueño siempre puede convertirse, por voluntad del tiempo, en una pesadilla demasiado real. □

RESUMEN

Stefan Zweig, escritor austriaco judío, perseguido por los nazis y que morirá voluntariamente en su exilio brasileño, pertenece, en opinión de Luis Mateo Díez, a esa clase de narradores que crean su obra con la vista puesta en un pasado irrecuperable. El mundo de ayer, su autobiografía, refleja la naturaleza del escritor del siglo XX y la situación del propio

Zweig cuando con sólo las armas de la memoria se pone a la ardua tarea de reconstruir el pasado, de recuperar el paisaje de un tiempo perdido, la atmósfera de «el mundo de ayer». Y lo hace con melancolía, pero sin complacencia, porque su memoria no puede traicionar la miserable verdad del tiempo desde el que recuerda.

Stefan Zweig

El mundo de ayer. Memorias de un europeo

Traducción de J. Fontcuberta y A. Orzeszek. El Acentilado, Barcelona. 2001. 546 páginas. 23,44 euros. ISBN: 84-95359-49-9

SUMARIO

	Págs.
«La voluntad del tiempo», por Luis Mateo Díez, sobre <i>El mundo de ayer. Memorias de un europeo</i> , de Stefan Zweig	1-2
«Una Europa, ¿quince Justicias?», por José Juan Toharia, sobre <i>L'Europe judiciaire. Enjeux et perspective</i> , de Pierre Rancé y Olivier de Baynast	3
«El geógrafo profesional», por Joan Vilà-Valentí, sobre <i>Geografía aplicada</i> , de Michel Phlipponneau	4-5
«Las bibliotecas en la España del Siglo de Oro», por Joseph Pérez, sobre <i>Figures de la bibliothèque dans l'imaginaire espagnol du siècle d'or</i> , de François Géal	6-7
«El arte iberoamericano, singular y universal», por Antonio Bonet Correa, sobre <i>Historia del Arte Iberoamericano</i> , de Ramón Gutiérrez y Rodrigo Gutiérrez Viñuales (eds.)	8-9
«Todo lo que era necesario saber», por Carlos Gancedo, sobre <i>Encyclopaedic Visions. Scientific Dictionaries and Enlightenment Culture</i> , de Richard Yeo	10-11-12

Una Europa, ¿quince Justicias?

Por José Juan Toharia

José Juan Toharia (Madrid, 1942) es catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Sociología por la Universidad de Yale (EE UU), es autor de varios libros del área de Sociología del Derecho como *El juez español* (1975) y *Pleitos tengas* (1987).

Al iniciarse 2002, la Unión Europea cuenta ya con una frontera, una bandera, una política exterior y una moneda común, y con unas instituciones comunitarias (Parlamento y Comisión) de funciones cada vez más amplias y consolidadas. Además la Convención Europea se apresta, bajo la dirección de Giscard d'Estaing, a cumplir el encargo de esbozar en los próximos doce meses un nuevo gran acuerdo marco susceptible de reemplazar a los tres tratados (Roma, Maastricht y Amsterdam) que hasta ahora han regido la construcción europea: de lo que se trata es, sencillamente, de elaborar una Constitución para la nueva realidad socio-política (y no sólo económica) que ya es la Unión Europea.

Sin embargo al mismo tiempo en el seno de esa Unión que experimenta un impulso integrador de tanta intensidad siguen coexistiendo quince sistemas de Justicia diferentes y escasamente sincronizados. La libre circulación de capitales, bienes y personas ya lograda no lleva aún aparejada una paralela libre circulación de la Justicia. Ésta sigue encapsulada básicamente dentro de los límites estrictos que representan cada uno de los quince estados miembros. El resultado, sin duda no pretendido conscientemente por nadie pero no por ello menos alarmante, es que la Unión Europea es hoy por hoy, en la práctica y con demasiada frecuencia, un verdadero «paraíso penal»: para escapar a una acción judicial basta sencillamente con cambiar de país (algo que ahora puede hacerse con la misma facilidad con que se cruza la calle). Las fronteras, en Europa, ya sólo existen para los tribunales. Como alertaban en 1996 los magistrados y fiscales europeos anti-corrupción firmantes del «Llamamiento de Ginebra», mientras que un operador financiero tarda apenas una hora en transferir a un paraíso fiscal fondos ilegales o dudosos, el trámite de comunicación formal entre magistrados de los distintos países de la Unión sobre tales movimientos ilícitos de capitales puede en cambio tardar entre 18 y 36... ¡meses!

¿Es realmente pensable la consolidación de «una» Europa con «quince» sistemas de Justicia distintos? Sin duda no, máxime teniendo en cuenta que se trata además de quince sistemas ampliamente divergentes entre sí en cuanto a sus tradiciones jurídicas de base, sus estructuras organizativas y, sobre todo, su eficacia funcional. El derecho de juzgar (sobre todo en el terreno penal) es algo tan íntimamente asociado a la idea misma de soberanía nacional como para explicar, al menos en alguna medida, el celo hiperpuntilloso que los distintos Estados ponen en su preservación e intangibilidad. Pero, claro, a esto cabría argumentar que el contar con moneda propia o con una política exterior diferenciada no representan precisamente aspectos irrelevantes desde una concepción tradicional de la soberanía nacional y, sin embargo, en esas cuestiones sí se han podido alcanzar acuerdos integradores sin precedente histórico conocido. En el caso de los sistemas de Justicia quizá es su esencial falta de homogeneidad lo que ha entorpecido en demasía el ansiado proceso de convergencia y armonización. La Justicia, en cada uno de los quince países de la Unión, goza de amplio crédito social: es decir, su «legitimidad» social no está en cuestión. Los europeos confían, en líneas generales, en sus tribunales. Ahora bien, éstos distan mucho de ser evaluados (tanto por

expertos como por el conjunto de la ciudadanía) de forma similar en cuanto a la eficacia de su funcionamiento¹. Hay países (como Finlandia, Dinamarca o Austria) donde la Justicia es percibida a la vez, de forma casi indisputada, como legítima y eficaz. En cambio en otros países (como Italia, Portugal, Francia, España o Bélgica) no se cuestiona realmente la legitimidad de base de los tribunales (es decir, su independencia, su imparcialidad, su competencia profesional o su honestidad) pero sí, y muy fuertemente, su eficacia funcional (es decir, su lentitud en juzgar y en hacer cumplir lo juzgado). No es así de extrañar que en muchos países de la Unión (incluso en alguno como Holanda donde, en términos relativos, la Justicia no parece funcionar tan mal) el tema estrella del momento sea la reforma de la Justicia. El objetivo final es que la calidad de este servicio público esencial se homologue, o al menos se acerque en la máxima medida posible, a lo que cabe considerar como estándar de calidad europeo. No parece fácilmente asumible que las cortadoras de césped, o los alimentos o los productos farmacéuticos (por poner tres ejemplos al azar) estén sometidos ya a estrictos y exigentes requisitos comunes de calidad y que, al tiempo, siga siendo posible la existencia de dos o, incluso, tres niveles distintos de velocidad en el funcionamiento de una institución de tan estratégica importancia como es la Justicia.

El panorama judicial europeo se complica además por la existencia, junto a las Justicias nacionales, de dos Justicias supranacionales. Por un lado, el Tribunal de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo y vinculado al Consejo de Europa². Por otro, el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, con sede en Luxemburgo y que aplica el derecho comunitario. Las decisiones de ambos tribunales tienen los mismos efectos básicos sobre los derechos nacionales: aplicación directa (es decir, no requieren de ningún tipo de tramitación adicional para ser aplicables en cada país concreto) y primacía (es decir, sus pronunciamientos priman sobre cualquier norma o decisión judicial de rango nacional, con excepción de las constitucionales).

Desde la perspectiva del ciudadano medio todo este entramado ha de aparecerse por fuerza como una ininteligible maraña precisada de urgente clarificación. Y esta percepción ciudadana no puede decirse que esté muy descaminada. Ciertamente la idea de una «Europa judicial» (paralela a la de una Europa económica o la de una Europa política) está por completo ausente del Tratado fundacional (Roma, 1957). Hasta el Tratado de Maastricht (firmado en 1992 y en vigor desde noviembre de 1993) no se plantea la creación de un espacio judicial europeo como uno

de los objetivos explícitos de la Unión. Este Tratado ordena el proceso de construcción europea en torno a tres pilares: el primero agrupa las cuestiones, fundamentalmente económicas, atribuidas a la Comunidad Económica Europea originaria. A este primer pilar se le otorga carácter comunitario³. El segundo pilar abarca la política extranjera y la seguridad común (PESC) y es gestionado intergubernamentalmente. Finalmente el tercer pilar concierne a la Justicia y a los asuntos internos (JAI) y aunque básicamente intergubernamental en su gestión, reconoce alguna competencia en la materia a las instituciones comunitarias. El Tratado de Amsterdam (firmado en 1997 y en vigor desde mayo de 1998) «comunitariza» el pilar JAI contribuyendo así a la agilización de su puesta en práctica efectiva: la Comisión pasa a compartir en esta materia con los gobiernos nacionales una capacidad de iniciativa que a partir de 2004 le pertenecerá en exclusiva. Finalmente, el Consejo Europeo⁴ en su cumbre de Tampere (octubre 1999) toma el acuerdo de encargar a la Comisión Europea la elaboración de un tratado-robot del estado de cosas deseable para 2004 en las materias de este tercer pilar, así como una enumeración de las medidas jurídicas a adoptar a lo largo de ese lapso temporal para hacer posible dicho objetivo final. La Comisión presenta su plan de acción en marzo de 2000, quedando aprobado por el Consejo Europeo y por el Parlamento: sencillamente, ello supone el pistoletazo de salida para la construcción de un espacio europeo «de libertad, de seguridad y de justicia».

¿Por dónde anda ahora exactamente el proceso? ¿Cuál es el itinerario recorrido y cuál el que queda aún por recorrer antes de la fecha-meta de 2004? Éstas son las preguntas que el libro de Rancé y De Baynast trata de responder. En ese sentido su texto combina el análisis de situación, con la crónica de urgencia y con el pronóstico. Es un libro de apariencia humilde, tanto por su reducida dimensión como por el tono en que está escrito: sin alha-

RESUMEN

La UE, nos recuerda José Juan Toharia, cuenta con unas instituciones comunitarias muy consolidadas, pero siguen coexistiendo quince sistemas judiciales diferentes. Sólo muy recientemente se ha iniciado un proceso para la construcción de un espacio europeo judicial.

Pierre Rancé y Olivier de Baynast

L'Europe judiciaire. Enjeux et perspective

Éd. Dalloz, París, 2001. 157 páginas. ISBN: 2-247-04485-9.

racas, claro y riguroso, pensado para un público culto pero no experto en la enrevesada fronda terminológico-institucional de la Unión Europea. Es, sin duda también, un libro perecedero, condenado a envejecer muy deprisa, casi mes a mes, ya que el balance de situación que presenta tan sólo abarca el primer año del proceso iniciado. Pero por encima de todo es un texto que ordena, clarifica y motiva: enumera con precisión las metas perseguidas en esta creación de una Europa judicial, apunta los escollos esperables en el proceso, delinea las previsible etapas del mismo e incita a seguir con atención su devenir. Lo cual no es precisamente poco en una cuestión que, pese a afectar tan directamente a la ciudadanía europea, ha tendido a estar recubierta por un velo denso y opaco cual si se tratase de algo forzosamente ininteligible. □

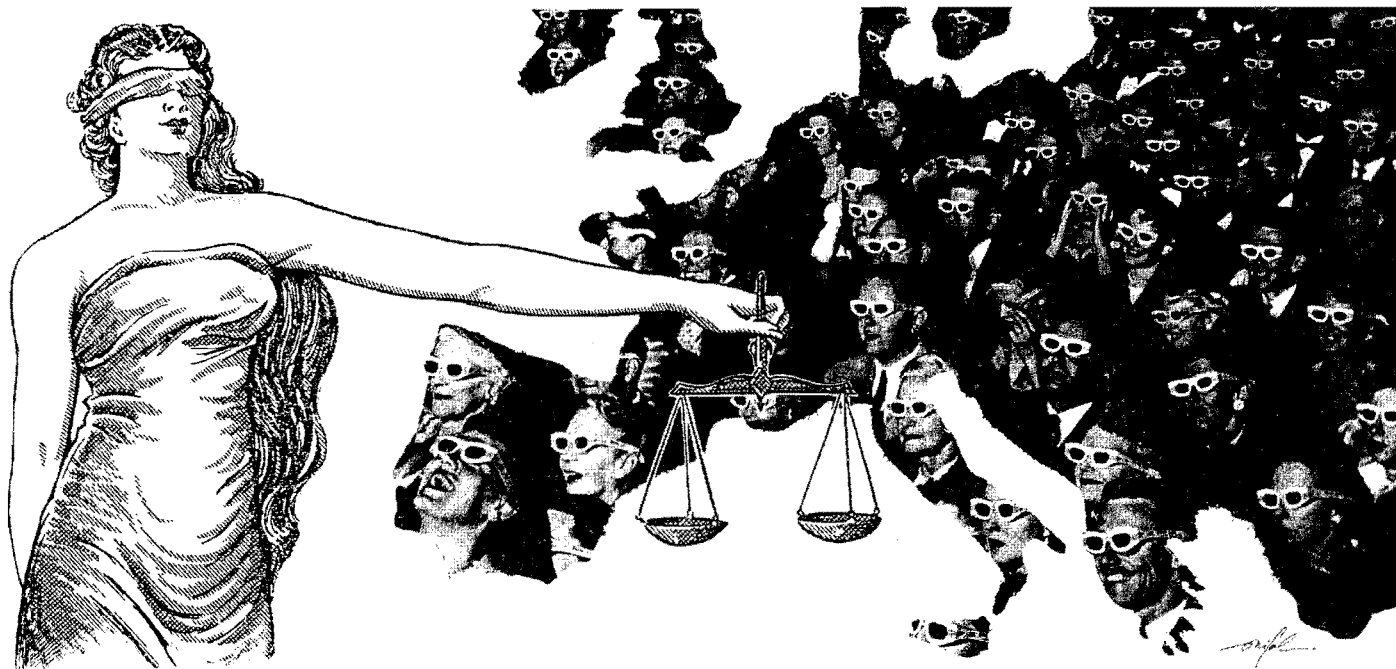
1 Un análisis más detenido de la cuestión legitimidad/eficacia referida a la Justicia puede encontrarse en mi *Opinión pública y Justicia* (Cen doj, Madrid, 2001).

2 Quizá no esté de más recordar que el Consejo de Europa es una entidad supra-nacional claramente diferenciada de la Unión Europea, establecida en 1949 por el Tratado de Londres y que agrupa en la actualidad a 43 países. Su objetivo primordial es la defensa y consolidación del estado de derecho y de los derechos fundamentales.

3 Dentro de la Unión existen dos modos de decisión: el intergubernamental y el comunitario. El primero remite la iniciativa a los gobiernos nacionales; el segundo a los órganos comunitarios.

4 Compuesto por los jefes de Estado y de gobierno de los quince países miembros más el presidente de la Comisión es presidido, de forma rotatoria, por un Estado miembro. En el primer semestre de 2002 España ha ostentado la presidencia de este Consejo (que no debe confundirse con el Consejo de la Unión Europea, compuesto por un ministro de cada gobierno nacional, que varía en función de los temas a tratar).

El libro comentado combina el análisis de situación con la crónica de urgencia y con el pronóstico: enumera las metas perseguidas en la creación de una Europa judicial, apunta los escollos esperables en el proceso, delinea sus previsible etapas e incita a seguir su devenir.



PEDRO GRIFOL

El geógrafo profesional

Por Joan Vilà-Valentí

Joan Vilà-Valentí (Sallent, Barcelona, 1925) es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona, en la que ha formado un nutrido y activo grupo de geógrafos. Es académico de la Real Academia de Buenas Letras y de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Comisión Científica de la Fundació Catalana per a la Recerca y ha sido vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional (1980-88).

Cuando hace más de cuarenta años, Michel Phlipponneau, un conocido y prestigioso geógrafo francés, publicó un libro sobre las actividades y objetivos del geógrafo contemporáneo, concluía que en Francia existían tan sólo primordialmente dos formas de actividad geográfica: la del enseñante –a niveles secundarios o universitarios– y la del investigador. Los primeros eran ciertamente muy numerosos por aquel entonces; los segundos sólo aparecían en los pocos centros dedicados exclusivamente a la investigación o como otra tarea paralela a la enseñanza en los profesores universitarios.

Ahora, a finales del pasado siglo y principios del actual, el panorama ha cambiado notablemente. El libro que presentamos quiere atestiguar, en el concreto aspecto señalado, el desarrollo que en tierras francesas ha tenido un nuevo geógrafo. Junto a los profesores, reducidos en número respecto al pasado en niveles de bachillerato, y junto a los investigadores, como tarea compartida con la enseñanza universitaria o como actividad exclusiva, ha aparecido el geógrafo profesional. El adjetivo alude directamente a que el geógrafo ejercerá una «profesión» claramente distinta de la del profesor de geografía o de la del investigador en esta materia. Su labor se efectuará dentro de una geografía que podemos llamar «aplicada».

Del corógrafo al profesor e investigador universitarios

Desde el Renacimiento el corógrafo o geógrafo tradicional actuaba, por lo general, como «descriptor» de un país o de una parte de un país (reinos, regiones históricas, obispados, pongamos por ejemplo). Ya que escribo desde tierras catalanas, será oportuno citar aquella excelente descripción (*Historia o descripción natural de Cataluña*) que compuso, muy a finales del siglo XVI, el jesuita Pere Gil.

Ya en la centuria decimonónica estas obras geográficas pueden aparecer acompañadas de estadísticas y el trabajo adquiere un indudable valor informativo y una notable precisión. Un caso muy interesante y significativo en España lo ofrece la traducción y ampliación de una obra del francés Moreau de Jonnés, tarea efectuada por Pascual Madoz y publicada en 1835 bajo el título de *Estadística de España*. Ciertas publicaciones de este tipo y determinadas descripciones geográficas muestran un cierto sesgo utilitario que las acerca a la geografía aplicada de la que luego hablaremos. El objetivo pragmático de la geografía viene subrayado, en ocasiones, por la aparición y desarrollo de las Sociedades de Geografía que representan, como señala acertadamente Phlipponneau, una primera institucionalización de nuestra disciplina.

Pero el hecho y el cambio decisivos hacia una geografía de base científica no se darán hasta los dos últimos decenios del siglo XIX. Es entonces cuando la geografía, especialmente en Alemania y en Francia, ingresa y se explica en determinadas universidades, en una primera fase, para extenderse ampliamente durante la primera mitad de la centuria siguiente. Se trata de la institucionalización universitaria de la geografía, que pretende adquirir un carácter riguroso y científico. A lo largo de varios decenios se suceden grandes maestros (Ferdinand von Richthofen y Alfred Hettner, por ejemplo, en Alemania; Paul Vidal de la Blache, Albert Demangeon y Emmanuel de Martonne, en Francia) creadores de verdaderas escuelas de geógrafos, a través de sus enseñanzas en la universidad y de la dirección de numerosas tesis doctorales y estudios geográficos. En Inglaterra convendría destacar, en los sentidos señalados, las figuras de Halford Mackinder y Andrew Herbertson. En los Estados Unidos, ya en el tercer decenio, creó una notable línea de investigadores en nuestra materia el geógrafo, de origen alemán, Carl Sauer, en Berkeley.

La geografía aplicada

En Inglaterra y en Estados Unidos, ya en los decenios tercero y cuarto del siglo XX, aparecen algunos ejemplos de geógrafos universitarios que, además de sus tareas como profesores e investigadores de la geografía, dan a una parte de sus actividades un cierto carácter pragmático. Ocurre, en esta primera fase, que algunas autoridades e instituciones políticas de alto rango, formando parte en es-

te caso del gobierno central, solicitan el asesoramiento de determinados geógrafos en tomas de decisión que requieren previamente un amplio y correcto conocimiento del país o de un conjunto de países. Uno de los primeros casos significativos se dio con el geógrafo norteamericano Isaiah Bowman que participó en 1919, como asesor de su gobierno, en la Conferencia de Paz subsiguiente a la Primera Guerra Mundial. Otro ejemplo posterior, que representó el inicio de un grupo de geógrafos británicos en tareas y análisis de datos que constituirán la base de partida para unas decisiones de ordenamiento y planificación territorial, lo dio, en los primeros años del cuarto decenio, el geógrafo inglés Dudley Stamp, que participó en el estudio de los distintos usos del suelo (*Land Utilization Survey*). El geógrafo profesor e investigador, con una buena formación inicial universitaria, se estaba convirtiendo en un experto de ciertas cuestiones y problemas territoriales.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, en unos momentos en que la reconstrucción o la profunda modificación de determinadas estructuras se presentaban de modo en realidad apremiantes, las tareas de los geógrafos como expertos adquieren, de un modo u otro, una notable importancia en numerosos países europeos (Gran Bretaña, Alemania, Holanda, Bélgica, por ejemplo) y americanos (Estados Unidos, Canadá). Por otra parte, empiezan a aparecer, por aquel entonces, geógrafos que actúan como funcionarios profesionales en varias entidades públicas –estatales, regionales, municipales– de carácter diverso. Los trabajos llevados a cabo pueden representar un amplio abanico, desde algunos servicios agrarios y numerosos proyectos urbanos hasta tareas cartográficas. En otras ocasiones, en cambio, puede tratarse de empresas privadas, que emiten informes como respuesta a consultas de una gran diversidad temática, de carácter social y territorial. Los grupos de asesores, evidentemente, suelen ser complejos y el geógrafo, así como los otros especialistas, han de recibir la necesaria formación para una labor que, en muchos casos, ha de ser efectuada de una manera colectiva y en equipo.

En algunos países, como ocurre en Francia o en sociedades en que la geografía universitaria ha tenido un desarrollo posterior, como es el caso de España, que expondremos brevemente más adelante, hay una cierta resistencia a la tarea del geógrafo como experto. Parece fundamental y conveniente que el geógrafo se mantenga como un profesor y un investigador universitario. Michel Phlipponneau muestra dos casos claramente opuestos en-

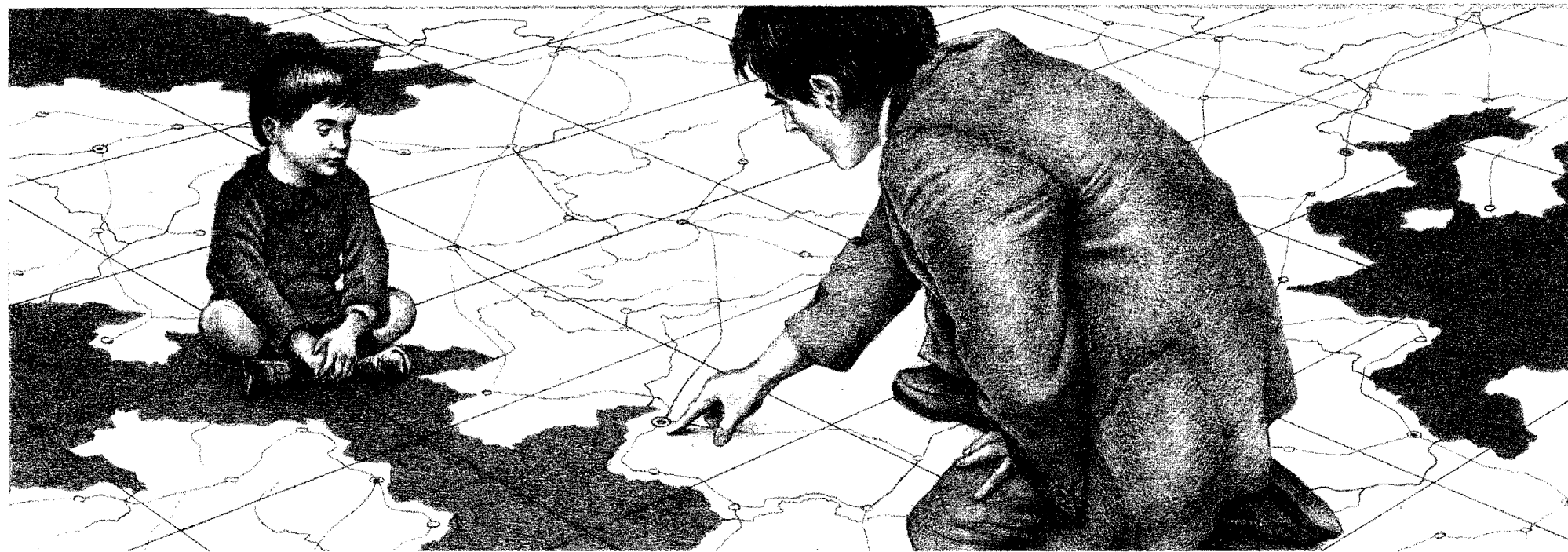
tre dos prestigiosos geógrafos franceses en el sexto decenio, ocho o diez años después del término de la Segunda Guerra Mundial. Max Sorre escribía que «algunos piensan que se pueden hacer planes y que la geografía es útil para hacer planes; desconfío de los planes porque no me considero llamado a reconstruir el mundo» (1954). Un año antes, Raoul Blanchard se quejaba, en cambio, de lo que ocurría en su país, ante un grupo de geógrafos belgas, en Lieja: «Ustedes tienen suerte, ya que su gobierno les aprecia y les emplea; me siento celoso, porque a nosotros no se nos pide nada parecido en Francia, donde el gobierno y la administración simplemente nos ignoran».

Sin embargo, a lo largo de los decenios séptimo y octavo los trabajos geográficos dedicados a la resolución de problemas muy diversos –desde una geografía física a una geografía social o económica, desde unos hechos muy concretos a unas planificaciones regionales o incluso de ámbito estatal– crecieron en número y en diversidad. La URSS y algunos países del este europeo se unieron, incluso a partir de principios y objetivos distintos, a estos movimientos. El ejercicio de una geografía aplicada o con adjetivos diferentes, que a veces reflejan matices y concepciones diversas (geografía utilitaria, activa, pragmática o implicada), puede considerarse, en aquellos momentos, un hecho ampliamente difundido. Cabe que dichas geografías se opongan, en conjunto, a una geografía digamos «pura», aunque en un concreto geógrafo puede darse perfectamente la disciplina que acabamos de citar y la aplicada.

Como decíamos al principio, mientras en la obra publicada en 1960 por Phlipponneau apenas aparecía esta actitud entre los geógrafos franceses, en el libro que comentamos se señala significativamente que el geógrafo profesional ha sido plenamente aceptado. En el ámbito mundial, el reconocimiento de la importancia que la geografía aplicada tenía ya y podía tener en un futuro inmediato es la creación de una «Comisión de Geografía Aplicada», en el XX congreso de la Unión Geográfica Internacional, celebrado en Londres en 1964.

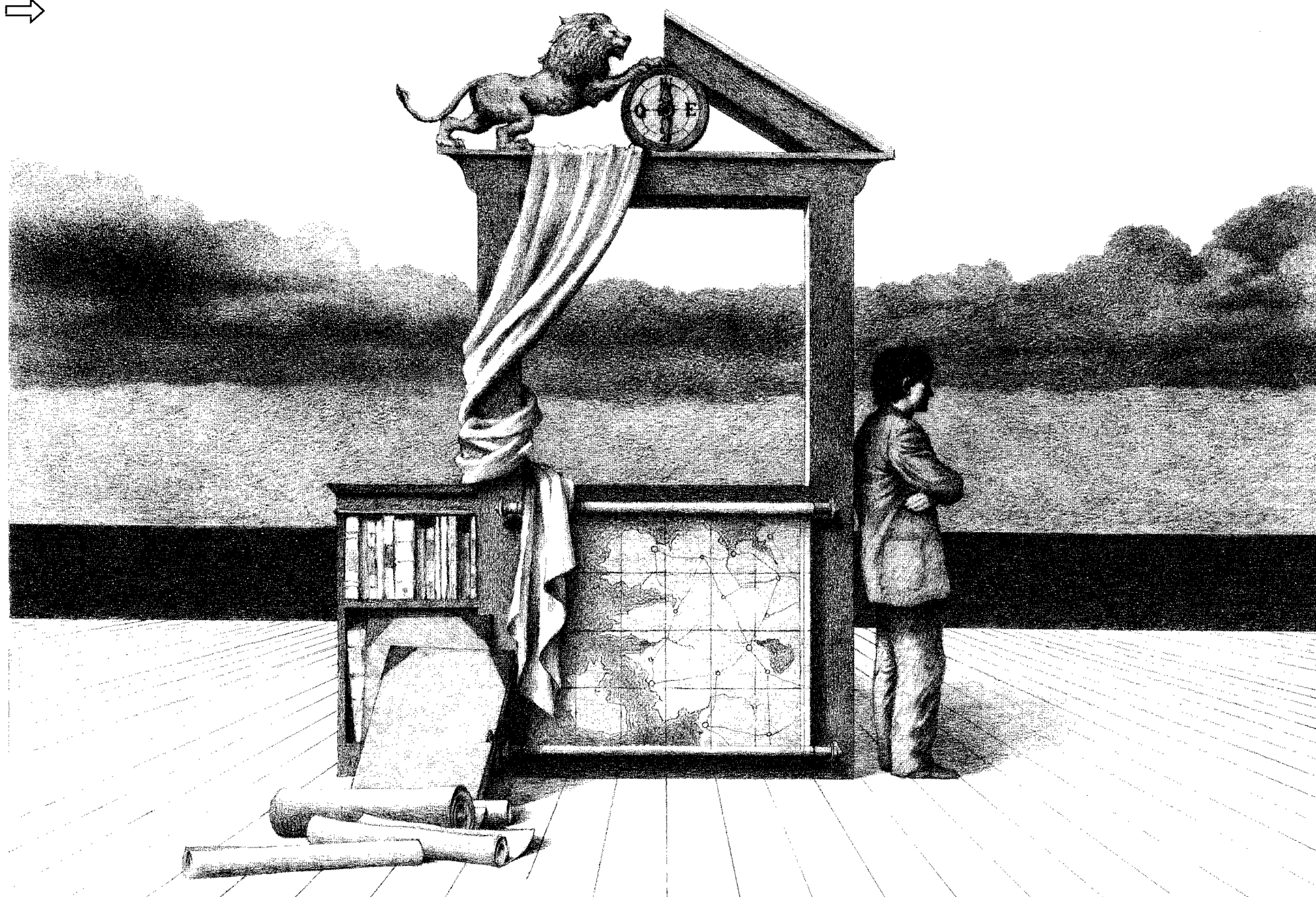
Los campos de análisis

Es sorprendente cómo en pocos años, especialmente a partir de comienzos del octavo decenio, el geógrafo ha encontrado la posi-



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

bilidad de efectuar múltiples y muy variados trabajos de carácter profesional. Conviene tener en cuenta la toma de conciencia que las sociedades de numerosos países han efectuado acerca de algunos problemas que en ellas se han planteado, en ocasiones en forma acuciante. Por otra parte, se ha presentado la necesidad imperiosa de modificar diversas estructuras territoriales y prever unos planes que permitan una mejor organización del territorio y el logro de unos determinados desarrollos socioeconómicos. En muchos de estos aspectos, que podemos reunir de manera global en términos y conceptos tales como «el cuidado del medio ambiente» o «la organización del territorio», han colaborado con eficacia los geógrafos profesionales.

Las respuestas a todo este conjunto de problemas se ha efectuado desde los distintos campos de la geografía, por lo general sin perder este sentido generalista que la formación geográfica suele dar en cuanto a las relaciones que se establecen entre naturaleza y sociedad humana, en ambos sentidos, o, si se quiere, entre territorio (con una concepción amplia, teniendo en cuenta también «aires y aguas», como dirían ya los griegos) y sus habitantes, sean rurales o sean «urbanitas».

Respecto a la geografía física, los geógrafos profesionales podrán actuar como geomorfólogos, climatólogos, hidrólogos o biogeógrafos. En cuanto a los diversos aspectos temáticos que analiza la geografía humana los análisis pueden centrarse en aquellas cuestiones que adquieren un considerable relieve en el mundo actual: población, industria, comercio y servicios, transportes, turismo y ocio. Con una visión más global, aparecen los hechos territoriales que antes hemos insinuado ya: la corrección de las facetas ambientales negativas del medio ambiente y la previsión de un desarrollo positivo; la ordenación u organización del territorio o del «espacio territorial», si se quiere; en particular, la ordenación de las ciudades y los territorios urbanos en sí mismos y su conexión con sus respectivas áreas de influencia y con otros me-

dios urbanos.

Paralelamente ha habido, en el análisis de los distintos aspectos señalados, un importante desarrollo metodológico, en ocasiones realmente espectacular, en el que también han colaborado los geógrafos profesionales. Nos referimos tanto a técnicas y trabajos cartográficos como a la definición y el uso de los llamados sistemas de información geográfica (SIG).

El caso de España

Me parece que ha sido un notable acierto que la editorial española haya encargado un capítulo del libro (págs. 273-300 de la obra que comentamos) al estudio del desarrollo de la geografía aplicada en España. El autor de estas páginas es un buen conocedor de la cuestión tratada, el profesor Miguel Ángel Troitiño de la Universidad Complutense de Madrid.

Hay algunos antecedentes al desarrollo que en España ha tenido la geografía aplicada recientemente, en particular a partir de la segunda mitad del noveno decenio. Un antecedente curioso, revelador de la demanda que la sociedad efectuaba a los geógrafos como «buenos conocedores de un país y sus habitantes», lo constituye una petición que se efectuó en Cataluña en el cuarto decenio del siglo XX, exactamente en 1932, cuando la Generalitat requirió la colaboración de Pau Vila, junto con algunos otros autores de publicaciones geográficas, para efectuar la división comarcal del área catalana. De nuevo, se trata de un caso más de demanda de colaboración de un gobierno, en este caso autonómico, a unos geógrafos, con el fin de mejorar la administración y organización de unos territorios. Como antes ya hemos apuntado, así se inició con frecuencia la geografía aplicada y el comienzo de unas tareas de especialistas geográficos que actuaban en calidad de expertos. Aparecen ya en las labores realizadas unas primeras bases de bús-

queda de información —con encuestas y trabajos de campo—, seguidas de un período de análisis y estudio y finalmente la redacción de unos informes, con una parte cartográfica y gráfica que suele adquirir un papel muy destacado.

Otro antecedente más cercano tuvo lugar en el séptimo decenio, en particular en su primera mitad, cuando el profesor Casas Torres, que había creado ya en Zaragoza un Instituto de Geografía Aplicada, solicitó la colaboración de varios geógrafos en los planes de desarrollo que impulsaba el gobierno español de aquel entonces.

Pero el desarrollo de una geografía aplicada en España y la aparición de algunos geógrafos o grupos de geógrafos dedicados a tareas aplicadas, en calidad de expertos, no tuvo lugar, como antes hemos señalado, hasta el noveno decenio. En nuestro país desempeñó un importante papel, en varios casos decisivo, la formación de un estado autonómico: «la consolidación del Estado de las Autonomías implica el redescubrimiento del territorio y la consolidación de nuevas instancias políticas de gobierno» escribe el autor del capítulo dedicado a España. A ello, debería sumarse sin duda el notable número de licen-

ciados en Geografía que aparece ya, en dicho decenio, a partir de las distintas universidades españolas.

Surge entonces, en relación con departamentos universitarios en general o en consultorios privados, un buen número de geógrafos profesionales. En el noveno decenio destacaban, en este sentido, las comunidades de Andalucía, Asturias, Cataluña y Madrid. En una nueva fase, iniciada en Cataluña en 1988, se crean asociaciones de geógrafos profesionales. Todo este proceso culmina cuando, como resultado de numerosas gestiones de la Asociación de Geógrafos Españoles, la Real Sociedad Geográfica y cuatro Asociaciones de Geógrafos Profesionales, se aprueba en el Parlamento español, en abril de 1999, la creación del Colegio Profesional de Geógrafos. Finalmente, la formación y constitución del citado Colegio fue una realidad en el mes de octubre del pasado año. De esta manera, se ha cerrado el ciclo, en nuestro país, de lo que podemos llamar la institucionalización del geógrafo profesional, curiosamente casi al mismo tiempo en que ve la luz el libro que estamos comentando. Realmente su publicación no podía ser, para nosotros, más pertinente. □

RESUMEN

El geógrafo formado en las universidades, hecho que ocurre en Alemania y en Francia desde fines del siglo XIX, ha ejercido tradicionalmente como enseñante o como investigador. El libro que presenta y comenta el profesor Vilà-Valentí explica de qué manera se ha ido constituyendo una nueva disciplina geográfica y en qué forma han ido apareciendo unos nuevos ob-

jetivos en quienes ejercen las tareas geográficas: hablamos de una geografía aplicada y de un geógrafo profesional. Se analizan los múltiples trabajos propios de este geógrafo experto, ante la creciente y diversa demanda de las sociedades actuales y se señala también brevemente el desarrollo que la citada geografía ha tenido en España en los dos últimos decenios.

Michel Phlipponneau

Geografía aplicada

Editorial Ariel, Barcelona, 2001. 320 páginas. 20 euros. ISBN: 84-344-3467-9.

Las bibliotecas en la España del Siglo de Oro

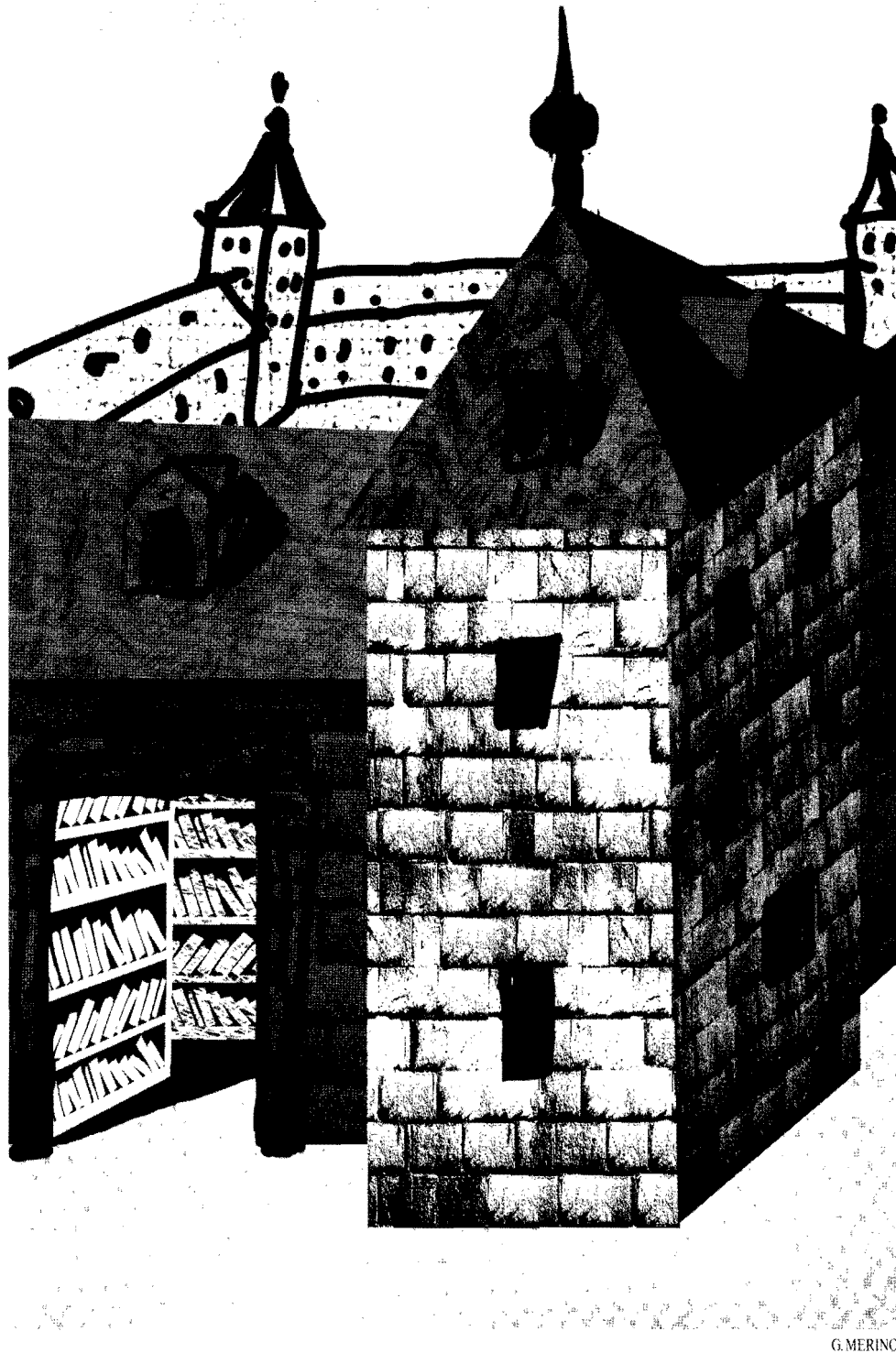
Por Joseph Pérez

Joseph Pérez (Laroque d'Olmes -Francia-, 1931) ha sido catedrático de *Civilización de España y América Latina de la Universidad de Burdeos* y *Director de la Casa de Velázquez*. Ha publicado varios estudios sobre la *España moderna: La Révolution des «Comunidades» de Castilla (1520-1521) (1970; traducción española, 1977)*; *Isabelle et Ferdinand, rois catholiques d'Espagne (1988, trad. española, 1989)*; *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España (1993)*; *Histoire de l'Espagne (1996; trad. española, 1999)*; *L'Espagne de Philippe II (1999; trad. española, 2000)*; *Carlos V (1999)*; *Los Comuneros (2001)*; y *Crónica de la Inquisición en España (2002)*.

El libro que François Géral ha dedicado a las bibliotecas constituye una aportación erudita e inteligente de singular trascendencia a la historia de la cultura en la España del Siglo de Oro, una España que, en este aspecto como en otros, no se nos aparece como tan alejada de lo que se suele a veces repetir de la Europa de la época. La biblioteca, en el sentido moderno de la palabra, nace con la invención de la imprenta. A finales del siglo XV, los libros dejan de estar amontonados en cofres o armarios; cada vez más se prevén espacios especiales en los que puedan depositarse y consultarse cómodamente. A principios del siglo XVII, el *Tesoro de Covarrubias* consideraba todavía como sinónimos los vocablos «librería» y «biblioteca», aunque ya apuntara que «librería» era más bien «tienda de libros», mientras que «biblioteca» convenía mejor a las librerías públicas, «como en Roma la Bibliotheca Vaticana». Un siglo después, el *Diccionario de Autoridades* consagra definitivamente la evolución que reserva el vocablo «biblioteca» para las colecciones de libros reunidas por nobles, comunidades religiosas o el mismo rey; al mismo tiempo, el mismo *Diccionario* registra la significación nueva que ha adquirido el término «biblioteca»: no ya solamente un depósito de libros, sino también un repertorio de obras impresas: «Se llaman también así algunos libros u obras de algunos autores que han tomado el asunto de recoger y referir todos los escritores de una nación que han escrito obras, y los que han sido, de que tenemos en España la singular y tan celebrada de Don Nicolás Antonio». O sea, que biblioteca puede decirse también de lo que hoy llamamos propiamente bibliografía. Ésta es la evolución que estudia François Géral, la que nos lleva desde la biblioteca como depósito material de libros a la biblioteca ideal, la bibliografía.

Una de las primeras y más prestigiosas bibliotecas públicas en la España de los Austrias debió de ser la de la Universidad de Salamanca; ya a finales del siglo XVI, la alababa Diego Pérez de Mesa en un libro titulado *Primera y Segunda parte de las grandezas y cosas notables de España*: «Esta librería está abierta todos los días, tres horas a la mañana y tres a la tarde, y anda siempre un oficial paseándose a todas partes, componiendo los libros que se dexan mal puestos y guardando siempre no corten alguna cadena o hojas de libro». No merece el mismo elogio la biblioteca Colombina, ya que en rigor no era una biblioteca pública; además, Fernando Colón, más que lector, era un bibliófilo: compraba libros, no forzadamente para leerlos, sino porque los consideraba como obras representativas y valiosas de su tiempo.

Sin embargo, a Fernando Colón se debe uno de los primeros proyectos de biblioteca universal; escribe, dirigiéndose a Carlos V: «que aya cierto lugar en los reynos de V. Mag. a do se recojan todos los libros y de todas las lenguas y facultades que se podrán por la Christianidad y en fuera della hallar [...] para que aya refugio donde los letrados puedan recurrir en qualquier duda que se les ofresciere»



G. MERINO

(Klaus Wagner, *Sevilla en el imperio de Carlos V*, Actas del Simposio de Colonia [1988], Sevilla, 1991, pág. 85). Ésta es también la idea del humanista Juan Pérez de Castro en un texto —*Memorial al rey Don Felipe II sobre las librerías*—, escrito probablemente en 1556: el lugar más adecuado para una gran biblioteca real sería Valladolid; el edificio tendría tres departamentos distintos: la biblioteca, un salón en el que estarían depositados instrumentos científicos y objetos raros y curiosos, y, por fin, un archivo; cada departamento estaría adornado por galerías, retratos y bustos de hombres ilustres.

Esto es lo que va a realizar Felipe II, sólo que el archivo se situará en Simancas, mientras los otros dos departamentos quedarán incorporados en el grandioso monumento que el Rey Prudente edificó en El Escorial. El afán por reunir libros, manuscritos, códices de toda clase es clara señal que la ambición del monarca era recoger el legado del humanismo de su siglo en el mejor sentido de la palabra. Las preocupaciones contrarreformistas quedan relegadas a un segundo lugar. Los libros juzgados peligrosos no serán quemados; se les colocará en una sala alta, fuera del alcance de los lectores comunes, pero queda claro que podrán tener acceso a ellos los eruditos que pretendieran estudiarlos para mejor refutarlos; de esta manera, El Escorial era probablemente el único lugar de España en el que era teóricamente posible leer toda clase de libros, incluso

los que escribieran los herejes. Ni siquiera la fobia antijudaica, tal como se estaba manifestando en los Índices inquisitoriales, parece tener cabida en los planes del rey, como parece indicarlo la recomendación de Arias Montano: es necesario adquirir «libros hebraicos de que hubo grande riqueza en España, ay agora grande pobreza, y los más de los que parescen en Italia vienen de Levante, y en aquella lengua ha havido mucha lección y de todo género de artes».

Felipe II cuidó de todos los aspectos referentes a la biblioteca, desde los arquitectónicos —el plan rectangular orientado al este— como los más concretos: quiso que los pupitres no estuviesen dispuestos en forma perpendicular a las ventanas, como se solía usar, sino que fuesen sustituidos por estanterías pegadas a la pared; tampoco aceptó que se pusieran cadenas a los libros para evitar los robos: «No quiere Su Majestad que tengan cadenas ni manzuelas, como se usa en otras librerías, sino que sean bien encuadernados en becerro colorado y en tablas o gruesos papelones, porque de esta suerte durarán más, con una grande excomunió de Gregorio XIII contra los que algún libro de ella sacaren o hurtaren». En realidad, la misma ausencia de precauciones para evitar los robos sugiere que no estaba previsto que entraran muchos lectores. Más que como biblioteca pública, la del Escorial da la impresión de haber sido pensada como obra de prestigio que visitantes ex-

tranjeros ilustres vendrían a visitar; se les enseñaban casi siempre las mismas obras: los dieciocho volúmenes de láminas que Francisco Hernández, protomédico general de las Indias, había recogido en Méjico sobre «plantas, hierbas y otras semillas medicinales» o los ejemplares chinos.

Más que El Escorial, la Biblioteca —bibliografía— de Nicolás Antonio representa el mayor y más logrado esfuerzo por promover la cultura en la España del Siglo de Oro. Ante todo, conviene situar a Nicolás Antonio en los medios eruditos de su tiempo, unos medios que Géral agrupa en tres generaciones:

— la de los años 1630-1650, que se desenvuelve sobre todo en Aragón, Madrid y Sevilla con nombres como los de Zurita, Juan Francisco Andrés de Uztarroz, Rodrigo Caro o Tomás Tamayo de Vargas;

— la segunda generación que cuenta con el aragonés Lastanosa, el madrileño José Pellicer o el sevillano Martín Vázquez Siruela;

— la tercera generación, hacia 1680, es la de Diego José Dormer, Pedro Valero, Félix de Lucio Espinosa y Malo.

República de las letras

Nicolás Antonio sirve de enlace entre estas tres generaciones y con muchos medios sociales, como lo da a entender la correspondencia intercambiada con los varios núcleos eruditos de la península y también del extranjero: España, en aquellos años finales del siglo XVII, no está marginalizada en Europa; sus eruditos tienen conciencia de formar parte de una república de las letras que trasciende los particularismos nacionales y regionales. Estos eruditos españoles se interesan principalmente por la historia y la arqueología, pero la poesía no les deja indiferentes. Además de los orígenes antiguos de España, tres momentos históricos les parecen merecer una atención particular: la Edad Media, la época de los Reyes Católicos y la de Carlos V, es decir, la formación del Estado y la expansión imperial. Su preocupación fundamental es restaurar la verdad histórica, acudiendo a fuentes depuradas y desechando las leyendas, por ejemplo los falsos cronicones. Aquellos eruditos tienen la impresión que la nación ha perdido parte de su prestigio en Europa, pero opinan que el declive es de tipo intelectual más que político o económico; para ellos, la solución a los problemas de la patria no la darían los arbitristas, sino los historiadores atentos a restablecer la verdad en todos los sectores: «Escribo en defensa de la Verdad, de la Patria, del Honor de nuestra Nación», proclama Nicolás Antonio.

El sevillano Nicolás Antonio (1617-1659) es hijo de una familia de mercaderes de Amberes, tal vez conversos. Estudia derecho en Salamanca (1636-1639). En 1659, marcha a Roma como agente del rey —una misión de representante sin carácter oficial, de embajador auxiliar y sin título—; pronto el inquisidor general Diego de Arce le nombra además legado del Santo Oficio; como tal, tiene a su cargo las relaciones con el Vaticano. Nicolás Antonio permanece en Roma durante casi veinte años, hasta 1679, año en el que regresa a España como fiscal del tribunal de la Cruzada. En fecha muy temprana, concibe el proyecto de componer un panorama de todo lo que se ha escrito en España desde el imperio de Augusto. La *Bibliotheca Hispana* será pues un libro de libros, un libro sobre los libros. En Madrid, Nicolás Antonio trabaja en las bibliotecas particulares de sus amigos, en la del conde de Villaumbrosa, tal vez las del marqués del Carpio, de Mondéjar, Pellicer, Mascareñas...



Viene de la página anterior



G. MERINO

En Sevilla, pasa largas horas en la Colombina y en la biblioteca del monasterio de los benedictinos. En la larga estancia que hace en Roma, tiene la oportunidad de consultar los fondos de la Biblioteca Vaticana, el colegio de La Sapienza y las colecciones de varios cardenales. Establece contactos con informadores eruditos que preparan para él notas bibliográficas de toda clase. Utiliza también las obras de tipo bibliográfico que empezaban a publicarse. Desde mediados del siglo XIV, en Italia se publican vidas de *Uomini famosi*, conformes al modelo del *De viris illustribus*. En la España del siglo XV vieron la luz los *Loores de los claros varones de España*, de Fernán Pérez de Guzmán –a quien se debe también *Generaciones y Semblanzas*–, los *Claros varones de España* de Fernando del Pulgar (1486). Unos cincuenta años después, en 1533, Lucio Marineo Siculo publica el *Opus de rebus Hispaniae Memorabilibus*. Pero es sobre todo en el siglo XVII, época gloriosa de la erudición, cuando empieza a multiplicarse este tipo de obras: Tomás Tamayo de Vargas escribe una *Junta de Libros la mayor que España ha visto en su lengua hasta el año 1624*, en la que se recogen unos dos mil autores españoles de todas las épocas. Poco después, en 1629, sale a luz el *Epítome de la Biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica* del jurista Antonio de León Pinelo, especialista de las cosas de Indias. Florecen los trabajos de carácter apologético, las vidas de santos, las bibliografías de órdenes religiosos, tales como el *Teatro eclesiástico* de Gil González Dávila, así como bibliografías regionales destinadas a ensalzar una comarca, una patria chica: *Historias* de Vicente Blasco de Lanuza para Aragón, *Historia de Segovia* debida a Colmenares, *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, de Rodrigo Caro, etc.

De todos aquellos materiales se aprovecha Nicolás Antonio, cuya preocupación es reseñar toda la producción española desde los tiempos del emperador Augusto... Conviene apuntar que Nicolás Antonio no registra solamente los autores muertos; su bibliografía también incluye los vivos, en contra de la tradición pa-

gana y judaica que se resistía a alabar al hombre vivo.

En 1672, salen los dos primeros tomos de la *Bibliotheca Hispana Nova*, dedicada a los autores posteriores a 1500. La *Bibliotheca Vetus* –que recoge la producción de los autores hasta 1500– sólo verá la luz en 1696, después de la muerte de Nicolás Antonio. En la *Bibliotheca Nova*, conforme a la tradición medieval, los autores van puestos por orden alfabético de los nombres. En la *Vetus*, el orden alfabético está incluido dentro de una progresión cronológica.

Un monumento a los autores españoles

Quiso Nicolás Antonio edificar un monumento en honor a los autores españoles, muchas veces injustamente olvidados. Hay que entender el concepto de español en el más amplio sentido: son españoles tanto los autores portugueses –incluso después de que Portugal se haya independizado– como los castellanos, catalanes, valencianos; basta que hayan nacido en la península o en las Indias, aunque hayan desarrollado fuera de España la mayor parte de su obra, como es el caso, por ejemplo, de León Hebreo. También quedan incorporados a la *Bibliotheca Hispana* los extranjeros que han escrito en castellano o en uno de los idiomas hablados en España o en las Indias, lo mismo que los que se han interesado por las cosas de España, escribiendo comentarios sobre ellas o traduciendo obras españolas.

El afán por ensalzar la patria es evidente. Alabar los literatos de antaño viene a ser una forma de elogiar la España de hogaño y de reivindicarla a los ojos de los extranjeros que demasiadas veces se forman un concepto negativo de España; de ahí el empeño de publicar la *Bibliotheca Hispana* en Roma y en latín, es decir, en el idioma de la Europa culta; el impacto probablemente no hubiera sido el mismo si Nicolás Antonio hubiera escrito en castellano, aunque abundan las citas en cas-

tellano, siempre que se trata de dar el título de las obras o bien de copiar elogios y comentarios.

Nicolás Antonio no duda en mencionar autores prohibidos o censurados por la Inquisición. Ni siquiera cree oportuno indicar que tal o cual obra ha sido prohibida. Esta actitud es clara señal de independencia intelectual: la elite culta de España, a finales del siglo XVII, reivindica el derecho a consultar libremente cualquier obra.

El prólogo de la *Bibliotheca Hispana* constituye una defensa de la ciencia española que tiene un claro precedente en la obra de Alfonso García Matamoros, *De asserenda hispanorum eruditione*. Éste nota que la cultura española nace con Tubal, en la Bética; luego, España da a Roma emperadores y escritores; la llegada de los Godos provoca una decadencia provisional, pero Isidoro de Sevilla permite una feliz recuperación espiritual e intelectual; los árabes son responsables de otro retroceso, a pesar de algunos adelantos en medicina y astronomía; luego viene el gran momento del humanismo español, representado por Nebrija, Vives, Pinciano, Alvar Gómez, los hermanos Vergara, Cipriano de la Huerga, Constantino de la Fuente... En su prólogo, Nicolás Antonio también opina que la invasión árabe supuso un parón en la evolución cultural de España, pero admite la capacidad de los españoles para asimilar aportaciones de distintas procedencias; así es como Nicolás Antonio no

duda en celebrar ciertas influencias islámicas e incluso y sobre todo judaicas. Desde los Reyes Católicos, España ha emprendido una marcha ininterrumpida hacia la ciencia y la cultura.

Lo que llama sin embargo la atención es la vindicación por parte de Nicolás Antonio de lo que hoy llamamos literatura. Desde este punto de vista, Géral comenta acertadamente los párrafos dedicados a Boscán, Garcilaso, fray Luis de Granada, Lope, Góngora o el teatro. En algunas de aquellas páginas –especialmente las que tratan de Cervantes o de Lope–, Nicolás Antonio parece ser uno de los primeros autores que hayan procurado hacer historia de la literatura. A diferencia de los humanistas que censuraban las obras mentirosas o de ficción, Nicolás Antonio se muestra muy favorable a las novelas de caballerías, ficciones que, a su juicio, no carecen de belleza ni de interés estético.

La *Bibliotheca* de Nicolás Antonio conoció un éxito casi inmediato, no sólo en España e Italia, sino en toda Europa. Bayle, por ejemplo, la calificó de libro excelente. Luego, la *Bibliotheca* cayó en un olvido relativo hasta que Mayans la rescatara, a mediados del siglo XVIII.

Éstas son algunas de las principales aportaciones más fecundas que se pueden leer en el libro que comentamos. Su autor, François Géral, es hoy por hoy uno de los mejores hispanistas franceses, a la altura de los más brillantes especialistas del humanismo y de la cultura española. □

RESUMEN

François Géral, hispanista, profesor en la Escuela Normal Superior, estudia en su tesis doctoral el concepto que se tenía, en la España del Siglo de Oro, del libro y de las bibliotecas, tanto las bibliotecas reales, como la del Es-

corial, como las bibliotecas sin muros, o bibliografías, cuyo más brillante exponente es la de Nicolás Antonio. Este libro, que comenta Joseph Pérez, viene a ser una aportación de primer orden a la historia de la cultura en España.

François Géral

Figures de la bibliothèque dans l'imaginaire espagnol du siècle d'or.

París, Honoré Champion, 1999. 131,70 euros. ISBN 2-7453-0149-7.

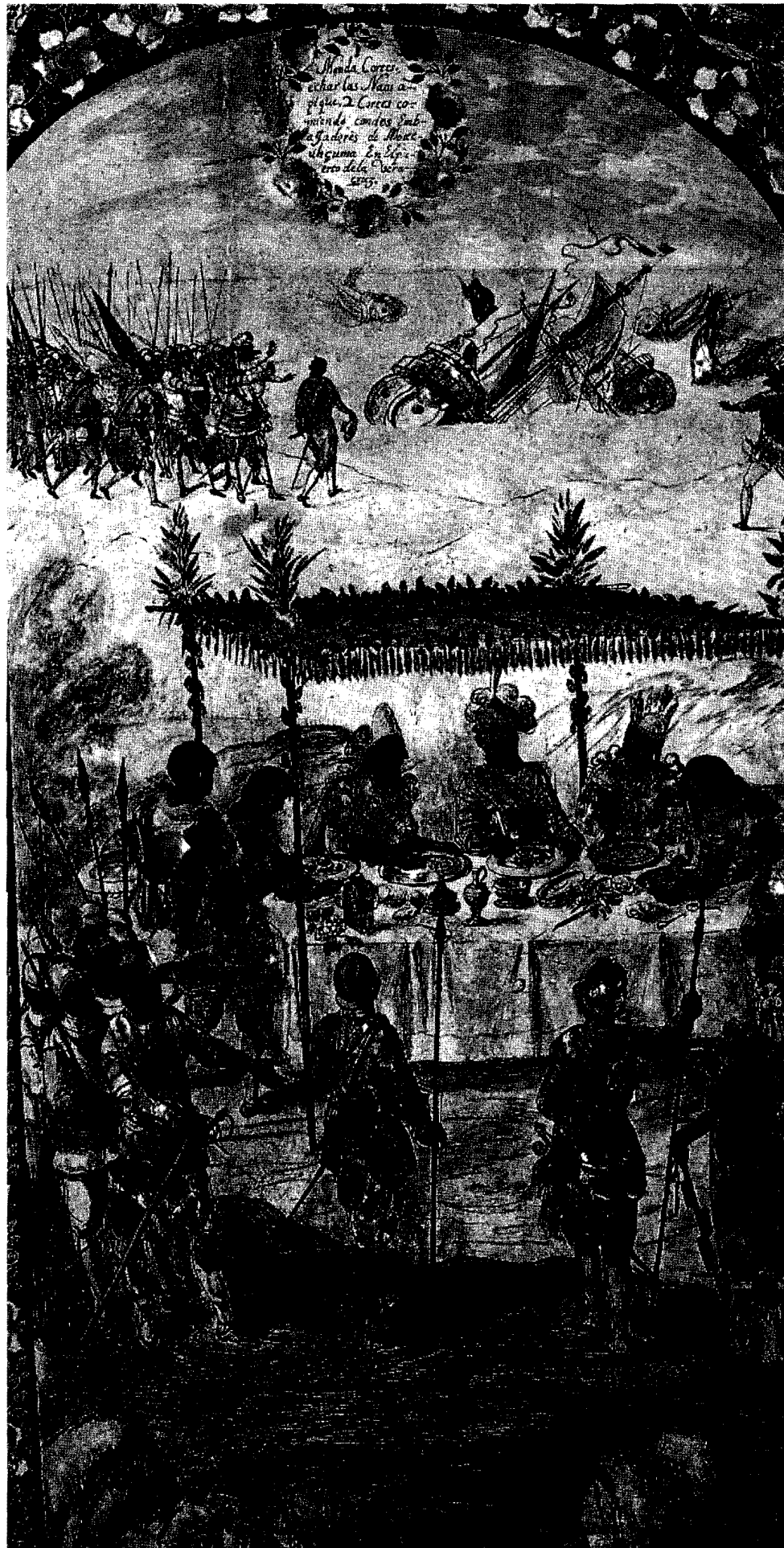
El arte iberoamericano, singular y universal

Por Antonio Bonet Correa

Antonio Bonet Correa (La Coruña, 1925) es catedrático emérito de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Bellas Artes. Especialista en historia de la arquitectura y del urbanismo, se ha interesado también en la investigación sobre tratados de arte y arquitectura. Obras suyas son *Morfología y ciudad: fiesta, poder y arquitectura*; *Urbanismo en España e Hispanoamérica*; *Figuras, modelos e imágenes en los tratadistas españoles*; y *Monasterios iberoamericanos*.

Desde el siglo XVI hasta el siglo XIX, para los europeos América era el Nuevo Mundo. La Historia tal como era concebida por los occidentales, a nivel mundial giraba en torno al Mediterráneo y, después del descubrimiento o «invención» de América, al Atlántico. Hegel, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*, opinaba, con un criterio «eurocéntrico», que en América, incluyendo tanto la del Norte como la del Sur, «todo cuanto sucede tiene su origen en Europa. El exceso de población europea ha ido a verterse en América». El filósofo alemán, cuyos escritos pertenecen a los albores de la Edad Contemporánea, opinaba que el historiador no es un profeta y que por lo tanto es incapaz de predecir la realización de los sueños que puede suscitar el futuro. Respecto al pasado del nuevo continente, afirmaba taxativamente que América era «el eco del viejo mundo» y por lo tanto nada más que «el reflejo de ajena vida». Lejos estamos hoy de creer lo mismo. Todos los corolarios hegelianos, fruto de conocimientos libresco anteriores a las investigaciones históricas y arqueológicas modernas, no pueden ser aceptados en bloque o ser tomados como axiomas irrefutables. En lo que se refiere a la historia de los países iberoamericanos, desde el Río Grande hasta el Cono Sur, incluido el mundo más particular de Brasil, analizadas a la luz de la actual historiografía las ideas tan restrictivas de Hegel no pueden ser ratificadas o refrendadas. Hoy sabemos que los procesos de transculturización, de recepción y reelaboración del medio antropológico y del territorio geográfico fueron creadores de peculiaridades que, bajo sus diversas expresiones, constituyen un mundo con identidad propia. En lo que se refiere a la producción artística, el resultado es asombroso respecto a los centros emisores europeos, con soluciones inéditas o sorprendentes. Desde un primer momento los españoles reaccionaron ante el cambio de escala y las distancias infinitas del Nuevo Mundo, fundando ciudades que vertebraban una nueva sociedad en la que, con el paso del tiempo, el mestizaje cultural y el sincretismo racial acabó siendo dominante. Desde «el tiempo barroco que fue el tiempo americano», como afirma Ramón Gutiérrez, Iberoamérica ha sido y sigue siendo una parte del mundo que responde a categorías y valores meramente propios y autóctonos, en particular en lo que se refiere a sus formas de expresión y a su imaginario artístico. La realidad del alma criolla y mestiza, lo mismo que la sensibilidad del indígena, son productos del medio cultural y del mosaico racial en el cual hay que incluir las aportaciones de la etnia negra. Sin sus ingredientes no se pueden comprender las variantes y las singularidades del arte iberoamericano, tanto en el pasado como en el presente.

Estas reflexiones, como otras muchas más, vienen a cuenta y resultan oportunas al tener entre manos el volumen que, bajo la dirección del arquitecto Ramón Gutiérrez y de su hijo el profesor de Historia del Arte Rodrigo Gutiérrez Viñuales, ha publicado Lunewerg Editores. En sus páginas colaboran destacados especialistas iberoamericanos y españoles. El volumen, magníficamente ilustrado con fo-



«Conquista de México», de Juan y Miguel González, México, 1698. Colección Museo de América, Madrid.

tografías en color, aborda, desde una perspectiva general, las diferentes épocas y los diversos aspectos de un proceso artístico que comprende cinco siglos, desde el descubrimiento de América, a fines del siglo XV, hasta nuestros días, pasando por los periodos colonial y el de las repúblicas independientes de España y Portugal. Muy importante es señalar que la evolución de la arquitectura, la pintura, la escultura y demás manifestaciones artísticas, incluida la de la historia de la fotografía en Iberoamérica, está tratada de manera sucinta pero a la vez sintética, sin olvidar ninguna cuestión o artista notorio. A los datos documentales y al rigor cronológico se unen siempre, en todos los capítulos, la reflexión histórica y social junto con la valoración estética de las obras. Reunir en un sólo tomo, grueso pero no excesivo de tamaño, tanta materia, es un auténtico «tour de force», una hazaña o difícil

empresa que no resulta extraña al saber que es Ramón Gutiérrez, uno de los mejores conocedores del arte iberoamericano, quien ha coordinado el conjunto de las colaboraciones.

A la hora de analizar un proceso tan largo y dividido en dos etapas ideológicamente distintas, la virreinal y la de las repúblicas independientes, conviene tener en cuenta los factores determinantes en una evolución que, a lo largo y ancho de Iberoamérica, presenta una unidad conceptual asombrosa. A la lengua común se añade, pese a la gran extensión geográfica de un vastísimo territorio lejos de la metrópoli en la época colonial, la unicidad del arte, que se prolonga hasta nuestros días por encima de las diferencias de los países que componen Iberoamérica. Incluso Brasil, con sus peculiaridades, tiene comunes denominadores con la América española. El fenómeno estilísticamente merece ser tenido en

cuenta. Es algo así como lo que sucedió, y sucede, respecto a los países musulmanes. El gran arabista francés Georges Marçais afirmaba que hasta el más profano podía diferenciar la estructura de una ciudad del Islam con una cristiana u occidental. Otro tanto sucede con la arquitectura o las piezas de orfebrería del llamado arte árabe. Lo mismo ocurre con las ciudades iberoamericanas tanto las de trazado en retícula ortogonal o damero como las ciudades mineras irregulares como Tasco (México) y Potosí (Bolivia) o las brasileñas desde Bahía a Ouro Preto. Nadie, al verlas, duda de su filiación artística en relación a un mundo en el cual el mestizaje cultural es esencial y en el que hay un fondo que nada tiene que ver con el mero eco de lo europeo.

Si se establecen las líneas generales de la evolución del arte iberoamericano lo primero con que nos encontramos es la «cultura de conquista» tal como la denominó Foster. Los españoles al llegar ordenan el territorio, fundan ciudades, establecen grandes monasterios, levantan edificios públicos y construyen obras de ingeniería. A la vez traen consigo una religión que, además de nuevos templos, aporta una nueva iconografía piadosa. Para imponer su nuevo orden traen a profesionales de la construcción y a artistas, algunos muy destacados. Pero para la realización de las magnas obras que emprenden están necesitados de la mano de obra indígena. Además los frailes, cuyas ideas «mileneristas» estaban encaminadas a implantar la Ciudad de Dios en el Nuevo Mundo, muy pronto formaron escuelas de artes y oficios como las que los flamencos Pedro de Gante y fray Jodocko Rieke crearon en México y en Quito respectivamente. La pasmosa rapidez para aprender y la gran habilidad de los indios para las artes mecánicas y las artesanías asombraron a los españoles. Era el triunfo de la dialéctica del vencido, su forma de subsistir bajo las nuevas formas e ideas, su manera de asimilar una civilización que aportaba una vida diferente pero que muy pronto tuvo expresiones meramente americanas.

Actividad creadora y transgresora

A partir del siglo XVI se detectaba en Iberoamérica una actividad creadora y a la vez transgresora de los modelos traídos de Europa. Las experiencias de los frailes constructores son en todo punto significativas. Junto a las grandes iglesias góticas y renacentistas con bóvedas —en la América precolombina no existían edificios abovedados— los religiosos construyeron enormes atrios con capillas abiertas, capillas posas y áreas procesionales. Aunque en Europa, a finales de la Edad Media, había en las plazas de mercado capillas abiertas —por ejemplo en la Plaza del Campo de Siena o en la Plaza Mayor de Medina del Campo—, sin embargo no llegaron a tener el desarrollo y la formulación de las capillas de indios americanas. Los frailes mendicantes, verdaderos «conquistadores espirituales» del Nuevo Mundo, fueron conscientes de que los indígenas se resistían a entrar dentro de las iglesias por temor a los vastos espacios cerrados. Las grandes concentraciones religiosas de los indios eran siempre, en los centros ceremoniales, al aire libre, en donde se alzaban imponentes sus enormes templos piramidales. El atrio era el lugar de adoctrinamiento y catequización de miles de indígenas. En el afán didáctico para la conversión de masas, desde el siglo XVI se desarrollarán los grandes programas iconográficos de los ciclos de pintura mural. Es de señalar que en el siglo XX, tras la revolución mexicana, el muralismo se convertirá en una de las expresiones más destacadas de

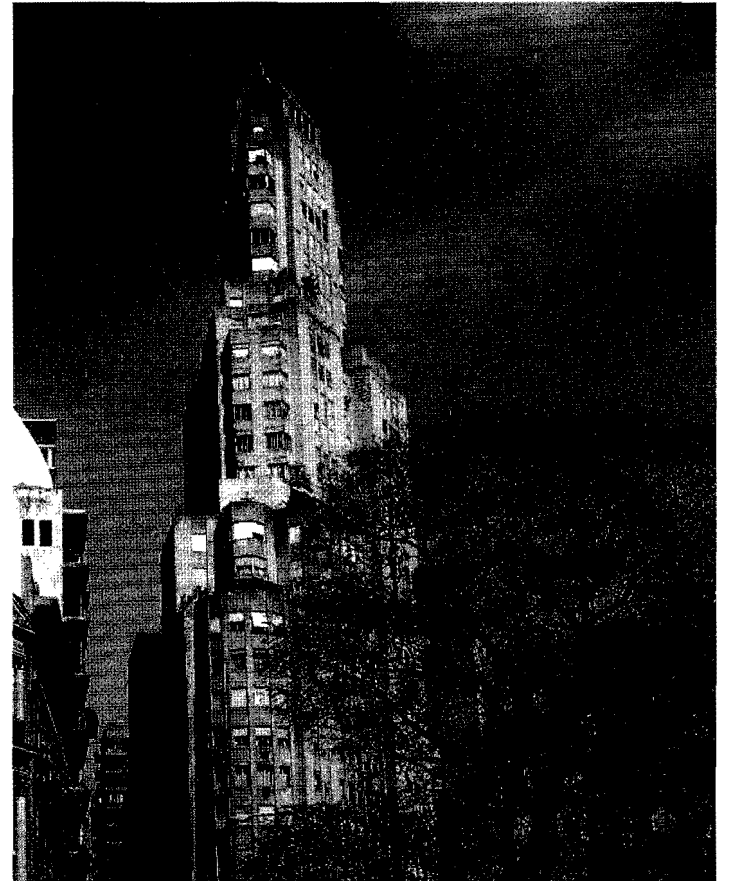
CORTESÍA EDITORIAL



Viene de la página anterior



Universidad de Guanajuato, México (1954), obra de Urquiaga.



Edificio Kavanagh, Buenos Aires (1937), obra de Sánchez, Lagos y De la Torre.

la pintura en toda Iberoamérica.

El tiempo barroco fue esencial para la consolidación de la cultura y del arte iberoamericano. Durante los siglos XVII y XVIII la arquitectura y las demás artes plásticas alcanzan su cénit y máxima expresión creadora. Las ciudades más importantes y los pueblos más apartados conocieron una actividad constructiva muy intensa. Las iglesias, los conventos y los edificios públicos despliegan un gusto por el ornamento que va a la par con el afán festivo y las celebraciones multitudinarias propias de una sociedad que no conoce las guerras que, durante el barroco, afligieron a Europa. Únicamente los asaltos de los piratas en los puertos de mar o los terremotos alteraban la paz de unos pueblos que vivían bajo el signo de una religiosidad contrarreformista y la mundanidad de una ciudad estamental en la que coexistían funcionarios venidos de España, la aristocracia criolla, los comerciantes y los religiosos de las órdenes mendicantes, los mestizos, los ladinos, las castas, los indígenas y los negros. La vida cotidiana estaba regulada y controlada y eran muy escasos los cambios de clase. Los oficios artesanales y las cofradías eran los motores de la producción artística autóctona. En las artes figurativas la iconografía religiosa, cuyas fuentes son grabados y textos de libros europeos, alcanza cotas de interpretación a veces muy sorprendentes. El imaginario, mágico y casi surreal, del arte iberoamericano tiene sus raíces en el barroco. De igual manera, en la arquitectura, se producen anacronismos —hay elementos góticos, mudéjares o manieristas que perduran mezclados a las novedades del rococó o las modalidades más cosmopolitas— que resultan casi inexplicables. Hasta entrado el siglo XIX el barroco sobrevive en Iberoamérica. El Aleijadinho levanta el santuario de Congonhas do Campo, cuando Hegel estaba dictando las lecciones de Historia Universal que mencionamos al inicio de nuestra reflexión sobre el arte iberoamericano.

El barroco tuvo la virtud de ser un momento cultural que abarcaba en su totalidad a las clases sociales desde las más altas a las populares. En Iberoamérica sintonizó con el alma y ser de la fusión de las dos culturas: el pasado precolombino y la cristiandad. En el terreno artístico su aceptación no pudo ser ma-

yor. Sus obras, comprensibles hasta por los más ignorantes, fueron motivo de enorgullecimiento de los criollos que comenzaron a tener conciencia de su propio valor y deseo de afirmación social. El germen de la emancipación latía en los iberoamericanos que, con la Ilustración, desde mediados del siglo XVIII, contribuyeron a hacer que sus ciudades asombrasen a los viajeros extranjeros y a los componentes de las expediciones científicas al Nuevo Mundo. La evolución de las ideas estéticas y las Academias de sabios y artistas de Europa repercutieron en América, en donde, como era lógico, el neoclasicismo fue un arte impuesto desde arriba y que vino a ser la contraposición del exuberante ultrabarroco anterior. Arte de minorías que, a principios del siglo XIX, coincidió con los movimientos liberadores, trajo consigo años de confusión respecto a las fuentes mismas de inspiración, ya que los países nórdicos europeos y los Estados Unidos de Norteamérica pasaron a ser modelos para las recién nacidas repúblicas iberoamericanas.

El estudio a fondo del arte del siglo XIX, tal como se hace en este libro, es una novedad dentro de la bibliografía iberoamericana. En lo arquitectónico es de señalar, además del neoclasicismo tardío en los edificios estatales, el eclecticismo que perduró hasta muy entrado el siglo XX, las obras de ingeniería, la arquitectura de hierro y la estética edilicia de tipo europeo que se inserta en los antiguos centros urbanos de carácter barroco. Hoy esos edificios hacen las delicias de los estudiosos, amantes de lo pintoresco y del reflejo de lo cosmopolita en unos países que entonces estaban considerados como portadores de un prometedor futuro. En las artes figurativas, es de tener en cuenta la visión romántica de los pintores extranjeros y las imágenes academicistas de la vida urbana y rural de países que atraían por sus paisajes y las costumbres de sus habitantes. Capítulo increíble es el de la escultura de los monumentos urbanos, exaltando a los prohombres políticos y militares y sobre todo las estatuas funerarias en mármol de los cementerios, labradas en Italia o por artistas italianos, para perpetuar la memoria de hombres de negocios que habían hecho las Américas reuniendo una cuantiosa fortuna.

En el siglo XX las vanguardias, primero

históricas y después las más actuales de la segunda mitad de la centuria, fueron de nuevo las que redescubrieron las posibilidades creadoras de Iberoamérica. En arquitectura el Modernismo o Art Nouveau, el Art-Deco y el Racionalismo tienen ejemplos de primer orden. También hay que señalar las obras de estilo neo-colonial, o «californiano» de los años 20 a 30. Y tampoco hay que olvidar la arquitectura orgánica, el brutalismo o el post-modernismo. Pese a los grandes conflictos actuales de carácter económico no cesa el crecimiento urbano y la construcción de edificios de gran envergadura. En el libro que aquí reseñamos se da rendida cuenta de todos ellos lo mismo que del desarrollo de las artes figurativas, en las cuales el papel y el acento americano es de primera y máxima categoría, con creadores de valor internacional. El muralismo mexicano, la pintura argentina, colombiana, venezolana, chilena o brasileña han tenido y tienen nombres que aquí no citamos por no hacer larga nuestra lista e incurrir en omisiones que falsearían la múltiple y proteica realidad iberoamericana. Artistas que han triunfado en París y Nueva York y que hoy forman una legión nutrida y densa, en los que lo surreal y lo fantástico, lo real irreal y lo mágico son índice de una imaginación creadora que no ha cesado de producir, desde la época procolombina y la barroca, obras que hoy hacen que el arte iberoamericano siga vigente.

Por último y como colofón del libro y de nuestras reflexiones acerca de lo iberoamericano merece detener la atención en el

capítulo dedicado a la historia de la fotografía. Desde los primeros daguerrotipos hasta las fotografías artísticas últimas, Iberoamérica ha sido un motivo documental y plástico de gran atractivo. Los tipos humanos, los paisajes, los monumentos del pasado y las vistas de ciudades han sido en el siglo XIX objeto de las cámaras fotográficas. Su valor informativo, por su obviedad, no necesita ser señalado. Respecto a la obra de los grandes fotógrafos y fotógrafos de vanguardia, tanto extranjeros como de las distintas naciones iberoamericanas, es de subrayar el sentido creativo, parangonable al de los demás artistas plásticos contemporáneos.

A manera de colofón queremos resaltar la importancia del libro que es objeto de esta reseña. La bibliografía sobre el arte iberoamericano comenzó en los años veinte del siglo último. El libro de Angulo Íñiguez, Marco Dorta y Buschiazzo, *Historia del Arte Hispanoamericano*, en tres volúmenes, publicado por Salvat de 1945 a 1956, trataba únicamente del arte de los siglos XVI, XVII y XVIII. Hay que esperar a las décadas de los setenta y ochenta para que los historiadores se interesen seriamente por el arte del siglo XIX e incorporen a su disciplina los trabajos de crítica del arte de las vanguardias. En esta tarea las investigaciones y sinopsis de los Gutiérrez han sido fundamentales. En este último libro el panorama de un proceso de cinco siglos se está desarrollando perfectamente y articulando a una visión global del vasto territorio iberoamericano. □

RESUMEN

El volumen colectivo dedicado al arte iberoamericano, que comenta Antonio Bonnet Correa, aborda desde una perspectiva general las diferentes épocas y los diversos aspectos de un proceso artístico que comprende cinco siglos, desde el descubrimiento de América hasta nuestros días, pasando por los periodos colonial y el de las

repúblicas independientes de España y Portugal; al analizar un proceso tan largo y dividido en dos etapas ideológicamente tan distintas conviene tener presentes, señala el comentarista, los factores determinantes en una evolución que, a lo largo y ancho de Iberoamérica, ofrece una unidad conceptual asombrosa.

Ramón Gutiérrez y Rodrigo Gutiérrez Viñuales (eds.)

Historia del Arte Iberoamericano

Lunberg, Barcelona, 2000. 395 páginas y 386 ilustraciones. 71, 22 euros. ISBN: 84-7782-751-6

Todo lo que era necesario saber

Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Se ha dedicado a la investigación sobre la bioquímica y la genética de levaduras, habiendo publicado varios trabajos originales sobre este tema.

En mi época de escolar, las enciclopedias eran unos libros sobre cuyas tapas monocromas aparecían distintas ilustraciones dependiendo de la editorial. Las mías, que eran de Dalmau Carles Pla S.A., Gerona-Madrid, tenían las tapas azuladas, con un dibujo de un niño y una niña que, según el nivel de la enciclopedia, estaban sentados en un banco leyendo un libro o iban agarrados de la mano; obviamente debían de ser hermanos. Esas enciclopedias contenían «todas las materias y temas que recomiendan los cuestionarios nacionales fijados por la superioridad». Y efectivamente, allí estaba todo, desde las conjunciones ilativas hasta Hircano y Aristóbulo, pasando por el Condado de Barcelona, el yeso y las pizarras, y la descripción de los poliedros regulares; todo para que lo aprendiésemos de coro. Puesto que las enciclopedias se usaban para enseñar en las escuelas, la sorpresa era mayúscula cuando al llegar al instituto nos enterábamos de que los enciclopedistas –que así sin más, uno creía que eran los que escribían enciclopedias o se las sabían de memoria– eran unos malvados que querían destruir la autoridad y tenían la culpa de todas las desgracias que durante los dos últimos siglos habían ocurrido en nuestro país y en otros de Europa. Pero pronto quedaba todo claro; los enciclopedistas eran pretendidos filósofos franceses que «por su abuso de la razón, el más capaz de degradar a la humanidad, habían imaginado el necio proyecto de reformar, de destruir las primeras verdades grabadas en nuestro corazón por mano del Criador, de abolir su culto y sus ministros y de establecer, en fin, el deísmo y el materialismo». A pesar de todo, de una manera u otra, más temprano o más tarde, acabamos por enterarnos de lo que era «la Enciclopedia» –con mayúscula– y, peor aún, andando el tiempo

po algunos llegamos a admirar a aquellos denostados individuos, los enciclopedistas.

Aquella Enciclopedia, monumento de la cultura occidental, referencia obligada de la Ilustración europea, no había surgido, como pretendían hacernos creer, para destruir ninguna primera verdad, ni para destronar reyes –Catalina II de Rusia y Federico II de Prusia estaban entre sus admiradores–, sino que era la consecuencia lógica de un proceso de acumulación de conocimientos científicos que había comenzado con el Renacimiento y cuya sistematización se entroncaba en otros proyectos de ordenación del saber con antecedentes bien antiguos. Ese proceso originó en varios países europeos la aparición de libros que presentaban de forma actualizada los nuevos saberes y que terminaron por dar lugar a las modernas enciclopedias.

Richard Yeo, profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Griffith, en Queensland, Australia, autor de varios trabajos sobre la historia de la ciencia en Gran Bretaña, ha publicado un ensayo histórico sobre aquel proceso en las Islas Británicas. Ese trabajo sirve de base a este comentario y se ocupa del periodo comprendido entre 1700 y 1820, aunque para beneficio del lector hace un recorrido introductor en el que examina diversos intentos realizados para sistematizar el conocimiento a lo largo de diversas épocas y considera también la tradición enciclopédica en otros países europeos.

La larga marcha de las enciclopedias

En la introducción del libro, Yeo hace un rápido recorrido sobre la tradición enciclopédica, esbozando una serie de asuntos a los que hará referencia después en otras partes del libro. En la Antigüedad, «enciclopedia» designaba el encadenamiento de todos los saberes que habían de entrar en la educación de un hombre libre y comprendía el círculo completo del conocimiento; ese concepto todavía pervive en el siglo XVII en el que puede escribirse: «enciclopedia, el aprendizaje que comprende todas las ciencias liberales; un arte que engloba a todas, la perfección de todo el conocimiento». Para pensar bien, había que

conocer todo y para desarrollar bien un papel en la vida era necesario adquirir todo el saber útil; un saber que no sólo comprendía materias que podríamos llamar intelectuales, sino también morales. Pero ¿dónde adquirir ese saber? Ya los romanos procuraron resumir los distintos conocimientos de forma que pudiesen ser estudiados juntos; podemos pues considerarlos como los lejanos originadores de las enciclopedias actuales. La creencia, surgida en un determinado momento histórico, de que todo el conocimiento existente puede reunirse en una obra, ha perdurado –al menos en Occidente– hasta una época relativamente reciente.

El autor del libro comentado, atribuye esa persistencia al concepto medieval de que el mundo reflejaba la mente de la divinidad y que el conocimiento podía llegar a revelar alguna verdad divina sobre la naturaleza del mundo, así como a la idea de que el conocimiento verdadero una vez alcanzado era inalterable, como un regalo divino. Las recopilaciones de saberes dispersos podrían considerarse como los esfuerzos de la humanidad para lograr aquel conocimiento total que Dios había previsto para sus criaturas; quizá la visión de Diderot de la Enciclopedia no fuese sino una versión secularizada de esas ideas medievales.

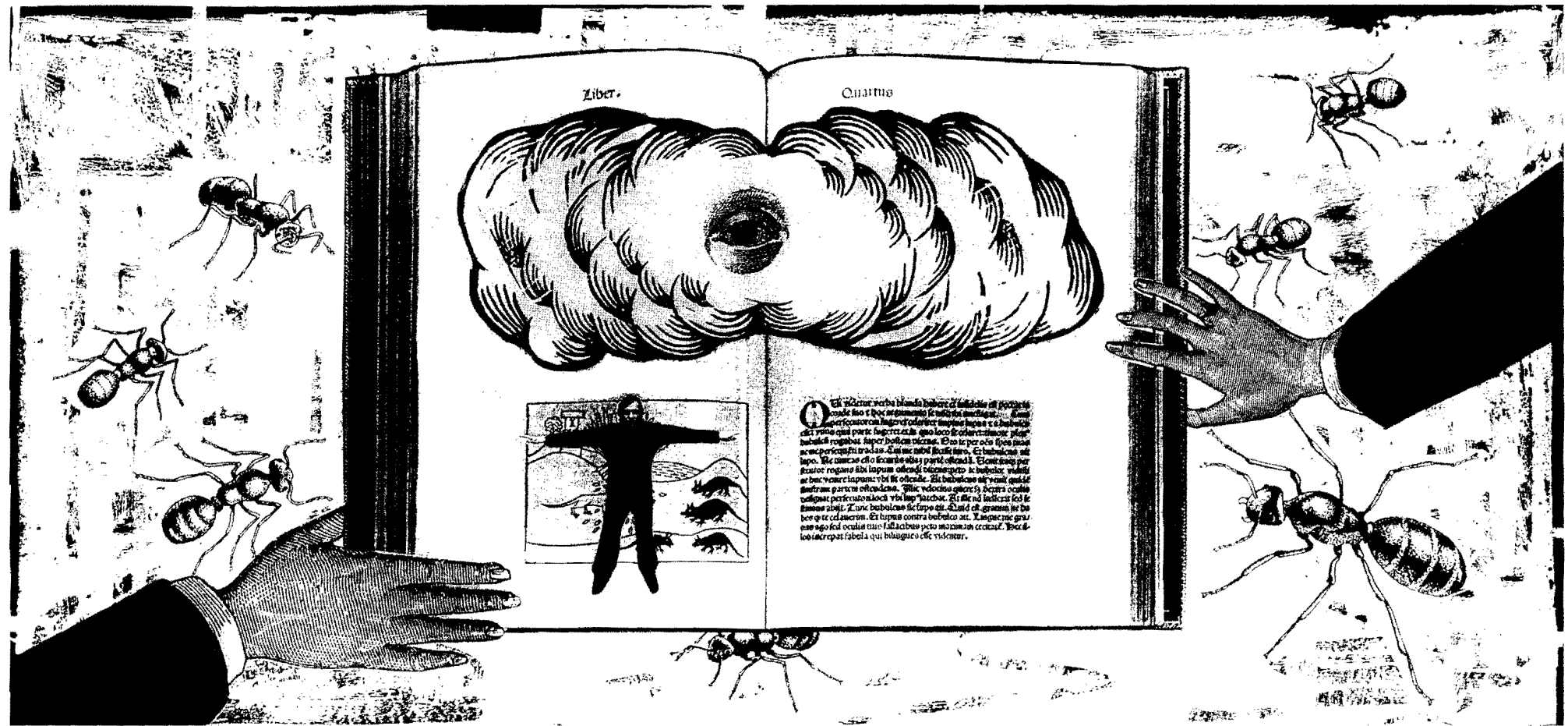
Del Renacimiento a la Ilustración

Aunque el fijar fechas en el desarrollo de determinadas actividades no es siempre fácil, suele fijarse el Renacimiento como el momento en el que se inicia un cambio importante en el estudio de la naturaleza. Las ideas expuestas por Francis Bacon en su *Novum Organum* sobre la necesidad de observar los fenómenos a estudiar y de realizar experimentos confirmatorios en vez de razonar sobre ideas apriorísticas inician un cambio notorio en los resultados de la actividad científica. La aceptación generalizada de esas ideas está reflejada en la dedicatoria de la *Micrographia* de Robert Hooke a la Royal Society en 1665. En ella Hooke escribe que «las reglas que ustedes (los miembros) se han impuesto en su progreso filosófico parecen las

mejores que se hayan practicado hasta ahora. Y particularmente aquella de evitar *Dogmatizar* y el adherirse a cualquier *Hipótesis* no suficientemente fundada y confirmada por *Experimentos*» (cursivas y mayúsculas en el original). Tales reglas derivaban directamente de las ideas de Bacon y cuando se aplican al estudio de la naturaleza producen una rápida y continua sucesión de descubrimientos, y así Priestley, descubridor entre otras cosas del oxígeno, podía escribir un siglo después de Hooke que «cuando acabamos de hacer un descubrimiento ya vislumbramos otros aunque de forma imperfecta».

El aumento continuado del conocimiento plantea nuevos problemas; por una parte, ¿cómo lograr una buena comunicación de los avances entre los que cultivan el estudio de la Naturaleza? Por otra, ¿cómo poder continuar «sabiendo todo»? ¿Y cómo acercar el nuevo conocimiento a una capa más amplia de la población que empieza a interesarse por él? Las soluciones son distintas para cada uno de estos problemas pero todas van a converger en el desarrollo de las modernas enciclopedias.

Para facilitar la comunicación entre los estudiosos surgen aparte de las cartas a Sociedades, algunas publicaciones periódicas dedicadas a comentar libros, a recibir «cartas al editor» sobre nuevos descubrimientos y a animar discusiones entre lectores. Un aspecto importante de esta actividad era su aspiración a la universalidad. En una de esas publicaciones editada en Rotterdam se decía: «Tenemos que dejar de lado lo que divide a los hombres en diferentes facciones y considerar sólo lo que les une que es la cualidad de hombre ilustre de la República de las letras. En ese sentido todos los sabios deben sentirse hermanos o como provenientes de casas del mismo rango». Recordemos que Feijoo decía de sí mismo que era «un ciudadano libre de la República de las letras». Esa universalidad concernía también al problema de hacer llegar el conocimiento a todos los sectores de la población; «un pueblo ignorante no puede ser un pueblo libre» dice el Abate Grégoire, primer eclesiástico constitucional de la Revolución francesa. En la idea de la universalidad,



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



la ciencia ocupaba un lugar preeminente, sus leyes eran universales, ¿podría mostrar caminos para códigos universales, organizaciones políticas universales, quizá para una felicidad universal?

Los nuevos conocimientos generan nuevos términos que no siempre son comprensibles por todos a pesar de que suelen derivarse del griego y del latín, tronco común europeo en el que estaban educados todos los estudiosos. El poder saber «todo», aunque cada vez más difícil, se intenta conseguir con la publicación de diccionarios especializados en los que se definen los nuevos términos. Pero como hay una interacción entre la definición de nuevos conceptos y la exposición de la materia que los origina, ya que «no se pueden explicar nombres sin internarse en las ciencias mismas y, viceversa, tampoco se

puede presentar una ciencia sin definir simultáneamente sus términos» (Leibniz), esos diccionarios intentan explicar también los conocimientos que originaron aquellos términos. Esos Diccionarios de Artes y Ciencias como se denominaron muchos, iban a preparar el camino a las modernas enciclopedias.

Obras de esas características surgen en varios países y se inicia en Europa una actividad de traducción rápida de diccionarios que contribuye así al ideal de comunicación sin fronteras que pretende el ambiente de la época. En Inglaterra una de esas obras adquieren gran notoriedad: la *Cyclopaedia* de Ephraim Chambers. Cuando se piensa traducirla al francés se escoge para hacerlo a Diderot debido a su experiencia en la traducción de otros diccionarios. Esta elección fue importantísima en la génesis de la *Enciclopedia*.

Esos diccionarios científicos recurren al ordenamiento alfabético, en contraste con otras obras enciclopédicas anteriores que organizaban su contenido de forma temática; y aquí va a surgir otro problema: ¿puede una colección inconexa de conocimientos, por numerosos que éstos sean, constituir una enciclopedia? No hay que olvidar que una enciclopedia tenía que ser una obra para la educación y debía reunir la esencia de todo lo conocido de una forma sistemática. ¿Cómo el azar de las iniciales de cada palabra podría reunir el conocimiento de una forma sistemática? Para comprender una materia era necesario colocarla en una misma categoría con otras similares, ver cómo sus partes se relacionan con ella como un todo y asimismo cuál es su relación con respecto a otras materias superiores. La aprehensión del conocimiento requería un orden, pero ¿en qué basarlo? En épocas antiguas los asuntos considerados más prácticos se colocaban al principio de la obra y los más arcanos al final. En enciclopedias medievales europeas, la teología se encontraba al principio y la seguían la agricultura, las artes militares etc. Francis Bacon intentó otro tipo de ordenación dividiendo el conocimiento en tres grandes categorías: Naturaleza exterior, Hombre y Acción del Hombre sobre la Naturaleza. Cada gran categoría se dividía a su vez en parcelas, p. ej., entre las de Naturaleza exterior se encontraban astronomía, geografía, etc., y entre las de Acción del Hombre, medicina, arquitectura, navegación, etc. Esta idea de divisiones y subdivisiones tuvo una gran influencia sobre las publicaciones posteriores ya que era una manera de garantizar que no quedara fuera de una en-



René Descartes, retrato por Frans Hals (Museo del Louvre).



Retrato de Isaac Newton (1726).

ciclopedia ninguna faceta del saber.

La *Cyclopaedia* de Chambers intentó un compromiso entre el orden alfabético y una cierta sistematización, en el que las diversas partes del conocimiento estaban organizadas de acuerdo con un esquema cuyo diagrama aparecía al principio de la obra. El conocimiento se dividía en Natural y Científico o Artificial y Técnico y cada una de estas partes se subdividía a su vez mediante sucesivas divisiones binarias. En el cuerpo de la obra se proporcionaban referencias cruzadas «de lo general a lo particular, de premisas a conclusiones; de causa a efecto y viceversa», de forma que los distintos artículos se podían colocar en «el orden natural de la ciencia del que el orden alfabético los había sacado».

En la *Enciclopedia* se sigue un ordenamiento inspirado en el de Bacon, comenzando por la división del conocimiento en directo o reflexionado y procediendo a partir de ahí mediante divisiones binarias. Pero en el «Discours préliminaire» ya advierte que «el sistema general de las Ciencias y las Artes es una especie de laberinto, de camino tortuoso, en el que el espíritu penetra sin saber demasiado qué vía seguir».

Como reza el subtítulo del libro que comentamos, «Diccionarios científicos y cultura de la Ilustración», las enciclopedias modernas están ligadas al espíritu de la Ilustración. Un espíritu que aspiraba a que la razón iluminase a los humanos para comprender su mundo y su propia condición. Aunque las palabras que designan a ese movimiento intelectual en las principales lenguas europeas están todas relacionadas con la luz, sólo la inglesa y alemana, «Enlightenment» y «Aufklärung», respectivamente, muestran hoy a las claras esa relación. Tanto en francés como en castellano, el sentido usual de «illustration» o «ilustración» ha dejado de relacionarse con la idea de iluminar, aunque eso significaba su antecesor latino.

Quizá haya sido Kant el que mejor sintetizó el ideal de la Ilustración en una corta composición titulada *Respuesta a la pregunta ¿Qué es Ilustración?* «La Ilustración—escribe Kant— es la salida del hombre de su estado de tutela culpable. Esa tutela consiste en la incapacidad de servirse de su razonamiento sin la dirección de otro. Y es culpable cuando no se deriva de una incapacidad de razonar, sino que nace de la decisión de no servirse de la razón propia sin dirección ajena. *Sapere aude!* ¡Ten valor para servirte de tu propia razón!, ése es el lema de la Ilustración».

El hombre de la Ilustración busca la verdad usando su razón, pero es consciente de que en esa búsqueda puede equivocarse. «Lo que da valor al hombre —escribe Lessing— no es la verdad que cree poseer, sino el esfuerzo sincero que ha empleado en buscarla». Y añade: «Si Dios me presentase en su mano derecha toda la Verdad y en la izquierda el ansia inapagable de su búsqueda, aún con el añadido de equivocarse siempre y eternamente y me dijese: ¡Escoge!, me inclinaría con humildad a su izquierda y le diría: ¡Padre, dame ésta! ¡La pura Verdad es sólo para ti!».

Encyclopaedia Britannica

Para una persona medianamente culta el nombre de *Encyclopaedia Britannica* es hoy sinónimo de enciclopedia bien informada, con garantía en sus artículos. Sin embargo en el momento de su aparición nada parecía predestinarla a ser la única enciclopedia de la época que ha llegado viva a nuestros días. La primera edición de la *Britannica* apareció en Edimburgo en 1771 y aunque anunciada como compuesta por una «sociedad de caballeros» era la obra de una sola persona, William Smellie. El autor del libro hace notar que la *Britannica* fue la primera enciclopedia en aludir en su título a un lugar geográfico a pesar de estar editada en Escocia sólo unos veintidós años después de la batalla de Culloden en la que tropas inglesas destrozaron a las de los Highlands.

Una novedad de la *Britannica* era que no presentaba un Árbol del conocimiento; las artes y las ciencias aparecían como «Sistemas» dedicando largas disertaciones a materias como química, astronomía, leyes. Aunque acogida con comentarios encontrados, esta forma perduró básicamente hasta casi las últimas ediciones del siglo XX. Sin embargo en la edición de 1974, se resucitó la idea del círculo de conocimientos, dedicando una parte de la obra a un esquema de la organización del conocimiento, otra a referencia rápida y otra a conocimiento en profundidad que seguía el concepto inicial de los «sistemas».

Otra peculiaridad de la *Britannica* fue que a partir de su segunda edición introdujo notas biográficas. Esto parecía tan inconsistente con el título de *Diccionario de Artes y Ciencias* que provocó la dimisión de Smellie. Sin embargo la idea tomó cuerpo y muy pronto la mayoría de las enciclopedias incluían biografías. A partir de su tercera edición la *Britannica*

se había consolidado ya como una obra de referencia, función que sigue cumpliendo en la actualidad.

Dos nombres importantes: Francis Bacon y Ephraim Chambers

En la historia de las enciclopedias aparece una multitud de nombres; algunos bien conocidos como p. ej., Comenio o Leibniz, y muchos más que hoy no dicen nada sino al dedicado especialista. Entre esos nombres destacan dos que por distintos motivos marcaron hitos en la larga marcha: Francis Bacon y Ephraim Chambers.

El primero de ellos —como señalamos más arriba— da la primera solución satisfactoria al problema de la organización del conocimiento. Su propuesta, con diversas modificaciones, se siguió usando mucho tiempo; todavía Diderot en la *Enciclopedia* muestra su aprecio por la ordenación baconiana.

La contribución de Chambers fue distinta pero no menos importante, ya que en su *Cyclopaedia* logró compaginar una cierta organización del conocimiento con el orden alfabético en la exposición de las definiciones particulares; además su obra, al ser tan bien recibida, fue la causa inmediata de la *Enciclopedia*.

Mientras que de la vida de Bacon hay amplia información, existen pocas referencias biográficas sobre la de Chambers. En la *Encyclopaedia Britannica* se le dedican dos líneas menos que a la mejor tenista femenina británica de antes de la Gran Guerra, o dos más que a la persona que ayudó a normalizar las reglas del boxeo y fundó el Amateur Athletic Club; personajes que alfabéticamente se encuentran justo antes y después del autor de la *Cyclopaedia*. Enterrado en la Abadía de Westminster, el epitafio de su tumba, compuesto aparentemente por él mismo, nos informa de que «vivió entre la obscuridad y la fama, ni ignorante ni sabio, aficionado al estudio e interesado por todo lo concerniente a la humanidad». Tuvo una formación clásica, pero su familia no pudo sostenerle económicamente en la Universidad por lo que marchó a Londres para aprender un oficio. Trabajó en un taller mecánico pero descontento del lugar entró como aprendiz en la tienda de una persona también interesante, John

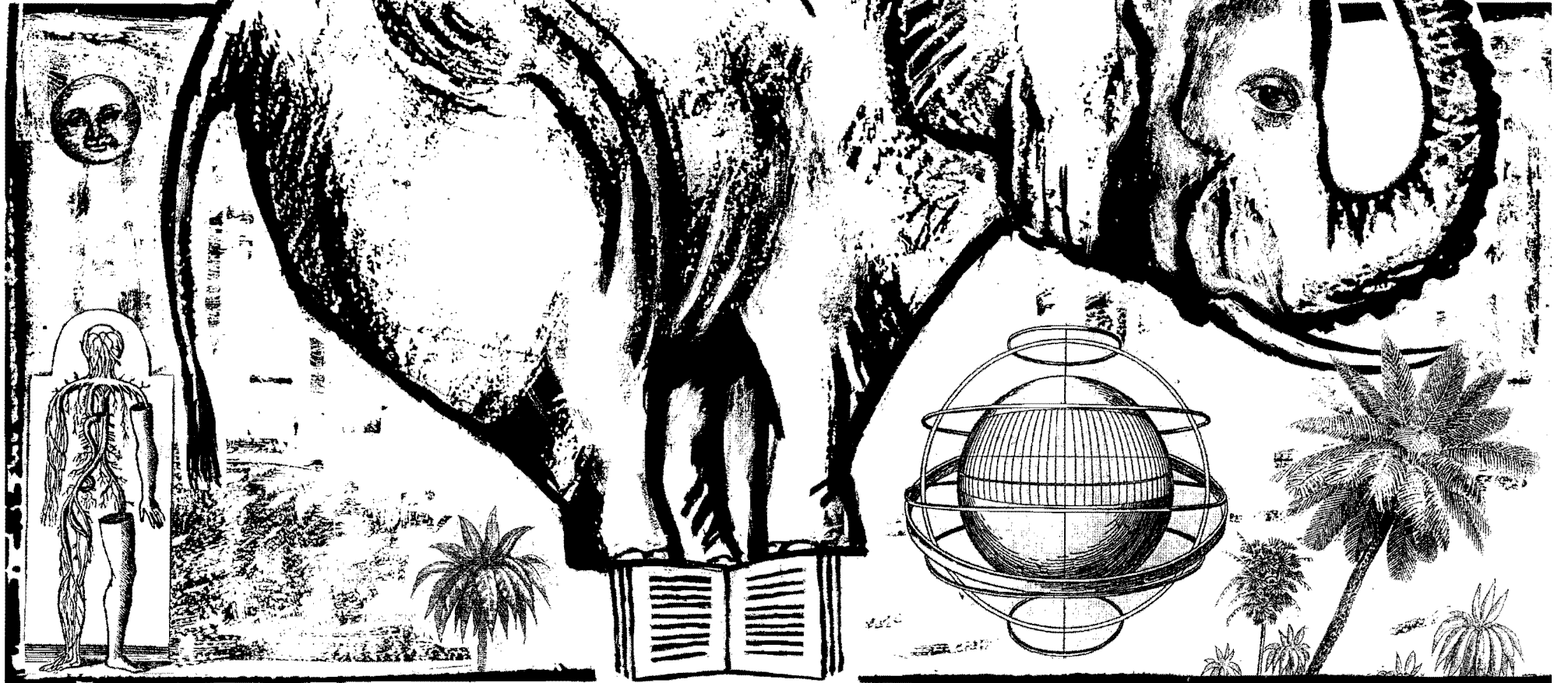
DEL LIBRO «EL JARDÍN DE NEWTON», DE J.M. SÁNCHEZ RON



Viene de la página anterior



Todo lo que era necesario saber



VICTORIA MARTOS

Senex, librero, grabador de mapas, constructor de instrumentos científicos y elegido miembro de la Royal Society. Allí Chambers tuvo la oportunidad de leer una gran variedad de libros que le fueron muy útiles en la construcción de su *Cyclopaedia*. Se dice, incluso, que algunos de los artículos de ese libro fueron escritos allí «debajo del mostrador». El éxito de la *Cyclopaedia* le valió a Chambers ser elegido miembro de la Royal Society como «autor del Diccionario Universal de artes y ciencias».

Chambers rehusó en 1739 una invitación para publicar una traducción francesa de su obra, a pesar de lo cual se inició un proyecto para hacerlo, proyecto que no llegó a materializarse, pero que inició los trabajos que desembocaron en la *Enciclopedia*.

Originalidad o plagio

Los autores de los diccionarios científicos o de las enciclopedias usaron generosamente el sistema de «cortar y pegar»; es decir, utilizaban trozos de obras de otros autores, a los que en general citaban, lo cual no impidió en numerosas ocasiones la acusación de plagio. Chambers en su *Cyclopaedia* se defiende de este ataque diciendo que no pretendía ninguna originalidad, sino hacer el conocimiento accesible a todo el público. Y en la entrada «Plagiarism», comenta que «la obra de los compi-

ladores es, en gran medida, composición de la de otras personas; y que lo que toman de otros lo hacen confesándolo y a la luz del sol... y si roban, lo hacen de la misma forma que la abeja, para el servicio público. Su trabajo no es pillaje, sino recaudación de contribuciones». Estas consideraciones tienen su importancia en el ambiente de discusión existente, desde finales del siglo XVII, entre los partidarios de la idea de propiedad pública del conocimiento y los que pensaban que pertenecía a quien lo había originado. En Inglaterra se promulgó en 1710 la llamada Ley de la Reina Ana que puede considerarse como la primera ley que garantiza los derechos de autor y establece un compromiso entre la propiedad privada y el dominio público de una obra; en efecto, esa ley establecía que los autores de libros eran los que tenían los derechos de autor, pero sólo durante un periodo limitado de tiempo, pasado el cual las obras serían del dominio público. Para tener ese derecho, los libros debían ser inscritos en un registro central. ¿Podían las enciclopedias o los diccionarios científicos acogerse a la mencionada ley? Por una parte eran obras de autor y podrían inscribirse como libros, pero por otra parte sus autores habían copiado trozos de otros que posiblemente estaban bajo el amparo de la nueva ley. Lo que sucedía era que su originalidad se basaba en algo distinto de la que existía en otras obras; la originalidad aquí estribaba en la capacidad de realizar una selección adecuada

de material y su correspondiente organización.

El problema de la posible falta de originalidad desaparece cuando las enciclopedias pasan a ser producto de varios autores en los que cada autor asume la responsabilidad de un artículo, bajo la coordinación de un editor.

¿Enciclopedias.net?

Aunque obviamente fuera del objetivo del libro, el autor del comentario cree útil hacer alguna consideración sobre la situación actual de las enciclopedias tradicionales. Hasta hace todavía pocos años, algunos padres preocupados por la educación de sus hijos, más allá de los límites de los cuestionarios oficiales, adquirirían para ellos una enciclopedia; hoy, en general, les compran un ordenador. Pero las enciclopedias siguen conservando su prestigio; en la contraportada del número de diciembre de 2001 del *New York Review of Books*, -regalos de Navidad- aparece anunciada una enciclopedia para ayudar a jóvenes lectores a convertirse en lectores adultos.

Sin embargo la irrupción de la publicación electrónica ha cambiado el panorama de este tipo de obras incluyendo a la prestigiosa *Encyclopaedia Britannica* que en 1990 presentaba la cifra de negocios más elevada de su historia con unos ingresos de unos 650 millones de dólares anuales. Con un merecido prestigio universal, y un contenido de información que no podía almacenarse en un solo CD-ROM decidió seguir su publicación únicamente sobre papel; sin embargo, cuando las enciclopedias electrónicas empezaron a venderse, e incluso a regalarse, las ventas de enciclopedias en papel cayeron más del 80% lo cual forzó a la *Britannica* a usar las nuevas técnicas. Hoy en día podemos incluso disponer por un precio razonable en CD-ROM o DVD de la mismísima *Encyclopaedia* de Diderot.

Está claro que la capacidad informativa y la posibilidad de hiperenlaces que ofrece la red sobrepasa las capacidades de una enciclopedia sobre papel; la posibilidad de acceder en muchos casos a artículos originales desde la búsqueda inicial, está fuera del alcance de las enciclopedias tradicionales. Quizá esas posibilidades estarían en la mente del escritor H.G. Wells cuando a principios del siglo XX escribía precisamente sobre un proyecto de enciclopedia

mundial: «No quedará un iletrado en el mundo. Rara será la persona desinformada o malinformada. Y el cerebro de la red mundial total será la Enciclopedia Mundial Permanente».

En este entorno ¿cuál es el porvenir de las enciclopedias? Probablemente el viejo problema de la organización y sistematización del conocimiento pueda ser el papel reservado a las enciclopedias, electrónicas o sobre papel; estas últimas con el añadido placer físico de la lectura de un libro. No hay que olvidar que la información por sí misma es bien poco si no se digiere y se integra en un esquema mental organizador. En su libro *Consilience* (ver «SABER/Leer», junio/julio 2000) escribe E.O. Wilson: «Estamos ahogándonos en información, mientras que estamos ayunos de sabiduría». Sería bueno meditar sobre esto en medio del presente entusiasmo colectivo por la red.

En conclusión, la lectura del libro comentado proporciona un recorrido bien documentado sobre el ambiente intelectual que rodeó la aparición de las modernas enciclopedias en pleno Siglo de las Luces. En algunas ocasiones se echa de menos una mayor concreción en la definición o en el tratamiento de ciertos asuntos; p. ej., en el caso de la organización del conocimiento algunos ejemplos específicos de las distintas posiciones hubiesen facilitado la comprensión de las varias soluciones dadas al problema. En algunos momentos el libro da por tratadas algunas cuestiones que sólo se analizan más a fondo en capítulos posteriores, lo cual causa a veces alguna confusión y produce repeticiones innecesarias. A pesar de todo el libro resulta atractivo. Para los interesados en la materia que trata que no tengan tiempo suficiente para dedicarse a su lectura..., bueno, pues lean el capítulo sobre Enciclopedias, por ejemplo, en la *Britannica*. □

RESUMEN

El libro de Richard Yeo que comenta Carlos Gancedo considera el ambiente intelectual que condujo a los diccionarios científicos y a las enciclopedias del siglo XVIII en las Islas Británicas. El autor considera la evolución de las obras que intentaban compendiar todo el saber útil y necesario para la educación de una persona hasta el momento en que el desarrollo de las ciencias hace imposible la recopilación de todo el conocimiento. Esto su-

pone la eclosión de una serie de diccionarios especializados que ante la demanda de una sistematización del conocimiento dan paso a las modernas enciclopedias. De todas ellas sobrevive hoy la *Encyclopaedia Britannica*. El libro examina también los problemas que surgen cuando la enciclopedia ya no puede ser obra de una persona, así como los conflictos que se plantean sobre la propiedad de los saberes recogidos en esas obras.

Richard Yeo

Encyclopaedic Visions. Scientific Dictionaries and Enlightenment Culture.

Cambridge University Press, Cambridge, 2001. 336 páginas. 40 libras esterlinas. ISBN: 0-521-65191-3

En el próximo número

Artículos de Emilio Lledó, Víctor Nieto Alcaide, Francisco Ruíz Ramón, Ramón Pascual, Antoni M. Badia i Margarit y Fernando Morán

Cada historia, nuestra historia

Por Emilio Lledó

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad a Distancia, ha sido docente en las universidades de La Laguna, Barcelona y Heidelberg y «fellow» del Wissenschaftskolleg, «Institute for Advanced Study», de Berlín. Premio Nacional de Ensayo 1992; entre sus libros se encuentran Filosofía y Lenguaje, El epicureísmo y La memoria del Logos.

Alejado, ahora, de mis más inmediatos intereses, el libro de José Luis Villacañas, sobre *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, ha supuesto, sin embargo, una conmoción y un reencuentro. Hacía algunos años que no me ocupaba de una lectura sistemática de nuestra historia más reciente y, por supuesto, decenios que no había ojeado un libro de Maeztu. Confieso, además, que nunca me interesó especialmente su pensamiento, como no me interesaron tampoco los autores que escribían sobre él y no digamos sus seguidores y biógrafos. Desde mi temprana adolescencia me sentí —y me duele reconocerlo así— en otro bando. Digo que me duele reconocerlo, porque el estudio, el diálogo, incluso, con los representantes de otros dominios ideológicos pueden enriquecer las propias ideas, mejorarlas, completarlas. Ese diálogo y esa apertura es, además, un ejercicio necesario de racionalidad y humanidad, y en él tenemos que completarnos y enriquecernos. Es verdad que no siempre podemos con todo, que no siempre tenemos tiempo y gusto para todo.

Sin embargo me ha preocupado, constantemente, ese hecho misterioso de cómo se construyen nuestras particulares ideologías; de cómo se forja ese lenguaje interior que nos define; por qué pensamos lo que pensamos y queremos lo que queremos.

Cada uno de nosotros es, en lo más íntimo, un lenguaje, convertido en gesto, en costumbre y, fundamentalmente, en palabra. Lo que hablamos y, por supuesto, lo que pensamos es fruto de esa lengua matriz que somos. Una lengua que modula nuestras opiniones, el fondo personal e inefable de nuestro ser. La famosa expresión «Individuum est ineffabile», atribuida, sin demasiado fundamento, a la tradición medieval, no sólo deja ver las dificultades del lenguaje para definir y precisar la totalidad de lo que somos, sino que manifiesta esa superior aporía de que

nuestras palabras recojan, hasta el fondo, la realidad de nuestro cuerpo, de nuestros pensamientos y, no digamos, de nuestros sentimientos. Pero, a pesar de tal dificultad, lo que decimos y pensamos arranca de ese conglomerado de experiencias que ha ido creando nuestra manera de ser.

Ante el horizonte de esas experiencias se levanta también un sentimiento, una sensibilidad, un temple —«Gefühl»— que, muchas veces, nos condiciona y determina. Un temple que es producto de nuestra historia personal: de esa conjunción de la vida, de la so-



TINO GATAGÁN

ciudad, de las instituciones y de los prejuicios diluidos por el lenguaje, entre los que hemos nacido y que, por diversas y sutiles formas de presión, se han encarnado, con mayor o menor resistencia, en nosotros.

Decía, pues, que Maeztu, del que sólo llegué a leer, allá por mis años de estudiante, la *Defensa de la Hispanidad*, no me estimulaba suficientemente, y eran otros autores muy distintos y, para mí más originales y sabrosos, los que empezaba a descubrir y con los que podía, afectiva e intelectualmente, dialogar. Además, el entonces profesor de Filosofía de la Historia de la Universidad de Madrid, Rafael Calvo Serer al que apenas veíamos, por sus frecuentes viajes, nos había dado un «pensum» de lecturas obligatorias, para entretener sus ausencias. En este momento tal vez tendría que intercalar que el encontrar, en el libro de Villacañas, a Calvo Serer, ha sido, entre otras razones mucho más interesantes, una de las que me han despertado el apetito de su lectura. Un ejercicio, pues, de rejuvenecimiento, una práctica de la ofuscada o distraída memoria, un reencuentro con el pasado, que es ese fondo inefable y, en buena parte, intransferible, que nos orienta y nos alienta. Y ese ejercicio es algo vivo y necesario

aunque, muchas veces, tengamos que divagar por las ruinas de nuestra memoria, un poco perdidos y desgastados. Pero ese errar, por entre los recuerdos, nos alimenta y clarifica. Porque estamos atados al ruido de los instantes, al agobiado tráfico de los presentes que no nos dejan oír, ni ver, otra cosa que sus inmediatos y desconcertantes fogonazos.

El desierto de la desmemoria

Se comenta, hasta la saciedad, que los pueblos que olvidan su historia están condenados, estúpidamente, a repetirla. Pero no es ésta sólo la única desgracia posible. Más acuciante aún es el desierto de desmemoria que nos convierte en piedra, en piedra arrojada, incluso, en las manos de aquellos que nos manejan. De la misma manera que la pérdida de nosotros mismos es una de las plagas más feroces de la vejez —ese no saber ya quiénes somos, quiénes fuimos—, la ausencia de la memoria colectiva, o su desfiguración, deshace el espacio en el que habitamos al suprimir, en él, todas las referencias que nos proyectan como seres humanos. Seres capaces de mirarse en el espejo de la historia, que pueden reconocerse en ella, que pueden re pensarla y descubrirla de nuevo, que pueden, incluso, reescribirla. Precisamente esa reescritura es una de las más incansables y fecundas tareas que se nos ofrecen. Porque, desde cada presente, la historia se hace visible, entre otras cosas, a través de los restos de un pasado que, desde siglos, se nos aparece como escritura. Una escritura en la que se trasparencia siempre el sujeto que la inventa y en la que emergen los condicionamientos de esas letras, la sintaxis afectiva, ideológica, que las engarza, los intereses, más o menos enmascarados, más o menos sutiles, que la sostienen. El ya viejo tema de la objetividad de la historia no sólo es una pretensión imposible, sino que es una ambición inhumana. Igual que, en el famoso texto de Aristóteles, la voz es símbolo de los sentimientos que llevamos en el ánimo, las letras abren también los sentimientos y las afecciones de esa voz, en la que se trasluce el río interior de nuestra conciencia, el curso invisible de nuestra lengua matriz, esa lengua que fluye, entrecortada e incompletamente, por el cauce de nuestras palabras.

La historia, se suele decir, es como un espejo del pasado; un extraño espejo hecho palabras, y en cuyo opaco fondo aparece, a veces, nuestro propio rostro. La tarea de mirar se transforma, así, en una empresa moral, en una cierta responsabilidad de quien mira y habla. Una «irresponsable responsabilidad», sin embargo, porque no podemos responder plenamente a todas las preguntas de lo real, a todos los matices y tonos con que suena la vida de los seres humanos. Pero aunque no podamos poner los ojos en todos los rasgos de lo real, y no podamos escuchar todos los sonidos que despiden los sucesos de la vida, el



En este número

Artículos de

Emilio Lledó	1-2-3	Ramón Pascual	8-9
Víctor Nieto Alcaide	4-5	Antoni M. Badia i Margarit	10-11
Francisco Ruiz Ramón	6-7	Fernando Morán	12

SUMARIO en página 2



Cada historia, nuestra historia

principio inevitable de solidaridad que nos acoge y en el que hemos nacido, abraza siempre un estímulo de coherencia, un fundamento de sociabilidad que, en el aire de las palabras, deja caer esa semilla de diálogo que, por encima de todas las oscuridades, fecunda, de mil formas, el territorio del lector.

Pero dentro de la vida personal de cada individuo, hay parcelas, en esta historia que creemos ya globalizada, que necesitan una revisión continua. Es la parcela de nuestra experiencia como ciudadanos de una determinada nación; de la historia que hemos vivido y que, en muchos momentos, hemos padecido. Pocas globalizaciones podríamos entender, si no sabemos descubrir los derroteros, siempre más limitados, que ha surcado la vida colectiva de cada país. Una vida que, por cierto, está sometida, frecuentemente, a los intereses, a la ideología de los que en ella tienen el poder, no sólo de orientarla y acuciarla, sino también de interpretarla, de narrarla.

En esas interpretaciones se van acumulando estereotipos teóricos, «figuras de

consciencia», que diría Hegel, grumos mentales que embadurnan nuestra percepción e impiden el flujo de las ideas. Precisamente porque la historia que vemos y decimos, la historia que practicamos, no puede ser plenamente neutral, tenemos que operar ante ella, con una cierta forma de incorrección, para liberarla de esas frases hechas, de esas acristaladas y enmarcadas visiones, de esos escurridizos pero «correctos» tópicos, con que nos la sirven, o nos la servimos. Consolados por el discurso de unos hechos que consideramos ya establecidos, al menos en algunas de sus encrucijadas usuales, nos produce una cierta desazón, cuando los vemos vivos de nuevo, inestables e inclasificables, esperando otra vez el encuadre terminológico, el engarce y el tono, que pueda armonizar con aquel con el que parecía que sonaba nuestra alma.

Pero, además, cuando el nuevo discurso desmonta las lindes establecidas e irrumpen en territorios ideológicos, de cualquier signo que sean, tendemos a clasificarlo dentro de los límites deshechos, con la pretensión de que así nos será más fácil reconocerlo, etiquetarlo.

Lo que antecede es parte de lo que habría querido explicar, con más detenimiento aún, para exponer algunas de las perspectivas que me ha abierto el libro reseñado. Su autor, joven catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Murcia, ha publicado, entre otros trabajos, dos voluminosas y magníficas investigaciones, *La formación de la Crítica de la Razón Pura* (1980) y *La filosofía teórica de Kant* (1985). Y ya que estamos en territorio kantiano, tengo que mencionar un libro que es una de las más originales interpretaciones que para iniciar y, en parte, profundizar en su lectura, hay entre la bibliografía del filósofo de Königsberg: *Racionalidad crítica. Una introducción a la filosofía de Kant*, publicado en 1987. Desde entonces, su talento nos ha regalado una serie de libros, traducciones y artículos de los que mencionaré, únicamente, *Los caminos de la reflexión* (1991) con los que inicia una extensa *Historia de la Filosofía*, de la que ha aparecido también una *Historia de la Filosofía con-*

temporánea (1997) y los libros sobre las formas del idealismo alemán como *Especulación, nihilismo y cristianismo en F. H. Jacobi* (1989), *Tragedia y teodicea de la Historia* (1995), *Narcisismo y objetividad. Un ensayo sobre Hölderlin* (1997), etc. Últimamente nos ha obsequiado con un trabajo de teoría política, y que lleva el título de *Res Publica. Los fundamentos normativos de la política* (2000).

Una experiencia intelectual

La lectura del libro sobre Maeztu me ha hecho pensar en problemas de nuestra política y nuestra cultura recientes y ha constituido, pues, una fuerte experiencia intelectual. Las razones de esta apasionada y, al par, prudente lectura, como nos recomendaría su autor, no se debe sólo al reflejo de la lucidez de muchas de sus páginas, como éstas que, por ejemplo, tienen que ver con el *Quijote* o la *Celestina* y que, por su misma fuerza literaria, nos estimulan a que dialoguemos también con ellas. Don Quijote, Don Juan y la Celestina fueron, como es sabido, tema de uno de los más conocidos libros de Maeztu. Tampoco bastaría para atraer nuestra atención la familiaridad que podamos tener con algunos de los autores —Kant, Kierkegaard, Ortega, Carl Schmitt—, que Villacañas interpreta para contextualizar, teóricamente, la comprensión de las ideas de Maeztu; ideas que emergen entre los avatares de la política de su tiempo, y las polémicas con escritores españoles del nuestro. Polémicas que hoy no parecen tener interés alguno, porque manipulan conceptos estereotipados, en una fraseología resbaladiza y sin reflexión alguna. Polémicas embotadas, en campos de combate, hace siglos, calcinados y desiertos.

Mas allá del espejo, descubrimos el panorama real de la vida y el aliento que ha sostenido a los hombres y mujeres que les tocó respirar aquel aire, que como el de Madrid que respiramos estos días —el aire real, quiero decir—, está enrarecido de innumerables ponzoñas. Y esa vida real nos permite adivinar la figura de Ramiro de Maeztu, desfilando an-

te un paisaje político en el que incidió con una pasión e incluso, me atrevería a decir, con una violencia tremenda. No conozco demasiados detalles de su biografía, ni he podido sumergirme en la tantas veces sorprendente y helada piscina de las hemerotecas; pero pienso que la pasión con que, al menos el primer Maeztu, se lanzaba a la lucha por clarificar y entender muchos de los problemas de la época, respondía a una entrega política en la que se encuadraban sus ideales. Esos ideales que con tanta radicalidad manifestaban los primeros clásicos de la teoría social y de los que jamás debería apartarse la democracia: «Mendigos y hambrientos de bienes personales, que van a la política creyendo que es de ahí de donde han de sacar su riqueza» (Platón, *República*, 521a).

Quiero creer que esa pasión política, tal como nos la refleja José Luis Villacañas, en el largo periodo que va desde los primeros escritos de Maeztu hasta la Dictadura de 1923, estuvo determinada por ese ideal del caballero, como el autor caracteriza a la empresa inicial de Maeztu. Un ideal que, con todas las posibles exaltaciones y ofuscaciones, debieron, tal vez, de animar la desinteresada pasión política, —desinteresada de intereses egoístas—, del «caballero católico».

No pretendo insinuar con ello que, después, Maeztu se corrompiese con apetencias de lucros personales; pero, casi siempre, la forma más peligrosa y dañina de corrupción es la de la mente, la corrupción y el consiguiente hedor de las supuestas ideas. Una corrupción que, en determinados personajes, no es expresión de una lucha por entender e interpretar, sino que es, únicamente, la carcasa que recubre esos bloques mentales que, como la campana de los perros de Pavlov, han metido los reflejos condicionados de sus intereses. La escurridiza y monótona terminología con la que pretenden defenderlos brota, en buena parte, por la asfixia de esa peste silenciosa e implacable que recorre y se propaga en la sociedad de consumo. Una sociedad inerme y, en buena parte, asustada y

Qué es

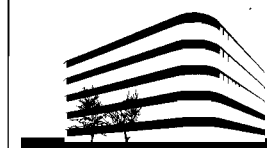
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

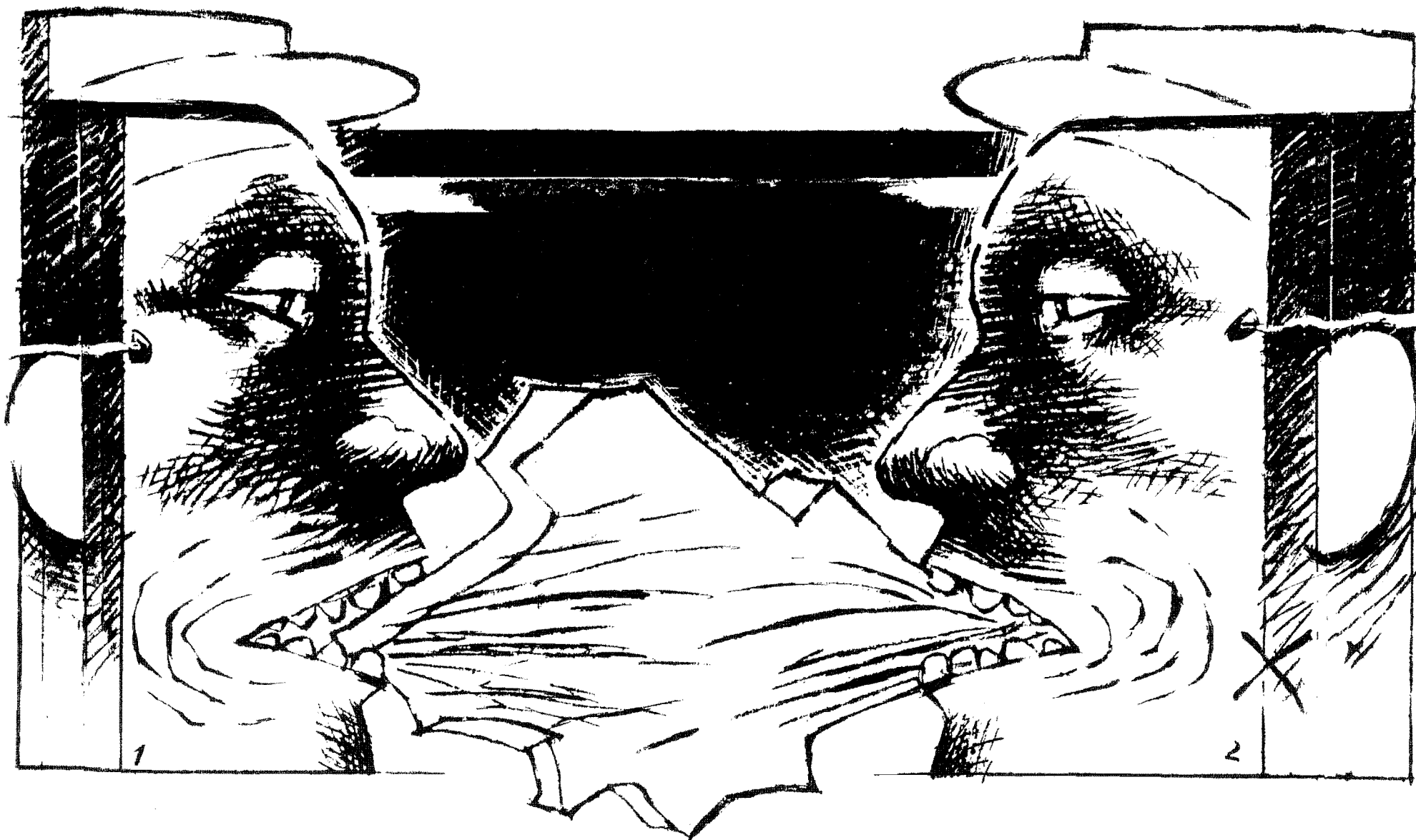
Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Cada historia, nuestra historia», por Emilio Lledó, sobre <i>Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España</i> , de José Luis Villacañas	1-2-3
«La historia y las exposiciones de arte», por Víctor Nieto Alcaide, sobre <i>El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas</i> , de Francis Haskell	4-5
«Calderón, ¿clásico y/o contemporáneo?», por Francisco Ruiz Ramón, sobre <i>Calderón en escena: siglo XX</i> , de varios autores	6-7
«La música de las esferas», por Ramón Pascual, sobre <i>El universo elegante: supercuerdas, dimensiones ocultas y la búsqueda de una teoría final</i> , de Brian Greene	8-9
«Lengua catalana: dos caras de una medalla», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>Enciclopèdia de la llengua catalana</i> , de Francesc Vallverdú (ed.)	10-11
«¿Existe África?», por Fernando Morán, sobre <i>Ébano</i> , de Ryszard Kapuscinski	12

Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

entontecida, ante el grotesco e imperioso fantasma del afán de dinero y de su, tantas veces, miserable poder.

En la posible corrupción mental de Maeztu, quiero creer que sonaron otro tipo de campanadas más idealistas, en su paranoica forma de entender la solidaridad social y la organización de la Polis. En una sociedad inmadura, por razones en las que ahora no es preciso entrar, como la nuestra, «muchas veces», como dice Villacañas, «el buen juicio que tengamos depende de que un interlocutor nos refuerce, o no, nuestra propia inclinación a la locura» (486) o, dicho de manera más suave, al fanatismo y a la irreflexión.

Tal vez fue eso lo que en mi juventud me apartaba de la lectura de autores como Maeztu. Una juventud, por cierto, bastante politizada, en el sentido de que, desde los dieciocho años, pronto supe, por esas razones del corazón, del propio corazón y del corazón de otros, en qué campo de batalla, por así decirlo, me hallaba, y cuál había sido la historia de mi país para que, con relativa claridad, percibiese, o intuyese, o barruntase algunas de las causas de sus desgracias.

Razones del corazón que la razón no conoce; pero que, precisamente por ello, una de las tareas esenciales de la filosofía, o mejor dicho del pensamiento de los seres humanos, será luchar por conocerlas. No hay razones del corazón que no seamos capaces de conocer. Porque esas razones, que Pascal metafóricamente en su cordial imagen, son razones que, efectivamente, anidan en nosotros mismos, que han depositado el lenguaje o el pseudolenguaje en el que hemos crecido y que hemos oído en los espacios familiares, sociales y, sobre todo, institucionales en donde se nos ha hablado y en donde se ha forjado ese lenguaje que somos y que no basta con que lo sepamos hablar. La racionalidad de las razones no consiste sólo en ser dichas sino en saberlas decir, en saberlas pensar, en revivirlas, en revisarlas y en reflejarlas. De la misma manera que el tópico de la libertad de pensamiento, que tan orgullosamente esgrime la democracia, no se funda en el hecho de que podamos decir lo que pensamos, sino de que podamos pensar lo que decimos.

Precisamente a esto es a lo que nos invita

la lectura de este libro: un pensamiento que juzga y se enriquece al reconocer la identidad de los problemas que acosaron a Maeztu y que, por lo que parece, nos acosan, con menos conocimiento que a él, a nosotros y a nuestros políticos.

El fondo histórico de la sociedad española

Una de las luchas que, en sus primeros años, llevó Maeztu, consistió en destacar la ciega ferocidad del caciquismo y las oligarquías que lo administraban. La oligarquía en los retorcidos vericuetos de su poder «hace perder el sentido moral y universal que subyace al Estado y al derecho, dejando a los trabajadores en manos del sindicalismo soreliano o marxista» (149). Maeztu comprendió que el fondo histórico de la sociedad española, tantas veces abandonado por la oligarquía, tenía que ser asumido con inteligencia y solidaridad por aquellas otras clases, en principio, más cultivadas y que, necesariamente, tenían, para mostrar su cultivo y no sabemos si su inmerecido privilegio, que establecer otros principios que el del propio y desafiado lucro.

No me extrañaría que, en esos momentos de radical oposición a la oligarquía que «funcionaba porque la monarquía era su clave», como Ortega comentaba en una carta a Maeztu en 1910, se pensase que ese lastre oligárquico, analfabeto e insensible fuese una de las más graves condenas que había sufrido el país. Es curioso que este pensamiento sobre las características de la oligarquía y sus mandatos aparecen en ámbitos distintos de la inmediata política. En *Juan de Mairena* escribe Machado: «Es lástima —decía— que sean siempre los mejores propósitos aquellos que se malogran, mientras prosperan las ideas de los tontos, arbitristas y revolvedores de la peor especie. Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre

de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecer esas escuelas prácticas donde puede aprender la manera más científica y económica de aserrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reíría en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos, en el mal sentido —si alguno hay bueno— de la palabra» (*Juan de Mairena*, l. 35).

Por eso, en su interpretación del socialismo, Maeztu afirmaba que «al socialismo le sostiene una idea moral» (153). Esa idea moral debe seguir formando el centro de todo proyecto pedagógico y educativo. Ese «ethos» es el que impide la tergiversación de la política y el destroz de lo público por los intereses privados. Éste es el sentido fundamental que una educación democrática debe promover entre la sociedad. «El capitalismo en España es de rapiña y eso provoca las revoluciones» (267), decía Maeztu en su temor ante la posible violencia de las clases obreras. El diagnóstico de Maeztu suena hoy levemente anacrónico, porque determinadas formas de poder han descubierto la manera de suavizar, enmascarar, extender la ideología de la rapiña.

No puedo extenderme más en las muchas ideas que me han aireado las páginas de este libro singular. Me gustaría, eso sí, discutir

algunos matices —no sé si llamarlos desacuerdos—, e incluso un cierto desamor, a veces, por algunos de los hombres de la República y, más concretamente, de la Institución Libre de Enseñanza, que a pesar de todos los pesares, que fueron muchos, constituye la creación pedagógica más importante y revolucionaria que se ha hecho nunca en nuestro país. Por eso fue tan atacada y silenciada. La mayoría de los libros que sobre la Institución se han escrito han sido por autores muy escorados ideológicamente, y en algún caso solapadamente, hacia el territorio de los, entonces, vencedores. Yo soy un niño de la guerra y he visto, con nueve o diez años, aquellos cartelones que en Madrid, anunciaban: «No pasarán». Pero ¿quién pasó y por dónde?, diríamos glosando al poeta. Y uno no puede evitar, muchas veces, ser coherente con sus nostalgias, por mucho que ya estén asimiladas y enmarcadas. Por fortuna, espero, que ya haya pasado, en su extrema radicalidad, lo que en otro contexto escribe nuestro autor: «cómo confiar democráticamente en un pueblo que alberga la muy antidemocrática aspiración de eliminar recíprocamente a la otra mitad» (242).

Una lectura abierta, generosa y crítica, quiero decir con criterio y mesura, de este libro, inteligentemente incorrecto, fruto de erudición y de reflexión, es un saludable estimulante para que nuestra historia no se vaya quedando en el oscuro desierto del olvido. □

RESUMEN

Confiesa Emilio Lledó su distanciamiento ideológico e intelectual de Ramiro de Maeztu, pero la publicación del ensayo de José Luis Villacañas le da ocasión de reflexionar, desde su alejamiento crítico, sobre cómo se construyen nuestras particulares ideologías, cómo se forja ese lenguaje interior que nos define, por qué

pensamos lo que pensamos y queremos lo que queremos. Y relejendo a Maeztu se ha recontrado con el pasado, que el comentarista define como ese fondo inefable e intransferible que nos orienta y nos alienta. Ese errar por entre los recuerdos nos alimenta y clarifica, y evita en suma perderse en el desierto de la desmemoria.

José Luis Villacañas

Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España

Espasa, Madrid, 2000. 494 páginas. 26,74 euros. ISBN: 84-239-9754-5

La historia y las exposiciones de arte

Por Víctor Nieto Alcaide

Víctor Nieto Alcaide (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, miembro del Comité Internacional d'Histoire de l'Art, presidente del Comité español del Corpus Vitrearum Medii Aevi y miembro de la Hispanic Society. Es especialista en arte contemporáneo y en historia de la vidriera. Es Premio Nacional de Historia 1999 por su libro *La vidriera española. Ocho siglos de luz*.

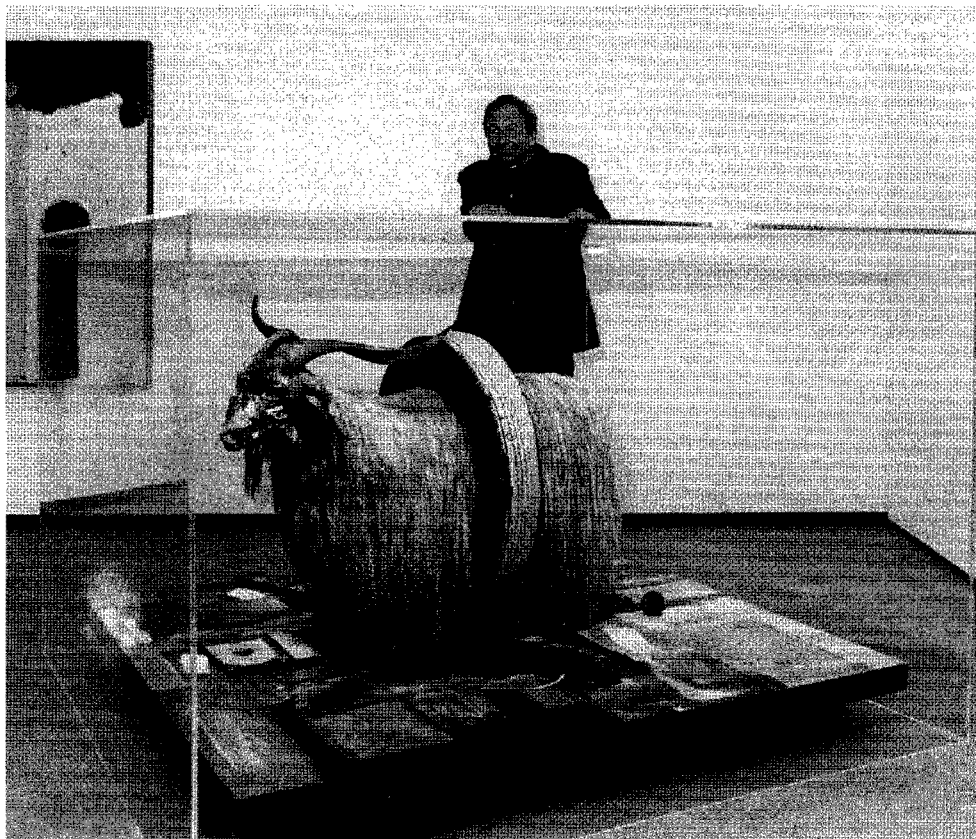
En el siglo XX el arte experimentó la transformación más radical de toda su historia. Se produjo una ruptura con los sistemas de representación del pasado, se establecieron nuevas consideraciones y formulaciones en torno al objeto artístico, se procedió a la utilización de nuevos materiales, surgieron concepciones revolucionarias en torno al edificio y a la ciudad y surgió una forma inédita de entender la actividad artística y de percibir las obras de arte. Lo cual dio lugar a que surgieran nuevas definiciones del concepto mismo de arte y de las funciones de la obra de arte que han tenido una profunda repercusión en la valoración tanto de las obras del presente como de las del pasado.

Esta nueva situación no ha sido un fenómeno aislado y solitario. Ha discurrido íntimamente unido a dos actividades relacionadas con el conocimiento y la difusión del arte. Por un lado, el importante desarrollo de la historia del arte en la que han tenido cabida los más diferentes objetos de estudio hasta vulnerar de forma radical lo que había sido su ámbito de análisis tradicional. Por otro, las nuevas formas de difusión artística a través del mundo de la edición y de las exposiciones.

Las exposiciones constituyen un fenómeno propio de nuestra cultura contemporánea en la que aparecen imbricadas cuestiones de índole política, social y cultural. El mayor conocimiento del arte, tanto del presente como del pasado, ha posibilitado una difusión a través de exposiciones en las que no solamente han intervenido factores artísticos sino de carácter político y social. Pero, al mismo tiempo, el gran desarrollo de las exposiciones ha sido uno de los impulsores de la moderna historia del arte.

Las exposiciones y el arte

Es evidente que la idea de exposición, basada en la exhibición de obras de arte para hacer accesible a un amplio sector del público su contemplación, tiene un origen en las ideas surgidas con la Ilustración y la revolución francesa. La idea de poner el arte a disposición del pueblo suponía mostrar, educar y enseñar.



Robert Rauschenberg en la inauguración de su exposición, en la Fundación Juan March, Madrid (8-II-1985).

La práctica de estos principios se puso en funcionamiento a lo largo del siglo XIX. Poner al alcance de un amplio número de espectadores obras de arte que, por lo regular, se hallaban ocultas en colecciones privadas, en instituciones religiosas o del estado suponía, por un lado, agrupar, para articular con ellas el argumento de un discurso y de una idea, y, por otro, crear una ruptura de la obra con su contexto. O, lo que es lo mismo, descolocar la obra con respecto al ámbito y las funciones para las que fue creada. En las exposiciones, como en los museos, pero con la particularidad de que esta descolocación se produce en un tiempo limitado, las obras se descontextualizan y pierden su función original y pasan a ser contempladas exclusivamente como objetos artísticos. Al mostrar una pintura, una escultura o un tapiz procedente de una colección nobiliaria o regia, aislándolas de sus funciones representativas, y presentarlas como obras de arte, estos objetos adquirían una categoría que pasaba a ser entendida como patrimonio de toda la sociedad: su condición de belleza.

Durante los siglos XIX y XX han ido aumentando los sectores de la sociedad que demandaban un mayor acceso a la cultura. Pero, a la vez, las exposiciones y los museos, que parecían atender esta demanda, han venido propiciando en progresión geométrica unas exigencias cada vez mayores. Ha sido un

fenómeno que se ha producido de forma acelerada a lo largo de los siglos XIX y XX y que ha tenido una importante repercusión en el concepto de arte, en los mecanismos de difusión y en los objetivos que se han fijado los organizadores de estas exposiciones.

Es evidente que una de las novedades de la cultura artística del Renacimiento fue el nuevo papel y las nuevas funciones atribuidas a las obras de arte. Las colecciones de los príncipes, como notó Chastel, dejaron de ser una acumulación de piezas realizada con un ingenuo y simple afán de tesaurización, para convertirse en un objeto de prestigio social, un arma política y un medio de estrategia diplomática. El príncipe mostraba su colección a aquellas personas a las que quería agradar y demostrarles su deferencia. Consciente de esto, otras piezas quedaban para disfrute íntimo y en solitario del príncipe en su «studio». Este uso de las obras de arte abre el camino moderno de los usos y manipulaciones de los objetos artísticos que afectará en los siglos XIX y XX a la política de exposiciones. Pues muchas de las exposiciones que se han realizado en este período, aunque esencialmente su contenido ha sido artístico, presentan unas claras intenciones de orden político.

A través de las exposiciones las obras de arte se muestran, se difunden, se dan a conocer y ponen al alcance de un público cada vez ma-

yor obras maestras desconocidas. Y, también, se estudian. Hasta el punto de que en algunas ocasiones la exposición ha desplazado el interés por el museo. Obras que se exhiben en el museo de una ciudad tienen una capacidad de atracción mucho mayor cuando se exhiben en una exposición que, en ocasiones, se organiza paradójicamente en el mismo museo. La exposición Velázquez, celebrada en el Museo del Prado del 23 de enero al 31 de marzo de 1990, cuyo contenido fundamental eran las obras del pintor en el mismo museo, generó colas interminables para ver en «forma de exposición» lo que sin agobios podía contemplarse habitualmente en las salas del mismo museo.

El fenómeno se debe a que, acaso, la exposición temporal introduce un efecto íntimamente unido a la cultura de masas como es el fenómeno del acontecimiento, la idea de temporalidad, de un espectáculo que tiene una duración efímera y que se produce en un tiempo corto e irreplicable. Un acontecimiento que el espectador sabe que después no se volverá a ver. También influye en esta psicosis producida por la exposición el hecho de poder contemplar en un solo espacio, y ordenadas siguiendo un argumento, obras dispersas en museos y colecciones de todo el mundo. Junto a ello, el papel que juegan los catálogos de las exposiciones ha cobrado una importancia capital contribuyendo a acentuar el carácter de acontecimiento de las exposiciones. Obras pulcramente editadas se han convertido normalmente en la documentación más importante sobre el tema de la exposición, cuya publicación disuade habitualmente de la edición de otras monografías y estudios.

El carácter temporal y la condición de acontecimiento, junto con la conciencia de que este agrupamiento efímero muy pronto volverá a estar disperso, son razones que explican el éxito y la demanda de las exposiciones a lo largo de los dos últimos siglos. Algo que ha conducido a una vía peligrosa al haber convertido el arte en un espectáculo, que con frecuencia ha desvirtuado el sentido y significado de las obras mismas y que ha sido motivado por razones muy distantes de las propiamente artísticas. Además del riesgo para las obras mismas de los numerosos traslados cuyo consentimiento ha obedecido en muchos casos más que a una finalidad artística a un acto político. El préstamo de obras para exposiciones por parte de museos y coleccionistas, un fenómeno que siempre ha sido objeto de polémica, se hizo, a partir de 1900, una práctica habitual que ha continuado manteniéndose hasta nuestros días, aunque algunas instituciones y museos, como la National Gallery de Londres, se resistieron a ello y no comenzaron a desarrollar esta práctica hasta algunas décadas después. Sin embargo, las exposiciones se han convertido en una práctica habitual cuyo análisis constituye un fenómeno imprescindible para comprender la historia del arte, la oscilación del gusto y lo que pudiéramos llamar la revolución de la sensibilidad artística de los dos últimos siglos. Es un fenómeno que ha tenido una honda repercusión en la cultura artística de nuestro tiempo hasta el punto de que hoy sería imposible comprender la existencia del arte sin los museos y sin las exposiciones temporales.

El historiador Francis Haskell (1928-2000) dedicó su último libro al estudio de las exposiciones de los maestros antiguos: *El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas*. Un tema que le había preocupado desde mucho antes y al que dedicó un capítulo sobre la exposición de los Primitivos Flamencos celebrada en Brujas en 1902 en el libro que precedió a éste: *La historia y sus imágenes: el arte y la interpretación*



Visitantes en la exposición «Henri Matisse: espíritu y sentido».

Viene de la página anterior



Colas de entrada a la exposición «Monet», Fundación Juan March, Madrid (1991).

del pasado (edición española, Alianza, 1994). Se trata de un problema al que Haskell había ido prestando una atención continuada a lo largo de su labor de historiador del arte. «Por ello, —como ha señalado Nicholas Penny— pese a que nadie podría haber predicho que dedicaría sus investigaciones a la historia de las exposiciones, una vez que así fue parecía que se trataba de algo casi inevitable.»

Arte, público y prestigio

Las exposiciones temporales han cambiado por completo la imagen y la idea que teníamos de numerosos artistas, de una escuela, de un periodo o de un tema iconográfico. La agrupación en una exposición de lo principal de la obra de un pintor que se hallaba dispersa por todo el mundo ha permitido ver y estudiar su trayectoria de una forma que el mismo artista, cuya producción en función del encargo se hallaba dispersa, en iglesias y colecciones, no tuvo nunca la ocasión de poder contemplar. Pues, como ha notado Francis Haskell, «por encima de todo, una exposición de maestros antiguos es un acontecimiento importante porque reúne, en un espacio claramente definido, un número de obras de arte (a veces de las clases más diversas) que originalmente habían sido concebidas para ser contempladas en emplazamientos completamente distintos».

Fue en Roma, seguida por Florencia, durante el siglo XVII, donde tuvieron lugar las primeras exposiciones de maestros antiguos con motivo de alguna ceremonia. Igualmente configuraron la práctica de la exposición las organizadas en el siglo XVIII en París, como la antológica que hizo Mame-Claude Pahin de La Blancherie de un pintor vivo: Joseph Vernet y la exposición de maestros franceses, antiguos y modernos, que organizó en 1783. Igualmente jugaron un papel relevante en la historia de las exposiciones las organizadas en Londres en la década de 1790-1800 con obras procedentes de colecciones francesas cuyos propietarios se vieron forzados a su venta a causa de la revolución como la colección del Duque de Orléans.

La descolocación, el cambio de lugar de las obras, las rapiñas, han sido algunas de las causas que nutrieron las colecciones y que con frecuencia dieron lugar a la exhibición temporal. Las campañas de Napoleón, en este sentido, constituyen un ejemplo elocuente de la exhibición de pinturas de maestros italianos y españoles que tuvieron lugar como consecuencia de las mencionadas alteraciones.

Algunas instituciones jugaron un papel importante como la British Institution de Londres, creada para la promoción de las Bellas Artes, dirigida por un grupo de coleccionistas y expertos, dedicada a la promoción de ar-

tistas contemporáneos y a la exhibición de maestros antiguos. Una de las muestras más relevantes, celebrada en la galería de la British Institution de Pall Mall, fue la dedicada a Rubens, Rembrandt, Van Dyck y otros artistas flamencos y holandeses que se inauguró el 4 de mayo de 1815.

De una forma progresiva la exhibición temporal de obras de maestros antiguos fue haciéndose una práctica habitual alcanzando cada vez una trascendencia mayor y en la que se fueron imbricando otros factores. Una de las exposiciones temporales que constituyó un hito fue la que, bajo el título *Tesoros del arte del Reino Unido*, se inauguró en el Old Trafford de Manchester el 5 de mayo de 1857. Los promotores y la finalidad de esta exposición son un claro ejemplo de la utilización de las exposiciones con unos fines que superan los meramente artísticos. Los organizadores eran empresarios y hombres de negocios de Manchester que, frente a la prosperidad y al prestigio que habían logrado otras ciudades europeas a través de las exposiciones de productos industriales, se proponían a través del arte alcanzar un reconocimiento y prestigio social.

La exposición de Manchester fue la primera dirigida por expertos que incluyó obras medievales y trecentistas. Las obras, siguiendo la recomendación del príncipe Alberto, se dispusieron siguiendo un orden cronológico para que «si la colección que se ha propuesto reunir sirviera para ilustrar la historia del arte siguiendo una disposición cronológica y sistemática, sería muy bien acogida por la opinión pública». Para ello se nombró a George Scharf, que poseía amplios conocimientos de Historia del Arte, para que realizase la organización del contenido de la exposición. Además se realizó un edificio bajo la dirección del arquitecto Edward Salomans con unos espacios en sintonía con las salas de los museos de la época. Fue un acontecimiento de impacto social con amplia participación de público que resultó rentable y tuvo una gran repercusión internacional. En este sentido, la exposición de Manchester marcó un hito y estableció una referencia para el desarrollo de exposiciones sobre maestros antiguos.

Otras exposiciones, como la dedicada a Holbein, celebrada en Dresde en 1871, inauguraban otro tipo de muestras que tendrá una amplia repercusión posterior. Se trataba de la primera gran exposición monográfica dedicada a un artista antiguo en la que se exhibieron fotografías de obras que no se habían podido llevar poniendo de relieve la intención didáctica de la exposición y la decisiva influencia de los criterios de historiadores del arte abriendo las puertas a la consiguiente polémica en torno a los problemas que planteaban las obras, especialmente en lo referente a sus atribuciones.

Junto al uso de las exposiciones como ins-

trumento de prestigio, la idea de exaltación nacional fue otro de los fines perseguidos por muchas de las muestras realizadas sobre maestros antiguos. Con frecuencia las exposiciones se concibieron como referentes ideológicos de los nacionalismos planteados en versiones muy dispares. La exposición de Holbein en Dresde, en la que por primera vez se reunía con rigor la obra de un maestro antiguo, coincidió con la creación del Imperio alemán. E igualmente deben ser interpretadas desde la óptica del nacionalismo las exposiciones dedicadas a los pintores primitivos de diferentes países. Lo primitivo, muy en boga desde los últimos años del siglo XIX, se asociaba con las raíces y el origen de las naciones. Algunas exposiciones estuvieron dedicadas a mostrar este aspecto. En realidad, era una reivindicación que debe ponerse en relación con la revalorización de las artes medievales propias de la formación de las naciones. La exposición dedicada a los primitivos flamencos, celebrada en Brujas en 1902, y la de los primitivos franceses realizada dos años después en París tenían este carácter.

Pero en las exposiciones en las que este afán de exaltación y propaganda nacional se pone de manifiesto de forma mucho más acentuada es en algunas exposiciones en las que el contenido iba destinado a exaltar, a través de sus realizaciones artísticas, la imagen política de un país. La exposición de pintura española en la Royal Academy of Arts de Londres celebrada en 1920, tuvo el carácter, como señaló algún crítico, de «una exposición oficial, gubernamental, un acto de propaganda nacional». Pero donde esta orientación política se puso más ampliamente de manifiesto fue en la exposición de arte italiano celebrada en 1930 en Londres, bajo el título *Arte italiano*

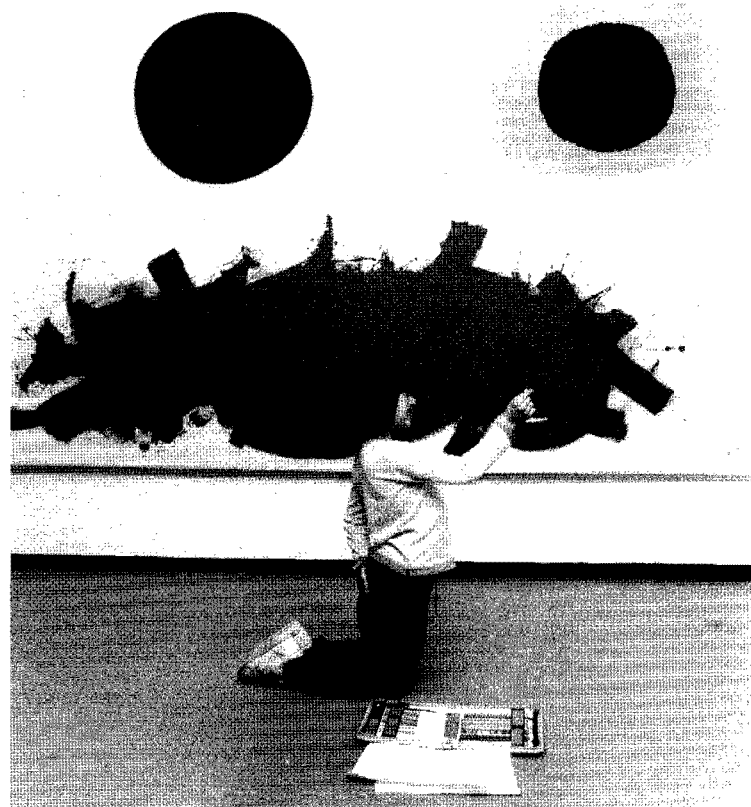
RESUMEN

En la transformación que sufrió el arte en el siglo XX tuvo mucho que ver el auge de las exposiciones de arte, que constituyen un fenómeno propio de la cultura contemporánea. La idea de la accesibilidad del arte a un amplio sector del público proviene de la Ilustración, primero en contadas ocasiones a lo largo del siglo XVIII y con mayor frecuencia

Francis Haskell

El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas

Traducción de Lara Vilà, Ed. Crítica, Barcelona. 2002. 260 páginas. 18 euros. ISBN 84-8432-313-7.



Exposición «Adolph Gottlieb».

1200-1900. Su éxito fue clamoroso, siendo visitada por unas 540.000 personas. Contenía un número importante de piezas (figuraron aproximadamente unas seiscientas), muchas de ellas de primer orden, conseguidas gracias al apoyo decidido de Mussolini que quería hacer de la muestra una exposición de propaganda italiana de carácter internacional. Fue una de las exposiciones en las que el traslado arbitrario de obras con fines propagandísticos se puso más claramente de manifiesto, constituyendo un claro precedente de los préstamos indiscriminados que se han venido sucediendo posteriormente bajo imperativos políticos.

Las exposiciones de maestros antiguos inspiran la celebración de otras exposiciones de maestros antiguos. Y cada vez que una de estas exposiciones se produce los medios de comunicación vuelven a decir que no ha habido otra igual. La condición de acontecimiento efímero de la exposición hace que no exista la posibilidad de establecer comparaciones entre muestras permanentes y que las referencias sean los catálogos y los testimonios críticos de los medios de comunicación. Con todo la exposición ha venido a constituirse en una de las formas de encuentro, para los estudiosos, los artistas, los aficionados y el público en general, que han introducido nuevas acepciones en la mecánica y dinamismo de la obra de arte. Hasta el punto de que han creado una nueva función de la obra de arte: la de ser objeto capaz de figurar en una exposición. □

Calderón, ¿clásico y/o contemporáneo?

Por Francisco Ruiz Ramón

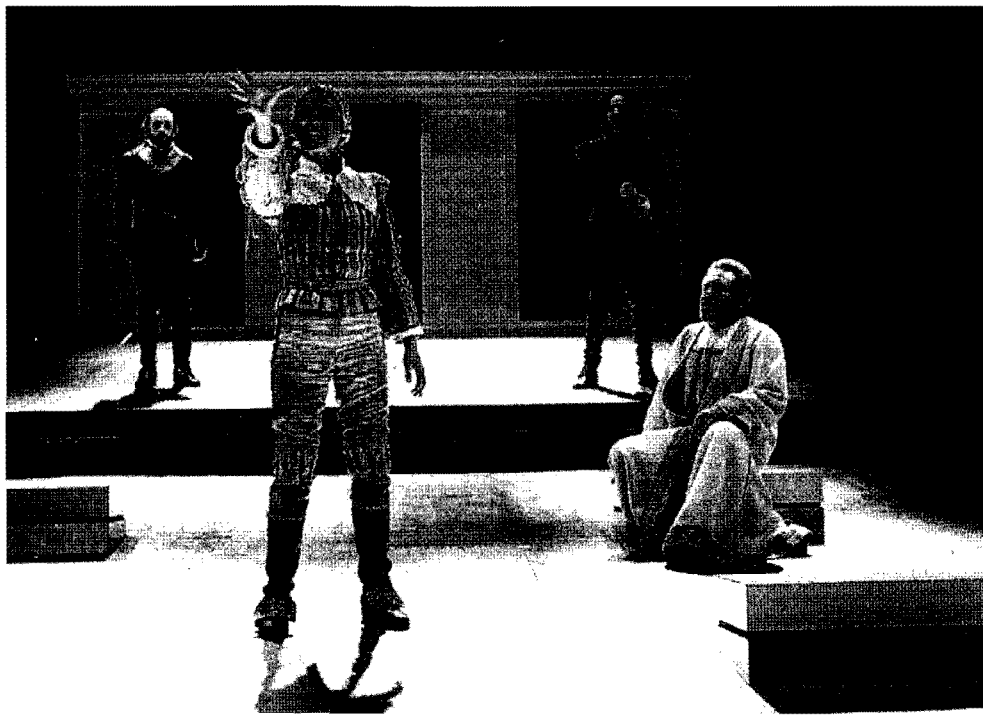
Francisco Ruiz Ramón (Játiva, Valencia, 1930) ha sido profesor de Literatura Española en las Universidades de Oslo y Puerto Rico y desde 1968 ejerce en universidades de Estados Unidos. Es autor de Historia del teatro español: desde sus orígenes hasta 1900, Historia del teatro español: siglo XX y Calderón y la tragedia, entre otros.

En la primavera del año 2000 se inauguraba en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, como parte de la celebración del IV Centenario del nacimiento de Calderón de la Barca, la exposición «Calderón en escena: siglo XX»: «una exposición que quiere mostrar la plena vigencia que hoy posee el teatro calderoniano», escribía Alicia Moreno Espert, Consejera de Cultura de la Comunidad de Madrid, en la presentación del libro-catálogo del mismo título. Libro espléndido como objeto de arte tipográfico, de fotocomposición, de diseño y montaje gráfico, a la vez que por la riqueza y belleza de los figurines, escenografías y pinturas del catálogo. Como libro colectivo es, además, el producto final de la ejemplar colaboración y el trabajo concertado de instituciones, entidades y personas públicas y privadas, representativas del mundo de la cultura, de la universidad, del teatro y de las artes escenopictóricas.

Calderón en escena: siglo XX, con prólogo de José María Díez Borque y Andrés Peláez Martín, comisarios de la Exposición, está dividido en cuatro partes: I. Calderón de la Barca en España; II. Calderón de la Barca en el extranjero; III. Catálogo; y IV. Relación de destacadas puestas en escena de las obras de Calderón en el siglo XX. Los puntos de vista que enlazan los diez y ocho trabajos reunidos en el libro, y sus convergencias y divergencias en la interpretación de las puestas en escena de los textos de Calderón, y de su sentido y función en los escenarios españoles, europeos y americanos a lo largo del siglo XX, de que se ocupan sus autores como representantes del calderonismo nacional o internacional, ofrecen amplia materia para una demorada consideración. En honor al espíritu de síntesis y de reflexión críticas de «SABER/Leer» quisiera concentrarme sólo en el hilo de Ariadna que me permita circular, sin extraviarme, por el laberinto de las puestas en escena de Calderón en el siglo XX.

Es en la idea de «vigencia» del teatro calderoniano (Alicia Moreno Espert) y en la de «actualidad» de Calderón con que arranca el ensayo (Antonio García Berrio) que abre el libro, y en su proyección en los escenarios del siglo XX desde la tensión y el choque escénicos entre lo «clásico» y lo «contemporáneo», en donde puede encontrarse, a mi juicio, la lanzadera que teje la trama implícita de los ensayos y la explícita de los bocetos escenográficos, figurines y fotografías de montajes de Calderón, en España y fuera de España, que ilustran *Calderón en escena: siglo XX*.

1. El título de mi artículo pretende, por lo tanto, reflejar el deseo y la necesidad, tanto en la escena actual como en los estudios críticos sobre Calderón y el teatro clásico español, de juntar, para conciliarlas en una ambigua sinalefa semántica, las dos posibilidades opuestas entre sí de relación, a la vez copulativa y disyuntiva, entre clásicos y contemporáneos, buscando su asociación simultáneamente en el pasado y en el presente. Título, pues, no enmarcado por interrogaciones, sólo mías, sino por las de directores, actores, escenógrafos, críticos, historiadores, etc., cuya profesión es la de montar, representar, dar a ver, leer y, en primera y última instancia, interpretar —en su doble sentido— en el presente del escenario o de la página, los textos dramáticos de autores del pasado.



«La hija del aire», dirección de Lluís Pasqual, Teatro María Guerrero, Madrid (1981).



«El médico de su honra», Compañía Nacional de Teatro Clásico, Madrid (1994).

Esa «sinalefacción» o ayuntamiento de palabras constituye, en realidad, la materia del argumento central de polémicas y debates sobre los clásicos, ayer con refundiciones, hoy con adaptaciones o versiones, siempre que «eruditos» o críticos y «teatros» o gente de teatro discuten sobre el tema en congresos, coloquios, simposios, jornadas, talleres, cuando su único e inmediato objetivo, al menos aparente, es el teatro clásico, el de Calderón en este caso, «protagonista», de todos los encuentros entre Universidad y Teatro, hoy, y Cultura/Ideología/Estética/Política, etc... y Teatro ayer, o antes de ayer.

Pero también, sin duda, porque esa «sinalefacción» constituye asimismo el nudo que define la paradoja misma del teatro —clásico y contemporáneo—; paradoja que ha sido enunciada de distintas maneras y con distintas fórmulas.

2. En los años decisivos de la transición de la España postfranquista a la España democrática, el teatro español en su totalidad tuvo que pasar por la difícil experiencia de un proceso crítico de mutación orgánica y de «cambio de piel», mediante ciertos «ritos de pasaje» que facilitarían, sin traumas graves, la transformación de sus funciones públicas. En ese tránsito de un «habitat» cultural afectado por el virus de la censura, no sólo institucionalizada, sino interiorizada como autocensura, a otro habitat vacunado y liberado

de él, el teatro clásico va a ser sometido a un intensivo tratamiento doble, de «desideologización», o quizás mejor aún de «contraideologización», por una parte, con el fin de despojarlo de todas las vestimentas nacionalistas del franquismo, y de reatearización, por otra, en espacios escénicos «desacralizados» que permitan a todos los públicos ver a sus clásicos con una mirada teatral, y no sólo cultural ni culturalista. O, para ser más exactos, para darlos a ver hoy a todas esas «gentes», inciertas, amorfas, mezcladas, sin atributos especiales de público titulado, con el fin de transformarlas en espectadores de teatro, primero, y en «público real» de teatro clásico, después. Es esto lo que, en mi opinión, Adolfo Marsillach, prestigioso como actor y como director escénico a la vez, emprendió al frente del Centro Dramático Nacional (CDN), creado en 1978, y más tarde (dejando ahora de lado todos los «peros» de sus críticos) continuó como director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico (CNTC), fundada en 1986. O lo que recientemente y con otro estilo de gestión quiso hacer, para empezar, Andrés Amorós en los pocos meses que asumió la dirección de la CNTC: enganchar a los jóvenes, invitándoles a participar en una fiesta teatral que sea la suya también: la fiesta teatral con los clásicos y no sólo «de» los clásicos.

3. Para que los textos de Calderón pue-

dan pasar en escena la llamada «barrera del tiempo» habría que aplicarles sistemáticamente, según preconizaba el helenista de lengua francesa Jean Bollack cuando, como editor e intérprete, planteaba para los textos clásicos griegos de Sófocles o Eurípides el problema de su interpretación textual, dos de sus principios críticos de lectura: «El primero es el de abordar el texto sin ideas preconcebidas, asumiendo que se ignora lo que va a descubrirse —la comprensión puede venir muy pronto— después de un breve intervalo de reflexión, pues es necesario respetar imperativamente ese momento en el que todavía no se sabe. El segundo es el de aceptar que lo inesperado pueda ser verdad. Hay que admitir que el sentido pueda ser aquel que en un primer momento habríamos estado inclinados a rechazar como ridículo, inverosímil o escandaloso [...]. Creo que para volver a encontrar el sentido de la obra en toda su fuerza y singularidad, es necesario resistir al sentido común» («La tradition revisitée», *Europe*, 77, n. 837-838, enero-febrero 1999, p. 173).

Novedad y originalidad

Principios que sólo pueden funcionar cuando, al volver a los textos para su montaje e interpretación escénicos, se hace el esfuerzo hermenéutico de buscar en ellos, para descubrirlas, su novedad y originalidad por relación simultáneamente a su propio tiempo y al nuestro, a fin de hacerlos significar nuevamente en su puesta en escena, cada vez. Sin conculcar, desde un punto de vista exclusivamente «textocentrista», los «derechos del texto» —de cada texto— durante el riguroso proceso previo de la comprensión del sistema verbal del drama por su lectura, en vistas a su actualización dramaturgica y a su materialización escénica. Derechos estructurales del texto a no ser desmantelado, desordenado, desmembrado o amputado mediante su contrahechura al servicio y en función de un contratexto. De lo que se trata, en última instancia, es de que el texto sea «puesto» en escena, no «depuesto» o «descompuesto».

Ahora bien, desde un punto de vista exclusivamente «escenocentrista», ¿sería aceptable, no ya sólo en términos absolutos, sino en términos simplemente generales, esta última afirmación que acabo de hacer?

El problema de toda respuesta, desde uno o el otro punto de vista, suele estar tanto en la aceptación como en el rechazo de una o de la otra afirmación, de uno o del otro punto de vista, y su correspondiente focalización desde su recíproca exclusividad, al oponerlos dogmáticamente en vez de relacionarlos dialécticamente, pues leer y montar un texto dramático —clásico o no clásico— son operaciones complementarias, no substitutivas una de otra, del mismo modo que lo son el texto del autor y su puesta en escena en el pasado o en el presente. Complementaridad sin la cual difícilmente puede hablarse de teatro. Es esa complementaridad la que determina ya la misma ambivalencia de la comprensión y, por lo tanto, de la recepción de todo texto clásico, por definición siempre en el linde entre el ayer y el hoy. A diferencia de un cuadro de Velázquez o de un edificio de Villanueva, el texto teatral de Calderón no se puede restaurar en escena para su contemplación. (Ni tampoco desempolvar, pues el polvo suele estar en sus lecturas, no en el texto.) Y, sin embargo, el texto de Calderón puesto en escena —sea éste *La vida es sueño* en 1992-93 en el Teatro del Odeon de París, o en 1999-2000 en el Piccolo Teatro de



Viene de la página anterior



Milán o en el Teatro de la Comedia de Madrid—no es uno de los textos posibles sino el TEXTO, mientras su montaje —de José Luis Gómez, de Ronconi o de Bieito— es cada vez, en beneficio o en perjuicio de ese texto, uno entre otros posibles.

Derechos del texto

Si el texto de *La vida es sueño* no comunica con el presente escénicamente, difícilmente puede salir del panteón en que se convierte el pasado en su pasado. Sólo mediante su presente integración y confrontación en escena puede ser, «a la vez», de nuestro tiempo y del suyo, es decir, «clásico».

Los que he llamado «derechos del texto» no son ni los del autor ni los del lector ni los del hombre de teatro, pues no están adscritos a la identidad de ninguno de los tres, sino a la identidad del texto mismo inscrita en la «dramaturgia real» del texto como teatro, a la cual no se llega ni por los caminos de la arqueología ni por los de la actualidad, pues no es una identidad cuya raíz está en el pasado ni en el presente, sino en la de su armonización y confrontación escénica una y otra y otra vez, cada vez.

4. Clausurada la ceremonia cultural del IV Centenario del nacimiento de Calderón, del que el libro que motiva estas reflexiones es hermosa memoria y eficaz memorial, quisiera recordar que todo texto de teatro clásico, español o no, y, en este caso, el texto calderoniano, en cuanto texto teatral, está siempre en disponibilidad, a la espera de ser puesto de nuevo a prueba en escena. Afirmación que lleva a formular de entrada varias preguntas entrelazadas: ¿Quién tiene que ponerlo a prueba? ¿Dónde ha de ponerse a prueba? ¿Por qué y para qué tiene que ser puesto a prueba? Preguntas que están estrecha y necesariamente relacionadas entre sí, pues forman parte de otra pregunta general básica que las engloba: ¿cuál es nuestra relación con ese objeto a la vez concreto y complejo, con ese específico artefacto al que denominamos, dentro del sistema dramático del teatro clásico español y europeo, texto calderoniano?

Quien tiene que ponerlo a prueba, desde la perspectiva de *Calderón en escena: siglo XX* es, en primer lugar, esa entidad a la que llamamos o solemos llamar «hombre de teatro». Éste, dadas las condiciones en que el trabajo teatral se realiza o tiende a realizarse en nuestro presente, no es ni puede ser solamente una figura individual como en los tiempos de Stanislavski o Appia, llámese ésta director, actor, escenógrafo, sino un colectivo de trabajo. Cada una de esas figuras individuales forma parte integrante de la figura colectiva denominada hombre o ente de teatro. La puesta a prueba de nuestro texto calderoniano tiene que venir en primer lugar y primordialmente de esos hombres de teatro; no de profesores, historiadores ni críticos de teatro, los cuales tienen otras funciones y responsabilidades específicas, previas o posteriores o coexistentes o, incluso, al margen de la muy particular puesta a prueba a que el hombre de teatro somete el texto clásico. Para el hombre de teatro ese texto es, antes que nada y sobre todo, un texto para la escena. Es decir, un texto teatral con toda su plural complejidad de signos, a distintos niveles: signos visuales, auditivos, es-

paciales, lingüísticos, etc..., que exigen ser coherentemente integrados y dinámicamente teatralizados en la escena.

Problemas de recontextualización

Pero además ese texto teatral es un texto escrito hace dos o tres siglos para que fuera representado en escena —«una escena otra»— ante unos espectadores de una sociedad que no son ni los nuestros ni la nuestra. Lo cual le plantea a nuestros hombres de teatro toda una serie de problemas de recontextualización que deben considerar con mucho cuidado para no dar en la pura arqueología ni en la pura arbitrariedad, pues ambas condenarían a muerte escénica el texto que montan por exceso de respeto —falso o no— o por exceso de —falsa o no— falta de respeto. Se trata de problemas que de ninguna manera pueden ser obviados o tratados superficialmente acudiendo a viejos estereotipos almacenados por la tradición —cuando la hay— o a flamantes estereotipos —tan ineficaces como los otros— repentizados por la improvisación o por lo que, a veces, se llama, peligrosamente, «genialidad», originalidad o libertad artística. Estereotipos pertenecientes a lo que podríamos llamar «estereotipologemas». El hombre de teatro tiene que plantearse correctamente esos problemas, teniendo siempre en mente no sólo esa difícil relación dialéctica entre el significado pasado y el sentido presente del texto clásico según ya la proponía fenomenológicamente la teoría hermenéutica de la recepción, sino también, y sobre todo, la puesta a prueba espacializada y oralizada dinámicamente de esa relación, que pasa a ser para él nudo de relaciones complejas y comprometedoras.

5. Desde la perspectiva conjunta de los conceptos elaborados por la teoría y praxis de la «Estética de la recepción» y por la teoría y praxis de la semiología del teatro, la cues-

tión del «por qué» y el «para qué» de la puesta a prueba del texto clásico calderoniano queda siempre conectada con —a la vez que exigida y justificada por— la necesidad que cada generación, en su específico lugar y momento histórico, tiene de materializar la estructura de la obra en cuestión, en función del repertorio de problemas que le es propio. Y éste, a su vez, enraizado en el sistema —conceptualizado o no— de ideas, vivencias, valores, convenciones, preferencias, fobias y urgencias, determina, o incluso coacciona, el modo o modos de actualización del sistema verbal del texto, a la vez como laberinto y como red de sentido, condición «sine qua non» para que signifique de nuevo realmente algo capaz de provocar una nueva respuesta que sustituya a aquellas otras respuestas propias de otras generaciones y otros públicos históricos. Toda «puesta» en escena es así una «respuesta» escenificada «al» texto, y no sólo «del» texto; es decir, no su duplicación ni su repetición.

Tanto en la sociedad barroca como en la nuestra la puesta en texto por Calderón ayer de *La vida es sueño* o *La dama duende* y su puesta a prueba en escena hoy, por ejemplo, en el Teatro de la Comedia de Madrid, están configuradas por una razón dramática tea-

tralizante, individual o colectiva, la cual no se limita a construir y organizar los materiales del texto dramático ni de su puesta en escena como simple traducción, copia o reflejo de los materiales tal como están ya estructurados en sus sociedades respectivas. Consecuentemente aquello que el drama calderoniano y su puesta en escena proponen a sus públicos, entonces como ahora, es la puesta en cuestión, y su problematización textual y escénica, de las respuestas ya aceptadas, establecidas e institucionalizadas colectivamente en sus respectivos espacios históricos, invitando así al espectador de ayer y de hoy a reformularlas como preguntas. En este sentido la relación drama/puesta en escena y sociedad es siempre, o debe serlo, una relación dialéctica, no mimética.

Podemos decir, para terminar estas reflexiones, que la puesta a prueba escénica del texto calderoniano, y en él de todo el teatro clásico español, por el hombre de teatro, sigue siendo la única manera que hoy tenemos de exigir y provocar, para decirlo de nuevo con Peter Brook, la perpetua revolución de nuestro teatro clásico. Sin olvidar tampoco aquella máxima de Giraudoux en la que venía a decir que lo esencial del teatro no es el autor, sino el teatro. □

RESUMEN

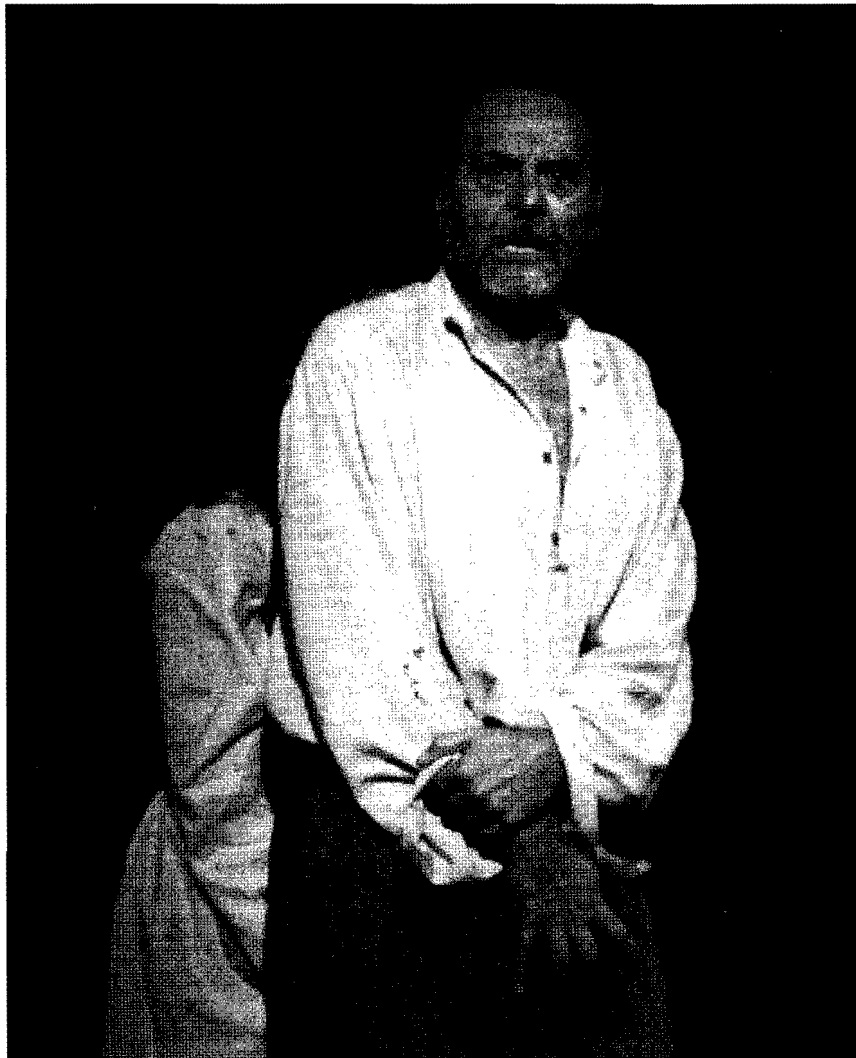
Con motivo del IV Centenario del nacimiento de Calderón de la Barca se inauguró en Madrid una exposición sobre la presencia del dramaturgo en la escena contemporánea, cuyo libro-catálogo le permite a Francisco Ruiz Ramón no perderse por el laberinto de las puestas en escena de Calderón en el siglo XX y preguntarse, en primer lugar, si es un clá-

sico o un contemporáneo, o lo que es lo mismo, y yendo más allá del propio Calderón, cómo deben montarse hoy los clásicos, cómo hay que hacer —en ese eterno debate del teatro actual— para traerlos a nuestra sensibilidad, sin por ello traicionar el texto original, sin caer en la pura arqueología o en la pura arbitrariedad.

Autores varios

Calderón en escena: siglo XX

Comunidad de Madrid, Madrid, 2000. 387 páginas. ISBN: 84-451-1791-2



Jesús Puente en «El alcalde de Zalamea», Teatro de la Comedia, Madrid (1989).



Enrique Guitart en «La vida es sueño» (s. a.)

La música de las esferas

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que fue rector (1986-90). Fue Director General de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-82). Es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, vicepresidente de la Comisión Promotora del Laboratorio del Síncrotrón y ha sido representante del Senado en el Consejo de Universidades.

El gran debate de la física durante el primer cuarto del siglo XX fue si los entes más pequeños, como el electrón o el quantum de Planck, eran ondas o partículas. Fue la famosa dualidad onda-corpúsculo, tan mencionada y tan mal comprendida. En cambio, el gran debate del final del siglo y, probablemente, del inicio del siglo XXI está siendo si las famosas «partículas elementales», aquellas partes más pequeñas de la materia de las que no se conoce ninguna estructura, como los electrones, los quarks y los fotones, son partículas o más bien son vibraciones de pequeñas cuerdas, con lo que retornaríamos a un esquema pitagórico en el que las notas musicales eran las bases del universo.

En el inicio del siglo XX las fuerzas fundamentales que se conocían eran la electricidad y el magnetismo —unificadas hacia 1860 en lo que se conoce como el electromagnetismo y que se resume en las ecuaciones de Maxwell— y la ley de la gravitación universal, debida a la síntesis de Newton. Los fenómenos que nos envuelven, desde la luz eléctrica de nuestras casas hasta las interacciones que forman nuestro ADN, son de naturaleza electromagnética. La fuerza gravitacional tiene una intensidad que es trillones de trillones de veces menor, por cuya causa sólo es apreciable cuando su extrema debilidad se compensa con la gran masa de los planetas y los astros; es la que rige el movimiento de los cuerpos celestes, explica nuestra tendencia a pegarnos a la superficie de la Tierra y da cuenta de las mareas.

La revolución cuántica —iniciada por Max Planck en el año 1900 y culminada por Heisenberg, Schrödinger y Dirac hacia 1925 con la formulación de la Mecánica Cuántica (MC)— afectó a las fuerzas electromagnéticas a escala atómica, extendiendo la teoría de

Maxwell a la Electrodinámica Cuántica. Su importancia puede apreciarse por el hecho de que, según algunas estimaciones, actualmente un 30 % del producto interior bruto de un país moderno como los Estados Unidos tiene relación con fenómenos cuánticos, desde los chips hasta las imágenes médicas. Pero ¿para qué nos habríamos de preocupar de los efectos cuánticos sobre una fuerza tan extraordinariamente pequeña como la gravitación que, para casos extremos, ya había reemplazado la formulación newtoniana por una nueva teoría de la gravedad, la Relatividad General (RG), que Einstein propuso hacia 1916 y que fue comprobada experimentalmente en el eclipse de Sol del 29 de marzo de 1919? Si bien no va a ser fácil detectar las modificaciones cuánticas a la RG, ni vislumbramos cómo una lógica gravedad cuántica influiría al producto interior bruto, el extender las implicaciones cuánticas a la RG es una necesidad conceptual a la que los físicos no pueden renunciar, tanto más cuando nos preguntamos acerca del origen del universo, la gran explosión o «big bang», momento en que los efectos cuánticos de la gravitación sí fueron relevantes.

Toda la física clásica se describe en una estructura fija de un espacio de tres dimensiones y con un tiempo unidimensional. La acción de una carga eléctrica consiste en crear a su alrededor lo que se llama un campo eléctrico que influirá en otra carga del entorno. En la versión cuántica la estructura del espacio y el tiempo, nuestros ejes de coordenadas y la naturaleza del tiempo, no se modifica con las nuevas ideas. En lo que se conoce como teoría cuántica de campos relativista, los campos se cuantifican y las cargas intercambian fotones, pero sin alterar la estructura del espacio-tiempo. En cambio, la RG deforma los ejes coordenados y «curva» el espacio. El que la Tierra sea atraída por el Sol, es consecuencia, según la RG, de que el Sol curva el espacio a su alrededor, de manera análoga a cómo, en dos dimensiones, una canica permanece quieta sobre un colchón plano hasta que nos sentamos en un extremo, el colchón se curva y la canica cae hacia nosotros. (Por descontado que la Tierra no cae «directamente» hacia el Sol, sino que gira a su alrededor a causa de la velocidad inicial que se le imprimió cuando la formación del sistema solar.)

Esta curvatura del espacio de la RG, que no modifica su naturaleza «suave», se ve totalmente alterada a las escalas en que empezarán a notarse los efectos cuánticos y la atracción entre dos masas se explicaría por el intercambio de gravitones —la escala de Planck, 10^{-35} metros, una millonésima de millonésima de la distancia más pequeña explorada hasta hoy con los mayores aceleradores existentes—, de manera que la estructura «suave» quedaría alterada por violentas fluctuaciones. Hasta ahora, todos los intentos de formular una «Gravedad Cuántica» han sido totalmente infructuosos, al verse dominada cualquiera de las teorías propuestas por infinitos no eliminables que aparecen a las distancias en que empiezan a influenciar estas fluctuaciones violentas. La propuesta teoría de las supercuerdas podría ser, según Brian Greene, nuestro autor, y muchos otros físicos, el inicio de la solución del problema de extender a la teoría de la gravitación las implicaciones de la MC.

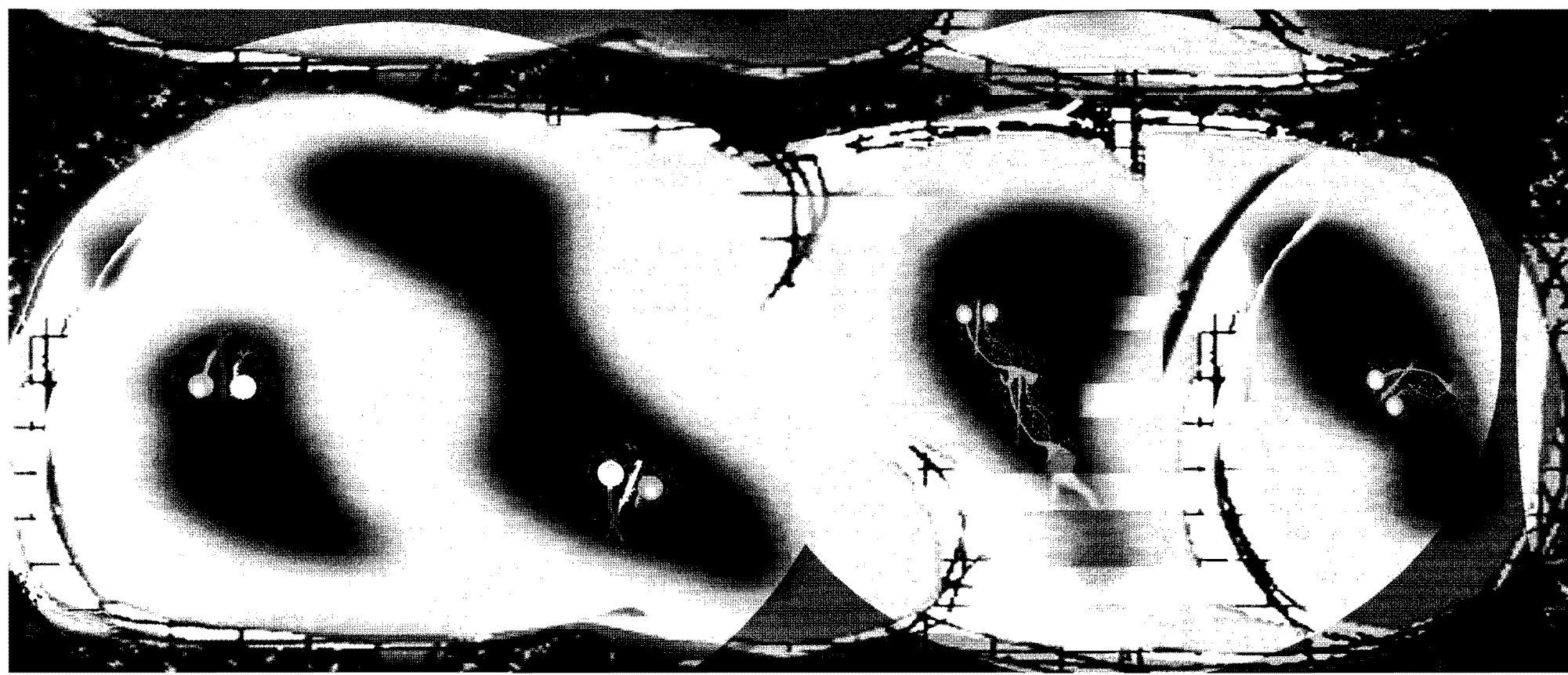
«Teorías de todo»

La obra que comentamos pretende —creo que con bastante éxito— facilitar a un lector culto las ideas generales sobre las «teorías de todo» que intentan explicar de manera unificada las claves de nuestro universo, de lo más pequeño a lo más grande. Para ello es necesario empezar —como hace Greene— por introducir las dos ideas que se pretende conjugar, la MC y la RG. En esa introducción, se puede afirmar que los primeros capítulos del libro logran ampliamente su objetivo. El que se trate de una exposición exenta de lenguaje matemático no significa que cualquiera pueda entender los argumentos en un abrir y cerrar de ojos y menos aún que este artículo haga comprensible aquello para lo que el autor precisa de centenares de páginas. Comprender conceptos difíciles debe ser tan costoso en filosofía como en ciencia y, en consecuencia, no es conveniente recomendar la obra a quien no esté dispuesto a hacer un esfuerzo equivalente al que exige leer algunos ensayos. Lo que sí podemos afirmar es que si se quiere alcanzar una cierta comprensión de las ideas expuestas, la obra de Greene es una de las buenas opciones existentes en el mercado.

La primera idea de modelar las «partí-

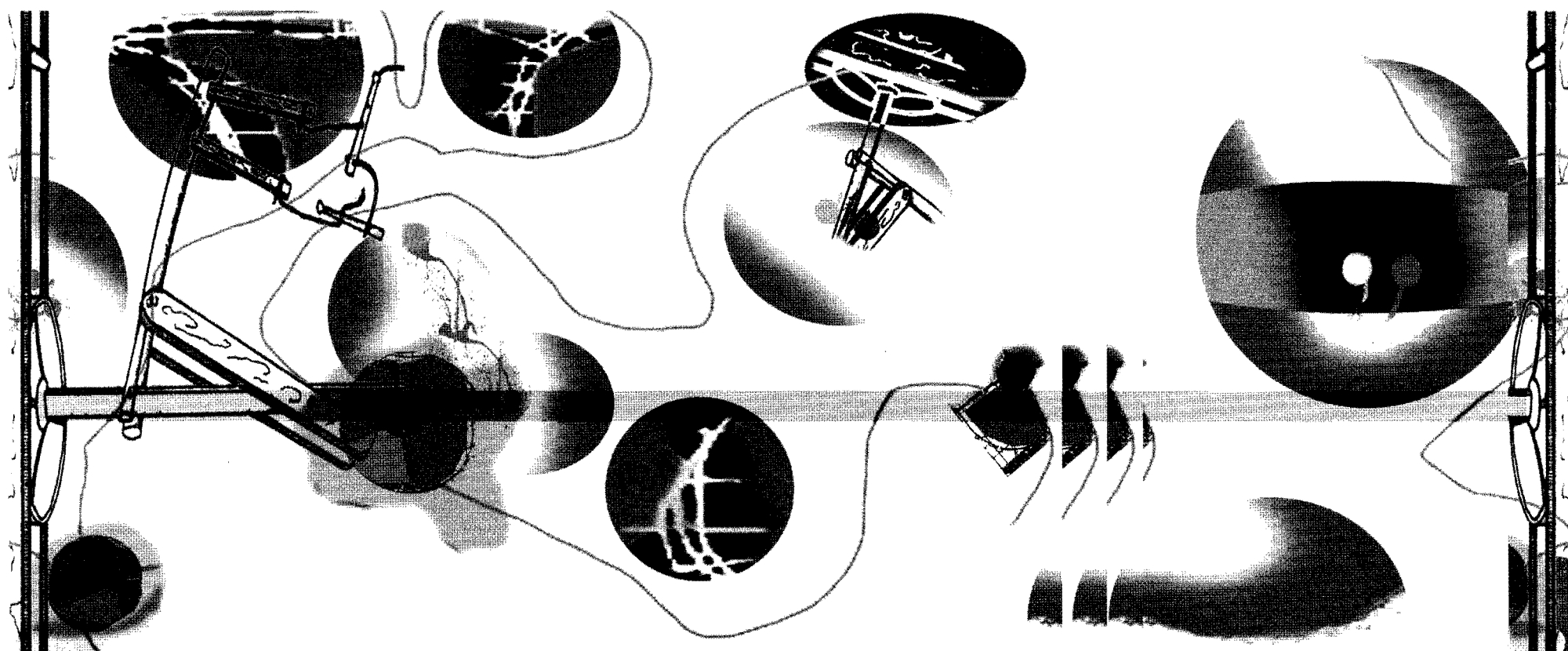
culas» como pequeñas cuerdas surgió ya en 1970 cuando Nambu, Nielsen y Susskind observaron que una tal modelización daba cuenta de las virtudes del modelo de interacciones fuertes que en 1968 había sugerido un físico del CERN, Gabriele Veneziano, para explicar un buen número de hechos experimentales. Pero si bien estas ideas no prosperaron debido a un conjunto de circunstancias, entre las que hay que citar la aparición de la «teoría» de las interacciones fuertes, la actual cromodinámica cuántica, algunos físicos intuyeron la posibilidad de que un modelo de cuerdas permitiera incorporar la gravedad a la electrodinámica cuántica, que por entonces se estaba unificando con las llamadas interacciones débiles para formar la teoría electrodébil y se intuía una posible teoría de gran unificación que abarcara también la cromodinámica. Pero no fue hasta 1984 cuando Michael Green (no confundir con el autor, que justo por entonces se acababa de graduar) y John Schwarz apuntaron a las supercuerdas como una posible solución a una teoría que «cuantizara» la RG. La idea sería que, de alguna manera, las cuerdas, al ser extensas, harían un promedio sobre las violentas rugosidades del espacio y evitarían problemas de infinitos que, de hecho, ya aparecen en las teorías clásicas de partículas puntuales. Las cuerdas de las que trata extensamente la obra que comentamos no son exactamente las cuerdas originales, sino que son supercuerdas. El prefijo «super» tampoco tiene un origen reciente. Se refiere a que son cuerdas de teorías «supersimétricas».

El papel de las simetrías ha sido importante en todo el desarrollo de la física moderna y consiste en exigir que las teorías no varíen cuando se producen determinados cambios en los observadores o en los sistemas de referencia. Por ejemplo, la relatividad restringida de Einstein implica que la física vista por dos observadores que se muevan uno respecto al otro a velocidad constante ha de ser la misma. Todos estos observadores se relacionan unos respecto a otros mediante transformaciones de simetría que, matemáticamente, tienen una estructura de grupo, el llamado grupo de Lorentz. A través del teorema de Noether esta invariancia implica que determinadas magnitudes físicas se han de man-



JUSTO BARBOZA

Viene de la página anterior



JUSTO BARBOZA

tener constantes en todos los procesos, por complicados que éstos sean. Otro tipo de simetría es la que nos dice que muchos experimentos –no todos– dan los mismos resultados en el espacio real o en el espacio reflejado en un espejo, o en un universo en el que el tiempo transcurre hacia atrás.

Además de estas simetrías que tienen que ver con las transformaciones del espacio-tiempo, existen otras simetrías llamadas internas. En el inicio de la física nuclear ya Heisenberg imaginó que los protones y los neutrones se relacionaban por transformaciones de un grupo de simetría, de manera que las fuerzas nucleares –no las electromagnéticas– afectarían por igual a neutrones y protones. La idea fue ampliada por Gell-Mann en el famoso esquema de la «octava vía», que le llevó a imaginar a los hadrones formados por partes más pequeñas, los partones de Feynman y, más concretamente, los quarks. Más recientemente otras clases de simetrías –las de aforo, o simetrías «gauge»– están en la base de las teorías de campos. En muchos casos no sólo son importantes las simetrías exactas, sino aquellas que no lo son, que están rotas por alguna causa.

Los intentos de basar nuevas y más completas teorías en grupos de simetría que combinaran el grupo de Lorentz con las simetrías internas no sólo fueron infructuosos sino que se demostró que eran imposibles. La única salida fue, ya en 1970, la propuesta de las supersimetrías en las que se mezclaba el papel que tenían partículas con diferentes valores del spin. La separación existente hasta el momento de las partículas en fermiones (de spin semientero), los verdaderos constituyentes de la materia, y en bosones (de spin entero), los mediadores de los distintos tipos de fuerzas fundamentales, desaparecía en unos supermultipletes que agrupaban a unas y otras.

Para muchos, las supersimetrías fueron, durante años, esquemas alejados de la realidad, ya que, entre otras cosas, implicaban una duplicación de las ya excesivamente numerosas partículas elementales: con cada partícula debía existir una compañera de spin distinto. Así, al electrón de spin 1/2 (en unidades de la constante de Planck) le debía acompañar un electrón supersimétrico, el «selectrón», de spin cero, y al fotón de spin 1 le acompañaría un «fotino» de spin 1/2.

Esta duplicación de las partículas iba acompañada de la ausencia en la naturaleza de las compañeras supersimétricas de las par-

tículas ordinarias. Nadie había observado jamás ni un fotino ni un selectrón, ni tampoco las compañeras de cualquiera de las otras partículas elementales. Pero esta ausencia podía explicarse a base de suponer que estas supersimetrías están rotas, de manera que las compañeras supersimétricas de las partículas conocidas tienen masas lo suficientemente grandes –del orden de más de 100 veces la masa del núcleo del hidrógeno– como para no haber sido aún detectadas. Esta falta de economía constituía, junto a su mayor complejidad, uno de los mayores inconvenientes de las supersimetrías. Pero éstas también presentan algunas ventajas como cierta evidencia relacionada con la confluencia de las constantes fundamentales de las interacciones electrodébil y fuerte que desearían las teorías de gran unificación así como la facilidad de eliminar algunos infinitos que surgen en ciertos cálculos, con lo que se evita tener que suponer que en la naturaleza se producen ajustes finos para los que no se ve ninguna razón.

Algunas de las ventajas de las teorías supersimétricas se mantienen y amplían en el caso de las supercuerdas, aunque éstas sólo son viables en un universo de más de las cuatro dimensiones usuales del espacio-tiempo. Un universo con más de cuatro dimensiones tampoco era nada original. Hacia 1920, cuando aún no se conocían las fuerzas nucleares, el matemático polaco Theodor Kaluza ya sugirió la posibilidad de que el espacio tuviera más de las dimensiones usuales a fin de lograr unificar la RG con el electromagnetismo de Maxwell. En lo que se conoce como teoría de Kaluza-Klein nuestro universo tendría una quinta dimensión adicional que se curva y cierra sobre sí misma y sería responsable de la interacción electromagnética.

La idea podría no ser tan descabellada. Imaginemos un universo de una sola dimensión, que podemos representar por una línea recta, en el cual identificar un punto no es más que dar el valor de su distancia a un origen. Podría suceder que lo que desde lejos nos parece una línea, una sucesión de puntos, fuera, cuando la analizamos de más cerca, un tubo largo y estrecho. Para situar un punto sobre el tubo no sólo deberíamos indicar su distancia al origen, sino que también deberíamos dar información sobre su situación en la circunferencia que representaría una sección recta del tubo. A estas distancias pequeñas, nuestra dimensión única sería un es-

pacio bidimensional, con una segunda dimensión encerrada sobre sí misma e inapreciable desde lejos. En el espacio real, a las tres dimensiones ordinarias habría que añadir una cuarta dimensión espacial –difícil de imaginar– cerrada en un radio suficientemente pequeño.

Teoría de supercuerdas

La teoría de Kaluza-Klein cayó en un olvido relativo como instrumento de unificar las fuerzas clásicas al aparecer las dos nuevas fuerzas nucleares. Los físicos actuales ya no buscan unificar gravedad y electromagnetismo, sino unificar las cuatro interacciones. En este intento, las teorías de supercuerdas no exigen sólo una dimensión adicional, sino un universo con nueve o diez dimensiones, según sea la versión que se considere de la llamada «teoría M» –sin que se sepa cuál es el significado de la M– por ahora aún no formulada y de la que las propuestas existentes no son más que aspectos parciales. De estas dimensiones, seis o siete estarían cerradas sobre sí mismas con radios del orden de la longitud de Planck, de manera que sólo se podrían observar directamente si fuésemos capaces de hacer observaciones a las escalas en las que nuestro universo deja de tener la suave estructura que observamos a escalas grandes. Pero el que no veamos estas dimensiones espaciales no significa en absoluto que no existan ni que su existencia no pueda determinar –y ser la razón de– muchas de las características de nuestro universo.

A medida que avanza la lectura de la

obra y que pasamos de conceptos y teorías bien comprobadas experimentalmente a teorías que aún no han sido objeto de prueba experimental (y que probablemente no lo serán en bastantes años), el autor va exponiendo sus propias contribuciones a la «teoría de todo» sin ocultar muchos de los problemas aún no resueltos y que, en mi opinión, tardarán bastante en solucionarse. Quizás se encuentra a faltar aquí la exposición de otras vías paralelas que pretenden resultados equivalentes. No es de extrañar que otra obra también reciente intente, quizás no de manera tan brillante, una aproximación más global. Me refiero a *Three Roads to Quantum Gravity*, de Lee Smolin, no tan atractiva en muchos sentidos, pero sí más equilibrada en el sentido que expone distintas vías que sólo el tiempo nos dirá cuál (si alguna) es la opción elegida por nuestro universo.

No es de extrañar que el número de febrero de 2002 de la revista «Discover» planteaba en cubierta las once preguntas más importantes de la física que aún no han sido resueltas. Si bien toda elección está sesgada por los gustos de quien elige, una de las preguntas es textualmente: «¿qué es la gravedad?» y otra es: «¿hay dimensiones adicionales?» Estas dos cuestiones, junto con las otras nueve, de las cuáles siete tienen que ver ya sea con la cosmología o con la física de partículas –o de altas energías–, nos dan una idea tanto de la relevancia del tema que hemos tratado como del hecho de que un nuevo campo, que surge a caballo de la cosmología y la física de partículas y que a veces se denomina física de astropartículas, es y será uno de los importantes de los próximos años. □

RESUMEN

En física el gran debate en este inicio del siglo XXI está siendo si las «partículas elementales», aquellas partes más pequeñas de la materia de las que no se conoce ninguna estructura, como los electrones, los quarks y los fotones, son partículas o más bien son vibraciones de pequeñas cuerdas, con lo que se volvería al esquema pitagórico en el que las notas

musicales eran las bases del universo. El libro que comenta Ramón Pascual pretende facilitar a un lector culto –al que se le pide un cierto esfuerzo para su comprensión– las ideas generales sobre las «teorías de todo», que tratan de explicar de manera unificada las claves de nuestro universo, de lo más pequeño a lo más grande.

Brian Greene

El universo elegante: supercuerdas, dimensiones ocultas y la búsqueda de una teoría final

Drakontos, Crítica/Planeta, Barcelona 2001. 478 páginas. 29 euros. ISBN: 84-8432-264-5

Lengua catalana: dos caras de una medalla

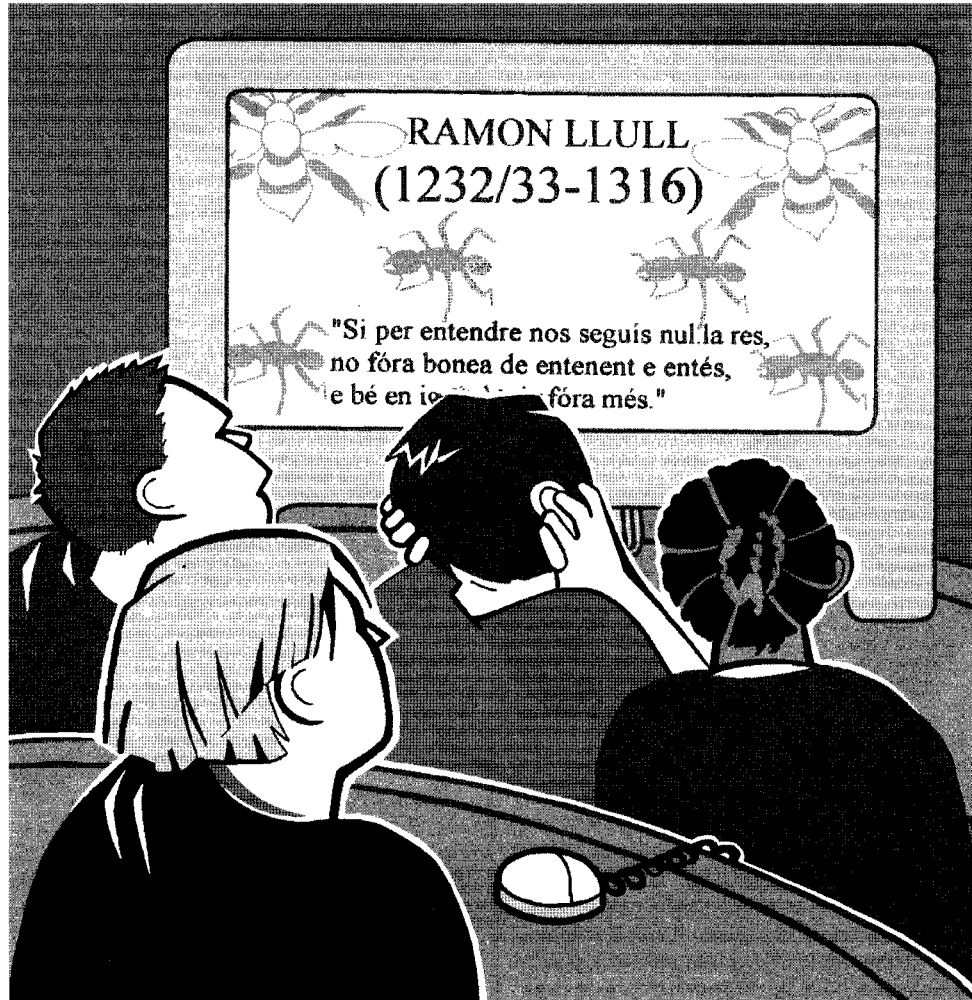
Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

Comprendo que, para un lector de cultura general, deseoso de aprender y observando las cosas desde fuera, no resulte fácil ni cómodo acercarse al tema de la lengua catalana. En buena parte, porque ha heredado —y hechos suyos— unos cuantos asertos que ya le predisponen en contra de esa realidad. Una realidad, por otra parte, que existe independientemente de los juicios que suscite. Y si de los juicios personales nuestro lector pasa a la constatación objetiva de los hechos, éstos se le antojan aun más desconcertantes. Escojamos algunos, en la doble vertiente política y social. Políticamente, la lengua que, entre 1940 y 1960, ignorada y combatida por la administración, era una espina que atragantaba y se daba casi por fenecida por la opinión pública controlada (y única existente), ascendió en credibilidad de manera insospechada en la transición política a partir de 1975. Su ascenso hizo que la lengua malhadada de 1939 se viese reconocida y compensada con un artículo de la Constitución (1978), que ya le resultaba beneficioso, y que repercutió, no menos benéficamente, en los estatutos de autonomía de Cataluña, Valencia y Baleares. Algo parecido ocurrió en la vertiente social: el dominio lingüístico catalán, terminada la guerra civil y durante una veintena de años, recibió fuertes oleadas de gentes procedentes sobre todo del sur de España, que arreciaron con tal intensidad, que la demografía y la forma de vivir del país quedaron gravemente afectadas. Y, con ellas, la lengua. Esta, aherrrojada por la pinza que representaban, por encima, el poder político (con sus absolutas interdicciones en materia de enseñanza, mass media, uso público) y, por debajo, la presión social (con su indiferencia u hostilidad respecto a la lengua, ante posibles problemas de convivencia), parecía destinada a morir de una doble muerte. Pero también por este lado de la pinza, la lengua pudo resarcirse de los daños inherentes, aunque no sin mella. En efecto, la amenaza de serios trastornos en el catalán, de resultados de haber quedado escindida la población del país en dos mitades lingüísticas casi iguales, se trocó en una práctica natural de «lenguas en contacto», eso sí, con mayor deterioro del catalán, por razones obvias (especialmente en fonética y en vocabulario). En definitiva, a pesar de un balance no muy halagüeño, las actitudes son positivas y han supuesto aceptar la política lingüística establecida por la administración autónoma, a la que aludiré más abajo.

Por tanto, la lengua catalana es fuente de sorpresas, sinsabores y perplejidades, que, si malvive, no deja de sobrevivir. Parece que todo ratifica el desconcierto en que se sumen quienes quieren afrontar seriamente el tema: el papel de la lengua catalana en la historia, sus características, sus ansias de seguir adelante, sus dificultades, su posible función en una época en que se vislumbran grandes cambios en la historia de la humanidad. Pues bien, a mi ver, la *Enciclopèdia de la llengua catalana*, a cuyo comentario doy comienzo, puede sugerirles caminos para hallar respuestas a estos y parecidos interrogantes. Aspiro a hacerlo ver y a razonar por qué a veces también figuran en sus páginas ideas inesperadas y no menos sorprendentes para todos ellos.

Llegado aquí, el lector podrá decirse: «una vez más, los catalanes a la búsqueda de un nuevo reconocimiento de su lengua, que



MARISOL CALÉS

tanto desean y, por lo visto, tanto necesitan». No se equivoca. Y yo, que lo veo desde dentro, me digo: «sí, de nuevo los catalanes aprovechan cualquier circunstancia que les permita llenar numerosas lagunas todavía patentes en la realización de su lengua y a la par reafirmar tanto lo que ésta va siendo como lo que quiere ser». He aquí cómo se justifica la *Enciclopèdia*. La da a luz una editora constructiva y retadora, que lleva cuarenta años en la brecha y que produce, con ella, el número 4.000 de sus títulos. Sale con la ayuda generosa de la Generalitat de Catalunya, y aparece cuando todavía se halla en curso el Año Europeo de las Lenguas (2001). Sí, los catalanes siguen aprovechándose. Pero el mayor provecho ha sabido sacarlo Francesc Vallverdú, director de la aventura, quien, ante la aparición de *The Cambridge Encyclopedia of the English Language* de David Crystal (1995), concibió una obra en cierto modo paralela sobre la lengua catalana y supo adaptarla y reconducirla sin cesar, hasta convertirla en el magnífico tomo que aquí describo. Por lo que respecta al nivel científico de la obra, el propósito se echa de ver inmediatamente: no a un tratamiento crítico, técnico y especializado de la materia, la cual, empero, sí que es obra de conocedores, eruditos y profesionales. Si al lector le entran ganas de llegar más al fondo de cualquier tema del libro, de entrada podrá acudir a los más de 1000 títulos mencionados en la bibliografía que han ido citando los redactores en sus contribuciones (y recogida en las págs. 391-407). Si no, puede estar tranquilo: sabido es que los mejores manuales no son obra de hábiles repetidores (que recortan y pegan trozos de trabajos ajenos), sino de quienes dominan la materia y saben descender a su terreno (eligiendo lo que se ha de decir, allanando la manera de decirlo y subrayando su función en el conjunto).

Acabo de aludir a los colaboradores del libro, cuyo perfil redondeo en lo que sigue. Se trata de 88 especialistas titulados, casi todos profesores universitarios o técnicos en lingüística aplicada, cada uno de ellos conocido y valorado por su especialidad (que

coincide con el tema sobre el que ahora ha escrito su artículo). Sus brevísimos currícula ocupan las págs. 373-377. Los responsables de la obra optaron por componerla con textos cortos, aumentando, por tanto, el número de colaboradores, y abandonando así la idea de reunir textos extensos, redactados por un equipo más reducido de especialistas. El resultado ha sido positivo, ya que, en realidad, si alguien es especialista en una materia, no suele serlo en otras varias (o lo es por aproximación) y con ello la obra acrecentaba su peso específico. Además, refrendada por más colaboradores, cada uno con su actitud científica y (¿por qué no?) humana, la obra se enriquecía lo indecible. Concluyo que la *Enciclopèdia de la llengua catalana* ha sido compuesta por un equipo numeroso, solvente y adecuado.

Una lengua no fácil de describir

¿Cuál es el contenido de esta obra colectiva que versa sobre una lengua no fácil de describir? Veamos, de momento, el plan del conjunto, el cual ya no deja de depararnos alguna sorpresa. Ahora sólo tengo en cuenta la probable reacción de quien se limite a leer el índice. Ya era de esperar que las dos partes que encabezan el libro («Historia de la lengua», la primera, y «Estructura y uso», la segunda), ambas de forzosa presencia y de obligada densidad, se pareciesen a las paralelas que encontramos en libros que exponen temas equivalentes de español, de francés, etc. Pero que la tercera parte («Situación actual de la lengua») casi igual en extensión a la segunda (una y otra, con unas cien páginas), y que supere a la primera (que se queda en setenta y cinco), ya nos llama la atención. También puede extrañar al lector el título de la cuarta parte («Lengua, persona, comunidad»), que tal vez consideraría más propia de otros campos temáticos (como psicolingüística, filosofía del lenguaje, sociología cultural). La quinta y última parte («El catalán y el mundo») no dejará de hacer son-

reír a quien se acerque. ¿A qué viene ese destello de «grandeur»? Atónito, el lector debe de sentirse trasladado al siglo XV (cuando el catalán resonaba por todo el Mediterráneo) o al mundo de los sueños (donde la utopía se torna realidad). Ahora bien, si, desconfiado, para mientes en los nombres de quienes introducen las cinco partes del libro, se convencerá de que ninguno de ellos hubiera comprometido su prestigio avalando textos de dudosa consistencia. Así, Modest Prats y Josep M. Nadal abren la puerta de la primera parte («Història de la llengua»); Joan A. Argenter, la de la segunda («El català: estructura i ús»); la de la tercera («Situació actual de la llengua») va a cargo de Miquel Siguan; la de la cuarta («Llengua, persona, comunitat») la firma Sebastià Serrano, y Aina Moll apadrina la quinta y última («El català i el món»). Las cinco partes del libro, desde las que más se ajustan a moldes casi estereotipados hasta las que destacan por su singularidad o que (como insinuaba) incluso sorprenden por su misma presencia, contienen datos originales y aspectos atractivos. El lector puede abrir el libro por la página que quiera: se sentirá complacido, se informará sobre la materia e irá forjando conocimientos nuevos y quizás matizando sus posiciones anteriores.

En lo que sigue voy a comentar, de las cinco partes del libro, algunos aspectos que se apartan de las fórmulas estandarizadas en tratados paralelos de otras lenguas románicas, cuando abordan ciertos temas. Intentaré justificar las diferencias. Me refiero ante todo al lector acostumbrado a vivir sus experiencias de lenguaje en el marco de una «lengua normal». Mas, he aquí que el catalán no es una lengua normal, como se colige de haber vivido (y de vivir, todavía hoy) ininterrumpidamente en la confluencia de dos procesos antagónicos, cuyas acciones tanto encarecen los sociolingüistas: el de la sustitución por la lengua dominante (que se arrastra desde el siglo XVIII) y el de la normalización (iniciado de modo espontáneo hacia 1900 y reanudado con más rigor científico en 1980). Por ello nuestra lengua presenta sin cesar las dos caras de una medalla: en el anverso advertimos las características de una lengua de cultura (lengua codificada, «reference books» correctos, una literatura importante), pero, en cuanto le damos vuelta, aparece un reverso con graves huecos (por lo cual no faltan sociolingüistas que vaticinen su inexorable desaparición). A continuación analizo tres muestras de esa anormalidad, que no podían faltar en la *Enciclopèdia*. 1) De momento, la especial situación del catalán se refleja en el capítulo sobre demografía lingüística (págs. 206-223), el cual es tan extenso en páginas como intenso en cálculos y apreciaciones, mientras que las otras lenguas lo tienen resuelto equiparando «número de habitantes = número de hablantes», con una simplicidad que excluye matices que deberían ser tenidos en cuenta. 2) También el capítulo sobre enseñanza (págs. 249-253) difiere notoriamente de lo que puede verse en la descripción de otras lenguas, si para ellas existe ese apartado, que, contrariamente, en catalán es inexcusable. Bueno será recordar que en la escuela pública de Cataluña únicamente hubo enseñanza obligatoria del catalán entre 1931 y 1939 (con las flagrantes e inevitables imperfecciones de lo que se improvisa), mientras que Valencia y Baleares quedaban al margen. Salvados los duros cuarenta años de mordaza y animosidad, la legislación vigente persigue el objetivo de que, llegados al término de la enseñanza obligatoria, todos los escolares dominen el catalán y el castellano. Se trata de mantener la lengua de la fa-



Viene de la página anterior



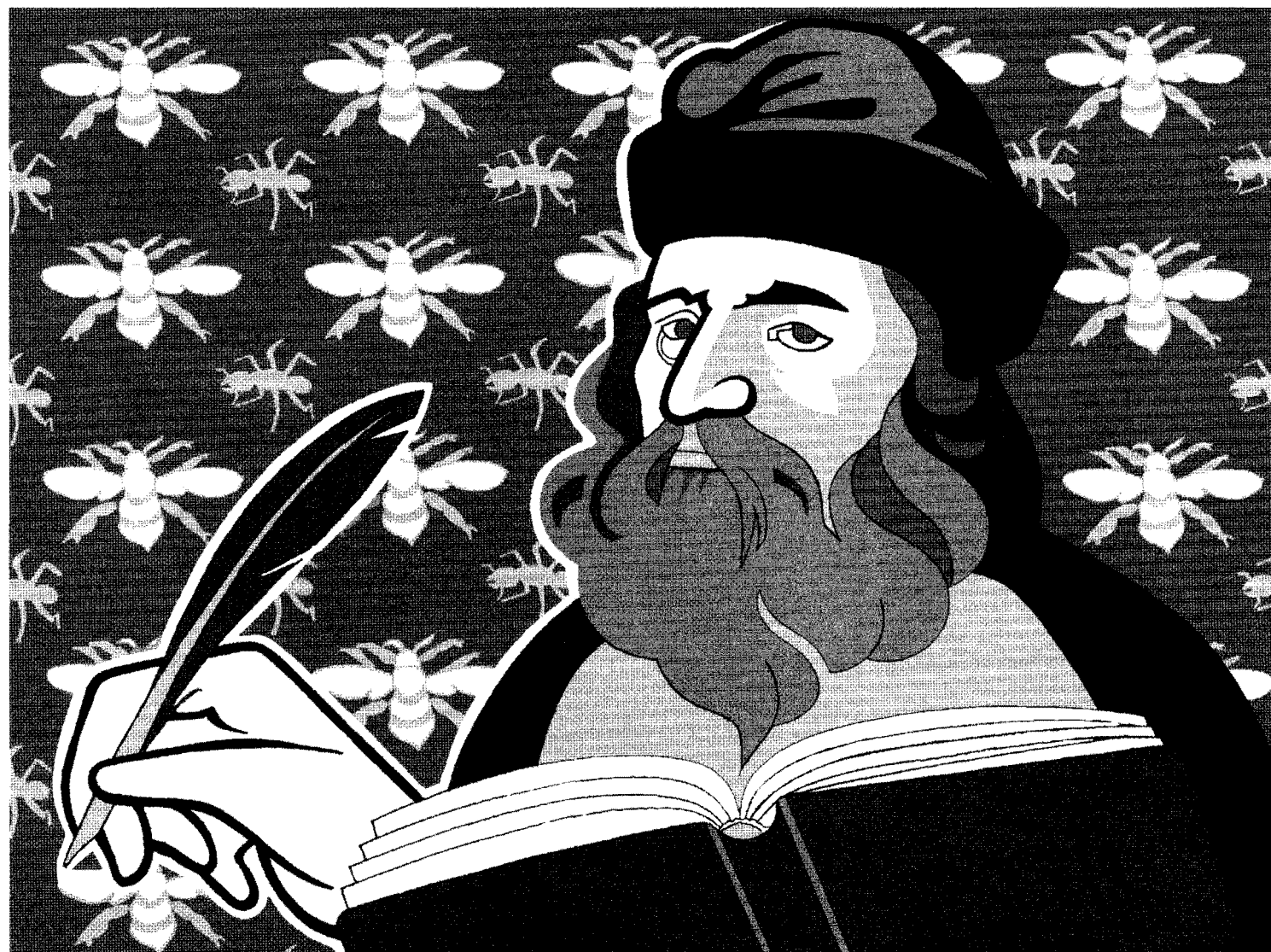
milia (para niños catalanohablantes) y aplicar la llamada inmersión (para niños castellanoahablantes), teniendo en cuenta que sociológicamente la lengua más débil es el catalán (y todo ello, sin excluir la «otra lengua» para unos y otros). A pesar de los años transcurridos y de las medidas tomadas, sigue siendo cierto aquello de que «los únicos bilingües son los catalanes». 3) O el capítulo sobre medios de comunicación (págs. 254-259), del que asimismo se puede prescindir hasta cierto punto en la descripción de una lengua normal y que, en cambio, es decisivo para la catalana. Como leemos en la pág. 254, «sense TV3 [«Televisió de Catalunya»] el català seria, al principi del segle XXI, un simple patrimoni del passat». En cuanto a la prensa, si en 1936 aparecían, sólo en la ciudad de Barcelona, ocho rotativos cotidianos, hasta 1976 no se consiguió lanzar el diario *Avui* (después de largos años de gestiones estériles con la censura). Hoy le acompaña un buen número de periódicos en todo el dominio lingüístico. A pesar de que la impresión general era que la gente estaba acostumbrada a leer la prensa en español y que esto ya venía del siglo XIX, en 1997 se produjo un hecho insospechado: las dobles versiones de *El Periódico* (Barcelona) y de *Segre* (Lleida) (una en catalán y otra en castellano, en ediciones independientes y dejadas a opción de los lectores) obtuvieron un éxito clamoroso (y duradero, con sus efectos consolidados hasta hoy) y, cosa más importante, demostraron que la crisis de la prensa diaria no obedecía a la indiferencia de los ciudadanos, sino a la falta de oferta de las empresas. ¿Aprenderán la lección otros diarios de gran circulación?

En defensa de la lengua

No acabaríamos. Una lectura detenida y reposada de la *Enciclopèdia* confirmará al lector cuánto ilustran las muestras aquí recogidas y otras, tan elocuentes como ellas, pero que ya no caben en estas páginas. El colectivo de catalanohablantes interesados está permanentemente de guardia, siempre a la defensa de la lengua y con el afán de superar incertidumbres y adversidades. Es un estado de tensión poco corriente en grupos humanos de tamañas dimensiones, pero evidente en catalán y que se percibe bien desde el exterior. «Ya veo que cada catalán debe de ser un sociolingüista [militante]», me dijo Joshua A. Fishman en 1974, al salir de una conferencia mía en Toronto. Yo no repuse directamente, pero, para mis adentros, pensé: «¡Qué más quisiéramos, los que nos sentimos responsables de muchas cosas sobre el catalán!».

Y lo pensé porque, si no es oro todo lo que reluce, el catalán no es una excepción. Sin embargo, es cierto que, por lo menos desde fines del siglo XIX (cuando se adquirió y se difundió una clara «conciencia de pueblo»), los «catalanes militantes» se sienten orgullosos de la lengua propia. Lo prueba una realidad manifiesta: en los últimos ciento cincuenta años, numerosas lenguas no estatales sucumbieron ante la fuerza de otra lengua que, con más poder, se les imponía sin otra opción posible, resignándose ellas a asumir el triste papel de un «patois» vergonzante. Frente a este desastre tan generalizado, el catalán reaccionó con brío en defensa propia. Escudados en la memoria de su literatura medieval y al calor del romanticismo que enalteció el pasado, los catalanohablantes del siglo XIX supieron enlazar la historia con la situación entonces actual y se salieron con la suya.

Así, pues, el sentimiento de fidelidad a la lengua de que hablo, que ya había salvado la lengua catalana en el siglo XVIII, continuó, como vemos, su acción bienhechora en



MARISOL CALÉS

los siglos XIX y XX, y es de esperar que siga con tesón en el porvenir. Por ello, en un discurso académico de 1976, puse en circulación el enunciado de «ciencia y pasión en la lingüística catalana», que explica el móvil profundo que subyace en sus empresas más características, sin menoscabo del rigor científico con el que han sido elaboradas y coronadas. Para mí, la lingüística catalana era —y sigue siendo— una ciencia serenamente objetiva y, al mismo tiempo, hondamente connotada.

¿Por qué este cúmulo de factores, que condicionan una lengua tan peculiar? «El catalán es un caso único en la sociolingüística universal», han dicho y repiten los sociolingüistas extranjeros. Insisto: ¿por qué? Atendido que los catalanes optaron por la defensa de su lengua, constantemente necesitan afirmarse y reafirmarse. De ahí que echen mano de todos los medios a su alcance. Es curioso que en el seno del catalán se hayan acuñado (o hayan adquirido su verdadera acepción) conceptos tan profundamente significativos en sociolingüística como, por ejemplo, la «lealtad (lingüística)» o su término opuesto: el «auto-odio». Recuerdo que, en mis añorados cursos universitarios, yo solía trazar una comparación en forma de proporción matemática, que me permito transcribir aquí (los términos connotados, en **negrita**, y los objetivos, en *cursiva*): «la **lealtad** es a la *lengua* lo que el **patriotismo** es a la *patria*» (excluyo el caricaturesco patriotismo, que aquí no viene a cuento, y nos desviaría). Un hispanófono o un francófono no han de plantearse la cuestión, por la unicidad obligada tanto de su comportamiento lingüístico como de su afecto patrio. Los catalanófonos podían plantearse en épocas ya lejanas, pero hoy la tienen firmemente asumida, no por haber firmado una declaración formal al respecto, sino simplemente por haber nacido leales (en familia, por voluntad ajena, etc.) o por haberse ganado la *lealtad* (por contagio, por inercia, etc.). No faltan grupúsculos

de *desleales* (que intentan disimular sus orígenes o actúan como no catalanohablantes, etc., formas del llamado auto-odio).

Cuanto antecede dará razón cumplida de la *Enciclopèdia de la llengua catalana*. Con ella al lector le será más fácil de comprender que sus aspectos aparentemente desproporcionados o desviados (si los ponemos al lado de libros paralelos sobre otras lenguas, más canónicos en la estructura y más ajustados al tema) encajan bien en la singularidad del catalán entre las demás lenguas románicas. Añádanse los recursos para llamar la atención del lector, habituales en libros de esta naturaleza. Pienso, por ejemplo, en las 260 fotografías que ilustran la obra, a veces con una función más intencionalmente llamativa que inmediatamente oportuna. Pero también pienso en los 35 mapas y en los 71 gráficos y diagramas, ya más adecuados a una cómoda comprensión del texto, sobre todo dada su finalidad de satisfacer a personas cultas no especializadas. Otro acicate para la lectura del libro son las docenas de pequeñas columnas laterales (o flashes), impresas sobre fondo colorido, con textos cortos redactados por los editores o fragmentos extraídos de trabajos de lingüistas, que aportan detalles,

puntualizan extremos o resaltan particularidades. Diré más: vista desde la óptica sociolingüística que me he esforzado en poner de relieve, incluso la última parte del libro, pomposamente titulada «el catalán y el mundo» (a la que antes aludía con ironía), cobra su verdadero valor entre los objetivos de la obra. Allí se trata especialmente de los llamados «catalanes universales», de la enseñanza de la lengua en el extranjero, de las traducciones de y al catalán, de las perspectivas que se le abren en las relaciones con instituciones internacionales. El broche de oro son los «mensajes del catalán al mundo», escritos con simpatía ilimitada por el japonés Ko Tazawa, el alemán Tilberg D. Stegmann, el británico John London y el francés (y occitano) Henri Boyer.

Termino. *La Enciclopèdia de la llengua catalana* suministra una rica variedad de hechos, que retratan las características formales de la lengua (nivel lingüístico). Y, a través de esos hechos, se descubren las actitudes de los catalanohablantes en sus maneras de servirse de la gramática y del vocabulario (nivel sociolingüístico). Ambos caminos llevan al mismo destino: fomentar o mejorar, según los casos, el conocimiento de la lengua catalana. □

RESUMEN

Para Antoni M. Badia la lengua catalana presenta las dos caras de la medalla: en el anverso se advierten las características de una lengua de cultura pero, al darle la vuelta, aparecen graves fallos, que llevan incluso a ciertos sociolingüistas a vaticinar su desaparición. En su opinión la aparición de esta Enciclopèdia, com-

puesta por un equipo numeroso, solvente y adecuado de filólogos y lingüistas, puede sugerir caminos para hallar respuestas a cuestiones como el papel de la lengua catalana en la historia, sus características, sus dificultades y su posible función en una época en la que se vislumbran grandes cambios.

Francesc Vallverdú (ed.)

Enciclopèdia de la llengua catalana

Edicions 62, Barcelona, 2001. 429 páginas. 96,18 euros. ISBN: 84-297-5026-6

¿Existe África?

Por Fernando Morán

Fernando Morán (Avilés, 1926) cursó Derecho en Madrid y amplió estudios en el Institut des Hautes Etudes Internationales de París y en la London School of Economics. Diplomático de profesión, ha sido embajador representante permanente ante las Naciones Unidas, ministro de Asuntos Exteriores entre 1982 y 1985, senador y diputado. Ha publicado novelas, ensayos de crítica y ensayos políticos.

Ébano es probablemente el libro sobre África que mayor difusión ha alcanzado en estas dos últimas décadas; en diversas traducciones desde que apareció en la lengua del autor, polaco, en 1998. La crítica ha sido unánimemente elogiosa. Sin embargo Kapuscinski ni pretendió debelar los estereotipos de la literatura de la descolonización; ni tampoco aflorar nuevos hechos e interpretaciones del pasado colonial. Es decir, que se mantiene lejos e indemne a las iconoclastias frecuentes. Ni es una apología que denuncie añoranza nativista; ni se irrita ante los excesos y simplificaciones de la reciente crítica a la construcción política y cultural que emergió, como justificación y motor en el momento de los nuevos Estados.

Por otra parte, el método empleado rehuye lo fácil: presentar como una unidad lo que es diverso, y en parte contradictorio. Tras su lectura cobra validez la pregunta de un autor actual: ¿existe África? Pero poseer la respuesta no puede evitar lo que sí es lícito: reducir realidades, tendencias, notas a la unidad. Es claro que nos impregnamos de algo que es indudablemente propio y distinto, «africano».

La fidelidad a lo que se desprende como común bajo la diversidad y la contradicción algo debe al método y naturaleza del libro. Éste no es exactamente un libro de viajes (género que afortunadamente va imponiéndose en estos últimos años), ni es un reportaje desde la perspectiva del observador (el viajero, el reportero); ni tampoco, a diferencia de un buen número de intentos de europeos u occidentales en el mundo diferente, una invitación a comparar lo que ellos son (los que mantienen la cámara y toman las instantáneas). No es un intento de traer a luz defectos propios al contrastarlos con lo ajeno (papel que, como se sabe, ha jugado un papel considerable en nuestra cultura); tampoco es una inmersión en lo ajeno generalizando sus valores.

Esta disciplina del autor parte de una modestia inicial: no pretende que su obra vaya a captar lo africano, ni a denunciar los espejismos iniciales de la construcción descolonizadora, ni a servir de balance de metas logradas y déficits inocultables. Ni siquiera vaya a identificar a un europeo concreto, Kapuscinski, en un momento decisivo para él y para su comunidad, un socialista en el alba de su emancipación.

Su África no es, pues, envoltorio de va-



ARTURO REQUEJO

lores. Paradójicamente, esta modestia inicial consigue el efecto, no ya de presentarnos el análisis de un periodista excepcional y un escritor notable, Kapuscinski, ni lo que ve en África, sino el de ponernos en comunicación muy directa con lo africano.

Kapuscinski había demostrado una capacidad excepcional para transmitir la historia marginal a la central europea. Probablemente por haber superado una versión concreta e ideologizada del proceso occidental, la marxista oficial en su país en su época de formación y madurez; también por no haber aceptado la versión contraria, neoliberal. No se sintió nunca como un disidente, ni tampoco fue un opositor en la línea que llevaría a Solidaridad. El disidente no combate en el mismo plano que aquello a lo que sufre. Su negación es a los mismos valores de lo que le oprime. El opositor niega concretamente. Pero para llegar a ser opositor es necesario que el sistema conceda al que niega un marco jurídico-político. En el sistema totalitario en que el autor vive, trabaja y escribe, el progreso democratizador apunta a convertir en opositores a los que son disidentes. Pero, al menos en este libro, y en algunos anteriores, al abordar los temas y procesos de la historia no centrado en lo occidental, Kapuscinski, no explicita su ideología y sus críticas concretas. No hace falta porque la libertad de la que hace gala ya es una negación del sistema imperante.

Narrador de universos históricos

Es un extraordinario narrador de universos históricos cerrados en sí mismos: *El Emperador* sobre Hailie Selassie de Etiopía; *El Sha*. También un polaco que se plantea la

consigue el efecto no de presentarnos el análisis de un periodista y un escritor excepcionales, como lo es el autor, sino de ponernos en comunicación muy directa con lo africano. Hay quien se pregunta si existe África, pero el periodista logra impregnarnos de algo que es propio y distinto: lo africano.

vieja amenaza, y la atracción y gravitación sobre sus pueblos, de Rusia: *El Imperio*.

La perspectiva cultural general no le limita la capacidad de transmitir. Es famosa la calificación que de él hizo Le Carré, quien le calificó de «enviado de Dios». Es decir que ve y trasmite los hechos desde la perspectiva general e inevitable.

¿Qué hay de inevitable en el África transmitida casi sensorialmente en *Ébano*? Su humanidad, su pobreza, su desequilibrio entre ciudades e itinerarios, la proliferación religiosa, el fracaso de la política de movilización, la superficialidad del nacionalismo.

Kapuscinski no se detiene en identificar el carácter inadecuado de las asunciones que dominaron la construcción intelectual en el momento de la descolonización. Tanto en los partidarios de la concesión de la independencia en los países administradores europeos como en las élites africanas.

Entonces se suponía:

a) Que el Estado Nación, concepto y realidad sometido a la prueba de la historia en Europa, era el mejor e imprescindible instrumento para la alfabetización, lucha contra las plagas y epidemias y contra el tribalismo en las nuevas sociedades; b) que era sabio aceptar el principio de no modificación de las fronteras heredadas de la época colonial; c) que los partidos políticos, incluso el partido preponderante, cuando no el único, eran factores correctores de la tendencia a la fragmentación y el tribalismo; d) que facilitaba el tránsito de colonia a Estado independiente la existencia de un líder carismático fraguado en la lucha por la independencia y que luego aceptase el diálogo polémico y la cooperación con el antiguo administrador; e) que la concentración de poder en el ejecutivo, y en el líder, correspondía al momento de la construcción nacional y a la nueva situación caracterizada por el fin del pacto colonial; f) que tras la desaparición del pacto colonial, el papel de la minoría blanca no sería heredado por una clase nacional de intermedios (reconstrucción neocolonial).

Tampoco hasta entrados los sesenta, empezando por Nigeria en un proceso excelentemente descrito y analizado en *Ébano*, se percibe que se extenderán en África los gobiernos militares.

La tensión entre tradición y el impulso de construcción revolucionaria encerraba el dilema africano. Sobre esta dialéctica escribió en los años sesenta dos ensayos.

La visión era en la izquierda europea optimista. Sin embargo algún autor apuntaba a lo infundado de algunos supuestos no cuestionados. Así el geógrafo francés René Du-

mont en un libro cuyo título hablaba por sí mismo *África ha salido mal* (*L'Afrique noire est mal partie*).

Treinta años después, cuando Kapuscinski sirve como corresponsal en el Este de África a la agencia polaca, el pesimismo era casi total y los sociólogos se preguntan si no se ha intentado liquidar las culturas tradicionales demasiado rápidamente, y si el caos de las megalópolis africanas y la ruptura de clanes y familias no ha sido un precio muy alto. De nuevo un título de un diagnóstico, el de la demógrafa camerunesa Axelle Kabou: *¿Y si África rechazase el desarrollo? (Et si l'Afrique refusait le développement?)*.

Kapuscinski que dice que ha evitado los palacios y la sala de espera y que solamente dedica dos capítulos a los ambientes del África política emergente en la hora del optimismo, los dos sobre Ghana en los que destaca un nacionalista simpático, va a las raíces: al caminar aparentemente sin rumbo (en África todo el mundo viaja y todo el mundo trueca objetos), la sal, el agua y a las grandes revoluciones del plástico, que favorecen el transporte del líquido esencial, y las armas ligeras, que convierten en soldados y en potenciales homicidas a los niños.

Lo esencial: la enfermedad, la resistencia de la vida y de la religión. No atención al paisaje (el paisaje es una creación occidental y reciente). Y Dios y la lluvia en el Sahel.

Es tan directo el autor en sus cuadros (porque *Ébano* es una colección de cuadros que una vez contemplados uno a uno abren la perspectiva total) que no es explícito respecto a la limitación que se le impone cuando trabaja como periodista de una agencia polaca en la época socialista.

La religión, esencial en todas las circunstancias, pero omnipotente e inmediata en África, recibe la forma de pregunta y respuesta existencial y de la realidad sociológica de la proliferación de culturas (así en los capítulos sobre Port Harcourt) donde asoma esa realidad tan presente en África que son los «sincretismos», sobre lo que nos hubiese gustado que se hubiera extendido. Pero, naturalmente, ni el autor polaco tiene la pretensión de abordar todos los temas esenciales africanos, ni es lícito exigir de él un tratado, cuando lo que proporciona es, y no es poco, es mucho: un contacto.

En algún momento, su posición como polaco y como demócrata aparece en su definición del absurdo y corrupción del apoyo soviético al régimen de Mengistu en Etiopía. El casi surrealista cementerio de tanques y artillería oxidada. O el barrio suntuoso de Asmara, Tira Avolo, en Eritrea, donde los oficiales del estado mayor soviético, que no podían ir a la Costa Azul o a Capri (dice el autor) pasaban las vacaciones entre buganvillas pero no lejos de los soldados que habían cambiado la metrallera por la escudilla de mendigos.

Hay pocos símbolos presentados como tales en la obra. Kapuscinski tiene el ojo del reportero, la rigidez del periodista y la prosa del novelista. Y no recurre a los símbolos africanos, porque lo esencial son el hambre, la enfermedad, la sequía, la distancia. También la esperanza es de este mundo: el esfuerzo cotidiano, casi a la desesperada. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Domínguez Ortiz, Miquel Siguan, Patricio Peñalver Gómez, Ismael Fernández de la Cuesta, Manuel García Doncel y Sixto Ríos

RESUMEN

Fernando Morán comenta un libro de Ryszard Kapuscinski que es en su opinión la obra reciente sobre África que más difusión ha obtenido. No se trata de un libro de viajes, ni de un reportaje desde la perspectiva del observador. Este extraordinario narrador de universos históricos cerrados, como le define el comentarista,

Ryszard Kapuscinski

Ébano

Traducción de Ágata Orzeszek. Anagrama, Barcelona, 2000. 352 páginas. 15,03 euros. ISBN: 84-339-2545-8

Felipe V, un rey mediocre, un reinado decisivo

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

A pesar del escaso relieve de su protagonista, el reinado de Felipe V siempre ha suscitado gran interés, y por ello cuenta con una nutrida bibliografía. Varios factores concurren a la explicación de este hecho, la larga duración de aquel reinado de casi medio siglo (1700-1746), el cambio de dinastía, la profunda remodelación del Estado español que significó la Nueva Planta y ciertos episodios extraños, casi novelescos, que salpicaron la época y sus protagonistas. Pero también la carga ideológica que, con más o menos razón, se le atribuye al nuevo ambiente y al nuevo personal que tuvo a su cargo el timón del que todavía era el mayor imperio del mundo. No carece de significado que en aquella época cambiara la orientación de la política exterior de España, se definiera lo que era esa misma España y un monje de espíritu renovador, Benito Feijoo fuera, con gran diferencia, el autor más leído del siglo.

A pesar de que historiadores de varias tendencias, incluyendo los representantes del positivismo germánico del siglo XIX, defendieran frente a los románticos la tesis de que la historia debía ser, como toda ciencia, ideológicamente aséptica, la construcción del pasado «tal como fue», sin intencionalidad partidista, la realidad ha demostrado que tal pretensión es imposible. Por más esfuerzos que haga por mostrar su imparcialidad siempre es posible detectar, a través de su obra, la ideología del autor, y no se le puede culpar por ello; lo que sí se le debe exigir es que la exposición de los hechos tenga un grado de fidelidad que permita al lector sacar sus propias conclusiones, valorar los hechos de acuerdo con su filosofía personal. La historia del reinado de Felipe V no puede sustraerse a esta regla general. Los hechos son conocidos, pero las interpretaciones son muy diversas, y quizás en ninguna otra obra pueda apreciarse este hecho con tanta cla-



FRANCISCO SOLÉ

ridad como en la que lleva por título *Felipe V y los españoles* y por subtítulo *Una visión periférica del problema de España*.

¿Un «ítem» más que añadir a los que han proliferado como hongos últimamente sobre este tema? Sí, uno más pero de calidad excepcional, porque su autor reúne cualidades que por una combinación de casualidades y virtudes propias es difícil que se puedan repetir. Ricardo García Cárcel nació en Requena, una población de abolengo castellano que pertenece a la provincia de Valencia, por lo que está a la vez dentro y fuera de esa raya que separaba la Corona de Castilla de la de Aragón; una raya fronteriza cuya eliminación por las leyes de la Nueva Planta fue el símbolo, alabado y denostado, de la unificación del Estado español como consecuencia de la guerra de Sucesión. Destinado a la Universidad Autónoma de Barcelona, escribió sobre la Cataluña moderna un li-

bro en torno al cual se hizo un vacío tan perfecto como el que usan los físicos para sus experimentos. Es también un especialista en temas de Inquisición, y si no lo declaro el mejor es porque las comparaciones son odiosas. Conoce como pocos el conjunto de la cultura española del Siglo de Oro. Quizás su punto débil sea América, pero esto es tan frecuente que no hace novedad.

No sé que se haya hecho un estudio clínico riguroso de la enfermedad mental que padecía Felipe de Anjou. ¿Tuvo alguna relación con la emponzoñada herencia que los Borbones habían recibido de los Austrias? Ricardo García Cárcel recoge lo esencial de los síntomas que la tradición nos ha transmitido: temprana aparición de los síntomas y progresiva agravación, sin llegar, como Fernando VI, a la demencia total. El disgusto por las funciones reales en los llamados a ejercerlas es harto frecuente y no constituye en sí mismo un síndrome morboso; Eduardo VIII confiesa en sus *Memorias* la desazón que le producía la llegada del primer ministro británico con la caja roja que contenía los documentos que tenía que examinar y firmar. En este punto los contrastes son frecuentes: a un Felipe II ávido por el ejercicio del poder hasta el último momento sucedió un Felipe III que abandonó de muy buen grado sus funciones en su favorito; pero en el caso de Felipe V llovía sobre mojado, pues su predecesor también era un abúlico, aunque no en el mismo grado ni con las mismas características; el último de los Austrias tenía la edad mental de un niño de diez años; Felipe

de Anjou alternaba la normalidad con largos periodos depresivos que a veces rozaban la total enajenación: aversión al trato humano, escrúpulos religiosos, exceso en sus relaciones conyugales y, en los años finales, inversión del orden natural de actividad, durmiendo de día y velando de noche para desesperación de sus consejeros y servidores.

Dominio de favoritos y esposas

Tales personas están destinadas a ser dominadas por otras de temperamento normal y enérgico: los favoritos, las esposas. Carlos II estuvo sometido primero a su madre, luego a su hermano bastardo D. Juan José de Austria y al final a ministros influyentes. La Monarquía siguió funcionando porque ya existía un aparato burocrático que podía funcionar por sí solo, y la Grandeza, que era la fuerza principal, ya no tenía un carácter anárquico y feudal; sacaba partido del desgobierno para sus fines particulares pero respetaba la autoridad monárquica y compaginaba su egoísmo con cierto grado de responsabilidad. Ahora bien, ¿cuál era el problema fundamental que se debatía cuando, a fines del siglo XVII, se planteó el de la sucesión de un rey impotente? Aquellos hombres no tenían unas ideas muy claras, y los pareceres se dividieron, ¿Mantener la unidad de un imperio dinástico, supranacional, o atender sólo



En este número

Artículos de

Antonio Domínguez Ortiz	1-2-3	Ismael Fernández de la Cuesta	8-9
Miquel Siguan	4-5	Manuel García Doncel	10-11
Patricio Peñalver Gómez	6-7	Sixto Ríos	12

SUMARIO en página 2



Felipe V, un rey mediocre, un reinado decisivo

a los intereses específicamente españoles? En este punto los testamentos reales eran claros: había que salvaguardar el imperio dinástico, cuyo origen estaba en la Casa de Borgoña, y por eso ordenaban mantener a toda costa la soberanía de los Habsburgos en los Países Bajos, aunque fuera con amputaciones; de las Indias, harlo más interesantes para España, ni una palabra. A los españoles no sólo no les interesaba la cuestión de Flandes sino que la detestaban. Respecto a Italia su opinión era más matizada; había más afinidad con los italianos, y en Sicilia y Nápoles algunas familias importantes tenían familiares y rentas, pero, en conjunto, la noción del Imperio dinástico sólo era defendida por los reyes y por un reducido grupo de altos funcionarios fieles a la tradición imperialista. Y la única manera de mantener la integridad del Imperio era ponerlo bajo la tutela de Luis XIV y su formidable máquina militar.

Europa se hubiera resignado a aceptar el testamento de Carlos II si el monarca francés no hubiera multiplicado los síntomas de

aprovechar la unión dinástica para extender su dominio sobre los Países Bajos y el comercio americano. Ni Austria ni Inglaterra podían consentirlo; y rebotó, una vez más, la guerra que asolaba a Europa desde hacía un siglo con cortos intervalos de paz. ¡Resulta admirable, increíble, que aquel siglo XVII efectuara tan grandes progresos científicos y artísticos agobiada por el signo de Marte! El siglo XVIII también vivió atosigado por las guerras, pero fueron menos destructoras, más humanas. En España ese siglo se inicia con la Guerra de Sucesión, que fue a la vez internacional y civil. El libro que comentamos tiene con motivo central esa vertiente de contienda civil que tenía como antecedente la larga guerra que comenzó con la sublevación catalana de 1640 y terminó en 1659 con la paz de los Pirineos en la que la Francia de Luis XIV se anexionaba el Rosellón.

El *Felipe V* de García Cárcel está centrado en el aspecto de guerra civil de la Guerra de Sucesión, subraya las diferencias con el conflicto anterior: esta vez no se trataba de separarse de Castilla, Cataluña afrontaba la totalidad del «problema español» acompañada por otros territorios de la corona de Aragón. Ahora Francia no era una aliada contra el gobierno de Madrid sino una enemiga. Los motivos de la elección austracista de catalanes, aragoneses, valencianos y mallorquines han sido muchas veces analizados; García Cárcel no aporta una tesis revolucionaria; admite la tradicional: mala soldadura de la herencia de Fernando V y la de Isabel I; desconfianza y rencores por ambas partes, y un conjunto de circunstancias que convirtieron esta frontera mental en una frontera bélica; lo que aporta su libro son precisiones, testimonios sacados de su profundo conocimiento de la documentación y la bibliografía, buceando en los estratos más profundos de la mentalidad popular. Sus conclusiones parecen irrefutables: los austracistas, al negar la obediencia a Felipe V, defendían un concepto de España que él llama «horizontal», y que hoy llamamos regionalista, frente al estado «vertical» que intuían sería preferido por la nueva dinastía.

Pero dentro de unas coordenadas de voluntariedad y azar que nunca faltan en los eventos históricos, todos los sondeos coinciden en que, si bien las motivaciones de la franja española del este fueron diversas (muy importante en la Valencia rural el sentimiento antiseñorial) había un denominador común: la aversión contra Francia y los franceses, sobre todo en Cataluña; dolía la segregación del Rosellón y el duro trato que allí recibían los que añoraban la patria perdida; temían el absolutismo de Luis XIV; supuraban las heridas causadas por las últimas guerras; ignoraban que el monarca francés, sabedor, sin duda de estos sentimientos, recomendó a su nieto hasta el último momento, hasta la toma de Barcelona, que tratara con generosidad a los catalanes. Felipe V desoyó estas advertencias y mantuvo una actitud vengativa no acorde con su carácter y que, sin duda, brotaba del sentimiento de haber sido traicionado, porque en las Cortes de Barcelona, con las que inauguró su reinado, les había hecho concesiones, incluyendo el permiso de enviar dos buques de mercaderías a las Indias.

Los sentimientos del resto de los españoles hacia los franceses, la adhesión de Andalucía y las Castillas al rey Borbón le aseguraron la Corona cuando su causa ya parecía perdida. En cuanto a los andaluces, puedo asegurar, basado en la literatura popular, las actas de los cabildos y otras fuentes poco estudiadas, que ese supuesto entusiasmo felipista fue inexistente o muy pequeño; lo que ocurrió es que de Madrid llegaban órdenes severas que las oligarquías locales no se atrevían a eludir como ocurría en el reinado anterior; se sacaron recursos de un país que se suponía agotado (lo cual era verdad sólo a medias); se reclutaron batallones y se requisaron víveres. La propaganda oficial alimentó la aversión hacia los portugueses y los ingleses, aquellos impíos. Pero sin los sólidos batallones franceses los felipistas no hubieran triunfado en Almansa, que fue la batalla decisiva en aquella guerra, y también fueron los soldados franceses la principal fuerza de choque en el asedio a Barcelona.

Complicaciones en el tablero diplomá-

tico europeo deshicieron la alianza antiborbónica y, al fin, abandonados los catalanes por sus aliados, Felipe V reinó en toda España. Mientras duró la lucha su nivel mental fue aceptable pero después su abatimiento, melancolía y el tedio por las tareas de gobierno fueron en aumento; factores que actuaban a favor y en contra de «La Parmesana», su segunda esposa; en pro porque le daban el control del gobierno; en contra porque vivía bajo el constante temor (que llegó a materializarse durante algún tiempo) de que su esposa renunciara al trono, dificultando su objetivo principal: procurar tronos en Italia a sus hijos puesto que el de España correspondía a los hijos de la primera mujer, Luis, «el rey relámpago», y Fernando VI. Son hechos bien conocidos sobre los que el autor no insiste. Dedicó muchas páginas del capítulo III a describir el tenaz rencor de Felipe hacia los catalanes y la reacción de éstos; mientras Aragón y Valencia aceptaron sin reaccionar la derrota y la pérdida de sus fueros, en Cataluña se vivió todo aquel reinado en un clima tenso, un rechazo general al nuevo régimen y una guerrilla rural. La política vengativa del rey fue criticada dentro y fuera de España; García Cárcel reproduce un largo párrafo de Voltaire en alabanza de los catalanes. Pero a pesar de su mala conciencia, nada hicieron en su favor las antiguas potencias aliadas.

Pasa después el autor a describir al «segundo Felipe V, el rey que no quería reinar». Terminada la pugna sucesoria, realizada la «España vertical» o centralista (con la excepción, notable, de Navarra y las provincias vascas, que conservaron sus fueros) la política felipista se concentró en rectificar los aspectos más desfavorables de la paz de Utrecht: recuperar Gibraltar y Menorca; restaurar la secular influencia de España en Italia, satisfaciendo, a la vez, los deseos de la reina. Y contrarrestar las apetencias británicas sobre las Indias. Creo que éste hubiera sido el momento indicado para insistir en un hecho fundamental: después de Utrecht el Imperio di-

Qué es

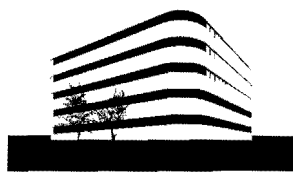


Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Felipe V, un rey mediocre, un reinado decisivo», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Felipe V y los españoles</i> , de Ricardo García Cárcel	1-2-3
«Lenguas e identidad, según Fishman», por Miquel Siguan, sobre <i>Llengua i identitat</i> , de Joshua Fishman	4-5
«Para una lectura razonada de Simone Weil», por Patricio Peñalver Gómez, sobre <i>Cuadernos</i> , de Simone Weil	6-7
«La música como medicina», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>Music as medicine. The History of Music Therapy since Antiquity</i> , de Peregrine Horden (ed.)	8-9
«Física cuántica, libertad y Providencia», por Manuel García Doncel, sobre <i>Quantum Mechanics: Scientific Perspectives on Divine Action</i> , de autores varios	10-11
«Causalidad», por Sixto Ríos, sobre <i>Causality (Models Reasoning and Inference)</i> , de Judea Pearl	12



FRANCISCO SOLÉ

nástico se convierte en el Imperio español: el binomio España-Indias; más lógico, más popular, más defendible, pero que también exigía esfuerzos, ahora no en el dominio terrestre, sino en el marítimo; y si Francia resultó una enemiga terrible del Imperio dinástico, la ascendente Inglaterra del XVIII también exigió de España enormes esfuerzos para defender las costas americanas y el dominio del Atlántico, lo que costó grandes sacrificios a una España que, a pesar de sus progresos, seguía siendo la cabeza demasiado pequeña de un Imperio inmenso. Patiño y Campillo echaron las bases de esta nueva orientación, Ensenada la continuó en el siguiente reinado, Carlos III llevó esta política al límite con su ayuda a la independencia de los Estados Unidos y luego, en Trafalgar, se hundió un siglo de esfuerzos por crear una gran marina con mediocres resultados.

Pero el discurso de García Cárcel se centra, como queda dicho, en el concepto de la España peninsular, y sigue su rastro después de la desaparición de Felipe V; evoca la figura del valenciano Mayans, ejemplo acabado de las ambigüedades y contradicciones que el proyecto de una España vertical suscitaba en los países de la antigua Corona de Aragón; Mayans no deploraba la desaparición de una organización foral arcaica, inoperante, ni era enemigo de los Borbones; lo que le dolía era que se mantuviera en Castilla y, sobre todo, en la Corte el aire de recelo al que atribuía el fracaso (parcial) de sus esperanzas de conseguir una situación personal destacada en la Corte.

Los trece años del reinado de Fernando VI fueron tan anodinos en apariencia como reconfortantes para un país que tenía una gran necesidad de reposo. No tenía España la capacidad de recuperación de Francia, a la que el Rey Sol dejó en estado comatoso tras sus dispendios y continuas guerras pero recuperó pronto el pulso. España necesitaba más tiempo para rehacerse; se vio entonces, se comprobó tras la Guerra de la Independencia, lo hemos vuelto a comprobar después de nuestra guerra civil. ¿Culpa de los hombres o de la naturaleza? Quizás de los dos factores. El hecho es que Carlos III hizo mal en interrumpir aquel reposo con unas guerras contra Inglaterra que estaban justificadas pero no convenían nada a la nación.

García Cárcel no se detiene a conside-

rar estas cuestiones, no se desvía de su objetivo principal. En la segunda mitad de su libro, el primer Borbón español ya no aparece como personaje del drama sino como referente de la fundación de un estado español unificado, las consecuencias de este cambio y los comentarios que ha suscitado, a través de una literatura que conoce a la perfección y analiza con rigor. De este examen se deducen consecuencias, algunas paradójicas. No considero paradoja la reconciliación de los catalanes con la nueva dinastía; había en Cataluña un fondo dinástico y solidario que ya no podía expresarse a través de la adhesión a una casa de Austria definitivamente desaparecida del horizonte hispano. Luego, tras las heridas abiertas por la Nueva Planta, comprobaron que en el nuevo sistema no todo era desventajoso; el libre comercio con América abría perspectivas que una Cataluña modernizada plena de dinamismo supo aprovechar. Incluso el sistema fiscal que parecía (y era) tan duro en los primeros años de su implantación luego demostró tener algunas ventajas que en Castilla se quisieron, sin éxito, adoptar (Catastro de Ensenada).

Calurosa acogida a Carlos III

Éstos y otros hechos explican la calurosa acogida a Carlos III cuando, procedente de Nápoles, desembarcó en Barcelona. Sin embargo (es impropicio buscar en los hechos históricos una lógica rigurosa) la represión lingüística del catalán fue más dura en el reinado de Carlos III que en el de Felipe V. Éste se limitó a establecer la obligatoriedad del castellano en la recién establecida Audiencia, y a insinuar a los corregidores que fueran introduciéndolo de manera suave y subrepticia, «de manera que se consiga el efecto sin que se note el cuidado», mientras que una real cédula de 1768 establecía la obligatoriedad del castellano en las enseñanzas primaria y secundaria, y hubo obispos como Climent, notorio representante de la corriente ilustrada, que impuso a su clero esta misma tarea de adoctrinamiento a los fieles.

Es evidente que a pesar del apoyo oficial, esta política de adoctrinamiento lingüístico hubiera tenido poco éxito si no estuviera ya actuando desde mucho tiempo antes en Cataluña (como en Galicia y el País

Vasco) una tendencia a identificar el prestigio social con el uso del castellano. Si la burguesía catalana lo usaba habitualmente en el siglo XIX en sus relaciones privadas es evidente que se debía a esta circunstancia. El cambio de tendencia se verificó a lo largo de aquella centuria con numerosos altibajos, derivaciones y vericuetos. Para no perderse en tal maremagnum García Cárcel elige algunas referencias muy concretas y de signo contrario: una, política: el empuje de dos ramas originadas en Cataluña pero con expansión peninsular: el federalismo y el carlismo. Otra, el auge de un nacionalismo literario, romántico, cuyo origen se ha fijado en la *Oda a la Patria* de Aribau. Recuerdo que cuando realicé mis primeras oposiciones a cátedras de instituto en 1933 este tema lo puse entre los que había que preparar (¡en veinte días!) porque para mí era nuevo. Después he aprendido otras muchas cosas sobre el catalanismo y sus derivaciones en la época liberal; entre otras que en las partidas carlistas, continuadoras de la antiquísima tendencia de «tirarse al monte» se admitía a todo el que llegara, pero el jefe tenía que ser catalán.

Otro hilo conductor utiliza García Cárcel para no perderse en el maremagnum de fechas y tendencias: la historiografía. Ningún movimiento regionalista se acerca, ni con mucho, al catalán en el número y calidad de sus historias. ¡Qué contraste con Andalucía, donde en todo el siglo XIX solo apareció la mediocre obra de Joaquín Guichot! Siempre, Soldevila, Rovira i Virgili, y después Vicens, su escuela, sus continuadores, sus contra-

dictores, forman una legión que supera, con mucho, a cualquier otro grupo historiográfico que en nuestro siglo XX haya tratado la historia regional en sí misma y en relación con la historia general de España.

Cierran el volumen unas «Reflexiones finales» en las que el autor retoma sus tesis esenciales. El debate entre una España foralista y «horizontal» en relación con la política de Felipe V sólo se mantiene vivo en Cataluña; con mucha menos intensidad en los demás países de la Corona de Aragón, y apenas suscita interés en el País Vasco y Galicia. Añadiría por mi cuenta una reflexión: la política interior de aquel rey y de sus ministros no se agota con la contraposición entre poder central y poderes autonómicos, si es lícito usar, en aras de la claridad, este neologismo. El reforzamiento del autoritarismo centralista se manifestó por otros medios; pienso en el caso, muy típico, de Asturias; allí no había problema foral porque las atribuciones de su Junta sólo en la memorable ocasión del levantamiento popular contra Napoleón demostró que podía convertirse en un instrumento político. El problema de Asturias era la pervivencia de una sociedad cuasi feudal favorecida por la incomunicación entre Asturias y Castilla. La normalización se produjo por una doble vía: el establecimiento de una audiencia que fortificó la autoridad real frente a las oligarquías depredadoras. Y algo después por la apertura de una comunicación más fácil con la Meseta. Un caso muy distinto del autogobierno de determinados territorios, pero con un denominador común: para bien o para mal, la última palabra llegaría de Madrid. □

RESUMEN

En la obra que Antonio Domínguez Ortiz comenta, Ricardo García Cárcel estudia las consecuencias que la Guerra de Sucesión de España tuvo para la definición externa e interna de nuestro país, especialmente a la luz de los sentimientos que provocó en Cataluña el decreto

de Nueva Planta. Tras la reacción inicial adversa hubo una reconciliación entre la nueva dinastía y los catalanes, que en el siglo XIX intervinieron muy activamente en la política y la economía del conjunto español, hecho reflejado en una historiografía numerosa y de alta calidad.

Ricardo García Cárcel

Felipe V y los españoles. Una visión periférica del problema de España

Plaza Janés, Barcelona, 2002. 351 páginas. 16,50 euros. ISBN: 84-01-53056-5

Lenguas e identidad, según Fishman

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918) es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona, doctor «honoris causa» por las universidades de Ginebra y del País Vasco y miembro del Colegio Libre de Eméritos y de la Academia Europea. Se ha interesado especialmente por la psicolingüística y la sociolingüística. Entre sus obras pueden citarse: *España plurilingüe* (1992), *La Europa de las lenguas* (1996) y *Bilingüismo y lenguas en contacto* (2001).

Desde hace mucho tiempo Joshua Fishman (Filadelfia, 1926) es el máximo representante de la sociolingüística dedicada a estudiar las situaciones de lenguas en contacto y los esfuerzos de recuperación de las lenguas menores. A pesar de lo cual y de la abundancia de su producción sólo una obra suya, ya antigua, una introducción a la sociolingüística, ha sido traducida al español. Por ello la aparición de otra obra suya en catalán merece un comentario. Se trata de una compilación de artículos suyos recientes que tienen así la virtud de ofrecer una visión global de su pensamiento. Por sorprendente que ello pueda parecer, y a pesar de la relación evidente entre el lenguaje y muchos fenómenos sociales, los sociólogos han tardado mucho en ocuparse de los comportamientos lingüísticos y cuando lo han hecho ha sido para tratar de las relaciones entre la lengua y la estructura social. El interés por las situaciones en que varias lenguas entran en contacto, o en conflicto, porque son medios de expresión de grupos sociales distintos, ha sido mucho más reciente. La obra pionera en este campo es *Language in contact*, publicada por Uriel Weinreich en 1953 y que, muy sintomáticamente, no es la obra de un sociólogo sino de un lingüista preocupado por las interferencias y por los calcos lingüísticos. A diferencia de los lingüistas clásicos, interesados sólo por las consecuencias de estos fenómenos para las lenguas, Weinreich intentaba explicar sus razones y dejaba claro que las interferencias se producen porque hay sujetos bilingües que manejan dos lenguas y que ello ocurre porque en un mismo espacio social coexisten dos lenguas. Y en esta misma línea distinguía entre distintos tipos de bilingües, habló de fidelidad lingüística y abrió así un terreno que luego ha sido ampliamente transitado. Y fue a partir de su obra como se difundió la noción de lenguas en contacto y de diglosia para designar el hecho de que cuando en un mismo territorio coexisten dos lenguas normalmente se produce un desequilibrio entre las dos, de modo que la una se utiliza en las actividades formales y socialmente más elevadas, mientras la otra queda reducida al marco de la vida familiar y las relaciones familiares y cotidianas. Un desequilibrio que a la larga puede llevar a la desaparición de la lengua débil substituida por la más fuerte. En el occidente europeo donde, a lo largo de la historia y en el marco de la constitución de los estados nacionales, se han dado con cierta frecuencia procesos de este tipo es fácil interpretarlo en términos políticos, y así lo hizo Hagen para el noruego en 1962 o Niñosles, entre nosotros (*Lengua y poder social*) en 1972.

Fishman, en cambio, que en la década de los sesenta inició estos estudios en los Estados Unidos hasta convertirse en la figura más conocida en este campo, parte de una tradición muy distinta. Es judío e hijo de emigrantes establecidos en Estados Unidos desde la Europa del Este y en su infancia en su casa se hablaba yidish y fue así como se hizo consciente de que formaba parte de un grupo que no sólo tenía una lengua, sino una cultura propia con la que se sentía afectivamente identificado y que estaba dispuesto a mantener. Y fue a partir de esta experiencia cuando cayó en la cuenta que había otros grupos que hablaban len-



STELLA WITTENBERG

guas que también pretendían mantener, y fue así como se decidió su vocación de dedicarse a estudiar los fenómenos relacionados con esta diversidad lingüística y con esta voluntad de permanencia.

Etnias y naciones

Sus trabajos pioneros generalizaban la noción de diglosia en relación con el bilingüismo, pero muy pronto centró sus reflexiones en la naturaleza de los grupos que se identifican por su lengua y a los que desde sus primeros trabajos designó como «etnias». Dentro de esta perspectiva se ha dedicado a aclarar los esfuerzos que hacen las etnias para mantener su lengua y con ella su identidad y a describir los procesos por los que intentan conseguirlo, lo que le ha valido un merecido prestigio en el campo de la planificación lingüística. Pero su preocupación principal, que nunca le ha abandonado, ha sido el aclarar los lazos que unen lengua, sociedad y cultura poniendo de relieve el papel que desempeña la lengua para los miembros de la comunidad que la habla, que no sólo es un medio de comunicación entre ellos sino que tiene implicaciones personales afectivas e incluso éticas. Así la lengua es la raíz de la identidad colectiva, identidad que se traduce en la voluntad de permanencia. Desde nuestra perspectiva europea diríamos que lo que Fishman llama «etnia» es lo que para nosotros es una «nación». Pero las cosas no son tan simples.

Originariamente «etnia» es una palabra griega que significa los que tienen un mismo origen y «nación» es una palabra latina que significa los que han nacido en un mismo lugar o sea que los significados originales son muy similares. Pero el significado de las palabras es un hecho cultural que cambia con la historia. Nación, que en la Edad Media significaba simplemente el lugar de nacimiento, a lo largo del tiempo y muy especialmente en el siglo XIX, se fue cargando de un significado político fuertemente positivo. Etnia en cambio, el propio Fishman lo hace notar en la traducción griega de la Biblia llamada de los setenta, designa a los que no son judíos y des-

de entonces, sobre todo en inglés que es la lengua que más ha conservado su uso, designa más bien a los grupos distintos de nosotros y ha mantenido un matiz ligeramente despectivo; «música étnica» parece oponerse a música culta. Pero el dato decisivo es que a finales del siglo XIX la palabra que usaban los científicos para designar los distintos grupos humanos era «raza» y se hablaba de la raza negra o de la raza cobriza, la de los indios americanos, o se consideraba de otra raza a los emigrantes que llegaban de Centroeuropa. Pero a comienzos del siglo XX los excesos racistas desacreditaron el uso de esta palabra que en los ambientes científicos y en primer lugar en la sociología americana se substituyó por etnia. Y de la sociología americana de sus días la tomó Fishman como un vocablo neutro sin implicaciones biológicas ni políticas.

La lengua como signo de identidad

A diferencia de tantos sociólogos, encastados en un tipo determinado de situación o de problemas, Fishman se ha caracterizado por una curiosidad muy amplia que le ha llevado a conocer de primera mano las etnias lingüísticas más diversas. Y en un libro delicioso, *In praise of the beloved language*, del que en la obra que comento hay una muestra significativa, ha recogido lo que sobre su lengua piensan y dicen hablantes de un centenar de lenguas distintas. Las coincidencias son apabullantes, hablantes de las lenguas más dispares coinciden en afirmar que su lengua es la lengua más hermosa, la única que permite expresar los sentimientos más íntimos, la lengua para hablar con los padres... Y no sólo tiene un significado afectivo y un valor estético, la lengua propia es el lazo de unión entre los miembros del grupo, lo que les mantiene unidos entre sí y con su pasado. Pero la lengua tiene también problemas, está amenazada por otras lenguas que la oprimen o que la corrompen y la deforman. Por ello sus hablantes tienen el deber moral no sólo de mantener su existencia sino de defender su pureza.

Las afirmaciones son tan coincidentes en

todas las lenguas y tan exageradas que resulta fácil ridiculizarlas como meros prejuicios. No es ésta la consecuencia que extrae Fishman de su inventario sino precisamente la contraria, que así se pone de manifiesto una realidad profunda y que efectivamente la lengua del grupo ofrece canales adecuados para mantener la propia personalidad en un contexto colectivo. De modo que el deseo de mantener la identidad lingüística es, por tanto, perfectamente legítimo.

Invirtiendo la tendencia

Como aprendió en su infancia, muchas etnias no tienen una existencia fácil sino que están amenazadas y sólo se mantienen a costa de un esfuerzo continuado. La sociolingüística contemporánea está llena de descripciones de lenguas amenazadas y en proceso de extinción. Fishman eligió el camino contrario, afirmar que es posible la esperanza, y analiza los ejemplos de lenguas que han logrado mantener sus lenguas invirtiendo un proceso de decadencia. Probablemente el capítulo más conocido de las aportaciones de Fishman a la sociolingüística es su descripción de cómo se puede invertir el proceso de decadencia de una lengua. Proceso que ha expuesto en varios lugares y de los que un capítulo del libro que comento ofrece un resumen.

Se trata de una serie de estadios que pretende describir con cierta precisión. En el primero la gente mayor advierte que sólo ellos hablan la lengua mientras los jóvenes la abandonan y deciden hacer un esfuerzo para impedirlo. En las etapas siguientes se produce un esfuerzo por recuperar las tradiciones culturales, para asegurar el interés de los jóvenes y por extender el uso de la lengua, por prestigiar su uso escrito y su presencia en los medios de comunicación hasta llegar a la etapa crucial representada por la presencia de la lengua en la enseñanza. A partir de este momento los pasos siguientes se proponen el uso de la lengua en las actividades administrativas lo que implica su asunción y su uso por parte de las instituciones públicas y con ello la adopción de una determinada política lingüística de protección de la lengua por parte de las autoridades políticas. De todos modos al referirse a estos últimos niveles Fishman hace toda clase de reservas; para él la auténtica recuperación es el uso espontáneo por parte de la comunidad y fundamentalmente la transmisión intergeneracional, lo que difícilmente se consigue a partir de leyes.

Fishman no sólo ha descrito en su forma general los procesos de recuperación lingüística sino que, como he dicho, insiste en señalar que en el mundo contemporáneo hay lenguas que no sólo sobreviven en condiciones difíciles sino que han logrado invertir una trayectoria descendente y están en expansión. El yidish, el español en los Estados Unidos, el maorí en Australia, el catalán y el vasco en España... están entre los ejemplos que ha considerado. Pero basta observar esta relación para advertir que si en todos estos casos las primeras etapas del proceso de recuperación pueden ser muy similares, en cambio difieren claramente en las últimas. Y ello no por razones accidentales sino porque sus objetivos son distintos. Un grupo étnico emigrado a Estados Unidos puede desear conservar indefinidamente su identidad sin proponerse objetivos políticos en un territorio determinado. En otros casos, en cambio, la recuperación lingüística claramente es solidaria de una reclamación política de tipo nacionalista.

Por muy alejado que el nacionalismo lingüístico esté de sus propios orígenes Fishman ha reconocido su existencia y su significado.



Viene de la página anterior



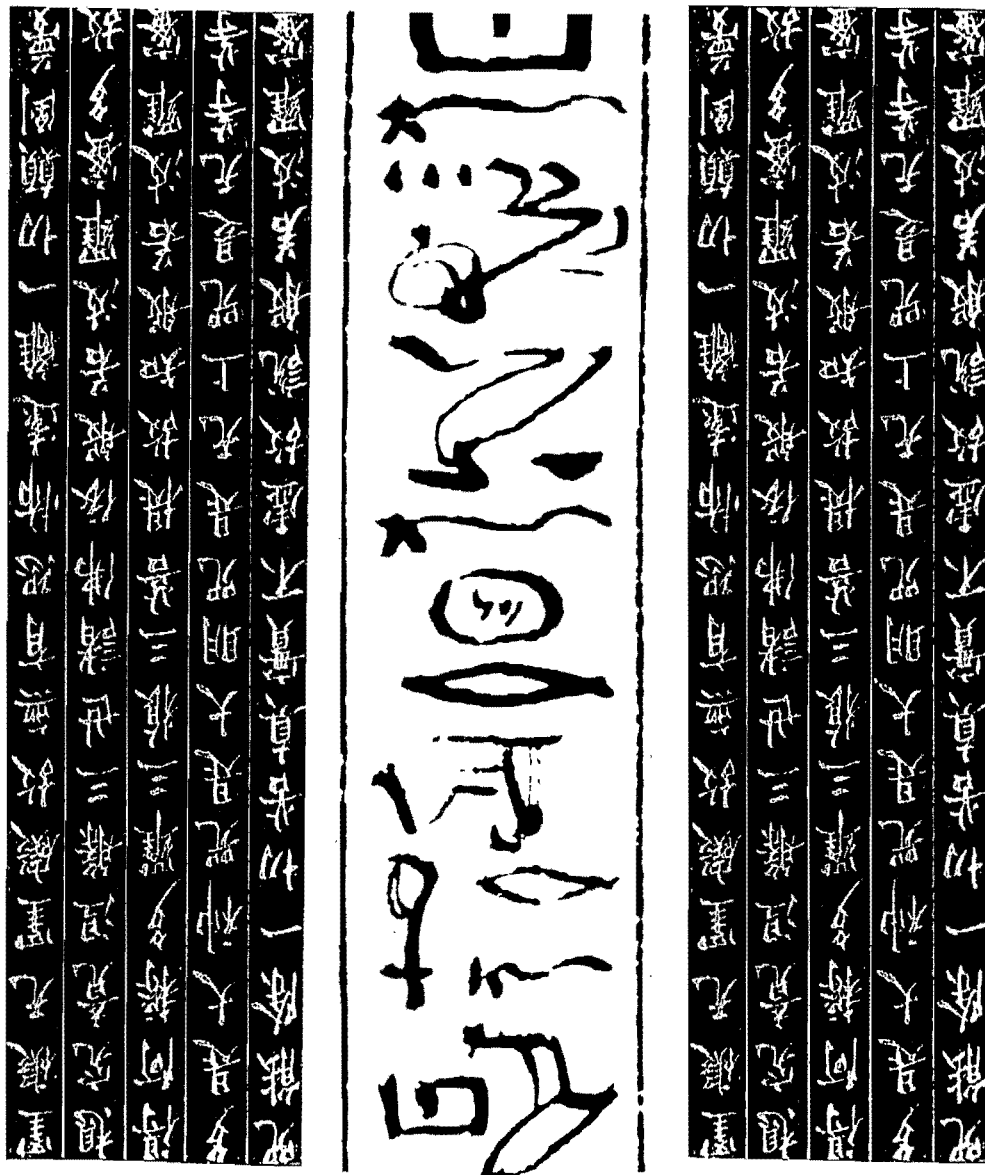
En uno de los capítulos del libro que comento distingue explícitamente entre la etnicidad y el nacionalismo lingüístico: «Mientras la etnicidad cotidiana e inconsciente se implica en la miríada de acciones diarias que tienen que ver con el mantenimiento y la sustitución lingüística, los movimientos de etnicidad politizada, incluyendo entre ellos los movimientos de lealtad lingüística como parte esencial del empuje nacionalista, se implican en las actuaciones conscientes en beneficio del mantenimiento o incluso de la sustitución lingüística. Estos movimientos se proponen modificar las leyes, suprimir las relaciones de dependencia social y modificar la socialización tradicional». Y también: «La transformación de un grupo étnico en una nacionalidad se corresponde con la transformación de un rasgo pasivo de la vida cotidiana en una acción movilizadora de la acción social, una dimensión que combina la razón con un compromiso que está más allá de la razón para encontrar soluciones a los problemas de una comunidad que se define por un vínculo determinado entre lengua y etnicidad». Y no sólo reconoce la existencia de esta voluntad política sino que la justifica. Es la respuesta natural a unas situaciones de discriminación lingüística tan frecuentes en Europa y en el mundo por muy diversas razones, y que han practicado tanto los Imperios tradicionales, como los Imperios coloniales que han impuesto en sus colonias la lengua de la metrópoli, como Estados nacionales que han propugnado la unidad lingüística en sus territorios.

Y es cierto que estas situaciones sólo pueden rectificarse alterando el equilibrio político existente y estableciendo nuevas leyes. Pero a pesar de esta simpatía de principio de Fishman por el nacionalismo lingüístico también establece sus límites. Unos límites que en el libro que comento pueden advertirse en dos direcciones principales.

Identidad étnica y lingüística

En primer lugar en un artículo reciente reproducido en el libro que comento, hace notar que la identidad étnica y lingüística no es algo monolítico y dado una vez por siempre, sino que es relativa e incluso múltiple y que varía a lo largo del tiempo. Y refiriéndose a sí mismo hace notar que cuando está en su propia Universidad, la Universidad Yeshiva de Nueva York, el que sea judío y hable en yidish no constituye un signo distintivo porque la mayoría de los miembros de esta universidad pueden decir lo mismo. En cambio, cuando profesa un curso en Stanford los mismos rasgos constituyen un signo distintivo fuerte que le acerca a otros miembros de esta Universidad que comparten las mismas características. Pero cuando participa, por ejemplo, en un Seminario en la Universidad de Santiago habla en inglés y tiende a agruparse con los restantes participantes procedentes de los Estados Unidos. O sea que se siente a la vez judío y norteamericano, pero que el significado y el peso de cada una de estas identidades, e incluso la lengua en que habla, depende del contexto en que se encuentre. Y si la identidad varía con los lugares, no menos evidentes son sus cambios con el tiempo. No sólo la lengua inglesa era muy distinta en tiempos de Shakespeare de lo que es ahora sino que la identidad étnica definida por la lengua en aquel tiempo era totalmente distinta de la que define ahora el uso del inglés. Y era distinta, incluso, la forma de implicación pues no es lo mismo saberse hablante de inglés cuando el inglés era una lengua inferior frente al latín o el italiano o el francés que saberse hablante de inglés cuando esta lengua es la primera lengua mundial.

Pero Fishman tiene todavía argumentaciones de más calado. Es casi un lugar común



STELLA WITTENBERG

situar las raíces del nacionalismo lingüístico en las ideas de Herder y en el pensamiento de los románticos alemanes que de diferentes maneras afirmaron la estrecha relación entre lengua, sociedad y cultura como fundamento de la nación. Y considerar que en el siglo XX estas ideas han sido actualizadas por la obra de Whorf poniendo en relación etnia, lengua y cultura. Fishman reconoce a menudo este origen pero matizándolo, y aun creo que uno de los puntos más originales de Fishman en sus últimos libros, y de lo que el que comento ofrece una clara muestra, es una relectura de estos autores. Es cierto que Herder fue quien primero puso de relieve la singularidad de las culturas pero es igualmente cierto que Herder sitúa esta singularidad en el marco de un mundo plural, tanto a lo largo de la historia como en el mundo contemporáneo. «Para Herder, y para los pluralistas genuinos desde Herder, las grandes fuerzas de la creatividad que inspiran a toda la humanidad no surgen de la civilización universal sino de la individualidad de las colectividades étnicas independientes y de sus lenguas». Y sobre Whorf hace observaciones parecidas, y si ha destacado la singularidad de las lenguas amerindias y la importancia de que se mantengan frente a la tendencia a hacer de los Estados Unidos un país monolingüe es porque está convencido de que la uniformidad lingüística y cultural es un empobrecimiento.

Un mundo pluriétnico y plurilingüe

Al llegar aquí creo que es posible una interpretación global del pensamiento de Fishman sobre un tema tan complejo. Nació y creció en un medio familiar empeñado en mantener una lengua y unas formas culturales distintas de la mayoría de los que le rodeaban.

Pero esta defensa de la tradición no implicaba actitudes meramente tradicionalistas, bien al contrario. Se formó en un ambiente ilustrado y progresista, que simpatizaba con todas las causas generosas y así cuenta que en su adolescencia asistía a una escuela en yidish de ideario socialista y con simpatías por el anarquismo y que vivía profundamente los avatares de la guerra de España. De estos orígenes arranca su simpatía por las lenguas marginadas y su deseo de estudiarlas a fondo pero también el marco en que iba a interpretarlas.

A lo largo de su historia intelectual ha entrado en contacto con muchas lenguas y con muchos esfuerzos de recuperación lingüística. En todas estas situaciones y en todos estos esfuerzos ha reconocido algo en común, y se ha complacido en ponerlo de manifiesto. Y también ha advertido la variedad de sus planteamientos políticos y ha aceptado que los objetivos políticos son legítimos, que en muchos casos la perduración de una lengua requiere el disponer de resortes políticos de poder. Pero también sabe que esto es un arma de doble filo.

Su lucha es contra una marea unificadora que acompaña a la occidentalización y la glo-

balización, contra la tendencia a una lengua dominante a nivel mundial y a lenguas omnipresentes y únicas a nivel de los estados. Su ilusión es un mundo plurilingüe y tolerante donde cada etnia mantenga su lengua y su cultura en un clima de tolerancia, clima de tolerancia que implica la existencia de distintas lenguas internacionales y de estados plurilingües y de individuos que conozcan otras lenguas además de la propia.

Frente a esta perspectiva, el nacionalismo lingüístico corre un doble riesgo. El primero y más evidente es el de intentar invertir la situación, aspirando al monolingüismo en favor de la lengua antes sometida, peligro perfectamente real aunque en la práctica resulte irrealizable. Pero hay también un peligro opuesto y más sutil.

El libro que comento termina con una entrevista que Xavier Erice, compilador del libro, ha sostenido con Fishman y en la que resuenan muchos de los temas que he citado. Y, como es natural, el entrevistador se interesa por las opiniones de Fishman sobre las perspectivas del euskera. Nuestro autor, que no sólo simpatiza con el movimiento de recuperación de esta lengua, sino que en algún momento ha actuado de asesor de sus impulsores, no tiene inconveniente en manifestar admiración por lo realizado pero también en señalar sus límites. Sería utópico pensar en un País Vasco monolingüe, porque el español es una lengua internacional y porque una parte de la población lo seguirá teniendo como primera lengua, lo que obliga a procurar un clima de convivencia lingüística. Pero añade que en su opinión el mayor peligro no viene del castellano sino del inglés. Dado que no hay peligro de que el inglés se convierta en lengua principal de la población del País Vasco la advertencia resulta sorprendente. Pero Fishman aclara que el peligro está en pretender que el vasco cumpla las funciones actuales del inglés, lengua de la técnica y del poder en nuestro mundo globalizado. Una observación que se hace más trasparente teniendo en cuenta observaciones que Fishman ha hecho en otros lugares sobre los esfuerzos por modernizar el guaraní u otras lenguas marginadas, el peligro de que con la modernización se salve la lengua pero se pierda la cultura que a través de ella se expresaba.

Y así llegamos a la gran cuestión, implícita en toda la ejemplar trayectoria de Fishman en favor de las lenguas marginadas. Para mantener la riqueza que significa la pluralidad cultural y lingüística de nuestro mundo hay que apoyar los movimientos de recuperación de las lenguas menores, pero para ello es preciso modernizarlas con lo que se corre el peligro de que se conviertan a su vez en otras formas de expresión de una cultura única y globalizadora. Una tensión entre tradición y modernización que se da en todas las lenguas pero que, más todavía que con el euskera, podría ponerse de manifiesto en el contraste entre la voluntad de mantener el yidish y la decisión política de hacer del hebreo modernizado la lengua nacional de Israel. Pero sobre este tema Fishman siempre ha sido muy discreto. □

RESUMEN

Aunque Joshua Fishman es el máximo representante de la sociolingüística dedicada a estudiar las situaciones de lenguas en contacto y los esfuerzos de recuperación de las lenguas menores, sólo una obra ya antigua había sido traducida al español. Una compilación de artículos suyos recientes y que recogen globalmente su

pensamiento acaba de ser editada en catalán, lo que permite a Miquel Siguan trazar un perfil de la vida y obra de este sociolingüista que defiende un mundo plurilingüe y tolerante donde cada etnia mantenga su lengua y su cultura, lo que implica la existencia de lenguas internacionales y de estados plurilingües.

Joshua A. Fishman

Llengua i identitat

Bromera, Alzira 2001. 292 páginas. 15,25 euros. ISBN: 84-7660-657-5.

Para una lectura razonada de Simone Weil

Por Patricio Peñalver Gómez

Patricio Peñalver (Sevilla, 1951) es catedrático de Filosofía en la Universidad de Murcia y Director de Programa en el Collège International de Philosophie. Es autor, entre otros libros, de *Márgenes de Platón*, *Del espíritu al tiempo*, *La desconstrucción*, *La mística española*, *Del silencio de Auschwitz a los silencios de la filosofía* y *Del Argumento de Alteridad*.

Esta bella y meritoria edición de los célebres *Cahiers*, que en su mayor parte redactara Simone Weil en los apenas dos años de su residencia fugitiva en Marsella, antes de exilarse a Nueva York en mayo del 42, y que en más de un sentido pueden considerarse como la más completa y compleja expresión de sus pensamientos y sus inquietudes filosóficas, científicas, morales, y religiosas, da ocasión quizá de intentar aclararse sobre «¿qué hacer?» ante el legado de una de las escrituras sin duda más inquietantes del siglo XX. Inquietante: leída con frecuencia desde el ciego «pathos» de una especie de devoción por su laica santidad (tan contradictoria esa pasión, sin embargo, con el estilo intelectual de humildad y de claridad de Simone, y con su antisentimentalismo de filiación espinosista), por un lado; pero también, por otro, denotada: como «demasiado» radical, unas veces, en sus propuestas sociales, como «quietista», otras y, en general, como nuevo brote delirante de la vieja gnosis en su platonismo cristiano. En cualquier caso, la Weil, típicamente «temida», y no digamos para la inteligencia académica más apotropaicamente pertrechada tras el irrisorio escudo de «lo razonable»: No: esta gran racionalista e intelectualista, a su manera, no era ciertamente, ni en su vida ni en sus escritos, lo que se entiende habitualmente por razonable (no quita que reivindicara como nadie en el siglo la noción de Medida). Y leerla altera, en todos los sentidos: afecta al cuerpo. «Agota», dicen muchos al poco de tratarla. Claro que es el caso también de recordar que desde relativamente pronto gente por lo demás de muy distante pelaje, pero que han ejercido algún tipo de autoridad y magisterio en la inteligencia europea de los últimos decenios en ámbitos muy diversos, se interesaron, e interesaron, en ese legado: T. S. Eliot, Albert Camus, Maurice Blanchot, Xavier Tilliette, Iris Murdoch, Peter Winch, Massimo Cacciari..., y más próximos, el joven Manuel Sacristán, José Jiménez Lozano, Ignacio González Faus...

Parece difícil, así, y si es que al menos se intenta una lectura más bien afirmativa que defensiva, sustraerse a la debilidad retórica e intelectual de caer en algún tipo manido de admiración hiperbólica ante la figura, en tantos sentidos todavía enigmática, de Simone Weil. Ciertamente muchos de los que la trataron en vida más o menos de cerca (gente muy heterogénea por lo demás: desde militantes revolucionarios a muy conservadores sacerdotes católicos, desde eximios intelectuales a gente casi iletrada, desde renombrados hombres de Estado, a oscuros y anónimos), han transmitido testimonios abiertamente marcados por la sensación de que esta «virgen roja», esta Casandra aguafiestas para muchos profesionales de la política sedicente «realista», fue en cualquier caso un personaje excepcional. Y tanto por el extremo a que quiso llevar en su vida las virtudes estoicas y cristianas de la fortaleza y la generosidad, como por el radicalismo de su inteligencia crítica. Como también por una implacable autoexigencia: el error político, por ejemplo, compartido con la mayor parte de los gobernantes y los intelectuales en aquella hora, de una posición matizadamente pacifista en la fase de la primera expansión de Hitler en Centroeuropa, lo llamaría al poco ella con todas las letras: «mi error crimi-



JUAN RAMÓN ALONSO

nal de antes del 1939». Pero en esa retórica admirativa, de la que quiero empezar por sugerir que no está claro, sino todo lo contrario, que ayude a conocer y estudiar la experiencia existencial y pensativa de Weil, han venido a incurrir también, como va ya dicho, ilustres «espíritus» que no llegaron a conocer a la filósofa francesa más que por la lectura de sus textos. Tal vez el que llegó más lejos en eso, digo en el gesto hagiográfico de admiración rendida, fue Albert Camus; a quien por lo demás tanto debemos todos los interesados en esta historia: en especial como editor de parte del precioso legado de los papeles «prima facie» desconcertantemente heterogéneos de la escritora.

Garantía de respetabilidad intelectual

Camus, en efecto, y por su mediación el sello de la casa Gallimard dieron de entrada a la edición de *L'Enracinement* en 1949 (traducción española de J. R. Capella: *Echar raíces*, Trotta, 1996), y luego de otras obras póstumas de la frágil mujer que había muerto en el 43, a los treinta y cuatro años, en un oscuro sanatorio inglés cerca de Londres, una especie de garantía de respetabilidad intelectual. Espanta pensar qué habría sido durante decenios la obra de Simone Weil, o sus contextos típicos de recepción, si la administración póstuma de la herencia intelectual y moral de aquella hubiera recaído exclusivamente en las manos del padre Perrin y de Gustave Thibon. Éste último había editado en 1947 bajo el título *La Pesanteur et la Grâce* (traducción española de Alejandro del Río y José Pendás: *La gravedad y la gracia*, Caparrós, 1994) un primer extracto clasificado por temas de los *Cuadernos*, mientras que Jean-Marie Perrin publicó bajo el título *Attente de Dieu* en 1950 (traducción española de María Tabuyo y Agustín López: *A la espera de Dios*, Trotta, 1993) una colección de estudios teológicos. Bienintencionados desde luego estos amigos de Simone Weil en sus dos inciertos años marseleses, de asombrosa fecundidad como se vio después y a pesar de la precariedad de su situación de fugitiva. Pero por su prurito de ortodoxia el uno, el dominico tomista Perrin, por las limitaciones de horizonte intelectual el otro, escritor católico estudioso del catolicismo, seguramente no eran los mejores in-

termediarios para una pensadora tan naturalmente «heterodoxa», como abierta a todos los aires del saber, desde la ciencia moderna a la Bhagavad-Gita, pasando por un originalísimo conocimiento de Grecia. Pues de Camus, el editor «laico», es, y si se me sigue, la «exageración» (dirán) quizá más llamativa en estos parajes: de nuestra Simone dice que habría sido «le seul grand esprit de notre temps». Y que un «renacimiento» del espíritu europeo no será posible sin dejarse enseñar por la vida y el pensamiento de aquella. Evocable en esta línea de veneración hagiográfica (que ha denunciado alguna vez acremente George Steiner), la luminosa trasposición cinematográfica de Simone, Ingrid Bergman mediante, en la película de Rosellini, *Europa*, 1951. Por cierto que con Teodoro Adorno puede uno creer, a veces, que sólo la exageración da acceso a lo verdadero. Pero cabe también pensar que el recurso reiterado en estos parajes a fórmulas de estereotipado o manido elogio, por ejemplo, de su «perturbadora lucidez» y de su también muy mentada «compasión infinita» por los desventurados ha resultado más que ocasionalmente obstáculo para un entendimiento de los pensamientos de alguien que asumió, sin embargo, desde muy pronto, la parte de pertinencia del ideal espinosista de «no reír, no llorar, no indignarse, sino comprender». (Ese paso figura como lema de su primera «gran obra»: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*; traducción española con introducción de Jiménez Lozano, en Paidós, 1995.) ¡Hasta el mismo Charles Moeller, de muy ambigua influencia en el «milieu» católico español de los primeros sesenta, y tras un examen digamos que no muy «caritativo» —también en el sentido anglosajón— de las numerosísimas herejías y hasta blasfemias que consigue encontrar sobre todo en *La Connaissance Surnaturelle* y en *Intuitions pré-chrétiennes*, y tras un diagnóstico grotesco de las presuntas «obsesiones sexuales» de Simone, no deja de dejar claro, eso sí, que la existencia de esta mujer se habría desarrollado toda ella en «el orden de la caridad», y que está convencido, faltaría más, de que «en el Paraíso, estará más cerca de Dios que muchos cristianos»!

Por lo demás, la retórica típicamente hagiográfica de la que aquí un poco al menos quisiéramos intentar distanciarnos ha dado paso sólitamente y acaso típicamente, en mu-

chas aproximaciones a la vida y al pensamiento de la Weil, a unas también estilizadas formas adversativas. Los graves «peros» con los que normalmente mucho lector procura tranquilizarse en el momento de intentar dejar en algún sentido «fuera» este corpus al parecer inasumible, o en todo caso colocarlo en la estantería de ideas inútiles extravagantes del siglo, apuntan las más de las veces al cuerpo o a los afectos de la «autora». El que apunta más bajo denuncia un presunto «trauma sexual» en esta mujer tan por lo visto por casi todo el mundo vista como «asexuada», y por más que las referencias a Freud en sus escritos suelen tener bastante puntería. A la difusión de ese «retrato» patológico, y añadiendo algunas gotas de maldad libertina, contribuyó mucho Bataille (que cree dejar ver a Simone en un personaje de *El azul del cielo*): el gris bibliotecario a ratos orgiástico, dionisiaco de fin de semana, y tan celebrado por los «Foucault and company», osó creer encontrar la clave «funesta» de Simone Weil en la «voluntad de inanidad» de ésta. Repite así, con lenguaje más sublime, el diagnóstico clínico grosero de anorexia que se había aplicado ya a su caso: a su negativa a una sobrealimentación terapéutica en un momento en que media Europa estaba sometida a las cartillas de racionamiento. Hasta en un ensayo simpático e informado como el de Robert Coles (*Simone Weil. Historia de una moderna peregrinación*, Gedisa, 1999), que contiene intuiciones y enfoques interesantes desde un marco categorial muy vinculado a la teología protestante (Kierkegaard, Bonhoeffer, Karl Barth), encuentra uno a veces trozos penosos de una especie de psicoanálisis de Segunda División B, en especial sobre el presunto «narcisismo» latente de la analizada, o en relación con el tema, por otro lado esencial, del «hambre». Otro «pero» que se suele aducir para intentar acortar el vuelo de la escritura de Weil pone el dedo en el «orgullo» (de donde se derivaría su presunta complacencia en la soledad intelectual, moral y política). Muchos textos weilianos sobre la necesidad de un «malheur» o desdicha de la criatura, en conexión con el «descenso de Dios» en la Cruz —un tema recurrente de los *Cahiers*—, leídos con anteojeras de psicología barata y moralista, dejarían ver a muchos de



Viene de la página anterior



esos ciegos culpables nada menos que un «masoquismo» constitucional en nuestra virgen. Otro foco típico de reservas –más bien irritaciones, rechazos, acaso del tipo de los manotazos con que los atenienses quisieron quitarse de encima al extraño y molesto Sócrates–: el «radicalismo» del sentido crítico de Weil en sus posiciones ante la opresión social en general y ante la situación política europea de su tiempo en especial, desembocaría inevitablemente en un quietismo. Probablemente las violentas discusiones que Simone llegó a tener con Trotsky, al que por cierto los Weil habían acogido hospitalariamente en su propia casa, tenían que ver con ese «problema». Lo menos que puede uno decir de todas formas es que esta filósofa platónica y mística asumió siempre como primerísima obligación la de «actuar» comprometidamente. La gran biografía de Simone Petrement, disponible también en español (Trotta, 1997), lo deja claro. Por otro lado, y ya en el ensayo de 1934 sobre las causas de la opresión y la libertad, es cierto que Simone Weil no deja intacta la cuestión, por cierto que no sólo leninista, de «¿qué hacer?». Podría sorprender a muchos la prudente defensa que las últimas páginas de aquel escrito seminal hacen de un singular «posibilismo», de una acción atenta capaz de conseguir aunque sea algún pequeño «juego» o espacio de libertad en la maquinaria social. El precoz y razonadísimo escepticismo acerca de la prometida eficacia redentora y salutar de la Revolución que llevaría a toda la sociedad desde la opresión a la libertad (una fe muy extendida entonces en la izquierda europea, estalinista o no), no le lleva a alguna invitación a la inacción. «Orgullosa», «solitaria», «asexuada», «masoquista», «quietista», «gnóstica delirante»: son términos muy usados para matizar o aminorar la devoción de otros a esta implacable Electra.

Con el cuerpo de Simone tiene también que ver, en fin, un último, y sin duda más importante, asunto, que suele traerse a colación, con alguna dosis de mala fe muchas veces, para motivar un inmenso signo de interrogación sobre el conjunto de este pensamiento: tiene que ver con su cuerpo de judía, puesto al desnudo por lo pronto ante ella misma, por las leyes antisemitas del gobierno de Vichy. En el momento tuvo el humor de escribirle a un funcionario agradeciéndole irónicamente la expulsión de su puesto de enseñante por su condición de hebrea: eso le había llevado a emplearse en los más saludables trabajos agrícolas. Pero el tema del antijudaísmo intelectual weiliano, desde luego que no tratable a partir de esquemas psicologistas del tipo «auto-odio» judío (en este caso por lo demás sin viso alguno de pertinencia a la vista de los documentos, que muestran a lo sumo una pura y simple indiferencia ante el judaísmo entrevisto de sus abuelos, y una problemática continuación del asimilacionismo de sus padres), requiere una consideración más detenida.

La herencia romana y judía

No puede no inquietar, en efecto, encontrar en los textos de Weil, y muy frecuentemente en los últimos años, un violentísimo rechazo de la cultura moral, política y religiosa del Judaísmo. Sitúa y evalúa a éste constantemente al lado del Imperio romano: Roma e Israel habrían sido las dos máximas fuerzas nefastas de Occidente, que habrían además asediado o contaminado un cristianismo siempre por purificar. La herencia romana y judía, el constantinismo y la sacralización del Antiguo Testamento, habrían sido además una pantalla para la Iglesia, que habría impedido a ésta reconocer el verdadero sentido de la universalidad de la Pasión



JUAN RAMÓN ALONSO

de Cristo, la «traducción» de la revelación evangélica en lo más puro de las tradiciones egipcias, griegas, o hindúes. Ciertamente, la vinculación de Cristo y Dionisos es un tema familiar a la inteligencia europea desde Hölderlin y Schelling por lo menos. La nunca del todo reprimida en Occidente vena marcionista, por otro lado, ha propiciado muchas veces una lectura del Nuevo Testamento como continuación de Grecia más que como consumación de la Ley judaica. Pero la audacia de Weil en la busca de correspondencias o traducciones del tema crístico de la Pasión y el descenso kenótico de Dios (en el Osiris egipcio, en el hinduismo, y hasta en culturas «primitivas») llega a extremos que un «scholar» corriente como usted o como yo querrá normalmente tachar de delirantes. A lo que un weiliano podría replicar: la ceguera de ver sólo delirio en la busca de las concreciones de un universalismo de la Pasión de Cristo en las civilizaciones decentes del planeta (un tema con antecedentes en el mismísimo Santo Tomás, en el concepto de lo «naturaliter» cristiano) procedería justo de la mala dependencia de la Iglesia respecto del terrenalismo nacionalista judío (y del juridicismo imperial romano). El tan fascinante como seguramente en buena parte efectivamente delirante ensayo sobre «Los tres hijos de Noé», incluido en la compilación *A la espera de Dios*, arranca con esta andanada: «La tradición de Noé y sus hijos arroja una luz deslumbrante sobre la historia de la civilización mediterránea, si bien hay que separar de ella lo que los hebreos le añadieron movidos por el odio». Y más adelante: «Israel rechazó la revelación sobrenatural, pues no necesitaba un Dios que hablara al alma en lo secreto, sino un Dios presente en la colectividad nacional y protector en la guerra. Israel buscaba el poder y la prosperidad. A pesar de sus contactos frecuentes y prolongados con Egipto, los hebreos se mantuvieron impermeables a la fe de Osiris, a la inmortalidad y a la salvación, a la identificación del alma con Dios por la caridad» (p. 143). De la Biblia hebrea, que por otra parte Simone Weil leyó en su integridad relativamente tardíamente, ella sólo salvaba, y precisamente como textos supuestamente procedentes del exterior de la tradición genuinamente judía, algunos Salmos, el Cantar de los Cantares, Isaías y, sobre todo, el libro de Job. El resto del llamado Antiguo Testamento habría sido pura literatura nacional, y de un pueblo esencialmente violento y apegado a los alimentos terrestres. Entre las dificultades para decidirse a aceptar el bautismo,

que enumera en la *Carta a un religioso* (Trotta, 1998) –un texto que obliga a pensar la noción misma de fe y no sólo sus contenidos–, Simone subraya la para ella inaceptable tradición de la Iglesia que declara sagrado el texto de la Biblia hebrea como Antiguo Testamento. No hay que insistir: la relevancia de la «cuestión judía» en el pensamiento de Simone Weil (¿desorientada quizá inicialmente por una probable lectura del terrorífico artículo del joven Marx sobre el tema?) está fuera de duda. Una explicación crítica con este legado, una lectura razonada de estos textos (de todos: la edición crítica iniciada en 1988 programa diecisiete volúmenes para recoger lo escrito en apenas 12 años), desde luego tendría que dar bulto a las premisas, los contextos y las implicaciones de la interpretación weiliana de la esencia judía. La importancia de una aclaración de esto, la subrayaba por su parte el Steiner de *Pasiones intactas* (Siruela, 1997, pág. 165), aunque a decir verdad él mismo introduce más bien calor que luz en el asunto. Seguramente el enfoque del que más cabría esperar para una aproximación ajustada a la complejidad de este enclave, digamos el Judaísmo y Occidente –y que obviamente no podría «encerrarse» en el texto weiliano– tendría que partir de las críticas de Emmanuel Lévinas: explícitas en *Difficile Libertad* (1961) –cuya traducción se anuncia ahora en Caparrós–, e implícitas por doquier en las obras metafísicas del gran filósofo judío de la alteridad.

Sugeríamos más arriba que el primer paso para una tan necesaria lectura razonada de los escritos de Simone Weil –liberada de opacas hagiografías pero también de no menos oscurantistas diagnósticos patológicos–

podría ser un estudio sistemático de estos *Cuadernos*: once cuadernos en los que la filósofa, febrilmente se querrá decir pero también muy metódica a su manera, anotó reflexiones filosóficas, lecturas, citas, ensayos de traducción (sobre todo del griego y del sánscrito), cálculos matemáticos, interpretaciones originales de temas gnoseológicos, cosmológicos y ontológicos, explicaciones acerca de las grandes experiencias místicas en todas las tradiciones... El editor señala con razón que estos escritos pueden entenderse como «el taller de la mayor pensadora del amor y la desgracia del siglo XX». Habría que eludir la tentación perezosa de la lectura fragmentarista y errática (uno de los más feos vicios intelectuales postmodernistas). No: más bien el reto adecuado sería una lectura sistemática y metódica. En esto ha ido muy lejos Giancarlo Gaeta, el editor italiano de los *Cahiers* (Adelphi, 1982), un trabajo de referencia y que ha propiciado lecturas muy potentes en ese ámbito. Cabe recordar en especial, junto al Cacciari de *Dell'Inizio* (Adelphi, 1991), los estudios, muy weilianos en su inspiración, de Roberto Esposito, en especial en *Categorie dell'impolitico* (Il Mulino, 1988) y en *Confines de lo político* (Trotta, 1997). El magisterio oral del profesor Antonio Gimeno en el Instituto de Filosofía se sitúa en buena parte en esa estela. Los extensos índices, más de doscientas páginas, de la edición de Gaeta (en tres apartados: 1, autores y obras citadas; 2, personajes históricos y legendarios, lugares y pueblos; y 3, figuras, imágenes, palabras) dan ya en primera impresión una representación concreta de la riqueza del texto.

En otro lugar quisiéramos justificar la siguiente y de momento seca propuesta de una «lectura razonada», a partir de algunos ejes temáticos mayores. Estaría primero el gnoseológico y moral de la «atención» (de tanto alcance luego en Lévinas). Luego, la cuestión del sentido y el estatuto del platonismo geométrico y místico, la interpretación quasi-advinatoria o «inspirada» sobre todo del *Timeo* (que deberá confrontarse con el análisis, muy derridiano en su estrategia, de Serge Margel, *Le tombeau du dieu artisan*, Minuit, 1995). Se recordará que un platonista de la talla de Víctor Goldschmidt asumía seriamente la lectura weiliana de la filosofía de Platón, en especial de la idea de Bien. Ineludible también la reflexión sobre el problema del Mal, donde Weil no repite el dualismo de la gnosis (a pesar del tópico historiográfico tan repetido), y que arranca de una fenomenología inédita de las formas del «malheur», de la desdicha. Y en fin, quizá sobre todo, habría que leer en los *Cuadernos* el tema «crisológico», muy marcado por el himno kenótico de la *Carta a los Filipenses*, acerca de lo que ha escrito páginas esenciales Xabier Tillette, tal vez el crisólogo «de orden» que más caso ha hecho al más audaz intento occidental de una mirada universalista a la idea del descenso de Dios. □

RESUMEN

Los Cahiers que escribió Simone Weil a principios de los años cuarenta pueden considerarse como la más completa y compleja expresión de los pensamientos y las inquietudes filosóficas, científicas, morales y religiosas de una persona singular y enigmática, heterodoxa y abierto a todos los aires del saber, discutido y ensalzado hasta la hagiografía.

La edición española de estos cuadernos, que su editor los califica de «taller de la mayor pensadora del amor y la desgracia del siglo XX», le lleva a Patricio Peñalver a trazar el sugestivo perfil de Weil, huyendo de toda tentación hagiográfica y sugiriendo que deben ser leídos estos escritos de forma sistemática y metódica.

Simone Weil

Cuadernos

Traducción, comentarios y notas de Carlos Ortega, Editorial Trotta, Madrid, 2001. 868 páginas. 51,5 euros. ISBN: 84-8164-455-2

La música como medicina

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de más de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, ha sido Presidente de la Sociedad Española de Musicología. Por sus discos de Canto Gregoriano ha obtenido premios en París, Tokyo, Washington y varios discos de oro y de platino.

«Nunca se ha producido tanta música como hoy. A pesar de ello la experiencia musical nunca ha tenido menos presencia para ordenar la vida». Con esta frase, escrita por el compositor y publicista inglés Constant Lambert (1905-1951) en su sugerente obra *Music Ho! A Study of Music in Decline* (Londres, 1934), inicia el editor del libro *Music as medicine* su capítulo primero que lleva por título «Musical Solutions: Past and Present in Music Therapy». Este título alude a una frase del escritor y poeta alemán Novalis (F. Leopold von Hardenberg, 1772-1801): «la enfermedad es un problema musical, la curación una solución musical». Dejando a un lado esta metáfora hiperbólica de un romántico como Novalis, universalmente se acepta que la música posee ciertos efectos beneficiosos para la salud. Desde hace más de cuatro mil años de historia de la Humanidad consta una práctica musical asociada a la consecución de una vida más plena. Recordemos el mito de Orfeo.

El libro sobre la música como medicina, presentado y editado por Peregrine Horden, confirma este uso histórico de la música. Ahora bien, atribuirle efectos curativos en general, sin matizar, no sólo es una exageración, es también un error. Hay música que lleva paz y tranquilidad al alma, y hay música inquietante, portadora de recuerdos nefastos, que trae desasosiego y arrastra a la neurosis. En el quirófano de algún hospital español —he oído recientemente en los medios de comunicación— se usa la música como apoyo de la anestesia antes de una intervención quirúrgica. Hacia 1831 el periódico *Variété* publicaba un artículo con un título muy elocuente: «El idiota melómano». Por entonces la música «romántica» de Franz Listz era interpretada por el propio compositor en el Hospital Psiquiátrico femenino de la Salpêtrière para estimular la men-

te de las enfermas. Ya he contado en varias ocasiones el testimonio de aquella joven madre que me abordó la víspera de un concierto en Chicago, en la primavera de 1996, para confesarme cómo la música de mis discos de gregoriano habían servido para tener un parto sin dolor. La preciosa niña de cuatro meses que portaba en sus brazos era, para ella, la prueba inequívoca. Un estudio de Paloma Camacho Acevedo («Musicoterapia en deficientes físicos», *Revista de Musicología*, XII, 1989, págs.131-135) revela resultados, verificables, de su experiencia en el uso de la música dentro de la terapia ocupacional. Ahora bien, los resultados de la musicoterapia deben ser mantenidos en sus justos límites. Hay que recordar que, para obtener los efectos curativos que a veces se señalan, no toda la música vale. «Donde hay música no puede haber nada malo», sentenciaba Don Quijote a Sancho. Pues sí, algún tipo de música puede degradar al ser humano.

Durante los últimos años estamos contemplando fenómenos sociales en los que la música aparece como un elemento perturbador del equilibrio del hombre. Los medios de comunicación nos refieren diariamente noticias sobre conciertos, «macrofiestas», donde algunos jóvenes asocian la música, cierta música, al consumo de alcohol y de drogas, lo cual conduce a enfermedades irreversibles e incluso a la muerte. La música es, en este contexto, una droga más, una droga mal utilizada. Es, por otro lado, muy dudoso que la ingente producción de música que a lo largo de los siglos ha incitado a los soldados al combate en el campo de batalla pueda asociarse en términos generales a una vida más tranquila y saludable. «Media vita in morte sumus» («estamos entre la vida y la muerte») es el texto de un responsorio que cantaban a coro los batallones del ejército del Sacro Imperio Romano Germánico, cuyo canto se dice que entonó el monje Notkero (ca. 850) cuando vio que uno de los hermanos en religión se tambaleaba en el borde de un precipicio cercano a su monasterio de San Galo. Nada más contrario, por tanto, a los efectos terapéuticos tradicionalmente relacionados con la audición de la música que estos y otros ejemplos que podrían aducirse. Así que puede parecer una exageración hablar de música, en términos generales, atribuyéndole una virtud curativa. No toda música ni todo uso de la misma tiene efectos terapéuticos. Pero

podemos estar de acuerdo con el planteamiento general de quienes le atribuyen estos insólitos efectos, con la siguiente salvedad: como cualquier producto curativo, también la música tiene sus contraindicaciones. Hay que saber dosificarla según la propiedad de la enfermedad y la naturaleza del paciente.

La música como generadora de virtud

Aunque la música compuesta y practicada en Occidente hasta el día de hoy encontró y desarrolló su tecnología en el mundo medieval experimentándola en el canto litúrgico, las ideas que sobre ella y sobre su aplicación todavía tenemos hoy provienen del mundo clásico grecolatino contemplado por los escolásticos medievales y por los humanistas del Renacimiento. Francisco Salinas en su incomparable *De musica libri septem* (Salamanca 1577) presenta una abrumadora lista de autores grecorromanos que apoyan su idea de la música como generadora de virtud y de buenas costumbres —también de vicios y de hábitos perversos— hasta el punto de afirmar en el prólogo: «talís enim efficitur unusquisque quales harmonias ac rythmos audire consuevit» («Dime qué música escuchas y te diré quién eres», podríamos traducir libremente). Lo que Salinas expresa en estas palabras es la doctrina griega del «ethos». El propio Aristóteles (*Política*, VIII,1340 a-b) explica los efectos que produce la música sobre la voluntad de los que la escuchan. Como todo arte, la música imita las pasiones o estados del alma y, por tanto, el que escucha una forma de música termina, según su teoría de la «mimesis», impregnado de la pasión que la ha producido. La misma doctrina permitirá a Platón enumerar y ensalzar en *La República* (III, 401 y 412) los beneficios educativos de la música (una disciplina cada vez más restringida, ¡qué grave error!, en los currículos de nuestras escuelas).

En los diferentes tratados en los que disertan sobre la música los filósofos griegos convertían en principios teóricos una experiencia larga y universal. Los instrumentos musicales recuperados en yacimientos arqueológicos, atribuidos a siglos muy remotos (hasta 60.000 años a. C.), dan testimonio de un uso mágico de los mismos para conjurar los espíritus del mal. En tiempos históricos, la casuística sobre el uso

de la música, así para producir encantamiento como para repeler el mal del cuerpo y del alma, es muy abundante. Entre las anécdotas más ilustrativas sobre los efectos curativos de la música podemos evocar la que cuenta Martianus Capella en su obra enciclopédica sobre las artes liberales, escrita a principios del siglo V de nuestra era. Según él, Jenócrates de Calcedonia (406-314 a.C.), uno de los discípulos más aventajados de Platón, curaba la histeria haciendo uso de los instrumentos musicales: «Xenocrates organicis modulis lymphaticos liberabat» (*De Nuptiis Mercurii et Philologiae*, IX, 926).

En el libro *Music as medicine* diversos autores recorren algunos ámbitos de la Antigüedad, la Europa Medieval, el Renacimiento y la Edad Moderna, para dedicar buena parte del mismo al tarantismo y a las nuevas corrientes de musicoterapia en Europa, muy especialmente en el Reino Unido. La historia de la musicoterapia está llena de curiosidades, que los autores de la respectiva época destacan, muchas veces, como hechos deslumbrantes y sobrecogedores producidos por leyes ocultas y misteriosas para una cultura pre-científica, las cuales tienen hoy una clara explicación médica de naturaleza física o psíquica. En terreno de la religión, los ritos del «shamanismo» y de otras prácticas religiosas similares, así antiguas como modernas, constan necesariamente de determinada música como estímulo que induce al «shaman» al trance, donde efectúa la comunicación con la divinidad y consigue efectos benéficos, también, para la salud de los creyentes (G. Rouget: *Music and Trance*, Chicago, 1985). Por lo que se refiere al cristianismo, los hechos curativos de la música hay que inscribirlos, a mi modo de ver, en un marco mucho más amplio que el descrito por los autores del libro que estamos comentando. Los milagros, los hechos sobrenaturales que afectan directamente a la salud del alma y del cuerpo del creyente se producen, las más de las veces, en medio de una escenografía litúrgica, donde los cantos otorgan significado real a ritos y gestos cargados de simbolismo y de eficacia salvadora. Los simbolistas medievales Amalario de Metz (†850), Floro de Lyon (†ca. 960), Honorius Augustodunensis (siglo XII), San Alberto Magno (†1280) y tantos otros, siguiendo la tradición patristica que di-



J.M. CLÉMEN

Viene de la página anterior



funde San Isidoro así en sus *Etimologías* como en su *De ecclesiasticis Officiis*, pondrán las bases teológicas de cada uno de los momentos de los actos litúrgicos en los que se producen los milagros curativos. Así, por ejemplo, la monja y santa Gertrudis de Helfta (1256-1303), en su *Legatus divini amoris* y en sus *Exercitia*, más aún quizá que su predecesora correligionaria Hildegarda von Bingen (1098-1179) referida en el libro que estamos comentando, narra numerosos hechos milagrosos que se producían en ella mientras cantaba el *Oficio Divino* y muy especialmente algunas de sus piezas significativas, la antífona *Stella maris*, la misa *Gaudete in Domino*, el invitatorio *Ave Maria*, el himno *Gloria tibi Domine*, etc. La música sacra cantada con devoción alcanzaba así una dimensión mística extraña al raciocinio y al discurso, capaz de enajenar al alma y transportarla fuera de este mundo. Pero el canto no siempre curaba. Recuerda el *Legatus* que «un fuerte dolor de cabeza impedía cantar a Gertrudis. Entonces preguntó al Señor por qué permitía que le sucediera esta desgracia, sobre todo en un día festivo. A lo que le respondió: por miedo a que te sientas seducida por el encanto de las sagradas melodías y te hagas menos apta para recibir los dones de la gracia» (*Legatus divini amoris*, 4, 41). Creo, por tanto, que quienes se interesan por la historia de la música como medicina deben explorar también el fecundo paisaje de su conexión con la liturgia.

El tarantismo

Un tema apasionante y recurrente en la musicoterapia es el tarantismo. La picadura de la tarántula produce unos efectos cuyos síntomas más importantes, náuseas, vómitos, desvanecimientos, dolores musculares y de estómago, fiebre, agitación física, etc., eran aliviados, o sencillamente curados, mediante la aplicación de un intenso ritual de danza, llamada por eso «tarantela». El arácnido en cuestión proliferaba especialmente en zonas áridas del Sur de Italia, en los campos del talón de la bota que constituye la Península Salentina, la cual cierra por el Este el golfo de Taranto, nombre del que deriva probablemente el término «tarántula». También abundaba, al parecer, en el secano de la Meseta de Castilla la Nueva. La especial vinculación del antiguo Reino de Nápoles con la Península Ibérica podría justificar la coincidencia de prácticas del tarantismo en el Sur de Italia y en amplias regiones de La Mancha. David Gentilcore y Karen Lüdtké nos dan una visión del tarantismo en la Italia contemporánea. Aun cuando los pesticidas han erradicado casi por completo estos insectos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, todavía en 1996 se han dado casos de picaduras de tarántulas para cuya curación ha sido aplicada por los campesinos del Salento, al parecer eficazmente, la terapia ritual de la tarantela. La tradición del tarantismo en Italia ha sido bien definida por E. De Martino en su luminoso libro *La terra del rimorso: contributo a una storia religiosa del sud* (Milán, 1961): «en términos de análisis cultural el tarantismo no se manifiesta como un desorden físico, sino como un orden simbólico condicionado culturalmente (exorcismo de la música, la danza, colores) en el que una crisis neurótica, modelada a sí misma culturalmente (manifiesta como víctima de un veneno) encuentra una solución». La más moderna literatura sobre el tarantismo en Italia lo relaciona con rituales dionisiacos en el Mediterráneo (George Lapassade (ed.): *Intervista sul tarantismo*, Maglie, 1994). Desde hace unos años están surgiendo en Italia grupos musicales como «nuovi tarantati» que practican, modernizados para el consumo del hombre de hoy, los rituales del tarantismo. Según informa Karen Lüdtké en el capítulo dedicado a la su-



J.M. CLÉMEN

pervivencia del tarantismo en Italia, siguiendo a Lapassade, el grupo *Sud Sound System* practica el tarantismo mezclando el «reggae» jamaicano con la tradición musical y dancística de Italia del Sur. Diversos documentales cinematográficos dan fe, además, de una pervivencia bastante activa de «tarantati» tradicionales todavía en época moderna (*Morso d'amore*, 1981).

El capítulo 12 del libro *Music as medicine* (págs. 273-292) está consagrado a enumerar sumariamente las teorías médicas del tarantismo en la España del siglo XVIII. Su autora Pilar León Sanz ya había publicado un extenso y erudito trabajo dedicado a la «Literatura médica española sobre musicoterapia en el siglo XVIII» (*Nasarre, Revista Aragonesa de Musicología*, XVII, 2, 1991, págs. 73-155), en el que recorre los tratados de 13 autores, todos ellos eminentes médicos profesionales a excepción de un religioso cisterciense y un mercedario. Antonio José Rodríguez, monje cisterciense, escribe un largo tratado titulado *Palestra Crítico-Médica* que, a juzgar por sus múltiples ediciones en Madrid, Tarazona, Zaragoza, Pamplona, entre 1737 y 1763, alcanzó cierta notoriedad. En él dedica un curioso capítulo a la «Yatrofonía» o «Medicina Música» donde, sin descartar los argumentos de autoridad de la Biblia (como lo hará también el mercedario Vicente de la Asunción en sus *Comunicaciones a la Regia Sociedad de Ciencias de Sevilla*, por ejemplo: «La Yatrofonía sagrada o enfermedades que constan en las Sagradas Escrituras curadas con la música», 21 de septiembre de 1763) explica que la música cura las enfermedades porque los sonidos actúan físicamente sobre los humores. Entre todos los autores del siglo XVIII que escriben sobre la curación por la música destaca, sin duda ninguna, Francisco Javier Cid (ca. 1745 - post 1803), médico titular del cabildo y del arzobispado de Toledo, socio de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País y de la Real Academia Matritense. El título de su principal tratado es sumamente revelador de la posición intelectual de este doctor: *Tarantismo*

observado en España, con que se prueba de la Pulla, dudado de algunos y tratado de otros de fabuloso. Y Memorias para escribir la historia del insecto llamado tarántula, efecto de su veneno en el cuerpo humano y curación por la música, con el modo de obrar de ésta y su aplicación como remedio a varias enfermedades (Madrid, Imprenta de don Manuel González, 1787). El libro describe las opiniones de los autores contemporáneos suyos que tratan del asunto, para establecer sus propias conclusiones deducidas, según él, de datos experimentales, incontrovertibles, relativos a la curación de la picadura de la tarántula y de otras enfermedades gracias a la música. En el planteamiento y definición de los casos F. J. Cid, como casi todos los tratadistas españoles de su tiempo, es deudor del influyente libro de Giorgio Baglivio: *Opera omnia medico-practica et anatomica. Dissertatio VI: De praxis medica. De Anatome, morsu, effectibus tarantulae*. (Venecia, 1745, y Lyon, Pierre Bruyssel, s.a.).

Historiadores de la medicina y de la música se han ocupado de la práctica del tarantismo en España (Pedro Laín Entralgo: *Historia de la medicina moderna y contemporánea*, Barcelona, Salvat, 2ª ed. 1963; A. González Palencia: «La tarántula y la música», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, II, 1944,

nº 3, págs. 55-86; M. Schneider: *La danza de espaldas y la tarantela. Ensayo musicológico, etnográfico sobre los ritos medicinales*, Barcelona, CSIC, 1948; F. J. León Tello: *La teoría española de la música en los siglos XVI y XVIII*, Madrid, CSIC, 1974).

Peregrine Horden reconoce que el tarantismo es «el aspecto más superficialmente tranquilizador de la historia de la musicoterapia» (pág. 249). Para un historiador de la música el tarantismo ha tenido consecuencias apreciables ajenas a una función terapéutica. Su ritual curativo ha producido la «tarantela», una danza que ha conseguido andadura propia y cierta presencia en composiciones de los siglos XIX y XX. En un ritmo con compás de 6/8 rápido y acelerado, con alternancia del modo mayor y menor, esta danza ha sido incorporada en algunas de sus obras por autores importantes como objeto o forma de naturaleza exclusivamente artística. Entre otros compositores que han integrado la tarantela en alguna de sus obras podemos citar a los grandes pianistas F. Chopin, F. Listz, Stephen Heller (1813-1888), Sigismund Thalberg (1812-1871). Pero quedémonos con la versión que de ella hacen Rossini en su *Danza para canto y piano*, Weber en su *Sonata en mi menor para piano*, Stravinski en su *Polichinela*.

Después de leer las entretenidas curiosidades que exhibe la variada casuística recogida en el libro *Music as medicine* cabe preguntarse, finalmente, por el grado de eficacia curativa real de la música, desde una perspectiva científica. Cheryce Kramer, en su capítulo dedicado a «La música como causa y cura de las enfermedades durante el siglo XIX», y Helen M. Tyler en el capítulo final sobre «La musicoterapia como profesión en la Gran Bretaña actual», reconocen la certeza experimental de las curaciones, pero no acaban de establecer los mecanismos de conexión causal entre la música y las curaciones. La vía de conocimiento que ya expresaba un especialista español, J. Daniel Terán Fierro, en su ensayo «Musicoterapia: bases psicológicas» (*Revista de Musicología*, XII, 1989, págs. 111-129) parece llevar a buen destino. Sin duda la música ejerce una poderosa acción en la psicología humana. El tipo de música, de acuerdo con la receptividad del paciente, y su correcta aplicación técnica en la búsqueda de variados efectos psicológicos serían algo así como la materia y forma de la musicoterapia. La conexión entre la música y determinadas respuestas psíquicas, formulada teóricamente, según se ha visto, por los filósofos griegos, tuvo extraordinario efecto, no siempre curativo y tonificante, en la conciencia de algunos compositores e intérpretes del siglo XIX. La melancolía, la deliriosencia, la presencia enfermiza, la evasión de la realidad del pensamiento romántico encontró su afirmación en determinada música cuyas sonoridades exóticas fueron buscadas muchas veces por los compositores en tiempos misteriosos, en culturas lejanas. Por lo que se refiere al día de hoy, los tiempos venideros dirán, con perspectiva histórica, qué impacto causó la música sobre los hombres de nuestro tiempo. □

RESUMEN

Recuerda Ismael Fernández de la Cuesta que universalmente se acepta que la música posee ciertos efectos beneficiosos para la salud. El libro que comenta sobre la música como medicina, y que ha editado Peregrine Horden, confirma ese uso histórico de la música, aunque, matiza el comentarista, atribuirle efectos curativos en general, no es sólo una exageración,

sino también un error. La historia de la musicoterapia, no obstante, está llena de curiosidades y muchas de ellas se recogen en esta obra que recorre algunos ámbitos de la Antigüedad, la Europa Medieval, el Renacimiento y la Edad Moderna, para acabar dedicando buena parte de la misma al tarantismo y a las nuevas corrientes de musicoterapia en Europa.

Peregrine Horden (ed.)

Music as medicine. The history of Music Therapy since Antiquity

Burlington, Estados Unidos, 2000. 401 páginas. 25 euros. ISBN: 1-84014-299-5.

Física cuántica, libertad y Providencia

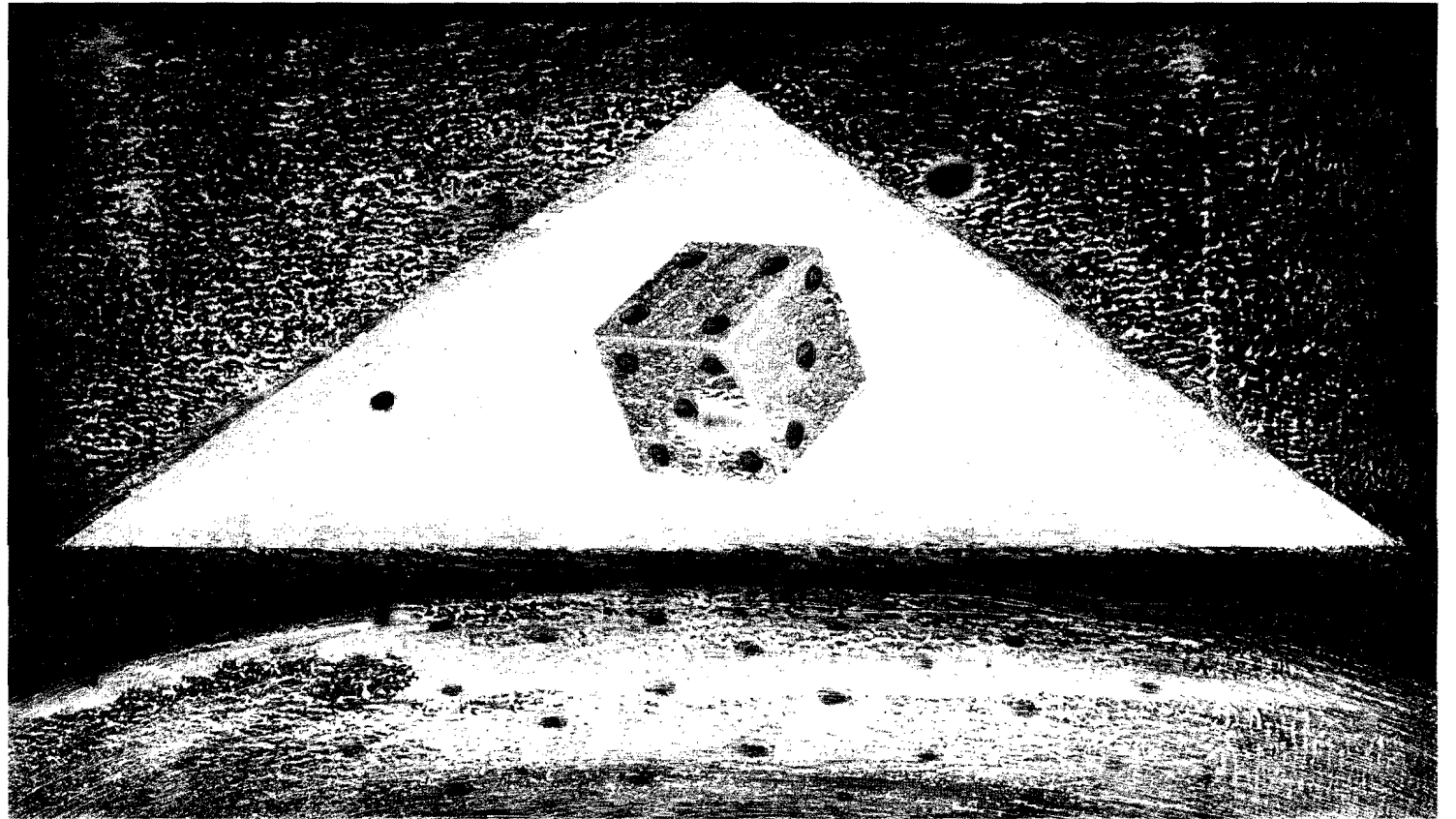
Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es profesor emérito en la Universidad Autónoma de Barcelona (física teórica e historia de las ciencias), y en el Instituto de Teología Fundamental de la Facultad de Teología de Cataluña (Seminario de Teología y Ciencias), y es miembro de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido visitante de l'Institut des Hautes Études Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra.

El Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza (CTNS) de Berkeley y el Observatorio Vaticano (VO) coeditan el quinto y último volumen de su serio programa de investigación teológico-científica. (Está fechado el 2001, pero ha aparecido el 2002. Sobre los cuatro volúmenes anteriores véase «SABER/Leer», nº 81, págs. 10-11; nº 103, págs. 10-11; nº 131, págs. 8-9; y nº 149, págs. 10-11). El tema teológico de la acción de Dios en el mundo se enfoca esta vez desde la Mecánica Cuántica, con sus paradojas conceptuales y discusiones interpretativas.

Tras la Introducción del editor Robert Russell, la primera parte divulga las ideas básicas de la mecánica cuántica actual. Abner Shimony (Prof. emérito de física y filosofía, Boston) parte de la más básica de ellas, la de «estado cuántico» (o «función de ondas»). Éste contiene toda la información posible sobre las magnitudes observables de un sistema cuántico, pero no fija el valor de cada una de ellas, en general indefinido, sino la probabilidad de obtener, al medirla, cada uno de sus valores posibles. Como segunda idea, expone el «principio de superposición»: si un sistema cuántico puede estar en dos estados, puede estar en cualquier otro que sea superposición lineal de ellos. A partir de esas ideas, defiende la objetividad en el mundo cuántico: del carácter indefinido de las magnitudes antes de medirse, del azar que hace impredecible el resultado de la medición, y de las probabilidades de que resulte uno u otro valor. Al medirse una magnitud, el estado varía («colapso de la función de ondas»), para que la probabilidad del valor obtenido sea 1 y la de los demás 0. Como cuarta característica cuántica, explica en detalle la «no-localidad», a la que otro especialista, Raymond Chiao (Prof. de física, Berkeley), dedica íntegramente su comunicación. Ambos se centran en la «paradoja-EPR» (propuesta por Einstein, Podolsky, Rosen en 1935, y elaborada por John Bell los años 60). Ésta trata de dos partículas elementales que interactúan, por lo que sus estados dejan de ser independientes, y quedan «enredados» («entangled») en un estado global del sistema constituido por ambas partículas, aun cuando se alejen a grandes distancias (no-separabilidad). La medición de una de ellas elimina el «enredo», influyendo así a distancia sobre la otra (no-localidad), aunque no pueda enviarle información (lo que violaría la relatividad especial de Einstein). Michael Berry (Departamento de Física, Bristol) trata otro tema aún más técnico: que el «caos determinista» de los sistemas clásicos («SABER/Leer», nº 103, pág. 10) desaparece en los sistemas cuánticos correspondientes, como si el carácter cuántico eliminara el caos; y que la «decoherencia» (o pérdida del carácter cuántico por influjo del ambiente) elimina esa eliminación. Por fin, Ernan McMullin (Prof. emérito de historia y filosofía de la ciencia, Notre Dame) ilustra la relación entre una formulación matemática y las ontologías diversas que puede inspirar, haciendo un recorrido histórico por la astronomía, de Aristóteles a Newton.

La segunda parte del volumen discute ampliamente las interpretaciones de la mecánica cuántica. William Stoeger (astrofísico del VO, Universidad de Arizona) distingue multitud



ALFONSO RUANO

de niveles y principios interpretativos, para concluir que las interpretaciones del tipo de la de Copenhague (la de Heisenberg y Niels Bohr) son hoy con mucho las más satisfactorias. James Cushing (Prof. de física y filosofía, Notre Dame) contrapone esa interpretación con la desarrollada en la escuela de David Bohm (determinista, con «variables ocultas» no locales), insistiendo en que, al predecir ambas los mismos resultados, la opción entre ellas no es puramente científica. Jeremy Butterfield (Universidad de Oxford), intenta eliminar el «colapso de la función de ondas» indeterminista, introduciendo en la medición la conciencia del observador (Eugene Wigner), y aun defendiendo las interpretaciones de «las muchas mentes» y «los muchos mundos», ontológicamente tan generosas. Michael Redhead (Prof. de filosofía, London School of Economics), desde su principio filosófico de invariancia relativista, se ve obligado a rechazar la interpretación de Bohm, y la no-localidad, y a admitir la alternativa: o bien indeterminismo o bien no-separabilidad holística. Por fin, Chris Clarke (Prof. de matemáticas, Southampton), para eliminar la división del mundo en cuántico y clásico, propone el «enfoque de las historias consistentes» (la medición de una prepara la siguiente), que pretende obtener un único mundo, contingente (debido a la «decoherencia») y con decisiones humanas (como ciertos «corrimientos lógicos»).

Conceptos y mundos nuevos

Entre las reflexiones teológicas de la tercera parte, Michael Heller (Academia Pontificia de Teología, Cracovia) presenta la generalización de conceptos del investigador científico, como modelo que podría iluminar al teólogo, en su intento por hablar del Misterio divino. Divulga para ello sus propias investigaciones de física teórica, que utilizan un lenguaje matemático enormemente abstracto, la «geometría no conmutativa» (elaborada el último decenio). En ese lenguaje cabe expresar lo inexpresable en el formalismo matemático ordinario: cierta unificación de la Mecánica Cuántica (formalizada como «álgebra C*») y la Relatividad General (la reciente «versión no conmutativa de la gravedad cuántica»). Lo interesante es que los sistemas des-

critos en ese lenguaje poseen una verdadera «dinámica» con «influjo causal», sin que existan para ellos los conceptos de «espacio y tiempo» ni, por consiguiente, la idea de «inicio» del sistema. En ese lenguaje cabe introducir una formulación abstracta de «probabilidad» («álgebra de von Neumann»), apareciendo entonces un cierto parámetro que puede representar el tiempo.

Heller aclara: «En modo alguno pretendo decir que, al hablar sobre la causalidad de Dios, hayamos de concebirla como una especie de causalidad no conmutativa; sólo pretendo subrayar que hemos de tomar muy en serio la doctrina del carácter análogo y metafórico del lenguaje en teología» (pág. 207). Pues cree que, al hablar de Dios como «Causa primera», empleamos con frecuencia un concepto de «causalidad» demasiado unívoco con el observado en nuestro mundo físico. Nos recuerda que el nexo típico entre Causa primera y mundo es el de «creación», con su carácter a-temporal y global, correspondiente a la eternidad de Dios y a la globalísima cuestión de Leibniz («¿Por qué existe algo, y no más bien nada?»).

Otra reflexión general e importante es la de George Ellis (Prof. de matemática aplicada, Ciudad del Cabo). Parte de su rechazo del «reductivismo» imperante: la pretensión de explicar todos los procesos del universo por la micro-estructura material de los objetos que intervienen, en último término por las partículas elementales y sus interacciones. Frente a esa absolutización de la causalidad ascendente (bottom-up), muestra cómo por todas partes observamos causalidad descendente (top-down o whole-part), especialmente en los fenómenos cuánticos de indeterminismo y «enredo» («entanglement»).

Ellis contrapone al reductivismo su «ontología holística», estructurada en seis universos. Esos universos son reales, en cuanto que interactúan con nuestro «mundo cotidiano» (de «mesas y sillas, y la gente que las percibe», pág. 277). Esa realidad ha de describirse también a los niveles superiores (contra el prejuicio reductivista de considerarlos «epi-fenómenos»), y especialmente al nivel de los pensamientos e intenciones humanas, que claramente influye aún en nuestro microcosmos (Hiroshima testigo). Expone a su manera los «mundos 1-3» de Karl Popper: «el de la energía y materia», «el de la conciencia

individual y pública», y «el de las posibilidades aristotélicas» físicas y biológicas. Inspirado por Roger Penrose, le añade un «mundo 4», «el platónico de realidades abstractas», como las formas matemáticas, físicas y estéticas, que vamos descubriendo, aunque a veces creamos inventarlas. En su propia reflexión teológica antepone un «mundo 0», «el del Fundamento», la realidad básica de Dios que da soporte e implica sentido para el universo y la vida, e influye especialmente a través del mundo 2. Concluye su ontología con un «mundo 5», el «de la finalidad subyacente», muy propio de Ellis. «Este mundo contiene el conjunto de valores y sentidos que expresan la finalidad («telos») de Dios. Este mundo es ontológicamente real [aunque abstracto, como el mundo 4], y se hace efectivo mediante revelación y descubrimiento» (pág. 284).

Apertura del mundo y libertad

John Polkinghorne (Prof. emérito de Física Teórica de Cambridge y Canónigo de Liverpool, recientemente galardonado con el premio Templeton de teología y ciencias) comienza sus «prospectivas para la teología» con la temática de la libertad: libertad divina, en relación a la Providencia, y libertad humana, como fundamento de la responsabilidad ética. Se trata pues de una libertad verdadera, incompatible con la imposibilidad de tomar la decisión opuesta («incompatibilismo»). Por otra parte parece hoy claro que no sólo las intervenciones humanas sino las ordinarias divinas han de realizarse según las leyes de la naturaleza. Lo contrario «sugeriría el absurdo teológico de Dios actuando contra Dios, ya que las leyes de la naturaleza han de entenderse teológicamente como expresión de la voluntad fiel del Creador que las ordena» (pág. 188). Se exige pues una cierta apertura en la legalidad física del mundo, para que pueda haber decisiones libres intrínsecamente impredecibles.

Tal apertura nos aparece hoy en el indeterminismo cuántico y en el caos. Polkinghorne pone objeciones al primero, mientras no tengamos una teoría clara sobre el



Viene de la página anterior



«amplificador» que haga sensibles los efectos cuánticos a nivel humano; pues utilizar como amplificador el caos presenta los problemas teóricos (la «caología cuántica» de que hablaba Berry). Polkinghorne elige de momento la apertura legal correspondiente al caos, al que llaman «determinista», sin que en realidad lo sea (dada su concepción de las leyes). Pero su elección es provisional, a la espera de aclaraciones físicas, que le permitan una elaboración metafísica.

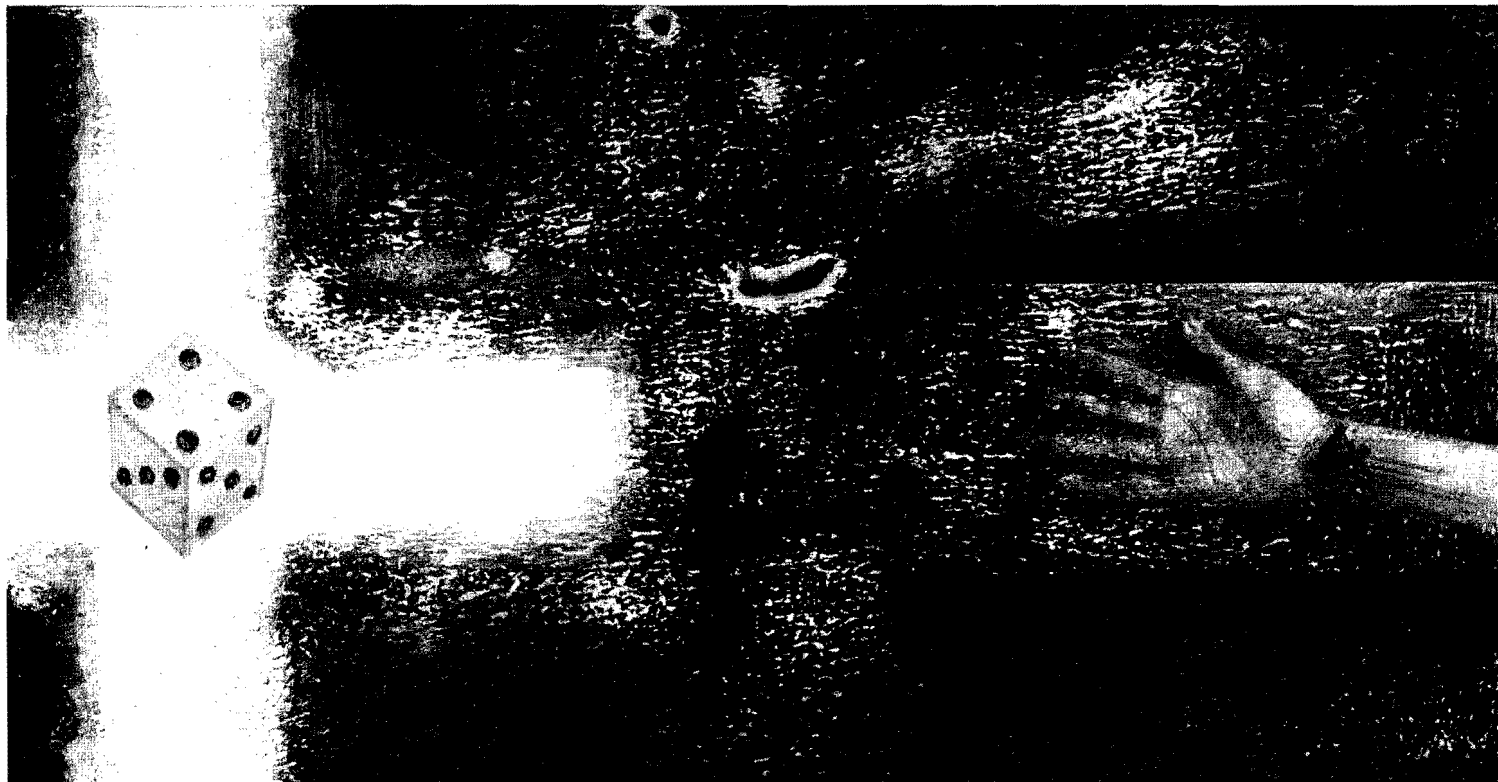
Philip Clayton (Departamento de Filosofía, Universidad de California en Sonoma), plantea la cuestión general de «por qué puede la física constreñir el modo de actuar Dios», y ataca en concreto el tema de la voluntad libre humana. Se fija tan sólo en el indeterminismo cuántico, y viene a formular así el problema: si se admite libertad genuina (incompatibilista), y no se es «dualista cartesiano» (no se defiende un mundo mental independiente del físico), no hay más remedio que aceptar el postulado no-determinista: «en el orden físico ha de haber algún lugar o lugares, donde un resultado del mundo natural no esté determinado por el conjunto de condiciones y estados antecedentes» (pág. 222). Admitido ese postulado, todas las sospechas recaen sobre la existencia en el cerebro humano de situaciones de indeterminismo cuántico.

Esto sugiere muchas reflexiones, incluso para su teología constructivista: «Se puede postular entonces que Dios creó un mundo indeterminado a su nivel más fundamental, con el fin de permitir la libertad requerida para los agentes humanos. En este caso, la existencia de estos mecanismos revelaría algo de la naturaleza e intenciones del Creador de este orden físico. Por ejemplo: Dios deberá ser tal que pueda proponerse crear agentes conscientes [y responsables] como nosotros» (pág. 223).

¿Puede Dios jugar a los dados?

Thomas Tracy (teólogo, Bates College, Lewiston) parte de un enfoque teológico. Nuestra fe cristiana está basada en una Historia de Salvación, en la que Dios actúa y se nos revela. «Podemos decir que las narraciones [bíblicas] sirven para trazar los rasgos del ser de Dios, mostrando al agente divino en acción, a la manera como se retrata un personaje humano en una historia bien contada» (pág. 235). Y esa Historia ha sufrido dos retos modernos: el de la crítica histórica, que muestra la contingencia y complejidad de la Biblia, y el de la crítica científica, que problematiza esa acción providencial de Dios. Teólogos modernos (deístas del siglo XVIII, Schleiermacher, Bultmann, Kaufman) se vieron forzados a colocar la acción divina, o bien en unas sapientísimas condiciones iniciales de la creación, o bien en la violación de las leyes deterministas que imponían entonces las ciencias. El principio más reciente del indeterminismo cuántico (Heisenberg 1927) ¿podría salvar ese reto científico?

Dios, como Causa primera, «conserva» las causas creadas, en su existencia y en su capacidad de causar (contra las elucubraciones de los «ocasionalistas»), según sus leyes autónomas. Pero si en el mundo cuántico éstas exigen verdadero azar, es decir, si se dan «sucesos cuánticos» (como la medición) ontológicamente indeterminados, «una opción para el teólogo es pensar que es Dios quien determina esos sucesos. En este caso, los sucesos al azar estarían causalmente indeterminados sólo en sus relaciones 'horizontales' con los demás sucesos finitos, pero estarían totalmente determinados en su relación 'vertical' a Dios» (pág. 243). En lenguaje científico se ha dicho que Dios es la «Variable oculta» de estos su-



ALFONSO RUANO

cesos. Tales acciones divinas serían «directas» (no mediadas por causas segundas) y «no intervencionistas» (no violan leyes físicas), y mediante ellas Dios podría dirigir el curso de la historia. La Providencia ganaría siempre la partida, a base de «trucar» los dados en cada jugada. «Una alternativa sería decir que Dios deja indeterminados algunos o todos los sucesos al azar, de forma que juegue realmente a los 'dados', sin trucarlos (pág. 244).

Para Clayton, esta alternativa es posible, aunque tenga problemas ónticos (la Causa primera debe dar existencia a «uno u otro» resultado posible, sin determinar cuál). Y tiene gran interés para una teología de la evolución. Pues «si... algunos de los cambios genéticos amplificados por selección natural resultan de procesos que implican... azar indeterminista, entonces en el diseño del mundo no estará escrito qué seres vivos aparecerán en el curso de la historia cósmica». Y, si bien es claro que Dios con la creación pretende que existan seres personales (Principio Antrópico Cristiano), «en esa concepción, Dios puede no haber estipulado en concreto que la personalidad habría de realizarse en un mamífero bípedo» (pág. 245). De modo análogo, Dios podría respetar el indeterminismo de la libertad humana. Su Providencia actuaría dando una continua respuesta restauradora a los desvíos humanos y cósmicos, y triunfaría siempre, como «el mejor Campeón de ajedrez».

Dado lo problemático de ese enfoque, Tracy defiende la posibilidad del enfoque alternativo, basado en la doctrina tradicional de «la ciencia media» (Luis de Molina, siglo XVI). Mediante ella Dios podría trazar desde su eternidad el plan definitivo de la historia, incorporando en él las incidencias del azar cuántico como las de la libertad. Pero este enfoque tampoco carece de problemas: no representa el concepto bíblico-tradicional de Providencia, y parece atribuir a Dios el mal físico.

El mal y el Misterio kenótico

El volumen concluye con un denso y extenso ensayo del editor principal, Robert Russell (Prof. de teología y ciencias, y fundador del CTNS, Berkeley). Dios en su «providencia general» sostiene toda la creación, y en particular los sistemas cuánticos en sus «procesos irreversibles» (medición o suceso cuántico) que «están difundidos» por todos los procesos cósmicos. La acción divina en ellos –directa

y no-intervencionista– puede conducir a sucesos especiales del mundo humano, que podemos interpretar como «providencia especial». Ésta es para Russell «la tesis más importante de este ensayo» (pág. 310).

Entre las «cuestiones cruciales» se pregunta luego Russell, si esta acción providencial divina actúa sobre todos o sobre algunos de estos «difusivos» sucesos cuánticos. Su opinión es que «Dios los causa todos», pero sólo «unos pocos de entre ellos poseen realmente un significado especial, debido a las elecciones que hace Dios al causarlos, excluyendo otras opciones bien posibles» (pág. 317). Poco después, al tratar de la libertad humana, sugiere matizar esa universalidad: «Dios actúa en todos los sucesos cuánticos del universo hasta que –donde sea– surja vida y conciencia. Dios se abstiene entonces cada vez más de decidir, dejando espacio a la causalidad descendente en las creaturas conscientes, y sobre todo en las auto-conscientes» (pág. 318). Este «dejar espacio» es una parte central de la «kénosis» o «auto-vaciamiento» amoroso del Creador, que respeta la creación hasta el punto de permitir el pecado. Russell ataca así la cuestión crucial del mal, sobre todo del mal físico (catástrofes, enfermedades...), y recuerda una elocuente afirmación de Ellis: «Ha de existir una razón férrea [«a cast-iron reason»] para que un Dios misericordioso y amante no alivie muchísimo más el sufrimiento del mundo, si es que de verdad tiene el poder de hacerlo» (pág. 319).

Russell busca esta razón férrea en un enfoque teológico más amplio. Tal enfoque, inspirado en *El Dios crucificado* de Jürgen Moltmann (1972), habrá de ser «kenótico» (que resalte la pasibilidad y sufrimiento divinos) y

profundamente trinitario, pues «sólo pasando de un 'monoteísmo débilmente cristianizado' a un trinitarismo profundamente articulado se puede responder al problema teológico de la cruz» (pág. 322). Habrá de ser además profundamente «escatológico», atento a la resurrección de Jesús y a la resurrección de los últimos tiempos. Recomienda por ello la teología proléptica trinitaria de Wolfhart Pannenberg, pues «sólo a la luz de la consumación escatológica cabe pronunciar [el veredicto 'muy bueno'] sobre nuestro mundo tal cual es, con toda su confusión y todo su dolor» (ibídem). Russell insiste, frente a algunos teólogos de la acción divina, en que la resurrección de Jesús «supone la transformación escatológica de las condiciones básicas de la naturaleza, y no un simple 'suceso extraordinario', representable sin cambiar el telón de foro natural» (pág. 323).

Russell cree que la física cuántica tiene un papel que jugar si, siguiendo a Pannenberg, se reformula la acción divina como una fuerza inmanente del Espíritu, comparable a un Campo físico. Sus problemas básicos habrán de discutirse con nueva viveza. Y concluye: «Confiemos que estas discusiones contribuirán, al menos indirectamente, a la cuestión central de 'la escatología y la cosmología científica' hacia la que nuestro enfoque sobre 'la acción divina y la física cuántica' nos ha conducido, lenta pero inexorablemente» (pág. 323).

Así concluye este volumen, y con ello el programa de un decenio de investigación. En el fondo con la confianza, robustecida por la experiencia, de que este diálogo tan enriquecedor para la teología y las ciencias necesita continuar en un nuevo programa, cuyo tema incluso se sugiere. □

RESUMEN

El profesor García Doncel admira esta quinta y última etapa del diálogo teología-ciencias organizado conjuntamente por el Observatorio Vaticano y el Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza de Berkeley, que está centrada en el tema científico de la mecánica cuántica. Recoge ideas de los quince participantes

en el diálogo, especialmente en torno a los temas teológicos de la apertura cuántica del mundo a la libertad humana y divina, la intervención del azar en el proyecto divino de creación continua, y la necesidad de apelar a la concepción kenótica de Dios y la escatológica del mundo para reflexionar sobre el problema del mal.

Robert John Russell, Philip Clayton, Kirk Wegter-McNelly, John Polkinghorne (eds.)

Quantum Mechanics: Scientific Perspectives on Divine Action

Vatican Observatory Publications, Estado del Vaticano, The Center for Theology and the Natural Sciences, Berkeley, California, 2001. 345+xxvi páginas. \$ 21.95. ISBN: 0-268-03978-x

Causalidad

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática. Es doctor «honoris causa» por las universidades de Oviedo (2000) y Sevilla (2001).

Heurística, razonamiento en incertidumbre y causalidad son temas fundamentales a los que ha dedicado Judea Pearl más de 200 trabajos y varios libros básicos en campos tan fundamentales como la filosofía, la estocástica, la inteligencia artificial, las ciencias de la salud, la ciencia cognitiva, las ciencias sociales, físicas, médicas...

Como ha dicho Einstein (1953), el desarrollo de la ciencia occidental está basado en dos grandes realizaciones: la inducción del sistema de la lógica formal (en la Geometría euclídea) por los filósofos griegos y el descubrimiento de la posibilidad de encontrar relaciones causales por razonamientos sistemáticos (durante el Renacimiento).

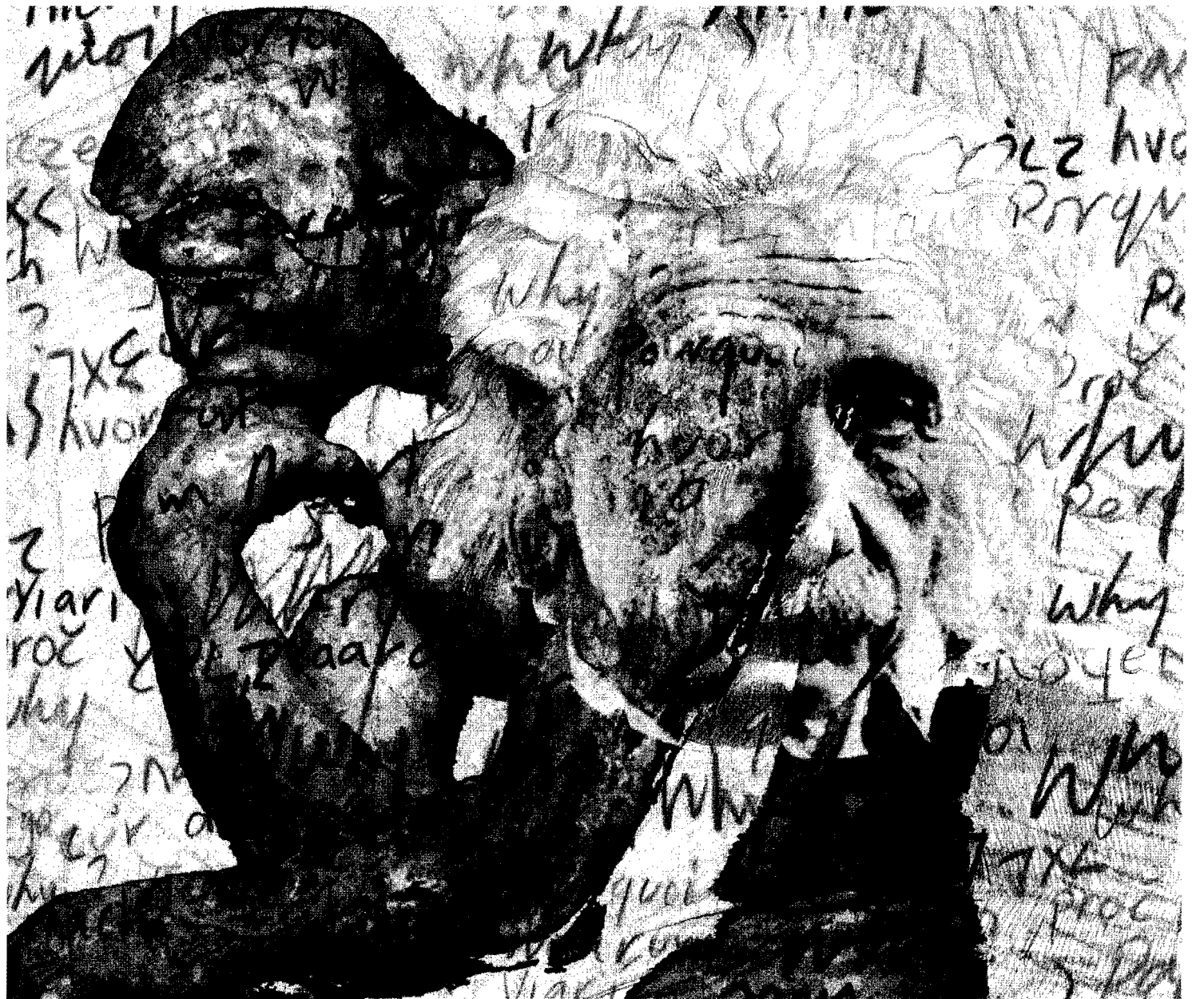
Centrándonos sobre la causalidad nos encontramos con dos cuestiones fundamentales: a) ¿qué evidencia empírica se requiere para legitimar la inferencia de la relación causa efecto?; b) dado que estamos dispuestos a alcanzar información parcial respecto a un cierto fenómeno, ¿cómo podremos utilizarla para establecer inferencias con tal información? Puede decirse que hoy los trabajos sobre la causalidad han sido feliz y profundamente matematizados. Muchas paradojas y controversias se han vencido y problemas que habían continuado considerándose metafísicos, se enmarcan y resuelven mediante conceptos matemáticos elementales. Con sólo los primeros teoremas de cálculo de probabilidades y las ideas y conceptos generales de la teoría de grafos puede el estudioso comenzar a resolver problemas como estimar la probabilidad de que un suceso fue la causa de otro.

Entramado del conocimiento humano

El autor confiesa en el prólogo que cuando comenzó a escribir su anterior libro, *Probabilistic Reasoning in Intelligent Systems* (1998), se encontraba aún sumergido en la tradición empírica dominante por aquellas fechas, en que las relaciones probabilísticas constituían las bases del entramado del conocimiento humano, mientras la noción de causalidad simplemente permitía la organización y simplificación de intrincados patrones de relaciones probabilísticas. Pero el panorama ha cambiado radicalmente hoy, tras la aparición del nuevo libro *Causality*, que condensa los trabajos del autor, durante más de diez años en el Cognitive System Laboratory de la Universidad de California, con su centenar de colaboradores de excelencia.

RESUMEN

Señala Sixto Ríos que los trabajos sobre la causalidad han sido feliz y profundamente matematizados. Muchas paradojas y controversias se han vencido y problemas que habían continuado considerándose metafísicos, se enmarcan y resuelven mediante conceptos matemáticos elementales. El libro comentado condensa los



ANTONIO LANCHÓ

Actualmente las relaciones causales se consideran como bloques fundamentales tanto de la realidad física como de la conceptualización humana, siendo las relaciones probabilísticas que se establecen entre ellas la esencia de nuestra comprensión del mundo. Fiel a estas ideas básicas, el libro presenta herramientas matemáticas que permiten tratar relaciones causales en paralelismo con relaciones probabilísticas. En todo caso el autor ha cuidado muy especialmente los aspectos didácticos del tratamiento matemático de estas difíciles cuestiones indicando un primer plano para estudiar el libro, que es más adecuado para las personas con una sólida base probabilística y otro para que aquellos estudiosos menos versados en teoría de la probabilidad y más interesados en las aplicaciones pueda conducirles asendereada y cómodamente a tener una opinión personal en temas actualmente candentes y reiteradamente discutidos como «fumar o no fumar».

Al propósito laudable de estas facilidades

trabajos del autor del mismo, Judea Pearl, y presenta herramientas matemáticas que permiten tratar relaciones causales en paralelismo con relaciones probabilísticas; el comentarista destaca los aspectos didácticos de la obra que facilitan la comprensión de temas tan arduos como los que allí se tratan.

didácticas, en tan arduos temas se suma la inclusión al final del libro de una luminosa conferencia de Pearl, «The Art and Science of Cause and Effect» (1996, UCLA), y algunas frases de la misma, que resumimos a continuación, creemos dan relieve y claridad a nuevos conceptos sin entrar en el profundo y difícil tema de algunas de sus facetas: «La urgencia de preguntar por qué y la capacidad de encontrar explicaciones causales se presentó muy pronto en el desarrollo intelectual humano».

Explicación causal de los hechos

La Biblia, por ejemplo, nos dice que pocas horas después de probar el fruto del árbol del conocimiento, Adán es ya un experto en argumentos causales. Así cuando Dios pregunta: «¿come usted de ese árbol?», contesta Adán: «la mujer que usted me dio para acompañarme, me ofreció el fruto y yo comí». Eva también fue inteligente y replicó: «la serpiente me sedujo y yo comí». Se observa en esta breve historia que Dios no preguntó por la explicación, sólo por los hechos y fue Adán quien sintió la necesidad de explicar.

El mensaje claro es que la explicación causal de los hechos es un concepto inventado por el hombre. También es interesante observar que las explicaciones se utilizan únicamente para pasar responsabilidades. Así, en efecto, «durante miles de años las explicaciones no han tenido otra función. Es decir, sólo los dioses, la gente, los animales podían ser causa de los hechos a suceder; pero no los objetos, sucesos o procesos físicos».

Hemos reproducido estos primeros párrafos

de la bella conferencia de Pearl que esperamos animarán a una lectura completa de la misma, que el lector de formación modesta podrá gozar y le llevará, quizá, a ambicionar la lectura total del brillantísimo libro de Pearl. Libro que constituye hoy la respuesta más abarcativa y armónica al gran problema de la causación, por primera vez planteado con claridad por Hume hace más de 250 años, y que será durante bastante tiempo refugio de estudio e información para científicos, psicólogos, economistas, sociólogos, abogados, calculistas, médicos, filósofos, para ayudarles al investigar sus problemas de causa-efecto y quizá a resolver algunos.

En todo caso deben ser considerados dos tipos de opiniones sobre esta primera unificación de las teorías de causación: la de los que, como Suppers (de Stanford), consideran el libro como un Renacimiento en el pensamiento y uso de los conceptos causales y la de los que, como Fienberg (de Carnegie Mellon), a pesar de sus discrepancias en sus planteamientos y soluciones personales, declaran su fascinación por el aporte de nuevas ideas y razonamientos ingeniosos.

(Valga, en fin, este modesto artículo como homenaje al autor, padre del periodista americano Daniel Pearl, iristemente fallecido en la guerra de Afganistán.) □

En el próximo número

Artículos de Ignacio Sotelo, José-Carlos Mainer, Álvaro del Amo, Francisco Rodríguez Adrados y José María Mato. Índice 2002

Judea Pearl

Causality (Models Reasoning and Inference)

Cambridge University Press, 2000. 384 páginas. 25 libras. ISBN: 0521773628

Las revoluciones del siglo XX

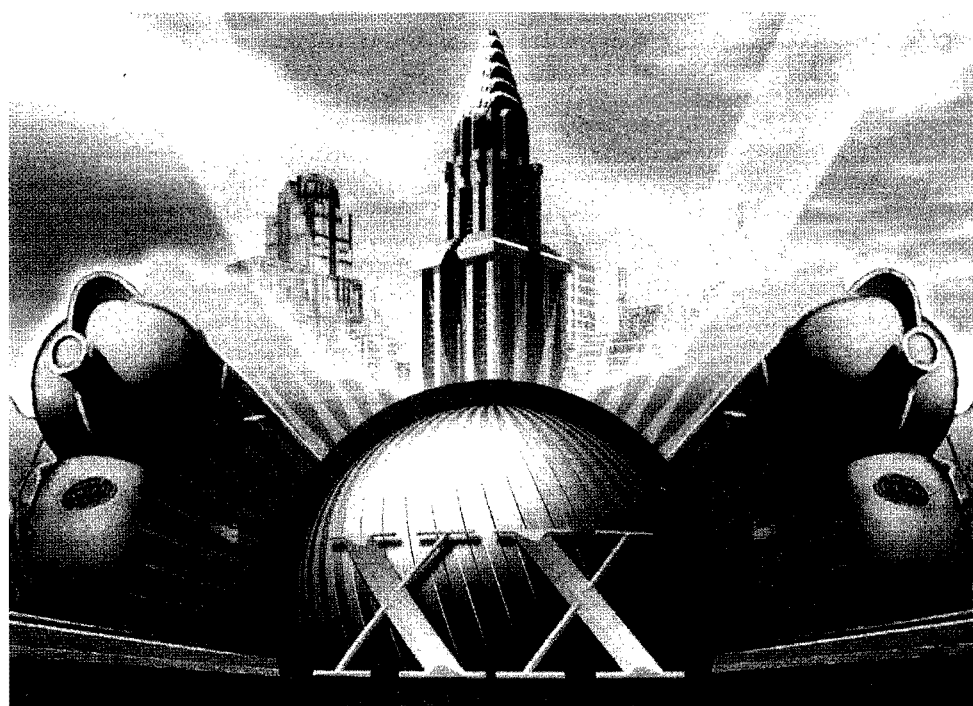
Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran Sociología de América Latina, Del leninismo al estalinismo y El socialismo democrático.

Se muy bien lo arbitrario, y hasta abusivo, que puede ser el título de un libro, a menudo invención de la editorial, pero en uno de tanto peso como el que comento debe tomarse en serio. Dejo de lado el subtítulo que recuerda el libro de Joseph Schumpeter, homenaje que se comprende, al moverse en la misma órbita ideológica: ni capitalismo ni socialismo, la verdadera revolución del siglo XX es la democracia. En cambio, quiero insistir en los dos conceptos del título, revolución y siglo XX, imprescindibles para la comprensión de la tesis principal: la democracia es «la revolución del siglo, la única verdadera, la que se inició con la I Guerra Mundial, la que ha cambiado la organización social del mundo desde entonces» (página 11).

El concepto de revolución

Dado el papel central que el concepto de revolución desempeña en la interpretación que Tortella hace del siglo XX, no parece de recibo que se conforme con la quinta acepción figurada del Diccionario de la Academia de «cambio rápido y profundo de cualquier cosa». Ciertamente las ciencias sociales sufren de la falta de conceptos lo suficientemente depurados para eliminar ambigüedades y confusiones, pero el de revolución ha sido especialmente estudiado, de modo que, si se recurre a él, no cabe escapar a la necesidad de delimitar, entre los muy diferentes que existen, el sentido en que se emplea. Revolución significa en su origen «movimiento de un astro en todo el curso de su órbita» y aún hablamos de tantas revoluciones por minuto. Notión que, al trasladarse a la «Glorious Revolution» (1688), pone de manifiesto que aquel acontecimiento lo entendieron como una vuelta a los orígenes, al parlamentarismo originario, o al cristianismo en sus comienzos. En la ilustración dieciochesca el concepto experimenta una honda transformación, entendido aho-



ÁLVARO SÁNCHEZ

ra como ruptura violenta con lo antiguo y desfasado para dejar sitio a lo bueno y razonable. El concepto de revolución se acerca así al de progreso, y tiene en la Revolución francesa (1789) su más cabal expresión.

Durante casi dos siglos, este acontecimiento ha impregnado el concepto de revolución. Es a partir de la Revolución francesa que Marx elabora los de «revolución burguesa» y de «revolución proletaria». El siglo XIX se vive como un siglo revolucionario; Jakob Burckhardt lo bautiza de Edad de la revolución («Revolutionszeitalter»). A finales del siglo aparecen nuevas acepciones, como «revolución industrial» (Arnold Toynbee, *Lectures on the Industrial Revolution in England*, Londres, 1884), que ya poco o nada tienen que ver con las anteriores. Revolución alude ahora a largos procesos de transformación socioeconómica. Han desaparecido la inmediatez y violencia que caracterizaron al concepto en sus versiones anteriores. En el siglo XX la notión de revolución adquiere otras connotaciones. Dos me parecen que deberían haberse tenido en cuenta en este libro: «la revolución democrática» (R. R. Palmer, *The Age of the Democratic Revolution*, 2 volúmenes, Princeton 1959/1964) y «la revolución científica» (Th. S.

Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 1962).

Tortella sabe perfectamente que «la interacción continua entre economía, política, ideología, técnica, estructura social, etc., muestra que la realidad desmiente cada día la división de la ciencia social en compartimentos» (pág. 12). Por lo que, consecuentemente, una historia que quiera dar razón de una época en su conjunto no puede evitar el plantearse la influencia que cada uno de estos factores haya podido tener en el resultado final. Marx era ya consciente de todas estas interrelaciones, por eso creía que la única ciencia social posible, al poner de manifiesto este entramado, es la historia. Su curso depende de la interacción de las «fuerzas productivas», que aluden sobre todo a la técnica de que se dispone, y «las relaciones de producción», que se refieren fundamentalmente tanto a la dinámica política, como al sistema de valores y normas jurídicas, es decir la historia se entiende a partir de una «economía política» que explique los procesos económicos en un sentido amplio, que incluya desde la estructura de clases a la política, jurídica e ideológica. La economía «es función en gran parte de la técnica, que a su vez depende cada vez más de la evolución de la ciencia. Técnica y ciencia a su vez son función del desarrollo económico, pero también de muchas cosas más, como la estructura social, el sistema de valores, las políticas científicas y educativas, etc.» (página 13).

¿El siglo de la revolución científica?

Tortella, fiel al marxismo, tiene en mente la interrelación de los distintos factores. Traspasa así los estrechos límites del historiador económico, tomando en consideración otros factores, en primer lugar, los políticos y

los sociales, sin duda los más relevantes por su repercusión en lo económico, condicionados a su vez por la economía. Tortella explica el siglo XX por la forma en que se conectan y mutuamente se influyen los factores económicos, sociales y políticos, pero está convencido, con Marx, de que, a la larga, el motor de la historia es la economía. «La esfera política continúa teniendo su propia dinámica, y yo me atrevería a decir que en el corto plazo la política era la decisiva, mientras que los cambios políticos profundos venían determinados por la evolución económica. Ésta es quizá la tesis básica del presente libro. La gran revolución política del siglo XX no hubiera sido posible sin el fuerte crecimiento económico que la precedió; a su vez esta revolución permitió otro impulso de crecimiento económico aún más vigoroso, del que nos hemos beneficiado los que hoy habitamos el planeta, que ha permitido la expansión de la revolución a un número creciente de países y de seres humanos» (pág. 13). Obsérvese que el único punto en que se separa de Marx es en la noción etérea de revolución, que cabría sustituir sin más por transformación política, democratización, acceso de las masas al poder. Al entender por revolución cualquier cambio profundo, ha desaparecido por completo la antigua distinción entre revolución y reforma que marcó el debate en la socialdemocracia alemana anterior a la I Guerra Mundial. En esta falta de concreción, el concepto de revolución me parece poco operativo, lo que proporciona a la tesis principal una vaguedad difícilmente asumible.

Pudiera ocurrir que el siglo XIX fuese el de la «revolución industrial» y el que diseñó la «revolución democrática», aunque su realización sucediera en el siglo XX, y este último fuera el de la «revolución científica», aunque sus efectos se hagan evidentes en el XXI. El que Marx no tomase a la ciencia como el factor decisivo, todavía es excusable por encontrarse en sus comienzos; pero muy distinta es la situación entrados en el siglo XXI. Ahora no cabe dejar de preguntarse si el factor principal de los cambios efectuados, y sobre todo de los por llegar, es la ciencia. A la larga, el motor del cambio no sería la economía, sino la ciencia, con sus repercusiones tecnológicas, es decir, en las «fuerzas productivas». «La revolución científica» sería la verdadera revolución del siglo XX. Tortella, al final del libro, señala esta posibilidad, al dejar constancia en la primera mitad del siglo XX de «una revolución científica de gran alcance (relatividad, teoría atómica, electrónica), que daría lugar a una Tercera Revolución Industrial tras la II Guerra Mundial: energía atómica, aviación comercial, satélites, televisión, electrodomésticos, ordenadores, navegación espacial, Internet, que, junto con la extensión de la Segunda Revolución Industrial ha permitido esta oleada de crecimiento del bienestar de la segunda mitad del XX» (pág. 383). De haber tomado en consideración esta hipótesis desde el principio, el desarrollo de la obra hubiera sido distinto, y quizá mucho más original. José

En este número

Artículos de

Ignacio Sotelo	1-2-3	Francisco Rodríguez Adrados	8-9
José-Carlos Mainer	4-5	José María Mato	10-11
Álvaro del Amo	6-7	ÍNDICE 2002	12

SUMARIO en página 2





Las revoluciones del siglo XX

Manuel Sánchez Ron ha insistido también en que la «revolución democrática» no hubiera sido posible sin la científica en un libro ⁽¹⁾ que enuncia, pero no fundamenta ni desarrolla esta tesis. Lamentablemente lo rellena con fragmentos, dispares y dispersos, de historia de la ciencia en el siglo XX que muestran lo obvio, la importancia de la «revolución científica», pero no las formas específicas que ha tenido de influir en la economía, la cultura, la estructura social y un largo etcétera.

El siglo entendido como época

En lo que respecta al otro concepto clave, siglo XX, que encontramos en el título, conviene señalar que cualquier intento de desentrañar los caracteres fundamentales de una época supone empezar por encuadrarla cronológicamente. La historia es ciertamente un continuo, pero sólo resulta inteligible, si, en virtud de acontecimientos significativos que sir-

van de mojones, se propone una periodización que marque el comienzo y el fin de cada época. El concepto de época, teóricamente depurado para su uso en la historia, es de Leopold von Ranke (1795-1886), que pasa por ser el creador de la moderna ciencia histórica, antítesis coetánea de la de Marx, del que no sé si tuvo noticia, pero contra el que implícitamente arremete en la figura de Hegel. «Son siempre unos grandes acontecimientos de lo que proviene todo. Su preparación, realización y consecuencias, constituyen lo que se llama una época» ⁽²⁾, escribe Ranke. Hay que entender cada época desde las tendencias e ideas que le son propias, sin que quepa establecer rangos, como si unas fueran mejores que otras. «Cada época está en relación directa con Dios y su valor descansa, no en lo que de ella proviene, sino en su misma existencia, en su identidad propia» ⁽³⁾. Por consiguiente, no cabe interpretar una época sin establecer sus límites temporales, así como los conflictos que la definen. Ranke cree que cada época se caracterizaría por un antagonismo principal. Concentra en siete «épocas» la historia de Europa desde sus comienzos con la cristianización de los pueblos germánicos. No es el momento de extenderse en esta primera interpretación de la historia de Europa, que entonces se confundía con la historia universal. Sólo quiero resaltar lo operativo que resulta su noción de «época» para cualquier interpretación global de un período. La última época que Ranke establece es la que empieza con la Revolución francesa y que piensa que todavía dura en el momento en que escribe (1859). La llama «época de la revolución y de los Estados constitucionales de derecho». Aunque el principio de representación pro venga de siglos anteriores, gracias a Inglaterra, se consolida en esta época. Al fracasar el designio de Napoleón de unificar Europa a la manera carolingia, deja abierta la lucha sin cuartel entre el principio monárquico y el de soberanía popular. Es éste el antagonismo principal que marca a la época. Pero, añade Ranke, no es tanto la «revolución política», como el rápido desarrollo de las riquezas, las ciencias y las técnicas lo que caracterizaría a una época en la que la potencia dominante es Inglaterra.

Una de las hazañas de Ranke es haber dividido la historia de Europa en grandes épocas, por sí mismas inteligibles, que cabe muy bien impugnar, pero no echar en saco roto. Lo que me parece absolutamente inadmisibles es

que, sin haber entrado ni siquiera en esta discusión, se considere el siglo como una unidad cronológica adecuada para delimitar una «época». El mérito de Eric Hobsbawm es haber acotado, a la manera de Ranke, la época que describe por dos acontecimientos de indudable significación, la I Guerra Mundial y el desplome del comunismo soviético (1914-1991) ⁽⁴⁾, con lo que puede hablar del «siglo corto» y así iniciar la extensa literatura que sobre el siglo XX hemos acaparado en poco tiempo. También para Tortella el siglo o, si se quiere con mayor precisión, la época que estudia comienza con la I Guerra Mundial. La diferencia esencial radica en que para Hobsbawm la época finaliza con un acontecimiento del mismo calibre, el derrumbamiento del bloque soviético, mientras que para Tortella el siglo XX, que se caracterizaría por un capitalismo obligado a desarrollarse en sociedades democráticas, no ha terminado todavía, ni presenta visos de que esté a punto de concluir. Más que del «siglo corto», de seguir a Tortella habría que hablar del «siglo interminable».

No hay la menor duda de que se facilita la comprensión de una época, cuando cabe observarla desde el principio al final, como hace Hobsbawm, pero ello no es óbice para no pensar que se vive en una que se sabe cuándo ha empezado, pero no cuándo va a terminar, como fue el caso de Ranke y es el de Tortella. Ahora bien, cuándo empieza y cuándo acaba una época, en último término, depende de los caracteres que se hayan elaborado como definitivos: su permanencia o desaparición es lo que indica la continuidad o el final de una época. Si la época que comenzó con la I Guerra Mundial se define como la del capitalismo en democracia, y ambos siguen pujantes, evidentemente vivimos aún en esta época.

El paso a una nueva época

Tortella analiza muy bien la contradicción que explica el período de entreguerras: al haber cambiado la relación de fuerza entre las clases, no se puede volver al esquema liberal anterior, y no es fácil acertar con la solución adecuada que no va a ser la comunista ni la fascista, sino la que en 1936 propone Keynes con su crítica del liberalismo clásico. Todavía en los años 30 Ortega creía que el problema de su tiempo fuese la «revolución democrática», que llama «rebelión de las masas», que impide que

se vuelva al liberalismo salvador. Las tres décadas «milagrosas» de crecimiento económico, pleno empleo y aumento continuo de los salarios reales y de las prestaciones sociales, que siguen en la Europa occidental a la II Guerra Mundial, se deben en buena parte a la aplicación del keynesianismo. Lo malo es que tanta felicidad se acaba a comienzos de los años setenta, debido a una serie de factores, que van desde la inflación creciente que de por sí conlleva las estructuras democráticas –observación muy pertinente, pero que nos deja con la curiosidad de saber si Tortella propone achicar la democracia como modo de combatir sus tendencias inflacionistas– al alza repentina de los precios del petróleo por motivos políticos, la crisis del Oriente Medio. La caída del bloque comunista a comienzos de los 90 debilita aún más a la clase obrera, hasta el punto de que las clases dominantes tratan ya abiertamente de poner punto final a la era socialdemócrata, regresando al liberalismo anterior a la I Guerra Mundial. Que, si se mantiene la democracia, esto no es fácil, tal vez ni siquiera posible, como tampoco lo fue en la primera postguerra, es algo que Tortella no deja nada claro. Queda también en la penumbra, si se necesitase un nuevo Keynes, no la repetición del keynesianismo, sino una teoría económica apropiada a la especial situación de nuestro tiempo. Parece claro que la época del sistema estatista obrero ha terminado, o está a punto de acabar, y hemos comenzado, o estamos comenzando, una nueva época.

Capitalismo y democracia

Capitalismo y democracia, que en el siglo XIX fueron enemigos irreconciliables, hasta el punto de que el socialismo se concibe como democracia –democracia social y económica, como soporte necesario de la política–, en la segunda mitad del siglo XX convergen como dos principios que se complementarían mutuamente. No habría verdadera democracia sin capitalismo, así como una economía de mercado, eufemismo para decir capitalista, se desarrollaría mejor en una sociedad democrática. Tamaña metamorfosis conlleva, desde luego, una nueva comprensión del capitalismo, menos liberal y más corporativo, así como de la

Qué es

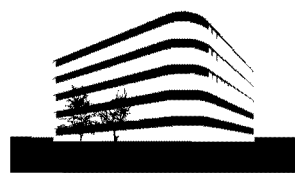


Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 10 euros. Extranjero, 15 euros o 12 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Las revoluciones del siglo XX», por Ignacio Sotelo, sobre <i>La revolución del siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia</i> , de Gabriel Tortella	1-2-3
«Alarcos y Clarín, cincuenta años después», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Notas a «La Regenta» y otros textos clarinianos</i> , de Emilio Alarcos	4-5
«Enfermedades no diagnosticadas», por Álvaro del Amo, sobre <i>Una fiesta para Boris. En la meta. El teatrero y El reformador del mundo. Sencillamente complicado. Las apariencias engañan</i> , de Thomas Bernhard	6-7
«España en el Mediterráneo Oriental», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>España y las islas griegas. Una visión histórica</i> , de Miguel Ángel Ochoa	8-9
«Genoma humano, ¿propiedad pública o privada?», por José María Mato, sobre <i>Life Script: The Genome and the New Medicine</i> , de Nicholas Wade	10-11

ÍNDICE 2002

12

Viene de la página anterior



democracia, entendida, no en su sentido fuerte de «poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», sino en el schumpeteriano de liza entre las elites por conquistar el mercado electoral.

Dar razón de la época que va desde la I Guerra Mundial a la caída del comunismo supone dar cuenta de este proceso de convergencia del capitalismo con la democracia, lo que únicamente desde la transformación de ambos ha resultado factible. A este proceso Tortella lo llama «transición del sistema liberal-burgués del siglo XIX al sistema estatista-obrero (o socialdemocrático) del siglo XX, sistema en que vivimos hoy día casi todos los países del mundo y en concreto los de Europa Occidental y el resto del mundo desarrollado» (pág. 32). Ha sido, indudablemente, un proceso difícil, agitado, lleno de conflictos, que ha traído consigo dos terribles guerras mundiales y el nacimiento, como falsas terapias, primero del comunismo, y luego del nacionalsocialismo, que se distinguieron, tanto por sus rápidos éxitos durante la gran depresión, la crisis más profunda que ha sufrido el capitalismo, como por la violencia masiva que ejercieron sobre sus poblaciones, aunque convenga no confundir estas dos «revoluciones». Pero, una vez que se las ha tragado la historia, en un horizonte lejano no se divisaría un futuro sustancialmente distinto del presente. El que Tortella lo piense así, me parece la mayor debilidad teórica del libro, punto del que disiento totalmente.

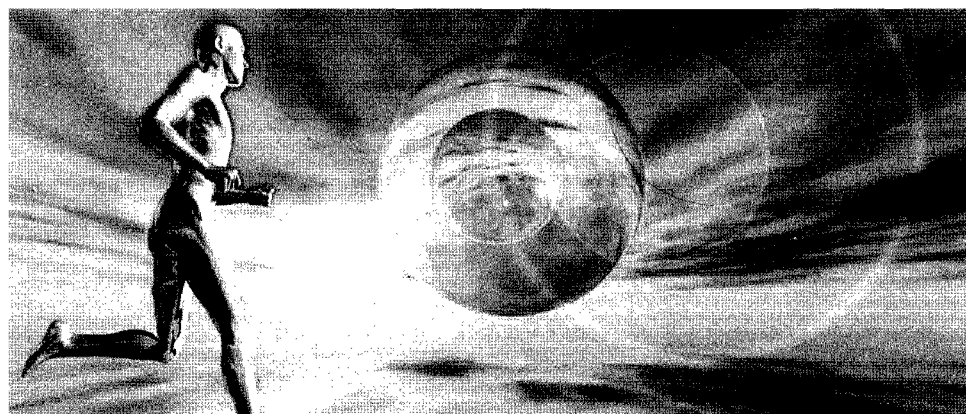
Como historiador, marxista; como economista, liberal

La contradicción que arrastra Tortella es que, como historiador, es marxista —«Marx fue un grandísimo científico social cuyo pensamiento tiene mucha validez aún hoy» (pág. 394), sobre todo para el historiador, añado yo— pero, como economista, es un liberal, plenamente convencido de que no hay alternativa a la economía clásica, ni otra forma de gobierno, por muchas que sean las críticas posibles, que la democracia. A partir de estos dos supuestos —que, desde luego, dominan hoy las ciencias sociales— no cabe concebir un futuro distinto del presente, con lo que —Francis Fukuyama «dixit»— la historia habría llegado a su final. Bueno, cabría que el modelo se deteriorase hasta ser irreconocible, pero no que fuese sustituido por otro que ofreciese mejores soluciones. «La economía de mercado es el mejor sistema económico; o quizá le ocurra como a la democracia, que sea el menos malo» (pág. 394).

Dentro de estos parámetros, Tortella explica la historia del siglo XX con un conocimiento amplio de los hechos y una visión que abarca a todo el planeta, la historia ya es plenamente planetaria, o si se quiere, con el término de moda, global. Quiero subrayar que el hecho de ser español no perturba su visión, dando a nuestro país el tratamiento que merece. El resultado es impresionante y exige reconocimiento. Ahora bien, el lector, como es mi caso, que no acepte los parámetros implícitos en la obra, y que he tratado de hacer explícitos en este comentario, reconociendo la brillantez con que resume situaciones o procesos, enormemente complejos, se ve obligado, pese a coincidir a menudo en los detalles, a distanciarse de los modelos explicativos de más largo alcance.

La Gran Guerra no por factores económicos

Termino con un repaso rápido de los temas principales de disenso, sin lugar ni tiempo para exponer puntos de vista alternativos. Existe un consenso general en que la historia del período que Tortella llama siglo XX, empieza con la I Guerra Mundial. Como buen li-



ALVARO SANCHEZ

beral, Tortella no oculta su admiración por la «belle époque» que, sustentada en el trípode del librecambio, que ha conseguido eclipsar al perverso proteccionismo, el patrón oro, con su ventaja de ser, de hecho, una moneda internacional que favorece el comercio, y el equilibrio presupuestario —no se puede gastar más que lo que se ingresa, principio evidente para una clase adinerada, que es la única que tiene acceso al voto— parecía garantizar el crecimiento a la larga. Entonces, cómo explicar que un sistema económico tan perfecto (hasta el punto de que después de la caída del bloque comunista muchos traten de recomponerlo, como si el siglo XX no hubiese existido) con el estallido de la guerra salte de repente en mil pedazos. Que un acontecimiento, con tantas y tan graves consecuencias, sea una especie de mutación histórica, debida a diversos factores aleatorios, pone en tela de juicio la tesis básica del libro de que «los cambios políticos profundos vienen determinados por la evolución económica» (pág. 13). Resulta por lo menos sorprendente que elimine el factor económico para dar cuenta del acontecimiento de cuya «preparación, realización y consecuencias», como diría Ranke, depende la época que Tortella designa como siglo XX. No deja de ser llamativo que tenga que recurrir a razones externas a la economía, como son el nacionalismo y el imperialismo, para dar cuenta del acontecimiento principal del siglo. Si el economista hubiera sido marxista, como lo es el historiador económico, hubiera entrado más a fondo en las contradicciones sociales que comporta un sistema económico tan perfecto, que quizá tenga el inconveniente de no encajar en una democracia real, lo que, a la larga, haga inviable el acople de ambos. No afirmo que la I Guerra Mundial tuviera una explicación económica a corto, o largo plazo, sino tan sólo que es imprescindible que así fuera desde sus supuestos básicos. Lo que no cabe es evitar la cuestión; y sólo cabe plantearla, sea cual fuere el resultado al que se llegase, si previamente nos hemos desprendido del dogma de la economía de mercado, ligada a los intereses de una clase. Y añado el estrambote, «ligada a los intereses de una clase», porque, sin eliminar el mercado, caben otros modelos económicos, no tan directamente ceñidos a los intereses de los dueños del capital. El keynesianismo había sido uno de estos modelos, y habría que estudiar con algún detenimiento, porque se dice que no ha funcionado. El hecho es que Tortella, sin entrar en la cuestión, repudia las explicaciones económicas que se han dado del estallido de la guerra, así como deja en la ambigüedad, si el conflicto principal de la época liberal-burguesa es la llamada «cuestión social», la rebelión creciente de la clase obrera y el empeño burgués de mantener su sistema socioeconómico de espaldas a los intereses obreros. La compatibilidad de la democracia con el capitalismo fue la cuestión capital en el período liberal-burgués y lo sigue siendo, una vez que se ha desplomado el sistema estatista obrero.

Lo anterior explica que tampoco esté de acuerdo con el análisis que hace del comunismo, como si se tratase de un simple accidente histórico, que no hubiera dejado otra huella que el terror que desplegó el totalitarismo estalinista. Si, desde la perspectiva de la restauración postnapoleónica, enjuiciásemos la Revolución francesa, también hubiéramos pensado que de aquel acontecimiento no quedaba más que el terror de los años revolu-

cionarios. De la experiencia soviética permanecen, por lo menos vivos, tanto el afán de una sociedad más igualitaria, como la nostalgia de un puesto de trabajo seguro, dos querencias de las clases sociales más bajas, de difícil acomodo con el capitalismo. Tampoco es cierto que hayan desaparecido los fascismos sin dejar rastro; en formas nuevas —la historia no se repite— permanecen como posibilidad amenazadora en el horizonte. El siglo XX ha alimentado distintas revoluciones y aunque hoy se haya impuesto claramente una, no cabe predecir los efectos que aún puedan tener las derrotadas.

El siglo de Estados Unidos

También me parece harto cuestionable la equiparación que se hace, en sus rasgos generales, de la historia de Europa y de Estados Unidos, como si esta última encajase en el esquema propuesto de tránsito de la etapa «liberal-burguesa» al «sistema estatista-obrero», concepto que, fuera de la excepción que constituyó el «New Deal» de Roosevelt, aplicado a Estados Unidos, parece más bien un sarcasmo. Pudiera ser que el carácter definitorio del siglo XX fuese precisamente la conversión de Estados Unidos en la primera potencia mundial, y después de la caída de la Unión Soviética, en la única, a inmensa distancia de las demás. No faltan los que han llamado al XX «el siglo de Estados Unidos». En 1901 el periodista británico William T. Stead publica un libro con el título *The Americanization of the World*, que lleva como subtítulo *The Trend of the Twentieth Century*. La tesis del libro, que el siglo XX sería el siglo del dominio mundial norteamericano, se ha visto confirmada plenamente. Así como en el XIX Gran Bretaña fue la pionera, con su industrialización y expansión imperial —Marx decía que a los demás países europeos no les quedaba, sino repetir la historia de Inglaterra—, en el XX, Estados Unidos sería el laboratorio en el que se estaría formando el modelo social y económico del mundo venidero. Haberlo visto antes de que Europa se suicidara en la I Guerra mundial tiene su mérito. Después de 1917, ser consciente de que el siglo XX iba a ser uno norteamericano, era ya bastante más fácil. Téngase muy presente que en un primer momento americanización del mundo —véanse los famosos Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson— quiere decir democratización, creación de un mundo pacificado por el triunfo de los sistemas democráticos.

Otro periodista, éste norteamericano, Henry R. Luce publica en la revista *Life* el 17

de febrero de 1941 un famoso artículo en el que presenta la visión de un mundo unido en los principios políticos —democracia— y económicos —liberalismo— que impregnarían al pueblo norteamericano. Los ideales de los Estados Unidos marcarían al mundo que resultara de la derrota de las potencias del Eje. La superioridad norteamericana no radica tan sólo en su capacidad militar e industrial, sino sobre todo en los valores que defiende: el mundo en paz que había soñado Wilson será realidad con la «pax americana» que describe la *Carta de las Naciones Unidas*. Ha sido un norteamericano, Noam Chomsky, el que con mayor acierto y crudeza ha puesto de relieve los elementos de explotación imperialista que conlleva la supremacía norteamericana, así como fue un español, Bartolomé de las Casas, el primero que criticó el colonialismo que implantamos en las Indias Occidentales.

Lo que caracteriza a los Estados Unidos, como la primera y, al final, como la única gran potencia del siglo XX, y no sabemos por cuánto tiempo más del XXI, es que empezó al empezar el siglo XX por ser una gran potencia económica, la mayor del mundo, mucho antes de convertirse con la II Guerra Mundial en la mayor potencia militar. Desde 1945, la tijera entre poder económico y militar ha ido ampliándose, hasta el punto de que la verdadera supremacía de Estados Unidos a nivel mundial ha terminado por ser principalmente militar. Las Fuerzas Armadas norteamericanas cuentan con capacidad operativa para intervenir en cualquier rincón del planeta, sin que se descubra un rival que pudiera impedirlo, de modo que la globalización militar es hoy por hoy la más plena y cabal de las existentes. El empeño de Estados Unidos en consolidar esta superioridad militar con la construcción de un escudo antimisiles les daría, de convertirse en realidad, una superioridad militar sólo comparable a la que ejerció Roma durante siglos en el mundo que dominaba.

Lo que caracteriza al modelo norteamericano de dominación es el papel central que en el desarrollo tecnológico y en el crecimiento económico tiene la industria militar. La militarización de la economía, de la sociedad, de la política, tanto la interior como la exterior, es un proceso ya largo que empezó con la I Guerra Mundial, alcanzó una nueva dimensión después de la Segunda, se ha consolidado con la guerra fría y, tras la agresión sufrida el 11 de septiembre, aparece ya claramente como el fenómeno determinante de la política norteamericana. □

⁽¹⁾ José Manuel Sánchez Ron, *El siglo de la Ciencia*, Taurus, Madrid, 2000.

⁽²⁾ Leopold von Ranke, *Vorlesungseinleitungen*, editado por W. Dotterweich y W. P. Fuchs, Múnich, 1975, pág. 414.

⁽³⁾ Leopold von Ranke, *Über die Epochen der neueren Geschichte*, editado por Theodor Schieder y Helmut Berding, Oldenbourg Verlag, Múnich y Viena, 1971, pág. 59.

⁽⁴⁾ Erich Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*, Michel Joseph, Londres, 1994.

RESUMEN

Ignacio Sotelo comenta un ensayo del historiador y economista Gabriel Tortella sobre las revoluciones del siglo XX y para hacerlo intenta concretar, en primer lugar, el concepto de revolución y los límites reales del pasado siglo. Para Tortella, la verdadera revolución de esa centuria ha sido la democracia, la superación del capitalismo y del socialismo. Y esa

gran revolución política no hubiera sido posible sin el fuerte crecimiento económico que la precedió. Pero, en opinión del comentarista, tal vez el siglo XIX fue el de la revolución industrial y el que diseñó la revolución democrática y el siglo XX, en cambio, ha sido el de la revolución científica, sobre todo a partir de la II Guerra Mundial.

Gabriel Tortella

La revolución del siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia.

Taurus, Madrid, 2000. 423 páginas. 17,30 euros. ISBN: 84-306-0410-3

Alarcos y Clarín, 50 años después

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata* (1902-1939), *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

Se equivocaba Salvador de Madariaga al decir que la guerra civil española fue la guerra de los tres Franciscos: la libraron por las armas Francisco Franco y Francisco Largo Caballero y la perdió Francisco Giner de los Ríos. No. La guerra civil fue un conflicto de clases sociales y la perdieron los pobres. Pero, además, la perdieron quienes, a veces con dudas, a veces con más entusiasmo populista que convicción, decidieron acompañarles en el camino. La perdieron incluso aquellos que no combatieron pero cuyo recuerdo llegó hasta 1936, aureolado de los resplandores del azufre. El agustino Francisco Blanco García y los padres jesuitas de la Inmaculada, de Gijón, y el cabildo de la catedral ovetense, y la pacata burguesía provinciana de fin de siglo que había despreciado al institucionista Leopoldo Alas Ureña y a sus compañeros de la Extensión Universitaria, también tuvieron su parte de culpa en algunas escenas afrentosas: en febrero de 1937, el nombre de Clarín desapareció del callejero de Oviedo y su busto en el monumento en el Campo de San Francisco fue provisto de unas orejas de burro; meses antes, su hijo, rector de la Universidad, había sido fusilado expeditivamente, por ser un profesor rojo pero también por ser «de la cáscara amarga» y de la estirpe del autor de *La Regenta*. Eran los días del cerco de la ciudad por las fuerzas republicanas. Mandaba a los sitiados el general Antonio Aranda —que luego conspiraría contra Franco— y un gran poeta, Ángel González, recordaría los meses amargos en los versos inapelables de «Ciudad Cero», cuando «la guerra para mí, era tan sólo: / suspensión de las clases escolares, / Isabelita en bragas en el sótano, / cementerios de coches, pisos / abandonados, hambre indefinible, / sangre descubierta...».

Tengo ahora a la vista, en las páginas de este libro, una fotografía de abril de 1968. Representa la reposición de aquel profanado busto, obra del escultor Laviada, y al lado del alcalde Álvarez-Buylla (descendiente de un compañero de claustro y amigo de Clarín), se aprecia la figura muy reconocible de Emilio Alarcos Llorach, delgado y menudo, vivaz como siempre, chispeantes los ojos sin duda tras las enormes gafas oscuras y debajo de la expresiva nariz, el bigote que recordaba un tanto al de Groucho Marx. Aquella victoria de la mejor parte de Oviedo sobre Vetusta tenía su pequeña historia. En 1952, el entonces muy joven catedrático había sido uno de los profesores de la Facultad de Letras de Oviedo que había contribuido más decididamente a que se celebrara el doble centenario de Clarín. Otro fue José María Martínez Cachero que en 1953 publicó una meticolosa «Crónica y bibliografía del primer centenario de Leopoldo Alas, "Clarín" (años 1951 y 1952)», en la revista *Archivum*, que hoy puede verse en su libro de 1984, *Las palabras y los días de Leopoldo Alas*. No fue fácil llevarlo a efecto y en las anotaciones y las medias palabras del cauto Cachero se echa de ver la naturaleza de los obstáculos (más explícitos están en la contribución del propio autor al *Homenaje a Emilio Alarcos*, en 2001, «Emilio Alarcos en San Francisco I»). Cincuenta años después, cuando estamos otra vez en los dos aniversarios clarinianos —su nacimiento en Zamora en 1852; su muerte en



TINO GATAGAN

Oviedo en 1901— conviene recordar que no todo el monte ha sido orégano.

Un raro catedrático de provincias

Emilio Alarcos tomó posesión de su cátedra ovetense el primero de enero de 1951 y nunca apeteció otro acomodo. Era hijo de catedrático —su casi homónimo, que ejerció en Valladolid— y había acabado su bachillerato en la Salamanca de 1939 y la carrera de Filología Románica, en el Madrid de 1943: la Salamanca que evocó Carmen Martín Gaité en *El cuarto de atrás* y el Madrid de *La colmena*, escenarios nada gratos. Su «cursus honorum» fue el que corresponde a quien, a la sazón, quería ser catedrático de universidad: entre 1945 y 1950 lo ha sido de Institutos de Enseñanza Media (Avilés, Cabra y Logroño); en 1947, ha leído la tesis doctoral en Madrid y en el mismo año ha publicado el primer artículo de cierta resonancia, «Perfecto simple y compuesto en español», que aparece en la *Revista de Filología Española*; entre 1946 y 1948, una excedencia le ha permitido profesar de lector de español en las universidades de Berna y Basilea. La inmensa mayoría de las veces este noviciado se puebla de notas eruditas, largas vigilias sobre las notas de un programa de oposiciones, visitas ceremoniosas y zalamerías a los llamados «maestros», paseos al atardecer con una novia paciente y alguna que otra cana al aire en los viajes a Madrid. El contexto no daba para mucho más... Pero se tiene la impresión de que las mocedades de Alarcos debieron tener algo distinto: su tesis doctoral, *Investigaciones sobre el «Libro de Alexandre»* (Anejo 45 de la *Revista de Filología Española*, 1948), no es un cansino recuento de dialefas y dialectalismos sino un penetrante y renovador panorama de la lengua literaria del siglo XIII. Y un artículo como «La interpretación de *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert y su quijotismo» (en los *Cuadernos de Literatura*, 1948, del temido Entrambasaguas) es la obra de un buen lector de Unamuno que coincide con las inquietudes de algunos de los que escriben en la revista y luego acabarán profesando fuera de España: Gonzalo Sobejano, por ejemplo.

La evidencia de que estamos ante un filólogo díscolo se patentiza en el equipaje bibliográfico que llevó a Vetusta en 1951. Lo componían fundamentalmente dos libros que acababa de publicar la editorial Gredos en su Biblioteca Románica Hispánica: nada menos que la *Fonología española* (1950), que describía

el sistema fonológico español al modo inventado por la escuela de Praga, con lo que pasamos todos de la habitual fonética descriptiva a los umbrales del estructuralismo lingüístico, y la *Gramática estructural* (1951), que introducía entre nosotros la glosemática de Hjelmslev (en 1953, Antonio Llorente publicaba en Granada su meritorio estudio sobre *Los Principios de la «Gramática General» de Hjelmslev y la lingüística*). Cierta es que la cosecha de estos años no es mala... Son también los que registran los primeros «Items» de Manuel Alvar y de Fernando Lázaro Carreter, casi coetáneos de Alarcos. De 1949 fueron un libro espléndido de Joaquín Casaldueiro, *Sentido y forma del «Quijote»*, que editó Ínsula al profesor exiliado; *La poesía de Jorge Guillén (dos ensayos)*, que la Librería General, de Zaragoza, imprimió a José Manuel Blecua y Ricardo Gullón; y *El cuento español del siglo XIX*, de Mariano Baquero Goyanes. Del propio 1950 son *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, de Dámaso Alonso, libro mayor de nuestra filología; la tesis de Carlos Bousoño, *La poesía de Vicente Aleixandre (su Teoría de la expresión poética es de 1952)*, y *Las «Sonatas» de Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista*, de Alonso Zamora Vicente, además de *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, de María Rosa Lida de Malkiel. Pero si añadimos a la lista que Rafael Lapesa ha publicado *La trayectoria poética de Garcilaso* en 1948, el mismo año en que Américo Castro dio a la luz *España en su historia*, Pedro Salinas acabó sus monografías sobre Rubén y Manrique, y que Amado Alonso anduvo recogiendo sus trabajos dispersos para Editorial Gredos, parece que hay cumplidos motivos para señalar con piedra blanca un año que no la merece por motivos políticos o de otro signo.

Nadie crea que la presencia en esa nómina de algunos profesores ejercientes en España acredita la feracidad del páramo cultural franquista. Pero sí matiza el hosco informe fiscal de Gregorio Morán en un resonante libro reciente, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. A la altura de 1950 trabajaban en la heredad los crédulos y los vivales, los arrepentidos ciertos y los fingidos, los que no querían saber nada y los que no sabían nada, los ex-rojos cautos y los falangistas que empezaban a desengañarse. A un antiguo condenado a muerte le acababan de dar el Premio Lope de Vega de teatro, y a un antiguo soldado republicano, el Adonais de 1947. Y un viejo tipógrafo anarquista había escrito en León para una revista que dirigía un ca-

nónigo y en la que se afanaba un jovencísimo escritor —firmaba «Younger»— que, estudiante en Madrid, sería militante clandestino del Partido Comunista. El resultado de tanto pragmatismo de sobrevivencia y de cierto benevolente paternalismo cultural, que todavía no era «Cultura de Estado», permitía un panorama desigual. Después de que, en el exilio, Cernuda, Sender o Max Aub hubieran publicado libros capitales en la historia de la literatura española (digamos *Las nubes*, *Crónica del alba* o *Campo cerrado*), a la altura de 1947-1953 aparecían en prensas españolas los lacerantes pero inolvidables testimonios morales de un primer descontento: *Historia de una escalera* y *La colmena*, *Tranquilamente hablando* y *Don de la ebriedad*, *La casa encendida* y *Quinta del 42*, *Viaje a la Alcarria* y *La sombra del ciprés es alargada* constituyeron, a despecho de tantas otras cosas, la dignidad de una literatura de postguerra. Hacían buena compañía a la *Fonología* y la *Gramática* de Alarcos: son algo más que su paisaje.

Porque la actividad del joven profesor no quedó ahí. Nada más llegar a Oviedo promovió la aparición de una revista filológica, *Archivum*, que muy pronto iba a alcanzar notable repercusión. En su primera entrega Alarcos publicó dos notas («Alternancia de F- y H- en los arabismos» y «Sobre el área medieval del plural asturiano -AS>-ES») y la sección de reseñas que escribía a medias con Martínez Cachero. Sólo en el tercer anuario aparecieron los nombres de los fautores del milagro: Alarcos como secretario y Cachero —que aún no era catedrático— como secretario adjunto. En 1952 dedicaron un número monográfico a la memoria de Clarín, del que hablaremos pronto. Y en 1954, otro, el IV, a la del filólogo navarro Amado Alonso que había muerto en el exilio. El homenaje era significativo porque anudaba dos tradiciones divididas, y no por gala precisamente: la escuela filológica menendezpidaliana del exilio y la del interior. Y porque la nómina de colaboradores reunió, con don Ramón y Corominas a la cabeza, lo más granado de la disciplina.

Al año siguiente, 1955, Alarcos fue encargado de pronunciar la lección inaugural del curso que empezaba en octubre. Y decide dedicarla al poeta Blas de Otero que estaba a punto de publicar en Santander *Pido la paz y la palabra*, un texto que el investigador conoce por comunicación personal del propio escritor. La elección es tan acertada como pe-



Viene de la página anterior



ligrosa... No falta quien lo toma por agravio y un catedrático de filología, el opusdefista Rafael Benítez Claros, lo pone por escrito en términos que todavía hoy ruborizan al lector: «Repito que es ilusión llamarse a engaño con la poesía de este hombre. Ante ella sólo caben dos posturas perfectamente definidas. La primera es la de aquellos pocos cobardes, pero peor intencionados, a los que conviene sacar de madriguera de una vez, que se entusiasman alabando en Otero, en César Vallejo o en Pablo Neruda aquellas ideas que por sí no son capaces de expresar. La segunda es la nuestra, la que por fidelidad a principios inalienables de espíritu y de vida, a motivos sustanciales de fe y patriotismo, está obligada a desenmascarar personas y actitudes que, bajo capa más o menos poética, atacan con insidia a aquella propia España en la que libremente viven» (el artículo se publicó en *La Nueva España*, de Oviedo, el 25 de marzo de 1956, con el título «Lo que no se ha dicho sobre Blas de Otero»; puede leerse ahora en el apéndice a la segunda edición del libro de Alarcos sobre Blas de Otero, editada en 1997, pero sin el nombre de su autor. El lector más joven ha de tener presente que sujetos de esta catadura abundaban en los claustros de 1955).

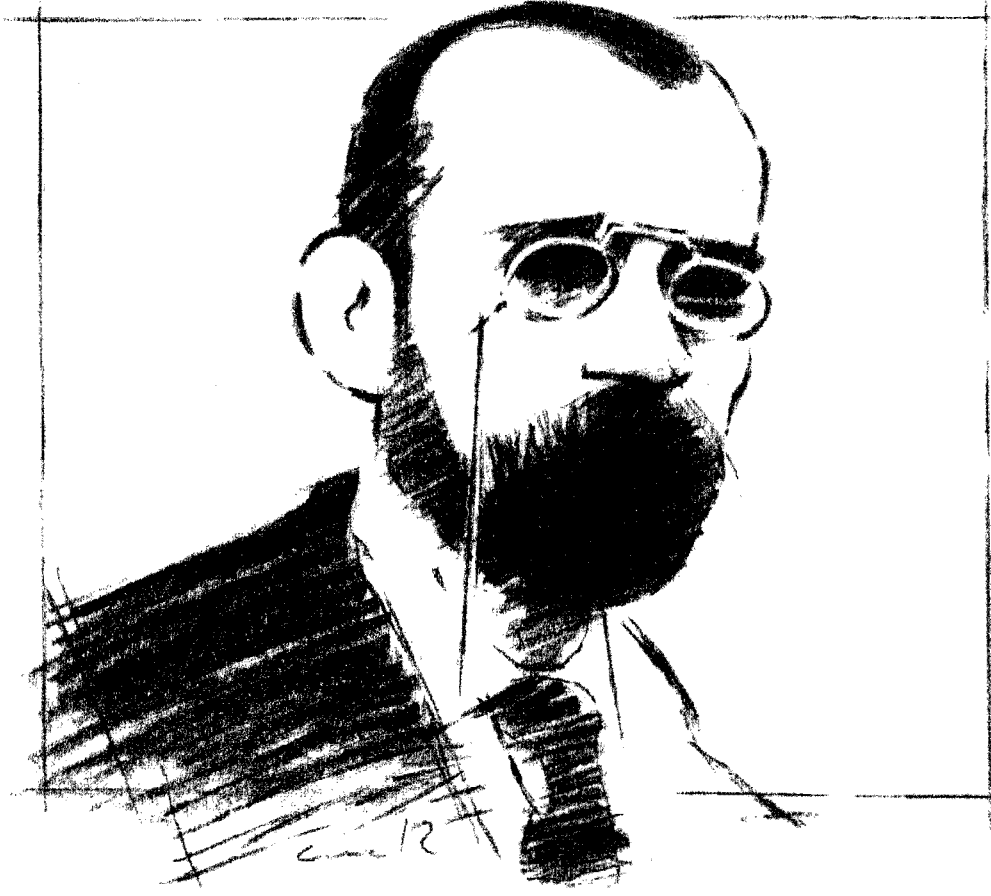
No fue la última irrupción del profesor heterodoxo en terrenos que no solía frecuentar la parsimonia académica. Cuando en 1973 ingresó en la Real Academia Española dedicó su discurso a la «Anatomía de *La lucha por la vida*», un estudio que sigue siendo una aportación sustantiva a la bibliografía barojiana, más frecuentada entonces por los aficionados que por los profesores. Y ya académico, quiso ser quien respondiera a la lección de ingreso del poeta Ángel González, su amigo de tantos años. Y en fecha más reciente, contribuyó con una «Primera impresión de Antonio Muñoz Molina» al homenaje a su amigo Cachero en el «festschrift» de su jubilación. Cuando en 1998 Alarcos murió, desapareció una figura irremplazable en la historia de la filología española pero también una manera muy particular de entender el trabajo filológico y el magisterio en las aulas, una inolvidable forma de ser —con autoridad y con ironía— catedrático en provincias.

Y un libro oportuno

Todo esto —la huella de Alarcos y su encuentro con la memoria de Clarín en 1951— lo ha venido a recordar un libro titulado *Notas a «La Regenta» y otros textos clarinianos*, que ha editado y prologado José Luis García Martín por encargo de la Fundación Emilio Alarcos Llorach y lleva unas líneas preliminares de su directora, Josefina Martínez Álvarez. Casi un centenar de sus páginas se llenan con cinco trabajos del llorado filólogo acerca de Leopoldo Alas; las doscientas y pico últimas incluyen una edición facsimilar de aquel número clariniano de *Archivum* que vio la luz en 1952, como segunda entrega de la revista.

Ya se ha dicho que no fue fácil la gestación del centenario. Tuvo a su favor al rector, aquel hombre bastante hueco y enrevesado que se llamó Torcuato Fernández Miranda. A su notable aptitud para la conspiración y la retórica abstrusa debemos los españoles de 1975 algo de la ingeniería de la transición política, aunque menos de lo que piensa la piedad filial, y a esas mismas virtudes debieron los asturianos de 1951 que llegara a buen puerto la celebración centenaria de su escritor, en un clima que —ha de recordarse— fue indisoluble de la modesta reforma universitaria del ministerio Ruiz-Giménez. Si Tovar y Laín fueron los hombres del ministro en Salamanca y Madrid, Fernández Miranda fue el elegido en la habitualmente pacífica academia ovetense.

Con todo y lo cual, el número monográfico de marras resultó más que decoroso.



TINO GATAGÁN

Lo abrió una bella evocación del otro gran escritor asturiano contemporáneo, Ramón Pérez de Ayala, que evocaba al hombre «pequeño y delgado, casi óseo y todo nervios; una especie de avecula, sin apenas peso de materia» y que recordaba con mucha razón que, para Alas, «espíritu profundamente religioso, el aristócrata de la inteligencia debía ser un hombre de fe». Seguía un trabajo de Joaquín de Entrambasaguas, el catedrático ubicuo, que lo mismo se desvelaba en trabajos censoriales que estudiaba la vida de Lope de Vega, esbozaba lo que llamaba «filmoliteratura» o dirigía los *Cuadernos de Literatura Contemporánea*. Y luego venía una tupida nómina en la que alternaban los nombres de la casa —Santiago Melón, Martínez Cachero, el propio Alarcos y el novelista Francisco García Pavón, autor de la deliciosa novela *Cerca de Oviedo*— y nombres de fuera particularmente bien elegidos: veteranos cruditos como Narciso Alonso Cortés, críticos de peso como Melchor Fernández Almagro y Ricardo Gullón, catedráticos como Manuel García Blanco y Mariano Baquero Goyanes y hasta un desterrado ilustre, Guillermo de Torre, a quien Cachero, que lo trataba epistolarmente, pidió un trabajo. Era por entonces muy exigua la bibliografía clariniana y lo cierto es que este volumen marcó nuevas orientaciones: Fernández Almagro, Alonso Cortés y García Pavón abordaron la crítica de Alas que hasta finales de los sesenta no sería objetivo de una nueva generación de estudiosos (el libro de Sergio Besser es de 1968); García Blanco comentó la relación de Clarín y Unamuno, en torno a la tremenda carta unamuniana de abril de 1900, que Adolfo Alas había dado a conocer en 1940; Ricardo Gullón estableció en «Aspectos de Clarín» un panorama de nociones que había de conocer pocas rectificaciones ideológicas posteriores y Mariano Baquero Goyanes firmó un inspirado trabajo sobre la «Exaltación de lo vital en *La Regenta*» (ese mismo año dio a conocer en su Murcia natal otro muy certero sobre «Una novela de Clarín: *Su único hijo*»). Incluso Cachero se ocupó de los esporádicos versos del escritor, que nunca fueron memorables; solamente los cuentos estuvieron faltos de un recuerdo crítico (el volumen de Laura de los Ríos es de 1965). Para compensar el hueco, en 1953 vio la luz una edición ovetense de *Cuentos* cuya selección hizo Martínez Cachero y cuyo prólogo fue de Baquero Goyanes: creo que ese fue el primer libro de Clarín que leí, antes de la

benemérita reedición de *La Regenta* en Alianza, que nos llegó en 1966.

El presente volumen permite cotejar las «Notas a *La Regenta*» que Alarcos escribió en 1952 y las «Notas remozadas sobre *La Regenta*» que aparecieron en 1984. Hace cincuenta años era muy necesario recordar que, tras el *Quijote*, era la más admirable de las novelas españolas e incluso añadir que, comparada con *El escándalo*, de Alarcón, era cosa «mucho más sana y, lo que hace más al caso, mucho más alta de valor literario», aunque fuera prácticamente desconocida «de algún catedrático de literatura». En 1984 esas frases sobraban, como la vigorosa afirmación metodológica que llevaba a Alarcos a definir «el objeto novela» como «la representación por medio exclusivamente de la lengua de un complejo espacio-temporal de contenido humano». La frase, que es estupenda, no sorprenderá a quienes leyeron a fines de los cincuenta el libro de Viktor Erlich, a fines de los sesenta la antología de Todorov y en el decenio siguiente, a Lottman y Bajtin. Y es que todo estaba en el aire, pero sólo para los más perspicaces... En 1984, Alarcos explica, más modesto, que «yo era un discípulo de los Alonso (Amado y Dámaso) y lo que de ellos había aprendido se llamaba estilística. Pero, sobre todo, yo era lingüista, y en mí pesaba la tendencia formalista de los praguenses y de Hjelmslev».

A la espera de que, algún día, alguien escriba la historia de la estilística española (que tiene más implicaciones significativas de lo que parece y que requerirá un estudioso sensible y capaz, a ser posible no un teórico pedantón

al uso), convendrá tener muy en cuenta este trabajo de Alarcos. Cuando en 1952 se habla de «un tiempo psicológico muy preñado de personajes», ¿no se intuye el bulto de lo que hoy llamaríamos un «cronotopo»? Y cuando se define la subalternidad de Álvaro Mesía con respecto a la ciudad («Mesía no es más que un instrumento de Vetusta»), llamándolo «corega» de aquel friso de voces, ¿no se define una dimensión central de la tectónica estructural del relato? Por otro lado, la división de la novela en dos partes (los capítulos I al XV, presentativos; del XVI al XXX, activos y resolutivos) es ya una conquista adquirida que le debemos. Y, sin embargo, las versiones de 1952 y de 1984 revelan ahora lecturas algo distintas: hace cincuenta años, Alarcos subrayaba la importancia y la fuerza que adquiere Frigilis en las páginas finales y cómo actúa de nuncio de una observancia de la ley de la naturaleza, que comparece como elemento salvador; en 1984, un estudioso ya no tan joven prefiere ver en el final de la novela la soledad de los héroes, convertidos en «slotes», y el «poso ácido de la experiencia fallida».

El centenario de la publicación de *La Regenta* en 1984 fue pretexto de otros dos trabajos de Alarcos, leídos en los congresos de Barcelona y Oviedo, respectivamente. «Aspectos de la lengua de Clarín (un pasaje de *La Regenta*)» es una detenida lectura del capítulo XXIX —el descubrimiento del adulterio de su esposa por parte de Víctor Quintanar— y una ocasión de reiterar, muy jakobsonianamente, que «el verdadero análisis literario» estriba en «considerar la obra como un signo, cuyo significado es la particular ordenación del universo comunicado, y cuyo significante consiste en la especial selección y reunión de los signos lingüísticos». Pero yo prefiero la demorada disección «Del capítulo XXX de *La Regenta*». ¡Ahí es nada releer el capítulo final que concentra tan maravillosamente alguna de las imágenes de mayor fuerza de todo el libro: aquellos «efectos de realidad» (hubiera dicho el amigo Galdós) que densifican el texto y lo hacen inolvidable. Alarcos señala algunos de ellos, con una sagacidad que no deja de recordar las páginas inspiradísimas que Erich Auerbach nos dejó en *Mimesis*: el agua que sabe a polvo y que Víctor ofrece a Fermín de Pas; el frío desparecible que los personajes sienten en las habitaciones de la casa; los juegos elípticos o dilatorios, casi un ballet irreal, que presentan la materialidad del duelo a pistola y sus preparativos; la vejiga llena del pobre regente de la Audiencia, cuya rotura le causa la septicemia final...

«Clarín y la lengua» y la sintética «Vida y obra de Clarín» son, en comparación con lo antecedente, textos menores. Pero seguramente no hay nada menor en un hombre inteligente. Cincuenta, cien, cuatro años después, el destino ha venido a anudar con fuerza las vidas y las obras de dos asturianos que no fueron de Asturias (uno era de Zamora, otro, de Salamanca) pero que ya forman parte del paisaje moral de la ciudad que les acogió. Y del de todos nosotros. □

RESUMEN

José-Carlos Mainer perfila el ambiente cultural y universitario del Oviedo de la posguerra cuando se celebró —entre prohibiciones y rechazos oficiales— el centenario de Clarín y un joven profesor universitario, Emilio Alarcos, inicia su brillante magisterio filológico. La reedición facsimilar del célebre número dedicado, hace

50 años, a Clarín por la revista *Archivum*, que pusieron en marcha Alarcos y José María Martínez Cachero, junto a otros brillantes artículos de Alarcos sobre *La Regenta*, le permite al comentarista juntar a dos asturianos, que no lo fueron de cuna, pero que ya forman parte del paisaje moral de Oviedo, la ciudad que los acogió.

Emilio Alarcos

Notas a «*La Regenta*» y otros textos clarinianos

Edición de José Luis García Martín, Ediciones Nobel, Oviedo, 2001. 93 + 231 páginas. 12 euros. ISBN: 84-8459-076-3

Enfermedades no diagnosticadas

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942), escritor y cineasta, ha participado en el teatro como dramaturgo, traductor, adaptador, editor y director de escena. Prepara su segunda película, Una preciosa puesta de sol.

«**E**stamos en una relación mutua de enfermedad / el mundo entero se compone de esas enfermedades / de las que ninguna ha sido diagnosticada», asegura el personaje de la Buena en la obra de Thomas Bernhard *Una fiesta para Boris*, publicada en un tomo con *En la meta* y *El teatrero*. Un segundo tomo, que ha aparecido a la vez, contiene *El reformador del mundo*, *Sencillamente complicado* y *Las apariencias engañan*. Dos volúmenes que se añaden a los ya publicados por la colección Hiru Teatro, dirigida por el dramaturgo Alfonso Sastre: el que contiene *Ante la jubilación*, *Minetti* y *Ritter*, *Dene*, *Voss* (2000), y el dedicado a *Heldenplatz* (*Plaza de los héroes*), quizá la obra maestra del autor, aparecido en 1998.

La colección merece elogio y desde aquí la animamos a completar el teatro de uno de los nombres esenciales de la dramaturgia del pasado siglo con un par de tomos más, para lo que contaría sin duda con el entusiasmo de Miguel Saénz, no sólo traductor prácticamente único de Bernhard, sino también su descubridor, mentor y, cabría decir, embajador del gran escritor austriaco. A Miguel Saénz se debe también el primer libro dedicado a su teatro, editado por Alfaguara en 1987, con las obras *El ignorante y el demente*, *La partida de caza* y *La fuerza de la costumbre*. Saénz actúa también como prologuista agudo, discreto y oportuno, situando al lector y facilitándole el acceso a unos textos que, en la riqueza de su independencia, responden a unas características esenciales que se mantienen desde *Una fiesta para Boris* (1970) hasta *Sencillamente complicado* (1986), para culminar en *Heldenplatz*, fechada en 1988, un año antes de la muerte de su autor.

Teatro sobre el teatro

En todas las tragicomedias de Thomas Bernhard (1931-1989) el teatro, como ambiente y como asunto, ocupa un lugar predominante. Tan predominante y abarcador que no es posible contentarse con la expresión «teatro dentro del teatro», sino que es preciso aceptar que nos encontramos con un teatro sobre el teatro.

¿Qué significa esto?

Que en la representación se incrusta otra representación que no provoca un efecto de duplicidad, lo que el gran Marivaux en el siglo XVIII establecía como la esencia del arte de los comediantes: los actores fingen que están fingiendo, luego dicen la verdad.

Thomas Bernhard se sitúa más acá de la relación escena/público, como si propusiera un proyecto de representación que nunca acabará de culminar y, al mismo tiempo, salta más allá de la fascinación buscada por el escenario, asegurando que en los tiempos que corren no puede aspirarse a ninguno de los placeres o alivios que tradicionalmente ha proporcionado. No caben ya las ligerezas del entretenimiento; de ahí que el autor descarte la gama completa de los componentes convencionales, desde la intriga a la psicología, desde la acción a la sorpresa. Tampoco es posible acudir a los consuelos de la catarsis; el propio lector o espectador deberá reaccionar, en el abismo de su soledad, ante el ofrecimiento áspero y despojado que se desprende del texto y de la escena.

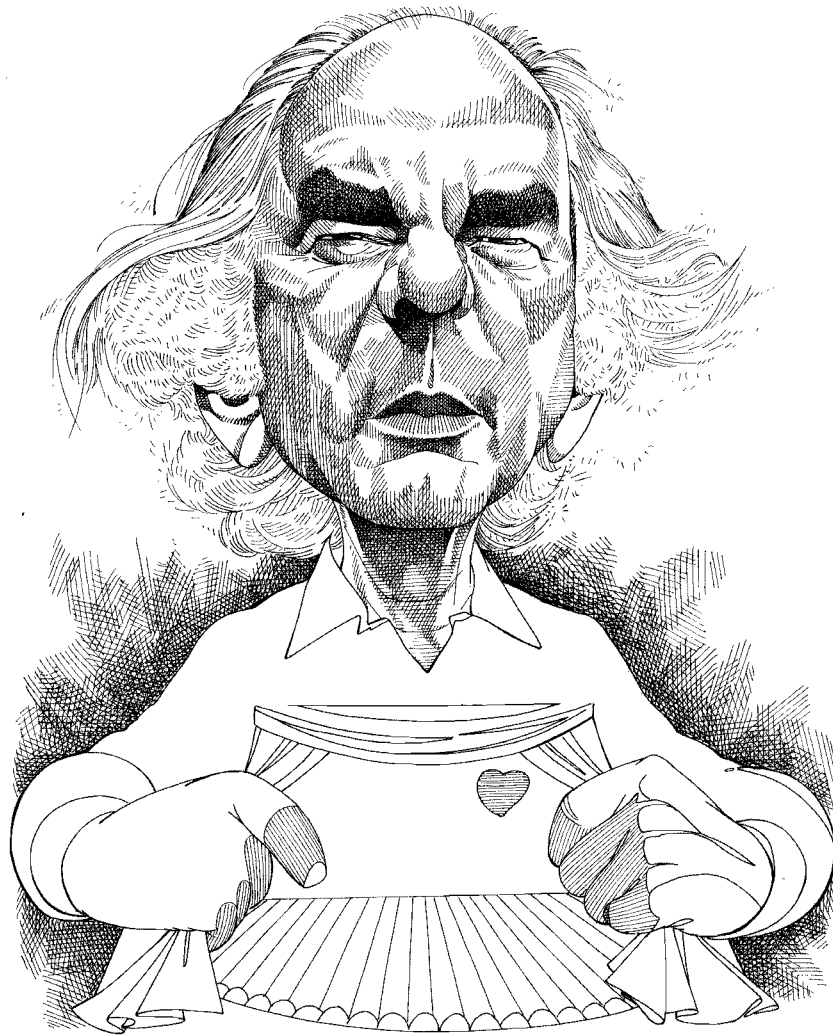
Teatro sobre el teatro. Unas veces, literalmente en la presentación de personajes de la farándula, a quienes sorprendemos en algún momento de la práctica de su oficio. Otras ve-

ces, asimilando a la celebración escénica una serie de actos sociales, como banquetes o ceremonias.

En *El teatrero*, Bruscon llega a una aldea para representar su obra *Rueda de la Historia*, donde desfilan personajes como Metternich, Churchill, Napoleón y Madame Curie; asistiremos a algo parecido a un ensayo de la obra, que al final no llegará a representarse, pues lo impedirá un incendio en la aldea. La primera parte de *El ignorante y el demente* ocurre en un camerino de la Ópera mientras se representa *La flauta mágica* de Mozart y *La fuerza de la costumbre* trata de las dificultades del director de circo Caribaldi para compaginar la función circense con la interpretación del quinteto *La trucha* de Schubert.

Los hermanos que se reúnen dos veces por semana en *Las apariencias engañan* son Karl, artista de circo (malabarista) y Robert, actor teatral. Actrices son las dos hermanas de *Ritter*, *Dene*, *Voss*, cuyo título alude al apellido de intérpretes admirados por el autor, un homenaje inaugurado con *Minetti*, el nombre de un monstruo sagrado de la escena alemana, intérprete habitual de Bernhard y que en *Sencillamente complicado* recreaba a un viejo actor retirado, que recibe la visita de una niña. (Quien esto escribe tuvo la suerte de asistir en Berlín a una función de esta obra a cargo de este actor, un inolvidable ejemplo de simbiosis perfecta entre autor e intérprete.)

Cuando no se trata directamente de «teatros», asistimos a distintos rituales fácilmente asimilables a lo teatral, como el cumpleaños de *Una fiesta para Boris*, la efeméride de *Ante la jubilación* (donde se conmemora nada menos que el aniversario de Himmler), o la entrega del título de doctor «honoris causa» al filósofo de *El reformador del mundo*. El rito de una cacería en *La partida de caza*, la invitación al escritor por parte de la madre y la hija a su casa de campo en *En la meta*, o el banquete familiar de *Heldenplatz* pueden equipararse a actos teatrales en donde, sin un argumento que merezca tal nombre y a veces in-



O. PÉREZ D'ELÍAS

cluso sin desarrollo y desenlace propiamente dichos, a partir tan sólo del esbozo de una situación, se construye un texto, soporte de la representación futura, que bien merece la descripción contenida en uno de los títulos del autor: sencillamente complicado.

En el teatro de Bernhard no se dialoga. Las criaturas escénicas no discuten ni se enfrentan, no se encuentran en la complicidad ni se desgarran en el combate. Tampoco, estrictamente, monologan, lo que implicaría una alternancia entre la narración y la confesión con el propósito de influir en la audiencia.

¿Qué hacen entonces estos peculiares personajes?

Perorar.

En la segunda acepción del diccionario de la Real Academia: «Hablar en la conversación familiar como si se estuviera pronunciando un discurso». También, según María Moliner: «Hablar exponiendo las propias ideas y opiniones» y «Hablar enfáticamente en la conversación ordinaria». Julio Casares añade el sentido figurado de «Pedir con instancia».

Efectivamente.

Encontramos siempre un personaje que perora; se dirige con frecuencia a otro personaje pasivo, que apenas responde con monosílabos y que cabe pensar que apenas escucha, tal vez porque ha oído ya lo mismo muchas veces. En cada escena encontramos a alguien perorando, que a veces pasará el testigo, en escenas sucesivas, a otro o a otra, para que se encargue, desde su propio punto de vista, de seguir perorando.

La fluencia de la peroración comparte el ritmo implacable y misterioso desplegado brillantemente en los textos narrativos del autor. Una combinación de melopea obsesiva, de discurso radical y de tema con variaciones en el sentido musical, que la figura que lleva la voz cantante expande a sus anchas, como si hubiera encontrado finalmente un sitio donde dar rienda suelta al bullir abundante de lo que le viene a la cabeza, una sucesión de opiniones, recuerdos, quejas, observaciones, no muy alejadas

de la escritura automática y que constituye el logro original del dramaturgo al tiempo que su principal limitación.

La peroración, normalmente vigorosa, rebosando fuerza y dramatismo, agitándose como un violento caleidoscopio capaz de iluminar la gama entera de los muchos aspectos de la vida humana, no es raro que se deslice hacia la perorata; el propio ritmo del discurso o la exageración de la diatriba se empantanar ocasionalmente en un hablar por hablar, como si el autor no controlara la verborrea que emana de la boca de su criatura.

La voz cantante no increpa a sus compañeros de reparto; se produce, aunque la veamos acompañada, en la más estricta soledad. La ausencia de un diálogo va más allá de la clásica incomunicación del teatro de vanguardia en que cada personaje habla de lo suyo sin escuchar ni responder a los demás. Aquí no se quiebra una impresión de conjunto, la presencia mutua de unos y otros se corrobora continuamente con pequeñas acciones y breves respuestas, pero con la curiosa consecuencia de que el destinatario de lo que se dice no es tanto quién ocupa la escena junto al que perora, sino una audiencia indeterminada. Audiencia porque la fluencia de palabras va dirigida naturalmente a los espectadores, e indeterminada porque se tiene la impresión de que las voces cantantes de Thomas Bernhard hablan en el vacío para el vacío, situadas las atormentadas criaturas que con tanta elocuencia se manifiestan en una tierra de nadie árida y desolada, deshabitada, donde será difícil que la sinfonía de palabras llegue a alcanzar algún oído dispuesto a escuchar.

Marionetas de un gran guiñol

Quien está detrás de los tipos, personajes o criaturas escénicas, provistos de un carácter propio y una personalidad definida, no es difícil adivinar que es Thomas Bernhard en persona, maestro de la peroración y genio de su versión degradada, la perorata.

La Madre de *En la meta* explica a su hija por qué aprecia tanto la obra del Escritor, a quien han invitado a pasar una temporada en su casa de campo. Asegura que «expresa mis propios pensamientos» y «cada uno de los personajes habla como yo hablo». Y añade: «por otra parte la verdad es que todos sus personajes / hablan como usted / cada uno de sus personajes piensa como usted y habla / como usted / Si se mira bien / todos hablan desde uno / y uno habla siempre como todos / por eso el conjunto tiene algo de universal».

A lo que el Escritor responde: «Exacto».

El autor maneja a sus criaturas como marionetas y él es el encargado de ponerles voz, disfrutando en la imitación de una serie de modulaciones distintas. Es, como señala el título de uno de sus libros, *El imitador de voces*.

La voz cantante predomina sobre la acción y es su contundencia la responsable de poner en pie unas piezas que, a pesar de desdeñar el argumento, las sorpresas y la intriga, no renuncian a la plasticidad (como la velada de los tullidos en *Una fiesta para Boris*) ni al efecto de un desenlace trágico, que se alterna con los que perpetúan una miseria mezquina que permanece invariable. *El reformador del mundo* acaba con el filósofo exigiendo fideos; Karl, en *Las apariencias engañan*, sigue quejándose de que su compañera haya dejado en su testamento la casita de fines de semana a su hermano Robert; el Actor de *Sencillamente complicado* «vuelve a sentarse a la mesa y sigue comiendo».

Frente a la permanencia de la sordidez conocida, irrumpe la muerte como un rayo súbito



Viene de la página anterior



O. PÉREZ DE LIÑAS

y liberador. Boris fallece después de tocar larga y obsesivamente el tambor (*Una fiesta para Boris*); el General se pega un tiro en la habitación de al lado (*La partida de caza*); «La señora Schuster cae de bruces contra la mesa / Todos reaccionan con espanto» (*Heldenplatz*).

Todo acaba mal, aunque al final caiga el telón sobre una situación, o apunte de situación, que no ha variado desde el comienzo. La cotidianidad de quien espera una visita (*Sencillamente complicado*, *El reformador del mundo*) o de quien se prepara a un encuentro familiar (*Las apariencias engañan*, *Heldenplatz*) se exagera y agría con una estridencia propia del «gran guiño» cuando la actuación largamente preparada de los actores de teatro y de los artistas de circo se malogra por un accidente (*El teatrero*) o por la incompetencia de sus artífices: la «troupe» de *La fuerza de la costumbre* jamás logrará tocar el quinteto *La trucha* con un domador borracho, un malabarista incompetente y un torpe payaso, a pesar de la obcecación de Caribaldi, que seguirá intentándolo una y otra vez.

Muy diversos personajes y muy distintas situaciones, o apuntes de situación, que se resumen en un esquema general al que todo el teatro de Thomas Bernhard responde básicamente.

Se parte de lo que podría llamarse una desesperación existencial de fondo, consecuencia de una serie de causas recurrentes. Se ha nacido en una familia nefasta, se ha vivido un sistemático fracaso conyugal y se ha comprobado que el entorno resulta de una mediocridad apabullante, pronto coloreada por una hostilidad muy agresiva. La sociedad civil es pacata y obtusa; la clase política suma a su incompetencia una tendencia irresistible a la corrupción cuando no una pavorosa inclinación hacia el nazismo.

La negrura del panorama, que incita continuamente al suicidio, sólo encuentra dos precarios asideros: la necesidad de sacar fuerzas de la propia desesperación y el empeño de buscar consuelo en el arte, la literatura y la filosofía.

Opiniones de un payaso

El título de la novela de Heinrich Böll viene a la memoria a la hora de repasar el caudal y los matices de la gran diatriba que emerge de la obra teatral de Thomas Bernhard, según el esquema básico citado.

«Un ser humano / es un ser humano desesperado», dice el Escritor en *La partida de caza*.

Las confesiones de la Madre en *En la meta* justifican ampliamente tal desesperación: «Entonces fui al mar y creí que allí sería mejor / pero allí fue peor aún / quería echar al niño una manta por la cara / y asfixiarlo / pero no me atreví / pensé que me hundiría / por un ser humano que ni siquiera era un ser humano / un animalito insignificante / yo aborrecía a Richard / Tu padre era el ser más desgraciado

/ que cabe imaginar / venía siempre de la ciudad y preguntaba / qué hacía nuestro hijo / yo aborrecía que me preguntara eso / pensaba tú has hecho ese niño tú ser abyecto / y ahora no dejas de preguntarme / qué hace el inválido / tenía que imaginarme lo que pasaría / cuando el inválido tuviera quince o veinte / o veinticinco años / Pero no llegó a ocurrir / había deseado tan fervientemente su muerte / que murió / como siempre me dio asco / cuando descorrí la pequeña cortina / estaba aún en su cochecito de mimbre / pero de repente estaba muerto / de pronto tenía un rostro hermoso / viejísimo pero hermoso / porque había pensado con mucho fervor en su muerte».

Quien consigue sobrevivir a una infancia infernal no encuentra estímulos en lo que le rodea. Dice Bruscon en *El teatrero*: «Realmente no hay muchas cosas aquí / salvo cochiqueras de engorde / e iglesias / gime / y nazis». Luego: «Un Estado completamente estúpido / habitado / por personas completamente estúpidas / Da igual con quien se hable / resulta / que es un imbécil / da igual a quien oigamos / resulta / que es un analfabeto / que son socialistas / dicen / y no son más que nacionalsocialistas / que son católicos / dicen / y no son más que nacionalsocialistas / que son personas dicen / y no son más que idiotas».

El Profesor Robert exagera un alegato parecido, referido en principio a la detestada patria austríaca del autor, pero que cabría aplicar a otros muchos países de la «así llamada civilización occidental», como diría el propio Bernhard: «El estado una cloaca hedionda y mortífera / la iglesia una abyección universal / las personas que te rodean abismalmente feas y estúpidas / el Presidente Federal un inculto taimado e hipócrita / y en fin de cuentas un personaje deprimente / el Canciller un astuto subastador del Estado / el Papa ofrece en sus aposentos / lo que llaman una comida caliente para personas sin hogar / y hace que el hecho se difunda en todo el mundo / un mundo cínico». Más adelante concluye que «en todo vienés hay un asesino múltiple».

El suicidio, así las cosas, es una tentación constante, un impulso sobradamente justificado. Los ejemplos son numerosos, pero bastará citar un pasaje de *Una fiesta para Boris*:

«El tullido más viejo, a la Buena
Reflexionamos continuamente sobre
qué forma / de suicidio / nos resultaría más soportable

Tullido
Siempre con qué / y de qué manera
Tullido
con las sábanas / con los cortaplumas
Tullido
con los cuchillos de cocina
Tullido
O saltando por la ventana
Tullido
Damos vueltas continuamente a esa idea / no tenemos otra idea

Tullido
Es nuestra única distracción
Tullido

No lo hacemos / pero hablamos de ello
El tullido más joven
Yo he soñado que lo hacía / con la corbata / Boris bebe de la botella de hidromiel / con una corbata roja / y ninguno de vosotros se daba cuenta

El tullido más viejo
No sueño en otra cosa

Tullido
Yo sueño siempre / que os mato
Boris toca la carraca»

Sin embargo será de la propia negrura donde se extraiga una débil luz para seguir respirando. Del odio a la vida se obtendrá, en aparente paradoja, las ganas de vivir.

Así:

«Amamos nuestra vida / y la odiamos al mismo tiempo», asegura el reformador del mundo en la obra del mismo título. Y añadirá: «Nunca me ha gustado mi vida / Siempre la he aborrecido / he aborrecido todo / lo que tenía que ver con ella / Y he explotado al máximo / el aborrecimiento de mí mismo».

«Aproveché la desesperación / la desesperación / hizo de mí un genio», asegura el Actor de *Sencillamente complicado*.

«Pero naturalmente amamos / nuestras posibilidades de morir / las amamos / y tomamos nota de ellas / y las publicamos / Confiamos / en la muerte (...) porque hemos hecho de nuestra existencia (...) una catástrofe natural artística», afirma el Escritor en *La partida de caza*.

El arte, la literatura, el teatro, la filosofía, aunque objeto también del vاپleo cuando les alcanza la miseria general, se destacan como los únicos asideros para soportar una existencia convertida en «catástrofe natural artística».

Confiesa Karl, el malabarista de *Las apariencias engañan*: «en lo que a mí se refiere / fue al arte / lo artístico absolutamente / lo que me salvó». Porque, según Caribaldi en *La fuerza de la costumbre*: «El arte es un medio / para otro arte» y «El arte que uno hace / no deja descanso / a la cabeza / si uno se interrumpe / se muere».

RESUMEN

La publicación de dos tomos con obras teatrales del escritor austriaco Thomas Bernhard, que se suman a otros también ya traducidos, le da ocasión a Álvaro del Amo a acercarse a la muy personal dramaturgia del autor. Sus piezas son teatro sobre el teatro; en sus obras no se dialoga, tampoco sus protagonistas monologan, lo que hacen es perorar.

Thomas Bernhard

Una fiesta para Boris. En la meta. El teatrero.

Traducción de Miguel Saénz. Nº 37 de la colección Hiru Teatro, Hondarribia (Guipúzcoa), 2001. 381 páginas. 17,13 euros. ISBN: 84-89753-72-5.

El reformador del mundo. Sencillamente complicado. Las apariencias engañan.

Número 38. 259 páginas. 15,03 euros. ISBN: 84-95786-04-4. 15,03

Deme en *Ritter, Deme, Voss* recuerda una afirmación rotunda de su padre que murió plácidamente durante el sueño, dos días después de asistir en la Ópera a una representación de *Turandot*:

«Somos de Henry James
y no de nuestros padres
dijo»

Poesía pura

Estéril resulta el empeño de situar el teatro de Bernhard como un heredero directo de la vanguardia clásica. Su estilo, esbozado aquí, tiene más que ver con un teatro que podríamos llamar poético, en donde los nombres de Peter Weiss y T. S. Elliot coinciden en un arte común de la peroración, donde es posible, en la fluencia de un largo poema, pasar de un asunto a otro con la naturalidad de un flujo libérrimo, sometido tan sólo a las leyes secretas de la poesía.

Un fragmento de *El reformador del mundo* demuestra la riqueza inmensa del arte supremo de perorar. La voz del autor se esconde tras su personaje para relacionar, con la lógica de un arroyo que corre a través de parajes cambiantes, una sucesión de fognazos de la conciencia que, en su disparidad, logran un fulgurante caleidoscopio:

«Tiene suerte la gente
que se contenta con la ópera
y con una cena a continuación
o que se sube al tren
y encuentra su felicidad tres estaciones más
/ allá

Si escucho atentamente
oigo a los sepultureros cavar mi tumba
Si durante mucho tiempo llevamos ropa
/ limpia

pronto nos sentimos sucios
Tienes preparada la peluca
Para que pueda ponérmela enseguida
cuando lleguen estos señores» □

Subraya el comentarista que la fluencia de la peroración comparte el ritmo implacable y misterioso desplegado brillantemente en los textos narrativos de Bernhard. Detrás de todos los tipos que aparecen en escena es fácil adivinar al propio autor, maestro de la peroración —así lo califica— y genio de su versión degradada, la perorata.

España en el Mediterráneo oriental

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de honor de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas «*Emérita*» y «*Española de Lingüística*», el Diccionario Griego Español y la «*Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos*».

Miguel Ángel Ochoa ha combinado su dedicación diplomática con su entusiasmo por los temas griegos y el estudio de los mismos. Fue en su día Presidente de la Asociación Hispano-Helénica. En este libro combina todos estos intereses: estudia la relación de los reinos peninsulares (Aragón y Cataluña, Castilla, luego España) con las islas griegas del Egeo y del Jónico. Usa amplísima documentación que, en buena parte, se refiere a nuestra acción diplomática allí. En realidad, se trata de una monografía que acompaña a amplias publicaciones sobre el tema de la diplomacia española (*Historia de la Diplomacia Española*, I-V hasta el momento).

Viajeros, comerciantes, peregrinos, guerreros, enviados de paz, diplomáticos españoles hicieron que nunca se rompieran los lazos entre dos países lejanos, pero que formaban, ambos, parte de la Cristiandad y se defendían de los mismos enemigos. Algunos de ellos dejaron constancia escrita de sus periplos. Material disperso y un poco perdido que ahora es utilizado, junto con las propias experiencias de autor, para darnos una visión de conjunto.

No habría sido posible el libro, en efecto, sin el amplio conocimiento que de Grecia tiene el autor, fruto de viajes y lecturas. Y entre éstas son importantes, aparte de bibliografía diversa de viajeros y eruditos, documentos procedentes del Archivo de Simancas y de otros varios: el de Asuntos Exteriores, el Histórico Nacional, el de la Corona de Aragón, los de Corfú y Heraclion, la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, etc. Los relatos de ciertos viajes los ha exhumado él por vez primera.

Con todo ello ha logrado nuestro autor una serie de aportaciones que no sólo iluminan nuestras acciones militares y diplomáticas sobre todo desde el siglo XIV, también la acción de cónsules y vicecónsules y ciertas iniciativas oficiales en el XIX. Todo ello contribuye enormemente al conocimiento no sólo de la historia de nuestra presencia en el Mediterráneo oriental, sino también al de la historia de Grecia.

He comparado, por ejemplo, lo que sobre Creta nos dice la *History of Crete* de Detorakis, aparecida en Heraclion en 1994, y lo que cuenta Ochoa basándose en los documentos que maneja. Y el aumento es considerable. Igual para lo relativo a Corfú, Quíos y otros lugares. Y, en general, para todo el siglo XIX, para el que lo que dice es las más veces nuevo. El libro nos sabe a poco porque sobre la acción española en Atenas y otros lugares apenas dice nada: pero es el autor el que escoge su tema.

Viajeros españoles

En todos los casos, es verdaderamente interesante la recogida de pasajes de escritos de viajeros españoles sobre lugares concretos de Grecia que él estudia, sean Rodas, Cefalonia, Citera, Creta, Mitilene, Quíos, Samos o Milo: textos de Benjamín de Tudela, Ruy González de Clavijo, Pedro Tafur, Pedro Martir de Angleria, el Marqués de Tarifa, Juan del Enzina (que le acompañó en su peregrinación a Jerusalén), Alonso de Contreras, Pedro de Urdemalas, Juan Ceverio,



PEDRO GRIFOL

Bernardo González, José Moreno, Adolfo Mentaberry, etc. Y datos sobre otros viajeros, como el famoso Domingo Badía o el cautivo Jerónimo de Pasamonte.

Estos viajes se refieren ya a embajadas, ya a peregrinaciones ya, a veces, a expediciones militares o de investigación (así la de la fragata Arapiles, enviada por Amadeo I, y de cuyo viaje hay detalladas relaciones que cito más abajo).

Para los que hemos visitado esos lugares, o muchos de ellos, estas antiguas descripciones, a veces con valor histórico o arqueológico, son inapreciables. ¡Samos con los turcos jugando a derribar las columnas del Hereon y dejando en pie la que allí sigue!

Relaciones remotas

Sólo de pasada alude el autor a las relaciones remotas entre Grecia y nuestra Península, envueltas en relatos ya míticos, ya históricos, y a las de edad romana, así la peregrinación de Eteria. Se centra en lo que va de la Edad Media, diría que desde Benjamín de Tudela en el siglo XII, casi a nuestros días. Pero su gran punto de partida es el siglo XIV.

El comercio con Levante fue el primer motor de catalanes y aragoneses, hay que añadir las empresas guerreras de los almogávares, que a veces repercutían en las islas de una manera u otra (Quíos fue saqueada por Roger de Lauria, allí inveró Roger de Flor). Era importante el comercio catalán en Rodas y Quíos, por ejemplo. Y trajo consigo el establecimiento de cónsules catalanes. Inseparable de este aspecto es el de las peregrinaciones a Tierra Santa y el de la defensa de ésta por la orden de San Juan del Hospital, establecida luego en Rodas de 1310 a 1522 y en íntima y estrecha relación con los reyes de Aragón, Alfonso el Magnánimo sobre todo, y luego con los Reyes Católicos, Fernando el Católico y Carlos V (que, como se sabe, entregó Malta a la Orden del Hospital cuando se perdió Rodas). Pues España heredó el legado catalano-aragonés e hizo lo que pudo por la defensa de Rodas y, más tarde, por la de Creta.

Todo esto está expuesto en el libro, como digo, con una documentación exhaustiva y con frecuencia desconocida hasta ahora. Aunque no insiste en lo dramático, la historia es dramática de por sí en muchos momentos. La vemos reflejada, por ejemplo, en la correspondencia real en torno a Rodas y Creta (el sitio de Candía, las grandes rebeliones de los griegos cretenses) y en la diplomática en torno a estos y otros lugares, como Quíos, a propósito de la terrible matanza de 1821. Indudablemente, los historiadores griegos tienen aquí un material abundante a su disposición.

A lo largo de la narración, algunos personajes españoles, o que tuvieron relación con España, destacan con vigor. Así el Gran Maestro de la Orden de San Juan del Hospital Juan Fernández de Heredia, que gobernó la orden durante 22 años y está enterrado en el Albergue de la Lengua de España, en la calle de los Caballeros, en Rodas. Ochoa narra bien su arriesgada y al final fulgurante carrera política, llena de altos y bajos, prisiones y honores. Merecería, pienso, un tratamiento pormenorizado su labor de humanista: fue el primer traductor de Tucídides (de los discursos) a una lengua moderna, el aragonés. Anterior, incluso, a la latina de Lorenzo Valla. También tradujo a Plutarco.

Es impresionante hallar una y otra vez, en los distintos lugares, a Benjamín de Tudela, Clavijo, el Marqués de Tarifa, Pedro de Urdemalas, Pedro Mártir de Angleria (emba-



Viene de la página anterior



PEDRO GRIFOL

jador de los Reyes Católicos), Juan Ceverio (otro peregrino) y otros citados más arriba: podría hacerse una bonita antología con sus descripciones de islas y ciudades.

Y recordar a hombres de la Grecia aquí estudiada que se hicieron españoles, como Pedro de Candía, uno de los trece de la fama, los valientes que se alinearon con Pizarro en la isla del Gallo para continuar la conquista. Y, naturalmente, el Greco. En fecha más moderna, el padre Scío, de antepasados quiotas, que fue el primer traductor católico de la Biblia; y Demetrio Carolo, profesor de Bergnes de las Casas.

Claro está que siempre se podrían haber añadido más datos. Respecto a los judíos españoles expulsados en 1492 yo recuerdo siempre la lápida sepulcral, en Quíos, en hebreo y en elegante castellano, de Jacob Fernández Díaz («golpes de muerte asaltaron en Jacob»). Está en el patio del pequeño museo arqueológico de Quíos, junto a cañones españoles apresados, sin duda, por los turcos en algún combate. Y a sepulcros de los mismos turcos. Melancólicos recuerdos.

Panorama bélico y político

Cuando llegó el enfrentamiento más fuerte con los turcos, ya en el siglo XVI, España aparece defendiendo tierras griegas que eran un puesto avanzado para la defensa de Sicilia e Italia. No nos habla el libro de todo el detalle del panorama bélico y político, dada la voluntaria limitación de su contenido, ni de Lepanto, pero sí de la conquista de Cefalonia por el Gran Capitán, de Corfú como base de la flota de don Juan de Austria, de batallas navales en Cos (saqueada por el marqués de Santa Cruz) y Quíos.

Cuando visitamos Grecia y sus islas con estudiantes y estudiosos varios les es extraña en general esta implicación de los reinos peninsulares y de la España ya unida en la historia de Grecia. Y, sin embargo, es una historia fascinante la de los almogávares y los catalanes en los ducados de Atenas y Neopatra, a partir de la batalla de Almirante, en que derrotaron a los francos, y en la misma acrópolis de Atenas. Cuando les cuento a mis acompañantes que los Propileos eran el palacio del obispo catalán, y les hablo de su asedio y derrota en la acrópolis por los florentinos de Neri Acciaiuoli en 1388, se quedan perplejos.

Aquí se toca el tema sólo en cuanto incide en las islas a que el libro se refiere. Pe-

ro el conflicto con el turco y las relaciones entre las naciones cristianas — Venecia, Francia, el Papa — aparecen casi en cada página, con numerosas aportaciones nuevas.

Era Venecia la que fundamentalmente defendía el Levante de los turcos. España fue un fiel aliado, sobre todo en el momento decisivo de Lepanto; otras veces las rencillas entre las potencias cristianas (España y Venecia, España y Francia) dieron ventaja al turco. En general, las potencias europeas se limitaron a una labor defensiva en las islas jónicas y Creta, aquí sin éxito al final; también sin éxito en las Cícladas. Jamás intentaron una reconquista. E incluso en el aspecto defensivo, muchas veces hubo buenas intenciones más que acción decisiva. Alfonso V, los Reyes Católicos, Carlos V no siempre podían llegar a donde hubieran querido. Se contentaban con el envío de pertrechos y víveres.

Tras los viajes diversos de los siglos del XII al XVI, la lucha defensiva de la Orden del Hospital y de los monarcas aragoneses y castellanos y el enfrentamiento de Carlos V y Felipe II a los turcos, decreció la atención española al Levante. No hubo una acción decisiva (tampoco de Francia) en favor de Creta en el siglo XVII, sí mucha inquietud por las sucesivas rebeliones de los cretenses cristianos.

A comienzos del XVIII todavía Felipe V envió una flota que logró levantar, en 1726, el asedio de Corfú por los turcos. Luego hubo un apaciguamiento, y es la época en que Francia e Inglaterra enviaban a Constantinopla grandes embajadas con propósitos comerciales y, también, de recuperación de los tesoros de la Antigüedad Clásica. Y luego Inglaterra, vencedora de Napoleón, fue la potencia dominante; a la sombra de este dominio realizó Lord Elgin su expolio.

España estaba ya en la penumbra. En 1782 hizo la paz con Turquía. Esto permitió una nueva relación de otro tipo: enviaba cónsules, a Atenas y Esmirna por ejemplo, y vicecónsules a muchas islas, algunos eran honorarios. La actividad de estos funcionarios sale ahora a luz y es, con frecuencia, emotiva. Así la del cónsul Mabili en Corfú, en la época napoleónica, moviéndose en un mundo peligroso entre España, los ingleses y José Bonaparte. O la del vicecónsul en Heraclion, Corpi, que se salvó de milagro de una insurrección de los turcos.

Hubo ahora otra vez algunos viajes notables, así el de Bernardo González, ya citado, en 1796, del que hay una relación, con una hermosa descripción, entre otros lugares, de

Milo.

Sobre el surgimiento del estado griego y la incorporación al mismo, más tarde, de las islas Jónicas y de Creta, aporta el libro igualmente documentación importante. Hay en él, más que cosas nuevas, iluminación de momentos históricos por testigos presenciales como son estos funcionarios que luego enviaban sus informes a Madrid y a veces eran ignorados o mal pagados.

Pero nunca se borraba del todo en Madrid la preocupación por el Levante. Prueba de ello es el envío, ya en el siglo XIX, de misiones de exploración con vistas a establecer cartas de navegación, con fines por supuesto comerciales. Lo más notable es cuando, bajo Amadeo I, se despachó a Levante la fragata «Arapiles», en un viaje de exploración y relaciones diplomáticas. Hay dos buenas relaciones del viaje, obras de Vicente Moreno y de Juan de Dios de Rada (1879 y 1882). Contienen notables descripciones de diversos lugares.

España y Grecia

El libro contribuye a aumentar nuestro conocimiento de las relaciones entre España y Grecia y da datos interesantes de la Grecia de diversos momentos y diversos lugares; añade, como he dicho, a su historia. Y da testimonio del esfuerzo de navegantes, peregrinos, guerreros y diplomáticos.

Es notable que las relaciones directas entre España y Grecia sólo fueron importantes en los siglos del VIII al IV antes de Cristo. Luego la relación ha sido a través de Roma y en la Edad Media por contactos indirectos con Bizancio, a través de los árabes y

las repúblicas italianas, sobre todo. Y, sin embargo, España y Bizancio desempeñaron históricamente papeles semejantes en la defensa de la Cristiandad frente a los musulmanes. Mejor éxito tuvo España, que los expulsó cuando ya se habían apoderado de Grecia.

Este libro cuenta, fragmentariamente, la continuación de esta historia tras la conquista turca de Grecia y su expansión naval hacia Occidente. España, con otros estados cristianos, se defendía del turco que la acosaba desde el Norte de África, llevando a Oriente una guerra más bien defensiva. Culminó en Lepanto, que mejoró la situación, pero no más.

Después España fue una potencia de segundo rango que no jugó en Levante un papel importante. Aun así fue notable la intervención de los filohelenos españoles en la independencia de Grecia. De esto aquí no se habla, pero merece la pena señalarlo.

En cambio, el libro nos hace ver la función, oscura, pero importante, de los funcionarios consulares que mantenían nuestro pabellón en todos los lugares significativos del Egeo y del Jónico.

Por todo esto y por muchas cosas más el libro es importante. Lo es, sobre todo, para los amigos de Grecia, en cuyas filas ocupa el autor un lugar destacado. Hace ver que lo que nos une con ella no es sólo el recuerdo de la Grecia antigua, que directa o indirectamente nos trajo su cultura. Son también lazos sutiles posteriores que nunca se rompieron del todo y que prepararon, en último término, junto con los lazos de todo Occidente, la liberación de Grecia y su llegada a la independencia a comienzos del siglo XIX en un contexto internacional que también queda reflejado en el libro. □

RESUMEN

Miguel Ángel Ochoa, el autor de la obra que comenta Rodríguez Adrados, combina su dedicación diplomática con su interés por los temas griegos y así, fruto de esa doble vocación, surge este libro que estudia la relación de los reinos peninsulares con las islas griegas del Egeo y del Jónico. Viajeros, comerciantes, peregrinos, soldados, diplomáticos es-

pañoles consiguieron, a lo largo de los siglos, que no se rompiera la relación entre dos países mediterráneos tan extremos, que formaban parte de la Cristiandad y compartían los mismos enemigos. Reúne relatos de relaciones remotas con otros más documentados, de los que son autores viajeros y representantes diplomáticos.

Miguel Ángel Ochoa

España y las islas griegas. Una visión histórica

Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2001. 275 páginas. 16,23 euros. ISBN: 84-952-65-24-9

Genoma humano, ¿propiedad pública o privada?

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden, ha sido Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Es profesor de investigación del CSIC, profesor ordinario de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación de Ciencias de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988), Lenox K. Black (Estados Unidos, 1994) y Lectureship Award del Research Center for Alcoholic and Pancreatic Diseases USCLA-UCLA (Estados Unidos, 1999).

¿Qué es el genoma humano? Para los primeros proponentes del proyecto genoma, especialmente para Charles de Lisi, que coordinó la elaboración de la primera propuesta para secuenciar el genoma humano en febrero de 1986 cuando era director de la Oficina de Salud y Medio Ambiente del Departamento de Energía (DOE) estadounidense, «el genoma humano es el "blueprint" (algo así como un plano detallado) que permite desarrollar un óvulo fertilizado en un organismo complejo con más de 10 billones de células. Este "blueprint" está escrito en un mensaje codificado compuesto por la secuencia de cuatro letras; los As, Cs, Gs y Ts que forman el DNA. Leamos la secuencia completa de un extremo a otro, pongamos toda esta información en un ordenador, y proporcionémosla a los biólogos teóricos e informáticos para que decodifiquen las instrucciones». ¿Qué instrucciones contiene el genoma humano? Es bien conocido que el DNA contiene genes, que los genes codifican proteínas y que las proteínas llevan a cabo todas las funciones de una célula. A partir de la secuencia del DNA es posible predecir la secuencia de aminoácidos de una proteína, pero aquí nos encontramos con el primer gran problema. Aún no es posible determinar la función de una proteína a partir de la secuencia de sus aminoácidos. Quizá dentro de unos años sí sea posible, pero de momento no lo es. Y cuando se conozca la función de todas las proteínas que se encuentran en las células de los seres humanos, ¿sabremos decir qué nos hace ser seres humanos en lugar de, por ejemplo, chimpancés, cuando existe tan sólo una diferencia del dos por ciento entre el genoma de estos primates

y el nuestro? Cuando se identifica un nuevo gen relacionado con alguna enfermedad, con frecuencia los medios de comunicación preguntan si este nuevo conocimiento llevará de forma inmediata a la curación de la enfermedad. Por supuesto que no, pero sin la identificación del gen encontrar una curación sería aún más difícil. Del mismo modo, el conocimiento de la secuencia del genoma humano no nos llevará de forma inmediata a saber qué nos hace ser seres humanos en lugar de chimpancés, pero sin este conocimiento previo contestar a esta pregunta sería imposible. Será necesario conocer los detalles de toda la información contenida en el genoma para comprender en qué consiste ser humano, para entender la enorme variedad de características de la especie humana, el papel que puede jugar (o no) cada gen en el desarrollo, el comportamiento o la enfermedad. Constituido por más de 30.000 genes que se distribuyen a lo largo de tres mil millones de letras, comprender todos los detalles de la información codificada en nuestro genoma es un proyecto al que dedicarán su vida profesional varias generaciones de científicos.

Es incuestionable que a medida que se avanza en el conocimiento del genoma humano este nuevo conocimiento va revolucionando nuestra comprensión sobre el ser humano, tanto del desarrollo de las características normales (la función de un órgano) como de las características anormales (la enfermedad). Pero cuando se nos dice que el conocimiento del genoma humano proporcionará nuevas formas de tratar la enfermedad y que con el tiempo se corregirán la mayoría si no todas las enfermedades, tenemos que tener claro que quizá algún día lleguemos hasta allí pero que de momento se trata de ficción científica. El libro de Nicholas Wade, *Life Script: The Genome and the New Medicine*, pertenece a ese grupo de libros en el que se nos promete que «la buena salud, inclusive la salud perfecta, se convertirá en algo común a cualquier edad». Wade, sin embargo, apenas dice algo en su libro sobre el nuevo conocimiento que nos ha proporcionado ya la secuenciación del genoma humano. ¿Qué hemos aprendido sobre la vida, la evolución, el ser humano con la secuenciación de su genoma? Es común a la mayoría de los libros que se han escrito sobre el genoma humano dedicar muchas hojas a las aplicaciones futuras del genoma pero muy poco espacio a lo que hemos aprendido ya con su secuenciación. Dejando aparte estas exageraciones y limitaciones, *Life Script* es un libro interesante en el que se describen, con claridad, algunas de las iniciativas que se están

llevar a cabo en la actualidad para conseguir extraer nueva información biológica de la secuencia del genoma humano y aplicarla a la medicina. *Life Script* se lee con facilidad ya que apenas hace uso de la jerga de términos biológicos tan frecuente en este tipo de libros. Es muy recomendable para todos aquellos que deseen conocer por qué la secuenciación del genoma humano ha causado tanto revuelo y expectación entre los científicos y medios de comunicación.

El 26 de junio de 2000, en un acto histórico presidido por Tony Blair desde el Reino Unido y por Bill Clinton desde los Estados Unidos, se anunció la finalización de la secuenciación de los dos primeros borradores del genoma humano: por primera vez la especie humana era capaz de leer las letras químicas de su código genético. Para disponer de una versión «refinada» del genoma humano—sin errores ni pequeños trozos de DNA sin secuenciar—habrá que esperar hasta la primavera de 2003, que casualmente coincide con el cincuenta aniversario del descubrimiento en Cambridge (Reino Unido) de la estructura en doble hélice del DNA por Francis Crick y James Watson. El proyecto genoma humano se sustenta en más de medio siglo de investigaciones sobre la naturaleza del gen. Estas investigaciones se iniciaron en 1944 con la identificación por Oswald Avery, Colin MacLeod y Maclyn McCarty de que el DNA es la sustancia de los genes. Hoy nos sorprende que Avery, MacLeod y McCarty, los protagonistas de uno de los más grandes descubrimientos del siglo XX, nunca recibieran el premio Nobel por identificar el DNA como la sustancia de los genes. También nos sorprende que, a pesar de la impresionante evidencia acumulada por Avery y sus colaboradores indicando que los genes estaban hechos de DNA, la comunidad científica viese con escepticismo esta nueva teoría durante décadas.

Código genético

Para entenderlo, no sólo hay que recordar que entonces la mayoría de los bioquímicos y genetistas creían que los genes estaban hechos de proteínas y los ácidos nucleicos eran todavía pobremente comprendidos—la estructura de los nucleótidos y la naturaleza de los enlaces químicos que los unían para formar largos polímeros eran aún sujeto de debate—sino que la idea de un código genético no era una condición previamente aceptada para explicar la teoría de la herencia. Esta idea fue introducida gradualmente, después de que

Crick y Watson descubrieran la estructura en doble hélice del DNA. En realidad, la idea de un código genético no fue totalmente aceptada hasta 1963, cuando Nirenberg, Khorana y Holley descifraron el código genético. Como en otras ocasiones, el cambio de paradigma sobre la naturaleza química de los genes estuvo precedido por un largo periodo de profunda incertidumbre entre la comunidad científica. O como escribe Proust, «la causa de que una obra de talento sea pocas veces admirada enseguida se debe a que quien la ha escrito es extraordinario, a que poca gente se le parece. Es su obra misma la que, fecundando los raros espíritus capaces de comprenderla, los hará crecer y multiplicarse».

La secuenciación del genoma humano ha sido el proyecto de colaboración internacional en biología más caro y ambicioso que jamás se ha llevado a cabo. Por el interés con el que ha sido seguido por los medios de comunicación y la sociedad sólo es comparable al proyecto de llevar al hombre a la Luna. El proyecto genoma humano emergió de varias iniciativas independientes llevadas a cabo a mediados de los ochenta por Robert Sinsheimer, un biólogo molecular de prestigio que había sido nombrado presidente del campus de Santa Cruz de la Universidad de California en 1977, y Charles de Lisi, director de la Oficina de Salud y Medio Ambiente de la DEO, al que ya me he referido. El proyecto genoma humano apareció como una aplicación lógica de las tecnologías del DNA (métodos para secuenciar DNA, clonar y manipular genes) que se habían desarrollado en los años setenta y ochenta (para una narración de los aspectos científicos y políticos implicados en la puesta en marcha del proyecto genoma humano ver también el interesante libro de John Sulston y Georgina Ferry).⁽¹⁾ Para llevar a cabo este proyecto se creó un consorcio internacional en el que desde el principio los Estados Unidos y el Reino Unido jugaron un papel destacado. En una reunión internacional que se celebró a finales de febrero de 1996 en Bermudas, los principales responsables del proyecto acordaron que todos los datos de la secuencia del genoma humano serían de dominio público para así optimizar su uso e impulsar los beneficios de este proyecto para la sociedad. A mediados de 1996 la comunidad científica estaba ya en disposición de iniciar de forma sistemática el proyecto de secuenciar el genoma humano (se disponía de financiación y se había llegado a un acuerdo internacional sobre el acceso a la información que se fuese generando) y se calculó que podría estar finalizado a mediados del 2003.

Pero en 1998, cuando el proyecto público llevaba ya tiempo haciendo accesibles sus datos del genoma humano, una empresa comercial privada creada por Craig Venter, un investigador que había desarrollado su carrera científica en los prestigiosos Institutos Nacionales de la Salud (NIH) estadounidenses, irrumpió ruidosamente en este escenario con el propósito de secuenciar el genoma humano en dos años con objetivos comerciales. Sus argumentos eran que con una gestión privada y una estrategia diferente su empresa podría secuenciar el genoma humano mucho más rápido que el consorcio público. De esta manera se inició lo que los medios dieron por denominar la carrera por la secuenciación del genoma humano entre el sector público y el privado. Y así lo presenta Nicholas Wade en su libro: «dos equipos rivales que luchaban por llegar uno antes que el otro a la meta»; sin embargo, un mínimo análisis objetivo de la situación real que se creó desbarata esa simplista explicación. En primer lugar, el objetivo de Celera, la empresa presidida por Venter, no era secuenciar el genoma humano con



a.m.

ANTONIO MUÑOZ



Viene de la página anterior



la precisión que se estaba haciendo en el consorcio público (menos de un error por cada diez mil pares de bases), sino producir lo que se conoce como un «borrador», una secuencia no totalmente finalizada. En segundo lugar, cuando Celera comenzó su proyecto de secuenciar el genoma humano no lo hacía desde cero, sino que partía con toda la información que había hecho accesible durante años el consorcio público. Además, mientras que el consorcio público para el proyecto genoma humano diariamente hacía accesibles sus datos, Celera hacía uso de estos datos pero mantenía en secreto los suyos. Como se puso de manifiesto cuando en el 2000 aparecieron publicados los análisis del genoma humano del consorcio público y el de Celera, sin los datos del proyecto público la compañía de Venter no habría sido capaz de generar un borrador de la secuencia del genoma humano. En el 2002, al no poder tener derechos exclusivos sobre el genoma humano, Celera abandonó su ambición de vender información genética para dedicarse a la búsqueda de nuevos fármacos y Craig Venter dimitió como presidente de la compañía. Mientras tanto, las acciones de Celera han caído desde 247 dólares en marzo de 2000 a 15 dólares en mayo de 2002. En el futuro, el libre acceso a la información del genoma humano impulsará la búsqueda de nuevas dianas terapéuticas y fármacos, además de proporcionarnos una herramienta única para comprendernos a nosotros mismos.

Pero el debate sobre el acceso a la secuencia de genomas, la patentabilidad de genes, técnicas y productos obtenidos mediante biología molecular sigue abierto en la actualidad. El 5 de abril de 2002 la revista *Science* publicó el borrador del genoma de las dos principales subespecies de arroz: la de la subespecie japonesa –cultivada preferentemente en Japón y otros países cálidos– producida por la compañía suiza Syngenta y la de la subespecie india –cultivada en China y la mayoría de los países asiáticos– producida por Beijing Genomics Institute con financiación pública. Para comprender el valor que tiene que esta información sea de dominio público basta con recordar que para cientos de millones de personas el arroz es la base de su alimentación y que, consecuentemente, pueden beneficiarse enormemente de este conocimiento. Pero al igual que ocurrió con la secuenciación del genoma humano, mientras que el acceso al genoma del arroz financiado con dinero público es libre, el acceso a los datos producidos por la compañía Syngenta es restringido.

Uno de los principales objetivos de la investigación biomédica es identificar nuevas dianas terapéuticas sobre las que las compañías farmacéuticas puedan probar sus inmensas librerías de compuestos sintetizados durante décadas. Aunque el nuevo conocimiento genómico ha proporcionado una lis-



a.m.

ANTONIO MUÑOZ

ta completa de los genes humanos, ¿cuántos de ellos pueden utilizarse como dianas terapéuticas? En 1997, Drews⁽²⁾ estimaba que todas las medicinas existentes actúan sobre no más de quinientas proteínas diana. Desde entonces se han introducido alrededor de cien nuevos medicamentos, pero el número de dianas sólo se ha incrementado en veinticinco. Tal parece que descubrir nuevas dianas terapéuticas es más difícil de lo que inicialmente se pensaba. Consecuentemente, al hacerse accesible el genoma humano han aparecido nuevas estrategias que combinan el conocimiento genómico con herramientas bioinformáticas para identificar dianas terapéuticas. Una de ellas, a la que se refiere Nicholas Wade en su libro, es la desarrollada por la compañía estadounidense Human Genome Sciences (HGS) que consiste en identificar todos los genes que codifican receptores de membrana. Los receptores de membrana son buenos candidatos para convertirse en dianas terapéuticas ya que la mayoría de las medicinas conocidas actualmente ejercen su acción sobre proteínas que se encuentran en la membrana celular. Los receptores de membrana tienen en común una secuencia de unos veinte aminoácidos que les sirve para cruzar la membrana celular. HGS ha desarrollado un programa informático que le permite identificar todos los genes que contiene esta secuencia y la compañía ha solicitado la patente de alrededor de 7500 de ellos. Aunque sólo el uno o dos por ciento de estas proteínas fuesen de interés terapéutico, es-

taríamos hablando de entre setenta y cinco y ciento cincuenta nuevas dianas, el veinte por ciento de las que se conocen actualmente.

Una proteína de interés terapéutico

¿Está justificado patentar la posible utilidad terapéutica de miles de genes sobre los que se desconoce su función simplemente porque es posible basado en unos algoritmos matemáticos que codifiquen una proteína de interés terapéutico en la membrana? Para que una invención o descubrimiento sea patentable tiene que cumplir tres criterios: ser nuevo (que nadie haya publicado esta idea con anterioridad), útil (demostrar que es susceptible de uso comercial u otros usos) y no obvio. En mi opinión, los genes patentados por HGS no cumplen ninguno de estos criterios. El sistema de patentes se sustenta sobre la premisa de que como mejor se fomenta el progreso en la investigación médica es dando derechos exclusivos sobre los nuevos descubrimientos. Pero dar derechos exclusivos sobre genes de los que se ignora su función puede tener el efecto contrario: que se queden sin estudiar genes interesantes por temor a que las compañías propietarias de las patentes se apropien de toda nueva información que se genere sobre estos genes. Esto es lo que ha ocurrido recientemente en el caso de un gen que codifica una proteína de membrana denominado CCR5 y que HGS patentó en el año 2000. Cuando la compañía solicitó la patente de este gen desconocía su función, pero mientras que la decisión sobre la patente estaba pendiente un grupo de investigadores en los NIH descubrió que algunas personas con mutaciones en este gen son resistentes a la infección por el virus del SIDA. Tan pronto como se enteraron de esta función HGS vendió los derechos sobre la patente de CCR5 a varias compañías farmacéuticas interesadas en desarrollar fármacos y vacunas basados en este nuevo descubrimiento. ¿Quiénes hicieron el descubrimiento? ¿La compañía que patentó el gen sin conocer su función o los investigadores de los NIH que identificaron que este gen se encontraba mutado en algunas personas resistentes al virus del SIDA?

Otra estrategia para identificar dianas terapéuticas consiste en identificar todos aquellos genes que se parezcan a otros que se sa-

be tienen interés farmacológico, como por ejemplo las citoquinas. La mayoría de las veces, la función y posible utilidad de un gen es muy diferente de la que se pensó inicialmente después de su descubrimiento. De nuevo surge la pregunta sobre si está justificado patentar todas las posibles aplicaciones de un gen por el mero hecho de parecerse a otro de conocida utilidad. En mi opinión, el acceso a los datos de secuencia de todos los genomas (humano, ratón, arroz, etc.) debe mantenerse libre y patentar secuencias de genes no debe estar permitido. Sólo de esta manera se favorecerá el intercambio de información entre investigadores y se fomentará el progreso en la investigación médica. Así lo entendió la Conferencia General de la UNESCO y en el artículo primero de la Declaración Universal Sobre el Genoma Humano y los Derechos del Hombre adoptada en 1997 se dice que «El genoma humano ... es patrimonio de la humanidad», y en el artículo cuarto se especifica que «el genoma humano en su estado natural no puede dar lugar a ganancias económicas». Aunque la mayoría de los países, incluidos los de la Unión Europea y los Estados Unidos, suscribieron este acuerdo y se comprometieron a fomentar su cumplimiento, la mayoría de las oficinas de patentes, incluidas la estadounidense y la europea, permiten patentar secuencias de genes, aunque algunos países, entre ellos Francia, han cuestionado esta directiva. □

⁽¹⁾ John Sulston y Georgina Ferry, *The Common Thread. A Story of Science, Politics, Ethics and the Human Genome*, Bantam Press, Reino Unido, 2002.

⁽²⁾ Jürgen Drews, «Drug Discovery: A Historical Perspective» *Science*, EE UU, 17 de marzo de 2000.

RESUMEN

El 26 de junio de 2000 se anunció la finalización de la secuenciación de los primeros dos borradores del genoma humano: por primera vez la especie humana era capaz de leer las letras químicas de su código genético. Mientras que una de las dos secuencias había sido producida por un consorcio internacional público y el acceso a sus datos era libre, la otra había sido producida por una empresa privada

y el acceso a esta información estaba restringido. ¿Está justificado restringir el acceso a los datos de secuencia del genoma humano? ¿Debe permitirse patentar genes sobre los que se desconoce su función? En opinión de José María Mato el acceso a los datos de secuencia de todos los genomas (humano, ratón, arroz, etc.) debe mantenerse libre y patentar secuencias de genes no debe estar permitido.

Nicholas Wade

Life Script: The Genome and the New Medicine. How the Human Genome Discoveries will Transform Medicine and Enhance Health

Simon & Schuster, Gran Bretaña, 2001. 206 páginas. 18,99 libras. ISBN: 0-7432-0697-5

En el próximo número

Artículos de Francisco J. Ynduráin, Román Gubern, Carlos García Gual, Antonio García Berrio, Antonio Córdoba y Luis Goytisolo

ARTE

BONET CORREA, Antonio
«El arte iberoamericano, singular y universal», sobre *Historia del Arte Iberoamericano*, de Ramón Gutiérrez y Rodrigo Gutiérrez Viñuales (eds.). N° 157. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.

BOZAL, Valeriano
«La barbarie corriente», sobre *La barbarie ordinaire. Music à Dachau*, de Jean Clair. N° 155. Mayo. Págs. 4-5.

DIEGO, Estrella de
«¿Hace cuánto no lloramos frente a un cuadro?», sobre *Pictures and Tears. A History of People Who Have Cried in Front of Pictures*, de James Elkins. N° 156. Junio-julio. Págs. 6-7.

NIETO ALCAIDE, Víctor
«La historia y las exposiciones de arte», sobre *El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas*, de Francis Haskell. N° 158. Octubre. Págs. 4-5.

PITA ANDRADE, José Manuel
«Para una nueva lectura del "Quijote"», sobre *El traje y los tipos sociales en «El Quijote»*, de Carmen Bernis. N° 155. Mayo. Pág. 3.

BIOLOGÍA

CAMPOS-ORTEGA, José Antonio
«El siglo del gen», sobre *The century of the gene*, de Evelyn Fox Keller. N° 151. Enero. Págs. 10-11.

MATO, José María
«Revisitando a Mendel», sobre *The Cooperative Gene. How Mendel's Demon Explains the Evolution of Complex Beings*, de Mark Ridley. N° 154. Abril. Págs. 4-5.
«Genoma humano, ¿propiedad pública o privada?», sobre *Life Script: The Genome and the New Medicine*, de Nicholas Wade. N° 160. Diciembre. Págs. 10-11.

CIENCIA

GALINDO, Alberto
«Universo en estampida», sobre *The Accelerating Universe. Infinite Expansion, the Cosmological Constant, and the Beauty of the Cosmos*, de Mario Livio. N° 156. Junio-julio. Págs. 8-9.

GANCEDO, Carlos
«Todo lo que era necesario saber», sobre *Encyclopaedic Visions. Dictionaries and Enlightenment Culture*, de Richard Yeo. N° 157. Agosto-septiembre. Págs. 10-11-12.

GARCÍA OLMEDO, Francisco
«Semblanza de Roald Hoffmann», sobre *Oxygen*, de Carl Djerassi y Roald Hoffmann. N° 153. Marzo. Págs. 6-7.

SÁNCHEZ RON, José Manuel
«Ciencia y política en Estados Unidos», sobre *Science, Money, and Politics*, de Daniel S. Greenberg. N° 154. Abril. Págs. 1-2-3.

CINE

CAMUS, Mario
«La sombra de John Ford», sobre *Print de Legend: la vida y época de John Ford*, de Scott Eyman. N° 154. Abril. Págs. 6-7.

GÜBERN, Román
«Obreros tras la pantalla», sobre *Historia del movimiento obrero en la industria española del cine. 1931-1999*, de E. Díaz Puertas. N° 153. Marzo. Pág. 12.

DERECHO

LÓPEZ PINA, Antonio
«Europa, alternativa a las relaciones de vasallaje», sobre *L'Europe, une puissance dans la mondialisation*, de Pierre Moscovici. N° 155. Mayo. Págs. 10-11.

TOHARIA, José Juan
«Una Europa, ¿quince Justicias?», sobre *L'Europe judiciaire. Enjeux et perspective*, de Pierre Rancé y Olivier de Baynast. N° 157. Agosto-septiembre. Pág. 3.

ECONOMÍA

TORTELLA, Gabriel
«La economía del último milenio», sobre *The World Economy: A Millennial Perspective*, de Angus Maddison. N° 151. Enero. Págs. 6-7.

FILOLOGÍA

BADIA I MARGARIT, Antoni M.
«Lengua catalana: dos caras de una medalla», sobre *Enciclopèdia de la llengua catalana*, de F. Vallverdú (ed.). N° 158. Octubre. Págs. 10-11.

QUILIS, Antonio
«El origen de la lexicografía amerindia», sobre *Vocabulario en lengua castellana y mexicana. Vocabulario en lengua mexicana y castellana, compuesto por el muy Reuerendo Padre Fray Alonso de Mo-*

lina, de la Orden del bienaventurado nuestro Padre Sant Francisco, de Fray Alonso de Molina. N° 154. Abril. Pág. 12.

SIGUAN, Miquel
«Los orígenes del lenguaje», sobre *La adquisición del lenguaje*, de Miquel Serra (coord.). N° 151. Enero. Pág. 12.
«Lenguas e identidad, según Fishman», sobre *Llengua i identitat*, de Joshua Fishman. N° 159. Noviembre. Págs. 4-5.

FILOSOFÍA

CEREZO GALÁN, Pedro
«El problema filosófico del mal», sobre *El mal o el drama de la libertad*, de Rüdiger Safranski. N° 151. Enero. Págs. 1-2-3.

LLEDÓ, Emilio
«Cada historia, nuestra historia», sobre *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, de José Luis Villacañas. N° 158. Octubre. Págs. 1-2-3.

PEÑALVER GÓMEZ, Patricio
«Para una lectura razonada de Simone Weil», sobre *Cuadernos*, de Simone Weil. N° 159. Noviembre. Págs. 6-7.

FÍSICA

GARCÍA CALVO, Agustín
«Perdición de la materia», sobre *Concepts of Mass in Contemporary Physics and Philosophy*, de Max Jammer. N° 153. Marzo. Págs. 10-11.

GARCÍA DONCEL, Manuel
«Física cuántica, libertad y Providencia», sobre *Quantum Mechanics: Scientific Perspectives on Divine Action*, de autores varios. N° 159. Noviembre. Págs. 10-11.

PASCUAL, Ramón
«La música de las esferas», sobre *El universo elegante: supercuerdas, dimensiones ocultas y la búsqueda de una teoría final*, de Brian Greene. N° 158. Octubre. Págs. 8-9.

YNDURÁIN, Francisco J.
«El placer de descubrir», sobre *El placer de descubrir*, de Richard P. Feynman. N° 155. Mayo. Págs. 1-2.

GEOGRAFÍA

VILÀ-VALENTÍ, Joan
«El geógrafo profesional», sobre *Geografía aplicada*, de Michel Philipponneau. N° 157. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

HISTORIA

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
«La expulsión de los judíos de España», sobre *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España*, de Joseph Pérez. N° 151. Enero. Págs. 8-9.
«Felipe V, un rey mediocre, un reinado decisivo», sobre *Felipe V y los españoles*, de Ricardo García Cárcel. N° 159. Noviembre. Págs. 1-2-3.

PALACIO ATARD, Vicente
«Los recuerdos de un historiador», sobre *Miguel Batllori: recuerdos de casi un siglo*, de Cristina Castell y Gloria Soler (eds.). N° 155. Mayo. Págs. 6-7.

PÉREZ, Joseph
«Las bibliotecas en la España del Siglo de Oro», sobre *Figures de la bibliothèque dans l'imaginaire espagnol du siècle d'or*, de François Géal. N° 157. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
«Mitos sobre el influjo árabe en España», sobre *Al-Andalus contra España. La forja de un mito*, de S. Fanjul. N° 153. Marzo. Págs. 4-5.
«España en el Mediterráneo Oriental», sobre *España y las islas griegas*, de Miguel Ángel Ochoa. N° 160. Diciembre. Págs. 8-9.

SOTELO, Ignacio
«Las revoluciones del siglo XX», sobre *La revolución del siglo XX. Capitalismo, comunismo y democracia*, de Gabriel Tortella. N° 160. Diciembre. Págs. 1-2-3.

VELARDE FUERTES, Juan
«España, tres milenios con sentido», sobre *España, tres milenios de Historia*, de Antonio Domínguez Ortiz. N° 154. Abril. Págs. 8-9.

LITERATURA

AMO, Álvaro del
«El texto teatral: una disolución», sobre *La petición de empleo / Nina, es diferente y Disidente, claro / King*, de Michel Vinaver. N° 152. Febrero. Pág. 3.

«Enfermedades no diagnosticadas», sobre *Una fiesta para Boris y El reformador del mundo*, de T. Bernhard. N° 160. Diciembre. Págs. 6-7.

CARNERO, Guillermo
«¿Restaurar La Celestina?», sobre *La adulteración de «La Celestina»*, de J. G. García Valdecasas. N° 156. Junio-julio. Págs. 1-2-3.

DÍEZ, Luis Mateo

«La voluntad del tiempo», sobre *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, de Stefan Zweig. N° 157. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.

FRAILE, Medardo
«Nuestra Señora de París», sobre *Simone Weil*, de Francine du Plessix Gray. N° 155. Mayo. Pág. 12.

LÓPEZ ESTRADA, Francisco
«Más y más sobre libros de viajes», sobre *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, de Salvador García Castañeda (coord.). N° 152. Febrero. Págs. 1-2.

MAINER, José-Carlos
«El lápiz de Galdós», sobre *Galdós gráfico (1861-1907). Orígenes, técnicas y límites del socio-mimetismo*, de Stephen Miller. N° 156. Junio-julio. Págs. 4-5.

«Alarcos y Clarín, cincuenta años», sobre *Notas a «La Regenta» y otros textos clarinianos*, de Emilio Alarcos. N° 160. Diciembre. Págs. 4-5.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
«Rehabilitación del libro de caballerías», sobre *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*, de Sylvia Roubaud-Bénichou. N° 153. Marzo. Págs. 1-2-3.

MARTÍNEZ CACHERO, José María
«Bibliografía y novela realista», sobre *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*, de Enrique Rubio Cremades. N° 152. Febrero. Págs. 4-5.

RUIZ RAMÓN, Francisco
«Calderón, ¿clásico y/o contemporáneo?», sobre *Calderón en escena: siglo XX*, de autores varios. N° 158. Octubre. Págs. 6-7.

VILLANUEVA, Darío
«La muerte de las letras», sobre *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*, de James O'Donnell. N° 151. Enero. Págs. 4-5.

MATEMÁTICAS

CÓRDOBA, Antonio
«Una mente bella», sobre *Una mente prodigiosa*, de Sylvia Nasar. N° 155. Mayo. Págs. 8-9.

GUZMÁN, Miguel de
«El pitagorismo, vanguardia de la cultura», sobre *Pitágoras. El filósofo del número*, de P. M. González Urbaneja. N° 153. Marzo. Págs. 8-9.

RÍOS, Sixto
«Causalidad», sobre *Causality (Models Reasoning and Inference)*, de Judea Pearl. N° 159. Noviembre. Pág. 12

MÚSICA

FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael
«Secularizar la música sacra», sobre *Maestros de Capilla del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, de José Sierra Pérez (ed.). N° 152. Febrero. Pág. 12.

«La música como medicina», sobre *Music as Medicine. The History of Music Therapy since Antiquity*, de Peregrine Horden (ed.). N° 159. Noviembre. Págs. 8-9.

MARCO, Tomás
«El mito de la versión auténtica», sobre *Historia de la técnica pianística*, de Luca Chiantore. N° 152. Febrero. Págs. 10-11.

VILLA ROJO, Jesús
«La Serie Schönberg», sobre *La Serie Schönberg*, de Glenn Gould. N° 154. Abril. Págs. 10-11.

POLÍTICA

DÍAZ, Elías
«Anatomía de la conspiración», sobre *Atando cabos (I)*, de Raúl Morodo. N° 156. Junio-julio. Págs. 10-11.

MORÁN, Fernando
«¿Existe África?», sobre *Ébano*, de Ryszard Kapuscinski. N° 158. Octubre. Pág. 12.

SOCIEDAD

VERDÚ, Vicente
«El ciberespacio humano», sobre *Cyberdémocratie*, de Pierre Lévy. N° 156. Junio-julio. Pág. 12.

SOCIOLOGÍA

PINILLOS, José Luis
«La Sociología en el espejo», sobre *La institucionalización de la Sociología (1870-1914)*, de Salustiano del Campo (coord.), *Historia de la Sociología española*, de S. del Campo (dir.), y *Perfil de la Sociología española*, de S. del Campo (ed.). N° 152. Febrero. Págs. 6-7.

TEOLOGÍA

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario
«Ser de Cristo y tiempo del hombre», sobre *Jesús, parábola de Dios*, de E. Schweitzer. N° 152. Febrero. Págs. 8-9.